

PASQUALE VILLARI

MAQUIAVELO

SU VIDA Y SU TIEMPO

Versión española

de

ANTONIO RAMOS-OLIVEIRA Y JULIO LUELMO



BIOGRAFÍAS GANDESA

México, D. F., 1953.

Titulo de la obra en inglés:
THE LIFE AND TIMES OF NICCOLO MACHIAVELLI

Copyright by Exportadora de Publicaciones Mexicanas, S. A.
México, D. F., 1953.

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

INDICE

CAPÍTULO I (1469-1498) Nacimiento y primeros estudios de Nicolás Maquiavelo. Es elegido secretario de los Diez.	1
CAPÍTULO II (1498-1499) Maquiavelo comienza a actuar de secretario de los Diez. Su embajada a Forlì. Condena y muerte de Paolo Vitelli. Discurso sobre los asuntos de Pisa.	8
CAPÍTULO III (1499-1500) Luis XII en Italia. Derrota y prisión del Moro. Maquiavelo en el campamento ante Pisa. Primera embajada a Francia.	19
CAPÍTULO IV (1501-1502) Tumultos en Pistoia, adonde es enviado Maquiavelo. Valentinois, en Toscana. Nuevo ejército francés en Italia. Continúa la guerra con Pisa. Rebelión de Arezzo y el Val di Chiana. Maquiavelo y el obispo Soderini son enviados a la corte de Valentinois, en Urbino. Sobre la manera de tratar a la población sublevada del Val di Chiana. Creación de un gonfaloniero vitalicio.	30
CAPÍTULO V (1502-1503) Embajada al duque de Valentinois en Romaña. Conducta del Papa en Roma en el mismo periodo. Maquiavelo compone su <i>Descrizione</i> de los acontecimientos que allí se desarrollaron.	43
CAPÍTULO VI (1502-1503) La necesidad de nuevos impuestos. <i>Discorso sulla provisione del denaro</i> . Medidas defensivas contra los Borgia. Guerra con Pisa. Nuevas fechorías del Papa. Predominio de los españoles en el reino de Nápoles. Muerte de Alejandro VI. Elección del Pio III y de Julio II.	67
CAPÍTULO VII (1503-1504) Los florentinos se muestran hostiles a los venecianos. Embajada a Roma. Victoria de los españoles en Nápoles. Segunda embajada a Francia. Reanudación de la guerra con Pisa. Primera <i>Decennale</i> . Un manuscrito que se ha perdido.	79
CAPÍTULO VIII (1505-1507) Triste situación de Umbria. Embajada a Perugia. Peligros de guerra. Nueva embajada a Siena. Derrota de Alviano. Los florentinos atacan a Pisa y son rechazados. Embajada a la corte de Julio II. Institución de la milicia florentina.	93

CAPÍTULO IX (1506-1510)	115
Maquiavelo dirige la instrucción de la milicia. Su viaje a Siena. Estado general de Europa. Maximiliano se prepara para coronarse emperador de Italia. Misión de Maquiavelo al emperador. Los escritos sobre Francia y Alemania.	
CAPÍTULO X (1508-1509)	139
Nueva devastación de territorio pisano. Negociaciones con Francia y con España. Pisa es presionada por todas partes. Maquiavelo va a Piombino a negociar las condiciones de la capitulación. Pisa se rinde y es ocupada por los florentinos.	
CAPÍTULO XI (1508-1510)	150
La Liga de Cambrai y la batalla de Agnadello. La humillación de Venecia. Una misión diplomática a Mantua. La segunda <i>Decennale</i> . Pequeñas vejaciones de Maquiavelo. El Papa como aliado de Venecia y como enemigo de Francia. Reanudación de la guerra. Tercera misión diplomática a Francia.	
CAPÍTULO XII (1510-1511)	163
Los enemigos de Soderini toman aliento. El cardenal de Médicis aumenta su prestigio. Soderini rinde cuentas de su administración. Conspiración de Prinzivalle della Stufa. La toma de Mirandola. Concilio de Pisa. Misión diplomática a Pisa. Cuarta misión diplomática a Francia.	
CAPÍTULO XIII (1512)	173
La batalla de Rávena. Los franceses se retiran. Peligros de la República. Maquiavelo organiza la defensa. Ordenanza de la milicia montada. Los españoles capturan y saquean Prato. Complot en Florencia en favor de los Médicis. El gonfaloniero Soderini es depuesto y sale de la ciudad.	
CAPÍTULO XIV (1512-1513)	185
Regreso de los Médicis a Florencia en 1512. Nueva forma de gobierno. Persecuciones. Documentos dirigidos por Maquiavelo a los Médicis. El secretario es privado de todos sus cargos. Muerte de Julio II. Elección de León X. Conspiración y muerte de Pedro Pablo Boscoli y de Agustín Capponi. Maquiavelo es acusado de complicidad en la conspiración. Es encarcelado, sometido a interrogatorio y luego puesto en libertad. Sus sonetos.	
CAPÍTULO XV (1513-1514)	200
El gobierno de los Médicis en Florencia. Dificultades de Maquiavelo. Su correspondencia con Francesco Vettori.	
CAPÍTULO XVI	214
<i>El príncipe</i> y los <i>Discursos</i> . La reforma religiosa y el Estado moderno. El paganismo de Maquiavelo. Su fe republicana. Maquiavelo y Aristóteles. El Estado según las ideas de Maquiavelo. Su método. La ciencia política en Grecia durante el Renacimiento.	
CAPÍTULO XVII	244
<i>El príncipe</i> .	
CAPÍTULO XVIII	263
Maquiavelo y su familia en el campo. Sus hijos. Su correspondencia con su sobrino Giovanni Vernacci. Su viaje a Génova. Los discursos	

de Guicciardini. <i>Discurso sobre la reforma del gobierno florentino</i> . La misión a Luca. Sumario de los asuntos de Luca. La vida de Castruccio Castracani.	
CAPÍTULO XIX	279
<i>El arte de la guerra.</i>	
CAPÍTULO XX	299
Maquiavelo es comisionado para escribir sus <i>Historias</i> . Soderini trata de convencerle para que no acepte. Su viaje a Carpi y correspondencia con Guicciardini. El Papa Adriano VI. Nuevas propuestas de reforma en Florencia. Complot contra los Médicis y condena de los conspiradores.	
CAPÍTULO XXI	311
Panorama general del teatro italiano. La Comedia de Arte y la Comedia Culta. Las comedias de Ariosto. Las comedias de Maquiavelo. La <i>Mandragola</i> , la <i>Clizia</i> . La <i>Comedia en prosa</i> . La <i>Comedia en verso</i> . La traducción de la <i>Andria</i> .	
CAPÍTULO XXII	329
<i>El asno de oro</i> . Los <i>Capitoli</i> y otros poemas menores. <i>Diálogo de la Lengua</i> . <i>Descripción de la Plaga</i> . <i>Diálogo sobre la ira y procedimientos para curarla</i> . <i>Aventura del Diablo Belfagor</i> . Otras obras menores.	
CAPÍTULO XXIII	345
Historiadores florentinos. Las <i>Historias florentinas</i> . Libro I, o introducción general.	
CAPÍTULO XXIV	358
Las <i>Historias florentinas</i> . Libros II, III y IV sobre la historia interna de Florencia hasta el triunfo de los Médicis.	
CAPÍTULO XXV	381
Las <i>Historias florentinas</i> . Libros V y VI, o el triunfo de los Médicis y las conspiraciones. Los <i>Fragments históricos</i> . Extractos de cartas a los Diez de Balía. El esquema general de las <i>Historias</i> .	
CAPÍTULO XXVI	397
Muerte de Adriano VI. Elección de Clemente VII. Batalla de Pavia. Conspiración de Morone.	
CAPÍTULO XXVII	413
El avance del ejército imperial en Lombardia. Guicciardini como presidente de Romaña y como teniente en campaña. Regreso de Maquiavelo a la vida pública. Su viaje a Roma. Su misión ante Guicciardini en Faenza. Su viaje a Venecia. Su correspondencia con Guicciardini. Su nombramiento como canciller de los <i>procuratorix delle Mura</i> . Su función como superintendente de las obras de fortificación de la ciudad.	
CAPÍTULO XXVIII	426
Ataque de los Colonna contra Roma. Tregua entre el Papa y el emperador. Guicciardini y Maquiavelo en campaña. Cremona se rinde a la Liga. Guicciardini recibe órdenes de retirarse atravesando el Po. Las fuerzas imperiales avanzan sobre Bolonia. Intento frustrado de establecer un convenio entre el Papa y el emperador. Maquiavelo vuelve a Flo-	

rencia. Conspiración en Florencia. El saco de Roma. Expulsión de los Médicis y restablecimiento de la República florentina.

CAPÍTULO XXIX	438
Maquiavelo es enviado al campamento cerca de Roma. Nuevas calamidades y nuevas tristezas. Su enfermedad y su muerte. Su testamento. Un sueño atribuido a Maquiavelo.	
CONCLUSIÓN	445

CAPITULO I

NACIMIENTO Y PRIMEROS ESTUDIOS DE NICOLÁS MAQUIAVELO. ES ELEGIDO SECRETARIO DE LOS DIEZ. (1469-1498)

Nicolás Maquiavelo (Niccolò Machiavelli, según su propio nombre italiano) aparece por primera vez en la Historia en 1498, a los veintinueve años de su edad. En ese momento se cernía ya la tormenta que pocos meses después llevó a Savonarola al patíbulo. La Señoría era hostil al fraile; ya había llegado a Florencia la sentencia de excomunión contra él. Para evitar el escándalo había ordenado a su fiel discípulo fray Domenico de Pescia que predicara en San Lorenzo a las mujeres, en tanto que él había abandonado la Catedral y se había retirado a San Marcos, donde sólo predicaba a los hombres. Maquiavelo escuchó dos de esos sermones, de los cuales envió detalles a un amigo residente en Roma, en carta fechada el 8 de marzo de ese año. En esta carta encontramos ya ciertas características notables de un intelecto, no sólo distinto del de Savonarola, sino opuesto al del fraile. Maquiavelo escuchó con una sonrisa irónica y desdeñosa las extrañas palabras del hombre a quien llamó después *profeta desarmado*. Le oyó arremeter contra "vuestrós libros, ¡oh sacerdotes!, y trataros de manera que no tolerarian ni los perros"; le oyó decir del Papa "cuanto puede decirse de cualquier gran villano", y le pareció que "este fraile da color a sus mentiras para ponerlas de acuerdo con el tiempo"; pero no podía comprender cómo había adquirido Savonarola tanto poder en Florencia, ni cómo acabaría el asunto, por lo cual pedía a su amigo que le ilustrase sobre la cuestión, si ello fuese posible. ¿Qué clase de hombre era, pues, este joven que seguía siendo un frío investigador en medio de las pasiones populares desencadenadas? Teniendo en cuenta el no insignificante papel que desempeñó años más tarde en los asuntos de su República, y el muy considerable que representó en la historia del pensamiento moderno, es natural que sigamos con enorme interés los más pequeños detalles de su juventud y sus estudios. Pero los primeros años de Maquiavelo están envueltos en la oscuridad, y tal vez lo estén siempre. Sus contemporáneos apenas lo mencionan y después de muerto, ninguno de sus amigos y conocidos pensó en escribir su vida. Y Maquiavelo, continuamente ocupado en

la observación de los hombres y los acontecimientos de su tiempo, nunca se refiere a sí mismo, nunca alude a su pasado. Como hombre, como carácter individual, no parece haber tenido mucha influencia sobre los que le rodeaban; sus actos, o tenían poca importancia o despertaban escasa curiosidad. Su prodigiosa actividad era principalmente literaria; pudiera decirse que casi toda su vida estaba en sus escritos, aunque su experiencia fué múltiple. En esto se diferencia profundamente de Guicciardini, a quien, por otro lado, se parece en muchas cosas. Guicciardini, que llegó a ocupar un puesto elevado, dejó sentir su poder y su autoridad personal de modo muy notorio. Combatido por muchos contemporáneos, se defendió en su *Apologia*, en sus *Ricordi Biografici* y en otros escritos, en los que habla a menudo de sí mismo por lo largo. Con todo, trataremos de reunir aquí toda la información que hemos podido recoger en relación con la familia de Maquiavelo y los primeros años de nuestro personaje. Por desgracia, es sobremanera escasa.

Maquiavelo pertenecía a una familia toscana muy antigua, oriunda de Montespertoli, pequeña comuna situada entre el Val d'Elsa y el Val di Pelsa, a poca distancia de Florencia. En los papeles pertenecientes a esta familia —los *Quaderni di ricordanze*, algunos de los cuales están todavía en las bibliotecas florentinas— leemos que los Maquiavelos eran aliados de los señores de Montespertoli y es un hecho positivo que descendían de la misma rama. Según esas *ricordanze*, hacia el año de 1120, cierto Buoninsegna, hijo de Dono dei Machiavelli, era padre de dos hijos varones, Castellano y Dono. Del primero descendían los Castellani, señores de Montespertoli; del segundo, los que llevaban el nombre de Machiavelli. El escudo del primero era un águila con las alas extendidas y campo de azur; el del segundo una cruz azur, campo de plata, con cuatro clavos, también azur, en los cuatro extremos de la cruz. En 1393 Ciango dei Castellani de Montespertoli dió a Buoninsegna y a Lorenzo, hijos de Filippo Machiavelli, tatarabuelo del famoso escritor, el castillo de Montespertoli, con derecho de patronato sobre muchas iglesias. Esta herencia, aunque de poco valor, por estar ya abolidos los derechos feudales, otorgó a los Machiavelli ciertos privilegios, como, por ejemplo, el monopolio de los pesos y medidas públicos, una ofrenda anual de velas de cera y el permiso de fijar su escudo en la fuente de la plaza del mercado que hoy lleva su nombre. La propiedad no tenía en sí misma gran valor y fué repartida entre las muchas ramas de la numerosa familia. Por tanto, poco llegó a las manos del padre de Nicolás Maquiavelo, cuyas tierras estaban en la próxima comuna de San Casciano. Pero todavía conservó ciertos derechos sobre el castillo y derechos de patronato sobre varias iglesias, pertenecientes, en parte, a la herencia de Montespertoli. Los Machiavelli también eran propietarios de casas en el barrio de Sto. Spirito, cerca de Santa Felicità y el Ponte Vecchio en Florencia, donde habían residido de antiguo y donde figuraban entre los *popolani* más notables.¹ Es más; los encontramos entre los desterrados de 1260,² después de la derrota de Montaperto. Pero pronto volvie-

ron a Florencia con los otros güelfos y se los menciona con frecuencia en la historia de la República, en cuyo Gobierno tomaron parte, pudiendo jactarse de gran número de priores y gonfalonieros.

Bernardo, hijo de Niccolò Machiavelli, nacido en 1428, era jurisconsulto, y durante algún tiempo desempeñó el puesto de tesorero en la Marca y en 1450 heredó la propiedad de su tío Totto, hijo de Buoninsegna Machiavelli. En 1458 casó con Bartolommea, viuda de Niccolò Bennizzi e hija de Stefano dei Nelli, de una antigua familia florentina. No puede suponerse que este matrimonio acreció su propiedad personal, pues en esa época las mujeres llevaban al matrimonio una dote muy escasa. Sea lo que fuere, en el Cattasto de 1498 están evaluados sus ingresos — todos los cuales, como veremos luego, pasaron a su hijo Niccolò en 1511, según lo convenido— en 110 florines de oro y 14 denarios, de suerte que, si no era hombre rico, tampoco era pobre. Bernardo era hombre estudioso y Bartolommea mujer piadosa, a todas luces de alguna cultura, pues compuso ciertos versos e himnos religiosos a la Virgen María, dedicados a su hijo Niccolò. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Totto, Niccolò, Primerana y Ginevra. La hija mayor casó con messer Francesco Vernacci, la segunda con messer Bernardo Minerbetti. No se sabe si el hijo mayor, Totto, nacido en 1463, llegó a casarse alguna vez, pero pronto quedó oscurecido. Niccolò, al contrario, nacido el 3 de mayo de 1469, se convirtió rápidamente, como veremos, en el individuo más influyente de la familia, tanto por sus adquisiciones como por sus dotes naturales. La muerte de la madre de Maquiavelo ocurrió el 11 de octubre de 1496; sin embargo, ni en relación con este suceso —uno de los más serios en la vida de un hombre— hallamos una sola palabra que nos indique cómo reaccionó el hijo. Todo está sustraído a nuestro conocimiento. Entonces había cumplido ya Maquiavelo los veintiséis años, pero no sabemos que para entonces hubiera escrito algo, ni poseemos una sola línea de otros escritores que nos facilite información acerca de él.

Las primeras líneas de Maquiavelo que conocemos consisten en una carta en italiano y un fragmento de otra carta en latín, las dos escritas en diciembre de 1497 y sobre el mismo asunto. Desde los días del Papa Juan XXIII, los Machiavelli habían disfrutado el patronato de Santa María della Fagna, en el Mugello. Los Pazzi pensaban ahora en usurparles este derecho, y los Machiavelli, por consiguiente, aunque todavía vivía Bernardo, encargaron a su hijo Nicolás que reclamara el derecho de todos. Así, tenemos las dos cartas "a un prelado romano", que era probablemente el cardenal de Perugia, pues a él fué a quien escribió con urgencia el Gobierno republicano sobre el mismo asunto. En estas cartas, Maquiavelo, haciendo gala de agudeza, adulación y muchas promesas, expone con estilo grandilocuente los derechos cuya defensa le había encargado la *Machiavellorum familia* y que, en efecto, fueron concedidos a la postre.

Por lo anterior sabemos dos cosas: primera, que Nicolás sabía ya escribir la lengua latina, hecho considerado dudoso por algunos, y se-

gunda, que todos los Machiavelli le tenían en gran estima, dado que lo eligieron para que los representara y los defendiese. Entre las noticias escasas y a menudo contradictorias que han llegado hasta nosotros, precisa que nos ocupemos de las que ofrecen autenticidad evidente. Desde luego, no podemos asombrarnos de que un hombre tan singularmente dotado por la naturaleza poseyera ya una cantidad satisfactoria de preparación literaria; sobre todo, si recordamos que procedía de una familia que no carecía de medios ni de cultura; que había pasado su juventud bajo el gobierno de Lorenzo el Magnífico, periodo en que abundaban las escuelas y las conferencias públicas en las universidades, en que podía aprenderse casi inconscientemente la literatura italiana y latina, incluso en la conversación diaria, y en que estaba en el aire que se respiraba la presencia de la Antigüedad. Hubiera sido raro por demás que, como han pretendido algunos siguiendo a Giovio, en semejante época careciera Maquiavelo completamente de cultura, y que cuanto puso en sus obras de los autores griegos y latinos lo debiera, más tarde, a Marcello Virgilio Adriani. Pero, por otro lado, aunque Maquiavelo era ya en su juventud persona bastante culta y erudita, y con el transcurso del tiempo avanzó mucho en el estudio de los clásicos y no ganó poco con su intimidad con Marcello Virgilio, tampoco podemos creer a los que afirman que poseía ya profundos conocimientos y que era un erudito en literatura griega. No puede afirmarse ni negarse que supiera elementos de griego, y además, este extremo carece de importancia. Lo que si sabemos es que estudió con diligencia las traducciones de los autores griegos y que las utilizó en sus escritos; pero en punto a que supiera leer a esos autores en las obras originales —extremo que interesaría saber— carecemos de pruebas. Entre sus innumerables citas latinas no se encuentra ninguna griega; se conservan algunas de sus traducciones del latín, pero no poseemos ninguna página suya traducida del griego, ni menciona nunca Maquiavelo que haya leído a un solo autor en esta lengua. Además, es seguro que sus contemporáneos no lo incluían entre los hombres de saber; es más: Varchi habla de él como de hombre “más que letrado, no sin letras”.² Giuliano dei Ricci, descendiente de Nicolás por el lado materno, recolector de toda la información que podía obtenerse sobre él, combatió la afirmación de Giovio, demostrando que su ilustre antepasado sabía latín, pero sin decir una sola palabra sobre el griego. En suma, de cuanto sabemos con seguridad podemos concluir que Nicolás Maquiavelo recibió en su juventud la educación literaria corriente en sus días, no la de un hombre de saber, y que su dominio de los autores griegos lo debió a las traducciones; ni parece que fuera muy lejos en el estudio del Derecho, del cual tenía, sin embargo, algún conocimiento.

Todo lo demás lo adquirió Maquiavelo más tarde leyendo, meditando y, sobre todo, por la experiencia y el conocimiento de los hombres. Su cultura relativamente restringida hubo de representar para él un gran inconveniente; pero tuvo también como inestimable ventaja el conservar la espontánea originalidad de su genio y su estilo, y de

evitar que quedaran sofocados, como solía acontecer entonces, bajo el peso muerto de la erudición.

Su ardiente entusiasmo por los antiguos, especialmente por los romanos, nos recuerda más el de Cola di Rienzo y Stéfano Porcaro que el de un hombre de letras puro y simple. Por vivir, además, en aquella época de letras, bellas artes, conspiraciones, escándalos pontificios e invasiones extranjeras, no vivió solamente para sus libros, sino en continuas conversaciones y meditando sobre los acontecimientos que tan velozmente se producían en torno suyo. Y entre estos acontecimientos es seguro que la llegada de los franceses en 1494 tiene que haber producido en Maquiavelo una impresión profunda y dolorosa, impresión sólo mitigada parcialmente por la expulsión de los Médicis y la proclamación de la República en Florencia. Porque, con sus aficiones y simpatías paganas y su profundísima aversión hacia cuanto supiera a curas y frailes, Maquiavelo no podía habituarse a ver la República gobernada por la elocuencia de un fraile. Más tarde nos encontramos en sus escritos con algunas expresiones de admiración por Savonarola, pero tales expresiones no están del todo libres de ironía. Cuando fueron arrojadas al Arno las cenizas del fraile, y fueron víctimas de la persecución los Piagnoni, las cosas estaban más de acuerdo con sus ideas. Entonces, como es natural, hubo muchos cambios en los empleos públicos y Maquiavelo, que a los veintinueve años aun no tenía profesión ni ingresos propios, se puso a buscar una ocupación que le aportara una remuneración decente. Probablemente, no le costó gran trabajo hallarla, pues no tenía demasiadas ambiciones y la República había empleado siempre a los hombres de letras en puestos remunerados, especialmente como secretarios.

El principal empleo de secretario era el de la Señoría, al frente del cual estaba el funcionario propiamente llamado Secretario, o Canciller de la República. Este empleo era muy honroso, y había sido confiado a hombres como Poggio Bracciolini, Leonardo Aretino, etc. Luego venía la segunda Cancillería, la de los Diez, que, aunque tenía importancia particular, dependía hasta cierto punto de aquélla. Los Diez reunían las funciones de un Ministerio de la Guerra, y, en parte, de un Ministerio del Interior, y en consecuencia, tenían que despachar una enorme cantidad de asuntos. También tenían que enviar embajadores al extranjero y mantener correspondencia con ellos; pero en estas cuestiones trabajaban con la Señoría, más bien subordinados a ella. De suerte que la segunda Cancillería estaba a menudo a las órdenes de la primera, y cuando, como solía ocurrir, no eran elegidos los Diez, las dos Cancillerías casi se fundían bajo la dirección del primer secretario.

Hacia fines de 1497 murió Bartolommeo Scala, famoso hombre de letras, mucho tiempo secretario de la República, y en febrero de 1498 fué nombrado para cubrir la vacante Marcello Virgilio Adriano, con un sueldo anual de 330 florines. Poco después fué expulsado de su empleo Alessandro Braccesi, otro secretario de la Señoría, pero colocado en la segunda Cancillería, y entonces se sometieron a vota-

ción cuatro nombres, primero en el Consejo de los Ochenta y cuatro días después —esto es, el 19 de junio— en el Gran Consejo. Entre esos nombres hallamos el de Niccolò, hijo de Bernardo Machiavelli; Maquiavelo obtuvo la mayoría de los votos y fué elegido, con un sueldo anual de 192 florines. El 14 de julio del mismo año la Señoría confirmó su nombramiento y fué trasladado a la segunda Cancillería, al frente de la cual permaneció hasta la caída del Gobierno republicano en 1512.

Este ascenso tiene que haber aumentado su estipendio a 200 florines, por ser éste el sueldo del segundo canciller. Pero precisa hacer notar que, según la ley, estos florines sólo valían cuatro libras cada uno, y no siete, como los florines corrientes de la época; había, además, una deducción de nueve *denari* por libra; por manera que el sueldo de Maquiavelo no ascendía en realidad a mucho más de cien florines de oro. Frisaba Maquiavelo en los treinta años cuando comenzó a desempeñar el puesto de secretario en compañía de Marcello Virgilio, que, bien que fuera, probablemente, amigo muy culto de Maquiavelo, nunca fué, de toda evidencia, su preceptor.

Marcello Virgilio, nacido en 1464, sólo le llevaba a Maquiavelo cinco años. Había sido discípulo de Landino y Poliziano; sabía griego y latín, medicina y ciencias naturales; tenía gran facilidad para improvisar, en latín inclusive. A este talento de orador se añadía la nobleza de su estampa: era alto, tenía una apostura digna, frente espaciosa y carácter abierto. En 1497 fué nombrado profesor de Letras en el Studio, donde siguió enseñando hasta 1502. Su legado literario consiste en muchas oraciones latinas, de las cuales aún no se ha publicado la mayor parte; una traducción de Dioscórides, que, bien que no fuera la primera ni muy correcta, le dió el título de Dioscórides toscano. En una palabra, era un hombre culto perteneciente a lo que entonces se llamaría la vieja escuela, y a pesar de los deberes que le imponía su empleo, nunca abandonó los estudios clásicos, que constituían el tema constante de su conversación y su correspondencia con los amigos.

Maquiavelo era muy distinto. De estatura media, figura delgada, con ojos brillantes, cabello oscuro, cabeza más bien pequeña, nariz ligeramente aquilina, labios apretados: todo denunciaba en él al observador y al pensador muy agudo, pero no al hombre capaz de ejercer gran influencia sobre los demás. No podía evitar fácilmente la expresión sarcástica que de continuo le andaba por los labios y los ojos centelleantes y que le daba el aspecto de un calculador frío y sagaz; al paso que, ello no obstante, estaba dominado a menudo por su formidable imaginación, a veces arrastrado de súbito por ella en medida propia de los visionarios más fantásticos. Entregóse a servir lealmente a la República con todo el entusiasmo de un viejo republicano de la Antigüedad, inspirado por los recuerdos de Roma, pagana y republicana. Bien que no de todo punto satisfecho con la actual forma de Gobierno, Maquiavelo se felicitaba de que hubieran terminado la tiranía de los Médicis y la denominación de un fraile. Sin duda alguna, sus relaciones con Marcello Virgilio eran beneficiosas para sus estudios,

y es posible que todavía asistiera a algunas de las conferencias que daba su superior jerárquico, pero no le sobrarian muchas horas, dado que de la mañana a la noche estaba ocupado escribiendo cartas oficiales, de las cuales se conservan hoy muchos miles en los archivos de Florencia. Además de desempeñar este empleo, los Diez le enviaban continuamente a resolver asuntos de Estado en los territorios de la República y no tardaron mucho tiempo en encomendarle embajadas importantes allende las fronteras. Aceptó con entusiasmo todos estos negocios, pues iban bien con sus gustos y con la febril actividad de su carácter. Dedicaba sus horas de ocio a leer, a conversar y a los placeres corrientes de la vida. Como tenía un carácter alegre, se llevaba perfectamente con sus colegas de la Cancillería, y si era íntimo de Marcello Virgilio, más lo era de Biagio Buonaccorsi, persona de valía y amigo fiel, aunque tuviera una posición subordinada y fuese mediocre intelectual. Este Buonaccorsi solía escribir a Maquiavelo cuando andaba de viaje largas y afectuosas cartas en tono de verdadera amistad, y por ellas sabemos que el primer secretario de los Diez se daba mucho a la vida alegre y a asuntos amorosos irregulares, sobre los cuales se escribían ambos con un estilo que dista mucho de ser edificante.

NOTAS AL CAPITULO I

1. En la Biblioteca Marucelliana de Florencia (Cod. 229, A. 10) está el "Quaderno" o Libro Registro de Ristoro, hijo de Lorenzo, que era hijo de Niccolò Machiavelli. Este Niccolò, hijo de Alessandro, fué en varias ocasiones miembro de la Signoría y de los Diez, y fué contemporáneo del gran escritor, pero pertenecía a otra rama de la familia. A veces se los ha confundido, lo que ha dado lugar a muchos errores. El Libro Registro de Ristoro comienza el 1º de septiembre de 1538 y contiene, junto a cosas de la familia, varias noticias importantes, parte de las cuales están copiadas de los papeles más antiguos de la familia. Así, figuran notas escritas por Lorenzo Machiavelli, y otras todavía más antiguas, extractadas de un "Registro" debido a Bernardo, hijo de Niccolò Machiavelli, escrito en 1460. Y en este Registro apunta el padre de nuestro Maquiavelo, nueve años antes de que naciera este hijo suyo, la genealogía de la familia. Parte de esos datos están corroborados por Giuliano dei Ricci en su *Priorista*, manuscrito en que habla a menudo de los Machiavelli, con los que estaba emparentado. (Vide en la Biblioteca Nacional de Florencia el *Priorista* de Giuliano dei Ricci: Quartiere Santo Spirito, Sesto d'Oltrarno, Machiavelli.)

2. Giovanni Villani (*Cronica*, vol. I, libro VIII, cap. 80, Florencia, Coen, 1847), al dar la lista de los desterrados coloca a los Machiavelli "entre los *popolani* del dicho Sesto (Oltrarno), casas notables". La misma noticia se halla en Ammirato, *Delle famiglie nobili fiorentine*. (Florencia, 1615, pág. 12, "Famiglia Soderini".)

3. *Storia di Firenze*: Florencia, Pazzi, 1851, vol. I, pág. 266.

CAPITULO II

MAQUIAVELO COMIENZA A ACTUAR DE SECRETARIO DE LOS DIEZ. SU EMBAJADA A FORLÍ. CONDENA Y MUERTE DE PAOLO VITELLI. DISCURSO SOBRE LOS ASUNTOS DE PISA.

(1498-1499)

La empresa principal en que estaba metida en este momento la República era la guerra con Pisa, y parecía como si al fin fuera a permitírsele ajustar cuentas con su antigua adversaria sin intervención exterior de ninguna clase. El Papa y los aliados se declararon satisfechos con Florencia después de la ejecución de Savonarola y no pidieron ya nuevas concesiones; al paso que la amistad que Florencia había mantenido siempre con Francia parecía suficiente para intimidar a los demás potentados italianos. Ciertó que Luis XII, al subir al trono francés; se había dado también los títulos de rey de Jerusalén y Sicilia y de duque de Milán, afirmando de este modo, además de las antiguas pretensiones sobre Nápoles, aquellas de que este rey se jactaba sobre Lombardía, por derechos que venían de su abuela, Valentina Visconti; cierto que esto vaticinaba nuevos conflictos para Italia y ya había producido consternación general en Milán y Nápoles; pero, por otra parte, todo ello daba a los florentinos la amistad y la ayuda secreta del Moro, y alimentaba sus esperanzas. Los venecianos seguían favoreciendo abiertamente a los pisanos; los lucenses, más débiles, se limitaban a dar ayuda secreta, y Pisa, con grave resolución y maravillosa energía, estaba siempre a la defensiva. No sólo llevaban armas todos los ciudadanos de Pisa, sino que incluso los habitantes de los territorios fronterizos se convertían en combatientes fogueados con los continuos choques. Venecia les había enviado 300 *stradiote*, o caballería albana, ligeramente armados y muy eficaces en las incursiones y los encuentros; en tanto que en Pisa, desde la expedición de Carlos VIII, quedaba un pequeño número de franceses que ayudaba a defender las murallas. Debemos hacer notar que últimamente, y debido a disensiones intestinas, los florentinos habían descuidado considerablemente las cuestiones militares y su capitán general, el conde de Rinuccio da Marciano, junto con su comisario Guglielmo dei Pazzi, habían sufrido una derrota desastrosa en un encuentro de alguna importancia, del cual lograron escapar con vida milagrosamente.¹ Y este fué el momento que

Venecia eligió para amenazar con un avance sobre el Casentino, a fin de distraer al ejército sitiador en esa dirección. Por tanto, urgían nuevas y más enérgicas medidas.

En primer lugar se enviaron cartas apremiantes al rey francés, rogándole que evitara que sus aliados, los venecianos, marcharan sobre Casentino, se pidió y obtuvo del Moro un empréstito considerable, decidióse retirar de Francia, con el consentimiento del rey, a Paolo y a Vitellozzo Vitelli, y se ofreció a Paolo, militar prestigioso, el mando supremo del ejército. Su entrada en Florencia, en junio de 1498, dió ocasión a un solemne festival. El pueblo y los magistrados de la República se congregaron frente a palacio; Marcello Virgilio leyó una oración latina, en la cual, alabando las proezas y excelencias del nuevo capitán, allí presente, lo comparaba con los grandes hombres de la Antigüedad. Y en tanto que se desarrollaban estas escenas, el astrólogo que había traído consigo Vitelli estaba con los de la Señoría en el patio de palacio haciendo observaciones y "esperando el dichoso momento". En cuanto se hizo la señal convenida, sonaron las trompetas, se interrumpió el discurso, y el gonfaloniero se apresuró a ofrecer el bastón de mando, haciendo votos por que obtuviera muchos triunfos en su campaña. Tras lo cual marcharon todos a oír misa en la Catedral, y el 6 de junio de 1498, el famoso capitán salió para la campaña. Entonces comenzaron los Diez a impulsar la guerra con gran actividad y utilizaron los servicios de Maquiavelo en muchos asuntos importantes.

Son casi increíbles las inmensas dificultades, vejaciones y peligros que esta diminuta guerra trajo a la República. Primero, la rivalidad entre el viejo capitán y el nuevo impuso que se diera al conde de Rinuccio la misma paga que a Vitelli, y que se le permitiera conservar el título de gobernador, confiándose al nuevo capitán la dirección principal de la guerra. La campaña comenzó bastante bien con la toma de varios lugares, pero entonces llegaron nuevas de que los venecianos avanzaban ya hacia el Casentino. Fué preciso, por consiguiente, alquilar nuevas tropas y nuevos capitanes y disminuir el ritmo de la guerra en territorio pisano para disponer de una fuerza mayor contra los venecianos, que, en septiembre, pasaron al Val di Lamone y tomaron Marra-di. Sin embargo, aquí fueron contenidos por las tropas florentinas, mandadas por el conde de Rinuccio y reforzadas con un contingente del duque Ludovico. Ante estas fuerzas se retiraron, pero entonces se marcharon hacia el Casentino, tomando de paso la abadía de Camaldoli; a continuación cruzaron Monte Alvernia y se apoderaron de Bibbiena por sorpresa. Estos acontecimientos obligaron a los florentinos a interrumpir por completo la guerra con Pisa, y, dejando una pequeña fuerza para defender las plazas más importantes de este territorio, a despachar a Vitelli con todo el ejército contra el nuevo enemigo. Entretanto, Don Basilio, el abad de Camaldoli, limpiaba el país, levantando a los campesinos del distrito montañoso, que conocía tan bien, y así logró contener a los venecianos, a los que hostilizó mucho. En esta coyuntura, el duque de Urbino, jefe del campo enemigo, cayó enfermo y pidió a Vitelli un salvoconducto para él y para sus tropas,

que les fué concedido inmediatamente. Esto despertó la ira y las sospechas de los florentinos, particularmente cuando supieron al propio tiempo que su general había estado hablando en público con Piero y Giuliano dei Medici, que iban con el ejército adversario.

Había entrado ya el invierno, y aunque ninguno de los bandos quería retirarse, se hizo difícil proseguir la guerra en las montañas. El duque de Ercole de Ferrara se ofreció para restablecer la paz entre Florencia, Pisa y Venecia. Aceptado su arbitraje, pronunció su veredicto a comienzos de 1499. Para el 24 de abril habían de retirarse los venecianos del Casentino, y de territorio pisano; los florentinos habrían de pagarles 100,000 ducados en el plazo de doce años; los pisanos volverían a estar sujetos a Florencia, bien que en posesión de su fortaleza y conservando sus derechos comerciales. Todos los beligerantes quedaron descontentos con las condiciones; sin embargo, los florentinos las aceptaron y los venecianos retiraron sus tropas, pero los pisanos, por su parte, comenzaron a prepararse para la guerra con mayor celo que nunca. El secreto de todo esto estaba en que se esperaban nuevos y formidables acontecimientos en otra parte, por haberse comprometido Luis XII con el Papa y con los venecianos a entrar en Italia a atacar a Ludovico el Moro. Todo el mundo retiró, por tanto, sus tropas de Toscana, y por fin quedaron frente a frente solas, Florencia y Pisa.

Mientras se desarrollaban esos hechos, Maquiavelo estuvo atareadísimo, pues despachaba todos los asuntos de la Cancillería de los Diez. Escribió una cantidad enorme de cartas, daba órdenes, mandaba dinero y armas y en ocasiones tenía que ir a conferenciar personalmente con los capitanes. Así, el 24 de marzo de 1499 fué enviado a Pontedera en embajada a Jacobo IV de Appiano, señor de Piombino, que estaba al servicio de la República y pedía más hombres y sueldo igual al que recibía el conde de Rinuccio. Maquiavelo logró que se conformase con recibir más soldados; pero los demás capitanes eran más difíciles de contentar y sus exigencias y quejas no tenía fin. Paolo Vitelli, disgustado por estar en un pie de igualdad con el conde de Rinuccio, pidió y obtuvo aumento de sueldo, lo cual despertó al instante los celos del conde, que, a su vez, comenzó a quejarse también. Todo ello había acrecido los gastos de la guerra, y en consecuencia, los impuestos, en tal medida, que estos últimos eran ya insoportables. Los libros de los decretos dictados por la República en esos años sólo presentan una serie de nuevos e ingeniosos expedientes para sacar dinero a los ciudadanos. Aumentaba el descontento popular al hablar que los Diez, llamados por esa razón los "diez gastadores", habían dilapidado grandes sumas, no sólo por falta de cuidado, sino por hacer favores ilegales a amigos personales, encomendándoles misiones y mandos inútiles;² y existían amenazas de rebelión casi declarada. Por manera que cuando llegó en mayo la hora de nuevas elecciones, se levantó una gritería popular de "¡Abajo los Diez y los impuestos!" (*ne Dieci ne danari non fanno pei nostri pari*) y la gente se negó a votar. Por tanto, la Señoría hubo de avenirse a tomar la dirección de la guerra con la ayuda de algunos de los ciudadanos más influyentes. Las acusaciones lanzadas contra los Diez

no tenían nada que ver directa ni indirectamente con Maquiavelo, su secretario, que, ciertamente, había adquirido considerable autoridad y fama. La segunda Cancillería, al frente de la cual se encontraba ahora Maquiavelo, estaba ya agregada a la Señoría, lo mismo que la primera; pero esto afectó poco o nada a la situación de Maquiavelo; sólo se trajo en más trabajo para él.

El 12 de julio de 1449 le fué confiada a Maquiavelo la misión más importante de cuantas hasta entonces había recibido: la Señoría lo enviaba con un despacho, firmado por Marcello Virgilio, a Catalina Sforza, condesa de Imola y Forlì. La República cultivaba celosamente la amistad de este pequeño Estado, pues no sólo estaba situado sobre la carretera general de la alta Italia a la baja, sino que también en, la que conducía a la Toscana por el Val di Lamone. Desde aquí habían avanzado los venecianos, desde aquí había amenazado el duque de Valentinois. Además, esa zona era una zona guerrera y suministraba mercenarios a cuantos se los pedían a la condesa, que casi había convertido estas transacciones en un comercio. Su hijo primogénito, Ottaviano Riario, aunque todavía era muchacho, estaba siempre dispuesto a ganar dinero aceptando un mando (*condotta*). En 1498 había conseguido uno, que le valió quince mil ducados, de los florentinos, deseosos de estar en buenas relaciones con su madre. Su compromiso expiraba a fin de junio, pero podía ser renovado, si así lo quería la Señoría, por otro año. Riario estaba muy disgustado al terminar el primer periodo. Decía que los florentinos no habían cumplido el contrato y que él se negaría a prorrogarlo. Pero la condesa, que era más prudente, al ver que los florentinos deseaban tener amistad con ella y sabiendo que el duque de Valentinois tenía aún pretensiones sobre la Romagna, se mostró dispuesta a ratificar el beneplácito, agregando que su tío, el Moro, le había pedido tropas y que, por consiguiente, agradecería una respuesta rápida a fin de saber a qué atenerse. Por esta razón fué enviado Maquiavelo a su corte.

La condesa Catalina era una mujer extraordinaria, capaz de mantenerse firme ante el secretario. Había nacido en 1462, hija ilegítima de Galeazzo María Storfa con Lucrecia, esposa de un tal Sandriani de Milán. Era mujer de hermosas facciones, de gran fuerza corporal y de intelecto más que masculino. Había tenido muchas aventuras singulares. Siendo todavía muy joven la habían casado con el vicioso hijo de Sixto IV, Girolamo Riario, amenazado de continuo con ser asesinado por sus súbditos como consecuencia de la tiranía con que los trataba. En 1487, hallándose en estado muy avanzado, cuidaba a su marido, que había caído enfermo, en Imola, cuando recibió noticias de que el castillo de Forlì había sido tomado por Codronchi, mayordomo del palacio, que había asesinado al gobernador. La misma noche se puso en marcha Catalina, entró en el castillo, y dejando a Tommaso Feo a cargo de él, se llevó a Codronchi a Imola. Al día siguiente dió a luz. El 14 de abril de 1488 estalló una sublevación en Forlì, Girolamo Riario fué muerto a puñaladas, y Catalina, viuda a los veintiséis años de edad, y con seis hijos, cayó prisionera de los Orsi, cabecillas de la

insurrección. Pero tampoco en este caso se amilanó. El castillo seguía resistiendo; le fué permitida la entrada, esperando los sitiadores que ordenaría la rendición; había dejado a sus hijos como rehenes en manos del pueblo. Pero ya había enviado corteos pidiendo ayuda a Milán, y una vez que se consideró segura en el castillo se dispuso a defenderlo hasta que llegaran socorros. A los que trataban de reducirla diciéndole que si no se entregaba darían muerte a sus hijos, les respondía que todavía podía parir muchos. Fué reconquistada la ciudad y severamente reprimida la rebelión. Luego fué desarmado y expulsado el fiel castellano que le había salvado la vida y dieron el puesto a su hermano Giacomo Feo, joven de extraordinaria presencia, con quien se casó pronto la condesa.

Este segundo marido también murió asesinado en 1495, cuando regresaba de la caza con la condesa. Catalina montó en un caballo y partió al galope para Forlì, donde tomó sanguinaria venganza. Fueron ejecutadas cuarenta personas y encarceladas, o perseguidas de otro modo, otras cincuenta. Sin embargo, muchos aseguraban que ella misma había alquilado los asesinos de su esposo y que ahora tomaba excusa en su muerte para quitar de en medio a sus enemigos. Catalina respondió a esta acusación diciendo que, gracias a Dios, ni ella ni ningún miembro de la casa Sforza había tenido jamás necesidad de utilizar asesinos vulgares cuando quisieron quitar de en medio a un hombre. En 1497 se caso por tercera vez, pasando a ser esposa de Giovanni, hijo de Pier Francesco, una de las ramas más jóvenes de los Médicis, que había llegado a su corte como embajador de la República florentina.³ Con este motivo la hicieron ciudadana de Florencia, en parte por halagarla y estar en buenas relaciones con ella, en parte porque se habían vuelto a poner en vigor las antiguas leyes que prohibían el casamiento de los ciudadanos, en particular de los ciudadanos poderosos, con extranjeros, desde que los casamientos entre los Médicis y los Orsini de Roma acrecieron tan considerablemente el orgullo de aquella familia. En abril de 1498 dió a luz Catalina otro niño, famoso luego como Giovanni delle Bande Nere, padre de Cósimo, primer gran duque de Toscana; y a fines del mismo año expiró también su tercer marido. A los treinta y seis años era, pues, viuda por tercera vez, madre de muchos hijos, dueña absoluta de su pequeño Estado y tenida por mujer de gran discreción y valor. En este momento se presentó Maquiavelo en su corte.⁴

Los florentinos estaban dispuestos a confirmar su beneplácito al conde Ottaviano, pero no a darle el mando que representara más de diez mil ducados, puesto que lo único que perseguían era atraerse a la condesa. También encargaron a Maquiavelo que le comprara cuanta pólvora, salitre y municiones pudiera venderles la condesa, pues se necesitaban constantes suministros para el campo ante Pisa.⁵ Tras una parada necesaria en Castrocara, desde donde envió a la Señoría información sobre las facciones en que estaba dividido este lugar, Maquiavelo llegó a Forlì el 16 de julio y se presentó inmediatamente a la condesa. Estaba con ella el agente de Ludovico, y ante él expuso

Maquiavelo el objeto de su embajada, las intenciones de la República y su deseo de mantener buenas relaciones con la condesa. Catalina le escuchó con mucha atención, dijo que las palabras de los florentinos siempre la habían complacido, si bien sus hechos siempre la habían contrariado grandemente,⁶ y que necesitaba tiempo para reflexionar.

La condesa comunicó luego a Maquiavelo que Milán le había ofrecido condiciones más ventajosas, y comenzaron las negociaciones. No podía vender pólvora ni municiones, pues no tenía bastante para ella. Por otro lado, poseía muchos soldados, a los que pasaba revista a diario y enviaba a Milán. Por sugestión de Marcello Virgilio, Maquiavelo trató de que le dieran algunas de esas fuerzas para enviarlas a Pisa, pero no pudo llegar a un acuerdo con la condesa ni en cuanto al precio ni en cuanto al tiempo en que podría disponer de ellas. El 22 de julio creyó Maquiavelo que ya había hecho el negocio, por haber elevado su oferta a doce mil ducados; pero añadió que no estaba seguro de ello, porque la condesa "había defendido siempre su dignidad", de modo que nunca pudo él aclarar si favorecía a Florencia o a Milán. "Por un lado —escribió Maquiavelo— veo que la corte está llena de florentinos, en cuyas manos parecen hallarse todos los asuntos del Estado; además, y esto tiene mayor importancia, la condesa ve atacado al duque de Milán, sin saber si puede ella contar o no con su ayuda; pero, por otro lado, el agente del Moro parece disfrutar autoridad, y continuamente salen para Milán soldados de infantería."

La verdad es que aunque para el 3 de julio todo parecía arreglado y acordaron que firmarían el convenio al día siguiente, cuando Maquiavelo se presentó a la condesa para pedirle la firma, fué recibido, como de costumbre, a presencia del agente de Milán, y diciéndole la condesa que "después de haber reflexionado sobre la cuestión durante la noche, creía que no debía comprometerse, a menos que los florentinos se comprometieran, a su vez, a defender su Estado. Que aunque el día antes le había enviado un recado muy distinto, no debía causarle sorpresa el cambio, dado que mientras más se discuten las cosas mejor se comprenden". Pero el Gobierno florentino le había dicho expresamente a Maquiavelo que había resuelto no contraer semejante obligación. Por tanto, nada tenía que hacer ya el enviado en Forlì y regresó a Florencia.⁷

El fracaso de esta embajada parece indicar que la condesa era más astuta que Maquiavelo, que se dejó envolver por una mujer. Ni puede asombrarnos lo ocurrido si tenemos en cuenta que Catalina Sforza era mujer de intelecto masculino, por mucho tiempo única regidora de su Estado y con mucha experiencia de los negocios, en tanto que el secretario florentino, a pesar de su maravilloso talento, no era más que un literato en su primera campaña diplomática. Pero, en el fondo, los florentinos no tenían motivos para estar disgustados. Lo que pretendían, realmente, no era resolver lo de la *condotta*, sino, más bien, conseguir la amistad de la condesa sin gastar nada; y en esto triunfaron en absoluto, porque las negociaciones no quedaron rotas, enviando la condesa a un agente confidencial para que las continuara.

Para Maquiavelo la embajada había sido utilísima, pues en palacio todo el mundo había elogiado vivamente sus cartas. Su leal amigo y colega, Biagio Buonaccorsi, un republicano admirador de Savonarola, de Benivieni, de Pico della Mirandola, le escribió a diario y le tuvo al corriente de todo. Buonaccorsi, aunque escritor mediocre, amaba el saber y escribió algunos pomeas y un diario que narra los acontecimientos florentinos desde 1498 a 1512. "En mi opinión —escribía en carta del 19 de julio— habéis desempeñado vuestra misión con gran honor, de lo que me he alegrado y sigo alegrándome sobremanera; continuad así, pues hasta ahora nos habéis hecho gran honor". Lo mismo dice en otras cartas, en una de las cuales pide a Maquiavelo un retrato de la condesa y le ruega lo envíe enrollado, para evitar que se estropee al doblarlo". Asimismo, encarece a Maquiavelo que regrese en seguida, porque durante su ausencia hubo mucho desorden en la Cancillería, donde privaban la envidia y los celos ;por todo lo cual "no os hace bien permanecer ausente y aquí hay un diluvio de trabajo como nunca lo hubo".⁸

Antes de partir con su embajada para Forlí, Maquiavelo estaba ocupado, como hemos hecho notar, en escribir cartas para calmar las rivalidades de los capitanes, empleando toda clase de argumentaciones para inspirar en ellos el amor a la República, que ninguno de ellos sentía, e inducirlos a proseguir la guerra amigablemente entre sí. Vitelli había propuesto que se atacara Cascina, y aprobado el proyecto, la tomó por asalto el 26 de junio, con lo que levantó el espíritu y las esperanzas de los florentinos, que pronto se formaron una alta idea de su valor. Pero luego todo quedó paralizado, al paso que aumentaban enormemente los gastos, de suerte que a su regreso de Forlí, Maquiavelo encontró a la Señoría consternada, al pueblo irritado y a los capitanes pidiendo envíos de fondos que no había. A principios de agosto les escribió en nombre de la Señoría diciéndoles que existían muchas dificultades para conseguir que los Consejos votaran fondos para nuevos gastos, y que si las cosas seguían así por mucho tiempo "media Italia no podría sostener toda esta artillería".

En carta posterior añadia Maquiavelo "que habiendo gastado hasta hoy unos 64,000 ducados en esta expedición, se ha sacado a todo el mundo lo que tenía; y para reunir la cantidad que enviamos ahora (2,000 ducados) hemos vaciado todas las cajas fuertes..." Si no actuáis con rapidez "estaremos perdidos, pues si se necesitaran 6,000 ducados más tendríamos que renunciar a toda esperanza".

Después, sin embargo, hubo un momento de alegre optimismo: llegaron noticias de que se había tomado la torre de Stampace y que en las murallas de Pisa se había abierto una amplia brecha; así es que los florentinos esperaban saber de un momento a otro que sus tropas habían entrado en la ciudad. En vez de eso supieron que el 10 se había dado una batalla campal; que se había llegado a la iglesia de San Pablo, y que justamente cuando todo el ejército y especialmente los jóvenes florentinos que se habían alistado como voluntarios se llevaban todo por delante con su ardor indomable, se le había ordenado la re-

tirada. Paolo Vitelli, al ver que los soldados no querían retirarse, se había lanzado contra ellos, acompañado de su hermano Vitellozzo, y los había hecho retroceder a golpes.⁹

Estas noticias indignaron profundamente a los florentinos y despertaron graves sospechas de traición por parte de Vitelli. Todo el mundo recordaba el salvoconducto dado por él al duque de Urbino en Casentino, en un momento en que se dejó ver en conversación con Piero Giuliano dei Medici. Poco después de la toma de Cascina había hecho prisionero a un tal Ranieri della Sassetta, que después de haber estado pagado por los florentinos se había pasado a los pisanos y había tomado parte en innumerables intrigas contra la República. La Señoría había ordenado que fuera enviado inmediatamente a Florencia para ser juzgado, pero Vitelli le dejó escapar, diciendo "que no quería convertirse en carcelero de un soldado valiente y valioso". ¡Y ahora contenía a su ejército precisamente cuando estaba asegurada la victoria y la propia Pisa a punto de ser tomada, diciendo que tenía la seguridad de que obtendría su rendición con condiciones. Todo esto bastaba para que los florentinos perdieran la paciencia. La Señoría declaró abiertamente que "querían saber a qué atenerse", y el 20 de agosto se encargó a Maquiavelo que escribiera lo que sigue a los comisarios del campamento: "Hemos otorgado al capitán cuanto ha pedido y, sin embargo, vemos anulados todos nuestros sacrificios por su falta de celo y sus engaños". Por todo lo cual, si nuestras leyes lo hubieran permitido, dos de nosotros hubiéramos acudido personalmente a averiguar la causa de este engaño "puesto que parece que no queréis escribirnos sobre el particular o que lo ignoráis" Pero todo fué en vano. La fiebre hacía estragos en el ejército, que disminuía todos los días, en tanto que los pisanos recibían refuerzos. Los dos comisarios fueron atacados por la fiebre y uno de ellos falleció. Escribiendo a los que los habían sustituido, decía Maquiavelo, en nombre de su Señoría: "Hubiéramos preferido la derrota a la inacción en un momento tan decisivo". "No sabemos qué decir, ni cómo disculparnos ante este pueblo, que creará que le hemos estado mintiendo, dándole uno y otro día vanas promesas de victoria segura."

Había que adoptar una resolución y no se disponía de dinero; lo único que podía hacerse, después de la extraña conducta de Vitelli y de las serias sospechas que había despertado, era ordenarle inmediatamente que levantara el campo, dejando solamente los lugares más importantes en estado de defensa. Pero aun así, todo fué mal, pues se hundieron en el Arno diez barcas llenas de municiones y de artillería, y algunas fueron sacadas por los pisanos. Pero Vitelli no podía zafarse de las consecuencias de este asunto. Además de lo ocurrido, y cuando todo el mundo en Florencia le creía traidor, circuló el rumor de que cuando Ludovico huyó de Milán habían caído en manos de los franceses ciertos documentos que probaban de modo palmario que él (Vitelli) había contraído compromisos secretos para prolongar la guerra. Ya habían sido enviados como comisarios de guerra Braccio Martelli y Antonio Canigiani, en apariencia con el propósito de suministrar los

fondos necesarios para levantar el campo, pero en realidad para que se apoderaran de las personas de Paolo y Vitellozzo Vitelli. Paolo había intentado fugarse pidiendo licencia, que le fué negada.

Por cartas que Maquiavelo escribió entonces sabemos que el secreto del asunto estaba en sus manos, y que, convencido de la mala fe y la traición de Vitelli, trabajaba con celo extremado para conseguir el objeto que se perseguía. El 27 de septiembre estaba a punto de producirse el desenlace del drama y apremió a los comisionados para que procedieran con energía contra "los rebeldes y los enemigos de la República", puesto que se trataba de salvar el honor florentino y de mostrar a Francia que Florencia sabía velar por su propia seguridad y que aspiraba a ser tan respetada como cualesquiera otros potentados italianos. En conclusión, Maquiavelo recomendaba que la vigorosa resolución se acompañara de tanta circunspección y prudencia, "que no os desoriente el exceso de celo ni la precaución excesiva, al punto de que se precipiten las cosas más de lo necesario, por un lado, ni más de lo que permite la ocasión por otro".

Los dos comisarios cumplieron discretamente lo que se les había ordenado. Vitelli tenía su cuartel alrededor de kilómetro y medio más allá de Cascina, adonde se estaba retirando la artillería. Le invitaron a que fuera a Cascina el 28, pretextando que deseaban consultarle sobre la marcha de la guerra; pero, después de comer juntos, le llevaron a una cámara secreta, donde lo encerraron. Al propio tiempo mandaron buscar a Vitellozzo, que estaba enfermo en cama; sospechando una trampa, pidió que le dejaran vestirse y logró huir hacia Pisa. Paolo fué llevado a Florencia, fué interrogado el último día de septiembre, y aunque no admitió ninguna de las acusaciones que se le hacían, fué decapitado a las veinticuatro horas.

La ejecución de Vitelli causó gran sensación en la ciudad y fuera de ella, pues era un jefe prestigioso y contaba con la amistad de Francia. Guicciardini estima que no fué culpable de traición, y atribuye su inexplicable conducta al carácter y las costumbres de los capitanes mercenarios; Nardi, por el contrario, declara que era culpable y que merecía el castigo que le impusieron. Buonaccorsi, que estaba en la Cancillería, relata el asunto sin comentario y termina con estas palabras: "y este fué el fin de Pagolo Vitegli, persona muy excelente". En cuanto a Maquiavelo, aunque no tuvo oportunidad de mencionar esta cuestión en la "Historia" ni en los Fragmentos, que no pasan de mediados de 1499, tenemos su opinión en los "Decennali", en las cartas que escribió y en el ardor que puso en la tramitación de este asunto.

No sabemos que entonces se descubriera ninguna prueba de la traición de Vitelli, pero de las deliberaciones del Consejo veneciano de los Diez se desprende claramente que Vitelli era en realidad un traidor; que había prometido volver a instalar a Piero dei Medici en Florencia y que las negociaciones con tal fin habían ido tan lejos, que los venecianos habían prometido recompensarle con una *condotta* por valor de cuarenta mil ducados, o con una suma todavía mayor, si la exigiera.¹⁰ En todo caso, los florentinos sabían que Vitelli se proponía no con-

quistar Pisa hasta ver en qué acababa la guerra entre los franceses y Ludovico el Moro, con quien nunca había roto abiertamente la República.

Asegurada la victoria de los franceses, parece que Vitelli cambió de opinión, y resolvió —al menos esto dice Nardi—,¹¹ desempeñar su papel en serio, pero ya había perdido prestigio y era demasiado tarde.

Otra prueba, si hiciera falta, del destacado papel desempeñado por Maquiavelo en todos los asuntos relacionados con la guerra, y de la estimación en que se tenía su trabajo, está en su breve "Discorso fatto al Magistrato de' Dieci sopra le cose di Pisa", escrito en ese año. Es uno de los muchos escritos que le imponía su cargo y en esas páginas, después de demostrar con una serie de razones certeras que era locura esperar reducir a Pisa de otra forma que no fuese por la fuerza, da detalles de las diversas opiniones expresadas por los capitanes en relación con el sistema de dividir a las tropas florentinas en dos o tres campamentos y las operaciones militares que se proponía. Expuso y defendió estas opiniones y propuestas con una precisión que probaba claramente que incluso en este período se dedicaba a estudiar, no sólo los asuntos de Estado, sino, asimismo, las cuestiones militares. O, para decirlo más sencillamente, es evidente que Maquiavelo reconocía ya que el conocimiento del arte de la guerra era elemento esencial en la formación del hombre de Estado.

NOTAS AL CAPITULO II

1. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, pág. 174.

2. Según la Reforma del 2 de diciembre de 1494, los Diez desempeñarían sus cargos durante seis meses (Archivos Florentinos, "Provvisióni", reg. 186, hoja 4). Por decisión del Consejo de los Ochenta (11 mayo 1495), las elecciones se harían en el Gran Consejo.

3. Este Giovanni dei Medici (1467-1498) era, como hemos dicho, hijo de Pier Francesco, que era hijo de Lorenzo, segundo hermano de Cósimo, *pater patriae*. Bien sabido es que el padre de Cósimo y Lorenzo era Giovanni dei Medici, el verdadero fundador de la familia. La rama más antigua, es decir, la que descendía directamente de Cósimo, quedó extinguida en 1537 con la muerte de Alejandro, asesinado por Lorenzino dei Medici. Los grandes duques de Toscana descendían de la segunda rama.

4. Véase la *Vita di Caterina Sforza*, por el abate Antonio Burriel, 3 vols. Bologna, 1759. Véase también *A Decade of Italian Women*, por T. A. Trollope. Londres, 1859, 2 vols.

5. "Istruzioni" dadas a Maquiavelo, decretadas el 12 de julio de 1499.

6. Carta del 17 de julio, en la "Legazione a Caterina Sforza".

7. Por esta embajada recibió Maquiavelo, de acuerdo con el decreto de 31 de agosto de 1499, diecinueve florines de oro "para pago de sus gastos al ir, permanecer y regresar en diecinueve días, a partir del 13 de julio al 1º del mes actual inclusive". Este documento figura en los Archivos de Florencia. "Signori, Stanziamenti dei", 1499, hoja 11.

8. Tres de las cartas escritas por Buonaccorsi pueden verse en la Biblioteca Nacional de Florencia, *Carte di Machiavelli*, caja 11, núms. 1, 77, 78. Biagio Buonaccorsi fué leal a Maquiavelo incluso cuando éste cayó en desgracia y fué muy combatido por haber publicado *Il Principe*.

9. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, págs. 196 y sigs.
10. Archivio dei Frari, "Misti" c. X, vol. núm. 275, carte, 213t. Herr M. Brosch fué el primero que llamó la atención sobre estos documentos en las páginas de la *Historische Zeitschrift*, de Sybil.
11. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, pág. 210.

CAPITULO III

LUIS XII EN ITALIA. DERROTA Y PRISIÓN DEL MORO. MAQUIAVELO EN EL CAMPAMENTO ANTE PISA. PRIMERA EMBAJADA A FRANCIA.

(1499-1500)

Una de las razones especiales que tuvieron los florentinos para juzgar apresuradamente a Vitelli fué el temor de que las nuevas e importantes victorias de los franceses en Lombardía impidieran la ejecución de la sentencia. Estos acontecimientos produjeron cambios no pequeños en los asuntos de Toscana, y, por consiguiente, menester es que hablemos de ellos.

Después de la batalla de Fornuovo, parece haber realizado Ludovico su viejo deseo de dominar por completo los asuntos italianos. El pueblo cantaba en las calles de Florencia:

*Cristo in cielo e il Moro in terra
Solo sa il fine di questa guerra.*

El Moro mandó acuñar una medalla de plata, con una jarra de agua en el anverso y fuego en el reverso, que simbolizaba su poder como amo de la paz y la guerra. Asimismo, en una de las paredes interiores de su palacio hizo pintar el mapa de Italia con varios gallos, gallinas y pollos y un Moro, escoba en la mano, barriéndolos a todos. Sin embargo, cuando preguntó al embajador de Florencia qué pensaba del cuadro, éste contestó que era una preciosa fantasía, y que le parecía que el Moro, al tratar de barrer de Italia los gallos, se estaba asfixiando con el polvo;¹ y esto era lo que en realidad acontecía.

Luis XII, que siempre había pretendido tener derechos sobre el ducado de Milán, tan pronto como subió al trono de Francia comenzó a tomar medidas para la seguridad interna del Estado francés. Redujo los impuestos, reorganizó la administración de justicia y nombró primer ministro a Georges d'Amboise, arzobispo de Ruán. Respetó las autoridades constituidas y no tomó decisión alguna sin oír su consejo. Mantuvo la independencia de los tribunales de justicia. Fomentó las libertades francesas. Fué económico. Luego que con estas prudentes medidas aseguró el orden del Estado, volvió la atención a la guerra de Italia, que ya no era impopular en Francia, debido a la confianza cada día mayor que se tenía en el monarca y al deseo general

de vengar pasadas humillaciones. El 19 de febrero de 1499 selló Luis con los venecianos un tratado ofensivo y defensivo para la conquista del ducado de Milán, comprometiéndose a cederles una parte de este territorio. De suerte que el Moro se encontró entre dos fuegos, sin tener dónde buscar ayuda, pues los florentinos siempre habían sido amigos de Francia, y el Papa, tras la promesa de ayudar al Valentino, también dió su aprobación. El ejército francés, al mando del milanés G. G. Trivulzio —famoso desde la batalla de Fornuovo— y de otros capitanes prestigiosos, y reforzado con un gran contingente de suizos, avanzó con extraordinaria rapidez. De los capitanes de Ludovico, unos eran traidores, otros incapaces, y el pueblo se levantó contra él, por manera que tuvo que prepararse para huir antes de haberse repuesto de los primeros reveses. Primero mandó a sus hijos al cuidado de su hermano el cardenal Ascanio, a quien confió la custodia de 240.000 ducados. El 2 de septiembre los siguió a Alemania.

El 11 de ese mismo mes ocupó el ejército francés a Milán, y poco después hizo su entrada triunfal Luis XII. Cuando se presentaron ante él los embajadores de los diversos Estados italianos, los mejor recibidos fueron los florentinos, porque, a pesar de ciertas vacilaciones ocasionales, la República florentina había permanecido siempre fiel a Francia, tanto en las horas favorables como en las adversas.

Con todo, los florentinos tenían abundantes motivos para estar disgustados con los capitanes franceses que se habían quedado en Toscana, y a los cuales atribuían la resistencia de los pisanos, y, en parte, el desgraciado final del asedio que acababa de obligarles a levantar el campo y dar muerte a Paolo Vitelli. Pero en vez de desahogar su ira con quejas inútiles, firmaron en Milán, con el rey, un nuevo tratado (19 de octubre de 1499). De acuerdo con este tratado el rey se obligaba a ayudarles en la conquista de Pisa; por su parte, los florentinos habían de enviar a Milán 400 hombres de armas y 3,000 soldados de infantería y se comprometían a aportar a la expedición contra Nápoles 500 hombres de armas y 50,000 coronas. Antes de salir para Nápoles los franceses habría de rendirse Pisa, y entre tanto, los florentinos devolverían al rey el dinero que les había prestado el Moro, según cálculo que haría G. G. Trivulzio después de examinar los papeles hallados en Milán. Asimismo, tendrían que aceptar los servicios del prefecto Giovanni della Rovere, hermano del cardenal de San Piero in Vincoli, a quien los franceses deseaban favorecer.

Todos estos asuntos quedaron en suspenso por haberse complicado las cosas. Los franceses, y en particular su general, Trivulzio, que había sido gobernador de Milán, habían provocado de tal modo el descontento del pueblo, que cuando el Moro se presentó al frente de 8,000 suizos recientemente contratados y 500 hombres de armas, fué recibido con entusiasmo por los mismos que hacía poco lo habían expulsado, y el 5 de febrero entró en Milán. Trivulzio había abandonado ya la ciudad, pero dejó un fuerte contingente protegiendo la fortaleza: en Novara puso otros 400 hombres y luego avanzó hacia Mortara, donde se detuvo a esperar refuerzos, en tanto que muchos soldados,

incluso suizos, se pasaron al Moro, que los pagaba mejor. Sin embargo, en abril entraron en Italia, para engrosar la expedición francesa, 10,000 mercenarios suizos al mando de La Trémouille. Ya estaban los ejércitos enemigos frente a frente y en disposición para el combate cuando las tropas suizas de Ludovico manifestaron que como habían sido contratados individualmente no podían luchar contra la bandera suiza de sus compatriotas, contratados por Luis XII en convenio especial con la Confederación. Le traicionaron, pues, ante el enemigo, y con otros pretextos exigieron que se les pagaran los atrasos al instante, sin esperar siquiera a ver si podía recibir refuerzos italianos. El desgraciado duque sólo pudo conseguir de ellos que le permitieran esconderse en sus filas disfrazado de fraile. Pero fuera debido a su propio miedo o a una nueva traición de los soldados, fué descubierto y hecho prisionero el 10 de abril del año 1500. La misma suerte corrieron varios capitanes suyos y su hermano Ascanio, quien, huído de Milán, fué entregado por un amigo a los venecianos, los cuales, a su vez, lo entregaron a los franceses. Así es que, como había profetizado Gualterotti, el Moro se había asfixiado con el polvo de su barrida, y su afortunada carrera había terminado para siempre. Cuando le llevaron prisionero a Lyon se aglomeró tanta gente para verle que tuvieron que protegerlo los soldados. Murió en el castillo de Loches, en la Turena, al cabo de diez años de severo encarcelamiento. El cardenal Ascanio fué encerrado en la torre de Bourges, pero transcurrido cierto tiempo logró recobrar la libertad.

El rey, cuya experiencia le había enseñado a ser cauto, envió a Georges d'Amboise —cardenal ahora— de gobernador a Milán y llamó a Italia al Cardenal de Rouen. El cardenal, considerando que era "preferible imponer multas que saquear", condenó a Milán a que contribuyera a los gastos de la guerra con 300,000 ducados e impuso multas proporcionales a las demás ciudades, provocando de este modo mucha menos indignación que Trivulzio. A continuación hizo su entrada en la capital lombarda. Pronto entró el rey, a quien inmediatamente se unió el embajador florentino, Tommaso Soderini, que llegaba para felicitarle y para ponerse de acuerdo con él sobre el número de soldados que habían de enviarse a Pisa, según estaba decidido. Creyóse que bastarían 500 lanceros, 4,000 suizos y 2,000 gascones; los franceses pagarían a los primeros, y los florentinos mantendrían a los demás y correrían con los gastos de la artillería y el bagaje, a razón de 24,000 ducados mensuales. Estas condiciones eran extremadamente onerosas para la República, que ya había adquirido tantos compromisos con Francia; sin embargo, se sometió a todo con la esperanza de que, con ayuda de un fuerte ejército, podría poner fin victorioso a la empresa a costa solamente de dos o tres meses de paga.

Mas los florentinos iban a experimentar ahora las crueles consecuencias de tratar con los franceses. El cardenal de Rouen, que estaba al frente de todo, procuraba echar sobre todos los demás la carga del ejército francés y exigió que comenzaran a pagar en mayo, esto es, mucho antes de que las tropas estuvieran en Toscana y además que les

pagaran el viaje de regreso. Hasta el veintidós de junio no partieron los suizos y los gascones para Piacenza con veintidós falconetes y seis cañones, mandados, a petición de los florentinos, por Beaumont en vez de por Ives d'Alegre, a quien quería nombrar el rey. Este Beaumont o Belmonte, como se le llamaba, era el único capitán francés de los que habían quedado en Toscana que había cumplido su palabra. Siendo gobernador de Liorna se la había entregado a los florentinos, de acuerdo con lo convenido; por esta razón sólo se fiaban de él. Los nuevos mercenarios suizos y gascones avanzaron muy lentamente, imponiendo multas y pillando todos los pueblos por donde pasaban, en beneficio propio o del rey, a pesar de que ya habían recibido su paga. Cuando se pasó lista en Piacenza se vió que había mil quinientos más de lo convenido y también hubo que pagar a estas tropas sobrantes. La conducta de esta gente sería inexplicable si no supiéramos lo que eran entonces los mercenarios y si no hubiéramos dicho ya que el cardenal de Rouen, para no gastar de los fondos de su económico monarca, trataba por todos los medios de sacar dinero a amigos y enemigos. Las tropas hicieron alto en Bolonia para requisar bienes en Bentivoglio; en Lunigiana —con la completa desaprobación de los florentinos— despojaron a Alberigo Malaspina de parte de sus bienes, instigados por su hermano Gabriello, a quien se los entregaron. Tomaron Pietrasanta, pero no cumplieron el compromiso de cederla a los florentinos. Además de todo esto, las insurrecciones, motines y amenazas con que trataban de obtener provisiones, que nunca les bastaban, eran algo increíble.

La República había enviado a Giovanni Battista Bartolini al campamento como comisario con la orden de que hiciera los preparativos necesarios, pero al conocer la insolencia de las tropas extranjeras, envió también dos comisarios especiales, Luca degli Albizzi y Giovan Battista Ridolfi, a los que acompañaba en calidad de secretario Nicolás Maquiavelo. La misión que se les había confiado era ardua en extremo, pues tenían que marchar con el ejército y aplacar el insaciable apetito de aquellas hordas de hambrientos, que acabada una comida parecían tener más apetito que antes. Tomaron la ruta de Pistoia y Pescia, y en breves despachos mantenían informada a la Señoría de todos los movimientos. El 18 de junio se encontraron con el ejército en Camaiore y lo siguieron a Cascina, donde llegaron el 23. Aquí comenzó a quejarse pronto la tropa de una supuesta escasez de provisiones, especialmente de vino. Giovan Battista Ridolfi, que siempre se había opuesto a que se pidiera ayuda a los franceses, de los que no podía esperarse nada bueno, abandonó el campamento a la primera señal de desorden, con el pretexto de exponer a la Señoría la verdadera situación del asunto y obtener remedios rápidos. Pero Luca degli Albizzi, hombre de valor suicida, se quedó en el campamento con Maquiavelo, entre las tropas amotinadas, sin que ninguno de los dos perdiera la serenidad. A uno que le aconsejó que se instalara a alguna distancia del campamento, le respondió: "Quien tenga miedo puede volverse a Florencia", y siguió con el ejército. Llegaron embajadores de Pisa, ofreciendo entregar la ciudad a los franceses, siempre que la conser-

varan veinticinco o treinta días antes de entregarla a los florentinos, y Beaumont quería aceptar; pero Albizzi se negó a ello en nombre de la Señoría, diciendo que en un mes podían ocurrir muchas cosas, y que ahora, estando preparados para la guerra, había que emplear medios violentos.²

Al fin, el 28 de junio llegó el ejército ante las murallas de Pisa. Lo formaban 8,000 hombres que todavía amenazaban con amotinarse a causa de la escasez de las provisiones; sin embargo, plantaron las tiendas por la noche y colocaron en posición los cañones. Albizzi, que siempre andaba entre los soldados, hizo cuanto pudo para que se les suministrara todo lo necesario, y no se desanimaba, bien que viera sin asomo de duda que de un momento a otro podía correr el mayor peligro. "Si fuera posible —escribía el 30 de junio al comisario Bartolini, entonces en Cascina— que nos enviarais algún pan, nos devolveríais el alma al cuerpo". Ese mismo día abrieron fuego contra la ciudad y siguieron bombardeando hasta última hora de la tarde, momento en que ya habían caído unos treinta metros de muro. Había llegado la hora de lanzarse al asalto y acabar el asunto; pero entonces se vió que los pisanos habían cavado una trinchera detrás de la muralla y en el otro lado habían levantado una fortificación, desde la cual devolvían el fuego; de modo que era imposible seguir adelante. Y así, una vez más, justamente cuando la ciudad parecía a punto de ser tomada, terminó la empresa en humo. El ejército sitiador perdió ánimo y comenzó a retirarse de nuevo, amotinándose por la escasez o mala calidad de las raciones; y era tal la confusión entre los soldados, que Beaumont comunicó a Albizzi que ya no respondía del éxito de la campaña y culpó de todo a los florentinos. No hubo protestas ni seguridades que pudieran hacerle cambiar de opinión.³

El 7 de julio desertaron en masa los soldados gascones, y Albizzi escribió a Bartolini que fueran tratados como enemigos. Al día siguiente comunicó a la Señoría que los suizos habían asaltado su habitación pidiéndole dinero y amenazándole con cobrarse en sangre suya: "Los franceses parecen atemorizados; se excusan y se calman con agua fría; el comandante Beaumont ha perdido la cabeza, pero insiste en que se le pague. Hasta ahora he procurado no dar preocupaciones a vuestras excelencias; pero ahora es ya absolutamente necesario decidir qué vamos a hacer con esta gente y tomar las medidas del caso. También sería cosa de pensar si debo salvarme yo". "No crean vuestras excelencias que lo digo por cobardía, pues en modo alguno huiré de ningún peligro que sea indispensable correr por mi ciudad."

Los presentimientos de Albizzi se confirmaron al día siguiente. Maquiavelo, que escribió la mayor parte de esas cartas, comunicó desde el campamento en nombre propio que hacía las tres de la tarde unos cien suizos se habían presentado pidiendo dinero y al no conseguirlo habían hecho prisionero a Albizzi. Se lo llevaron por la fuerza a la Bailía de Dijon y desde allí escribió el mismo día que estaba luchando por su vida en todo momento, en medio de los soldados que enarbolaban sus alabardas y amenazaban con metérselas por la cabeza. Los

soldados insistían en que pagara a una compañía de unos cien suizos que habían llegado de Roma, y que se había negado enérgicamente a esta absurda reclamación. Pero incluso en esos momentos críticos permaneció Albizzi sereno, y en la misma carta daba algunos consejos útiles; pero no podía evitar quejarse de que le habían abandonado "como si fuera persona rechazada y perdida. Por lo menos que me consuele Dios en la muerte". Pero no pudo conseguir la libertad hasta que hubo firmado un papel con su garantía personal para el pago de 1,300 ducados a los suizos que habían llegado de Roma. Después de esto se dispersó el ejército, y los últimos en marcharse fueron los hombres de armas. Así, tras grandes desembolsos y sacrificios no menores, quedaron los florentinos con un campamento desierto y con sus enemigos, los pisanos, más envalentonados que nunca. Enviáronse con toda diligencia nuevos comisarios, Piero Vespucci y Francesco della Casa, para que averiguaran qué podía hacerse, tanto en punto a las pagas como a la reunión de nuevas tropas en los territorios próximos. El rey escribió varias cartas en las que lamentaba lo ocurrido, censuraba a los capitanes, amenazaba a los soldados y prometía rendir a Pisa a toda costa. Pero éstas fueron palabras vacías, no apoyadas por los hechos, pues se limitó a enviar a Duplessis, lord de Courcon, llamado por los florentinos *Carcon* y *Corco*, para que realizara investigaciones sobre lo que había pasado y le remitiera un informe.

Entre tanto, los pisanos hicieron una salida desde las murallas, tomaron Librafatta y poco después se adueñaron del bastión *Ventura*, construido por Vitelli a costa de mucho dinero. De este modo establecieron comunicación con Luca, de donde recibieron refuerzos continuamente. Cierta que Courcon ofreció más tropas a los florentinos en nombre del rey, diciendo que con su ayuda Florencia podría hostilizar a los pisanos durante el invierno, y reducirlos así más fácilmente tan pronto como llegara la primavera. Pero la República no quería tener que ver ya nada ni con los franceses ni con los suizos, con harta indignación del rey, que disgustado con los resultados de la campaña, en la cual sus tropas no habían logrado otra cosa que deshonor, trataba de descargar toda la responsabilidad sobre los florentinos. Ellos habían insistido en aceptar a Beaumont como capitán —decía el monarca— en vez de Ives d'Alegre, propuesto por él, y además habían descuidado el avituallamiento del ejército y el pagarlo con regularidad. Pero la verdadera causa del disgusto del rey era que ya no podía imponer a Florencia el mantenimiento de parte de su ejército. Fueron tan fuertes sus amenazas y sus quejas, y los enemigos de la República soplaron con tanta diligencia en este fuego, que se creyó conveniente enviar a Francesco della Casa y a Maquiavelo en embajada a la corte francesa, pues habiendo estado ambos en el campamento se hallaban en condiciones de ofrecer al rey información exacta y refutar todas las acusaciones injustas y calumniosas, y de paso podían anunciar que pronto llegarían nuevos embajadores para discutir un nuevo pacto.

Hasta el año de 1498 había tenido Maquiavelo poca experiencia de la humanidad y del mundo; su intelecto se había ocupado prin-

cialmente de los libros, en especial de los autores latinos y la Historia de Roma. Pero en los dos años siguientes había avanzado mucho y rápidamente en su conocimiento de la vida real y los asuntos de Estado. La embajada a Forli le había iniciado en las intrigas de la diplomacia; el *affaire Vitelli* y el alistamiento de los soldados suizos habían despertado en él un desprecio, que rayaba en odio, hacia las tropas mercenarias. La muerte de su padre, que ocurrió el 19 de mayo del año 1500, cuatro años después de la de su madre, y unos meses antes de perder a una hermana, hacían de él, como si dijéramos, el cabeza de familia —aunque no era el primogénito— y había aumentado sus preocupaciones y sus responsabilidades. Su viaje a Francia abría ante él un nuevo campo de observación y ensanchaba su horizonte mental, tanto más cuanto que, a consecuencia de la enfermedad de su colega, caía sobre él todo el peso de una misión sin pretensiones, pero que no carecía de importancia.

El 18 de julio de 1500 fué tomada la decisión de enviar al rey a Della Casa y a Maquiavelo. Se le dieron instrucciones por escrito en el sentido de que trataran de persuadir al monarca de que todos los desórdenes del campamento se habían debido a la conducta de sus propias tropas y de que redujera sus injustas y exorbitantes reclamaciones de dinero en anticipación de la conquista de Pisa. Habían de convencer primero al cardenal de Rouen, y tendrían que evitar cuidadosamente todo ataque a su protegido, el capitán Beaumont. “Si, no obstante —escribía la Señoría— observarais alguna predisposición a escuchar algo en detrimento de Beaumont, podéis atacarle sin miramientos y acusarle de cobardía y traición”.

Lorenzo Lenzi, colaborador desde hacía algún tiempo de Francesco Gualterotti, embajador de Florencia en Francia, les dió casi los mismos consejos. Podían hablar mal de los italianos que había en el campamento, pero sólo “como si se les fuera la lengua” podían permitirse acusar a los verdaderos criminales. Por consiguiente, para evitar la insolencia del francés, precisaba navegar con cautela entre Escila y Caribdis. A estos inconvenientes iba unido el de la muy modesta posición social de los dos enviados, que ni eran ricos ni estaban bien pagados. A Francesco della Casa le asignaron un estipendio de ochenta liras diarias, y Maquiavelo, que tenía un cargo de inferior categoría, sólo logró que le asignaran una suma igual después de muchos trabajos y de quejarse de que tendría que gastar tanto como su colega. Y aun así tuvo que desembolsar mucho más de lo que recibió. Pronto desaparecieron sus cuarenta ducados y tuvo que encargar a su hermano que buscara prestados para él setenta ducados más. Como había de seguir al rey de ciudad en ciudad, le fué menester contratar criados y caballos, y aunque al salir tenían ambos diplomáticos ochenta florines cada uno, pronto gastaron cien ducados, pues resultó imposible encontrar hospedaje y manutención decentes por menos de corona y media diaria, suma mayor que la que les habían asignado. Por tanto, los dos deploraban su suerte, especialmente Maquiavelo, que no era rico ni sabía economizar.

Así las cosas, los dos embajadores de la Señoría supieron, al llegar a Lyon el 28 de julio, que el rey se había puesto ya en marcha. Lo alcanzaron en Nevers, y después de hablar con el cardenal de Rouen, les fué concedida audiencia el 7 de agosto, a presencia del cardenal, Rubertet, Trivulzio y otros. Una tercera parte de la corte estaba formada por italianos, todos muy disgustados y deseosos de que el ejército francés volviera a pasar de nuevo los Alpes. Una vez descritos los hechos, en cuanto intentaron acusar a los soldados franceses, el rey y sus colaboradores "cambiaron inmediatamente la conversación". Toda la culpa era de los florentinos. Luis XII, por su propia dignidad, quería llevar a cabo la expedición a Pisa y por consiguiente había que suministrarle los fondos necesarios. A esto, respondió la comisión florentina que habiéndose agotado los recursos de la República, y hallándose el pueblo contrariado por los acontecimientos recientes, sería imposible hallar ese dinero. Tal vez pudiera conseguirse al final de la campaña, después de entregarse Pisa. A lo cual contestaron todos en voz alta que la propuesta era inaceptable de todo punto, pues el rey no podía pagar los gastos de los florentinos. Las cosas siguieron así uno y otro día. Luis quería enviar soldados, que los florentinos se negaban a tomar; se quejaba de que los suizos no habían recibido la suma convenida, pero no escuchaba cuando se le replicaba que tampoco habían prestado los suizos los servicios prometidos. El cardenal volvió a exponer, visiblemente contrariado, su opinión sobre el asunto, y Courçon, que acababa de regresar de Toscana, agravó, las cosas de tal modo, que todo tomó aspecto amenazador. "Los franceses —escribían Della Casa y Maquiavelo— están cegados por su propia fuerza, y sólo consideran dignos de estimación a los que están armados y dispuestos a dar dinero. Ven que la Señoría carece de esas dos cualidades y, en consecuencia, os miran como a Sir Nihil, atribuyendo la imposibilidad a vuestra desunión y la falta de honradez de su propio ejército a vuestro mal gobierno. Los embajadores aquí residentes se han marchado, y no sabemos que vengan otros. Nuestra categoría y calidad, en una embajada mal acogida, no bastan para sacar a la superficie barcos que se hundan. Por consiguiente, el rey está muy contrariado, quejándose siempre de haber tenido que pagar a los suizos 38,000 francos, que, según la Convención de Milán, debíais haber pagado, y amenaza con hacer de Pisa y el territorio circundante un Estado independiente". A continuación, y a modo de buen consejo, sugerían que la República "tratara de obtener en Francia algunos amigos por el soborno, que mostrarían en tal caso afecto más que natural, puesto que esto es lo que han hecho todos los que tienen asuntos en esta corte. Y quien se niegue a hacerlo podrá ser comparado a quien gane un pleito sin pagar a su abogado".

Hasta el 14 de septiembre firmaron siempre las cartas los dos enviados, aunque casi todas fueron escritas por Maquiavelo. Pero ese día abandonó el rey Melún, y Della Casa, que estaba enfermo, marchó a París en busca de consejo; de suerte que Maquiavelo siguió solo el viaje y continuó solo en su embajada, que, después del 26 de sep-

tiembre, ganó en importancia y abarcó un terreno más vasto. Maquiavelo no se limitó al asunto que le habían encomendado, sino que estudió las distintas cuestiones relacionadas con la política italiana y envió detalles sobre todo, primero a la Señoría y luego a los Diez, que fueron reelegidos por entonces; y mostró tanto celo, tanto entusiasmo en todas esas cuestiones, que a veces casi parecía perder de vista el objeto especial y muy limitado de su misión. Empleando, ora el latín, ora el francés —pues ni el rey ni el cardenal hablaban italiano—, Maquiavelo conversaba con los dos y preguntaba a todos. Por primera vez comenzaba ahora a ponerse de manifiesto la penetración y la originalidad de su intelecto, el poder y el vigor maravilloso de su estilo. Viajando con el cardenal de Rouen y al verlo todavía inflexible en punto al dinero, cambió la conversación y comenzó a hablarle del ejército que estaba formando el Papa, con ayuda de Francia, para llevar adelante los designios de Valentinois. Maquiavelo tuvo la habilidad de descubrir “que si el rey lo había concedido todo para la expedición contra la Romaña, fué más bien porque no sabía cómo hacer frente a los deseos desorbitados del Papa, que a causa de que tuviera algún deseo real de que triunfara”.

“Cuanto más teme a Alemania —continuaba Maquiavelo— tanto más favorece a Roma, porque allí está la cabeza bien armada de la religión, y también porque le impulsa en esa dirección el cardenal, que, sabiendo que tiene muchos enemigos aquí, por gobernarlo todo, espera recibir protección eficaz de Roma”. Pero en cuanto Maquiavelo hablaba de cuestiones de dinero, el cardenal se ponía furioso de nuevo y, en tono amenazante, le dijo “que los florentinos sabían discurrir finamente, pero que al cabo se arrepentirían de su obstinación”.

Después de esto, afortunadamente, los asuntos comenzaron a mejorar considerablemente, debido a la elección de un nuevo embajador, Pier Francesco Losinghi, con más poderes, y al permiso conseguido de los Consejos por la Señoría para dar una nueva cantidad de dinero; por consiguiente, pudo ahora con menos trabajo calmar la ira de los franceses y continuar sus discursos sobre política general. Incluso logró la seguridad explícita de que no se toleraría a Valentinois causar daño a Toscana. Pero el 21 de noviembre supo por un amigo que el Papa hacía cuanto podía para enredar, afirmando que con la ayuda que esperaba de los venecianos podría sustituir a Piero dei Medici en Florencia, y que Piero daría al rey en seguida la cantidad de dinero que éste quisiera. Su Santidad también prometía privar de su Estado a Bentivoglio, mientras que por lo que se refería a Ferrara y a Mantova, que tan inclinadas parecían a Florencia, “les pondría el cuello lajo su yugo”.

Al oír esto, Maquiavelo se fué inmediatamente en busca del cardenal, y hallándole desocupado, pudo hablar con él sin prisa. Para refutar las calumnias del Papa contra los florentinos, Maquiavelo enfocó la cuestión, “no desde el punto de vista de su buena fe, sino argumentando que estaba en su interés tomar partido por los franceses. El Papa trata por todos los medios de destruir a los amigos del rey

para arrebatarle Italia cómodamente". "Pero su majestad debe seguir el sistema de los que antes han querido poseer una provincia extranjera, a saber, reducir al poderoso, halagar a sus súbditos, hacer amigos y no fiarse de los camaradas, es decir, de los que buscan disfrutar igual autoridad en tales lugares". "Y desde luego, no son los florentinos, ni Bolonia, ni Ferrara quienes desean competir con el rey, sino, antes bien, los que han pretendido siempre dominar a Italia, es decir, los venecianos y, sobre todo, el Papa". El cardenal escuchó afable y atentamente estas teorías, que el modesto secretario, acalorándose a medida que hablaba, expuso casi en tono de amo y señor, y replicó que el rey "tenía largas orejas y poca fe; que escuchaba a todos, pero no creía en nada, a no ser en lo que podía tocár con las manos".⁴ Y tal vez fuera en este momento cuando, habiendo dicho el cardenal que los italianos no sabían nada de la guerra, repuso Maquiavelo que los franceses no sabían nada del arte del gobierno, "pues si no fuera así jamás hubieran permitido que la Iglesia se engrandeciera tanto".⁵

El 24 de noviembre escribió Maquiavelo los dos últimos despachos de su embajada. Para entonces se había tornado muy amenazador el avance de Valentinois, y los florentinos, preocupados enormemente por ello, no sólo habían apresurado la marcha del nuevo embajador, sino que, además, prometieron a los representantes de Francia que pronto enviarían dinero al rey. El rey esperaba ya, por tanto, con más calma, y envió órdenes especiales a Valentinois prohibiéndoles atacar a Bolonia y a Florencia. Maquiavelo comunicó esta noticia en su primera carta y el mismo día escribió otra recomendando el pleito de cierto Giullo de Scruciatis, un napolitano, contra los herederos de la familia Bandini, de Florencia. "Los Scruciatis han prestado y pueden prestar aún grandes servicios a la República. Nada sé —continuaba— de este pleito suyo, pero sí sé que mientras vuestro prestigio a los ojos de su majestad francesa sea tan precario, pocos pueden ayudaros y todos pueden perjudicaros. Por lo cual es necesario ablandarlo con palabras suaves; en otro caso, con la primera carta vuestra que llegue aquí, Scruciatis caerá en esta corte como exhalación"; "y cuanto diga de malo será creído más fácilmente que cuanto pudiera decir de bueno; además, es hombre de algún crédito, muy audaz, locuaz, persistente, terrible, y no habiendo mesura en sus pasiones, es capaz de hacer algo en cuanto emprende". Y escritas estas cosas, Maquiavelo se dispuso, a abandonar a Francia.

El lector habrá apreciado en ciertas partes de esos despachos la prefijación —bien que todavía neblinosa— del autor de los *Discorsi* y del *Principe*. Esas máximas, expuestas luego por Maquiavelo en forma científica, están aquí abocetadas de prisa, con trazo inseguro y como por casualidad; en despachos subsiguientes veremos cómo toman poco a poco relieve más firme y un desarrollo más claro. Su estilo comenzaba ya a adquirir el vigor que pronto le permitiría pintar a hombres reales y vivos con unos cuantos trazos de la pluma, expresar sus pensamientos con lucidez realmente maravillosa y, en consecuencia, merecer el título universalmente reconocido de primer pro-

sista italiano. Por tanto, a nadie sorprenderá saber que su embajada a Francia dió mucho prestigio a Maquiavelo en Florencia, y que Buonaccorsi le había escrito el 23 de agosto sin disimular su alegría que sus despachos habían sido elogiadísimos por los ciudadanos más influyentes.⁶ Sin embargo, en agosto estaba todavía con Della Casa, quien, en calidad de enviado principal, firmaba primero. Llegamos, pues, a la conclusión de que la República estaba cada día más satisfecha de su secretario.

De vuelta en su casa, Maquiavelo se dió de nuevo con su energía habitual al trabajo de su cargo, y los archivos de la Cancillería se llenaban otra vez, día a día, de cartas suyas. Pronto se despacharon los asuntos con mayor regularidad, bien porque Maquiavelo tuviera mucha autoridad sobre sus subordinados, bien porque los Diez recién elegidos —elegidos entre los hombres con más experiencia en cuestiones militares— estuvieran menos preocupados por otros asuntos y desempeñaran sus puestos seis meses en vez de dos solamente, como la Señoría. Asimismo, por decreto de 8 de septiembre de 1500, por el que fueron sustituidos en sus puestos, quedaron sus atributos mejor definidos y limitados; ya no podían hacer la paz por su cuenta, ni formar liga ni contratar tropas por un lapso superior a una semana, y en todas las cuestiones importantes necesitaban la aprobación de los Ochenta antes de decidir.

NOTAS AL CAPITULO III

1. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, págs. 209-210.

2. Años después, Maquiavelo censurará esta conducta de los florentinos en sus *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio* (libro I, cap. XXXVIII); pero no es este el lugar apropiado para que paremos atención en este extremo. Nos limitaremos a observar que en lo que podemos llamar sus escritos teóricos Maquiavelo suele citar a su manera hechos históricos, y con razón o finalidad especial, como veremos más adelante.

3. Buonaccorsi, *Diario*, págs. 32 y sigs.

4. Carta del 21 de noviembre. Está dirigida a los Diez, que habían sido reelegidos, y por lo que Maquiavelo los había felicitado en su carta del 2 de octubre.

5. *El Príncipe*, al final del capítulo III.

6. Esta carta de Buonaccorsi está incluida, como las otras que él escribió, en "Carte dei Machiavelli" (caja I, núm. 7).

CAPITULO IV

TUMULTOS EN PISTOIA, ADONDE ES ENVIADO MAQUIAVELO. VALENTINOIS, EN TOSCANA. NUEVO EJÉRCITO FRANCÉS EN ITALIA. CONTINÚA LA GUERRA CON PISA. REBELIÓN DE AREZZO Y EL VAL DI CHIANA. MAQUIAVELO Y EL OBISPO SODERINI SON ENVIADOS A LA CORTE DE VALENTINOIS, EN URBINO. SOBRE LA MANERA DE TRATAR A LA POBLACIÓN SUBLEVADA DEL VAL DI CHIANA. CREACIÓN DE UN GONFALONIERO VITALICIO.

(1501-1502)

Por supuesto, no faltaban cuestiones que resolver, aunque las hostilidades con Pisa habian disminuido en cierto modo. En Pistoia, los conflictos sangrientos entre los Cancellieri y los Panciatichi habian adquirido dimensiones gravísimas. Los Panciatichi habian sido expulsados de la ciudad, todavia sujeta a Florencia, pero siempre al borde de la rebelión.

A fin de restablecer el orden se hizo preciso enviar comisarios especiales, hombres y armas. Maquiavelo no sólo llevaba la correspondencia, daba órdenes y asesoraba a la Señoría y a los Diez, sino que con frecuencia tenía que desplazarse a Pistoia. Y allí lo vemos en febrero y en junio, realizando una investigación personal para informar sobre el estado de cosas imperante.

Muchos elementos de ambas facciones quedaron confinados en Florencia y al resto se les exigió que volvieran a Pistoia. Esta comuna se obligó a defenderlos y compensarlos de los nuevos perjuicios que pudieran sufrir con el pago de una cantidad considerable, que habrían de desembolsar los atacantes, según un decreto de la Señoría y los Diez que llevaba fecha de 28 de abril de 1501. Los pistoianos querían desterrar a los Panciatichi, por su conocida hostilidad hacia Florencia; pero el 4 de mayo les escribió Maquiavelo en nombre de la Señoría que seria peligrosísimo que los Cancellieri quedaran dentro de la ciudad y los Panciatichi fuera, pues así podrían perder "de pronto toda la ciudad o todos sus territorios, tal vez ambos, estando aquella llena de rebeldes y éstos llenos de suspicacia". En conclusión, Maquiavelo insistió en que se pusieran en vigor inmediatamente las órdenes del Gobierno y les pidió que emplearan las fuerzas que se habían enviado para obligar a los Panciatichi a volver a la ciudad desarmados y tenerlos vigilados.

Graves preocupaciones asaltaron a Florencia desde otro punto. El Valentinois, no pudiendo atacar a Bolonia por prohibírselo los franceses, volvió los ojos a Toscana, habiéndose apoderado de Bersighella, llave del Val di Lamone; y conseguida la ayuda de Dionigi Naldi, militar influyente en esos lugares, tenía todo el distrito a su merced. En términos amenazadores, pidió paso por los territorios de la República, diciendo que se proponía volver con sus tropas a Roma. Los florentinos, que sabían con quién trataban, le enviaron a cierto Piero del Bene, amigo personal suyo, a Castrocaro, en la frontera; despacharon un comisario y a Roma un enviado especial para que diera cuenta al embajador francés de cuanto estaba pasando. Al propio tiempo reunieron 20,000 ducados para mandárselos a Luis XII, a fin de predisponerlo más favorablemente —como ocurrió— a su causa. Entre tanto, circulaban mil rumores distintos: los sieneses y los lucenses enviaban continuamente refuerzos a Pisa, donde Oliverotto, uno de los oficiales de Valentinois, había entrado con unas cuantas unidades de caballería; los Vitelli ayudaban a los Panciatici a vengarse de sus enemigos, etc. Había que atender a todas estas cuestiones, y Maquiavelo se multiplicaba, escribiendo cartas y dando órdenes a los capitanes, comisarios y magistrados.¹ Afortunadamente, llegaron noticias de Francia que prometían cierta ayuda y de esta manera tuvo un respiro la República de sus más graves preocupaciones durante el mes de mayo.

Pero Valentinois seguía amenazante. A Florencia llegaron nuevas de que los Orsini y los Vitelli preparaban algo contra las fronteras; que un tal Ramazzotto, viejo partidario de los Médicis, se habían presentado en Firenzuola, reclamando el Estado en nombre del duque y de Piero dei Medici. Todo ello había producido tal conmoción en los espíritus florentinos, que se llegó a hablar de crear una bailía con poderes extraordinarios,² y aunque no se hizo esto, se tomaron las medidas del caso para defender a la ciudad en caso de ataque súbito. Rodeóse a Florencia con tropas locales irregulares pedidas al Mugello y al Casentino y mandadas por el abad don Basilio; otras llegaron de Romagna, y dentro de las murallas se movilizaron más hombres. Maquiavelo era el alma de todos estos movimientos militares, dándose a ellos con un celo particularmente singular en un hombre de letras como él. Pero la verdad era —contra la opinión que entonces privaba— que Maquiavelo había perdido la fe en las tropas mercenarias, y como veía en aquellos irregulares el germen de una milicia nacional, llamada a defender a su nación a la manera de los antiguos romanos, actuaba con increíble entusiasmo.

Una vez puestas en práctica esas medidas, se enviaron embajadores al duque, autorizándole a pasar por los territorios que necesitase atravesar, pero con pequeñas fuerzas y sin el acompañamiento de los Orsini ni los Vitelli. Al oír estas condiciones avanzó iracundo por el Mugello, pillando sus soldados todos los lugares por donde pasaban; lo cual provocó una formidable indignación popular en la ciudad y en el campo, protestando todo el mundo contra la "paciencia asnal"

de los magistrados. Con dificultad pudieron evitar un alzamiento general contra el ejército de saqueadores.³ Por fin, el duque, al ver el peligroso giro que tomaban las cosas y sabiendo que los florentinos estaban en realidad bajo la protección de los franceses, declaró que deseaba mantener buenas relaciones con ellos y que aceptaría pasar a su servicio como capitán. Añadió, sin embargo, que tenían que concederle paso libre para proseguir su expedición contra Piombino y cambiar la forma de gobierno en Florencia, llamando a Piero dei Medici como garantía de que cumplirían sus promesas.

Para combatir tales pretensiones, los florentinos, en primer lugar, armaron a otros mil hombres dentro de la ciudad y recomendaron a todos que no disminuyeran la vigilancia; luego enviaron su respuesta a César. En relación con la expedición a Piombino podía seguir su marcha —le decían—, pero en cuanto al cambio de gobierno, mejor sería que se callara, pues ese no era asunto que le incumbiese, y en Florencia nadie quería tener que ver nada con los Médicis. Tras lo cual, Valentinois declaró al llegar a Campi, sin aludir a las demás cuestiones, que se conformaría con una *condotta*, o compromiso, de 36,000 ducados anuales por tres años, sin obligación de servicio activo, pero dispuesto siempre a dar 300 hombres de armas en caso de emergencia. En una palabra, como era habitual en los Borgias, no pudiendo conseguir otra cosa, quería, por lo menos, que le dieran dinero. Para quitárselo de encima, los florentinos firmaron un tratado el 15 de mayo de 1501 por el que le concedían la *condotta* y firmaban con él una alianza perpetua.⁴ Esperaban no tener que pagarle un céntimo, y el duque, aunque lo sabía, aceptó las condiciones porque si no le pagaban tendría buen pretexto para cometer nuevas agresiones en cuanto se le presentara ocasión. Entre tanto, seguía su camino pillando y saqueando, y llegó a Piombino el 4 de junio. Nada pudo hacer allí, salvo apoderarse de unos cuantos lugares próximos y de la isla de Pianosa; a continuación pasó a Elba con algunos barcos que le había enviado el Papa. Pero pronto fué llamado a la península, para que se uniera a los franceses que volvían de la guerra de Nápoles; y dejando bien defendidos los pocos lugares que había conquistado, partió a marchas forzadas para Roma, donde entró como conquistador, por más que sus campañas habían sido más bien las de un saqueador que las de un jefe militar.

Pero si la guerra de Nápoles libró a Florencia de la presencia del duque, aparejó peligros y males de otro linaje. El ejército francés se componía de 1,000 lanzas y 10,000 soldados de infantería, de los cuales 4,000 eran suizos, aparte de una fuerza de 6,000 hombres que venía por mar. Avanzaban en dos cuerpos. Uno de ellos, con la mayor parte de la artillería, tomó la ruta de Pontremoli y Pisa, y el otro, que bajaba por Castrocaro, iba a atravesar casi toda la Toscana. Además, pequeños destacamentos de soldados del duque a las órdenes de Oliverotto di Fermo, Vitellozzo Vitelli y otros capitanes marchaban en la retaguardia, o pillando, o camino de Pisa para ayudar a los rebeldes. Fué, pues, necesario escribir a los distintos comisarios y podestades dán-

doles instrucciones para que facilitaran provisiones al ejército y se defendieran de la soldadesca desmandada; también fué preciso hallar 12,000 ducados para contentar a los franceses, que siempre estaban pidiendo dinero con el pretexto de que debían atrasos a los suizos que tan malamente habían servido a la República. Maquiavelo intervino en todos estos asuntos con máximo interés, y finalmente, cuando Dios lo quiso, abandonó el ejército toscano y entró en los Estados de la Iglesia. Sólo entonces se informó al Papa del tratado secreto firmado en Granada entre los reyes de España y Francia, y con su cinismo habitual prometió la investidura a ambos soberanos.

Al llegar los franceses a la frontera de Nápoles, el infortunado Federico reunió sus escasas fuerzas, habiendo puesto ya toda su esperanza en la ayuda de España, cuyo ejército estaba mandado por el valiente Gonzalo de Córdoba. Pero en este momento anunció Gonzalo que ya no tenía deberes para con el reino de Nápoles, pues sus obligaciones como vasallo de Federico no eran ya compatibles con las de un capitán español. Así, el desgraciado monarca quedó completamente desamparado y en breve fué ocupado por extranjeros todo su reino. Sólo Capua resistió a los franceses, pero en julio fué tomada por asalto, cruelmente saqueada y perdieron la vida siete mil personas. Guicciardini afirma que ni siquiera fueron respetadas por la soldadesca las vírgenes recluidas en los conventos, que muchas mujeres, desesperadas, se arrojaron al Volturno y que otras se refugiaron en una torre. Según este historiador, Valentinois, que había seguido al ejército con sus guardias, pero sin mando, y que había cometido toda clase de demasías durante el saqueo, fué a ver a esas mujeres, para elegir entre ellas carenta de las más hermosas.

El 19 de agosto entraron los franceses en Nápoles, y poco después se rindió Federico al rey, que le dió el ducado de Anjou, en Francia, con una renta de 30,000 ducados. Allí murió el 9 de septiembre de 1504. Todos sus hijos, uno tras otro, le siguieron a la tumba, y con ellos se extinguió la Casa napolitana de Aragón. A todo esto, Gonzalo de Córdoba se había apoderado, sin encontrar resistencia, de la parte del reino que pertenecía a España. El tratado de Granada había sido redactado, sin embargo —y no por casualidad—, de manera que se prestaba a diversas interpretaciones en punto a la división. Pronto se puso de manifiesto que uno de los dos potentados tenía que adueñarse de todo el reino y que la decisión final tendría que confiarse a las armas. Con todo, los dos ejércitos suscribieron un convenio temporal, por el que gobernaban conjuntamente las provincias en disputa.

El 3 de septiembre, las tropas del duque César entraron en Piombino; Appiani salvó la vida huyendo, y en febrero llegó el Papa en persona con su hijo para examinar los planos de las fortalezas que habían mandado construir.⁵ Los florentinos veían, pues, de nuevo al temible enemigo en sus puertas, al paso que los lucenses y pisanos se envalentonaban más, y Francia regateaba otra vez su amistad, a pesar de que la República, tras haberle dado ya 30,000 ducados para los

suizos, estaba negociando en este momento para pagarle de 120,000 a 150,000 ducados en el plazo de tres a cuatro años, siempre con vistas a la conquista de Pisa.

Mientras que estas cosas creaban a la República mayores dificultades cada día y hacían cada vez más impopulares a los Diez, de Pistoia llegaban peticiones urgentes de ayuda, pues esta ciudad era de nuevo víctima de la furia de las dos facciones, y no había allí gobierno posible. Maquiavelo, que en julio había ido a Pistoia por segunda vez, fué enviado nuevamente en el mes de octubre, para recibir instrucciones y a su vuelta consultar con los Diez y con la Señoría en punto a lo que fuera necesario hacer.

De acuerdo con las instrucciones que había recibido, escribió que el único remedio posible, por el momento, consistía en reformar el gobierno y la administración de la ciudad, llamar inmediatamente a los Panciatici, y tomar luego medidas en relación con el territorio, donde aún imperaba el mayor desorden. En el transcurso de estos meses, además de escribir todas estas cartas, órdenes e instrucciones, Maquiavelo redactó también, en su calidad de secretario, un informe oficial sobre los acontecimientos de Pistoia, para dar a los magistrados una idea más clara de todo. Muchos de esos informes o relatos de cuanto acontecía en los territorios de la República se escribían en las cancellerías de los Diez y la Señoría, y este informe debido a la pluma de Maquiavelo era también un trabajo estrictamente oficial sin interés particular.

Apenas habían sido sofocados los disturbios de los pistoianos, cuando en mayo de 1502 llegaron noticias de que Vitellozzo y los Orsini avanzaban hacia el Val di Chiana, seguidos de cerca por el duque de Valentinois. Y el emperador Maximiliano, que quería ir a Italia para ser coronado; pidió a los florentinos —bajo el pretexto habitual de hacer la guerra a los turcos— la suma de 100,000 ducados, de los cuales 60,000 habían de ser pagados al instante. Florencia se negó a desembolsar este dinero, pero se vió obligada a prometer a Francia 120,000 ducados, pagaderos en tres años, por un tratado de alianza firmado el 12 de abril de 1502. Por virtud de este tratado se comprometía el rey a proteger a la República y facilitarle, cuando lo pidiera, 400 lanzas.⁶ Todo ello, siendo insuficiente para atemorizar a Valentinois, que avanzaba lentamente, había vaciado completamente el tesoro de la República, que no sabía qué nuevos impuestos inventar, después de haber echado mano incluso de la *Decima scalata*, o diezmo proporcional, especie de tributo progresivo. Por esta razón quedó casi suspendida la guerra con Pisa, reducida ahora a incursiones en territorio pisano. Los florentinos, extremadamente descontentos de los Diez, se negaron a reelegirlos y pusieron la dirección de la guerra en manos de una Comisión elegida por la Señoría, después de lo cual todo fué cada vez peor. Los pisanos tomaron la ofensiva, avanzaron sobre Vico Pisano, lo conquistaron y prosiguieron las negociaciones comenzadas en diciembre anterior con el Papa y Valentinois para la creación de un Estado independiente que se extendería de costa a costa, incluido

el territorio insular ocupado por los florentinos, con los cuales no habria de acordarse nunca ni la paz ni la tregua. Valentinois tomaría el título de duque de Pisa, y el ducado sería hereditario; se conservaría la tradicional magistratura de los Anziani (ancianos) y uno de los Borgias sería nombrado arzobispo de Pisa. Estas intenciones nunca se llevaron a la práctica, pero bastaron para preocupar a los florentinos, contra los cuales trataban los Borgias de crear enemigos en todas partes, a fin de, según decían ahora, unir a Italia en una liga contra los extranjeros en general y los franceses en particular.

Entre tanto, Vitellozzo estaba ya cerca de Arezzo con el manifiesto designio de provocar allí una rebelión, y Valentinois no estaba más lejos, disimulando no tener nada que ver con lo que hacía uno de sus capitanes. La República, que en este momento no disponía de tropas bajo su mando, designó precipitadamente comisario de guerra a Guglielmo de Pazzi, padre del obispo de Arezzo, que ya estaba allí. Pero apenas se presentó el comisario, se sublevó el pueblo (4 de junio) y padre e hijo tuvieron que refugiarse con el capitán en la fortaleza. Entonces entró Vitellozzo en la ciudad con 120 hombres de armas y buen número de soldados de infantería, seguido a poco por Giovan Paolo Baglioni, otro capitán del duque, con cincuenta hombres de armas y quinientos infantes. Para hacer frente a estos peligros, se pidió a Francia que enviara el prometido contingente de cuatrocientas lanzas, y al mismo tiempo se envió a Milán a Piero Soderini para conseguir que partieran. Las tropas acampadas ante Pisa recibieron orden de avanzar por el Val di Chiana, adonde se envió a Antonio Giacomini Tebalducci como comisario y para que actuara como capitán. Giacomini se había dedicado a los estudios militares durante algún tiempo y ya había dado pruebas de la inmensa superioridad de los capitanes patriotas sobre los mercenarios.⁷ Maquiavelo, que mantenía continua correspondencia con él y seguía su carrera paso a paso, renovó ahora sus observaciones y maduró sus ideas sobre el tema de una milicia nacional.

Los acontecimientos se precipitaban, pues la ciudadela de Arezzo, después de resistir durante quince días, tuvo que rendirse sin haber recibido socorros de las tropas que venían desde el campamento de Pisa. Ordenóse, pues, a estas tropas que se retiraran sobre Montevarchi, en tanto que los enemigos, con los refuerzos de Arezzo, ocuparon todo el Val di Chiana habiéndoseles unido ya Piero dei Medici y su hermano.⁸ Como fácil es imaginar, los florentinos esperaban con la mayor ansiedad al contingente francés que había de sacarlos del inminente peligro en que se hallaban, y en este estado de expectación llegó un mensaje de Valentinois pidiendo que se enviara a alguien para que conferenciara con él. Fué elegido Francesco Soderini, obispo de Volterra, a quien acompañaba Maquiavelo. El duque se hallaba en ese momento en Urbino, del que se había apoderado a traición, y el infortunado Guidobaldo di Montefeltro había salvado la vida a duras penas huyendo a las montañas, aunque siempre se había considerado amigo de los Borgias y los había ayudado con las mismas tropas sublevadas por ellos para que le despojaran de su Estado.

Maquiavelo sólo permaneció unos días con Soderini, pues tenía que regresar a Florencia para dar detalles de *viva voce* a la Señoría. Por consiguiente, sólo los dos primeros despachos de su embajada están escritos por él y los dos llevan la firma del obispo Soderini. En el segundo, fechado en Urbino el 26 de junio, *ante lucem*, hallamos una descripción de Borgia, que muestra claramente la profunda impresión que ya había producido este hombre en el espíritu del secretario florentino. Fueron recibidos en la noche del 24, a las dos,⁹ en el palacio donde vivía el duque con unos cuantos soldados, que tenían las puertas bien cerradas y guardadas. Borgia dijo a los enviados que deseaba mantener relaciones claras con los florentinos, amigos de verdad o enemigos declarados. Si no aceptaran su amistad estaría justificado ante Dios y los hombres que él tratara por todos los medios de defender los dominios suyos que confinaban con los de ellos a lo largo de una extensa frontera. “Quiero obtener seguridad explícita, pues bien sé que vuestra ciudad no tiene buena opinión de mí y que me abandonaría como a un asesino y que ha tratado ya de embrollarme en serios conflictos con el Papa y con el rey de Francia. No me gusta vuestro gobierno, y tenéis que cambiarlo; de otro modo, si no me queréis por amigo, me tendréis por enemigo.” Los embajadores respondieron que Florencia tenía el Gobierno que deseaba tener y que no había en Italia otro Gobierno que cumpliera mejor su palabra. Que si las intenciones del duque eran realmente amistosas, fácilmente lo podía demostrar obligando a Vitellozzo, que era subordinado suyo, a retirarse al instante. Respecto de lo cual afirmó el duque que Vitellozzo y los demás actuaban por su propia cuenta, bien que no le desagradara que los florentinos, sin tener él responsabilidad alguna en ello, recibieran una severa lección. No lograron los embajadores que se explayara más, por lo cual se marcharon a toda prisa a escribir sus despachos, entendiendo que importaba sobremanera comunicar a su gobierno por qué los había llamado el duque, tanto más cuanto que “estas gentes tienen por costumbre deslizarse en las casas de los demás, antes de que nadie se dé cuenta de ello, como ocurrió con el último señor de este lugar, de cuya muerte se tuvo noticia antes de saberse nada de su enfermedad.”¹⁰

El duque había afirmado también que estaba seguro de Francia, e hizo que les dijeran lo mismo los Orsini, quienes, no sólo dieron a entender que la expedición de Vitellozzo se había hecho de acuerdo con ese país, sino que añadieron que lo tenían todo preparado para una invasión rápida de Toscana con veinte o veinticinco mil hombres, fuerza que los embajadores calcularon, sin embargo, en dieciséis mil hombres. “Este duque —decía la carta, en conclusión— es tan emprendedor que nada es tan grande que a él no le parezca pequeño, y por la gloria y la expansión de sus dominios se priva de descanso, sin ceder a la fatiga ni al peligro. Llega a un lugar antes de saberse que ha salido de otro, conquista la buena voluntad de sus soldados, tiene los hombres mejores de Italia y siempre le acompaña la suerte; todo lo cual le hace victorioso y formidable.” Pero la verdad era que sabía

que los franceses venían en ayuda de los florentinos y, por consiguiente, quería comprometer a éstos a toda costa. Por lo tanto, a las tres de la noche del 25, después de haber hablado los embajadores con los Orsini, los volvió a llamar para significarles que quería tener respuesta inmediata de la Señoría, y que no les daría un plazo superior a cuatro días. Así, la carta, terminada al amanecer, fué enviada sin demora por correo especial, seguida de cerca por el propio Maquiavelo, que ya no tenía nada que hacer con Urbino.

Maquiavelo se separaba del duque lleno de admiración intelectual hacia este enemigo de su país, admiración acrecida probablemente por la que el Borgia había despertado ya en el obispo Soderini.¹¹ El obispo permaneció junto al duque, que cada día pedía más y se mostraba más amenazador. Sin embargo, los florentinos concedían escasa importancia a esas amenazas, pues sabían que el contingente francés estaba ya en camino. Por igual razón, cuando Giacomini —que en esta ocasión había desplegado valor y actividad maravillosos— escribía ahora diciendo que si le enviaban tres mil soldados de infantería y mil irregulares podría atacar al enemigo, contestaron en la primera semana de julio que se mantuviera a la defensiva, dado que la artillería y los cuatro mil suizos que mandaba Francia estaban ya en ruta. Añadían que sería menester pagar a esas tropas al instante, y que, por consiguiente, sería gran imprudencia complicar a la República en nuevos gastos, especialmente pareciendo Valentinois plegar ya las alas.¹² Más tarde escribieron en el mismo sentido.¹³

El 24 de julio escribió el rey que llegarían en seguida caballería e infantes, así como suficiente suministro artillero, al mando de La Trémouille. Los florentinos debían tener listas para estas tropas pagas y provisiones. Pronto apareció ante Arezzo el capitán Imbault con un pequeño contingente, sometiendo a Vitellozzo, que había de entregar todas las plazas que había tomado, exceptuada la ciudad que ocupaba en ese momento, y donde se le permitiría permanecer con Piero dei Medici hasta que volviera el cardenal Orsini, que había marchado a negociar con el propio rey. Pero incluso esta concesión —que les pareció, justamente, absurda a los florentinos— fué luego retirada, porque el Papa y el duque —culpando de todo a Vitellozzo y a los Orsini, a los que odiaban a muerte— los abandonaron; ni, en realidad, les importaban gran cosa los Médicis, por ser los Médicis amigos y parientes de los Orsini.¹⁴ Antes bien, se comprometieron a ayudar a Francia en su expedición napolitana. Y los florentinos, luego que consiguieron que el capitán Imbault, que no les satisfacía, fuera sustituido por De Langres, recuperaron pronto todo su territorio, circunstancia que fué hecha pública en una epístola del 28 de agosto, junto con las órdenes para que se celebraran fiestas públicas para conmemorar el acontecimiento.

A mediados de agosto fué enviado Maquiavelo al campamento francés para que acompañara a De Langres y recogiera información contra Imbault, pero no estuvo ausente de su puesto mucho tiempo. Piero Soderini y Luca degli Albizzi, los dos, hombres muy influyentes, ha-

bían sido enviados a Arezzo para que restauraran el orden tan pronto como fuese sofocada la rebelión, así como para impedir que De Langres se marchara demasiado pronto, porque todas las fuerzas florentinas estaban ocupadas en contener a los pisanos que avanzaban en el sector opuesto. Maquiavelo escribió desde la Cancillería rogando a Soderini que se diera prisa en enviar a Florencia, antes de que se marcharan los franceses, "cuantos aretinos os parezcan que pueden arrastrar a otros hombres, bien por su talento, su valor, su pugnacidad o su riqueza, más bien más que menos, sin que deba preocuparos el número, ni dejar vacía la ciudad".¹⁶ Los días 11 y 17 de septiembre volvió Maquiavelo a abandonar su puesto para hacer dos viajes a Arezzo a fin de ver cómo iban las cosas y disponer lo necesario para la marcha de los franceses, que ya habían resuelto partir.

Por ventura, todo salió bien, y Maquiavelo, que hacía mucho tiempo había comenzado a pensar en serio en las cuestiones políticas, no desde el punto de vista oficial, sino desde el de un estudiante y hombre de ciencia, en cuya mente se ordenaban los hechos particulares, de acuerdo con principios y reglas generales, escribió después de la experiencia de Arezzo un breve tratado titulado *Del modo di trattare i popoli della Val di Chiana ribellati*.

Se supone que el autor pronuncia este discurso ante los magistrados de la República, pero no es uno de los preparados en la rutina corriente del trabajo del puesto: al contrario, era un primer intento de elevarse por encima de su labor diaria al más alto nivel científico. En este tratado podemos percibir ya los gérmenes de los grandes méritos y grandes defectos que luego comprobaremos en los principales escritos del secretario. Lo que primero llama la atención es la manera singular como hallamos, injertados uno tras otro en la mente del autor, la experiencia de hechos reales, los juicios formados sobre actos de los hombres que él conocía personalmente —entre los que no figura en último lugar César Borgia—, junto con una admiración extraordinaria por la antigüedad romana, que parece haber sido el único eslabón que unía el resultado de sus observaciones diarias y los principios generales de su todavía insegura ciencia. Comparando —dice— lo que ocurre ante nuestros ojos con lo que en circunstancias análogas ocurrió en Roma, podemos llegar a comprender lo que debemos hacer, puesto que, en realidad, los hombres son siempre los mismos y tienen iguales pasiones; así es que cuando las circunstancias son idénticas, las mismas causas se acompañan de los mismos efectos; por tanto, los mismos hechos debieran sugerir las mismas reglas de conducta. No ofrece duda que entonces era idea original y audaz recurrir a la antigüedad y a la Historia para —comparándolas con los acontecimientos recientes— descubrir los principios que regulan el movimiento de los actos humanos y están llamados a regular los de los gobiernos. Pero si la Historia nos enseña el orden sucesivo de los asuntos humanos, también nos presenta las continuas mutaciones de la Humanidad y de la sociedad, y la dificultad de descubrir reglas invariables. La verdad es que, si bien se considera, aunque la

Historia es el modelo original a que se refiere Maquiavelo constantemente, con frecuencia veremos que sólo sirve para dar mayor autoridad a las máximas que fueron en realidad el fruto de su propia experiencia, o para permitirnos apoyarlas con pruebas. Y esta es la fuente primaria de sus principales méritos y defectos. Careciendo todavía de visión exacta del proceso por virtud del cual resulta el pasado un presente siempre distinto; no estando aún bastante seguro de su sistema para deducir con precisión científica principios generales de hechos concretos, sitúa a la Antigüedad entre ambos, y la Antigüedad demostró ser un eslabón artificial siempre que se acudió a ella para probar solamente conclusiones preestablecidas. Sin embargo, el primer intento nos muestra claramente que Maquiavelo lo empleó —a manera de escala, pudiéramos decir— para ascender a un mundo superior muy por encima de la rutina vulgar del trabajo diario entre una política de subterfugios mezquinos. Apremiado por el genio, gran fuerza analítica y una fantasía sin reposo, intentó crear una nueva ciencia, no sin caer a veces en exageraciones, que nunca desaparecieron por completo de sus obras, y que más tarde le valieron la censura de Guicciardini, que le acusó de preferir con exceso “los hechos y los modos extraordinarios”.

He aquí cómo comienza su discurso: “Lucio Furio Camilo entra en el Senado, después de someter a los pueblos rebeldes del Lacio y dice: “He hecho cuanto puede hacer la guerra: os compete ahora a vosotros, ¡oh padres de la patria!, defender vuestra seguridad futura respecto de los rebeldes”. Y el Senado perdonó, en general, a los rebeldes, con excepción solamente de las ciudades de Veliterno y Anzio. La primera fué demolida, y sus habitantes enviados a Roma; la segunda, después de destruidos sus barcos, y de prohibírsele construir otros, fué colonizada por nuevos y leales habitantes. Se hizo así porque los romanos sabían que había que huir de los términos medios y que a los pueblos hay que conquistarlos con el amor o reducirlos a impotencia.” “He oído decir que la Historia es la maestra de nuestros actos, especialmente de nuestros estadistas; el mundo ha estado siempre poblado por hombres con las mismas pasiones que nosotros, y siempre ha habido gobernantes y gobernados, y buenos y malos súbditos, y gentes que se rebelan y son castigadas.” “Puede uno, pues, aprobar vuestra conducta general respecto de los habitantes del Val di Chiana; pero no vuestra conducta particular respecto de los aretinos, que siempre han sido rebeldes y a quien no habéis sabido ganar con el amor ni reducir por completo, como hacían lo romanos. La verdad es que no habéis hecho nada en favor de los aretinos, sino, al contrario, los habéis hostilizado haciéndoles venir a Florencia, quitándoles los honores, vendiendo sus posesiones; ni estáis seguros de ellos, pues les habéis dejado en pie las murallas y permitido que cinco sextos de los habitantes permanezcan en la ciudad, sin enviar a nadie a que los tenga sometidos. Por eso estará Arezzo siempre dispuesto a sublevarse de nuevo, cosa de no poca entidad, teniendo cerca a César Borgia, que trata de constituir un Estado poderoso apoderándose de Toscana. Y los Borgias no em-

plean términos medios en sus empresas. El cardenal Soderini, que los conoce bien, me ha dicho con frecuencia que, entre otras grandes cualidades, el Papa y su hijo tienen la de saber aprovechar las oportunidades, lo cual está confirmado por nuestra experiencia de lo que ya han hecho". En este punto cesa el discurso, inacabado.

Maquiavelo, que había mostrado tanto celo en llevar a cabo la detención y condena de Vitelli, y que el 8 de septiembre había escrito a los comisarios florentinos que para limpiar a Arezzo de hombres peligrosos debían expulsar a la gente en masa, sin temor a despoblarla, no necesitaba probar que estaba contra los términos medios en política, que sólo confiaba en la conducta rápida y resuelta y que en modo alguno se conformaba con la mezquina y perpetua tergiversación de sus conciudadanos. Pero tampoco debemos creer que en esos discursos teóricos tratara de condenar positivamente la conducta de los magistrados. Era natural que los magistrados tuvieran en cuenta las pasiones y el carácter de la gente por ellos gobernada; lo que Maquiavelo perseguía al escribir era averiguar cuál debía ser la verdadera política de un pueblo como el que él imaginaba después de meditar en la historia de Roma.

Ciertamente, en este momento se llevaban los asuntos de la República con una debilidad y una timidez que hacía pensar a todos en la necesidad de alguna reforma activa. En abril de ese año se había decretado una nueva ley por la que quedaba abolido el cargo de podestá y de capitán del pueblo, empleos antiguos que en un principio tuvieron carácter político y judicial; pero habiendo perdido hacia tiempo el primero de sus atributos, cumplían el segundo con poco interés, a pesar de su gran importancia. Por consiguiente, según una de las viejas sugerencias de Savonarola, fué creada una *ruota* de cinco doctores de la ley, cada uno de los cuales presidía durante seis meses y en igual periodo ocupaba el puesto del podestá. La Ruota tenía que juzgar las causas civiles y criminales, y por disposición del 15 de abril de 1502, fué establecida sólo por tres años, plazo luego ampliado. Por otra disposición de 21 de abril fué reformado el Tribunal del Comercio, obligándole a restringir su funcionamiento a los asuntos comerciales. Pero estas modificaciones, como puede comprenderse fácilmente, no mejoraron el curso general de los acontecimientos bajo un Gobierno cuya debilidad estribaba en cambiar el gonfaloniero y la Señoría cada dos meses. Así, no se creaba una tradición del cargo; no había posibilidad de guardar los secretos de Estado; todo se ventilaba en público y únicamente el canciller jefe o secretario, Marcello Virgilio, se las arreglaba, por virtud de su idea del deber y de su influencia, para conservar cierta medida de uniformidad en el despacho de los asuntos. Cuantas medidas se tomaban eran lentas e inseguras; se derrochaba el dinero; los ciudadanos, abrumados por los impuestos excesivos, estaban descontentos y no tenían a quien apelar, pues los magistrados desaparecían de la escena no más tomar posesión de sus cargos. Al fin no se votaron ya las concesiones de dinero necesarias, no se pagaba a los soldados, y ciudadanos influyentes se negaban a

aceptar embajadas u otros altos empleos, que, en consecuencia, se daban a hombres oscuros e insignificantes, que —como decía Guicciardini— “tenían más lengua que presencia”, sólo elegidos porque se ponían por delante.

Por estas razones se propuso que se introdujeran algunos cambios radicales en el Gobierno. La primera idea consistió en crear un Senado vitalicio, como los Pregadi de Venecia, pero se temía que con ello se echara al Estado en manos de unos cuantos individuos; entonces se propuso la creación de un gonfaloniero vitalicio, como el dogo, y el 26 de agosto de 1502 se llevó a efecto esta medida. La situación legal del nuevo gonfaloniero se diferenciaba poco de la anterior: estaba al frente de la Señoría, y eso era todo. Pero en todas las reuniones tenía el derecho de iniciativa para proponer leyes, así como el de tomar parte en las causas criminales y votar con los jueces, lo que representaba un aumento de poder. Además, el hecho de ser elegido con carácter vitalicio acreció mucho su influencia y su fuerza. Precisaba, por lo menos, que hubiera cumplido los cincuenta años y no podía desempeñar otro empleo; sus hermanos, hijos y sobrinos estaban excluidos de la Señoría, y tanto a él como a sus hijos se les prohibía ejercer el comercio. Tenía un sueldo de 1,200 florines al año. El número de candidatos elegibles era considerable, admitiéndose incluso a los ciudadanos de profesiones modestas. La elección correría a cargo del Gran Consejo, porque ese día todos los que tenían derecho a figurar allí tendrían la facultad de votar. A cada consejero se le pidió que diera el nombre del ciudadano que quería elegir; los que obtuvieran la mitad más uno de los votos se someterían durante tres veces a nueva votación. A la tercera vez, quien obtuviera la mayoría entre los que habían recibido más de la mitad de los votos, era el candidato elegido. La Señoría, los Colegios, los Diez, los capitanes del partido güelfo y la derecha, todos unidos, podían privarlo del empleo por una mayoría de tres cuartos, en caso de que violara la ley. Esta disposición, debatida dos veces por los Ochenta y por el Gran Consejo, fué al cabo aprobada —tras dura lucha— por sesenta y ocho votos contra treinta y uno en el Consejo de los Ochenta y por ochocientos dieciocho contra trescientos setenta y dos en el Gran Consejo.

El 20 de septiembre fué elegido gonfaloniero por gran mayoría Piero Soderini, hermano del obispo. Ya había actuado de gonfaloniero dieciocho meses antes, había ocupado muchos otros puestos, y aunque pertenecía a una antigua y acaudalada familia, era amigo del pueblo y del gobierno liberal. Asimismo, era orador fácil, buen ciudadano y carecía de las grandes energías y las dotes sublimes que provocan mucho odio o mucho afecto, y a ello se debía, en gran parte, su éxito. El 23 de dicho mes le envió Maquiavelo a Arezzo la noticia oficial de su elección, expresando al propio tiempo la esperanza de que lograra dar a la República la prosperidad que se buscaba con la creación del nuevo puesto. Esta elección fué acontecimiento muy notable, no sólo en la historia de Florencia, sino también en la vida de Maquiavelo, pues era viejo amigo de la familia Soderini y en se-

guida se ganó la confianza del nuevo gonfaloniero, que le confió, como veremos, importantísimos asuntos de Estado.

NOTAS AL CAPITULO IV

1. Durante esos meses escribió Maquiavelo enorme número de cartas, que existen de su puño y letra en los archivos de Florencia. Sólo citamos unas cuantas de las que figuran en la carpeta clase X, dist. 3, núm. 95, en las hojas 12, 18, 30, 92, 103 y 183.
2. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap. XXII, pág. 237.
3. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, pág. 242.
4. *Archivio Storico*, vol. XV, pág. 269.
5. Buonaccorsi, *Diario*, pág. 53.
6. Buonaccorsi, *Diario*, págs. 49-53; Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap. XXIII.
7. Nardi, *Vita di Antonio Giacomini*. Napier nos dice en su *Florentine History* (vol. IV, pág. 105), tomándolo de Jacopo Pitti (libro I, pág. 77), que el nombramiento de Giacomini tuvo por consecuencia la reelección de los Diez.
8. Buonaccorsi, *Diario*, págs. 54 y sigs.
9. Es decir, dos horas después de puesto el sol, según el viejo estilo.
10. Era éste Guidobaldo di Montefeltro, duque de Urbino.
11. El propio Maquiavelo lo dice, como veremos pronto.
12. Cartas del 1 y 12 de julio, en los Archivos de Florencia, clase X, dist. 3, núm. 101, hojas 2 y 24.
13. Cartas del 2, 4 y 15 de julio, en los *Scritti Inediti* publicados por Canestrini, págs. 3, 5 y 8.
14. El embajador de Venecia en Roma declaraba abiertamente en carta de julio de 1502 que el Papa se había visto obligado, por órdenes de los franceses, a insistir en que Vitellozzo y los Orsini se retiraran de Arezzo; pero que no deseaba realmente restaurar a los Médicis en Florencia, pues eran amigos de los Orsini, a los que él quería desarraigar. Véanse los *Dispacci* de A. Giustinian, especialmente los que llevan fechas de 1 y 7 de julio.
15. Carta del 8 de septiembre, escrita *nomine Priorum*, *loc. cit.*, en hoja 116. Una carta análoga en nombre de los Diez figura en los *Scritti Inediti*, páginas 28 y 29.

CAPITULO V

EMBAJADA AL DUQUE DE VALENTINOIS EN ROMAÑA. CONDUCTA DEL PAPA EN ROMA EN EL MISMO PERÍODO. MAQUIAVELO COMPONE SU "DESCRIZIONE" DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE ALLÍ SE DESARROLLARON.

(1502-1503)

Una vez más la atención de toda Italia se concentraba en los Borgia. Lucrecia había desaparecido ya, para bien suyo, de la escena romana, tras haber sido el personaje principal de las comidillas más escandalosas y nefarias. Pero parecía no importarle las censuras, dado que a menudo se la veía con su padre y su hermano tomando parte alegremente en carnavales y bailes que no eran más que orgías demasiado indecentes para ser descritas. Al fin, en enero de 1502 salió para Ferrara con una cohorte inmensa, y viajando con una pompa y un lujo que los cronistas contemporáneos registran con toda suerte de detalles, *ad nauseam*. En Ferrara la eligió por novia el duque Alfonso d'Este y se celebraron fiestas que duraron muchos días. Pero a partir de ese momento llevó vida más tranquila y más decorosa, pues ahora tenía que habérselas con un marido capaz de despacharla de este mundo sin vacilar, según el estilo favorito de los Borgia. Por esta razón, aunque algunos de sus actos estaban de acuerdo con su pasado, su conducta ha quedado envuelta para siempre en el mayor misterio. Se rodeó de *litterari* aduladores, incluso se dió a obras piadosas y de caridad, conquistando así una mejor fama, que siempre disfrutó después, y el casi completo perdón por parte de muchos escritores. Pero en Roma con el Papa y en Romaña con el duque de Valentinois se sucedían los sucesos sangrientos; a una tragedia seguía otra. Continuamente aparecían en la Ciudad Eterna folletos insultantes y epigramas atroces; pero el Papa se hallaba demasiado ocupado con otras cosas para que les prestara atención. De cuando en cuando un cardenal, después de acumular grandes riquezas, caía enfermo y moría de repente, o era acusado de pronto y preso en el castillo de Sant Angelo, de donde ya no salía vivo. Todas sus posesiones —plata, dinero, incluso muebles y tapices— pasaban en seguida al Vaticano. Los beneficios vacantes se concedían a otros preladados, a menudo destinados a tener el mismo fin luego que se enriquecían lo bastante. "Nuestro Señor —escribía el embajador veneciano— los suele engordar antes de sacrificarlos." En julio de ese

año corrió esta suerte el cardenal de Módena, Battista Ferrari, que había sido el más fiel instrumento del Papa en la tarea de sacar dinero a todo el mundo y de todo. Había amasado grandes riquezas, y de súbito cayó mortalmente enfermo. El Papa le prestó la asistencia espiritual en sus últimos momentos, y a continuación, como de costumbre, se llevó cuanto había en su palacio y se apoderó de todas sus propiedades. La mayor parte de los beneficios le fueron asignados a Sebastiano Pinzon, que había sido secretario particular del fallecido cardenal, y, según se rumoreaba por todo el mundo, había envenenado a su jefe por orden del Santo Padre.

Esos días estuvo iluminada la ciudad. El gobernador de Roma y la guardia del Papa iban por las calles, seguidos de una multitud, gritando: "¡El duque, el duque!" César Borgia había entrado en Camerino y se había apoderado de las personas de su señor, Giulio Cesare da Varano y de sus hijos. Estaba, pues, el Papa tan alegre que no podía disimularlo. Había convocado un Consistorio para anunciar la victoria de los húngaros sobre los turcos, pero sólo habló de Camerino y del duque. Recordóle el cardenal de Santa Prassede el objeto de la reunión y el Papa pidió que buscaran la carta; pero luego, siguiendo el otro tema, se olvidó de ordenar que la leyeran. Mientras hablaba con los embajadores de Venecia y de España paseaba por la habitación demasiado inquieto para que pudiera sentarse; hizo que leyeran la carta del duque, la cual, tras la narración de cuanto había sucedido, terminaba así: "Que todo esto sea en bien de Vuestra Santidad", y a seguida elogió el Papa la prudencia y la magnanimidad del duque, "alabándolo *ab omni parte*". Profetizó a su hijo que haría nuevas conquistas y ya lo veía dueño de todo el centro de Italia. No tenía, sin embargo, seguridad respecto de la actitud que pudiera adoptar Venecia ante cambios tan rápidos. Por tanto, llamó al embajador veneciano y se mostró muy deseoso de la amistad con su país, para ver cómo reaccionaba. Pero Antonio Giustinian era un político cauto y escribió a su dogo: "En respuesta a lo que acabo de relatar, Príncipe Serenísimo, *ambulatori super generalissimis*, en tanto que el Papa habló *super generalibus*".¹

A todo esto, el duque de Valentinois había tomado los títulos de César Borgia de Francia, por la gracia de Dios, duque de Romaña, Valencia y Urbino, príncipe de Andrai, señor de Piombino, gonfaloniero y capitán general de la Iglesia, y avanzaba sobre Bolonia sin demora. Pero en este momento, Francia anunció que se opondría al avance del duque, dando a entender que no permitiría que los Borgias hicieran más conquistas en Italia: que tendrían que abandonar toda idea de apoderarse de Bolonia y de Toscana. Al propio tiempo los principales capitanes del duque, casi todos tiranuelos de la Italia central, advirtieron que el duque iba destruyendo uno a uno a todos sus compañeros y comprendieron que pronto les llegaría a ellos la hora de desaparecer. Y al saber que ya había resuelto adueñarse de Perugia y Castello, para caer luego sobre los Orsini, se reunieron "para no ser devorados por el dragón uno tras otro", y decidieron levantar el estan-

darte de la rebelión contra el duque y aprovechar la actual oportunidad para atacarle, ahora que había sido abandonado por Francia. La primera consecuencia de este convenio fué que el 8 de octubre algunos de los conspiradores se apoderaron por sorpresa de la fortaleza de San León, en el ducado de Urbino, acto que causó extraordinaria impresión, como señal y principio de nuevos acontecimientos. El 9 de octubre se congregaron todos los conspiradores en La Magione, cerca de Perugia, para constituir formalmente la Liga. Estaban allí varios Orsinis, a saber, el cardenal, el duque de Gravina, Paolo y Frangiotto, además de Ermes, hijo de Giovanni Bentivoglio, con amplios poderes como representante de su padre; Antonio da Venafio, con plenos poderes de Pandolfo Petrucci, messer Gentile y Giovan Paolo Baglioni y Vitellozzo Vitelli, que por hallarse enfermo fué traído en una camilla. Se comprometieron a defenderse, a no atacar sin el consentimiento general y a reunir un ejército de 700 hombres de armas en blanco (*in bianco*),² 100 unidades de caballería ligera, 9,000 infantes y más si fueran necesarios; y quienes no observaran estas condiciones legalmente estipuladas serían multados con 50,000 ducados y calificados de traidores. Pronto pidieron ayuda a los florentinos, pero inmediatamente se alzaron en armas, y Paolo Vitelli, que había asaltado la ciudadela de Urbino el 15 de octubre, llevó la conmoción de la protesta a todo el ducado, de manera que sólo quedaban en manos de Borgia unas cuantas de las innumerables fortalezas.

César percibió claramente la gravedad de la sublevación. Sin perder la cabeza, envió contra el enemigo la parte de su ejército que aun le permanecía leal, al mando de uno de sus capitanes, don Michele Coriglia, su estrangulador, más conocido por don Michelotto. Don Michele estableció su cuartel general en la ciudadela de Pérgola, que todavía se mantenía fiel al duque, haciendo salidas al territorio circundante y devastándolo. Se nos dice que entonces fué cuando asesinó a Giulio da Varano, a su mujer y a dos de sus hijos, que estaban presos, en tanto que otro, después de haber sido torturado en Pésaro, fué llevado medio muerto a una iglesia, donde lo remató un clérigo español, que luego, a su vez, fué linchado en Cagli por una multitud amotinada. De Pérgola pasó el ejército a Fossombrone, donde muchas mujeres, para escapar a la ferocidad de la soldadesca, se arrojaron con sus hijos al río.³

El ejército rebelde, reforzado por Baglione y sus tropas, había aumentado ya a 12,000 hombres, y a cinco kilómetros de Fossombrone dió batalla al ejército de Borgia; compartían el mando don Michelotto y don Hugo de Moncada, un español. Las fuerzas del duque sufrieron una derrota completa; don Hugo fué hecho prisionero, don Michelotto escapó a duras penas, y la alegría de los rebeldes no conoció límites. El fugitivo Guidobaldo di Montefeltro volvió a entrar en sus dominios y fué recibido triunfalmente en Urbino; Giovan Maria da Varano, el único superviviente de esta desgraciada familia, regresó a Camerino. Así, la obra laboriosa y sanguinaria de los Borgia parecía reducida a polvo en un instante. Sin embargo, continuaban los choques en gran

escala; don Michelotto seguía sosteniéndose en Pésaro; el duque estaba en Imola con mucha fuerza, que trataba de aumentar. Los rebeldes habían pedido ayuda a Venecia, que permanecía en actitud de espectador pasivo; a Florencia, que conociendo las hazañas de los Orsini y Vitelli en Toscana, y no queriendo meterse en guerra con los Borgia, contemporizó primero y luego se negó abiertamente. Por otro lado, el duque acudió a los franceses, que inmediatamente enviaron un pequeño cuerpo de lanceros al mando de Charles d'Amboise, señor de Chaumont. Este acto deshonoroso produjo súbita transformación en la marcha de los acontecimientos y sembró el pánico entre los enemigos de los Borgia, que no habiendo debido sacar partido al momento favorable, veían ahora en la bandera de Francia la salvación del duque y su propia ruina.

Desde el primer momento de la ruptura declarada con los Orsini, el duque y el Papa habían hecho presión sobre Florencia para que enviara embajadores a ambas cortes, con el propósito de conseguir la amistad de un Estado que por haber dilatado sus fronteras hacia la Romaña sería un aliado útil y, en otro caso, un enemigo formidable. En cuanto al Papa, los florentinos decidieron sin pérdida de tiempo enviar a Gian Vittorio Soderini, pero hallándose demasiado enfermo para emprender la marcha el 7 de diciembre, fué sustituido por Alessandro Bracci. No pudieron resolver inmediatamente sobre el duque, porque aunque no querían hacer de él un enemigo, tampoco querían sellar con él una alianza amistosa que pudiera obligarles a ayudarlo. Desde luego, no tenían interés en contrariarlo, pero no era deseable provocar la hostilidad de los rebeldes, que tenían mucha fuerza; ni podían ni querían decidir sin consultar con Francia. Por manera que después de discutirlo mucho resultó imposible obtener una mayoría favorable al nombramiento de un embajador, y al final se convino que los Diez designaran un enviado especial.⁴ La elección recayó en Nicolás Maquiavelo, que si bien no disfrutaba todavía el rango ni el prestigio de un embajador, había demostrado su sagacidad en misiones anteriores y, como observa Cerretani, era "hombre capaz de ganar el favor de los menos", esto es, ganar la confianza de aquellos con quienes se hallaba en contacto directo, como luego con el gonfaloniero Soderini.⁵

Como secretario de los Diez, Maquiavelo no podía renunciar a un cargo tan honroso; con todo, parece haberlo aceptado con gran disgusto y se puso en marcha muy contrariado. Todas estas embajadas le hacían contraer deudas, pues siempre le pagaban mal, pero se creía obligado a gastar para que no padeciera su dignidad oficial. Además, tenía conciencia de que carecía de la categoría y la influencia necesarias para tratar con el duque de Valentinois en condiciones aceptables. De añadidura, Maquiavelo se acababa de casar con Marietta, hija de Ludovico Corsini, y separarse tan pronto de ella le afligía.⁶ En realidad, sabemos muy poco de este acontecimiento, a todas luces importante en la vida privada de Maquiavelo. Pero sí sabemos que cuanto se ha escrito contra la pobre Marietta, en el sentido de que la aludió su

marido en su famosa novela *Belfagor*, carece en absoluto de fundamento. Al contrario, unas cuantas cartas de ella y otras escritas a Maquiavelo por amigos atestiguan que era esposa amante de su marido y buena madre.⁷ Sin embargo, es cierto que Maquiavelo rara vez hablaba de su mujer, ni parece que la escribiera con frecuencia, conformándose, por lo común, con enviarle recados por conducto de otras personas. Tampoco acabó su casamiento con la vida disipada que llevaba Maquiavelo, respecto de lo cual hablaba con entera libertad y escribía en broma a muchos, entre ellos a su amigo Buonaccorsi, por cuyo conducto recibía noticias de Marietta y le enviaba las suyas. Sin pretender que Maquiavelo estuviera dotado de sentimientos delicados ideales, que, ciertamente, le eran ajenos, nada justifica que lleguemos a la conclusión de que no sentía cariño por su mujer ni por sus hijos. Antes bien, en su conducta y en su conversación vemos las consecuencias del escaso respeto, si no resuelto desprecio por la mujer, que comenzó a imperar en Italia con el descenso de la moralidad nacional y del cinismo en punto a las maneras que introdujeron entre nosotros los hombres de saber, cinismo habitual incluso entre los hombres más afectivos y mejores. Por ejemplo, de lo que sabemos acerca de Buonaccorsi inferimos que debió de tener excelente carácter desde todos los puntos de vista; sin embargo, sus cartas a Maquiavelo constituyen prueba fidedigna de cuanto acabamos de decir, y al prepararlas para la imprenta precisa suprimir muchas palabras y a veces incluso frases enteras, para impedir que ofendan el gusto del lector moderno.

Sea lo que fuere, Maquiavelo, no pudiendo rechazar la embajada que se le ofrecía y esperando estar ausente poco tiempo, hizo creer a su mujer que la visita sería brevísima y comenzó a dar los pasos necesarios para el viaje.

El 4 de octubre le firmaron el salvoconducto y al día siguiente le comunicaron oficialmente por escrito cuanto tenía que saber sobre su embajada. Le mandaban salir sin demora y presentarse al duque, hacer grandes protestas de amistad hacia él y asegurarle que la República se había negado resueltamente a prestar ayuda a los conspiradores, que ya la habían solicitado. "Y sobre esto podéis añadir lo que mejor os parezca; pero si su excelencia os preguntara en relación con otros extremos, demoraréis las respuestas hasta que recibáis instrucciones de Nos." Se le encargaba también que le pidiera un salvoconducto para los mercaderes florentinos que tenían que atravesar los dominios del duque, camino del Oriente y de vuelta, y se le decía que insistiera en esto, pues "la cuestión es de importancia capital para la ciudad".⁸ Harto se comprende cuán delicada empresa hubo de ser para el modesto secretario florentino el duelo de palabras con un hombre como César Borgia, que empleaba pocas, quería menos y en este instante estaba sediento de venganza. Pero esta embajada, aceptada con tanta contrariedad por Maquiavelo, puso de manifiesto por primera vez las dimensiones de su genio de escritor político.

No versado aún en los asuntos prácticos, y más inclinado por su naturaleza y su temperamento al análisis intelectual que a la acción,

Maquiavelo tenía que enfrentarse ahora con un hombre que actuaba sin hablar; un hombre que nunca discutía un extremo, sino que significaba sus ideas con un gesto o con un movimiento, dando a entender que ya había tomado su decisión o que ya la había llevado a cabo. Aunque consciente de que intelectualmente era superior al duque, Maquiavelo se reconocía inferior como hombre de acción, y percibía lo poco que valía, en medio del choque de las pasiones en guerra y de las realidades de la vida, la sutil ponderación y la reflexión cuidadosa. Todo ello tendía a aumentar en él la admiración de que dió muestras por primera vez en su viaje a Urbino con el cardenal Soderini. Borgia, como ya hemos hecho notar, no era un gran estadista ni un gran capitán, sino una especie de jefe de banda, cuya fuerza residía principalmente en el apoyo de Francia y del Vaticano. Sin embargo, tuvo la habilidad de crear un Estado de la nada, intimidando a todos, inclusive al Papa; y cuando varios enemigos poderosos le cogieron por sorpresa, se dió maña para salir del apuro y quitárselos de encima con una audacia sin límites y una sagacidad demoníaca. Su audacia y su maña eran las cualidades que tantos admiraban entonces, y Maquiavelo más que nadie. Considerando estas cualidades por sí mismas, escrúpulos aparte, para Maquiavelo la cuestión era ésta: ¿qué no podría alcanzarse con ellas si se emplearan con fin distinto y más noble? Así comenzaba a encendérsele la imaginación.

El duque, por su parte, hallándose ante un hombre intelectualmente preparado y adiestrado en el trabajo de la Cancillería de Florencia, tenía conciencia de su superioridad práctica y claramente lo demostraba en su conversación. Pero allí estaba Nicolás Maquiavelo, cuya aguda visión penetraba muy hondo en las cosas, y, aunque deficiente a veces en el instinto que sugiere rápida comprensión de una situación y acción inmediata, poseía la facultad incomparable de analizar los actos de los demás después de realizados. No sabía, ni le interesaba tomar parte en lo que acontecía delante de sus ojos; pero ahora, por primera vez, comenzó a formularse a sí mismo con claridad y precisión la idea de dar a la política una base científica y segura, considerándola en sí misma con un valor adecuado y claro, con absoluta independencia de su significación moral; en cuanto arte, en una palabra, de hallar los medios para el fin, fuese cual fuese ese fin. Y aunque la República a quien servía no estaba en modo alguno abrumada por escrúpulos morales, Maquiavelo vió por primera vez en César Borgia la personificación de este arte, vivo y palpitante ante sus ojos; por consiguiente, lo eligió como tipo representativo, y al cabo llegó a admirarlo casi como una creación de su propio intelecto. Pero sobre esto volveremos luego.

Maquiavelo inició su viaje a caballo, y al llegar a Scarperia cambió el caballo por la posta, hasta Imola, donde llegó el 7 de octubre; y a las dieciocho horas del día se presentó al duque sin haberse cambiado de traje, *cavalchereccio*, para emplear su propia expresión. En ese momento apenas había comenzado la rebelión, y no se comprendía su gravedad. El duque escuchó sin decir palabra las protestas de amistad

de Maquiavelo en nombre de la República, aceptándolas, de toda evidencia, como un modo de hablar convencional. Luego dijo que deseaba confiar al embajador secretos que no había comunicado a nadie, y empezó a relatar que los Orsini le habían suplicado en una ocasión, casi de rodillas, que atacara a Florencia y que él se había negado siempre a dar su consentimiento. No había tenido parte en la expansión de Arezzo, pero tampoco la había lamentado, pues los florentinos habían faltado a su palabra con él. Sin embargo, al recibir cartas de Francia y del Papa se había visto obligado a ordenar la retirada. De ahí el rencor que los había llevado (a los Orsini) a esa "Dieta de hombres en bancarrota",⁹ pero eran unos insensatos, dado que estando vivo el Papa y el rey de Francia en Italia "la tierra ardía bajo sus pies y se necesitaba más agua para apagar ese fuego que la que ellos podían arrojar". La conclusión de todo el discurso era que había llegado el momento de que los florentinos sellaran con él una firme alianza. Si esperaban a que él "se arreglara con los Orsini" habría tantos inconvenientes y vacilaciones como antes. Tenían que declararse y pactar al instante. Maquiavelo se vió forzado a responder que tenía que escribir a Florencia, lo que contrarió tanto al duque, que no tuvo nada que añadir, cuando le apremió para que diera una respuesta definitiva en punto a qué clase de convenio quería, etc. "Y a pesar de que insistí, a ver si le sacaba algo concreto, siempre se salía por la tangente".¹⁰ El 9 de mayo, el día en que los rebeldes formaron la liga en La Magione, el duque mandó llamar a Maquiavelo y se mostró tan cortés con él, que el florentino escribió diciendo que no sabía cómo describir la acogida que le había dispensado el duque. Le mostró algunas cartas favorables que había recibido de Francia, pudiendo ver Maquiavelo la conocida firma, y volvió a insistir en la necesidad de llegar pronto a un acuerdo. "Se advierte claramente —concluía Maquiavelo, tras de dar muchos detalles— que el duque está ya dispuesto a firmar cualquier arreglo, pero sería de desear que enviaran otro embajador con plenos poderes que pudiera ofrecer condiciones concretas".¹¹ El secretario y los agentes del duque repitieron lo mismo, presionando a Maquiavelo por todos lados. En esto llegó la noticia de la derrota de don Hugo y don Micheletto a manos de los Orsini y los Vitelli, y Maquiavelo halló muy difícil conocer los detalles, "pues en esta corte todo está organizado con admirable secreto, y las cosas que deben ocultarse nunca se mencionan". El duque, con su habitual impenetrabilidad, dió a entender que sentía el más profundo desprecio por sus adversarios y por el número de hombres de armas que decían tener, diciendo que bien podía llamárseles "hombre de armas en blanco, que significa en nada". Vitellozzo nunca había hecho nada, "y daba la impresión de un hombre valeroso disculpándose siempre de tener el mal gálico. No sirve para otra cosa que para pillar lugares indefensos, robar a los que le huyen y cometer traiciones como ésta". y el duque se extendió mucho en este tema, hablando con serenidad, sin denotar ira.¹² Maquiavelo pudo conseguir el salvoconducto para los mercaderes floren-

tinios, que envió inmediatamente a los Diez, a quienes comunicaba de continuo todo lo que lograba averiguar.

El 23 de octubre celebró otra larga conferencia con el duque, que le leyó una carta muy alentadora del rey de Francia, y agregó que pronto llegarían las lanzas francesas y la infantería extranjera. A continuación habló muy indignado de la traición de los Orsini, que ya trataban de arreglarse con él. "Ahora se presentan como amigos y me escriben cartas amables —dijo el duque—. Hoy vendrá a verme el signor Paolo, mañana el cardenal, y así creen que me manejan a su gusto. Pero yo, por mi parte, estoy jugando con ellos, escucho cuanto me dicen y espero mi hora". Otra vez dijo que los florentinos debían llegar a una verdadera amistad con él.¹³

Todas sus palabras giraban en torno a este extremo, y Maquiavelo no podía contestar nada todavía. Y lo que acentuaba la perplejidad del secretario era la imposibilidad en que estaba de averiguar cuál sería el resultado probable del convenio. El 27 de octubre vino Paolo Orsini disfrazado de correo para negociar personalmente, "pero no puedo decir qué piensa en este momento el duque: no veo cómo puede perdonarle ni cómo pueden los Orsini dejar de temerle".¹⁴ El secretario Agapito comunicó a Maquiavelo que no se había acordado nada aún, porque el duque quería añadir cierta cláusula al convenio "que si fuera aceptada le abre una ventana, y si no la aceptan, una puerta por la que puede escapar de estas estipulaciones, que harían reír incluso a los bebés".¹⁵ Otros agentes seguían repitiendo a Maquiavelo que este era el momento para sellar una alianza amistosa con Florencia, que debía conceder la prometida *condotta* sin pérdida de tiempo. "En cuanto al convenio con los rebeldes, ni siquiera estaba decidido, y en todo caso al duque no tiene por qué preocuparlo, *puesto que donde hay hombres hay medios de manejarlos*. Sólo se salvarán unos cuantos Orsini; pues por lo que se refiere a Vitellozzo, que es el verdadero enemigo de Florencia, el duque no quiere saber nada, y lo considera serpiente venenosa, la mancha de Toscana e Italia".

Por fin se firmó el convenio con fecha 28 de octubre, por el duque y por Paolo Orsini, y Maquiavelo envió a los Diez una copia, que obtuvo secretamente, con su despacho del 10 de noviembre. Sellóse la paz y un pacto ofensivo y defensivo entre el duque y los rebeldes para someter a Urbino y el Camerino. El duque prometió pagar el estipendio de siempre a los Orsini y Vitelli, sin que tuvieran éstos la obligación de estar en el campamento al mismo tiempo, y el cardenal sólo estaría en Roma cuando le pluguiera. Bentivoglio no figuró en el convenio, pues estando bajo la protección francesa, los Borgia no se atrevían a incumplir ningún compromiso contraído con él. La desconfianza mutua con que ambas partes concluyeron el pacto era tan notoria, que resulta difícil comprender cómo pudieron dejarse coger los Orsini y Vitelli en aquella trampa miserable, a menos que tuvieran miedo a los refuerzos franceses que iba a recibir el duque, al tiempo que la falta de dinero les impidió seguir luchando con un enemigo poderoso respaldado por Francia y por el Papa. Esperaban poder ganar

tiempo para volver a comenzar; pero el duque estaba advertido, y a pesar de hallarse rodeado de enemigos, le era fácil atraer a algunos y debilitar así a los demás. Esto no lo podían hacer sus enemigos, que tenían que habérselas con un solo hombre.¹⁶

Maquiavelo describía muy gráfica y regularmente a los Diez todos estos acontecimientos, y cuando el 11 de noviembre se quejaron a aquél los magistrados de no haber recibido carta suya desde hacia ocho días, contestó el secretario: "Vuestras excelencias me disculparán si tienen en cuenta que no pueden adivinarse las cosas y que tenemos que habérnoslas con un príncipe que gobierna para sí y que quise no quiera escribir sueños y divagaciones tiene que estar seguro de lo que pasa y mientras esto se logra transcurre el tiempo, y procuro emplearlo y no despilfarrarlo."¹⁷ Maquiavelo ponía en la observación del drama que se estaba desarrollando a sus ojos todo el entusiasmo de quien busca la verdad con espíritu y método científicos. En ocasiones parecía un anatómico haciendo la disección de un cadáver, seguro de descubrir el germen de una enfermedad desconocida. Poseía el talento sin par de la narración fiel y gráfica, y su estilo ofrece un vigor y una originalidad no igualados por la prosa moderna. En esas cartas vemos tomar forma las doctrinas políticas de Maquiavelo; advertimos la rigurosidad de su método y descubrimos toda la elocuencia de que era capaz.

Con todo, por extraño que parezca, Maquiavelo estaba profundamente disgustado y todos los días pedía, cada vez con mayor empeño, que le dejaran volver a Florencia. Ya hemos indicado algunas de las causas de ese disgusto. Temperamento inquieto, no le agradaba permanecer mucho tiempo en un lugar;¹⁸ y en ésta, como en todas sus embajadas, no podía salir adelante con la escasa suma que le asignaba la República. Y no queriendo seguir el ejemplo de los que vivían en la corte a costa del duque ni comprometer la dignidad de su cargo, se veía obligado a gastar sin mesura y contraer deudas. Su mujer se sintió abandonada casi en el momento de haberse casado, pues Maquiavelo, tras haberle prometido que volvería a su lado en una semana, rara vez le escribía; Marietta tenía que luchar con dificultades domésticas, todos los días se presentaba en la Cancillería a pedir noticias, y a quejarse, todo lo cual daba preocupaciones a Buonaccorsi y otros amigos, que, por su parte, no hacían más que escribir al secretario sobre este asunto.¹⁹

A estos motivos pudiéramos añadir otros aún más importantes. No ofrece duda que la embajada de contemporizar con el duque sin poderes para resolver nada era sobremedida desagradable. Cada día encontraba al duque más impaciente, y sus agentes le decían, chancéandose, que "quien quiere ganar tiempo y lo logra busca un pan mejor que el blanco".²⁰ En todo caso, sólo un embajador con proposiciones claras y concretas podía llegar a un acuerdo con el duque. Maquiavelo creía que había sido un error enviar a un embajador a Roma en vez de a Imola, pues había que dar satisfacción al duque, no al Papa, que nunca podía deshacer lo hecho por el duque, en tanto que fácilmente

podía ocurrir lo contrario.²¹ Pero aunque Maquiavelo se quejaba de que esas preocupaciones y disgustos le estaban minando la salud, nada consiguió con sus lamentos,²² por cuanto los florentinos tenían excelentes motivos para desear que se prolongara aquella situación. La República no podía fiarse de los Borgia ni de los Orsini y Vitelli, pues las alianzas que se forjaban con ellos sólo se observaban cuando les convenía. La base de la política de la República en Italia era la alianza con Francia, que si no de todo punto segura, daba más garantías que una alianza con los Borgia. A éstos sólo había que darles palabras, y aunque pudiera enviarse un embajador al Papa en señal de respeto, no había que enviar ninguno al duque, que quería sellar un pacto. Además, antes de enviarle un embajador, había que esperar informes e instrucciones de Francia. Este era el alcance de todas las cartas de los Diez a Maquiavelo, con harto disgusto suyo, pues todo seguía igual.

Por otro lado, tenía suma importancia para Florencia disponer de información exacta en punto a las intenciones y a los movimientos del duque, y de ahí que todo el mundo reconociera la trascendencia de los despachos de Maquiavelo; nadie quería oír hablar de llamarlo, sobre todo porque no había nadie que pudiera sustituirlo. El 21 de octubre le escribía Niccolò Valori: "Y, ciertamente, hay tanta fuerza en las dos últimas cartas que nos habéis enviado y muestran tan bien la excelente calidad de vuestros juicios, que no podían haber causado mejor impresión. Y hablé largo de ellas con Piero Soderini, que considera imposible relevaros en vuestro puesto".²³ Más tarde le escribieron Buonaccorsi, Marcelo Virgilio y el propio gonfaloniero, repitiendo todos que era imposible permitirle regresar, pues tenía que haber alguien en la corte del duque, y no se podía echar mano de nadie mejor dotado que él. Entonces el gonfaloniero y los Diez le remitieron veinticinco ducados de oro y dieciséis *braccia* (diez metros) de damasco, el dinero para sus gastos y la tela para que hiciera regalos.

Y hay aún otro motivo que añadir a los ya mencionados. Es cierto que Maquiavelo disponía de los mejores materiales para estudio observando los actos del duque de Valentinois y de quienes le rodeaban; es cierto que consideraba la política con abstracción de la moral; es igualmente cierto que pocos escrúpulos de conciencia le asaltaban cuando se trataba de asuntos de Estado; pero, con todo eso, resultaba intolerable para un hombre de su carácter estar siempre envuelto en una manigua de infamia tan densa; vivir entre personas saturadas de crímenes, siempre dispuestas a cometer una traición y a derramar sangre, que sólo se rendían ante la fuerza bruta y sin el menor poder de evitar o modificar sus malas acciones. Se equivocan los que suponen que los actos del duque de Valentinois en ese período estaban aconsejados por Maquiavelo. Al contrario, todas sus cartas testimonian su disgusto al descubrir las intenciones y designios secretos del duque, que no atendía al consejo del secretario florentino, a quien a veces parecía casi ridiculizar. Maquiavelo no era sanguinario ni cruel; es más, la gentileza de su carácter hacía que le repugnara profundamente todo contac-

to con el mal. Mientras desempeñó esta embajada se le escaparon a menudo a los puntos de la pluma expresiones que delataban cierto terror bajo un velo de cinismo. Luego, para borrar la memoria de horribles visiones, escribía a sus colegas oficiales cartas obscenas y graciosas, que los hacían reventar de risa,²⁴ como le decían en sus respuestas, y ellos, a su vez, contaban a Maquiavelo todos los chismes y escándalos de la Cancillería —donde, ausente él, había siempre mucho desorden—, o sus propios excesos e indecencias.

Otras veces, cansado de tales temas, se retiraba a meditar sobre los escritores de la Antigüedad. Escribía a Buonaccorsi con insistencia febril pidiéndole las *Vidas* de Plutarco y siempre estaba solicitando de este amable amigo libros, dinero y ayuda de toda clase. En carta del 21 de octubre le decía Buonaccorsi: "Hemos buscado las *Vidas* de Plutarco, pero este libro no se puede adquirir en Florencia. Tened paciencia, pues hay que pedirlo a Venecia; y para deciros la verdad, nos abrumáis pidiendo tantas cosas". Extraño espectáculo ver a Maquiavelo, a la hora en que dividía su atención entre los héroes de Plutarco y los hechos del duque de Valentinois, comenzar a crear una ciencia política fundada en la Historia y en la experiencia del presente. Los escritores escolásticos habían tratado de hallar el origen y la base de la sociedad humana partiendo de la concepción de Dios y del Bien Supremo y especulando sobre cosas que carecen de influencia en los asuntos prácticos de la vida. El propio Dante no había podido librarse en su *Monarchia* de las teorías demasiado abstractas y artificiales. Para teorías de esa clase Maquiavelo carecía de tiempo, oportunidad y gusto. Frente por frente a las realidades de la vida, estudiaba las leyes reguladoras de los actos humanos para formular preceptos útiles para el gobierno de los hombres. Buscaba conocer las fuentes de las que extrae su fuerza el estadista y cómo debía emplearse esa fuerza para lograr el fin deseado.

Entre tanto, se hacía cada vez más difícil conseguir una audiencia del duque, que no hacía más que insistir en la necesidad de sellar una alianza y confirmar la estipulada *condotta*, y siempre que se veía obligado a escuchar nuevas protestas de amistad sin ninguna proposición concreta, gritaba indignado: "*Ecco!* ¡Con estos florentinos no se puede zanjar ninguna cuestión!"²⁵ Sin embargo, de cuando en cuando mandaba llamar a Maquiavelo, y so pretexto de hacerle nuevas confidencias, trataba de ver cómo estaban las cosas. Un día le dijo que en una ocasión le había pedido Giovan Paolo Baglioni una carta que le autorizara a seguir a Vitellozzo y ayudarle a restaurar a los Médicis en Florencia, y que había escrito esa carta. "Ahora, no sé —siguió diciendo con la mirada puesta en Maquiavelo— si se habrá jactado de esto para culparme". Maquiavelo respondió que era la primera vez que tenía conocimiento de este hecho. Otro día le confió con mucha gravedad que Paolo Orsini había declarado que los florentinos le acababan de ofrecer una *condotta* por el ejército que estaba ante Pisa y que se había negado a aceptarla. Tras lo cual le preguntó Maquiavelo si Orsini le había dado el nombre de la persona que le ofreció la *con-*

dotta y si le había enseñado la carta y si acostumbraba mentir. El duque, dándose cuenta de que el secretario no caería en la trampa, contestó que Orsini no le había mencionado ningún nombre, ni le había mostrado ninguna carta y que sólo le había contado mentiras. “Y así se disolvió la cuestión en risas, aunque al principio había hablado de ello el duque con intranquilidad, pretendiendo que lo creía y estaba ofendido”. Luego habló el duque de un convenio secreto suscrito por los venecianos en Rímìni por conducto de un patriota que vivía allí, añadiendo que él —el duque— había mandado que lo ahorcaran para salvar el honor de los florentinos. Tras lanzar este aviso, como por casualidad, habló de la conquista de Pisa, e hizo notar que “sería una de las más gloriosas que puede llevar a cabo un capitán”. “A continuación se refirió a Luca, diciendo que era el Estado más rico y un buen bocado para un *gourmand*. Amplió que si él, Florencia y Ferrara fueran aliados, no tendrían nada que temer”.²⁶ Era la vieja historia del gato y el ratón, sólo que en este caso el gato con quien quería jugar era Nicolás Maquiavelo.

Todavía continuaban las negociaciones con los rebeldes, a fin de arrastrar a ellas al mayor número posible. Vitellozzo estaba todavía inquieto y vacilaba, de suerte que se hablaba de él en la corte con mucha indignación. “Este traidor nos ha dado una puñalada y ahora cree que la puede curar con palabras”.²⁷ Pero también Vitellozzo fué cogido con el lazo. Cuando todo estuvo arreglado, el duque de Urbino se encontró de nuevo solo y abandonado, por lo cual hubo de tomar las medidas necesarias para salvarse, y después de derribar algunas de sus fortalezas y dejar otras al cuidado de partidarios de fiar, huyó en una mula, quejándose de su mala suerte y seguido de cerca por el Papa y por el duque de Valentinois. En Castel Durante sufrió un desvanecimiento debido al cansancio y al sufrimiento. Sin embargo, logró escapar. Fué enviado como gobernador a sus dominios Antonio da San Savino, que los rigió con tolerable moderación; pero en Romaña, un tal messer Ramiro hizo gala de inusitada crueldad en un puesto análogo. Al propio tiempo el duque salió con su ejército para Forlì, acompañado de Maquiavelo, que el 14 de diciembre escribía desde Cesena que todo era incertidumbre y expectación y que no se había licenciado a una sola lanza; y que a pesar del tratado, uno juzgaba, naturalmente, el futuro por el pasado, que compelia a creer que el duque se proponía ahora meter en cintura a sus enemigos. Maquiavelo insistía en la necesidad de que se firmara un convenio por un embajador y rogaba de nuevo que le dejaran partir.²⁸ Pero la República estaba menos inclinada que nunca a escucharle, ahora que llegaban las cuestiones a su término, y Francia había dado a entender que ya no dejaría sin frenos a los Borgia.

Las cuatrocientas cincuenta lanzas francesas, que tanto prestigio habían dado al duque, fueron retiradas de pronto y se marcharon, con lo cual —escribía Maquiavelo— “esta corte ha quedado estupefacta; y todo el mundo edifica castillos en el aire”. Entonces no se comprendía la causa de este cambio repentino, y nadie podía prever sus consecuen-

cias.²⁹ Lo que sí estaba claro era que desmanteladas todas las fortalezas de Urbino o aun en poder de Guidobaldo y no habiendo posibilidad de confiar en el convenio recientemente firmado, "el duque había perdido la mitad de sus fuerzas y dos tercios de su prestigio".³⁰ No obstante, su artillería continuaba avanzando como si nada hubiera acontecido; a Faenza habían llegado 1,000 suizos y entre suizos y gascones disponía ya de unos 1,500 hombres. Nadie podía adivinar el objeto de sus movimientos; todo era misterio, "pues este señor nunca revela nada, salvo cuando lo hace, y lo hace apremiado por la necesidad; por lo que ruego a vuestras excelencias me excusen y no me culpen de negligente, si no puedo satisfacer con noticias a vuestras excelencias, pues la mayoría de las veces tampoco puedo satisfacerme a mi mismo".³¹ Y el misterio aumentó aún más por una circunstancia extraña que se dió en ese momento. Messer Rimino o Ramiro, el instrumento de confianza del duque en Romaña, donde había cometido las más atroces crueldades para someter al país y provocado odio universal, llegó de Pésaro a Cesena, y ante el asombro de todo el mundo, fué detenido el 22 de diciembre y encerrado en un mazmorra.³² Cuatro días después escribía Maquiavelo a los Diez: "Esta mañana ha sido hallado messer Rimino partido en dos, en la Piazza en que todavía está y todo el mundo ha podido verle; no se sabe bien la causa de su muerte, salvo que así lo quiso el príncipe, que nos muestra que puede hacer o deshacer a los hombres según lo que merecen".³³

Los acontecimientos se precipitaban; se iba a la toma de Sinigaglia. Desde los días de Sixto IV había pertenecido esta ciudad a Giovanni della Rovere, marido de Giovanna, hermana de Guidobaldo d'Urbino, y ahora, al morir ese noble, había pasado a su hijo Francesco María, un muchacho de once años, nombrado por Alejandro VI prefecto de Roma, como lo había sido su padre. La primera vez que huyó Guidobaldo le había acompañado su sobrinito, pero ahora estaba de nuevo en Sinigaglia con su madre, que gobernaba en nombre de su hijo, ayudada por los consejos de su tutor, el famoso Andrea Doria, y se titulaba prefecta. Doria, advirtiendo el apresurado avance del ejército del duque, y teniendo ya enfrente a las tropas de Vitellozzo y los Orsini, que se disponían a atacar a la ciudad, puso primero fuera de peligro a la madre y al hijo, ordenó a sus hombres que defendieran la ciudadela a toda costa y salió precipitadamente para Florencia.³⁴

El 29 de diciembre escribió Maquiavelo una carta desde Pésaro, carta que se perdió, en la que relataba con todo detalle lo que luego sintetizó en otras cartas, a saber, que Vitellozzo y los Orsini habían entrado en Sinigaglia y que el duque, al saberlo, les ordenó que sus hombres acamparan en los suburbios, fuera de las murallas, y al instante entró con su ejército en la ciudad, en la mañana del 31 de diciembre. El primero que lo vió fué Vitellozzo, quien habiéndose opuesto más que nadie a la reconciliación sabía que era el más odiado. Este capitán se adelantó humildemente hacia el duque, con el sombrero en la mano, montado en una mula y sin armas. Le seguían el duque de Gravina, Paolo Orsini, Oliverotto da Fermo, y los cuatro acompaña-

ron al duque por las calles de la ciudad a la casa preparada para recibirlos. El duque, que ya había dado la señal a los que habían de detenerlos, los hizo prisioneros tan pronto como penetraron en la casa, ordenó que se desarmara y desnudara a los soldados de los suburbios y mandó a la mitad de su ejército que hiciera lo mismo con los hombres de armas que estaban en los castillos próximos, a diez o doce kilómetros de Sinigaglia. El mismo día comunicó Maquiavelo el acontecimiento, añadiendo: "Continúa el saqueo, a pesar de que son ya las 23 horas (una hora antes de la puesta del sol). Estoy muy preocupado. No sé si puedo enviar esta carta, pues no tengo quien la lleve. En otra escribiré dando detalles. Creo que ellos (los prisioneros) no estarán vivos mañana por la mañana".³⁵

Otra carta, mucho más extensa y más importante, escrita el mismo día, se perdió. Poseemos, sin embargo, la del 1º de enero de 1503, en la que relata Maquiavelo que hacia la una de esa noche le había llamado el duque, quien le mostró su satisfacción por este triunfo con la cara más alegre del mundo, y agregó palabras y expresiones de gran afecto por nuestra Florencia. Dijo que "este era el servicio que había prometido prestaros en el momento oportuno. Y como había manifestado que os ofrecería su amistad tanto más insistentemente cuanto más seguro estuviera de sí mismo, ahora cumplía esa promesa; a continuación expuso todas las razones que le inducían a desear esta amistad con palabras que me admiraron. Asimismo me rogó que os escribiera que habiendo destruido a sus principales enemigos, que eran también los de Florencia y Francia, y desarraigado la cizaña que amenazaba invadir a Italia, debéis darle ahora una señal de amistad enviando tropas hacia Perugia para detener al duque Guidobaldo que ha huido en esa dirección y hacerle prisionero si entrara en Toscana. Igualmente, ha ocurrido que anoche, a las diez, el duque mandó estrangular a Vitellozzo y a messer Oliverotto da Fermo,³⁶ habiendo dejado a los otros dos con vida hasta ver si el Papa se ha apoderado de la persona del cardenal³⁷ y los demás que estaban en Roma, y se supone que los ha aprehendido; a fin de quitarse a todos de encima alegremente al mismo tiempo". La ciudadela se había rendido ya; ese mismo día había iniciado el ejército su marcha hacia Perugia, antes de partir para Siena; Maquiavelo le seguía los pasos, y habiendo entrado ya el invierno los soldados y cuantos lo acompañaban pasaban grandes trabajos.

Por todas partes reinaban el tumulto y el desorden, y todos los tiranuelos del país huían descorazonados al acercarse el duque, como perseguidos por un dragón. Se comprende que entre tanta confusión hubiera pocos correos y menos aún dignos de confianza, por lo cual se perdieron muchos despachos de Maquiavelo. El 4 de enero de 1503 comunicaba que los soldados de los Vitelli y los Orsini se habían escapado. Continúa la marcha y los Baglioni huyeron de Perugia, que se rindió el 6. Sus hermanas, al llegar a la frontera, donde, por órdenes superiores, el comisario florentino, Piero Ardinghelli, había rechazado a todos los refugiados, disfrazaron a sus hijas de muchachos, prefiriendo entregarlas a la compasión del comisario antes que verlas

caer en manos del enemigo. Ardinghelli escribió al gonfaloniero Soderini el 19 de enero: "No puedo menos de sentirme lleno de piedad ante tanta juventud en infortunio. He preferido escribir a vuestra excelencia en persona para saber si puedo ofrecer refugio a estas cuatro mujeres, o al menos a las dos damiselas. Si esto no está en conflicto con las intenciones del Gobierno, que siente natural compasión por los afligidos, os lo agradecería profundamente". El gonfaloniero accedió.

El 8 escribía Maquiavelo desde Asís que todo el mundo se extrañaba de que no hubiera llegado nadie de Florencia a felicitar al duque, quien repetía que había prestado un servicio notable a la República, pues "hubiera costado a vuestras excelencias doscientos mil ducados acabar con Vitellozzo y los Orsini y aun así no lo hubierais hecho tan primorosamente".

Entre tanto seguía el duque su marcha, siempre "con inusitada fortuna y energía y esperanzas sobrehumanas" dispuesto a expulsar de Siena al tirano Pandolfo Petrucci, y, a ser posible, hacerlo prisionero, para lo cual el Papa "trataba de adormecerlo con breves", porque estaba bien —decía el duque— "engañar a los que han sido maestros en traición". No intentó tomar la ciudad, porque se lo prohibía Francia; pero estaba resuelto a quitar de en medio a Pandolfo, que había sido "el cerebro" de la conjura.

El 3 de enero arribaron a Castello della Pieve, y como estaba a punto de llegar el nuevo embajador florentino, Jacopo Salviati, Maquiavelo se dispuso a partir, lo que hizo el 20. En primer lugar, para sustituir las cartas perdidas escribió una con la síntesis de todo lo que había ocurrido, pero desgraciadamente sólo se conserva la primera hoja. Maquiavelo comienza a abocetar con todo detalle la expedición, que en las primeras líneas califica de "rara y memorable". No atribuye al duque ninguna traición premeditada, sino más bien la grave resolución de vengarse sin demora, una vez que percibió que sus capitanes se proponían traicionarlo en vista de la marcha de las lanzas francesas. Relata la extraordinaria precaución de que dió pruebas el duque ocultando a los Orsini y a los Vitelli la cuantía de las fuerzas de que aún disponía, haciéndolas pasar por inferiores a lo que eran. Y con igual admiración describe Maquiavelo con todo detalle las órdenes dadas para dividir a todo el ejército en pequeños cuerpos y luego ponerlos a todos en marcha hacia Sinigaglia, a fin de llegar allí por sorpresa con una fuerza avasalladora, mientras que las tropas enemigas estaban dispersas lejos de la ciudad y no podían desobedecerle sin revelar su traición prematuramente. El fragmento termina cuando el duque va a entrar en Sinigaglia. En esta carta Maquiavelo parece haberse persuadido de que estaba describiendo a un héroe, aunque trata de permanecer fiel a la verdad histórica. Por las cartas de Buonaccorsi sabemos que de Florencia le habían llegado algunos reproches por esa razón.

Estaba aún Maquiavelo en Castello della Pieve, el 18 de enero, cuando el duque, que había recibido la tan esperada noticia de que el Papa había encarcelado al cardenal Orsini y a los demás en Roma, estranguló a Paolo y al duque de Gravina Orsini, a los que trajo consigo

muy escoltados desde Sinigaglia. El duque siguió devastando el territorio de Siena y amenazó con atacar a la ciudad si no expulsaban inmediatamente a Petrucci, pero quedó apaciguado cuando Petrucci rogó que se le facilitara un salvoconducto para salir, pues los franceses prohibían que se atacara a Siena y el Papa le había llamado, de pronto, a Roma. Pero aunque concedió a Petrucci el salvoconducto y le dió una carta recomendándolo a los luqueses, despachó cincuenta hombres de armas detrás de él con órdenes de que lo apresaran vivo o muerto. El tirano de Siena escapó esta vez de la muerte milagrosamente. Había salido de la ciudad el 28 de enero, y acompañado de Giovan Paolo Baglioni había huido hacia Luca, a mataballo, pues si bien ignoraba que lo perseguían, nadie se fiaba de las promesas de un Borgia. Los asesinos estaban a punto de alcanzarlo cuando fueron detenidos por el comisario florentino, quien, como continuaba la guerra entre Florencia y Pisa, no permitía que hombres armados anduvieran por el terreno de la guerra. El comisario ignoraba lo que había pasado, y los tuvo presos hasta recibir instrucciones de Florencia. Elló dió tiempo a los fugitivos para escapar de las garras envenenadas del duque, que tuvo que partir sin demora para Roma, donde le esperaba impaciente el Papa, que no se sentía seguro con la Campaña infectada de hombres armados hostiles a su autoridad. Por otro lado, Francia había vuelto a dictar una severa prohibición de nuevas conquistas.

En Romaña y en la Italia central "veíamos" al duque, y teníamos a Maquiavelo, que nos pintó un cuadro gráfico de cuanto ocurría allí; en Roma vemos el reverso, igualmente trágico, de la medalla. Aquí vemos al Papa con mucho menos autodomínio que su hijo, frente a Antonio Giustinian, que, sin poseer el genio de Maquiavelo, tenía mucha más influencia, mucha mayor experiencia del mundo y extraordinario conocimiento de la Humanidad, y que, como embajador de Venecia, poseía medios de que carecía el secretario florentino para penetrar en la raíz de los asuntos. A partir del 6 de agosto había escrito Giustinian al dogo que Vitellozzo luchaba con timidez contra el duque y que él preveía que tanto éste como el Papa estaban decididos a cortarles las alas a los Orsini. Cuando llegó la noticia de la rebelión y a continuación la de la derrota de don Hugo y don Micheletto, el Papa se desató en el Consistorio en exclamaciones iracundas contra los Orsini, pero inmediatamente después bajó el tono y se mostró casi humilde y deprimido. Con las primeras nuevas del aliento francés su alegría fué tan desorbitada que los cardenales se reían entre ellos de la falta de autodomínio del Santo Padre.³⁸ Entonces comenzaron los preliminares hacia una reconciliación, y el embajador, sin padecer las dudas y la incertidumbre de los florentinos, notó al instante que las negociaciones se dirigían a eliminar poderosos personajes que más tarde pudieran ser obstáculo para cualquier violación de las condiciones o para cualquier solución sanguinaria.³⁹ Mientras tanto, no se perdía el tiempo. El Papa reconoció que había enviado al duque en unos pocos días 36,000 ducados.⁴⁰ Reunió artillería, realizó preparativos guerreros como si el enemigo estuviera a las puertas y "tomó dinero tanto de los amigos como

de los enemigos, sin preocuparle si era de los Orsini o de los Colonnese, y se conducía como un náufrago asiéndose a trozos de paja.⁴¹

Sin tratar en modo alguno de descubrir los principios de una nueva ciencia política, Giustinian no estaba menos interesado que Maquiavelo en presentar un cuadro gráfico de cuanto veía; y desde principios de noviembre, observando que la monstruosa mala fe con que llevaban las negociaciones resaltaba en las palabras del propio Papa, transmitió esas mismas palabras al dogo *de verbo ad verbum*, añadiendo: "Y si ello fuera posible, de buena gana os pintaría la realidad, porque a veces la manera de hablar enseña más que el significado intrínseco de las palabras; y todo el mundo está convencido de que ésta es una reconciliación falsa". La verdad es que al leer los nombres de los Orsini que la habían firmado, el Papa dijo, riendo, al embajador veneciano: "¿No os parece que ésta es una compañía de granujas y arruinados? ¿No veis por las condiciones cuán temibles son y cómo se confiesan traidores, sin exceptuar al cardenal, que finge ser amigo nuestro y, sin embargo, insiste en estar en Roma solamente cuando le convenga?" Y entonces observó Giustinian que "los Orsini podían estar seguros de que ahora se habían suicidado". Lo cierto es que dieron muestras de ceguera incomprendible, especialmente el cardenal, que no se separaba del Papa como si quisiera caer en la trampa por propia decisión.

El propósito de Alejandro VI de ganarse la amistad de la República veneciana coincidía con su creencia de que el duque estaba cerca y de que obtendría nuevas victorias en Romaña. Llamó aparte al embajador, y con las manos cruzadas y apretadas sobre el pecho lamentó ante él que la rivalidad de los potentados italianos hubiera entregado el país a los extranjeros, que abrían la boca para tragárselo. "Hasta ahora nuestra única seguridad ha estado en la rivalidad entre Francia y España; si no hubiese sido así nos hubiéramos hundido. Pero no os imaginéis que vosotros (los venecianos) sois hijos del pato blanco (pueblo privilegiado). También a vosotros os habría llegado la hora. Somos viejos y tenemos que pensar en nuestra posteridad, por lo cual nuestra única esperanza está en vuestra *Serenissima Republica*, que es impercedera. Por amor de Dios, unámonos para salvar a Italia. ¿Sabéis lo que se dice de vosotros? Qué tratáis de ser demasiado prudentes. Contentaos con ser bastante prudentes". Y al decir esto (añade el embajador) parecía que le iba a estallar el pecho y como si las palabras le salieran del corazón en vez de la cabeza.⁴² Pero ¿quién podía fiarse de los Borgiá? Por consiguiente, respondió al Papa con pocas palabras "y *solum* agradecí a Su Santidad sus buenas intenciones hacia vuestra excelentísima Señoría". Además, ni entonces siquiera Venecia podía poner en práctica una política nacional, ni sacar ventaja de cosas justas, como las que ahora estaban en su propio interés y habían sido expuestas por el Papa con fines perniciosos mal disimulados, mientras estaba dispuesto a actuar al día siguiente en sentido contrario a cuanto había recomendado tan apasionadamente.

El 24 de noviembre, hallándose Maquiavelo en Romaña todavía a oscuras respecto de los designios del duque y torturándose el ingenio

para adivinarlos, escribía Giustinian desde Roma: "El primer golpe descargará sobre Sinigaglia para evitar que la prefecta ayude al duque de Urbino, que el Papa desea con locura que caiga en sus manos".⁴³ Alejandro VI no hacía más que recoger dinero para su hijo, que gastaba alrededor de 1,000 ducados diarios, además de lo que se allegaba con el robo y el pillaje. Tan extraordinaria era su impaciencia por obtener noticias del avance del duque, que cuando éste se detuvo algún tiempo en Cesena, repetía a gritos: "No sabemos por qué diablos está allí; pues le hemos escrito para que aproveche esta excelente ocasión, al fio de p... bastardo, y otros juramentos y palabras por el estilo en español".⁴⁴ Para alejar estos pensamientos de su mente y la atención pública de sus maniobras secretas, organizó fiestas populares y carnavales en las calles de Roma, que eran más indecentes delante de las ventanas desde donde era testigo el Papa, cuya vieja figura se agitaba con risa libertina. Pasaba las noches en el Vaticano, "prolongando sus habituales diversiones" hasta el amanecer, pues nunca le faltaban ciertas damas hermosas, y ciertamente, "sin ellas no había fiesta que mereciera la pena". Además, en las mesas de juego de Su Santidad se jugaban cientos de ducados. El cardenal Orsini solía tomar parte en estas diversiones, con asombro de toda la corte, que no podía comprender que se "enredara en la red" por propio gusto.⁴⁵

El 31 de diciembre andaba el Papa por los salones del Vaticano diciendo que no podía imaginarse qué hacía el duque gastando mil ducados diarios para nada; pero a continuación, no pudiendo frenar su buen humor, añadía riendo: "Siempre quiere hacer algo nuevo, su mente es demasiado grande." Y los cardenales le pedían que se tranquilizara, pues el duque sabía cómo debía gastar su dinero. "Todos esperamos su llegada para tener un magnífico carnaval. Bien sabemos, bien sabemos, decía el Papa, riendo aún, que no pensáis en otra cosa." Este mismo día comunicó Nicolás Maquiavelo la toma de Sinigaglia y la captura de los enemigos del duque. Al día siguiente, después de la misa, llamó el Papa a los embajadores y les dió la gran noticia, afectando sorpresa; y añadió que el duque no perdonaba nunca a los que le hacían daño ni dejaba la venganza a otros y amenazaba a los que le habían ofendido, especialmente a Oliverotto, "a quien ha jurado el duque que colgará con sus propias manos". Los cardenales rodeaban al Papa y le adulaban "con felicitaciones, al paso que exaltaban las virtudes del duque".

El 3 de enero de 1503, el Papa, enterado ya —lo que no sabía nadie todavía— de que Oliverotto y Vitellozzo habían sido estrangulados, mandó llamar con premura al cardenal Orsini. La víctima se presentó con el gobernador del Vaticano y con Jacopo da Santa Croce, que, a lo que parece, había recibido la orden de acompañarle, aunque pretendiendo que lo hacía por casualidad. Luego que llegó el cardenal fué aprehendido y —como todo el mundo había previsto— encerrado en el Castillo de Sant Angelo, para no salir de allí vivo. Inmediatamente fué saqueada su casa, y su madre y dos doncellas que estaban con ella expulsadas, sin que se les permitiera llevar otra cosa que las

ropas que tenían puestas. Estas pobres mujeres erraron por Roma sin hallar a nadie que les diera cobijo, pues todo el mundo se sentía amenazado. Siguiéron muchas otras detenciones. El auditor de la Cámara, el obispo de Cesena, fué sacado violentamente del lecho, estando con fiebre, y su casa pillada; la misma suerte corrió el protonotario Andrés *de Spiritibus* y muchos otros. Todo el que tenía dinero temía perder la vida, pues "el Pontífice no parece pensar más que en obtener oro, y dice que lo que ha hecho es nada para lo que hará".⁴⁶ Incluso los Médicis que residían en Roma estaban aterrorizados; el obispo de Chiusi murió de miedo, y tantos huyeron, que el Papa consideró necesario convocar a los conservadores de la ciudad para informarles que habiendo sido aprehendidos ya todos los culpables, el resto podía disponerse a preparar un carnaval.⁴⁷ El propio Alejandro VI se pasó los meses de enero y febrero, mientras proseguía su obra exterminadora, en placeres carnavalescos. Habiendo ido el embajador veneciano a conferenciar con él, lo halló en el balcón riendo, siguiendo los disparates de las máscaras que desfilaban abajo y luego, invitado a una cena en el Vaticano, encontró al Papa gozando la representación de comedias, que siempre le gustaron mucho, en medio de los cardenales, "algunos con la ropa cardenalicia, unos pocos disfrazados, junto con varios compañeros del género que más agradaba al Pontífice, algunos de los cuales estaban tendidos a los pies de Su Santidad".⁴⁸

El día que siguió a estas fiestas expiró el cardenal Orsini en la prisión de Sant Angelo —envenenado, según decía todo el mundo—. En vano habían pedido los otros cardenales que no se le matara, en vano habían ofrecido sus parientes 25,000 ducados por su rescate. Su madre, a la que se le había permitido al principio enviar comida a su hijo, prohibiéndosele luego, envió al Papa a una mujer amada por el cardenal para que le ofreciera una perla enorme que se sabía coliciaba el Santo Padre. Alejandro VI aceptó la perla, pero no concedió el perdón. Ya había comenzado el cardenal a dar señales de locura, y según "la opinión general, ya había bebido de la copa envenenada para él por el Papa, quien entonces ordenó a los médicos que le prestaran la mayor atención posible."⁴⁹ El 15 —decían— tenía mucha fiebre; el 22 había fallecido; el 24 fueron llamados a declarar que había muerto de muerte natural. Luego se celebraron funerales públicos por orden de Su Santidad.⁵⁰

Ahora se esperaba al duque. El cardenal d'Este había huído de Roma al saberlo, temiendo por su vida. Entre los mil rumores que circulaban, se llegó a decir que estaba enamorado de Donna Sancia, la cuñada y querida del duque.⁵¹

Los Orsini que habían escapado de la matanza, los Savelli y los Colonna, se habían alzado en armas, y atrincherados en Ceri, Bracciano y otros puntos, atacaron el puente de Nomentano el 3 de enero. Y aunque fueron rechazados, el Papa puso al palacio en estado de defensa; enloqueció de ira y de temor; iba de un lado para otro gritando que iba a exterminar a la familia de los Orsini y pedía al duque que viniera sin pérdida de tiempo. El duque estaba ya en ca-

mino, sembrando la desolación, hasta el final, por donde pasaba. En San Quirico, viendo que habían huido todos los habitantes, salvo dos ancianos y nueve ancianas, los mandó colgar por los brazos, con un fuego lento bajo los pies, para que declararan dónde estaba oculto el tesoro; y como no pudieran decirselo, perecieron. En Montefiascone, en Acquapendente, en Viterbo, cometió atrocidades análogas.⁵²

Bien que todo cediera ante él y que muchos de sus enemigos se hubieran retirado, Ceri y Bracciano se sostenían contra la insuficiente artillería del Papa, a quien el duque no osaba apoyar abiertamente, a causa de las órdenes que había recibido de Francia, no tenidas en cuenta, sin embargo, por el Santo Padre. Así marchaban, lentamente, las cosas, y el 26 de febrero el duque dejó en una villa de las proximidades de Roma a los cincuenta hombres armados que le habían acompañado y entró en la Ciudad Eterna con el cardenal Borgia, el cardenal D'Alibret y tres criados, todos enmascarados. Por la noche asistió a la representación de una de las comedias corrientes en el Vaticano y conservó el disfraz, aunque todo el mundo lo reconocía.⁵³

Maquiavelo había vuelto a su Cancillería de Florencia con la imaginación encendida y la mente llena de cuanto había visto y oído del duque César y de los Borgia en general. De vuelta en su puesto, continuó leyendo y escribiendo cartas relacionadas con esos personajes. Pero quienquiera que lo considere completamente equivocado en su juicio del verdadero carácter del Papa y de su hijo no tiene más que echar una ojeada a la primera "Legazione" a Roma y a la primera "Decennale" para convencerse de lo contrario. En esta última llama al duque "hombre sin compasión, rebelde a Cristo, hidra, basiliisco, que merece el fin más miserable, y habla del Papa en términos casi idénticos".

Sin embargo, como hemos dicho, fué al tener contacto con el duque de Valentinois cuando su mente concibió por primera vez la idea —que luego ocuparía toda su vida— de una ciencia del Estado separada e independiente de toda consideración moral. Maquiavelo vió en tal separación el único medio de formular claramente esta ciencia y fundarla sobre nuevas bases. El secretario pasaba por un proceso de pensamiento casi parecido al del hombre que intenta por primera vez descubrir las leyes del ascenso y descenso de la riqueza de las naciones, y que estudia los problemas económicos, no sólo en el comerciante, fabricante o agricultor que son productores, sino también en el soldado que es un saqueador y en el bandido y el pirata, que son ladrones. De esta separación forzada, más o menos abstracta, de un solo fenómeno social de todos los demás, surgió, en realidad, la economía política, y a ello se debió la rapidez con que se desarrolló, así como algunos de los errores que más tarde trató de eliminar. Maquiavelo, al estudiar los actos de César Borgia, estableció una diferencia de parecido carácter, pues esta diferencia se le apareció a la luz de un hecho real más que como hipótesis o abstracción. Entonces sólo consiguió formular unas cuantas máximas generales, sin elevarlas a una concepción teórica de principios, ni poseía suficiente do-

minio del método para intentar hacer de sus principios un cuerpo de doctrina. Sus ideas tomaron la forma, casi inconscientemente, de un personaje ideal, representativo del estadista sagaz, competente y audaz, no desviado por ningún escrúpulo de conciencia, ni influencia moral, del propósito de realizar su idea fija, cualesquiera que fuesen los obstáculos con que tropezara, cualesquiera que fuesen las traiciones y los actos sangrientos que tuviera que llevar a cabo. En una palabra, al estudiar los actos del duque de Valentinois, su mente había creado un Valentinois imaginario, al que más tarde acudiría continuamente. Es la conocida figura que tan a menudo aparece entre sus máximas de los *Discorsi* y *El príncipe* como si recordara su origen y para testimoniar una vez más que el autor había echado los cimientos de su política en las realidades de la vida únicamente, sin volver al bien supremo, ni embarrancar en ninguna abstracción metafísica. Años después obedeció a un impulso análogo cuando escribía su *Vita di Castruccio Castracani*, que, como bien sabido es, no es histórica, sino más bien un esfuerzo por espigar en la historia su ideal político. Ello explica el gran elogio de Valentinois entrelazado con la severa censura. Por lo común, elogia al personaje ideal y censura al personaje histórico. Pero no hay tanta diferencia entre ambos que nos impida confundirlos a veces, especialmente porque esto le ocurre al autor cuando se deja llevar por su imaginación, que parece dominarle en particular cuando parece razonar en frío. Ni es caso raro ver que hombres de temperamento muy reflexivo y cauto caen en ocasiones, de pronto, víctimas de su propia imaginación.

Pero en esta época de su vida, cualesquiera que hayan sido su estado de espíritu y sus ideas, Maquiavelo carecía de tiempo para las meditaciones científicas y para escribir obras complicadas. Se contentaba, pues, con escribir un breve relato de cuanto había presenciado en Romaña, no con la idea de dar detalles históricos exactos—dado que éstos existían en los innumerables despachos de la embajada, a pesar de haberse perdido varios—, sino más bien para exponer con mayor claridad la discreción y, en opinión de Maquiavelo, el maravilloso talento del duque. Escribió entonces la conocida *Descrizione*,⁵⁴ en la que se pinta la hábil manera que tenía el duque de matar a sus enemigos del modo más adecuado al objeto que perseguía el autor. De lo contrario, sería imposible explicar que Maquiavelo narre ahora de otro modo los mismos hechos que había descrito en la *Legazione* estando sobre el terreno, y tenía el deber de dar a los Diez información exacta.

La *Descrizione* comienza con una semblanza del duque a su regreso de Lombardía, adonde había ido a defenderse ante el rey de Francia de las muchas calumnias que en punto a él se habían propalado por los florentinos como consecuencia de la rebelión de Arezzo. Esto es absolutamente inexacto, pues los florentinos no le habían calumniado, y esto en todo caso debiera bastar para que modificaran su opinión todos los que consideran que la *Descrizione* no es sino otra

carta más de Maquiavelo. Es evidente que el secretario no podía hablar a los Diez ni a la Señoría de las *calumnias* de los florentinos.

NOTAS AL CAPITULO V

1. Despacho del 22 de julio de 1502.
2. Es decir, se comprometían a contratar 700 hombres, pero aun no los tenían.
3. Ugolini, *Storia dei Conti e Duchi d'Urbino*. vol. II, págs. 98 y sigs.
4. Incumbía generalmente a la Señoría, no a los Diez, enviar embajadores a reyes, emperadores, al Papa y a demás potentados.
5. Aunque Soderini fué elegido en septiembre, no llegó a Florencia hasta principios de octubre y tomó posesión de su cargo a fines de dicho mes.
6. No nos es dable determinar la fecha exacta del casamiento, pero es seguro que se celebró en 1502. Por varias cartas de Buonaccorsi sabemos que en 1503 tuvo el matrimonio Maquiavelo un hijo. Buonaccorsi, que antes nunca había mencionado a Marietta, habla de ella, como veremos, mientras Maquiavelo desempeñaba su embajada cerca del duque de Valentinois, de modo que no deja duda de que ya estaba casada. El 27 de octubre de 1502 los embajadores florentinos en Francia aluden en una carta a Maquiavelo, que luego citaremos, al hecho de que dejara a su mujer en Florencia.
7. El primero que demostró esto con documentos auténticos fué Inocenzio Giamperi, en un artículo sobre Maquiavelo publicado en los *Monumenti del Giardino Puccini*: Pistoia, Cino, 1846.
8. "Tal cosa è lo stomaco di questa città". Commissione a Niccolò Machiavelli, deliberato a dí 5 Ottobre 1502.
9. Esta carta lleva fecha del 7 de octubre. La Dieta final en La Magione tuvo lugar el 9.
10. Carta del 7 de octubre de 1502.
11. Carta del 7 de octubre de 1502.
12. Primera carta del 20 de octubre.
13. Carta del 23 de octubre de 1502.
14. Carta del 27 de octubre.
15. Carta del 8 de noviembre.
16. Esto escribía Maquiavelo en su carta del 13 de noviembre, y en la del 20 cuenta que había dicho al duque que por esa razón había creído siempre que él (el duque) saldría victorioso, y que si hubiera escrito lo que pensaba desde un principio se hubiera acreditado de profeta. Más tarde construyó una teoría sobre esta observación, sentando como regla general que quien está rodeado de enemigos los puede debilitar y dominar justamente porque puede dividirlos, cosa que sus adversarios no pueden hacer.
17. Carta del 13 de noviembre.
18. En carta del 18 de noviembre le dice Buonaccorsi: "Teneis tal firmeza, que no podéis conservar un estado de espíritu una hora. "Carte del Machiavelli", caja III, núm. 16.
19. El 18 de octubre de 1502 le escribió Buonaccorsi a Imola diciéndole que Marietta le preguntaba por él y se quejaba de que estuviera ausente tanto tiempo después de haberla prometido que regresaría en una semana. Ella no quería escribirle "y está haciendo muchas tonterías . . . de modo que, por el diablo, volved." "Carte del Machiavelli", caja III, núm. 5. Y en otra carta del 21 de diciembre del mismo año, le dice Buonaccorsi: "Monna Marietta está que blasfema: cree que ha sacrificado su persona y su propiedad. Por lo que más queráis, ordenad que le den su dote, como a otras en su situación; de lo contrario, se le acabará la paciencia . . . Ocupa vuestro lugar en ciertas cenitas que dan los Diez . . ." Idem, caja II, núm. 17.
20. Carta del 13 de noviembre de 1502.
21. Carta del 14 de diciembre, El 27 de junio de 1502 había escrito el obispo Soderini desde Urbino a la Señoría que el duque le había dicho que por

lo que se refería a las cuestiones de la guerra, él era quien regía a Roma, no Roma a él".

22. El 22 de noviembre escribió desde Imola: "Además de advertir que nada útil puedo hacer en esta ciudad, estoy mal de salud, y hace dos días tuve mucha fiebre y aun me siento enfermo. Al propio tiempo no hay quien atienda a mis asuntos en casa, y pierdo desde muchos puntos de vista." De las cartas que escribió a sus amigos resultaba que se veía obligado a pedir dinero prestado. En su primera carta del 6 de diciembre escribió, como siempre, pidiendo que le dejaran regresar a Florencia "para evitar al Gobierno estos gastos y a mi estos inconvenientes, pues desde hace doce días me siento muy enfermo y si sigo así temo que tenga que volver en un cesto".

23. "Carte del Machiavelli", caja III, núm. 30. El 11 de octubre había escrito a Maquiavelo: "Vuestro discurso y el retrato no podían haber tenido mejor aceptación; todos reconocen lo que yo he advertido particularmente en usted: una manera narrativa clara, adecuada y sincera, de la que uno puede fiarse" Idem, caja III, núm. 12. Los Diez. Soderini, muchos amigos escribían diciendo lo mismo.

24. En una carta de Bartolommeo Ruffini, que lleva fecha del 23 de octubre de 1502, se lee: "Sus cartas a Biagio y los demás nos son gratísimas a todos y los chistes, agudezas y alegres descripciones que contienen les hacen morir de risa a todos. Vuestra mujer os desea y manda a menudo preguntar por vos y por vuestro regreso."

25. Carta del 20 de noviembre.

26. Primera carta del 6 de diciembre.

27. Carta del 28 de noviembre de 1502.

28. Carta del 14 de diciembre de 1502, desde Cesena.

29. Cartas del 20 y 23 de diciembre.

30. Giustinian, despacho del 29 de diciembre, y nota al mismo.

31. Carta del 26 de diciembre, la última escrita desde Cesena.

32. Carta del 23 de diciembre de 1502.

33. Carta del 26 de diciembre. En el capítulo VII de *El príncipe dice* Maquiavelo, aludiendo a este hecho, que el duque quiso limpiarse de la acusación de cruel que se le hacía a causa de los excesos de messer Rimino tan pronto como éste le hubo librado de sus enemigos. Véanse también los *Dispacci* de A. Giustinian, vol. I, pág. 293.

En la misma carta daba las gracias Maquiavelo a los Diez por haberle enviado cinco ducados de oro y el damasco negro de que hemos hablado. Y a propósito de esto le escribió Buonaccorsi el 22 del mismo mes: "¡Seguro que os haréis una casaca con esta tela, granuja!"

34. Ugolini, *Storia dei Conti e Duchi d'Urbino*, vol. II, págs. 106-115.

35. Carta del 31 de diciembre de 1502.

36. La carta sólo dice que se les dió muerte, pero se sabe que fueron estrangulados, y el propio Maquiavelo lo menciona en otro sitio. En el capítulo VIII de *El Príncipe* cuenta que Oliverotto da Fermo, criado por su tío, Giovanni Fogliani, y enviado a luchar a las órdenes de Paolo primero y luego de Vitellozzo Vitelli, había llegado a ser jefe de las tropas de éste.

Gregorovius, en una nota a la página 483 del vol. VII de su *Geschichte*, observa que, a propósito de estos asesinatos, Giovio escribió en su *Vida de César Borgia* que "había asesinado a los Orsini mediante un engaño espléndido, y el rey de Francia había dicho —según el orador de Ferrara— que había sido "un acto digno de un romano".

37. El cardenal Orsini.

38. Giustinian. Despachos del 1, 7 y 18 de octubre de 1502.

39. Despacho del 22 de octubre.

40. Despacho del 23 de octubre.

41. Despacho del 24 de octubre.

42. Giustinian, despachos del 7 y el 15 de noviembre y el 2 de diciembre de 1502.

43. Despachos del 15 de noviembre de 1502. Es el segundo escrito ese día y está marcado núm. 168.

44. Despacho del 23 de diciembre.
45. Despacho del 30 de diciembre.
46. Despacho del 6 de enero.
47. Despacho del 8 de enero, 19 horas.
48. Despacho del 7 de enero.
49. Despacho del 21 de febrero de 1503.
50. Despacho de Giustinian, 21 de febrero de 1503.
51. Despachos del 22, 23 y 24 de febrero.
52. Esta es la versión de Burchardi en su *Diario*, con fecha 23 de enero de 1503.
53. Giustinian, despachos del 26 y 27 de febrero.
54. *Descrizione del modo tenuto dal Duca Valentino nello ammazzare Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, il Signor Pagolo e il duca di Gravina Orsini.*

CAPITULO VI

LA NECESIDAD DE NUEVOS IMPUESTOS. "DISCORSO SULLA PROVISIONE DEL DENARO". MEDIDAS DEFENSIVAS CONTRA LOS BORGIA. GUERRA CON PISA. NUEVAS FECHORÍAS DEL PAPA. PREDOMINIO DE LOS ESPAÑOLES EN EL REINO DE NÁPOLES. MUERTE DE ALEJANDRO VI. ELECCIÓN DE PÍO III Y DE JULIO II.

(1502-1503)

Los florentinos se hallaban ahora en gran apuro, debido a la dificultad de allegarse fondos con la urgencia necesaria para contratar nuevas tropas, pues no sólo estaban amenazados por los Borgia de un lado y los pisanos de otro, sino que camino de Nápoles iba un ejército francés, y todos temían a las complicaciones y riesgos que podrían derivarse de esta circunstancia. En este momento el gonfaloniero Soderini, cuyo gobierno había sido hasta entonces muy popular, tropezó con fuerte oposición de los ciudadanos. En febrero y marzo se presentaron al Gran Consejo siete proposiciones distintas para obtener dinero, pero ninguna pudo llevarse a la práctica. Ni era fácil decidir qué debía hacerse, pues si se proponía un impuesto alto, no lo podía aceptar un pueblo tan abrumado ya por los tributos, y un impuesto leve no aportaría los fondos que se buscaban. Además, había otros motivos de descontento para aumentar la actual oposición. Los ciudadanos ricos, no sólo habían pagado los tributos corrientes, sino que se les había obligado a prestar sumas considerables a la Comuna, que era, por tanto, deudora suya por cuatrocientos mil florines, de los cuales ochenta mil se debían a Soderini y sus sobrinos. Por consiguiente, los ricos no querían oír hablar de ninguna medida extraordinaria, y pedían un impuesto general al uso, que, cargando igualmente sobre todos, permitiera a la República pagar, por lo menos, una parte de lo que debía a los que más había exprimido. Las distintas proposiciones apoyadas por el gonfaloniero se habían trazado de acuerdo con esta regla, pero todas fueron rechazadas por el Gran Consejo, donde la mayoría, formada por los más pobres, se quejaba de que Soderini, elegido por el pueblo, se mostraba excesivamente benévolo con los poderosos. Trataba —decían— de recuperar las sumas que había prestado al Estado, a pesar de recibir sueldo tan generoso. Había también las protestas de los empobrecidos por las muchas economías introducidas en la nueva admi-

nistración; y aun se criticaba más que la mujer del gonfaloniero, de la familia Malaspini, "hermosa, aunque de media edad, buena mujer, de maneras regias", para emplear la expresión de Cerretani, se había instalado por aquellos días en el palacio, de suerte que continuamente se veía a las damas escaleras arriba, escaleras abajo, cosa insólita en Florencia.

Consecuencia natural de todo eso era que el crédito de la República, que había aumentado rápidamente con la elección del nuevo gonfaloniero y la regularidad de su gobierno, se hundía ahora con igual rapidez y las acciones del Monte Comune y del Monte delle Fanciulle¹ se negociaban en el mercado a las bajas cifras de antes. Soderiui, cansado de medidas contempozadoras, reunió al Gran Consejo y pronunció un discurso notable, en el cual, después de referirse a los peligros inminentes, encomendó a los ciudadanos que determinaran el carácter del nuevo impuesto, como quisieran, siempre que proporcionara los fondos necesarios para la conservación y defensa de la República. De suerte que al final se votó una *décima* —o diezmo— sobre toda la propiedad territorial, incluida la de la Iglesia, si podía obtenerse el permiso de Roma; y hasta se acordó imponer un pequeño *arbitrio*. Este *arbitrio* era un tributo sobre las profesiones, y probablemente recibía ese nombre por tratarse de una exacción sin reglas fijas, especialmente en la actual emergencia, en que se dejó por completo a la discreción de los magistrados. En seguida volvió la normalidad, habiéndose vencido las dificultades más fácilmente de lo que se esperaba.

Maquiavelo se dedicó ahora a escribir un discurso que, en su opinión, debía haberse hecho en tal ocasión. No sabemos si lo escribió por encargo de Soderini, o fué realmente el discurso leído o pronunciado por Soderini ante el Consejo. Desde luego, fué escrito como si tuviera esa finalidad.

Comienza este discurso con la observación de que todo Estado tiene necesidad de unir a la fuerza la prudencia. Los florentinos habían dado pruebas de su prudencia dando unidad y una cabeza al Gobierno; pero dejaron de cumplir con su deber al negarse a ayudar económicamente al Gobierno cuando sólo hacía unos meses que habían estado al borde de la ruina por virtud de la amenaza del duque de Valentinois. Su actitud no estaba justificada por el hecho de que el duque careciera ya de pretexto para atacarlos, pues hay que considerar enemigos a cuantos pueden privarnos de lo nuestro sin posibilidad de defensa por nuestra parte. "Y en este momento no podéis defender a vuestros súbditos y estáis entre dos o tres ciudades que desean vuestra ruina más que vuestra salvación. Si miráis más allá de Toscana, veréis que toda Italia está sometida a los venecianos, al Papa o al rey de Francia. Los venecianos os odian y tratan de sacaros dinero para atacaros; sería preferible que lo gastarais en la guerra contra ellos. Todo el mundo sabe cuán poco de fiar son el Papa y el duque, con el cual ha sido hasta ahora imposible sellar una alianza; y aunque la lograrais, repito que los Borgia sólo serán amigos vuestros mientras no puedan atacaros, porque si bien las leyes, los convenios, obligan a los individuos par-

ticulares, sólo las armas obligan a los notentados. En cuanto al rey de Francia, precisa que alguien os diga la verdad, y yo os la voy a decir. O verá en vosotros el único obstáculo para sus intenciones respecto de Italia, y en tal caso estáis perdidos, o verá el obstáculo en otros, y en este caso vuestra salvación dependerá de que os hagáis respetar de manera que nadie ose dejaros a merced de él y que él no ose incluirlos entre los que no cuentan. Tened presente, de todas formas, que uno no puede emplear siempre la espada ajena, por lo cual sería bien que tengáis la vuestra lista, aunque el enemigo esté lejos. Muchos de vosotros acaso recordéis que cuando Constantinopla estaba a punto de ser tomada por los turcos, el emperador previó la destrucción que se aproximaba, y no disponiendo de recursos suficientes para evitarla, convocó a los ciudadanos y les explicó el peligro en que estaban y los remedios que se necesitaban. Todos se rieron de él. Vino el sitio. Los ciudadanos que se habían mofado de las advertencias de su señor, tan pronto como oyeron tronar el cañón enemigo contra sus murallas y los gritos del ejército enemigo, fueron a ver al emperador, llorando, con ofrendas de oro; pero el emperador los echó a todos, diciéndoles: "Marchaos, morid con vuestro oro, ya que no podéis vivir sin él..." Otros aprenden prudencia de los peligros de sus vecinos, pero vosotros no la aprendéis ni de los vuestros... Y yo os digo que la fortuna no ayudará a los que no se ayudan a si mismos; ni el cielo sostendrá aquello que tiene que caer. Pero viéndoos a vosotros, florentinos, con vuestra libertad en vuestras propias manos, no quiero creer que deseáis caer. Porque, por supuesto, tengo que creer que los hombres nacidos libres y deseosos de seguir siendo libres respetarán la libertad como deben respetarla."

Aquí debemos llamar la atención sobre la tendencia, cada vez más notoria en Maquiavelo, a crear máximas de política general, aun cuando hable de asuntos tan sencillos como la sugestión de un nuevo tributo.

Las negociaciones iniciadas por los Borgia para llegar a una alianza con los florentinos se prolongaba aún, sin resultado alguno, pues los florentinos no hacían ya nada sin el consentimiento de Francia, que en este momento estaba enemistada con el Papa, a causa del favor que el Santo Padre mostraba a los españoles. Francia trataba de crear una liga entre Siena, Florencia, Luca y Bolonia, de lo cual la única consecuencia hasta entonces había sido contribuir a la vuelta de Petrucci a Siena. Allí mandaron en abril los florentinos a Maquiavelo, para que comunicara a Petrucci los deseos e intenciones del Papa; cosa que se hizo más bien como prueba de amistad que porque hubiera interés en llegar a una conclusión práctica. Tan pronto como se votaron los fondos necesarios, los florentinos dedicaron seria atención a los preparativos de defensa contra cualquier ataque súbito de los Borgia, y Maquiavelo volvió a su despacho a escribir cartas. Aconsejó a un comisario que no perdiera de vista al enemigo, a otro que abasteciera la fortaleza y un tercero fué severamente reprendido por su negligencia y desidia. En mayo anunció que el duque de Valentinois estaba licenciando a sus tropas, lo que pudiera suponer algún golpe de mano por

parte de esas tropas, o el intento, con un pretexto cualquiera, de prestar algún buen servicio al duque, cuyos soldados estaban cerca de Perugia y amenazaban los confines. "Por todo lo cual, aunque la prohibición de Francia nos impide creer en la posibilidad de un ataque y nos autoriza a pensar que su majestad lo toleraría, no debemos dormirnos, sino permanecer alerta, como si lo esperáramos, dado el camino que llevan ahora las cosas, que casi siempre paran en lo que nadie podía haberse imaginado. Por tanto, cuanto más negros se tornen los asuntos, y más amenazadores los creáis, tanto más debéis tener los ojos abiertos."

Cierto que los Diez no temían un ataque franco, pero temían robos, rapiña, pillaje e incitaciones a la rebelión en algunos lugares de su territorio, pues es fácil sacudirse la responsabilidad por tales hechos. "Si nuestros temores de ataque franco son como doce *soldi* en la *lira*, nuestros temores de robo son como de dieciocho a veinte." Tal vez se debieran todos estos signos amenazadores al deseo de evitar las incursiones de costumbre contra los pisanos mediante el desplazamiento a otra parte de la fuerza y la vigilancia de la República. Pero, por lo que toca a Pisa, Florencia estaba decidida a aprovechar la oportunidad que ofrecía la estación.

Ya habían sido enviados al campamento dos comisarios de guerra: Antonio Giacomini —que desempeñaba el puesto de capitán cada vez con más celo— y Tommaso Tosinghi. En abril, una circular de los Diez decretó el alistamiento dentro del territorio de varios miles de pioneros y taladores para devastar el país, y en mayo fueron movilizados tantos carpinteros y tantos infantes, hombres de armas y saqueadores, que los pisanos se alarmaron y dieron señales de que deseaban pactar. Pero ni Giacomini ni Tosinghi se dejaban engañar por sus ardidés y declararon que sólo querían hechos, no palabras; lo cual elogiaron los Diez, en cuyo nombre les escribió Maquiavelo el 22 de mayo, exhortándoles "a proseguir el mismo plan de acción, siempre con la espada en una mano y el unguento en la otra, a fin de que el enemigo supiera que podía elegir a su gusto".² El 23 de ese mismo mes salieron a campaña 300 hombres de armas, 200 de caballería ligera, 3,000 infantes y 2,000 pioneros, y gracias a la energía de Giacomini, en dos días hicieron tales destrozos en el Valle del Arno, que los Diez se asombraron y alegraron y mostraron su deseo de que extendieran la devastación al valle del Serchio.³ Al escribir todas estas cartas Maquiavelo no se limitaba siempre a transmitir órdenes de la superioridad, sino que en ocasiones daba consejos, orientaciones, hacía sugerencias, con detalles minúsculos, como si fuera un jefe militar sobre el terreno, repitiendo constantemente que dejaba todo a la decisión de los comisarios y capitanes.

Ya en la primera semana de junio había quedado asolado por completo el valle del Serchio y al ejército se había unido el bailío de Caen, quien, aunque apenas traía otra cosa que la bandera francesa y unos cuantos hombres de armas, comenzó con las quejas y las pretensiones de costumbre. Sin embargo, su presencia y la de los que le seguían,

bien que casi ineficaz, para bien o para mal, deprimió a los pisanos y levantó el ánimo de los florentinos, que pronto se apoderaron de Vico Pisano y La Verruca, con gran contento de los Diez, y el 18 de junio ordenaron un ataque contra Librafatta y Torre di Foce. Pero la noticia de que los franceses avanzaban hacia Nápoles al mando de La Trémoille paralizó esas operaciones, pues ahora había que tener listo el ejército para cualquier situación de emergencia; y por tanto se dió orden de que sólo se tomara Torre di Foce "con el fin de privar a los pisanos de ese refugio y evitar que se hicieran allí un nido". Después quedó paralizada la guerra en este sector, y se llamó a Giacomini para enviarlo a que guardara las fronteras.

Ea el reino de Nápoles las cosas habían tomado sesgo lamentabilísimo para Francia, potencia a la que los Borgia comenzaban ahora, por esa razón, a menospreciar. Los florentinos se sintieron menos seguros que nunca. Parte de los hombres de César Borgia reconocían ya el territorio de Siena, hecho que preocupaba mucho al comisario Giovanni Ridolfi, y Maquiavelo se creyó obligado a darle alientos en carta del 4 de agosto, diciéndole que Gaeta no ha recibido todavía el sacramento *in extremis*, como suponéis; los españoles comienzan a retirarse, los franceses avanzan. Y también os equivocáis cuando pensáis que su ejército sigue en Lombardía por temor a los venecianos, que no están más seguros en sus estribos que lo han estado todo este año, ni sabemos que haya cambiado un solo caballo ni trasladado un solo hombre de armas, de modo que —para volver a lo que nos importa— no vemos cómo podría el duque, estando así las cosas, iniciar una guerra y perturbar los asuntos de Toscana, pues aun en una situación menos favorable estaríamos en condiciones de quemarle la casa". Pero a pesar de estas palabras alentadoras se ordenaron preparativos para la defensa, y se enviaron doscientas cincuenta lanzas francesas. La mayor parte del año transcurrió en esta incertidumbre, y entonces nuevos acontecimientos en Roma produjeron una conmoción en la política italiana.

En esa ciudad, después de la toma de Cerri por los partidarios del duque, parecen haber surgido ciertas disensiones entre él y el Papa, negándose César —por respeto a Francia— a proceder enérgicamente contra Bracciano y los Orsini. El Papa se indignó tanto, que amenazó a su hijo con la excomunión, y hasta llegó a decirse que una noche habían llegado a las manos.⁴ Con todo, a juicio del embajador veneciano, todo ello era pura farsa. En la presente incertidumbre respecto de los acontecimientos inminentes en Nápoles, el Papa mostraba inclinación a España, el duque a Francia, y "así, culpándose uno a otro, los dos perseguían sus propósitos comunes".⁵ Es más: esperaban ahora, en la inevitable confusión que se avecinaba, llevar a cabo sus planes mejor que nunca, y no reparaban en medios para reunir dinero. El embajador de Venecia escribía el 29 de marzo que se había promulgado una bula por la que se creaban ochenta nuevos puestos en la Curia, que se vendieron inmediatamente a setecientos sesenta ducados cada uno. "Si Vuestra Sublimidad hace números verá cuán considerable es la cantidad de dinero reunida por el Papa".⁶ En mayo añadía que habían sido

hechos cardenales nueve individuos de pésimos antecedentes, tras pagar cada uno cierta cantidad de dinero, algunos más de 20,000 ducados, de suerte que se habían reunido en total entre 120,000 y 130,000 ducados; y Alejandro había dado pruebas al mundo de que los ingresos de un Papa pueden aumentarse *ad libitum*.⁷

Pero todo eso no bastaba, y se recurrió a otros medios. En la noche del 10 de abril expiró el cardenal Michiel al cabo de dos días de violenta enfermedad, y antes de que amaneciera había sido vaciada su casa por orden del Papa, quien, según Giustinian,⁸ obtuvo más de 150,000 ducados en oro, plata y telas preciosas. Al ir al Vaticano el embajador encontró todas las puertas cerradas y no pudo ser recibido porque en ese momento estaban contando el dinero. Esta operación continuaba aún en la sala en que fué recibido en la mañana del 13, llamado por el Papa. Su Santidad le dijo: "Ved, sólo hay 23,832 ducados, y, sin embargo, todo el mundo cree que tenemos entre 80,000 y 100,000 ducados en moneda". Y apeló al testimonio de todos los presentes, como si —observa el embajador— fuera gran cosa para ellos favorecerle con una mentira". El Papa rogó al embajador que ordenara se hiciera una investigación en los territorios venecianos en que el cardenal tenía dinero; la suma que había hallado le parecía demasiado pequeña. A poco fué aprehendido Jacopo da Santa Croce —el que ayudó a detener al cardenal Orsini llevándolo al Vaticano— y después de haber negociado con él el precio que había de pagar para conservar la vida, perdió la cabeza el 8 de junio. Dejaron su cadáver en el puente de Sant Angelo hasta la noche, le fueron confiscadas sus posesiones tanto en tierras como en oro, y su mujer y su hijo quedaron sin hogar.⁹

Entre tanto, el 19 de mayo, Troches o Troccio, uno de los asesinos de mayor confianza de los Borgia, escapó de Roma y fué perseguido por sus amos. El duque de Valentinois, en carta de esa fecha, ordenaba "a todos nuestros vasallos", bajo pena de ser considerados rebeldes, detener al fugitivo, y rogaba a todos sus amigos que le ayudaran, dado que la causa de su fuga era una cuestión "contra el honor del rey de Francia". Otros afirmaban, por el contrario, que la fuga de este asesino se debía a su despecho por no haber sido incluido en la lista de los nuevos cardenales, que había comunicado su indignación al Papa y que el Santo Padre le había dicho que se callara la boca, a menos que quisiera que el duque lo quitara de en medio. Tras lo cual —creían esos otros— Troccio había denunciado a Francia las secretas maniobras de los Borgia con España. De ahí la furia del Papa y su hijo y el vehemente deseo de ambos de que no se les escapara.

Sea lo que fuere, Troccio fué capturado a bordo de un barco con rumbo a Córcega, y llevado inmediatamente a Roma, quedó preso en una torre del distrito del Trastevere. Allí se presentó el duque horas más tarde, y después de cambiar unas palabras con el prisionero, se retiró a un lugar desde donde podía ver secretamente la celda, y mandó a don Micheletto que lo estrangulara. Ya habían hecho un inventario de sus efectos, que se distribuyeron de acuerdo con lo ordenado por el Papa. Así, observa Giustinian, de todos los instrumentos de más

confianza y más leales de los Borgia, sólo sobrevivían dos, don Michelto y Romolino, a los que probablemente se les reservaba la misma suerte que habían corrido los demás.¹⁰ Diríase que las persecuciones y los asesinatos no iban a tener nunca fin. Muchos estaban presos por judíos, muchos más por herejes. Estos pretextos bastaban para allanar sus hogares, y luego que sacaban cuanto contenían, negociaban con los detenidos sus vidas por cantidades que variaban. "Todas estas (detenciones) —escribía el embajador de Florencia, Vittorio Soderini— son argucias para sacar dinero; y lo mismo decía Giustinian.¹¹ Más tarde informaba éste que el 1º de agosto, hacia el Ave María, después de dos días de enfermedad, murió Giovanni Borgia, cardenal de Monreale, "fallecimiento que el Papa vió con gran satisfacción, a pesar de ser Monreale sobrino suyo". En el Vaticano no quisieron recibir al embajador debido a las "dificultades del Papa por la muerte de su sobrino el cardenal, dificultades que tienen que haber consistido en contar el oro y las alhajas". Todo el mundo calculaba que la propiedad en dinero y en otros efectos ascendía a 100,000 ducados, y se aseguraba "que (el cardenal) había corrido la misma suerte que todos los engordados", y se culpa de este *affaire* al duque.¹² Las cosas habían llegado a tal extremo, que todos los que tenían dinero, o se suponía que lo tenían, temían por su vida, "viendo a cada momento al verdugo detrás de ellos".¹³

Los Borgia hacían todos los preparativos necesarios para nuevas expediciones al amparo de la confusión general que se esperaba resultaría de los rápidos cambios que se producían en el reino de Nápoles. D'Aubigny había sido derrotado en Calabria por los españoles. Gonzalo de Córdoba había obtenido una brillante victoria en Ceriñola y en mayo entraba en Nápoles como conquistador. En una palabra, los franceses lo habían perdido todo, excepto Gaeta, donde se refugiaron gran parte de los sobrevivientes, y Venosa, ocupada por Luis d'Ar, y Santa Severina, donde estaba sitiado el príncipe de Rossano. Luis XII tenía que comenzar de nuevo atacando a España y enviando a Italia otro ejército al mando de Luis La Trémoille y Francesco Gonzaga, ejército que sería reforzado con los prometidos contingentes de Florencia, Siena, Mantua, Bolonia y Ferrara. Pero esta expedición marchaba con increíble lentitud, debido a la sospechosa neutralidad de Venecia y a la incomprensible política del Papa, cada vez más turbia. Su Santidad se inclinaba abiertamente del lado de España, que le permitió alistar fuerzas públicamente en Roma; pero dió a entender a los franceses que los ayudaría en su empresa y que incluso pagaría dos tercios de los gastos, a condición de que dieran Nápoles o Sicilia al duque de Valentinois, compensándose a sí mismos por el regalo, apoderándose de lo que quisieran en el norte de Italia. Al propio tiempo ofreció su amistad y alianza a los venecianos, para inducirlos a que se le unieran contra Francia y contra España, con la idea de defender a Italia de los extranjeros.¹⁴ Por otro lado pedía insistentemente a Maximiliano, rey de Romanos —que seguía pensando en ir a Italia para tomar posesión de la corona imperial—, la investidura de Pisa para el duque, diciendo

que de no ser así se vería obligado a echarse en brazos de Francia, la cual le prometía el reino de Nápoles a cambio de Romaña.¹⁵

Dejamos a quienes han exaltado el talento político de los Borgia que nos digan qué buenos resultados podían esperarse de un proceder tan insensato. Tratando con todos contra todos, el Papa se encontró, después de tantos trabajos, condenado a la inacción y sin poder contar con la amistad de ninguna potencia. El duque, que se preparaba para marchar sobre Siena a unirse con Pisa y una vez dueño de esta ciudad continuar para atacar a Florencia, tampoco pudo dar un paso adelante, pues se hubiera encontrado en la carretera con el ejército francés y hubiera tenido que declararse abiertamente en favor o en contra de él, es decir, hubiera tenido que atacarle o unirse a él en la marcha hacia Nápoles. Como quería estar preparado para cualquier contingencia, no podía hacer una cosa ni otra, y así, todos sus esfuerzos, alardes de astucia e innumerables asesinatos condujeron a nada, salvo a la inacción y a la incertidumbre.

Este estado de cosas sufrió un cambio súbito con un acontecimiento totalmente inesperado. En la tarde del 5 de agosto marchó el Papa con el duque a cenar en la viña del cardenal Adriano, detrás del Vaticano, y permaneció allí hasta el oscurecer. La fiebre romana, que siempre hacía su presa en el mes de agosto, se había presentado en ese año con una malignidad excepcional. Algunos embajadores, muchos miembros de la Curia —en particular los residentes en el Palacio— habían enfermado; y la mayoría de los que asistieron a esta cena tenían, más o menos acentuada, dicha fiebre. El 7 halló Giustinian al Papa en sus habitaciones particulares envuelto en mantas. Dijo al embajador que se cuidaba, alarmado por los muchos casos de fiebre y muertes que se daban en ese momento en Roma. El 11 estaba el cardenal Adriano en cama con fiebre. El 12 sufrió el Papa un ataque. El duque también cayó enfermo del mismo mal. El Papa frisaba entonces en los setenta y tres años y era evidente que corría peligro. Pronto se presentaron síntomas de congestión cerebral. Lo sangraron copiosamente, con lo cual, al debilitar al enfermo, se acentuó el mal. Cayó entonces en un estupor alarmante. El 7 volvió la fiebre que el embajador de Ferrara llamó la “conocida terciana”, con paroxismos tan violentos, que los médicos dijeron que no había nada que hacer. Inmediatamente señoreó al Vaticano el mayor desorden y muchos comenzaron a tomar medidas para poner a buen recaudo su propiedad. El Papa, que en todo ese tiempo no había mandado llamar al duque ni a Lucrecia, se confesó y recibió los últimos sacramentos el 18. Hacia las seis sufrió un ataque y se desmayó, y pareció que había muerto. Sólo revivió para expirar en seguida a continuación, alrededor de la hora de víspera, a presencia del obispo de Carinola, el datario y unos cuantos criados.¹⁶

La confusión estaba en su punto más alto. El duque, tan enfermo que se creía que corría peligro, hizo que llevaran gran parte de sus efectos al castillo de Sant Angelo y que se llamara a Roma a sus soldados. Don Michele, seguido de algunos hombres armados, penetró en las habitaciones del Papa, y cerrando la puerta le puso un puñal al cuello

El cardenal Casanuova, amenazando con matarle y tirarlo por la ventana al no le daba al instante las llaves y el dinero del Papa. De esta suerte recogió el duque más de 100,000 ducados en oro, además de la plata y las alhajas, todo lo cual sumaba más de 300,000 ducados. Pero don Michele olvidó registrar una habitación que estaba junto a aquella en que había muerto el Papa, en la que había mitras de piedras preciosas, anillos con pedrería y vasos de plata; todo ello llenaría varios cajones. Los criados se llevaron cuanto quedaba en las habitaciones saqueadas. Al fin se abrieron las puertas y se anunció la muerte del Papa.

Hasta que llegó la hora del funeral todo presentaba aspecto lúgubre y siniestro. Después de lavado y vestido, el cadáver quedó sin otra compañía que dos cirios. No acudieron los cardenales, aunque habían sido llamados, ni el *Penitenziere*, que tenía la obligación de orar por el muerto. Al día siguiente estaba el cadáver tan descompuesto que había perdido todo aspecto humano. Aparecía increíblemente negro, hinchado, de tal forma que era casi tan ancho como largo; y la lengua había adquirido tales dimensiones que llenaba la boca y la mantenía medio abierta.¹⁷ Según costumbre, a mediodía del 19 de agosto quedó expuesto el cadáver en la iglesia de San Pedro, "el cuerpo yacente más feo, más monstruoso y más horrible que jamás se haya visto, sin forma ni parecido alguno humano; avergonzados, lo cubrieron con un paño y antes de que se pusiera el sol lo enterraron, *adstantibus duobus cardinalibus* de los residentes en el Palacio".¹⁸

La rápida descomposición del cadáver y la circunstancia de que el Papa, el duque de Valentinois y el cardenal Adriano cayeran enfermos al mismo tiempo, dió crédito universal al rumor de que todos habían sido envenenados, pues el veneno parecía estar inseparablemente unido al nombre de los Borgia. Se aseguraba que el Papa y el duque habían tratado de quitar de en medio al cardenal; pero que la persona que había preparado las copas se había confundido y padre e hijo habían bebido del vino emponzoñado. Pero aunque se concibiera que los Borgia fueran tan torpes que permitieran semejante error, todavía estaría por explicar el hecho de la enfermedad del cardenal. Otros dijeron que el cardenal se salvó porque, previendo la mala pasada, había sobornado al preparador de las copas con 10,000 ducados para que envenenara a los Borgia en su lugar. Mas esos rumores pierden todo valor cuando se leen los despachos de los embajadores, en particular los de Giustinian, que da detalles, día por día, del origen y desarrollo de la enfermedad, y estando en relación con el médico del Papa, sabía que la congestión cerebral que siguió a la fiebre fué la verdadera causa de la muerte.

Ahorraremos al lector otras leyendas que circularon entonces, como la de que se habían visto diablos en torno al lecho del Papa, etc., cosas que se creían en una época excesivamente crédula.

El 19 de agosto parecía que el duque estaba a las puertas de la muerte. Cerraron todas las tiendas, los españoles se escondieron y se propagó el rumor de que Fabio Ordini había entrado en Roma acompañado de Alviano y otros miembros de la familia, dispuesto a vengarse.

César Borgia lo sabía, pero lo había previsto todo, como dijo después Maquiavelo, excepto la posibilidad de que estuviera a punto de morir en el momento en que acababa de fallecer el Papa, y ahora se encontraba en la mayor perplejidad. Sus soldados se amotinaron y pegaron fuego a las casas de los Orsini. Por fin, tras la intervención de los embajadores, logró el conclave persuadir a todos de que establecieran una especie de tregua. Los Orsini y los Colonna se retiraron. El duque, algo mejorado, envió su artillería, y el 2 de septiembre abandonó a Roma en una litera y se fué al castillo de Nepi, que todavía estaba en su poder. Aquí se encontraba cerca del ejército francés, que iba camino de Nápoles, y del que esperaba ayuda. Porque se había declarado de pronto a favor de Francia, si bien confiando aún en los cardenales españoles, que le rodeaban y apoyaban.

Llegaban a Roma muchos cardenales. Entre ellos, Giuliano della Rovere, después de diez años de destierro, y el cardenal Ascanio Sforza, que había salido de la prisión gracias a los buenos oficios del cardenal de Rouen, uno de los aspirantes al Papado. El 3 de septiembre tuvo efecto un funeral solenne en honor del Papa muerto. El 22 fué elegido Francesco Todeschini dei Piccolomini, sobrino de Pio II, que tomó el nombre de Pio III. Tenía sesenta y cuatro años y estaba tan enfermo, que su pontificado semejó una sombra fugitiva, y sólo sirvió, como si dijéramos, para que continuaran las intrigas y para que las distintas facciones tuvieran tiempo de prepararse para la próxima elección. El ejército francés, que se había detenido, continuó su marcha en cuanto fué proclamado el nuevo Papa; y el duque, temiendo quedarse solo con sus partidarios en Nepi, que Alviano, sediento de sangre y de venganza, se disponía a atacar, volvió a Roma inmediatamente. Allí se enteró de que las ciudades que antes poscía llamaban a sus señores y los recibían con los brazos abiertos. La Romaña, sin embargo, mejor gobernada, le permanecía fiel y las fortalezas en manos de capitanes españoles le seguían siendo adictas. Nunca pensó el duque colocarse a la cabeza de su pequeño ejército y cortando por en medio de sus enemigos, reconquistar y defender su propio Estado con las armas. Todo lo fiaba a las intrigas que harían favorable a sus intereses la próxima elección papal; y el actual Papa, persona de carácter afable, le mostraba compasión de momento. Pero a todo esto, los Orsini, al saber que se había pasado a los franceses y había sido aceptado por ellos, montaron en cólera y en seguida sellaron una alianza con los Colonna, Gonzalo de Córdoba y España. Algunos de ellos atacaron el Borgo y pegaron fuego a la puerta del Torrione, con la idea de entrar en el Vaticano y apoderarse del Borgia, a quien persiguieron con furor. A duras penas escapó ayudado por algunos cardenales, que se lo llevaron por el estrecho pasadizo que comunica con el castillo de Sant Angelo. De este modo, el duque de Valentinois se encontraba casi cautivo en el mismo lugar en que tantas victimas suyas y de su padre habían expirado en las agonías del veneno. Estando aquí supo que el Papa Pio III no podía tenerse de pie el 8 de octubre, el día de su coronación, y que había fallecido diez días después.

Ya no podía haber duda en cuanto al resultado de la nueva elección, pues todo se había arreglado con sobornos, promesas, intrigas de todo linaje, incluso con los cardenales españoles, de la parte del duque de Valentinois, que así se había asegurado una protección valiosa. El 31 de octubre se reunieron en conclave treinta y cinco cardenales, y apenas acababan de sentarse, es más, apenas cerradas las puertas, según la costumbre, fué ya elegido el nuevo Papa en la persona de Giuliano delle Rovere, Julio II. Este tremendo enemigo de los Borgia —a los que, sin embargo, había favorecido cuando lo creyó conveniente— había nacido en Savona, de humilde origen, y contaba ahora sesenta años de edad, pero pertenecía a la robusta raza de Sixto IV, tío suyo; había sido cardenal desde 1471, poseía muchos obispados ricos y tenía una constitución de hierro. Aunque había pasado la juventud como la mayoría de los prelados de su tiempo, y aunque no era hombre escrupuloso, mostraba celo y audacia maravillosos para sus años en el fomento del poder político de la Iglesia. Sin olvidar a su familia, nunca subordinó a sus intereses las necesidades de la Iglesia o el Estado, y en consecuencia no abusó del nepotismo. Sus opiniones, sus ambiciones, su violenta impetuosidad se oponían por completo a las de los Borgia. Con todo, cuando era necesario sabía disimular y fingir, y no había tenido empacho en negociar su elección con el duque de Valentinois, prometiéndole el puesto de gonfaloniero de la Iglesia y el gobierno de Romaña, así como dar su hija en matrimonio a Francesco María della Rovere, prefecto de Roma. Pero bien que no resuelto deliberadamente a violar esas promesas, tenía pocos deseos de cumplirlas. Todo dependería de que considerara al duque —al menos durante cierto tiempo— instrumento útil para los designios del Papa de expulsar a los venecianos de Romaña, hacia donde avanzaban. Tarde o temprano tendría el duque que ceder las fortalezas que resistían aún por él —a pesar de todas las promesas y las esperanzas—, dado que el interés general de la Iglesia no podía subordinarse a ninguna consideración humana. A este respecto Julio II había decidido ya, y con su carácter obstinado no había nada que le hiciera cambiar. Por tanto, todo se complicaba; es más, en este pontificado comenzó una nueva época, no sólo para Italia, sino también para toda Europa. De ahí que tuviera gran importancia la nueva embajada de Maquiavello, que en este momento era enviado a Roma.

NOTAS AL CAPITULO VI

1. Monte Comune: Deuda Pública: Monte delle Fanciulle: Seguro del Estado, que facilitaba una suma a las muchachas que se casaban, a cambio de una pequeña cuota anual.

2. Archivos florentinos, cl. i, dist. 3, núm. 108, hoja 7t.

3. Carta del 25 de mayo de 1503, en los Archivos Florentinos, cl. X, dist. 3, núm. 108, hoja 18.

4. Giustinian. despachos del 1 y 28 de febrero, del 1, 3, 8 y 11 de marzo de 1503.

5. Despacho 304, el primero con fecha 3 de marzo.

6. Despacho del 29 de marzo.
7. Despacho del 31 de marzo.
8. Despacho del 13 de abril de 1503.
9. Despacho del 8 de junio.
10. Giustinian, despacho del 8 de junio de 1503.
11. Giustinian, despacho del 19 de junio y nota.
12. Despacho del 2 de agosto de 1503.
13. Despacho del 8 de junio.
14. Giustinian, despacho del 29 de mayo.
15. Despachos del 7 de junio y 31 de julio.
16. Giustinian, despachos 484-87, fechados el 18 de agosto de de 1503.
17. Burchardi, *Diarium*. Manuscrito en la Biblioteca Nacional de Florencia, tomo IV, hoja 6.
18. Giustinian, despacho del 19 de agosto de 1503, hora 24.

CAPITULO VII

LOS FLORENTINOS SE MUESTRAN HOSTILES A LOS VENECIANOS. EMBAJADA A ROMA. VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN NÁPOLES. SEGUNDA EMBAJADA A FRANCIA. REANUDACIÓN DE LA GUERRA CON PISA. PRIMERA "DECENALE". UN MANUSCRITO QUE SE HA PERDIDO.

(1503-1504)

Mientras en Roma se desarrollaban los acontecimientos que acabamos de relatar, la atención de Florencia se dirigía a lo que estaba pasando en los Estados que habían pertenecido al duque de Valentinois y continuaban con la República. Era particularmente necesario evitar el avance de los venecianos, que seguían aspirando a la *Monarquía de Italia*. Por consiguiente, Maquiavelo, por orden y en nombre de los Diez, escribió a los comisarios y podestades recomendándoles que secundaran los designios de la Iglesia, y la vuelta de los anteriores señores o la del propio duque, según conviniera, lo que mejor sirviera para cerrar las puertas a los venecianos. No olvidaron los Diez pensar si no sería posible aprovecharse del caos general para anexarse algún territorio vecino; sin embargo, esto sólo debía hacerse con extrema cautela y sin exponer a la República a peligrosas consecuencias. A este efecto, se enviaron instrucciones por escrito al comisario Ridolfi en relación con Citerna, Faenza y Forlì, con la declaración de que para obtener este último Estado Florencia estaría dispuesta a gastar hasta 10,000 ducados. Pero, como de costumbre, añadían que careciendo la República de fuerza para meterse en empresas audaces sería menester favorecer al partido —exceptuando el veneciano— que tuviera las mayores probabilidades de éxito. Mientras examinaban la conveniencia de tomar posesión de Forlì, había entrado en esta ciudad el signor Antonio Ordelaíff, había sido bien recibido por los habitantes y había declarado inmediatamente que confiaba en la protección de los florentinos. Los florentinos no sabían ahora qué hacer. Carecían de pretexto aceptable para negarle su protección; pero tampoco se sentían lo bastante fuertes para defenderlo contra la Iglesia y contra el duque de Valentinois, que probablemente lo atacarían. Al mismo tiempo escribió Maquiavelo al comisario de Castrocaro: "La llegada de Ordelaíff levantará el espíritu de los habitantes de Forlì y despertará las sospechas de la gente del duque. Tiene usted que decir al duque que hi-

cidos venir a Ordelfaffi, a fin de ayudarle; pero a Ordelfaffi hay que decirle que le hemos llamado en beneficio del duque, para cerrar la puerta abierta a los venecianos y privarlos de un instrumento. De esta suerte llevaréis los asuntos para que podamos ganar tiempo. Tenéis que actuar con habilidad y reserva, a fin de que ninguno de los dos advierta que se le engaña o se le pasa por alto". Esta perpetua y mezquina tergiversación era lo que disgustaba principalmente a Maquiavelo y lo que le hacía admirar con exceso a hombres como el duque de Valentinois, que, no embarazados por escrúpulos, ni humanos ni divinos, iban derechos al fin que perseguían.

Tuvo la suerte de que le librarán en seguida de este tormento, pues el 24 de octubre recibió la orden de salir para Roma, con instrucciones especiales y cartas de recomendación para muchos cardenales que debía ver, en particular al cardenal Soderini, que a la sazón llevaba los principales asuntos de la República y cuyos consejos habrían de guiarle.

Portaba el pésame por la muerte de Pio III; había de recoger la mayor cantidad posible de confidencias durante el conclave y —por conducto del cardenal de Rouen— firmar una *condotta* con G. P. Baglioni. Esta *condotta* fué contratada en nombre de Florencia, pero totalmente en interés y servicio de Francia, para compensar el daño que había inferido a esta potencia la deserción de los Orsini, que, junto con los Colonnas, se habían unido a Gonzalo de Córdoba tan pronto como los franceses aceptaron la amistad del duque de Valentinois. Como era natural, la *condotta* fué sellada con rapidez, y Baglioni se dispuso a salir para Florencia sin demora a fin de recibir el dinero, pues la República se había comprometido a pagarle los 60,000 ducados que debía a Francia "a cambio de su protección".¹

Maquiavelo escribió de Baglioni que "es como los demás saqueadores de Roma, que son ladrones más que soldados, y cuyos servicios se buscan por la influencia y el nombre que tienen, más que por su valor, o por el número de hombres de que disponen. Movidos por intereses personales, las alianzas en que entran sólo duran en tanto les convienen.² Pronto sucedieron cosas que modificaron la finalidad y el carácter de la embajada de Maquiavelo, que llegó a Roma cuando terminaban las maniobras escandalosas, por virtud de las cuales —según el embajador veneciano— se compraban los votos, no a miles, sino a decenas de miles de ducados: "ya no hay diferencia entre el Papado y el *Soldanate*, pues *plus offerenti dabitur*."³ El cardenal Giuliano delle Rovere había ganado terreno tan rápidamente, logrando ganar —como hemos hecho notar— a los cardenales españoles con las promesas hechas al duque de Valentinois, que estaba ya seguro del éxito. Pero los espíritus estaban todavía muy agitados y la ciudad en una situación de tal anarquía, que en la noche del 31 de octubre uno de los ayudantes del cardenal se presentó en el domicilio de Maquiavelo acompañado de una escolta de veinte hombres armados. El secretario escribía, sin embargo, esa misma noche que la elección estaba asegurada. Al día siguiente se reunió el conclave, fué proclamado el nuevo Papa, que inmediatamente tomó el nombre de Julio II, y sin vacilar se encargó del gobierno con

mano firme. Así, no se trataba ya de transmitir información confidencial en relación con el conclave. Ahora se planteaban dos cuestiones de mayor importancia. ¿Qué se proponía hacer el Papa con el duque, a quien tanto había prometido? ¿Qué actitud adoptaría respecto de Venecia, que ya proclamaba su intención de marchar hacia la Romaña?

Dos hombres estudiaban estas cuestiones con diligencia y penetración máximas: Maquiavelo y Giustinian. Naturalmente, Giustinian se interesaba menos que Maquiavelo por el asunto del duque, a quien poco tenía que temer su República. Tan pronto como supo que Delle Rovere había prometido cosas al duque, se puso a averiguar con toda sagacidad las intenciones de aquél. He aquí lo que se le contestó: "Procurad mi triunfo en la elección y no abriguéis dudas. Ved el estado miserable a que hemos sido reducidos por la carroña que nos ha legado el Papa Alejandro con esta muchedumbre de cardenales. La necesidad obliga a los hombres a hacer lo que no harían, en tanto dependen de otros; pero una vez libres actúan de modo diferente".⁴ Después de esto, Giustinian no necesitaba más explicaciones, ni volvió a ocuparse del duque de Valentinois; es más, cuando se le invitaba con insistencia a que lo visitase se negó a ir, como él decía, para no dar demasiada importancia al duque. Por otro lado, mostró maravillosa discreción y perseverancia en el meticoloso estudio de las ideas más secretas del Papa por lo que se refería al avance de los venecianos, y las comunicó a su Gobierno con una diligencia increíble. En seguida descubrió que los primeros síntomas de benevolencia y las primeras vacilaciones habían sido meras ilusiones; que el Papa estaba resuelto a arriesgar la tiara y la paz de Europa a fin de recuperar los territorios que, a su juicio, pertenecían a la Iglesia. Así, antes de que nadie pudiera descubrirlos, los gérmenes de la Liga de Cambrai estaban ya en los despachos del embajador veneciano,⁵ que en vano aconsejaba prudencia a su Gobierno y en vano trataba de calmar el altivo e irritable espíritu del Papa. Harto distinta era la posición de Maquiavelo en punto a esos acontecimientos. La principal preocupación de los florentinos consistía, sobre todo, en ver a Julio II enemigo declarado de los venecianos. La necesaria reserva mantenida por él al tener las primeras noticias de su avance, no sólo se interpretaba por los florentinos como señal de imperdonable frialdad, sino casi como prueba de que se alegraba del acontecimiento y de que tal vez actuaba de acuerdo con Venecia, con la idea de evitar la restauración del duque. Por consiguiente, los Diez aconsejaban a Maquiavelo que empleara todas las mañas para despertar celos y odio hacia Venecia; pero pronto tuvo que reconocer que esto era facilísimo, pues no tardaron en aparecer los primeros síntomas de la apasionada y deliberada indignación del Papa. Pero tenía que vigilar al duque, que —si hubiera marchado a Romaña— tendría que haber pasado por Toscana, circunstancia de no poco peligro para la República. Además, contra lo que le pasaba a Giustinian, tenía pocas ocasiones de acercarse al Papa, y, por tanto, ignoraba sus verdaderas intenciones respecto de un hombre a quien había odiado mucho, pero a quien había prometido mucho también.

La importancia de esta embajada, en cuanto afecta a la vida de Maquiavelo, se debe a que le pondría pronto en contacto, de nuevo, con el duque de Valentinois, caído ya del alto sitio en que lo había conocido por primera vez el secretario florentino. Maquiavelo escribe y habla ahora del duque con indiferencia y frío desprecio que han escandalizado a muchos, que veían en esto no sólo una flagrante contradicción con cuanto escribió antes, sino también prueba de baja condición, sólo capaz de admirar el éxito en la prosperidad y la buena suerte y dada a pisar al héroe tan pronto como lo veía en el polvo. Esta errónea opinión no es, sin embargo, otra cosa que la consecuencia natural de la equivocación anterior de dar a la admiración de Maquiavelo por el duque una significación y un valor que nunca tuvo. Maquiavelo habría admirado a un jefe de banda que tuviera la audacia y la habilidad de alzarse con el gobierno de un país, sin alarmarse por ningún acto sanguinario. Es más: su propia fantasía habría convertido al objeto de su admiración en una especie de héroe imaginario, al paso que alababa la prudencia y la *virtud* de César en el sentido en que se empleaba esta última palabra en el Renacimiento italiano. Todo ello procedía del carácter de su genio, el carácter de la época y quizás la frialdad de su corazón, que, aunque no era malo, no se entusiasmaba fácilmente con la bondad. Igualmente, si luego se hubiera encontrado con el mismo bandido caído en la oscuridad, y hubiera contemplado al *hombre* en toda su repulsiva e inmoral monstruosidad, Maquiavelo, siguiendo su acostumbrado frío examen de la realidad, lo habría presentado y lo habría juzgado a la verdadera luz, sin vacilación ni temor de contradecirse. Algo de esto había en su actitud en relación con el duque de Valentinois, estando, pues, la contradicción, no en su juicio, sino más bien en el de los que desean atribuirle opiniones, virtudes y vicios que nunca tuvo.

Muchos rumores circulaban, entretanto, en punto a las intenciones del Papa por lo que toca a las promesas que había hecho. El Santo Padre no quería cumplir sus promesas, pero tampoco quería pasar por perjuro, de lo que con tanta frecuencia le acusaban los Borgia. Por otro lado, el duque, escribía Maquiavelo, "siempre estimulado por su audaz confianza, cree que las palabras de los demás son más dignas de crédito que las suyas y que tiene que cumplirse la prometida alianza matrimonial".⁶ El 5 de noviembre llegaron cartas de los Diez que hablaban de la insurrección de Imola contra el duque y del avance de los venecianos hacia Faenza. Maquiavelo transmitió estas noticias al Papa, que las escuchó impasible, y luego a varios cardenales a los que hizo notar que si Su Santidad no hacía nada pronto se crearía una situación no superior a la de un capellán veneciano. A continuación se presentó al duque, que estaba muy inquieto y se quejaba amargamente de los florentinos. Decía que con cien hombres ellos podían haberle conservado aquellos Estados, y no lo habían hecho. Como se ha perdido Imola y ha sido atacada Faenza, declara que no volverá a reunir soldados ni a dejarse engañar por los florentinos. Dará cuanto le queda a los venecianos. Cree que así será pronto testigo de la des-

trucción de vuestro Estado, de lo que se alegrará infinito, pues los franceses están demasiado ocupados en el reino de Nápoles, y no podrán socorreros. "El duque se extendió sobre estos extremos con palabras emponzoñadas y apasionadas. No me faltó qué contestarle, ni me hubieran fallado las palabras; pero quise apaciguarlo y me despedí de él lo antes posible, pues se me hizo un siglo el tiempo que estuve con él". La situación había cambiado por completo. El duque carecía ya de poder para hacer cumplir sus órdenes, y Maquiavelo tenía conciencia de su superioridad sobre su interlocutor, que antes le había parecido muy superior a él.

Roma es en este momento el centro de los principales asuntos del mundo; de los asuntos entre Francia y España, los más importantes; de las preocupaciones de Romaña; de las guerras de los barones. Pero el Papa, en deuda con todos por su elección, y sin haber podido todavía reunir dinero ni hombres, no sabe a quién favorecer. "Está forzado a seguir al viento hasta que cambien los tiempos y las circunstancias y le obliguen a declararse, o hasta que se encuentre tan firmemente instalado en su silla, que pueda llevar a la práctica la empresa que tenga en la cabeza". Nadie sabe qué piensa hacer con el duque; le apremia para que se vaya, ha escrito y ha hecho que otros escriban a vuestras excelencias para que le den un salvoconducto, pero le tiene sin cuidado que lo obtenga o no.⁸ El duque se dispone a tomar la carretera por Porto Venere o Spezia, y de allí por Garfagnana y Módena a la Romaña. Sus tropas, que consisten en trescientos soldados de caballería ligera y cuatrocientos de infantería, pasarían por Toscana, si tuviera el salvoconducto de vuestras excelencias, de quien habla ahora con mucha afabilidad. ¿Pero quién puede contar con su amistad, especialmente ahora en que él mismo no parece saber lo que quiere? El cardenal de Volterra lo ha hallado "voluble, irresoluto y sospechando de todo, incapaz de sostener ninguna conclusión; bien porque esto sea natural en él, bien porque los golpes de la fortuna lo hayan atontado y lo minen interiormente, como a toda persona no acostumbrada a recibirlos". El cardenal d'Elna ha dicho que "lo cree perturbado, pues no sabe qué quiere hacer, tan aplanado e irresoluto parece".

Además, el nombre de Valentinois era tan impopular entre los ciudadanos de Florencia que, a pesar de las recomendaciones —un tanto tibias, debemos admitir— de los cardenales Soderini y de Rouen, cuando fué presentada al Consejo de los Ochenta la proposición de que se le diera un salvoconducto, de 110 votos, 90 fueron adversos. Y al saberlo, Su Santidad levantó la cabeza y dijo a Maquiavelo que era mejor así y que estaba contento. Ello dió pie al secretario florentino para escribir que "se ve claramente que quiere que desaparezca sin dar la sensación de que no cumple lo que le ha prometido y, por tanto, le importa poco lo que otros hagan contra él.⁹ Por supuesto, muy distinta fué la impresión que esto causó al duque, que, en cuanto vió a Maquiavelo, montó en cólera diciendo que ya había mandado sus tropas, que estaba a punto de tomar un barco y que no podía esperar más. Maquiavelo trató de calmarlo prometiéndole que escri-

biría a Florencia y le sugirió que enviara allí a uno de sus hombres, lo cual conduciría, seguramente, a una buena solución. Pero lo que realmente escribió a los Diez fué que había dicho eso para apaciguar al duque y porque éste amenazaba con ponerse de parte de los pisanos, de los venecianos, del propio Diablo, con tal de hacer daño a Florencia. "Cuando llegue su enviado, vuestras excelencias pueden no hacerle el menor caso y hacer con él lo que os parezca mejor. En cuanto a las tropas que ya han partido, a saber, cien hombres de armas y doscientos cincuenta de caballería ligera, podéis tratar de conocer sus movimientos, para desarmarlos a la primera oportunidad que se ofrezca".¹⁰

El duque de Valentinois salió para Ostia con cuatrocientos o quinientos hombres, según rumor público, que también elevó a 700 caballos la caballería que iba hacia Toscana. Ya los había precedido el obispo de Veroli, que había llegado a Florencia con una carta de recomendación firmada por el cardenal Soderini y escrita por Maquiavelo, que inmediatamente envió otra para explicar que la primera no era más que un ardid para amansar al duque y para que se fuera en paz. Podían hacer lo que creyeran conveniente en relación con la carta.

Llegó la noticia de la toma de Faenza por los venecianos, y poco después la de que se habían anexado Rimini, de acuerdo con Malatesta. Maquiavelo escribió sobre todo esto, con lenguaje que bien podemos llamar profético, que la expedición de los venecianos "será la empresa que les entregue a Italia o los arruine".¹¹ La verdad era que ahí estaba el germen de la futura Liga de Cambrai. El cardenal de Rouen, furiosísimo, juró que si los venecianos amenazaban a Florencia, el rey les retiraría toda ayuda; el Papa declaró que si los venecianos insistían en su actual línea de conducta, se uniría a Francia, al emperador, a cualquiera, para arruinarlos, como, en realidad, hizo luego.¹²

Entre tanto, el Papa no podía contenerse, aunque había permitido al duque marchar a Ostia sin haber comunicado el santo y seña de las fortalezas que todavía resistían por él; envió tras el duque a los cardenales de Volterra y Sorrento para que le ordenaran les diera el santo y seña y le dijeran que, si se negaba a ello, Su Santidad lo haría detener y prendería y desarmaría a sus partidarios. Cuando volvieron los cardenales sin haber conseguido nada del duque, el Papa dió inmediatamente órdenes al comandante naval de Ostia de que lo prendiera, y escribió a Siena y a Perugia mandando que se despojara de cuanto llevaba a la gente del duque y que, de ser posible, hicieran prisionero a don Michele.¹³ Todo ello dió pábulo al rumor de que César Borgia había sido arrojado al Tiber, y aunque Maquiavelo no dió crédito a esta especie, agregó al escribir sobre el particular: "Creo que si no ha ocurrido esto ya, ocurrirá pronto... Este Papa comienza a pagar sus deudas con toda honradez, y como el duque está en sus manos, vivo o muerto, no debe preocuparnos ya."¹⁴ Podemos ver que sus pecados le traen poco a poco el castigo. ¡Haga Dios que todo vaya bien!"¹⁵

He ahí una muestra del lenguaje que tan profundamente escandaliza a los que habiendo convertido a Maquiavelo, no sólo en ciego admirador, sino casi en un consejero y agente secreto del duque de Valentinois, se asombran cuando advierten que ahora habla de él con tanta frialdad y hace de ello un motivo de nuevas acusaciones contra él. Pero la conducta del Borgia en este momento parecía a todos lo que realmente era: vil, despreciable e inconsecuente. En vez de defender sus posesiones malamente adquiridas con la espada en la mano, se tornó humilde e irresoluto, y confió sólo en sus bajas intrigas. Ya no era el personaje que despertó en Maquiavelo admiración y mereció sus elogios. Y aunque el tono que empleaba Maquiavelo puede parecer cínico a aquellos predispuestos a exaltarle demasiado o a censurarle demasiado severamente, sus contemporáneos tenían una opinión muy distinta. Por supuesto, en Florencia se le censuraba por dar siempre excesiva importancia al duque, y a esta acusación, los que menos querían a Maquiavelo añadían la mofa y hasta la calumnia. Buonaccorsi le dice en una de sus cartas: "En general, se ríen de vos porque escribis demasiado en serio sobre el duque; hay gentes que incluso creen que esperarís obtener algún beneficio para vos, pero que no lo conseguirís".¹⁶

El 29 de noviembre remontaba el Tíber César Borgia a bordo de un galeón custodiado por una guardia del Papa hasta San Paolo, y la misma noche entraba en Roma. "Vuestras excelencias —escribía Maquiavelo— no deben preocuparse en punto al lugar de desembarco. Los hombres que estaban con él han ido volviendo y los que escaparon con don Michele no lo pasarían muy bien"¹⁷ En efecto, el 1º de diciembre llegó la noticia de que esta banda perseguida por los Baglionis y los sieneses había sido derrotada y desarmada, al paso que don Michele, capturado por el pueblo de Castiglion Fiorentino, había sido enviado en calidad de prisionero a Florencia. El Papa no cabía en sí de gozo y lo quería tener en sus propias manos para conocer a fondo todos los robos crueles, asesinatos, sacrilegios y otros crímenes infinitos cometidos en Roma contra Dios y contra los hombres en los últimos once años. Me dijo sonriendo que quería hablar con él para aprender algo, a fin de gobernar mejor a la Iglesia. Espera, pues, que le entregaráis a don Michele, y el cardenal de Volterra le ha animado a esperar; y ruega fervientemente a vuestras excelencias que lo entreguéis como criminal culpable de haber despojado a la Iglesia".¹⁸

El duque, como es natural, estaba cada vez más deprimido, encerrado en las habitaciones del cardenal de Sorrento. Pero esto no le hizo cambiar de conducta. Al fin había entregado las contraseñas a Pietro d'Oviedo, que había de ir con ellas a conseguir la rendición de las fortalezas. Pero había pedido al Papa que le diera seguridades por los territorios de Romaña y exigía que el cardenal de Rouen garantizara esas seguridades por escrito. "Y en tanto que el duque de Valentinois —concluía Maquiavelo— pone todos estos inconvenientes y defiende todas sus posiciones, una por una, el Papa, satisfecho del resultado, lo deja correr y no llevará las cosas al extremo. Se cree,

sin embargo, que tenga o no las seguridades, Oviedo se pondrá en marcha mañana; y así parece que este duque se desliza poco a poco en su tumba".¹⁹

No necesitamos perder tiempo relatando cómo salió Oviedo; cómo encontró la muerte en Romaña, ahorcado por uno de los comandantes de las fortalezas que no quería rendirse porque su amo estaba en poder del Papa; cómo pasó la fortaleza a manos del Papa y cómo el duque, abandonado de todos, marchó a Nápoles, donde fué aprehendido por Gonzalo de Córdoba, quien lo envió prisionero a España. Bien sabido es todo ello, y además nos apartaría demasiado de nuestro tema. Sólo precisa registrar una circunstancia más, muy típica de la conducta del duque en este período y que hace nueva luz sobre su carácter. Había implorado repetidamente como "gracia especial" una entrevista con el duque Guidobaldo, que había llegado a Roma procedente de Urbino y estaba en muy buenas relaciones con el Papa. Este noble, que no olvidaba cuán inicuaente había sido expulsado en otro tiempo de sus dominios por los Borgia y con qué furia habían tratado de quitarlo de en medio, se negó en un principio a recibir al duque; pero al cabo cedió ante el ruego del Papa. Sabemos por un testigo que el duque entró con el sombrero en la mano y se arrodilló dos veces al avanzar hacia el duque Guidobaldo, que estaba sentado en una especie de sofá en la antecámara pontificia. Al ver a su antiguo adversario en aquella actitud de humildad se levantó movido por un sentimiento de dignidad y casi de respeto a si mismo, ayudó con las manos a que se alzara el Borgia e hizo que se sentara a su lado. Valentinóis pidió humildemente que se le perdonara su pasado "culpando a su juventud, a sus malos consejeros, a su mala compañía, al abominable carácter del Papa y a otros que le habían incitado a obrar como obró, y entró en muchos detalles en realación con el Papa y maldijo su memoria". Prometió devolver todo lo que había robado, salvo unas pocas tunicas de brocado, que había dado al cardenal de Rouen, y otras cosas que no estaban ya en su poder. Guidobaldo contestó con unas cuantas palabras corteses, pero de tal carácter, que "el Borgia permaneció muy humillado y comprendió su situación".²⁰ No obstante, siguió conduciéndose con todo el mundo con el mismo abyecto servilismo, según puede verse por los despachos de los distintos embajadores italianos en Roma. ¿Puede, pues, sorprendernos que Maquiavelo sintiera ahora el máximo desprecio por el duque de Valentinóis y que casi tratara de ocultar ante sus ojos el actual espectáculo para no perder el recuerdo de las observaciones y las ideas que en otro momento se le habían ocurrido?

En esta coyuntura, la embajada de Maquiavelo había punto menos que concluído. Permaneció en Roma unos días más; le impidió ponerse en marcha un catarro entonces bastante general, y los ruegos del cardenal Soderini, que no se hacia a la idea de separarse de él. Entre tanto, siguió enviando las noticias que recogía cada día. Informó de la detención del secretario que había envenenado a su amo, el cardenal Michel, por orden del Papa Alejandro VI y que sería —se decía—

quemado vivo en público.²¹ Continuó enviando noticias de la guerra en el reino de Nápoles, y después de escribir otros detalles sobre el duque de Valentinois, ahora tratado como prisionero, envió su carta de fecha 16 de diciembre y salió para Florencia portador de otra del cardenal Soderini, que lo elogiaba sobremedida ante la República como hombre de buena fe, diligencia y prudencia excepcionales.

Mientras estuvo en Roma, Maquiavelo había enviado noticias inseguras y contradictorias de la guerra entre los españoles y los franceses, acampados en los pantanos a ambas orillas del Garellano, bajo lluvias continuas. Cuando salió para Florencia, nada decisivo había ocurrido aún y circulaban los rumores más contradictorios. Pero apenas había llegado a Florencia cuando llegó la noticia de la llamada derrota del Garellano, ocurrida a fines de diciembre y que fue una catástrofe para los franceses. Su ejército había sido dispersado y destruido. Sus mejores capitanes, muertos o huídos. Todo el reino estaba ahora en poder de los españoles. Entre las muchas noticias que llegaban a diario a Florencia había una que alegró inmensamente a la ciudad; Piero dei Medici, que iba con el ejército francés, se había ahogado en el Garellano cuando trataba de cruzarlo en una barca. Sin embargo, la seguridad de que ya no había que temer nada de este odioso y maldito tirano era una ligera compensación ante los nuevos peligros que amenazaban ahora a la República, que había sido aliada constante de Francia. Muchos se imaginaban ya al gran capitán Gonzalo de Córdoba camino de Lombardía al frente de su victorioso ejército, para expulsar a los franceses de Italia. ¿Cuál sería en ese caso el destino de Florencia? Se sabía que Gonzalo de Córdoba favorecía a los pisanos; por tanto, ¿qué sentimientos abrigaría respecto del más fiel aliado de Francia en toda la Península?

Por esta razón, no había hecho Maquiavelo más que reanudar sus deberes oficiales en Florencia cuando fué enviado a Francia, donde estaba ya de embajador residente Niccolò Valori. Las instrucciones que le dieron llevan fecha 14 de diciembre de 1504, están escritas de su puño y letra y firmadas por Marcello Virgilio; dicen así: "Iréis a Lyon, os presentaréis a Valori y al rey, les explicaréis cómo están las cosas, veréis por vuestros propios ojos los preparativos que hacen los franceses y nos escribiréis sin tardanza sobre todas esas cosas, dándonos vuestra opinión sobre todo ello. Si los preparativos os parecieran insuficientes, haréis saber sin asomo de duda que no estamos en condiciones de reunir tropas bastantes para nuestra defensa, y que, por consiguiente, nos veremos obligados a buscar ayuda allí donde podamos hallarla, pues no poseemos otra cosa que esta pequeña libertad, que trataremos de conservar por todos los medios. No os contentaréis con grandes promesas y propósitos, y también daréis a entender que lo que necesitamos es ayuda inmediata y positiva." Además, la *condotta* de Baglioni no había fraguado y Maquiavelo trataría de zanjar este asunto.

El secretario florentino se puso en marcha sin demora, y el 22 de enero de 1504 escribía desde Milán que el señor de Chaumont no

creía que avanzaría Gonzalo de Córdoba y manifestaba que en cualquier caso el rey sabría defender a sus amigos, que escribiría rogando a su majestad que resolviera lo de la *condotta* de Baglioni y que entre tanto la República debía hacer todo lo posible para llegar a un acuerdo amistoso con “el pequeño rincón de Italia”; en cuanto a los venecianos, “serían obligados a cuidar sus pesquerías”. Otros, por el contrario, aseguraron a Maquiavelo que el rey de Francia había agotado sus recursos financieros, tenía pocas tropas y éstas esparcidas por muchos lugares, en tanto que “los enemigos estaban a caballo, frescos y listos para la victoria”.²² El 26 llegó Maquiavelo a Lyon, y el 27 fué recibido por el cardenal de Rouen, junto con Valori, y hablóle muy en serio de la situación y de la necesidad de adoptar en seguida medidas enérgicas. Las respuestas que recibió eran demasiado vagas para que le dejaran satisfecho; pero de súbito comenzaron a desaparecer las nubes de este horizonte sombrío. Aunque España había alcanzado una victoria extraordinaria, la suerte no le había hecho perder la cabeza y más bien trataba de consolidar sus recientes conquistas que meterse en nuevas y peligrosas empresas. Por tanto, aceptó de buen grado las proposiciones de tregua que le presentaron los franceses, y como no podían excluir del pacto a los florentinos, desaparecieron de pronto los peligros que se cernían sobre la República. El 11 de febrero se firmó en Lyon una tregua trienal. Los españoles eran ahora dueños del reino de Nápoles; entre ellos y los potentados se establecieron temporalmente relaciones amistosas, y los florentinos fueron incluidos en el tratado como amigos de Francia. Valori informó de esto inmediatamente a los Diez, y Maquiavelo pudo preparar su regreso. Pero no pudo partir en unos cuantos días debido a alguna cosa de poca importancia que tenía que hacer para Valori, que le estimaba mucho, elogió a los Diez su celo y su inteligencia y se carteaba con él y a menudo lo utilizaba. Como después continuó Valori su correspondencia diplomática sin ayuda de nadie, sólo hallamos tres cartas de Maquiavelo relativas a esta embajada, y de ellas la única que merece la pena es la que escribió desde Milán.

De vuelta en Florencia fué enviado el 2 de abril a Piombino para transmitir al señor de este lugar los sentimientos amistosos de la República y para ponerlo en guardia contra los sieneses. Como de costumbre, se le indicó que estudiara con cuidado las tendencias del señor de Piombino y cuantos le rodeaban, a fin de que volviera con informes fidedignos sobre el particular, lo que Maquiavelo hizo. Después, los asuntos de la Cancillería dieron más preocupaciones que nunca, pues se había reanudado la guerra con Pisa.

Soderini, que ahora pisaba terreno firme, comenzó a gobernar a su modo, y Maquiavelo, que tenía gran influencia sobre él, secundaba sus esfuerzos, para no perderla. El puesto de gonfaloniero vitalicio quitó toda importancia a todos los de corta duración, que, por tanto, fueron ocupados por hombres de escasa importancia, que cada día hacían menos sombras a la autoridad del primer magistrado del Estado, cuya cuidadosa administración —en contraste con el despilfarro

anterior— le había valido la confianza hasta de los más discretos. Soderini hacia lo que quería en la Práctica, en los Ochenta y hasta en el Gran Consejo, si bien había surgido cierta grave hostilidad hacia él y hacia Maquiavelo, en el que tenía plena confianza.²³ Se concluyeron *condottas* con G. P. Baglioni, Marcantonio Colonna y otros capitanes más o menos famosos, por cincuenta, cien o más hombres de armas con cada uno. Se contrataron 3,000 soldados de infantería para que devastaran el territorio enemigo.²⁴

Era comisario Giacomini, que inició las operaciones inmediatamente. En mayo realizó una incursión en San Rossore, devastándolo por completo en cuatro días; lo mismo hizo en el Val di Serchio, y poco después conquistó a Librafatta. Se alquilaron tres galeras que fueron muy útiles para impedir el abastecimiento del enemigo, y entre tanto realizó varias entradas en el dominio de Luca, como represalia por los socorros que ese Estado enviaba continuamente a los pisanos. El 1º de julio le llevó Maquiavelo una comunicación de los Diez, que le felicitaban por lo que había hecho y le exhortaban a que hiciera comprender a los luqueses su resolución de no permitir que en lo futuro ayudaran a los pisanos “ni siquiera con un vaso de agua”.

Nada de esto caía fuera de lo corriente. Pero ahora había concebido Soderini una idea muy feliz, que tanto él como Maquiavelo llevaban adelante con extravagante ardor, contra el consejo de personas competentes. Se trataba nada menos que de desviar el curso del Arno, y convirtiéndolo en un lago cerca de Liorna, dejar a Pisa sin río y privarla de toda comunicación con el mar. Los ingenieros consultados declararon que con 2,000 obreros y cierta cantidad de madera sería posible construir un dique que detendría el curso del río, y mediante dos zanjas podía ser conducido al lago y de allí al mar. “Bastarían treinta mil o cuarenta mil jornadas de trabajo”, es decir, 2,000 hombres podrían hacerlo en quince días. Cuando les fué expuesta la cuestión a los Diez en la Práctica, se negaron a aprobarla, considerándola “punto menos que fantástica”. Pero el gonfaloniero obtuvo, al cabo, el decreto que autorizaba la puesta en práctica del proyecto.

El 20 de agosto escribió Maquiavelo una larga carta a Giacomini, informándole de la resolución aprobada y encomendándole que tomara las medidas necesarias para realizarla de acuerdo con Giuliano Lapi y Colombino, que marcharon a su lado con tal finalidad. Ni Bentivoglio ni Giacomini creían que el proyecto fuera factible. El primero demostró con la pluma en la mano que habiendo necesidad de excavar 800,000 *braccia* cuadradas de tierra habría que emplear dos mil obreros por lo menos durante doscientos días, y aun así no se haría nada. Giacomini se declaraba dispuesto —como le imponía su deber—, pero decía: “Vuestras excelencias verán que todos los días surgirán nuevos inconvenientes y que la obra será en la práctica menos fácil de lo que parece.” Giacomini dimitió y fué sustituido por Tommaso Tosinghi.

Maquiavelo escribía una serie interminable de cartas en relación con las obras. Todos los ayuntamientos recibieron orden de suministrar zapadores para cavar las zanjas; se mandó a los soldados que hi-

cieran guardia para defender las obras; se enviaron maestros carpinteros para que construyeran el dique; de Ferrara llegaron ingenieros: se trabajaba sin reposo. La excavación de los dos canales, que habían de tener una profundidad de siete *braccia*, y uno de ellos anchura de veinte *braccia* y el otro de treinta, se hacía con rapidez; pero más rápidamente se gastaba, pues aun empleando miles de hombres de día y de noche no se realizaba ni la mitad de la tarea. Y lo que es peor: comenzó a dudarse del éxito de la empresa; porque ocurrió una inundación, y el agua, desviada a la primera zanja, que estaba ya acabada, volvió al Arno en cuanto pasó la inundación. Se aseguraba que el dique, al detener el curso del río, elevaría el nivel de su lecho; pero pronto se vió que, como se construía lentamente, el estrechamiento de la cuenca aumentaba la fuerza de la corriente, lo que también hacía el lecho más profundo. Pensóse que este inconveniente desaparecería tan pronto como estuviera terminada la obra, y entretanto los soldados perdían el tiempo protegiendo a los obreros. Con todo, Soderini no admitía que hubiera sido derrotado, y habiendo llevado la cuestión primero a la Práctica y luego al Consejo de los Ochenta, obtuvo un decreto que le autorizaba a proseguir las obras, y en ese sentido escribió a Tosinghi el 28 y el 29 de septiembre. Pronto tuvieron que conformarse con la esperanza de que no se hubieran gastado en vano los 7,000 ducados concedidos y de que las zanjas ya hechas sirvieran por lo menos para contener el avance de los pisanos e inundar el país. Se lanzó un manifiesto, que fué leído bajo las murallas de Pisa y que proclamaba que la Señoría había conseguido el perdón para todos los que abandonarían la ciudad y se declarasen súbditos sumisos de la República. Pero también fracasó esta medida, pues en vez de disminuir la fuerza del enemigo permitió a los pisanos librarse de personas inútiles en tanto duraba la escasez de las provisiones. Al abandonar la ciudad, algunos recuperaron sus tierras y se volvieron ocultamente a Pisa. Hubo, pues, que publicar nuevas órdenes para impedir que las cláusulas benévolas del manifiesto lo hicieran fracasar por completo.

Por aquellos días se multiplicaron los desastres. Los barcos alquilados para vigilar la costa habían encallado, con pérdida de ochenta vidas; los soldados se mostraban cada vez más descontentos; los agricultores desertaron tan pronto como llegaron las lluvias. Y aunque los ingenieros que habían llegado de Ferrara no desesperaban, después de hablar con los del campamento, del éxito de la empresa, el 12 de octubre se dejó a la discreción de Tosinghi si debía continuarse o si sería mejor despedir al ejército y suspender los trabajos. Ello significaba que Florencia había perdido la esperanza de poder continuar. Poco después se llamó a Tosinghi y se le sustituyó; fué licenciado el ejército y las trincheras cavadas con tanto trabajo y tantos gastos fueron rellenadas a toda prisa por los pisanos. Así terminó este desgraciado asunto.

Justamente por entonces comenzó Maquiavelo a escribir los primeros versos que tenemos de su pluma, el *Decennale Primo*, que compuso en quince días y dedicó a Alamanno Salviati en carta del 9 de noviembre de 1504. No podemos llamar a esta obra poesía genuina,

pues consiste en una sencilla narración histórica de los acontecimientos que tuvieron lugar en Italia en la década que comenzó en 1494. La narración fluye con bastante soltura en *terzine* sencillas y fáciles, sólo alude a los sucesos más importantes, sin olvidar nada notable, especialmente por lo que toca a la historia de Florencia. De cuando en cuando una chispa de amarga ironía aviva al poema con su ingenio emotivo y está en contraste notorio con las expresiones de verdadero dolor que se le escapan al autor con igual frecuencia.

Invoca la ayuda de la musa para narrar las desgracias que comenzó a padecer Italia cuando permitió que su suelo fuera hollado por hordas bárbaras. Los franceses, atraídos por la discordia italiana, invadieron la Península sin hallar resistencia. Sólo en Florencia tropiezan con la audacia de Piero Capponi:

*Lo strepito dell'armi e de' cavalli
Non potè far che non fosse sentita
La voce d'un Cappon fra cento Galli.*

Sin embargo, cuando se ven obligados a retirarse de Italia y a pasar el Taro después de rechazar al ejército de la Liga, Florencia no puede hacerse a la idea de romper su alianza con ellos y "espera con el pico abierto a que alguien pase los Alpes y le traiga el maná al desierto". Pero pronto advirtió que había sido engañada, pues por todas partes la rodeaban enemigos que amenazaban su misma existencia; especialmente cuando se dejó "dominar y dividir por las doctrinas del gran Savonarola que, lleno de virtud divina, la fascinó con su palabra". Ni podía Florencia estar unida jamás.

*Se non cresceva o se non era spento
Il suo lume divin con maggior foco.*

Siguen los desastres de la guerra en el Casentino y la guerra con Pisa y aquí alude claramente Maquiavelo a la traición de Paolo Vitelli, "causa de tanto mal". Luego recuerda las guerras de Lombardía y la rebelión de Arezzo, a propósito de lo cual elogia un tanto excesivamente la prudencia y la virtud de Piero Soderini, que era entonces gonfaloniero, aunque no vitalicio. A continuación narra los acontecimientos de Romaña, y representa al duque de Valentinois y a sus capitanes como merpientes venenosas haciéndose pedazos unas a otras. El duque es el basilisco, que, con la dulzura de su silbido, los seduce y atrae a su guarida para destruirlos. Y en tanto que una vez más bajan los franceses a Italia para reanudar su expedición a Nápoles, "el espíritu glorificado del Papa Alejandro es llevado entre las almas de los bienaventurados, seguido de cerca por sus tres doncellas inseparables: la lujuria, la crueldad y la simonía". Julio II fué elegido "guardián del papaiso"; los franceses fueron derrotados y el Borgia recibió al fin del Papa y de Gonzalo el castigo que merecía por sus iniquidades.

Parece ser que Maquiavelo solía divertirse en esta época mezclando la ironía y la sátira con su trabajo oficial diario y las meditaciones políticas, dado que entonces debió escribir una segunda obra literaria que

por desgracia se ha perdido. Era una imitación de *Las nubes*, y otras comedias de Aristófanes, titulada *Le maschere* (*Las máscaras*).

NOTAS AL CAPITULO VII

1. Buonaccorsi, *Diario*, págs. 83 y siguientes.
2. Carta del 29 de octubre de 1503.
3. Giustinian, despacho del 19 de octubre.
4. Despacho del 30 de octubre de 1503.
5. Despacho del 6 de noviembre.
6. Carta del 4 de noviembre.
7. Esta carta carece de fecha.
8. Carta del 11 de noviembre.
9. Carta del 18 de noviembre. Giustinian escribió el 17 de igual mes: "El Papa proyecta la ruina del duque, pero no quiere aparecer mezclado en el asunto."
10. Carta del 18 de noviembre.
11. Carta del 24 de noviembre.
12. Carta del 21 de noviembre.
13. Cartas del 23 y 24 de noviembre.
14. Carta del 26 de noviembre.
15. Primera carta del 28 de noviembre.
16. Carta del 15 de noviembre de 1503.
17. Carta del 29 de noviembre.
18. Carta del 1 de diciembre.
19. Carta del 3 de diciembre.
20. Esta importantísima carta fué descubierta y publicada por Ugolini en su *Storia dei Duchi d'Urbino*, vol. II, pág. 523.
21. Carta del 14 de diciembre. El 17 escribió Giustinian dando la misma información confidencial.
22. Carta del 22 de enero de 1504, desde Milán.
23. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap. XXVIII.
24. Buonaccorsi, *Diario*, págs. 88, 89.

CAPITULO VIII

TRISTE SITUACIÓN DE UMBRÍA. EMBAJADA A PERUGIA. PELIGROS DE GUERRA. NUEVA EMBAJADA A SIENA. DERROTA DE ALVIANO. LOS FLORENTINOS ATACAN A PISA Y SON RECHAZADOS. EMBAJADA A LA CORTE DE JULIO II. INSTITUCIÓN DE LA MILICIA FLORENTINA.

(1505-1507)

A fines de 1504, la perspectiva era sobremanera sombría para la República florentina. Bartolommeo d'Alviano se había separado de Gonzalo de Córdoba muy disgustado y se dijo que preparaba una expedición propia contra el centro de Italia. Estaba secundado por los Vitelli, los Orsini, los señores de Piombino y Siena, y lo que era todavía peor, parecía que G. P. Baglioni, bien que capitán asalariado de los florentinos, estaba confabulado con ellos. Este general seguía en Perugia sin renovar la *condotta*, que había expirado ya y contestaba evasivamente, o no contestaba, las cartas que se le enviaban. Ni en Liorna ni en Pisa iban bien las cosas, y al cerrar marzo de 1505 hubo un encuentro en el puente de Cappellese, en el río Osole, entre considerable número de pisanos y florentinos, en el que fueron completamente derrotados éstos, debido sobre todo a la negligencia de sus capitanes. Naturalmente, la República se quejó anargamente de esta derrota y después de enviar dinero para rehacer el campamento comenzó a pensar en el futuro. La primera medida adoptada fué el envío de Nicolás Maquiavelo a Perugia para que descubriera cuáles eran las verdaderas intenciones de Baglioni.

Es difícil concebir idea exacta de la anarquía que entonces imperaba en Umbria, sobre todo en Perugia, y de la manera como gobernaban esa ciudad los Baglioni. Era un estado de guerra continua. Las ciudades próximas estaban llenas de refugiados, destacándose entre ellos los Oddis, quienes de vez en cuando hacían incursiones en Perugia y convertían las calles en sangrientos campos de batalla. Cuando el Papa Alejandro VI, temeroso de Carlos VIII, llegó a Perugia en 1495 trató de aprovechar la oportunidad y propuso a los Baglioni que organizaran alguna gran fiesta en la que esperaba poder atraparlos a todos en la misma red. Pero Guido Baglioni respondió que la mejor fiesta sería presentar a Su Santidad al pueblo en armas bajo el mando de sus parientes, que eran sus jefes. Tras lo cual, dice Matarazzo, el

cronista, "Su Santidad comprendió que Guido tenía sal en el cerebro" y no insistió. Apenas se hubo ausentado el Papa cuando los Baglioni luchaban ya —algunos de ellos en mangas de camisa— por las calles de la ciudad, atacados por los Oddis, que de pronto se metieron en la ciudad por la noche, irrumpieron en las casas de sus enemigos y llegaron hasta atacarlos en la cama. Por las calles había esparcidos más de cien cadáveres, y colgaban de los balcones; corría la sangre a torrentes, lamida —como nos dice el cronista— por los perros y por un oso domesticado que andaba suelto por la ciudad.¹ Al fin obtuvieron la victoria los Baglioni.

Dos años más tarde llegó el cardenal Borgia, enviado por Roma para restablecer el orden en Umbría. Todo el mundo declaró su sumisión a la autoridad del Pontífice, pero todo el mundo manifestó también que prefería destruir la ciudad a renunciar a vengarse. El cardenal escribió que era imposible hacer nada, a menos que se le enviaran hombres de armas para combatir "a estos demonios que no temen al agua bendita". Y cuando se marchó el cardenal, sin haber hecho nada, estalló la guerra entre los propios Baglioni, que se habían dividido en dos facciones por el odio fraternal de Guido y Ridolfo.

Elijieron para la lucha los días estivales del año 1500, en ocasión en que se hacían fiestas para celebrar el casamiento del hijo de Guido, Astorre. El Varano de Camerino fué el primero que comenzó la matanza asesinando a muchos Baglioni en la cama. Giovan Paolo, que logró escapar, después de haberse defendido con la espada, fué dado por muerto, y Grifone Baglioni triunfó en el derramamiento de sangre de sus parientes. Su madre lo maldijo y lo echó de la casa a que se había retirado con los hijos de Giovan Paolo. Pero poco después reapareció éste al frente de algunos hombres armados que había reunido fuera de las murallas de la ciudad y se oyeron los alaridos de Grifone al caer apuñalado en la Piazza. Apenas tuvieron tiempo su madre y su esposa de llegar a su lado antes de que expirara. Los asesinos se retiraron y el hijo, "apretando la blanca mano de su joven madre", en señal de que perdonaba a sus enemigos, obediente al deseo de ella, dejó de existir en seguida. Colocaron su cadáver en el mismo féretro en que habían puesto el día anterior a su víctima, el novio Astorre. Así llegó a ser señor de Perugia Giovan Paolo Baglioni: por la destrucción de sus parientes. Bajo el arco erigido para la boda de su primo Astorre pasó este Baglioni en triunfo. Leíase en aquel arco una inscripción compuesta hacía poco por Matarazzo. El cronista resume la breve narración de todos aquellos acontecimientos diciendo que "Perugia no debe ser llamada ya *angusta*, sino *angusta, et quod est, combusta*". Con todo ser extasia hablando de los Baglioni, en particular cuando describe el terror que inspiraban a todos y su fama en el mundo.

Sin embargo, Giovan Paolo Baglioni no se conformaba con vivir pacíficamente en Perugia, y marchó en busca de guerra y aventuras, dejando a los pocos parientes que le quedaban el gobierno de la ciudad. Lo vemos junto a Vitellozzo persiguiendo a un tal Altobello da Todi, contra quien estaba tan inflamado el odio popular que muchos re-

sultaron heridos con sus propias armas debido a la impaciencia que sentían todos por dar el primer golpe. Los peruginos llegaron a comerse trozos de la carne de Todi, según nos dice el cronista, e incluso hubo un hombre que murió de este refinamiento; otros ofrecieron alto precio por una porción, y no consiguiéndola satisficieron su afán de venganza quemando trozos de carbón vegetal en las calles empapados de la sangre de la víctima.² Más tarde, Baglioni fué uno de los conspiradores en La Magione; pero ahora, menos afortunado que antes, tuvo que huir ante la "hidra" que avanzaba y se hizo capitán de mercenarios al servicio de Francia y los florentinos. Carlo Baglioni tenía Perugia por el duque de Valentinois. Al morir el Papa en agosto de 1503, Giovan Paolo dejó de servir a los florentinos y con Gentile, primo de Carlo Baglioni, salió espada en mano a apoderarse de nuevo de su Estado. El 8 de septiembre se efectuó el asalto; los primos Carlo y Gentile lucharon como leones "mostrando cada uno al otro su valor y cuán fuerte es la audacia y el vigor concedidos por Marte a esta magnífica Casa de los Baglioni, cuya fama se extiende por toda Italia".³ El 9 de septiembre era Giovan Paolo una vez más señor de Perugia y renovó su compromiso con Florencia; pero una vez con un pretexto, otra con otro, no prestó ningún servicio positivo. Al apremiarse para que se presentase en Florencia, en vista de las sospechas que había despertado, propuso que se le diera a su hijo una *condotta* consistente en unas cuantas lanzas, para hacer creer a Florencia que seguía fiel a la República, sin comprometerse a sí mismo a los ojos de sus enemigos. En este extremo, los florentinos también habían cedido; pero ahora que Alviano avanzaba, y sobre todo después de su derrota por los pisanos en el puente de Cappellese, no permanecerían más tiempo en tanta incertidumbre. Por consiguiente, le enviaron parte de la *prestanza* o paga adelantada que era costumbre dar a los captares cuando se disponían a salir en campaña y le ordenaron que enviara inmediatamente la caballería ligera por adelantado y que la siguiera al instante personalmente con sus hombres de armas, tras lo cual estaría a su disposición el resto de la *prestanza*. Viendo que Baglioni no tomaba el dinero ni obedecía a la llamada, decidieron enviar a Maquiavelo para que aclarase el asunto, si ello fuera posible.

Las instrucciones dadas al secretario llevan fecha de 8 de abril y decían que debía fingir que creía en las excusas expuestas por Baglioni, pero a continuación, "punzándole en varios extremos", habría de averiguar cuáles eran los verdaderos motivos del perugino y descubrir si actuaba así sólo para obtener mejores condiciones o porque estaba ya aliado a Alviano y demás enemigos de Florencia. El 11 escribió Maquiavelo que la razón que daba Baglioni para negarse a hacer algo eran las intrigas que se tejían contra él en Perugia y el hecho de que sus enemigos capitales, los Colonna y los Savelli, estuvieran ahora al servicio de la República y añadió que, habiendo examinado las condiciones de la *condotta* muchos abogados competentes de Perugia, estaba seguro de que el contrato no le obligaba a servir a los florentinos. "Yo le contesté —escribe Maquiavelo— que por su cul-

pa habíais perdido ciento treinta hombres de armas, pero que había en Italia tantos caballos, que no os quedaríais a pie, y que no había cura para su mal, porque incluso si no os quejarais de él, cuantos conocieran su proceder y que se le ha concedido a su hijo la *condotta* a petición suya y la *prestanza* que se le había llevado a la mano, le acusarán de ingratitud y de mala fe, y será conocido como caballo desbocado, que nadie montará, por temor a que le rompa la cabeza al jinete; y que estas cosas no son para ser juzgadas por abogados, sino por la Señoría, y que para quien respeta su armadura y desea llevarla con honra no hay pérdida mayor que la de la fe de los demás en él; y que esto era lo que —a juicio mío— arriesgaba ahora”. Los hombres deben proceder de modo que no tengan necesidad de justificar sus actos, y él, por el contrario, se veía obligado a justificarse con demasiada frecuencia. “Y así le pinché por la izquierda y por la derecha, diciéndole muchas cosas en tono amistoso, como si hablara por mi cuenta; y aunque le vi cambiar de posición muchas veces, nunca me mostró con sus palabras que tuviera esperanza alguna de cambiar mi modo de pensar”.

El fin de todo esto fué que Maquiavelo se convenció de que había un pacto entre Alviano, los Orsini y los Baglioni para quitar Pisa a los florentinos, y hacer cosas peores, si fuera posible; que Petrucci, de Siena, favoreció el complot, y que mientras verbalmente se declaraban amigos, en realidad todos se preparaban para la guerra. En consecuencia, después de repetir a Baglioni que pensara mejor lo que iba a hacer, “pues la cuestión era más importante que la propia Perugia” Maquiavelo se volvió a Florencia. Esta embajada consta de una sola carta, escrita con mucho vigor, poder gráfico singular y presenta a mezcla del lenguaje familiar con la dignidad diplomática, que es una de las cualidades de la prosa del secretario florentino y añade vivo color a la originalidad de su estilo.

Entre tanto avanzaban en Florencia los preparativos militares para hacer frente a los peligros que amenazaban. Por entonces corrió el rumor de la muerte de Luis XII y en seguida se dijo que Alviano, ayudado no sólo por los Orsini y Vitelli, sino también por los venecianos, por Gonzalo de Córdoba y por el cardenal Ascanio Sforza, estaban a punto de avanzar hacia Toscana a fin de restaurar a los Médicis y expulsar luego a los franceses de Milán, donde restablecería el gobierno de los Sforza en la persona del cardenal. Todos esos rumores se esfumaron como humo al viento cuando se supo que no había muerto el rey de Francia, y el propio Ascanio murió en el mes de mayo. Esto no detuvo a Alviano, pero sus designios quedaron reducidos a Toscana, como en un principio se sospechó, de suerte que ciertos individuos de la propia Florencia hicieron la extraña proposición de que se arreglara el asunto dándole una *condotta*. Pero aunque no pocos trataron de apoyar esa proposición, no era aceptable para ninguna persona prudente, pues no sólo era humillante para la República, sino extremadamente peligrosa, tanto más cuanto que todo el mundo sabía que Alviano y los Orsini deseaban la vuelta de los Médicis. Por tanto, en la próxima elección de los Diez fallaron todas las intrigas y se aprobó una

propuesta en favor de la concesión de una *condotta* al marqués de Mantua como capitán general con 300 hombres de armas. Pero incluso aquí fueron lentas las negociaciones, y aunque el 4 de mayo enviaron a Maquiavelo para que resolviera la cuestión, no pudo hacer nada porque el marqués ponía muchos inconvenientes.

Aumentaban, pues, sin cesar las preocupaciones de la República, en vez de disminuir. Hasta el señor de Piombino parecía unirse a los enemigos de Florencia, y se decía que habían llegado mil soldados españoles de infantería, por lo cual se dieron órdenes al comisario Pier Antonio Carnesecchi para que fuera a ver cuál era la verdadera situación. Después, otro aventurero hostil a Florencia, Ranieri della Sassetta, marchó al Piombino, y Maquiavelo mandó el 28 de junio otra carta a Carnesecchi, diciéndole que estuviera preparado y que llegara a un acuerdo con el gobernador Ercole Bentivoglio.

"Y os apremiamos a hacerlo, no porque no confiemos en vos, ni porque creamos que os falta capacidad y, en consecuencia, descemos que descanséis sobre otros, sino porque siendo messer Ercole hombre discreto y teniendo bajo su mando todas nuestras fuerzas, precisa tratar con él todos los extremos". El mismo día se escribió a Bentivoglio, comunicándole las dudas de los Diez en punto a la conducta del señor de Piombino, que siempre vacilaba entre Pandolfo Petrucci y los florentinos, y desconfiaba de uno y otros por igual. Se había dirigido a Gonzalo de Córdoba, quien se decía le había mandado ochocientos soldados de infantería españoles para no tener que pagarlos él, y para alarmar a los florentinos. Aunque esta noticia no fuera del todo cierta, concluía la carta, no hay duda de que han llegado los españoles, por lo cual precisa permanecer alerta. Se propuso el envío de un embajador al propio Gonzalo de Córdoba; y si bien Soderini quería enviar a Maquiavelo, la resistencia con que tropezó en los Consejos se tradujo en el envío de Roberto Acciajoli. Maquiavelo desempeñó una embajada mucho menos importante cerca de Petrucci, en Siena, quien, aunque adversario declarado de los florentinos, les puso en guardia contra las maniobras hostiles de Alviano y les ofreció una alianza con ellos, prometiendo cien hombres de armas para la expedición contra Pisa y cincuenta más al año siguiente. Pareció ésta una cuestión extraordinaria y se creyó necesario descubrir sus verdaderas intenciones.

Baglioni era un tirano de la escuela del duque de Valentinois; Petrucci no era un guerrero, sino uno de esos hombres que llegan al poder, como los Médicis, casi exclusivamente por su sagacidad y su astucia, bien que no sin algún derramamiento de sangre. Su secretario y consejero, Antonio da Venafro, hombre de oscura familia, fué conocido por primera vez como profesor de la Universidad de Siena y juez de las *Riformazioni*; entró en la vida política, triunfó, y ayudó eficazmente a Petrucci a convertirse en tirano de Siena. El poder de Petrucci comenzó a consolidarse en 1495, a partir del momento en que Carlos VIII, al volver de Nápoles, dejó en la ciudad unas cuantas lanzas francesas, y se fortaleció cada vez más al año siguiente con la muerte de sus más formidables rivales, todos asesinados de alguna ma-

nera, y con los consejos de Venafro. Habiendo enviado a Venafro, como la persona más competente con que podía contar, a organizar la conjuración de La Magione, fué derrocado por el duque de Valentinois, que le calificó de *cerebro* de aquella conspiración; después volvió a Siena, con la ayuda francesa y el aplauso de toda la población. La verdad es que los sieneses le querían, en parte porque sus enemigos eran peores que él, en parte porque estaba considerado hombre de talento, que, una vez seguro de su posición, hacía cuanto podía para gobernar con justicia y blandura. Además, en el odio universal hacia el duque, la simpatía popular favorecía, naturalmente, a quien había escapado de sus manos casi milagrosamente. Con todo, Petrucci tomaba parte en todas las intrigas y le gustaba que le tuvieran por alma de ellas. Entre las nuevas complicaciones que surgían ahora, se abrió camino con maravillosa habilidad, y mientras que profesaba amistad por Florencia, que ciertamente podía hacerle mucho daño, trataba de aproximarse a sus enemigos, percibiendo que la mala suerte de los franceses llevaba la fuerza a otra parte y aumentaba de continuo el poder de los amigos de España.

He aquí lo esencial de las instrucciones dadas a Maquiavelo el 16 de mayo de 1505: "Le pediréis (a Petrucci) consejo en punto a lo que debe hacerse, y ampliando este tema, le daréis todas las vueltas posibles, empleando vuestra discreción y prudencia, que os han caracterizado siempre, para averiguar, en el curso de la conversación, qué piensa en realidad ese señor". El 17 escribía Maquiavelo desde Siena que Petrucci quería formar una alianza con Florencia, sin comprometerse en modo alguno a detener a Alviano en su empresa, proponiendo en vez de eso, tratar de debilitarlo aislándolo de los Vitelli, "pues teniendo Alviano carácter altivo y sin escrúpulos pudiera intentar —estando ahora a la cabeza de una fuerza armada y sin Estado— alguna jugada desesperada; e Italia está llena de ladrones, acostumbrados a vivir de la propiedad de los demás, por lo cual muchos estarían dispuestos a seguirle para poder saquear".⁴ Pero Maquiavelo recibió de distintos sectores advertencias contra Petrucci y la seguridad de que era enemigo de Florencia y del gonfaloniero, de que actuaba de acuerdo con Gonzalo de Córdoba y con Alviano, de que era autor de todos esos movimientos y de que "siempre tenía el pie en mil estribos, para poder retirarlo cuando quisiera".⁵ Por tanto, cuando Petrucci y Antonio Venafro, "que es la niña de sus ojos", volvieron a proponer que primero se llegara a un convenio, antes de pensar en aislar a Alviano de los demás, Maquiavelo, temiendo que sólo trataran de comprometer aún más a la República, pidió que se hiciera algo práctico primero "para apagar todas estas chispas".⁶

El 21 de julio profundizaron más en la cuestión, declarando Petrucci con largas argumentaciones que a pesar de su buena voluntad, él solo no podía, sin un acuerdo previo con los florentinos, enfrentarse con Alviano y detener esos movimientos. "No era cierto que en este caso fuese él quien tenía las riendas y las espuelas, pues nunca había tenido espuelas y tiraba de las riendas cuanto podía." En vano repitió

Maquiavelo todas las argumentaciones que podía sugerirle su ingenio, pues Petrucci, firme en su resolución, trataba de confundirlo con extraños consejos y manifestaciones contradictorias. Así es que escribió a los Diez: "Para demostrar a Petrucci que comprendo bien sus engaños, le dije que su conducta me dejaba tan perplejo que esperaba perder mi capacidad de discurrir antes de abandonar a Siena. Primero se dijo que Bartolemmeo d'Alviano llegaba con dinero e infantería españoles, luego que Gonzalo de Córdoba estaba contra él y se opondría a su avance; ahora, que estaba listo para pasar; más tarde, que pedía ayuda; ahora, que estaba de acuerdo con el Papa, y luego, que eran enemigos; ahora, que estaban de acuerdo con Siena, y luego, asimismo, que sus soldados estaban pillando a los sieneses. Por tanto, deseaba que Sua Signoria me explicase este cuento".

Pandolfo replico sin mostrar la menor confusión: "Os diré lo que el rey Federico respondió a un embajador mío en una situación parecida, y fué que "yo debiera gobernar día por día, y juzgar todas las cosas de hora en hora, para equivocarme menos, dado que estos tiempos son demasiado complejos para el ingenio humano", y agregó que la confusión había sido acentuada por Alviano, "hombre capaz en todo momento, mientras disponga de tal fuerza, de infundir a sus enemigos esperanza y miedo". Petrucci continuó hasta el final en este tono, "pues es hombre —dice Maquiavelo— del que no se saca nada, o se saca poco mirándole a la cara". En la noche del 23 Petrucci le mostró una carta que contenía la confidencia de que Gonzalo de Córdoba había prohibido a Alviano promover disturbios en Toscana. "La razón sugiere que Alviano obedecerá y se estará quieto; pero como los hombres no escuchan siempre la voz de la razón, la desesperación puede azuzarle. Y aunque los que se mueven por la desesperación, de cuatro, tres terminan mal, *tamen* sería bien que no le incitara la desesperación, pues cuando se mueve una cosa se ponen en movimiento otras mil, y diverso es el sesgo que pueden tomar los acontecimientos". De consiguiente, convendría que los florentinos tomen precauciones.⁷ No hubo posibilidad de sacar nada más a Petrucci; de suerte que después de hablar con Venafro, a quien hizo observar que había visto a menudo a "muchos que reían en el verano llorar en el invierno",⁸ Maquiavelo regresó a Florencia más confundido que cuando salió.

No quedaba otra cosa que hacer que prepararse para la guerra, y los Diez volvieron a emplear a su distinguido comisario Giacomini, enviándole credenciales el 30 de julio con la orden de que no perdiera tiempo en ponerse de acuerdo con el gobernador sobre las medidas que debieran adoptarse. Al propio tiempo levantaron el espíritu del comisario Carnesecchi en Maremma, asegurándole que no había peligro inmediato. Sin embargo, pronto tuvieron que cambiar de tono y se lamentaban ante él de que Alviano estuviera ya cerca de Campiglia, comenzando la ofensiva "antes de que se forme nuestra vanguardia, pero creemos que nuestro plan está trazado de tal modo que, con la ayuda de vuestra prudencia, todo podrá remediarse". Le prometían el envío inmediato de refuerzos.

Alviano sabía que no podía hacer nada contra la voluntad de Gonzalo de Córdoba, quien, aunque no deseaba que los florentinos tomaran Pisa, no permitiría que fueran atacados directamente, pues habían sido incluidos en el tratado con Francia. Corolario de todo ello era que Alviano, pese a disfrutar el favor y la ayuda secreta de Baglioni y Petrucci, no había resuelto aún sus planes de operaciones. Hubiera aceptado una buena *condotta* de Florencia, para hacer luego lo que quisiera; pero como ya no parecía haber ninguna posibilidad a este respecto, había permanecido hasta el 17 de julio en Vignale, en los dominios del señor de Piombino, y se disponía ahora a entrar en Pisa, desde donde podía causar grandes daños a los florentinos. A mediados de agosto comunicó Giacomini el avance del enemigo y su propia resolución de darle batalla; a lo que respondieron los Diez que lo dejaban todo a su arbitrio y al del gobernador, "rogándoles que tuvieran presente que por peligrosa que fuese la entrada de Alviano en Pisa, sería todavía más peligrosa una batalla decisiva en la que todo pudiera ganarse o perderse".

Florencia tenía ahora en campaña quinientos cincuenta hombres de armas y trescientos veinte soldados de caballería ligera, junto con un poco de artillería y unos cuantos miles de infantes. Cien hombres de armas estaban en Cascina, los demás en Campiglia y en Bibbona, el cuartel general del ejército. Las fuerzas de Alviano no eran inferiores, y por tanto la batalla sería dura y decisiva. El 14 supo Giacomini que las tropas enemigas estaban en marcha y que al amanecer del 17 se hallaban ya muy próximas y en plan de batalla. Los florentinos les salieron al paso en Torre di San Vincenzo, e inmediatamente se entabló el combate. La infantería, que se decía estaba pagada por Petrucci, quedó derrotada en el primer encuentro, y a continuación, entrando en combate los escuadrones de Jacopo Savello y Marcantonio Colonna, todo el ejército enemigo comenzó a ceder ante ellos. Alviano se adelantó con sus cien hombres de armas y ganó algún terreno; pero atacado de flanco por Ercole Bentivoglio y la masa del ejército florentino, la República se alzó con la victoria. La artillería remató la derrota del enemigo. Esta batalla no duró en total más que dos horas; Alviano —competente, pero casi siempre desgraciado como jefe—, al ver la derrota total de sus tropas y manando sangre de una herida que había recibido en el rostro, huyó con algún trabajo y pasó la frontera de Siena con ocho o diez soldados de caballería. Los florentinos se apoderaron de unos mil caballos y gran número de carros; hicieron muchos prisioneros y vieron disolverse como por encanto el ejército que los había amenazado.⁹

Pero esta victoria tenía poca validez para los florentinos, debido a la excesiva confianza que les inspiró en su propia fuerza. Giacomini había enviado un informe sobre la derrota del enemigo sin añadir nada más; pero, por otro lado, Bentivoglio, que estaba considerado con mayor capacidad para planear campañas que ponerlas en práctica, propuso el asalto a Pisa sin pérdida de tiempo, así como el castigo de Siena y Luca. El gonfaloniero se entusiasmó con la idea de dar el asalto a

Pisa, sacándole así partido a la victoria. En vano le contradijeron los ciudadanos más prudentes y los Diez con la argumentación de que su ejército era demasiado pequeño y que estando los españoles en Piombino correría grave riesgo. Ciertamente que esos españoles eran pocos, pero pudieran llegar otros en cualquier momento; tal vez estuvieran ya de camino desde Nápoles. Algunos incluso hablaron de que se estaba formando un campamento en Liorna. Se sabía de fijo que el Gran Capitán había mandado llamar a Acciaïoli y estallado en denuestos y amenazas contra los florentinos, que, decía, habían prometido, por lo menos, dejar en paz de momento a la ciudad de Pisa, que él estaba decidido a defender, si fuera menester, con su propia tropa.¹⁰ Soderini se reía de eso, diciendo que la campaña estaría terminada en una semana. Su propuesta fué rechazada por los Diez. Llevó entonces la cuestión a los Ochenta y al Gran Consejo, donde estaba resuelto a hacerla aprobar, y el 9 de agosto logró que le dieran cien mil florines para iniciar el asalto sin demora.

Maquiavelo fué enviado al campamento con las instrucciones para Giacomini y Bentivoglio, en el que recayó el nombramiento de capitán general. El 24 estaba de vuelta en Florencia, donde informó de todo lo que necesitaban los sitiadores y en seguida se puso a trabajar en los preparativos. Se hizo una leva de infantería en todos los dominios de la República; otros soldados se contrataron en Bolonia, en Romaña y hasta en Roma, donde se pagó también a 575 españoles que en ese instante estaban sin contrata militar, no para utilizarlos, sino para impedir que se fueran al campo de los pisanos. Se contrataron zapadores, y se despacharon todas las armas, municiones y artillería con que se contaba. El 7 de septiembre estaba el ejército a unas pocas horas de Pisa, y al día siguiente se instalaron nueve cañones ante la puerta Calcesana. Al salir el sol comenzó el fuego, y a las 22 horas (dos horas antes de ponerse) se habían demolido treinta y seis *braccia*, es decir, veinte metros de muralla; pero un intento de tomar la brecha al asalto fué rechazado. Con todo, como en este ataque sólo tomaba parte un tercio del ejército florentino, su fracaso carecía de importancia. Pero entre tanto habían entrado en la ciudad por la Porta a Mare 300 soldados de infantería españoles, enviados de Piombino por Gonzalo de Córdoba, y esto era un mal augurio para los florentinos.

Sin embargo, tras cambiar de posición los cañones, volvieron a abrir el fuego y lo sostuvieron el 10, el 11 y parte del 12. Hacia las 18 horas habían caído alrededor de 136 *braccia* de muralla; se dió un segundo asalto más general, pero con peor resultado que el primero, pues la infantería florentina se negó a combatir, prefiriendo la muerte a tomar por asalto la brecha. Entonces surgieron los mil rumores que acompañan siempre a un ejército desmoralizado. Se dijo que habían entrado en Pisa 2,000 españoles, que otros estaban de camino de Nápoles a Liorna, y se aseguraba que en este último lugar se había formado un campamento de vastedad nunca vista. En Florencia, donde tantos se habían opuesto a la empresa, y donde ciertos individuos habían sido incluso acusados de tratos secretos con el enemigo, a fin

de que fracasara el ataque, la noticia de haber sido rechazado el segundo ataque y del desorden en el campamento, produjo tal efecto, que se resolvió al instante abandonar la empresa. En una palabra, en la media noche del 14 se desmontaron los cañones, el 15 fué trasladado el campamento a Ripoli, luego a Cascina, de donde los hombres de armas se dispersaron a sus distintas guarniciones.

Todo ello asestó un duro golpe a la autoridad de Soderini; pero como no podían atacarle todos, la ira popular se volvió, con notoria bajeza, contra Giacomini, que había llevado a la práctica con indomable energía y admirable valor las órdenes que había recibido. Le indignó tanto esta ingratitude, que presentó la dimisión, que en seguida le fué aceptada, nombrándosele sucesor. Desde entonces —a pesar de los eminentes servicios que había prestado a su país— su reputación quedó deshecha para siempre y puede decirse que terminó su carrera militar. Maquiavelo fué uno de los pocos que siempre permanecieron leales a él, y en la segunda *Decennale* subraya sus méritos, al paso que condena la ingratitude de los florentinos, que permitió que este conciudadano pasara los últimos años de su vida ciego y en la miseria, sin hacer nada por él —con lenguaje que honra al autor y al tema. Jacopo Nardi colocó a Giacomini al nivel de Francesco Ferruccio, ni dejó Pitti de elogiarlo como debía. Pero todo eso no mermó en modo alguno la culpa de quienes tan inicuaente lo abandonaron en vida. El deplorable resultado del ataque a Pisa hizo que Maquiavelo volviera a parar atención con mayor interés que nunca en la creación de una milicia especial para la República florentina. Durante muchos años dedicaría a esta idea todas sus energías. Mas antes de hablar de ello con detalle precisa conocer su embajada a la corte del Papa Julio II, importante episodio en la historia del año 1506.

El nuevo pontífice, tras satisfacer las necesidades de sus parientes, se entregó en cuerpo y alma a la reconquista de las provincias que habían pertenecido a la Iglesia. Ahora que España dominaba en el reino de Nápoles era más necesario que nunca extender los dominios de la Iglesia, al Norte, para no estar a la merced de sus vecinos del Sur. Expulsar a los venecianos de Romaña, destruir a los tiranuelos que se habían levantado al caer los Borgia y conseguir todo esto en beneficio, no de sus sobrinos, sino de la Iglesia: he aquí lo que se proponía este hombre de sesenta y tres años; a ello dedicó el resto de su vida con una voluntad de hierro, la energía de un joven y el valor, no de un clérigo, sino de un jefe militar. Al firmarse el tratado de Blois entre Francia y España, Julio II había logrado ya que Luis XII, el emperador y el archiduque Felipe estuvieran de acuerdo en atacar a Venecia. Esto no se llevó a efecto; pero la paz definitivamente sellada en aquella ciudad el 26 de octubre de 1505 entre los franceses y los españoles —que tuvieron que aceptar muchos sacrificios para conservar a Nápoles— dejó a Italia en paz, y el Papa decidió entonces emprender por su cuenta lo que otros no harían por él. Deseando asegurar la tranquilidad en Roma, su primer acto consistió en devolver a muchos nobles las fincas de que habían sido arrojados por Alejandro

VI, a quien estigmatizó en sus bulas como usurpador fraudulento. Estableció también relación con los Orsini y los Colonna, casando a una de sus hijas con Giovan Giordano Orsini, y a una sobrina con el joven Marcantonio Colonna. El 26 de agosto salió el Papa con una cohorte de veinticuatro cardenales al frente de cuatrocientos hombres de armas y su pequeña guardia suiza para intentar la conquista de Perugia y Bolonia, ambas ciudades muy fuertes y con guarniciones importantes. Esperaba de Nápoles un centenar de *stradiotes*, otros soldados de los Gonzagas, los Este, los Montefeltro, de Francia y de Florencia, pues todos eran amigos suyos. Los florentinos —a los que Julio había pedido que le prestaran al capitán Marcantonio Colonna con su compañía— enviaron a Maquiavelo cerca del Papa el 25 de agosto, a fin de significarle que estaban dispuestos a ayudarle en su “santa obra”, pero que de momento no podían cederle a Colonna, pues era imposible dejar al ejército acampado ante Pisa sin un comandante; prometían, sin embargo, darle cuanto deseara tan pronto como hubiera “comenzado realmente” la empresa.

Maquiavelo se puso en camino inmediatamente, y el 28 de agosto escribió desde Civita Castellana que había hallado al Papa en Nepi, listo ya para partir y lleno de esperanza. Su Santidad estaba satisfecho de las promesas florentinas, esperaba la llegada de cuatrocientos o quinientas lanzas francesas, además de cien *stradiotes* de Nápoles, “y tenía la bolsa llena de infantería”. Marchaba a caballo a la cabeza de sus tropas, mandadas por el duque de Urbino. El embajador veneciano le había prometido la ayuda de su República a condición de que se le permitiera conservar Faenza y Rimini; pero el Papa soltó la carcajada al oír esto, y siguió su marcha, seguro del triunfo.

Ya el 5 de septiembre, Baglioni, aterrado de ver el extraordinario espectáculo del jefe de la Iglesia avanzando en persona contra él, se había presentado en Orvieto para negociar la rendición. Y el 9 escribió Maquiavelo desde Castel della Pieve que todo se había arreglado: que ya habían sido abandonadas las puertas de la ciudad y las fortalezas. Baglioni tomaría parte en la expedición como un capitán del Papa, quien manifestó que estaba dispuesto a perdonarle el pasado, pero que si lo volvía a coger de nuevo en pecado, aunque fuera venial, lo ahorcaría. Julio II había resuelto situar a quinientos soldados de infantería en la Piazza de Perugia y a cincuenta en cada puerta antes de entrar, pero tenía tanta prisa por llegar, que el 13 de septiembre entró en la ciudad con los cardenales, sin dar tiempo al duque de Urbino para que pusiera en práctica las órdenes que había recibido. El duque había conducido a sus hombres a las proximidades de las puertas y las fuerzas de Baglioni estaban a corta distancia, de suerte que el Papa y los cardenales quedaron a la merced de aquél. “Y si no hace mal —escribió Maquiavelo— a quien ha venido a despojarlo de mi Estado, se deberá a su buena condición. Ignoro cómo acabará esto, pero veremos qué pasa cuando haya estado aquí el Papa seis u ocho días”.¹¹ Giovan Paolo decía que prefería salvar a su Estado por la humildad a salvarlo por la fuerza, y, por tanto, tenía confianza

en el duque de Urbino. Pero el Papa, sin preocuparse por otra cosa, ocupó la ciudad y mandó venir a los viejos desterrados; no a los últimos, pues eso hubiera expuesto a gran peligro al señor ahora derribado; entre tanto, habían llegado los cien *stradiotes* de Nápoles.¹²

Harto sabido es que en los *Discorsi sulla Prima Deca di Tito Livio* censuró Maquiavelo la conducta de Baglioni, acusándole de cobardía por no haberse atrevido a apoderarse de las personas del Papa y sus cardenales, mediante lo cual se hubiera librado de ellos y hubiera sido el primero que demostrara a los prelados "cuán poco dignos de estimación son los que viven y reinan como ellos". Pero no es éste el momento de entrar a examinar obras de tan distinto carácter. Al contrario, esta embajada nos obliga a hacer otra observación. Maquiavelo había sido un entusiasta del duque de Valentinois, lleno de admiración por su habilidad y sus actos deshonorosos, pero mostraban muy poco interés por Julio II, quien, a pesar de sus innumerables defectos y muchos crímenes, no carecía de las cualidades de la verdadera grandeza. Es evidente que el secretario quedó asombrado al ver que Baglioni no osó resistir y no aprovechó momento tan propicio; pero su indiferencia por el Papa era tan considerable, que su embajada es una de las de poca importancia, siquiera hubiera podido esperarse que fuera una de las de máximo interés. Se limitó a su trabajo oficial, sin hallar cuestión alguna especial digna de estudiarse y sin plantear ninguna consideración de carácter general ni ajena al asunto de que trataba.

La verdad es que su pensamiento estaba absorbido por otra cosa, a saber, la creación de la milicia florentina, que ya había insinuado y se desvivía por llevarla a cabo. Constantemente pedía noticias sobre el asunto a su amigo Buonaccorsi. Además, siempre había mostrado desprecio singular —que casi rayaba en odio— por el clero; en su opinión, los Papas eran, y habían sido siempre, la ruina de Italia. De añadidura, le parecía que el estadista podía obtener escaso beneficio estudiando los principados eclesiásticos, pues su fuerza procedía de la religión, y esos eran los únicos Estados que, como quiera que fuesen gobernados, tenían carácter permanente".¹³

Si la autoridad de la religión y el poder de la Iglesia eran aún tan considerables que un hombre pérfido y astuto como Baglioni se atrevía de la mera presencia del Papa, Maquiavelo no creía que este hecho fuera muy instructivo para quien trataba de descubrir los secretos de la ciencia del Estado y deseaba descubrir en el fenómeno político las causas *naturales* y las pasiones *humanas* que constituyen su base. Cuanto era o pretendía ser divino caía fuera de interés para él. El destino, incluso los caprichos de la fortuna, pueden ser, pensaba Maquiavelo, temas de estudio, pero no la voluntad de Dios, que mirese a cualquier luz, trasciende, ciertamente, de nuestro intelecto. La audacia de Julio II, que a los sesenta y tres años de edad continuaba su marcha en pleno verano, sin tener en cuenta los peligros de caer en manos de sus enemigos, no le parecía a Maquiavelo acreditar mucha perspicacia. La sagacidad y la astucia demoníaca del duque de Valen-

tinóis merecían la pena de ser estudiadas como modelos de arte; pero la ciega temeridad del Papa, bien que mérito personal, no era señal de tacto político y, por consiguiente, le concedía poca atención. Del mismo modo que había separado el fenómeno político del fenómeno moral, separaba mentalmente el arte del estadista del carácter individual o privado de quien lo ejercía buscando en él solamente las cualidades útiles o necesarias para su debido desarrollo.

Entonces ni siquiera se detuvo a describir la formación del nuevo Gobierno de Perugia. El 25 de septiembre escribió desde Urbino que el Papa estaba más inflexiblemente inclinado que nunca a llevar a cabo su empresa, cuya conclusión era difícil predecir, pues —si le fallaba la ayuda francesa— el Papa pudiera acabar, dada su furiosa impaciencia, muy mal.¹⁶ Los venecianos esperaban sus primeros trátempos para imponerle sus deseos con ayuda del rey; otros aseguraban, por el contrario, que el Papa sabría manejar al rey; “tan poderosas eran las espuelas que podía hincar en sus costados . . . , pero cuáles pueden ser esas espuelas, lo ignoro”.¹⁶

El 3 de octubre se había declarado ya Luis XII en favor del Papa, contra Venecia y Bolonia, y seis embajadores de esta última ciudad estaban en Cesena para negociar la rendición. Sin embargo, cuando se refirieron a condiciones aprobadas por Papas anteriores, Julio II replicó que le tenían sin cuidado, y que tampoco quería saber nada de las que había aceptado él. Su propósito era liberar de los tiranos a ese pueblo y colocar bajo el dominio de la Iglesia cuanto pertenecía en justicia a la Iglesia considerando que si no lo hiciera, no tendría justificación ante Dios.

Contando ya con la ayuda francesa y habiendo pasado revista en Cesena a fuerzas que ascendían a 600 hombres de armas, 1,600 infantes y 300 suizos, rogó a los florentinos que enviaran sin demora a Colonna y a sus 100 hombres de armas, pues se disponía a salir para Bolonia.¹⁶ Giovanni Bentivoglio comenzaba ya a hablar de rendición; pero a su proposición de que el Papa entrara en la ciudad sólo con su guardia suiza, contestó Julio lanzando una bula contra él y contra sus partidarios, por virtud de la cual los declaraba rebeldes a la Santa Iglesia, entregaba sus posesiones al pillaje y concedía indulgencias a cuantos se declararan contra ellos o los mataran. Luego prosiguió su viaje.¹⁷ Como no quería entrar en lugares ocupados por los venecianos, eligió la ruta de Forlì a Imola por el territorio de los florentinos, que no fueron avisados de sus intenciones hasta que cruzaba la frontera. Con todo, la República hizo cuanto pudo por mostrarle amistad y respeto: Marcantonio Colonna recibió el 17 la orden de irse al Papa. Maquiavelo se adelantó al Papa para que nada le faltara en un viaje tan apresurado y repentino. Los Diez escribieron al instante a Piero Guicciardini, el comisario de Mugello, informáronle del avance de su Santidad: “Debia enviar cuatro o seis mulas cargadas con vino pulciano de la mejor calidad, un poco de vino trebbiano, unas cuantas cargas de buen queso de crema y por lo menos un cargamento de peras finas de Camilla.”¹⁸

El Santo Padre pasó rápidamente por Marradi y Palazuolo, donde todo estaba listo, y el 21 estaba en Imola, donde estableció su cuartel general. El mismo día escribió desde allí Maquiavelo que Su Santidad exigía a Bentivoglio la rendición incondicional y que lo más probable era que lo consiguiera. También decía que la cosa se estaba poniendo seria, que había que tener en cuenta el estado general de Italia y que era aconsejable el envío de un embajador al campamento. El Papa lo había pedido, de modo que los florentinos enviaron a Francesco Pepi, y cuando llegó a Imola el 26, Maquiavelo se apresuró a partir con el más vivo deseo de reanudar la tarea de formar la milicia.

Probablemente, Bentivoglio podría haber rechazado el ataque si no le hubiera odiado su pueblo —que ya se había sublevado a la llegada de las bulas del Papa— y si no lo hubiera abandonado Francia, que envió ocho mil hombres en ayuda del Papa al mando de Charles d'Amboise, que inmediatamente se adueñó de Castelfranco. Los boloñeses, temiendo el saqueo, expulsaron a Bentivoglio el 2 de noviembre y luego enviaron promesa de rendición al Papa. Pero cuando las fuerzas francesas trataron de penetrar, el pueblo se rebeló, asaltó el campamento enemigo, se mostró preparado para la defensa, y de esta suerte obligaron al Papa a prescindir de Amboise pagándole una buena suma de dinero, con la promesa, por añadidura, de hacer cardenal a su hermano. Así, el 11 de noviembre pudo entrar Julio II en Bolonia, en triunfo, como un César, rodeado de cardenales, obispos y señores de las ciudades vecinas. Cambió el gobierno, creando un Senado de cuarenta ciudadanos, que duró mucho tiempo; respetó los estatutos municipales; mandó construir una ciudadela y finalmente, el 22 de febrero de 1507, se marchó contento de haber conseguido todo lo que quería. El 27 de marzo fué el Papa por el Tiber a Ponte Molle, y luego hizo su entrada solemne en la ciudad. Esta empresa le había situado rápidamente a gran altura a los ojos de sus contemporáneos.

Maquiavelo, de vuelta en Florencia, comenzó a trabajar en su plan favorito sobre la milicia. Tenía desde hacía mucho tiempo la convicción de que la ruina de los Estados italianos se debía a la falta de tropas italianas y a la necesidad de servirse siempre de mercenarios. Cada vez que tuvo que visitar el campamento se afirmó más en esta idea, pues fué testigo de la insubordinación, la insolencia y la mala fe de los aventureros a quien se veían obligados los magistrados a confiar la seguridad del país. Había visto la fuerza que había adquirido el duque de Valentinois cuando hizo en sus dominios una leva "de un hombre por casa", con lo que pudo formar un gran núcleo de soldados indígenas. Los Estados más poderosos de Europa, como España, Alemania, Francia, estaban lealmente servidos por ejércitos propios; incluso Suiza, a pesar de ser un país pequeño, había conseguido, mediante instituciones libres, formar la primera infantería del mundo. ¿No podían hacer lo mismo los italianos, los florentinos? ¿No lo habían logrado las comunas de la Edad Media? ¿No era ejemplo débil de ello el que ofrecían ahora los obstinados pisanos, hechos a las armas por la fuerza de la necesidad? Y sobre todo, ¿no fué el sistema

que siguieron los romanos, maestros del mundo tanto en el arte de la paz como en el de la guerra? ¿Por qué no podía imitarse su organización y la de los suizos en Florencia? ¿No se lograrían aquí iguales resultados?

El sueño de Maquiavelo sería en lo sucesivo dar a Florencia, y luego, tal vez, a Italia, un ejército propio y con él la fuerza que ahora le faltaba y la dignidad política que nunca poseen los Estados débiles. Y a ello se entregó con tan desinteresado entusiasmo, con ardor tan juvenil, que por primera vez despierta su carácter en nosotros simpatía y admiración que antes no podíamos sentir. Desaparece de sus labios la sonrisa cínica del diplomático frío y de pronto toma su fisonomía, a nuestros ojos, una solemnidad seria y severa, revelándonos la llama del verdadero patriotismo que arde en su corazón y ennoblece su existencia. Si como padre, marido e hijo hemos hallado en él poco que censurar, tampoco hemos tenido mucho que admirar. Sus costumbres no están libres de los pecados de su tiempo. Como ciudadano, hasta ahora lo único que ha hecho ha sido servir fielmente a la República con el talento con que le había dotado en abundancia la Naturaleza. Hemos visto, cierto, que en las muchas embajadas que se le confiaron nunca pensó en aprovechar la oportunidad para prosperar, sino que se dedicó a estudiar los principios de una nueva ciencia con una pasión que le hacía olvidar sus propios intereses personales. Pero era éste un desinterés científico del que tenemos innumerables ejemplos hasta en medio de la corrupción del Renacimiento italiano. Pero cuando Maquiavelo trata de estimular al gonfaloniero a que funde la nueva milicia, y escribe al cardenal Soderini para que le ayude a influir en su hermano y viaje por los dominios de la República, repartiendo armas, alistando infantería, escribiendo miles de cartas y rogando se le permita seguir estudiando campamentos y guarniciones, es imposible no reconocer en esto una prueba de profunda y sincera abnegación a favor del bien público. En su calidad de secretario y de hombre de letras, que nunca siguió la carrera militar, no podía esperar ningún beneficio personal de todo ello, ni siquiera el ascenso en su empleo. Por tanto, sólo lo guiaba el puro patriotismo, de lo cual había en ese momento muy pocos ejemplos en Italia. Ningún otro literato de su época puede jactarse de tanto.

Mas de cuanto acabamos de decir no debe inferirse que nuestra admiración nos deba hacer perder de vista los errores y defectos de Maquiavelo, ni que hayamos de considerarlo, como han hecho algunos escritores, como un genio militar. La grandeza y la originalidad de sus concepciones eran las que había que esperar de un patriota y un político que se había ocupado de la administración de asuntos militares y que, en un tiempo en que la guerra era cosa mucho más sencilla que en el nuestro, había vivido a menudo en campamentos, había celebrado largas conversaciones sobre cuestiones militares con Guicomini y otros capitanes contemporáneos, pero que nunca tuvo el mando de una sola compañía. Su mismo libro sobre *L'arte della guerra* aunque repleto de observaciones justas e ideas originales— con-

tiene mucho que nos recuerda que no era soldado. Por ejemplo, bastará citar su casi absoluta falta de fe en la eficacia de las armas de fuego, que, no obstante, destruyeron el viejo sistema de tácticas y crearon el nuevo. En uno de los proemios que sirven de preludeo a sus *Novelle* cuenta Matteo Bandello que un día se encontró bajo las murallas de Milán, en compañía de Giovanni dei Medici, el famoso capitán —más conocido por Giovanni el de las Bandas Negras— y de Maquiavelo. Maquiavelo, deseando darles una idea de cierta maniobra militar que había descrito a menudo muy bien, tuvo a 3,000 hombres al sol durante más de dos horas sin lograr realizar el deseado movimiento, hasta que —habiendo pasado ya hacia mucho tiempo la hora de comer— Giovanni perdió la paciencia, lo echó a un lado y en un instante, con ayuda de los tambores, les hizo realizar varias maniobras de manera maestra. Después, en recompensa por el tiempo que les había hecho perder, contó Maquiavelo un cuento que está entre los de Bandello. Y aunque la historia no menciona esta anécdota, no hay nada improbable en ello; y en todo caso es una prueba más de que en sus días el autor del *Arte de la guerra*, tan admirado generalmente como escritor de asuntos militares, no estaba reconocido como hombre de conocimientos militares prácticos.

La República había pensado hacía tiempo crear una milicia propia, pero sin fe alguna en el éxito del plan; Maquiavelo, al contrario, tenía completa fe en él. La conducta casi siempre poco satisfactoria de los *comandanti*; la cobardía de la infantería, que en el último ataque a las murallas de Pisa se había negado a asaltar la brecha, habían convencido a la mayoría de que sólo eran de fiar los soldados profesionales; pero Maquiavelo había luchado siempre contra esta opinión, tratando de demostrar que todo el mal venía de la falta de buena instrucción y disciplina. En primer lugar se propuso convencer al gonfaloniero, “y viendo que había cierta posibilidad de éxito, comenzó a explicar su método detalladamente”.¹⁹ Pero aun después de haberlo convencido, mil dificultades se oponían a llevarlo a la práctica, en primer término la desconfianza de los que temían que Soderini empleara la milicia como medio para gobernar como tirano. Hubo, pues, que acudir al recurso de realizar experimentos con el nuevo sistema en pequeña escala, con la esperanza de que los ciudadanos reconocieran su utilidad y aprobaran las medidas legislativas necesarias para darle permanencia y estabilidad. Este fué, luego, en realidad, el resultado.

Poseemos un informe de Maquiavelo que contiene todos los detalles de los pasos dados por él en este primer intento, pasos que luego fueron reconocidos legalmente. Por ello vemos cuán distintas eran las ideas de esa época de las nuestras, y cuán enormes y a menudo insuperables eran las dificultades con que tenían que luchar los hombres. Comienza declarando, como cosa indiscutible, que si la República desea tener un ejército propio, ese ejército sólo debe tener oficialidad florentina y su caballería debe estar formada exclusivamente por florentinos. Y como la formación de la caballería era justamente la parte

más difícil del nuevo plan, se imponía por el momento obtener la infantería fuera de la ciudad. Sin embargo, el territorio estaba dividido en el *contado* (o territorio propiamente dicho) y en distritos, es decir, las partes que contenían grandes ciudades y habían estado gobernadas antes por ellos, antes de llegar a ser súbditos de la República por la conquista o por propia voluntad. Sería muy peligroso armar a estos distritos —escribía Maquiavelo—, “porque es el carácter toscano tan especial, que quien ha vivido una vez independientemente no buscará jamás un amo”. Por consiguiente, sólo se armaría al territorio propiamente dicho. No era ésta la única precaución. Había tanta desconfianza, que incluso estaba prohibido que los oficiales elegidos para mandar las compañías formadas bajo distintas banderas fueran del mismo lugar que los soldados, o se les permitiera mandar las mismas tropas más de un año. Con esto se trataba de evitar que los oficiales trabaran demasiada amistad con sus hombres, no fuera que obtuvieran excesiva influencia y se hicieran así peligrosos.

Todos debían tener presente que los primeros y más esenciales elementos de poder faltaban en un estado en que cada pueblo tendía a separarse de la ciudad dominante, que, por virtud de su monopolio de los derechos políticos, estaba obligada forzosamente a ver con la máxima desconfianza a los propios ciudadanos a quienes deseaba confiar su defensa. Pero el secretario florentino no veía algunos de estos inconvenientes, pues, según las ideas de su tiempo, no había nada anormal ni raro en ellas; otros, esperaba, serían vencidos poco a poco. Así, por ejemplo, escribió que después de armar al *contado*, tal vez fuera posible —con ciertas precauciones— armar al menos a una parte del *distretto*. Tenía ilimitada fe en esta nueva organización militar y en conclusión dijo a sus conciudadanos: “Aprenderéis incluso en vuestro tiempo la enorme diferencia que existe entre conciudadanos que son soldados por propia voluntad y no, como actualmente, por motivos mercenarios; porque ahora, si un hombre ha sido hijo desobediente y ha despilfarrado su fortuna, ése se hace soldado, mientras que con el nuevo sistema, hombres bien educados, instruidos en buenas escuelas se honrarán a sí mismos y honrarán a su país”.

Inspirándose en estas ideas, no sólo trataba de infundírselas directamente al gonfaloniero, sino que también se servía de los que tenían influencia sobre él. A principios de 1506 escribió al cardenal Soderini, a Roma, rogándole que convenciera a su hermano de que un *régimen* severo y justo en el *contado* constituiría una base sólida y segura para la nueva ordenanza. Y el 4 de marzo le contestó el cardenal: “Cada día estoy más convencido de que los hechos confirman nuestras esperanzas *pro salute et dignitate patriae*; no hay duda de que otras naciones han llegado a ser superiores a nosotros solamente por el mantenimiento de la disciplina, desterrada de Italia desde hace mucho tiempo, y grande tiene que ser vuestro contento de haber comenzado cosa tan importante”. De acuerdo con el ruego de Maquiavelo, escribió el mismo día al gonfaloniero felicitándole por la confianza que todo el mundo tenía en la nueva milicia, de la que todos esperaban la re-

surrección de glorias pasadas, y cuidando de repetir que todo dependía de la buena disciplina, *quae plurimum consistit in obedientia, maxime fundatur in iustitia*, concluía proponiendo que, para mantener esta justicia, debía nombrarse "algún ministro parecido a Manlio y Torcuato (*sic*) muy rígido y severo, que en los asuntos urgentes sepa actuar con rapidez, y confíe los asuntos menores a sus oficiales".²⁰

Como la nueva milicia sólo estaba en curso de formación, no exigía todavía un general en jefe, y los reclutas podían recibir la instrucción de sus llamados condestables, algunos de los cuales eran extranjeros; pero era imperativo que hubiera una autoridad superior de alguna clase, aunque no fuera más que para mantener la disciplina y castigar, cuando fuera menester, a los delinquentes. A este fin se decidió, de acuerdo con la sugestión hecha por el cardenal al gonfaloniero, elegir un hombre con conocimientos militares prácticos y con prestigio. ¿Pero quién hubiera supuesto que el gonfaloniero, como Maquiavelo, animados de patriotismo tan puro y tan noble y por admiración tan alta por Manlio Torcuato, por Escipión y Camilo de la Roma antigua, pensarían nombrar a un oficial como don Micheletto, el asesino, el estrangulador, el confidente del duque de Valentinois, el hombre que hacía tan poco tiempo había sido hecho prisionero por la República y enviado a Julio II como monstruo de iniquidad, enemigo de Dios y de los hombres? Pues así fué. Cierto que de primeras esta elección causó algún recelo a los magistrados y a los ciudadanos, no, sin embargo, por ninguna repugnancia moral, sino solamente por miedo a que Soderini empleara a este hombre como peligroso instrumento de tiranía. Maquiavelo, a quien se le había encargado que averiguara hábilmente las intenciones de Francesco Gualterotti, G. B. Ridolfi y Piero Guicciardini, y si los Diez consentirían nombrar a don Michele, con cien hombres, *bargello del Contado*, los halló poco inclinados a la idea; pero al presentar esta proposición a los Ochenta fué aprobada finalmente, después de haber sido puesta a votación tres veces.²¹

Tanto en Romaña como en Roma había tenido Maquiavelo sobrada ocasión de saber quién era don Michele. Lo había visto a las órdenes del duque de Valentinois al frente de hombres sacados del campo, y que, sin ser mercenarios ni soldados profesionales, cumplían con su deber extraordinariamente bien; por tanto, creyó que era el hombre ideal para mantener el orden y la disciplina en la cruda milicia florentina. No desconocía los muchos crímenes e iniquidades cometidos por don Michele, pues todo el mundo estaba al tanto de ellos, pero creía que para el fin que se perseguía, la fama de cruel y sanguinario que tenía ese hombre sería una ventaja antes que un inconveniente. Quería que don Michele fuera temido y respetado por sus hombres, de manera que en caso de necesidad pudiera conducirlos contra el enemigo y con su ejemplo, unido al prestigio de su cruel severidad, hacerlos duros y formidables en campaña. Cuando en junio de ese año parte de la nueva infantería enviada al campamento ante Pisa cumplió con su deber simplemente, escribió al comisario general en Cascina, Giovanni Ridolfi, que le enviaba a don Michele con su com-

pañía de cien hombres para que sirvieran contra los pisanos, pues como éstos tienen en poca estima a nuestra infantería, nos gustaría hacerles cambiar de opinión. “Y él (don Michele), acostumbrado, mientras estuvo con el duque, al mando y manejo de la misma clase de hombres, creemos que sería buen plan, de poderlo realizar, de meterlo allí con ellos, para que se acostumbre a ellos primero y luego, en caso de que hubiera que realizar de pronto alguna expedición en cualquier dirección, él y su infantería podrían unirse rápidamente a ellos. Y después que haya visto y manejado a las tropas en las revistas, pronto podrá sacarles partido en servicio activo”.²²

He aquí la idea de Maquiavello: don Michele infundiría al joven ejército florentino el nuevo espíritu militar. ¿Por qué —podríamos preguntar— no utilizaron a ese valeroso soldado y excelente patriota, Antonio Giacomini? ¿Cómo podían suponer los gobernantes de Florencia a un asesino capaz de inculcar genuina disciplina militar, esto es, honor militar? Con todo, incluso si Giacomini no hubiese estado en desgracia en ese momento, los florentinos nunca hubieran concedido tanto poder sobre el nuevo ejército florentino a un conciudadano. Hubiera habido el acostumbrado temor a que implantará una tiranía. Así como en otro tiempo habían exigido que el podestá fuese un extranjero, también ahora había de ser extranjero su *bargello del Contado*.

Según Maquiavello, la nueva milicia debía estar animada de verdadero espíritu patriótico y, por tanto, tenía que hallarse formada por hombres honrados y bien dirigidos; pero no era necesario que el individuo encargado de mandarla e instruirla tuviera otra cualidad que la exigible para esa tarea, que en modo alguno resultaría afectada por su carácter moral. A menudo la bondad de corazón puede ser un obstáculo para aquellos actos de severidad y crueldad que un capitán, como un hombre de Estado, está llamado a ejecutar.

Conforme con las ideas modernas, debe existir un lazo unitivo entre los capitanes y sus hombres; deben ser un cuerpo con una conciencia. Esta conciencia debe estar personificada en el comandante y debe hacerse de su conducta la manifestación más alta y más inteligente, como si dijéramos del pensamiento común; debe hacer de su misma severidad un acto de justicia. Pero se tratara de ejércitos o de gobiernos, Maquiavello no percibía la necesidad de semejante unidad. Los pueblos de su República debían ser virtuosos; pero, a su juicio, el pueblo tiene poca conciencia individual; es como blanda arcilla en manos del estadista, que puede moldearlos a capricho con sólo que conozca sus propias intenciones y sepa llevarlas a cabo sin escrúpulos de ningún género. A Maquiavello, o se le calumnia atrozmente, o no se le comprende por aquellos que creen que no amaba ni admiraba la virtud. A menudo lo vemos repitiendo que “ningún hombre mortal puede menos de amarla, de admirarla”, y sus palabras en alabanza de la virtud se elevan con frecuencia a tal grado de elocuencia, que es evidentemente hijo de la genuina convicción, más que de la retórica. Pero en el sentir de Maquiavello, como en el sentir de su tiempo en general, la moralidad era una cuestión individual, completamente perso-

nal; el arte de gobernar, de mandar, no estaba en conflicto con la moralidad, sino que era absolutamente independiente de ella. La idea de una conciencia y una moralidad pública sólo es inteligible para quien ya posee la concepción de la unidad y la personalidad social, que nos enseña claramente que para una nación, como para el individuo, el verdadero gobierno es el *self-government*, con el inevitable acompañamiento de responsabilidad. Esta idea era desconocida en el siglo xv, y nunca llegó a penetrar en realidad en el intelecto de Maquiavelo. Para la mente medieval, todos los acontecimientos históricos, todas las transformaciones sociales, eran expresión de la voluntad divina, que el hombre no podía apoyar ni evitar; para Maquiavelo, por el contrario, el hecho social se había trocado un hecho humano y racional, cuyas leyes trataba él de descubrir, pero para él las vicisitudes de la Historia eran casi siempre obra exclusiva de príncipes y generales. Por esta razón atribuye influencia casi ilimitada al estadista, a su determinación y a su sagacidad, a las instituciones y leyes que pueda crear —dados el genio y la energía necesarios.

De suerte que no halló dificultad para convencerse de que el nuevo sistema militar, planeado por él a la vista de los suizos²³ y romanos, tenía que producir —puesto en práctica leal y rigidamente— resultados infalibles. Tan pronto como convenció de ello al gonfaloniero, a fines de diciembre de 1505, comenzó a viajar por Toscana, con cartas credenciales para alistar soldados de infantería. Su actividad debe de haber sido prodigiosa en enero y febrero, pues le vemos cada día en un lugar distinto. Regresó a Florencia a mediados de marzo y prosiguió su labor por correspondencia.²⁴ Lo antes que se pudo, se pasó revista a cuatrocientos hombres, quienes bien armados y vestidos con uniformes alegres, desfilaron por la Piazza de la Signoria y causaron la mejor impresión a los ciudadanos; este experimento se repitió de cuando en cuando, y ello hizo que aumentara cada día la popularidad de la nueva milicia. Como hemos visto, algunos de esos soldados de infantería fueron enviados a Pisa, pero no habiendo dado el excelente resultado que se esperaba, don Michele recibió la orden de agregarse a ellos con su compañía. Y aunque incluso entonces no se lograron grandiosos resultados, en agosto hubo algunos encuentros favorables.

En todo caso, siendo ya una realidad la milicia y viéndola el pueblo con buenos ojos, se imponía establecerla legalmente. Por esta razón escribió Maquiavelo el informe a que nos referimos con frecuencia. En este informe decía que en todo el territorio de la República y en todos los pueblos que tenían podestá se había reclutado una compañía y se había designado un condestable por cada tres, cuatro o cinco compañías. En total, había treinta compañías (cada una con su propia bandera) y once condestables. Se habían inscrito más de cinco mil hombres, pero este número pudiera quedar reducido rechazando a los menos aptos físicamente; doce mil habían pasado ya revista en Florencia. El informe pasaba a demostrar la necesidad de nombrar un nuevo magistrado encargado del reclutamiento regular de la milicia. El 6 de diciembre de 1506 fué aprobado un decreto por

el Gran Consejo, por una mayoría de 841 contra 317, por el que se creaban *Nove ufficiali dell' ordinansa e milizia fiorentina*, más conocido por *Los Nueve de la Milicia*, y este decreto vino a representar la aprobación oficial de todas las proposiciones presentadas por Maquiavelo. Los Nueve —que fueron elegidos entre los miembros del Gran Consejo— desempeñaban el cargo durante ocho meses consecutivos y estaban encargados del reclutamiento de los soldados, de su armamento, de sus ejercicios y su instrucción, de su disciplina, de sus castigos, del nombramiento de jefes, etc.; pero al declararse la guerra pasaría bajo el control de los Diez. Por el mismo decreto se creó el puesto de capitán de la guardia para el territorio y distrito de Florencia, con treinta arqueros montados y cincuenta soldados pagados. Este oficial estaría subordinado a los Nueve, y sería elegido como otros condottiers, con la sola diferencia de que “ningún nacido en Florencia, en territorio ni en distrito florentino, ni en ningún otro lugar a sesenta y cinco kilómetros de la frontera florentina podría ser designado para este puesto. El 10 de enero de 1507 fueron elegidos los Nueve, el 12 prestaron juramento y el 13 comenzaron a prestar servicio. Este decreto les autorizaba a tener uno o más cancilleres, y, como es natural, inmediatamente se fijaron en Maquiavelo. Por decretos del 9 y 27 de febrero nombraron a don Michele capitán de la guardia, para el territorio y el distrito.

Pasa ahora la vida de Maquiavelo a una nueva fase, en la cual se convenció cada vez más de que su misión consistía en devolver a Florencia sus antiguas glorias militares y sus antiguas virtudes. No había sido el primero que había concebido esta esperanza, pero entonces era el único que la conservaba. El cardenal Soderini expresó una opinión muy general cuando dijo, escribiendo a Maquiavelo desde Bolonia el 15 de diciembre de 1506: “Creemos realmente que esta Ordenanza (la de la Milicia) *sit a Deo*, dado que se desarrolla y florece día a día a despecho de la maligna oposición”; y añadía que hacía mucho tiempo que la República no había hecho nada tan notable, y que todo se debía a Maquiavelo. Y siendo ésta también la opinión de los ciudadanos más influyentes, no puede causarnos sorpresa que, Maquiavelo, autor reconocido de esta importante reforma, mirara al futuro con la mayor esperanza. Ciertamente, no todas sus esperanzas podían realizarse, y en parte sólo se acreditarían de ilusiones nobles y generosas; sin embargo, años más tarde serían fuente de gloria imperecedera para la República. Porque cuando, en 1527, se halló Florencia sitiada y asaltada por enemigos innumerables, los partidarios de Savonarola despertaron su antiguo amor por la libertad y la República resucitada fué defendida heroicamente por aquella milicia que propuso y creó Nicolás Maquiavelo.

NOTAS AL CAPITULO VIII

1. Matarazzo, *Cronaca di Perugia*, Archivio Storico Italiano, vol. XVI, parte II, pág. 59.

2. Matarazzo, págs. 130-144.
3. Idem, pág. 150.
4. Carta del 17 de julio.
5. Carta del 18 de julio.
6. Carta del 20 de julio, 19 horas.
7. Carta del 21 de julio.
8. Carta del 23 de julio.
9. Buonaccorsi, *Diario*, pág. 113.
10. Idem, págs. 115-117.
11. Carta del 13 de septiembre.
12. Carta del 15 y el 19 de septiembre, desde Perugia.
13. *El príncipe*, cap. XI.
14. Carta del 25 de septiembre, desde Urbino.
15. Carta del 28 de septiembre.
16. Cartas del 3, 4 y 5 de octubre.
17. Carta del 10 de octubre desde Forli.
18. Carta del 17 de octubre de 1506.
19. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap XXIX, pág. 324.
20. Estas dos cartas, y una que citaremos más adelante, también del cardenal Soderini, figuran entre las "Carte del Machiavelli".
21. Guicciardini *Storia Fiorentina*, cap. XXIX, pág. 323.
22. Carta del 12 de junio de 1506, en los Archivos de Florencia, cl. X, dist. 3, núm. 121, hoja 1r.
23. Guicciardini nos dice en su *Storia* (pág. 324) que "la infantería estaba organizada de acuerdo con la manera suiza". Maquiavelo había tenido ocasión de estudiar en Italia a las milicias suiza y alemana.
24. Canestrini, *Scritti Inediti*, págs. 324-25.

CAPITULO IX

MAQUIAVELO DIRIGE LA INSTRUCCIÓN DE LA MILICIA. SU VIAJE A SIENA. ESTADO GENERAL DE EUROPA. MAXIMILIANO SE PREPARA PARA CORONARSE EMPERADOR DE ITALIA. MISIÓN DE MAQUIAVELO AL EMPERADOR. LOS ESCRITOS SOBRE FRANCIA Y ALEMANIA.

(1506-1510)

Los años de 1506 y 1507 estuvo dedicado Maquiavelo a una serie de pequeños detalles. Ahora invertía todo su tiempo en la organización de la nueva milicia, tarea que había caído por completo sobre él y que llevaba a cabo con entusiasmo y alegría. Se pasaba el día escribiendo a los podestates o a los alcaldes de distintos pueblos, dándoles instrucciones para que hicieran listas de los hombres físicamente aptos, formaran batallones y facilitaran fondos para los gastos que se derivaban del reclutamiento y de la instrucción de los que figuraban en las listas. Enviaba armas e instrucciones; estaba informado de todos los motines graves y tomaba medidas para sofocarlos, bien con castigos adecuados o, en casos extremos, enviando a don Michele con su compañía para que emplearan medios violentos. Con frecuencia, sin embargo, la brutalidad de don Michele acentuaba el desorden en vez de apagarlo y había que buscar otros remedios. Maquiavelo despachaba todos estos asuntos en nombre de los Nueve, de quienes era secretario; pero en realidad corría con todas las responsabilidades. En consecuencia, los capitanes de la milicia le abrumaban con cartas, muchas de las cuales todavía se conservan. Y no era esto todo. Tenía que viajar a menudo por los territorios de la República, y hacer frente personalmente a mil dificultades; tenía que reclutar soldados de infantería, elegir los capitanes de las bandas y remitir listas con sus nombres a Florencia, donde se confirmaban inmediatamente sus nombramientos, *como elegidos y revisados por Maquiavelo*. La primera prueba que se hizo con esos soldados de infantería consistió en enviar a varios centenares al campamento ante Pisa; pero tan pronto como consiguieron un poco de prestigio como soldados se presentaron agentes de las Compañías Libres o de los Estados vecinos, tratando de que desertaran a sus banderas con ofrecimientos liberales. De ahí nuevas ansiedades y nuevas precauciones a fin de impedir que la difícil obra se deshiciera no más iniciada.

Pero todo este incesante trabajo no evitaba que los Diez o la Señoría enviaran a Maquiavelo algunas veces al campamento de Pisa para que resolviera cuestiones militares, o en misiones diplomáticas más o meros importantes. Soderini estaba siempre dispuesto a emplearlo de esta manera, dada la gran confianza que tenía puesta en él.

En agosto de 1507 fué enviado a Siena, para que informara sobre el acompañamiento del legado Bernardino Carvajal, cardenal de Santa Croce, y sobre el recibimiento que dispensarían allí a dicho prelado. El cardenal había sido enviado por el Papa para que recibiera a Maximiliano creyendo que éste iba realmente a recibir la corona imperial.¹ La misión de Maquiavelo estribaba en descubrir por todos los medios, por conducto del legado, cómo pensaba el emperador en orden a las graves complicaciones políticas que se avecinaban.

De consiguiente, vemos al secretario florentino ocupado en el muy humilde oficio de enviar informes desde Siena relativos a los ciento diez caballos y las treinta o cuarenta mulas que había comprado el legado, así como registrando el número de terneras, corderos, pares de aves, patos, pichoncillos, botellas de vino y melones que le habían regalado los sieneses. Añadía que se rumoreaba que Pandolfo Petrucci estaba verdaderamente ofendido por la llegada del emperador, considerándola útil sólo para los pisanos; pero, sin embargo, hacia ver que le placía. Asimismo, que el legado tenía el encargo de persuadir al emperador de que no prosiguiera el viaje, y que, por tanto, había recibido poderes, junto con otro cardenal alemán, de coronarlo en cualquier sitio, menos en Italia. Pero incluso esos pocos y escasos asuntos no eran más que rumores.

El viaje del emperador había despertado gran expectación. En Florencia se le veía en muchos aspectos, y una de sus consecuencias fué que no tardara Maquiavelo en salir de Italia con una embajada al extranjero. No sólo se sabía que el emperador exigía grandes sumas por dondequiera que pasaba; eran también tan graves y múltiples los elementos de la complicación europea, que el menor incidente podía tener las consecuencias más serias e imprevistas. La muerte de Isabel la Católica y la sublevación castellana contra el archiduque Felipe el Hermoso y su mujer Juana, hija y heredera legítima de la Reina, habían obligado a Fernando de Aragón a seguir una política más cautelosa y menos agresiva. Había firmado una tregua con Francia, había sellado con ese país el tratado de Blois en octubre de 1505 y había llegado a Italia para ver de cerca cómo estaban las cosas. La muerte del archiduque, ocurrida entonces, y la locura de Juana y el nombramiento de regente de Castilla a favor de Fernando, tranquilizaron hasta cierto punto a este monarca. Sin embargo, esos acontecimientos le dieron mucho que hacer en su país, donde no faltaban motivos de desorden ni de descontento. Fácilmente podría aprovechar esa situación el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, que en ese momento vivía retirado en sus tierras, debido a los celos y la desconfianza que había despertado en el rey, por ser popularísimo en el ejército y en España, cuyas fuerzas habían cosechado grandes triunfos bajo su mando. Todo ello

favorecía a Francia, cuya buena fortuna ascendía de nuevo, y la desesperada sublevación de Génova le ofreció excelente oportunidad para conquistar nuevos laureles. La rebelión fué sofocada por Luis XII a la cabeza de su ejército, y con gran efusión de sangre, en los primeros días de 1507.

La afirmación del poder francés hizo entrar en escena inmediatamente a otro rival de Francia, Maximiliano. Este fantástico monarca, con su carácter voluble y afán de aventuras, se hallaba al frente de una nación que no carecía de fuerza, pero que estaba muy debilitada por los estragos de las perturbaciones políticas. El Sacro Imperio Romano se había transformado en el Imperio Germánico mediante la formación de nacionalidades en otros Estados que habían conquistado la independencia. El Imperio tenía poca influencia en Italia, y ninguna en España, Francia e Inglaterra, que eran ahora, por cierto, formidables enemigos suyos. Los príncipes, obispos y ciudades libres que lo componían estaban igualmente animados por el espíritu de independencia que minaba considerablemente la autoridad de Maximiliano. Porque si bien reinaba supremo en el archiducado de Austria y sus demás Estados, y como señor feudal en Alsacia, Suabia y otros lugares, significaba poco como rey de Romanos. Incluso en Alemania estaba naciendo el sentimiento de la nacionalidad, que tendía a unir a todos los elementos dispersos bajo una autoridad central y era favorable a cualquier representante de la unidad del Imperio. Pero existía un obstáculo. Maximiliano deseaba reconstruir el Imperio en interés de los Habsburgo mediante un Consejo nombrado por él y de él dependiente, en tanto que los patriotas alemanes querían una oligarquía que pusiera todo el poder en sus manos e hiciera al emperador su subordinado. Así, se agitaban al propio tiempo los intereses de la Casa de Habsburgo y de los Estados por ella dominados, la necesidad de la independencia local, el creciente sentimiento de la nacionalidad y la unidad germánica y las todavía más poderosas tradiciones del Imperio; y todo ello constituía una almáciga de elementos que no podían ser separados ni armonizados.

Al frente de esta situación política, harto complicada y difícil, estaba el todavía no coronado emperador y aun titulado, de consiguiente, rey de Romanos. Maximiliano I era hombre de carácter muy curioso y contradictorio. De maneras agradables y afables, no exactamente hermoso, pero con una figura fuerte y bien proporcionada, era derrochador, hábil en la guerra, especialmente en el mando de la artillería y, por tanto, amado de sus soldados. Su cabeza abrigaba los designios más extraños y fantásticos, que nunca podía realizar, pues tan pronto como comenzaba a ponerlos en práctica se sentía inclinado a iniciar otros.

Inbuído todavía de ideas medievales, quería someter al mundo a la dominación del Imperio; reconquistar Italia; marchar a Constantinopla a luchar contra los turcos y liberar el Santo Sepulcro; a veces incluso soñaba con ser Papa, idea que parece increíble si no la hubiera manifestado en cartas.

Con todo, este monarca, con sus planes para el sometimiento del Oriente y el Occidente, tenía que soportar disputas diarias sobre el número de soldados y la cantidad de dinero que debían pagar al Imperio los príncipes y las ciudades libres; ni lograba siempre ser obedecido por los súbditos de sus propios Estados. A veces le faltaba dinero para pagar a las tropas y hacia inútiles llamamientos y en vano reunía a los parlamentos para obtener fondos. Se vió, pues, obligado a empeñar las joyas de la corona y hasta a servir bajo pequeños potentados y recibir la paga como si fuera un capitán libre corriente. Pero a pesar de todo eso, nunca abandonaba sus grandiosos proyectos, en los cuales Alemania simulaba en ocasiones secundarle, para dejarlo luego, inesperadamente, en la estacada. Mas ni siquiera eso le impedía meterse en proyectos más profundos ni estar planeando perpetuamente otros. Se nos aparece, pues, como el último caballero andante en un mundo a punto de extinguirse y, a despecho de sus excelentes cualidades, lo vemos a menudo a una luz cómica y grotesca.

Maximiliano se hallaba siempre en su política exterior en conflicto con Francia, que, manteniendo relaciones secretas con muchos príncipes del Imperio, creaba a su adversario dificultades sin cuento. Los intereses de ambas potencias chocaban de continuo en los Países Bajos y en Italia. Por esta razón, Fernando e Isabel habían estado del lado de Alemania, para perjudicar a Francia. Pero después del Tratado de Blois, Luis XII, sintiéndose seguro por lo que a España se refería, se engrió, y Maximiliano, teniendo la guerra por inevitable, trataba de reunir hombres y dinero.

Francia no había cumplido su promesa de dar en matrimonio a Carlos, sobrino y más tarde sucesor del emperador, a la hija del rey, Claudia; y en consecuencia, Maximiliano se propuso ganar el ducado de Milán para sí. La sumisión de Génova y el efecto alentador que ello produjo en los franceses le indujeron a apresurar su marcha a Italia, a fin de tomar posesión de la corona, hacerse señor de Milán y restablecer en todas partes la dominación imperial. Julio II seguía estos movimientos con gran preocupación, y deseaba dirigirlos de acuerdo con sus deseos, todos tendientes a un objeto, a saber, la recuperación de los territorios que consideraba le habían sido arrebatados a la Iglesia, en particular los ocupados por los venecianos, Estado por el que parecía sentir odio inextinguible. Con la ayuda de sus astutos legados, el Papa tendía ya los hilos de su política futura. Hasta ese momento sus designios habían fracasado, pues era imposible reconciliar a Alemania con Francia, que por su parte se acercaba cada vez más a Venecia. Maximiliano persistía aún en su plan de ir a apoderarse de la corona, aunque tuviera que enfrentarse en la carretera con los franceses y con los venecianos. Así es que en Italia estaban los ánimos en continua tensión, el Papa no menos que los demás, pues no podía tolerar que los acontecimientos se desarrollaran sin su influencia. Y si alguna vez llegó a sus oídos el rumor de que Maximiliano quería llegar a ser Papa, hubo de producirle gran indignación, por increíble y pueril que fuese semejante idea.

Pero para entrar en Italia, Maximiliano necesitaba hombres y dinero y no tenía ni aquéllos ni éste. Para obtener los primeros podía recurrir a Suiza, porque el país helvético, desde la violenta y heroica resistencia que opuso a Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1476-1477), se había convertido en una mina de hombres combatientes. Sin embargo, Suiza era entonces solamente en forma nominal una porción del Imperio, y el mismo Maximiliano se había visto obligado, después de la obstinada lucha de 1499, a reconocer la independencia de la Confederación Helvética. Rápidamente se unieron a ésta Basilea y Schaffhausen, y Appenzell algún tiempo después. Así, la Confederación comprendía trece cantones a los cuales otras pequeñas repúblicas estaban ligadas por vínculos de solidez variable, entre ellas la de los tres cantones de Rhetia, conocidos en Italia con el nombre de Liga de los Grisones, y que en la actualidad forma parte integrante de la Confederación bajo el nombre de Cantón de los Grisones. Todas estas repúblicas estaban entonces dispuestas a que su excelente infantería fuera contratada para intervenir en cualquier guerra defensiva u ofensiva de cualquier Estado. Lo malo era que sus servicios tenían que ser comprados. Luis XII disponía de oro, pero no Maximiliano, y en vano hacía esfuerzos por obtenerlo. Así, incluso, en los Alpes, estaban en lucha Alemania y Francia, y en un país que hacía pocos años había reconocido la supremacía del Imperio, la ventaja estaba de parte de la potencia rival.

En 1507 Maximiliano pidió tropas a la Dieta de Constanza, para reconquistar el territorio del Milanesado, apoderarse de la corona y restablecer la autoridad imperial. La Dieta se declaró en favor de la empresa; pero quería que ésta se llevase a cabo en su propio nombre y con generales de su propia elección, en tanto que Maximiliano deseaba dirigirla personalmente y en interés de su investidura.

De esta cuestión, uno de los motivos tradicionales de disputa en Alemania, surgió la consecuencia usual, es decir, los arreglos transitorios e insuficientes. Se concedieron al emperador 8,000 soldados de caballería y 22,000 de infantería, pero solamente durante seis meses, a contar desde la mitad de octubre, y 120,000 florines renanos para gastos de artillería y otros extraordinarios.² Dadas la proverbial vacilación y la prodigalidad de Maximiliano, sólo podía esperarse que al fin de los seis meses, y con la campaña incluso sin iniciar, estaría otra vez sin dinero y sin hombres. Sin embargo, encontrándose, como dijo Guicciardini, "a bordo y con pocas provisiones de galleta",³ parecía en aquella ocasión resuelto a actuar rápidamente. Decidió dividir en el acto su ejército en tres destacamentos: uno, para marchar sobre Besancon con el fin de amenazar a Borgoña; el segundo, para entrar en Carintia y amenazar a Friuli; el tercero debería dirigirse hacia Trento, a donde el emperador marchó para fortalecer la defensa de Verona. Según su costumbre habitual, preparó aquellas maniobras con el mayor sigilo, permaneciendo retirado y ordenando que todos los embajadores acreditados ante él se abstuviesen de pasar de Botzen o de Trento. Estaba profundamente irritado contra Venecia, porque aquel Estado, en

vez de unirse a él, se había aliado con Francia, la que había garantizado los territorios de tierra firme de la Serenísima a cambio de que ésta garantizase los derechos franceses en Milán. Venecia había prometido oponer resistencia armada al paso de las tropas imperiales. Como consecuencia, Luis XII, que había preparado la defensa de Borgoña, despachó a G. J. Trivulzio a la cabeza de 400 lanceros y 4,600 infantes para reforzar a los venecianos, que habían ya enviado al conde de Pitigliano con 400 hombres armados hacia Verona, y a Bartolomé d'Alviano con 600 más hacia Friuli.⁴

Todo parecía ya dispuesto para un gran conflicto que podía acarrearle las más graves consecuencias a Italia. No era, pues, extraño que reinase gran agitación, especialmente en Florencia, a la que Maximiliano, en nombre del Imperio, había presentado una demanda por la suma de 500,000 ducados,⁵ como subsidio para los gastos de su coronación. Los florentinos estaban totalmente imposibilitados para pagar tan exorbitante suma; pero aun cuando ésta hubiese sido mucho menor, se habrían encontrado en una situación extremadamente difícil. Por una parte no podían rechazar la demanda en términos absolutos, temerosos de exponerse a las iras del emperador, si éste emprendía el viaje a Roma; por otra, sabían que cualquier concesión les costaría la amistad de Francia, país por el que habían hecho ya muchos sacrificios. Soderini era amigo declarado de la alianza con Francia y los enemigos de aquél se aprovecharon de sus vacilaciones para atacarle, aparte de ser estimulados a obrar así por el embajador imperial, que habló horrores sobre "el gobierno tiránico del gonfaloniero" y prometió que su señor pondría rápidamente remedio a la situación.⁶ Esto dió lugar a una animada controversia que determinó la propuesta de seguir el ejemplo de otros Estados italianos y enviar embajadores a Maximiliano; pero ante todo se decidió despachar a alguien para que comprobase si realmente el emperador llevaba ventaja, puesto que en otro caso no sería necesario llegar con él a ningún arreglo. Soderini, que tenía completa confianza en Maquiavelo, deseaba que éste fuese el designado, e incluso hizo que fuese elegido por los magistrados. Pero se levantaron tales protestas contra lo que se estimaba un acto de favoritismo, que se estimó más conveniente enviar en su lugar a Francesco Vettori, aunque ni siquiera esta medida pudo apaciguar totalmente la irritación popular.⁷

Por entonces bullía un partido hostil al gonfaloniero y se aprovecharon toda clase de pretextos para atacarle. Se afirmaba que Florencia tenía solamente libertad nominal, puesto que todo el poder estaba en manos de un hombre que buscaba sus partidarios entre el populacho y entre los hombres de escasa significación, dejando de lado a los ciudadanos de elevada posición social de los que sentía celos. El director de la Casa de la Moneda concibió la extraña idea de acuñar florines con la efigie de Soderini en vez de la flor de lis de Florencia. Soderini desaprobó el hecho y mandó recoger la moneda, pero no pudo evitar los improprios ni que se hiciesen comentarios satíricos.⁸ Algún tiempo después, fué necesario despedir a don Michele, *bargello* (o comandante)

de la infantería, porque su deshonestidad y su violencia pusieron de manifiesto los malos resultados evidentes de emplear pícaros para el servicio de la República. Pero ni esta medida dejó de provocar comentarios adversos. Nadie, es cierto, defendió a don Michele, pero se dijo que "habría sido preferible asesinarlo secretamente a echarlo y convertirlo en un enemigo declarado". Afortunadamente no estuvo en su poder hacer más daño, porque en febrero del año siguiente, cuando salía al atardecer de la casa de Chaumont, lo acuchillaron unos españoles, de modo que perdió la vida como había hecho perder la suya a muchas de sus víctimas.⁹

Los despachos de Francesco Vettori provocaron disputas más enconadas aún. En ellos decía que por el momento Maximiliano se contentaría con sólo 50,000 ducados, a condición de que se le pagase de inmediato esta suma; en otro caso contrario, el orador florentino no volvería a ser admitido en la presencia del emperador. Vettori agregaba que era realmente necesario llegar a una solución, puesto que los asuntos de Alemania cada día estaban sometidos a una tensión más fuerte. Por consiguiente, Florencia debía o pagar el tributo a trueque de convertir a Francia en enemiga, o negarse a pagarlo y provocar la enemistad del emperador. Como consecuencia, la discusión en Florencia se hizo cada vez más acalorada. Después de un prolongado debate, la *Práctica* decidió enviar embajadores, y los Ochenta eligieron a Piero Guicciardini y a Alamanno Salviati. Después, surgió oposición a la embajada en el Consejo de los Diez y en el Consejo de los Ochenta por parte del mismo Guicciardini. Este no aceptó el cargo, alegando que era inútil enviar embajadores sin autoridad para establecer una alianza y que establecerla en medio de tanta inseguridad era peligroso, puesto que perderían la amistad de Francia sin lograr la ayuda alemana.

En este conflicto de opiniones el gonfaloniero creyó que lo mejor sería llevar el asunto ante el Gran Consejo y permitir que cada cual expresase libremente su opinión. En aquella época, ésta era una medida realmente extraordinaria, y como se consideraba una violación de la libertad, nadie dijo una palabra. La costumbre exigía que el Gobierno presentase su propuesta y que los ciudadanos resolviesen desde los bancos (*pancati*) cada uno de los cuales elegía un representante que tenía que hablar en apoyo de la ley y votar en favor de ésta, o permanecer en silencio si su intención era oponerse a la misma. La concesión de libertad de expresión a todos los consejeros aparecía entonces, según expresión de Parenti, como "una pérdida efectiva de la libertad, disfrazada bajo las apariencias de una libertad más amplia".¹⁰ Al fin, se decidió que lo mejor que podía hacerse era conminar a Vettori para que accediese a algunos arreglos factibles, pero no inmediatos, es decir, que sólo los concluyese en caso de urgente necesidad. En seguida el gonfaloniero, lanzando la pelota de rebote, logró persuadir a los Diez de la impropiedad de emplear mensajeros ordinarios para el envío de instrucciones de importancia tan excepcional. Los despachos podían ser interceptados; era, por consiguiente, oportuno enviar un mensajero de confianza que fuese capaz, en caso necesario, de transmitir las ins-

trucciones verbalmente. De este modo se salió con la suya y logró enviar a Maquiavelo para situarlo junto a Vettori, como había deseado ardientemente durante mucho tiempo. Los florentinos se volvieron a quejar y se dijo que Soderini había elegido a Maquiavelo porque éste era instrumento suyo (*mannerino*), y podía hacerle escribir cuanto quisiese "como mejor conviniese a sus objetivos y designios".¹¹ La verdad fué que el gonfaloniero tenía mayor confianza en Maquiavelo que en Vettori y que no quiso verse envuelto por el último en una política de derroteros peligrosos. Por consiguiente, en diciembre de 1507, Maquiavelo emprendió su viaje, portador de las instrucciones siguientes: Que deberían ofrecerse a Maximiliano 30,000 ducados y que, en caso de absoluta necesidad, la suma se aumentaría hasta los 50,000 que últimamente pedía el emperador. El pago, sin embargo, sólo debía iniciarse una vez que se decidiese el viaje de Maximiliano a Italia, y continuaría haciéndose a medida que fuese desarrollándose la excursión. Maquiavelo se vió obligado a destruir sus despachos¹² durante el viaje, por temor a que pudiesen encontrárselos en Lombardía, donde ciertamente, como él había previsto, fué registrado y sometido a una rigurosa investigación.

Esta misión diplomática —de la cual sólo quedan dieciséis cartas, tres firmadas por Maquiavelo y las demás escritas por él, aunque llevan la firma de Vettori—, no fué de gran importancia en sí misma, puesto que su única finalidad era prolongar deliberadamente las negociaciones con Maximiliano, para no hacerle al final concesión alguna.¹³ Pero la misión resultó útil por las observaciones que Maquiavelo tuvo ocasión de hacer sobre los suizos y los alemanes, y por la información que contiene de los acontecimientos que acababan de tener lugar en el norte de Italia. El 25 de diciembre pasó por Ginebra, llegó a Botzen el 11 de enero de 1508, y desde entonces hasta el 17 despachó dos cartas. En la primera, firmada por Vettori, refiere que no habiendo sido la oferta de 30,000 ducados bien recibida, ni mucho menos, por Maximiliano, había rápidamente elevado la oferta a 40,000, y que en el acto el emperador demostró una actitud más amistosa, aunque mantuvo su recelo de que los florentinos estuviesen empleando la astucia para darle largas. El emperador estaba a siete leguas de Trento y muy apremiado de dinero; por lo mismo, no sería difícil contentarlo con una suma moderada con tal de que ésta se pagase sin dilación. Pero esto era exactamente lo que ni Vettori ni Maquiavelo tenían autoridad para decidir.¹⁴

La segunda carta, escrita el mismo día en nombre del propio Maximiliano, da detalles minuciosos del viaje. Puede advertirse el notable cuidado y la atención con que observaba los países que iba cruzando con tanta rapidez. "Entre Ginebra y Constanza —escribe— me detuve cuatro veces en territorio suizo, y empleé la mayor diligencia en la investigación de las costumbres y características del país. He oído que la mayor parte de Suiza está compuesta de doce cantones, unidos en tal forma que todas las resoluciones de sus diversas Dietas son respetadas por todos.¹⁵ Sin embargo, no es equivocado decir que cuatro de

ellos están de parte de Francia y ocho de parte del emperador. Lo cierto es que Francia ha sostenido hombres en Suiza, quienes por medio del oro han ido envenenando a todo el país, tanto pública como privadamente. Si el emperador fuese rico podría ganarse a los suizos, que no desean provocar su enemistad, pero que tampoco están dispuestos a prestarle ayuda contra Francia, país que tiene tanto oro. Además de los doce cantones hay otra Suiza, la del Valais y la Liga de los Grisones, en la frontera italiana, y que no está unida con la primera en forma tan vigorosa como para no poder actuar independientemente de la deliberación de las demás Dietas. Sin embargo, todas ellas están de acuerdo en lo relativo a la defensa de sus libertades. Los doce cantones contribuyen cada uno con 4,000 hombres a la defensa del país y ceden entre 1,000 y 1,500 para hacer servicios en el extranjero. Esto es así, en el primer caso, porque todos están obligados por la ley a llevar las armas; en el segundo, es decir, cuando se trata de combatir fuera, nadie está obligado a ir, salvo si lo hace por su propia voluntad".¹⁶ No puede producir sorpresa el interés de Maquiavelo por estudiar la vida de una república que se sostenía por su propia fuerza y por enviar a los Diez informaciones tan detalladas, cuando recordamos que él mismo deseaba ver a Florencia organizada sobre bases análogas. Entre tanto, para concluir esta segunda carta con algún punto relativo a su misión, hace notar cómo en Constanza interrogó cuidadosamente a uno de los oradores del duque de Saboya sobre si la empresa de Maximiliano se llevaría o no a cabo, y que la contestación que recibió fué la siguiente: "Usted quiere saber en dos horas más de lo que he podido aprender en muchos meses. El emperador actúa con gran secreto. Alemania es un país muy grande y la gente llega a diferentes lugares desde provincias muy distintas; para saber algo con seguridad sería necesario disponer de muchos espías y en muchas partes."¹⁷

Siguen cuatro cartas, dos de las cuales, es decir, la del 25 y la del 31 de enero, escritas casi totalmente en clave, contienen noticias intrascendentes y apenas inteligibles, o en otro caso hechos supuestos y de carácter indecente. En realidad se escribieron para que, en caso de que fuesen interceptadas por el enemigo, fuese fácil salvar las otras dos que dan información sobre las personas que rodeaban a Maximiliano y sobre las estratagemas empleadas por los enviados de Florencia.¹⁸ Después, el 8 de febrero, envió una carta desde Trento, firmada por Vettori, en la que relata cómo Maximiliano había llegado allí y cómo, habiendo sido autorizado por Julio II para asumir el título de emperador electo, presidió un cortejo el cuarto día del mes, con espada desenvainada y precedido de heraldos, hasta la catedral, donde su canciller, Matías Lang, obispo de Gurk, arengó al pueblo y proclamó oficialmente que el emperador iba camino de Italia para tomar posesión de la corona.¹⁹

La misma epístola continuaba relatando la forma tan singular en que había empezado la expedición. El marqués de Brandeburgo, que había marchado sobre Roveredo con 5,000 infantes y 2,000 caballos, volvió inesperadamente sobre sus pasos. El emperador, con 1,500 caballos

y 4,000 hombres de infantería, había avanzado hacia Vicenza, tomado y saqueado las Siete Comunas que gozaban de autonomía bajo la protección de Venecia. Corrió el rumor de que se hallaba sitiando un castillo, cuando se supo que también él había regresado de improviso hacia Trento y que estaba acampado a diez millas de la ciudad en el camino que conduce a Botzen. "Ahora me gustaría saber qué haría el hombre más discreto del mundo y qué podría hacer si recibiese el encargo que Sus Excelencias me han hecho a mí. Si sus cartas²⁰ hubiesen llegado hace tres días, yo habría pagado inmediatamente (los efectos requisados), al abrigar la seguridad de que llegaría el emperador, y se habría aprobado mi conducta, para ser condenada hoy a la vista de lo que ha sucedido después. Es difícil prever los acontecimientos. El emperador tiene muchos y valerosos soldados, pero carece de dinero y no se ve que pueda sacarlo de parte alguna; además es demasiado pródigo con lo que tiene. Ahora, aunque en principio la liberalidad es una virtud, no sirve de nada tener mil hombres perfectamente pagados cuando se necesitan 20,000; la liberalidad no sirve de nada sino cuando se proyecta sobre objetivos precisos. El emperador es diestro en la guerra, soporta con paciencia la fatiga, pero a la par es tan ingenuo que muchos abrigan dudas respecto a los resultados de la expedición, de tal modo que ésta infunde tantos temores como esperanzas. Lo que hace confiar en su éxito es que Italia está expuesta por todas partes a rebeliones e incidentes y no tiene buenos soldados, de forma que tanto las victorias como las derrotas han sido milagrosas. Es cierto que allí están los franceses con buenas tropas; pero como no disponen ahora de los suizos, a quienes generalmente debieron sus victorias, y como el terreno se hunde bajo sus pies, no puede menos de dudarse también de ellos. Por consiguiente, teniendo en cuenta todas esas cosas, quedo sumido en la incertidumbre, en cuanto se refiere al cumplimiento de vuestra misión, sobre si el emperador atacará y obtendrá la victoria." A esta carta, escrita como de costumbre por Maquiavelo y firmada por Vettori, el segundo agregaba algunas líneas de su propio puño y letra, diciendo que a su juicio "sería lo más inoportuno del mundo llamar a Maquiavelo (a Florencia); que era necesario que éste permaneciese en su puesto hasta que todo quedase arreglado".²¹

Todos los despachos relacionados con esta misión diplomática tratan del mismo tema. El emperador insiste en recibir el dinero inmediatamente y los florentinos provocan discusiones para ganar tiempo y no dar nada, y se aprovechan de la inseguridad y confusión cada vez mayores de estos asuntos. Un ejército de 400 soldados de caballería y 5,000 infantes entró en Cadore, villa que debía fidelidad a los venecianos, y una vez que al mismo se unió Maximiliano con un cuerpo de 6,000 soldados de a pie, todas estas tropas invadieron y asolaron unas cuarenta millas del territorio veneciano. El emperador advirtió entonces que su tesoro estaba vacío y marchó apresuradamente a Innsbrück para obtener dinero, llegando a empeñar sus propias joyas. Los dos oradores florentinos le siguieron a dicha ciudad y allí supieron que como no había pagado a sus mercenarios suizos, los cantones habían

accedido a que Francia les contratara soldados de infantería, y que esta autorización había sido ya utilizada para reclutar 5,000, aparte de que los venecianos habían obtenido ya 3,000 suizos en Italia. Mientras tanto, Bartolommeo d'Alviano rodeó las tropas que quedaban en Cadore y después de aniquilar a millares de ellos, capturó el resto, apoderándose de la fortaleza de dicha ciudad. Después continuó su avance, obligando al enemigo a retirarse ante él, capturó Pordenone que le pertenecía en feudo, Goritzia, Trieste y Fiume. Los alemanes aventuraron un ataque entre Trento y el Lago de Garda, pero aunque obtuvo un éxito parcial, éste no modificó la situación. Los dos ejércitos rivales permanecieron uno frente a otro en el valle del Adigio; pero no pasó mucho tiempo sin que los 2.000 soldados grisonos, que recibían escasa paga del emperador, abandonaran el campamento. Su ejemplo cundió rápidamente y al llegar a Trento, las tropas imperiales se dispersaron. Maximiliano no había sido nunca capaz de obtener del Imperio más de 4.000 soldados de infantería a un tiempo; siempre necesitó como mínimo un plazo de seis meses; de forma que cuando reunía un contingente, ya se le estaban disolviendo los otros; y para reclutar un gran ejército eran menester fondos que él no podía procurarse. Convocó una Dieta en Ulm para pedir nuevos subsidios y marchó rápidamente a Alemania; pero desapareció y fué a ocultarse en Colonia, donde le informaron de que la Dieta había sido prorrogada sin llegar a resolución alguna.²²

La carta de Maquiavelo de 22 de marzo de 1508, fechada en Innsbrück, después de proporcionar algunas de estas informaciones a los Diez, terminaba así: "Me decís que puedo pagar la suma ofrecida, si creo que el emperador persista en la operación al tipo de 15 sueldos la lira."²³ Pero yo creo que él insistirá en el cambio de 22 sueldos por lira. No puedo, sin embargo, prever si vencerá ni si será capaz de seguir adelante, puesto que hasta ahora, uno de sus dos ejércitos de seis o siete mil hombres cada uno ha sido derrotado, y el otro no ha logrado nada. Por otra parte, Alemania es muy poderosa y puede, si lo desea, obtener la victoria. Pero ¿querrá obtenerla? Vettori agregaba que no encontrándose muy bien, había resuelto enviar a Maquiavelo ante la Dieta y como representante ante el emperador. Esta proposición fué aceptada inmediatamente por los Diez,²⁴ pero no pudo ser llevada a la práctica, porque algunas personas de las que rodeaban a Maximiliano y de la confianza de éste les sugirieron verbalmente a los venecianos que sería mejor no ir ni enviar a nadie.²⁵ En consecuencia, los dos oradores permanecieron donde estaban y continuó el desarrollo vacilante de sus negocios, lo que tenía ya profundamente cansados a Vettori y Maquiavelo. "Sus Excelencias —escribieron el 30 de mayo— han hilado una hebra tan fina que es imposible tejer nada con ella. Como no encontréis al emperador en situación extremada, reclamará más de lo que ofrecéis; pero si le halláis en tal estado de aprieto, no es posible, como deseáis, predecir que dé su asentimiento a la idea de la operación sobre la base de quince sueldos la libra. Debéis llegar a una decisión, adivinar la orientación menos pe-

ligrosa y empezar a realizarla, poniéndooos en manos de Dios; porque intentar medir con un compás fijo las grandes cuestiones de este tipo es exponerse a incurrir en error".²⁶

Sin embargo, los acontecimientos demostraron que la hebra no había sido hilada tan mal como los oradores pensaban. El 8 de junio enviaron un mensajero para comunicar que se había establecido una tregua entre Maximiliano y Venecia por un término de tres años (6 de junio de 1508). El Papa, Inglaterra, Hungría y los Estados del Imperio eran partes en la misma por un lado; por otro aparecían los Estados italianos, España y Francia. Esta última potencia, sin embargo, por no haber sido consultada ni advertida sobre la cuestión, manifestó gran descontento, y después tomó esta omisión como pretexto de su conducta inicua contra Venecia, cuando Francia fué inducida por el Papa a unirse a la Liga de Cambrai, que aspiraba a la destrucción de la República. Pero entre tanto, a consecuencia de todos estos cambios, el emperador no recibió nada más de los florentinos, que así alcanzaron su propósito. Vettori pidió que se le aceptara su renuncia al cargo, juzgando inútil permanecer más tiempo en él. A su vez, Maquiavelo, que se sentía aquejado de enfermedad, se apresuró a partir en el acto. Salió de Trento el día 10 de junio y el 14 estaba ya en Bolonia, donde redactó las últimas informaciones referentes a la tregua recogidas por él durante el viaje.²⁷

Había estado ausente de Florencia 183 días. Había salido el 17 de diciembre de 1507, estaba en Ginebra el 25 y marchó al día siguiente para Constanza; en aquel tiempo esto representaba una semana de viaje, durante la cual, aunque en constante movimiento, logró ver casi toda Suiza y tuvo la oportunidad de hacer observaciones e investigaciones. El 17 de enero de 1508 escribió desde Botzen y hasta el 8 de junio, fecha en que salió de Trento de regreso a Florencia, distribuyó su tiempo entre aquella ciudad, Botzen e Innsbrück.²⁸ Allí fué testigo de las continuas idas y venidas de alemanes de todas las jeraquías y condición social —soldados, generales, príncipes, prelados y diplomáticos— y tuvo la oportunidad de estudiar aquel pueblo y legarnos una breve descripción de él. Los oradores florentinos no estaban obligados, como los venecianos, a redactar al final de su embajada un informe general sobre la situación del país ante el cual ejercían representación. Pero eventualmente incluían en sus despachos notas y consideraciones muy sagaces. En verdad, era en los trabajos de este tipo donde hombres como Guicciardini y Maquiavelo revelaban su gran talento; y ya fuese por propia satisfacción o por servir a los magistrados, algunas veces redactaron ambos extensos informes, aunque no estaban obligados a hacerlo.

Disponemos de una "Istruzione" (o pliego de instrucciones) escrito por Maquiavelo en 1522, bastante tiempo después de que abandonó la vida pública, para su amigo Raffaele Girolani, que estaba acreditado como embajador ante el emperador en España. En este documento, aunque da consejos generales sobre la forma más adecuada de dirigir una embajada, indica en particular cuáles fueron los procedimientos

empleados por él mismo. "Debéis —escribía— observar todo con gran cuidado; el carácter del príncipe y de los que le rodean, de la nobleza y del pueblo, y después, proporcionar amplia información". Continúa formulando normas referentes a los aspectos de la vida española que deben ser estudiados con más atención y establece que un embajador debe cuidar su reputación de hombre honorable y no pensar una cosa y decir otra. "He conocido a muchas gentes que para conquistar fama de sagaces e inteligentes se han comportado de tal modo que perdieron la confianza del príncipe y así se han visto en la imposibilidad de entablar negociaciones con él en lo sucesivo". Agrega por añadidura varias sugerencias sobre trucos minúsculos de la profesión. En este aspecto, dice que cuando se trata de señalar inferencias generales y de adivinar las intenciones de los hombres o el curso secreto de algún negocio, es sumamente odioso y torpe expresar una opinión propia en nombre propio, y que por el contrario es preferible, cuando lo que se intenta es dar mayor autoridad a las propias palabras, poner éstas en boca de personajes muy conocidos, diciendo por ejemplo: "Teniendo en consideración cuanto se ha escrito, algunas personas sagaces aquí presentes creen que resultará tal y tal cosa".²⁹ De hecho, encontramos continuamente este matiz en sus informes y ahora estamos en situación de poder apreciar todo el valor del mismo. Pero si bien los consejos dados a Girolani son detallados y prácticos, la actuación de Maquiavelo fué más sutil y eficaz que sus consejos mismos. Ello se advierte, por ejemplo, en el desarrollo de su misión ante el emperador, cuando no teniendo el florentino asuntos más urgentes en que ocupar su tiempo o su atención, se consagró principalmente y por propio deseo al estudio, meditado y concienzudo, del país en que estaba obligado, por su representación, a residir.

Hemos visto ya con qué cuidado observó y describió la situación general de Suiza, a pesar de que su viaje fué muy apresurado. Al hallarse nuevamente de paso en este país, el 27 de junio, día siguiente al de su llegada; comienza a escribir su informe sobre los asuntos de Alemania, en el que presenta un retrato sumamente fiel del emperador y un bosquejo general del país. Posteriormente intentó dar a este bosquejo una forma más literaria, con el título de "Retrato de Cosas Alemanas". Podía suponerse que después de la batalla de Rávena, en él descrita, tuvo la intención de componer una obra más larga y más importante sobre Alemania; pero debió de prescindir de la realización de la idea porque no agregó nada nuevo al fragmento que ha llegado hasta nosotros. Su discurso sobre asuntos alemanes y sobre el emperador no posee, por lo demás, gran importancia. Este trabajo tiene fecha de 1509, cuando Giovanni Soderini y Piero Guicciardini se hallaban acreditados ante Maximiliano, y consta solamente de dos páginas, en las que Maquiavelo se refiere a lo que ya había dicho en su informe. Consecuentemente este último, que no es sino una relación brevê, según la costumbre veneciana, dirigida a los magistrados de la República, debe tomarse por la única obra importante y original es-

crita por él sobre el tema, con la sola excepción de algunas pequeñas adiciones que se encuentran en el fragmento de los "Ritratti".³⁰

El informe ha sido juzgado en diversas formas por los escritores alemanes. Gervinus afirma que tanto éste como otros escritos análogos, de fecha algo posterior, sobre Francia, ponen de manifiesto la penetración con que Maquiavelo "lograba captar las características nacionales, y la profundidad de su juicio sobre la situación política interna de los países extranjeros y sobre la indole de las naciones y de los gobiernos. Sus informaciones estadísticas sobre Francia son excelentes. Y tal vez no se haya dicho nada mejor respecto al emperador Maximiliano y al Gobierno alemán". Esta opinión se ha expresado frecuentemente en Alemania, hasta nuestros mismos días. Un autor, sin embargo, formuló un veredicto bien distinto, a saber: el profesor Mundt, autor de una obra sobre Maquiavelo, mucho más moderna, pero también muy inferior a la de Gervinus. En su opinión, las apreciaciones de Maquiavelo sobre Alemania y sobre los alemanes son una fantasía inspirada en parte por la *Germania* de Tácito, pero sin relación alguna con la realidad de los primeros años del siglo xvi. Las condiciones financieras descritas por el florentino, la sencillez de maneras, la libertad y la igualdad, cualidades todas por las que pide nuestra admiración, no son otra cosa, según Mundt, sino apariencias idílicas tejidas por la imaginación de Maquiavelo. Resulta imposible descubrir los elementos de juicio que le han servido para hacer el retrato que nos ofrece. Basta —añade Mundt— leer las obras de Lutero y los escritos de su contemporáneo Fischart para convencerse de que la virtuosa sencillez alemana fué sólo un sueño del principio de la Reforma.

Ya hemos hecho notar, y tendremos frecuentes ocasiones de repetirlo, que en materia de minuciosidad y de exactitud estadística para la definición de hechos especiales, Maquiavelo resulta superado por los embajadores venecianos, que a veces lo aventajan asimismo en la tarea de escrutar los caracteres de los personajes con quienes mantenían contacto y en la de adivinar sus intenciones más recónditas. Pero el florentino no tiene rival, sin embargo, cuando define las tendencias y el valor político de los pueblos y de los príncipes, la influencia general que las cualidades personales de los últimos ejercen sobre los acontecimientos contemporáneos, el carácter esencial de las instituciones y los efectos producidos por ellas. Pero cuando es necesario predecir qué orientación seguirán de un día a otro el rey de Francia o el emperador, qué pasiones o deseos se agitarán en ellos en un momento dado, entonces el secretario de Florencia se manifiesta inferior a los de la Serenísima, incluso a algunos de sus mismos conciudadanos, por ejemplo, a Guicciardini. Esta es probablemente la razón por la que fué postergado a veces en su carrera y por la que no logró jamás alcanzar la categoría de embajador, pese a que cuando era preciso definir los elementos de la fuerza política de Francia o de Alemania, del rey o del emperador, entonces se afirmaba claramente su capacidad intelectual y se remontaba sobre otros hombres.

En Italia el arte de observar los hechos políticos y sociales data ciertamente de una época muy antigua, porque encontramos tantos ejemplos de ella entre los cronistas del siglo xiv como entre los intelectuales y embajadores del siglo xv. Unos y otros nos han legado descripciones admirables de los países que visitaron y de los personajes políticos con quienes tuvieron relación. Maquiavelo, sin embargo, fué el primero que advirtió la cohesión de los hechos sociales y políticos con arreglo a una maravillosa unidad orgánica. Guicciardini, por ejemplo, recogió en su juventud muchos datos preciosos sobre España y los transcribió con admirable fidelidad y precisión; sin embargo, cuando trató de unirlos para formular un extenso juicio sobre el carácter y la fuerza política del país y del gobierno, su capacidad le falló en cierta medida, como tendremos ocasión de demostrar más adelante. Puede decirse que el inmenso material de observación acumulado en Italia durante muchos siglos, fué coordinado por primera vez en la mente de Maquiavelo, quien estableció así el fundamento de su futura ciencia política. Precedentes de ésta podían ya advertirse en su informe sobre Alemania y en el informe similar que escribió poco después sobre Francia. En ambos, y especialmente en el primero de los dos trabajos citados, descubrimos además otra cualidad que raras veces se le ha reconocido, pero sin la cual muchos de sus escritos resultarían inexplicables: la de ser partidario de ciertos ideales que se apoderaron en forma tan completa de su imaginación que algunas veces creía verlos donde en realidad no existían. Esto dió una especie de sello personal a los hechos por él descritos.

Los lectores que conocen las descripciones de Alemania hechas por Bracciolini y por Piccolomini, autores que habían vivido durante mucho tiempo en el país; quienes recuerden la descripción minuciosa del segundo, con sus incansables lamentos sobre la ignorancia, tosquedad y barbarismo de los germanos; o quienes han leído los *Viajes por Alemania*⁸¹ del mismo Francesco Vettori, que había estado con Maquiavelo en el Tirol y que apenas compuso una colección de relatos indecentes, se encontrarán trasplantados a un mundo nuevo al hojear las breves pero elocuentes páginas en las que Maquiavelo registra su admiración por el citado pueblo. Es imposible no sentirse impresionado por la penetración con que, al mismo tiempo que lisonjea la simplicidad de la vida y la preparación militar de Alemania, reconoce la fuerza viva de aquella nación, incluso en medio de la anarquía y de la impotencia política predominantes; y por la agudeza con que describe la debilidad de Maximiliano, a pesar de las excelentes cualidades del monarca, de su valor personal, de su popularidad y la extensión de sus dominios. Todo esto confirma el juicio expresado por Gervinus:

Debemos, sin embargo, repetir que Maquiavelo pasó por Suiza rápidamente y que no llegó más allá de Innsbrück durante su permanencia en el Tirol. Es cierto que había visto allí muchos alemanes y conversado con algunos que hablaban latín e italiano, pero no había visitado Alemania ni sabía nada de ella por experiencia propia. Aunque distinguía a Suiza de Alemania, con frecuencia parece considerar a

ambos países más bien como porciones de un mismo pueblo y no como naciones distintas. Hemos hecho notar que cuando era comisionado con Albizzi ante el campamento establecido delante de Pisa, casi siempre habló de los suizos como si fueran alemanes. Y en el informe que estamos ahora analizando, es evidente que cuando habla de Alemania no solamente comprende a Suiza y al Tirol, sino que además, como quiera que éstos son los dos únicos países de habla alemana que él visitó, atribuye a todos las formas y maneras de vida de la nación germánica. Su entusiasmo se reanimó frente al espectáculo de aquellas poblaciones orgullosas, austeras y guerreras; en la "libertad libre" ("libera libertà") de las repúblicas suizas reconoció su ideal de una nación armada y consecuentemente las presentó como ejemplos que Italia debería imitar. La llegada y salida incesante de tropas alemanas, la información que recibía de ellas sobre las repúblicas florecientes del país de origen, el aspecto marcial y el prestigio del ejército germánico impresionaron tan vigorosamente su imaginación, que sólo vió en Alemania un país austero, amante de la libertad y enteramente consagrado a las armas. Así lo describió él entonces; y más de una vez atribuyó a dicha nación las costumbres de los suizos y tirolese, con los que ciertamente aquélla tenía en algunos aspectos semejanza y relación. Y esto puede servir también para explicar las inexactitudes advertidas por Mundt, quien, sin embargo, no logró remontarse a dilucidar las causas reales de esos errores y como consecuencia no llegó a una concepción clara respecto a la obra de Maquiavelo.³²

"No puede haber duda —dice el secretario— acerca del poderío de Alemania, teniendo en cuenta su abundancia de hombres, de dinero y de armas. Los alemanes gastan poco en administración y nada en soldados, porque instruyen a sus propios súbditos para las armas.³³ Los días festivos, en lugar de jugar, su juventud halla diversión en aprender el uso de la pistola, de la lanza y de otras armas. Son sobrios en todo, porque no aspiran al lujo ni en sus casas ni en sus vestidos y en sus habitaciones disponen de pocos muebles. Les basta con tener abundante pan y carne y con disponer de estufas para protegerse del frío; quien no posee otros bienes se pasa sin ellos y no los desea. Por consiguiente, su país subsiste a base de su producción propia, sin necesitar comprar nada en el exterior. Venden las cosas hechas con sus propias manos y las distribuyen por casi toda Italia, de donde sus ganancias son muy grandes porque son producto del trabajo con muy poco capital. Así disfrutaban de una vida y una libertad pristinas y por esta causa no van a la guerra, salvo a cambio de una gran recompensa, aunque ni ésta sería suficiente a no ser que lo decretasen sus respectivas comunidades". En este pasaje nos parece percibir una reminiscencia de Tácito en su *Germania*. Trasciende, incluso, un tono de dolor, que descubre un alma herida por la comparación, no expresada, que Maquiavelo establece entre Italia y el país ponderado. Es como si les gritase a los Diez: "¡Tened cuidado sobre la forma en que ordenáis la República, si vuestro verdadero deseo es asegurar la libertad y la

fuerza!" El esplendor de las artes italianas, de las letras y de la riqueza del país, que habían cegado el juicio de tantos de nuestros escritores, quienes por esta causa despreciaban a los extranjeros, nunca deslumbraron los ojos de Maquiavelo. Su aguda mirada penetraba directamente hasta las fuentes primarias de las cosas, y en la corrupción de su país advirtió las causas inevitables de sus futuras tribulaciones.

Pero a medida que la descripción avanza se aproxima a la realidad y resulta más fiel: "Toda Alemania está dividida entre comunas y príncipes, enemigas aquéllas de éstos y unas y otros enemigos del emperador, al que no proporcionarán demasiado poder, por temor a que llegue a subyugarlos como los reyes han hecho en Francia. Y esto es comprendido por todos; pero pocos se explican la razón por la que las ciudades de Suiza demuestran tanta hostilidad, no sólo a los príncipes y al emperador, sino también a las comunas de Alemania, con las que comparten el amor por la libertad y la necesidad de autodefensa contra los príncipes. La verdadera razón es que los suizos son enemigos, no solamente del emperador y de los príncipes, sino asimismo de la nobleza de Alemania; porque en su propio país no hay nobleza, ni existe distinción alguna entre sus habitantes, salvo la establecida respecto a aquellos que actúan como magistrados, y todos disfrutan de una libertad auténtica. Así resulta que los nobles alemanes realizan los mayores esfuerzos para hacer que sus comunas permanezcan separadas de los suizos. Por otra parte, sintiendo el emperador la oposición de los príncipes, ayuda a las comunas, que son la espina dorsal de Alemania, y en tal forma los nobles se encuentran debilitados, atacados por ambos lados, y sus estados divididos entre muchos herederos. A esto hay que sumar las guerras de los príncipes y de las comunas entre sí, de aquéllos contra éstas, y de unos y otras contra el emperador, en tal forma que es fácil comprender por qué, no obstante la gran fuerza del país, está de hecho muy debilitado."⁴

Todas estas reflexiones pueden encontrarse expuestas en casi idéntica forma, tanto en los *Ritratti* que contienen poco más que ellas, y en la segunda parte del *Rapporto*. Este último, sin embargo, siendo, como hemos visto, casi un informe oficial, habla primero del estado de los asuntos y del carácter del emperador, y dice de él que, no obstante su grandeza y su poder aparente, era prácticamente muy débil, porque Alemania, estando tan dividida y siendo tan celosa, nunca le concedió los medios necesarios. "Ellos dicen que sus Estados le producen a él un ingreso neto de 600,000 florines y que su cargo imperial le produce 100,000. Estas sumas deben ser suficientes para el pago de muchos hombres, pero, debido a su gran liberalidad, siempre está sin soldados y sin dinero; nadie sabe lo que hace de éste. Prè Luca (el sacerdote Luca dei Renaldi), que está siempre próximo a él, me dijo que el emperador nunca se aconseja de nadie aunque todos le dan consejos; que desea hacer todo por sí mismo y que no hace nada en la forma que quiere, porque siempre, a pesar del secreto misterioso de que procura rodearse, el curso de los acontecimientos descubre sus designios y es siempre guiado por quienes le rodean. Su liberalidad y

prodigalidad, si bien inspiran alabanzas a muchos, son su ruina, porque todos se aprovechan de él y todos le engañan. Alguien de su intimidad me dijo que una vez que se da cuenta del engaño no se deja engatusar de nuevo, pero que dada la gran diversidad de hombres y de circunstancias, puede suceder que sea engañado todos los días de su vida, aunque siempre lo descubriese. Y con todos estos defectos, el emperador, ¿podría ser un excelente príncipe porque es virtuoso, justo, así como un capitán perfecto?⁸⁵

“Su venida a Italia produce alarma a todo el mundo, porque todo el mundo sabe que sus necesidades aumentan con la victoria, a menos que su carácter se modifique totalmente. Pero si los árboles de Italia dieran ducados para él en vez de hojas, ni siquiera entonces quedarían satisfechas sus exigencias. Adviértase también que, como consecuencia de sus prodigalidades frecuentes, resultan sus frecuentes necesidades; de sus necesidades, sus frecuentes demandas, y de éstas, las dietas frecuentes; del mismo modo que su carácter débil e irresoluto y su aun más débil sentido de la ejecución son los frutos de su escaso juicio. Sin embargo, su hubiese venido, no hubierais podido pagarle por medio de dietas”.

Los retratos de las cosas francesas (*Ritratti delle cose della Francia*) son principalmente ideas destacadas, escritas después de su última misión en Francia en el año 1510. Recuerda y hace notar en ellas el poder de Francia cada vez mayor a consecuencia de su gran centralización, resultante a su vez de haberse unido y sometido a la corona las diferentes provincias y los barones. De aquí deduce una fuerza política interna y una fuerza militar fuera del reino, superior ésta al poder social y real del país; precisamente lo contrario de lo que había observado en Alemania. “Toda la nobleza está consagrada a la vida militar, por lo que las fuerzas armadas de Francia son de las mejores de Europa. Los soldados de infantería, por otra parte, son malos, procedentes de levas entre gente vagabunda y entre labriegos sometidos a los barones y que por padecer gran opresión han degenerado a un estado de vileza. Debe registrarse, sin embargo, la excepción de los gascones, que por estar cerca de España tienen algo de los españoles y son un poco mejores que los otros, aunque en los últimos tiempos han resultado más rateros que valientes.⁸⁶ Pero se portan bien en la defensa y en el asalto de las fortalezas, si no con tanto brio en los combates en campo abierto.⁸⁷ En esto son también el reverso de los alemanes y suizos, que no tienen rival en el campo, pero que no valen nada para el asalto o para la defensa de lugares fortificados. Por estas razones, los reyes de Francia, desconfiando de su propia infantería, alquilan suizos y lansquenetas. En la realidad, la ferocidad de aquellos hombres es mayor que su bravura y destreza, y si el enemigo resiste su primera embestida, se hacen tan tímidos que parecen mujeres; lo que ya fué advertido por César, al decir de ellos que al principio eran más que hombres y al final menos que mujeres. Y por consiguiente, quien aspire a derrotarlos debe jugar con ellos y evitar sus primeros ataques; no son capaces de aguantar en situaciones difíciles; en tales casos, es fácil de-

rotarlos cuando entre ellos cunda el desorden, como se ha comprobado en el Garigliano durante la última guerra con los españoles."

"El país es muy rico en productos agrícolas, pero no tiene dinero, porque todo va a manos de los nobles y de los obispos; estos últimos absorben dos terceras partes de las riquezas del reino y disfrutan de gran poder político, y muchos de ellos forman parte de los Consejos de la Corona. El pueblo de Francia es humilde, muy obediente y siente gran estimación por su rey. Gasta poco en vivir, consume gran cantidad de comida animal y todo el mundo tiene un poco de tierra.³⁸ Se visten toscamente y con prendas de poco precio; no lucen sedas de ninguna especie, ni ellos ni sus esposas, porque si las llevaran serían reclamados por los nobles". Y en otros párrafos de estos *Ritratti*, escritos siempre separados, Maquiavelo dice: "La índole de los franceses hace que éstos codicien los bienes de los demás; a pesar de lo cual, son pródigos con sus propios bienes y con los bienes de otros. Por consiguiente, los franceses robarían hasta el aliento para devorar y dilapidar lo robado en compañía de la persona a quien robaron; los españoles son de otra clase, puesto que nunca dejan huella de sus latrocinios".³⁹

Evidentemente Maquiavelo no tenía simpatías por los franceses ni por Francia, país al que conocía mejor que a Alemania; pero la República no tenía razón para estar satisfecha de los franceses. Encontramos otras pruebas de esta antipatía, entre las reflexiones escasas y breves destacadas en sus obras bajo el título: *De la índole de los franceses (Della Natura dei francesi)*.⁴⁰ "Son humildes en la adversidad, insolentes en época de bonanza. Más bien son trapaceros que prudentes. Tejen bien su urdimbre colocada mal y toscamente. Son vanidosos y frívolos. Ningún italiano lo pasa bien en la corte, salvo los que no tienen nada que perder y están acostumbrados a pescar en aguas turbias".

En los *Ritratti* pasa también una ojeada rápida sobre los diversos Estados que limitan con Francia, para demostrar que no hay peligro importante ni temor por parte de nadie. Alude a los impuestos, a los ingresos del país, habla de las formas de Gobierno, del ejército, de las universidades, de la administración, y sobre todo, de las prerrogativas y autoridades reales, que son casi ilimitadas. Son observaciones hechas apresuradamente, breves y precisas, que parecen notas tomadas durante un viaje.

Pero lo que principalmente reclama nuestra atención en este aspecto, así como en el discurso sobre Alemania, es la tendencia continua del autor, casi involuntaria e irresistible, a acumular detalles especiales referentes a algunas cosas, tales como la naturaleza del país, el carácter de la gente y la tendencia del Gobierno. Dichas cosas se convierten en el centro del que irradian observaciones y al que después éstas retornan; la clave que explica la situación política y social que se está examinando. En Francia se detiene a estudiar la asociación de todos los hombres y de todas las actividades nacionales bajo la unidad de un poder supremo (la Corona), y advierte que esto conduce a un aumento de la fuerza política y militar. Sin embargo, no le pasa inadvertido que todo el sistema puede ser peligroso a la larga, a medida

que la libertad individual queda sacrificada y que las masas populares son oprimidas. Han pasado varios siglos, muchos acontecimientos distintos y notables, bastantes revoluciones, pero la justeza de este juicio permanece todavía incommovible. Francia sigue siendo víctima de sus contradicciones, que, como Tocqueville⁶¹ demuestra, y como advertimos en estas notas del florentino, son de fecha mucho más antigua que lo que generalmente se cree. Hasta hoy, subsiste también la autoridad excesiva de la clerecía que Maquiavelo observó en su época. Incluso el gran predominio de la pequeña propiedad, sobre lo que tanto se ha escrito y que para muchos era el resultado directo de la Revolución, o sea un fenómeno enteramente moderno, es de origen mucho más antiguo y, como hemos visto, no pasó inadvertido a la perspicacia del secretario. Realmente jamás escapó a su espíritu de observación nada que tuviera importancia política o social, de carácter general.

Al describir Alemania, no partió de la diversidad de costumbres e intereses, sino de las pasiones y las libertades locales. Aun cuando éstas produjeron desbarajuste y privaron al Gobierno de la unidad de acción necesaria, no minaron la fuerza del país, que incluso en medio del desorden se vió fortalecido por el sentido de la independencia individual y de la disciplina militar. Durante siglos, tales habían sido las características dominantes de Alemania, que hasta hoy conserva la forma federal y no obstante sus triunfos y poder real, está expuesta a luchas intestinas provocadas por la diversidad de los elementos integrantes. Lo que escapó totalmente a la perspicacia de Maquiavelo, y sobre lo que no dijo ni una sola palabra, fué la extensa agitación religiosa que entonces se estaba incubando. Esto puede explicarse no solamente porque él jamás había permanecido en el interior de Alemania propiamente dicha y por su ignorancia del idioma, sino todavía más por su profunda indiferencia hacia las cuestiones religiosas y por su escaso conocimiento de ellas. Este defecto, sin embargo, era común en su época a la mayoría de los italianos.

NOTAS AL CAPITULO IX

1. Maximiliano I no había sido coronado todavía y sólo usaba el título de rey de los Romanos. Al año siguiente fué elegido emperador y en Alemania rey. Así, unas veces se le llamaba rey y otras emperador.

2. Guicciardini, *Storia de' Italia*, volumen II, libro VII, pág. 261.

3. *Ibid.*, cap. XXX, pág. 346.

4. Guicciardini, Leo, Sismondi.

5. Guicciardini, *Storia d' Italia*, vol. II, cap. VII, pág. 299.

6. Parenti, *Historia Florentina*, Biblioteca Nacional de Florencia, cod. II, 134, vol. VI y folio 145. Como en el caso de Parenti, lo mismo que Cerretani, a veces hemos tomado notas de dos copias antiguas y a veces de las obras originales y nos vemos obligados a citar diferentes códices.

7. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap XXX, pág. 340.

8. Parenti, *Historia*, etc., junio 1507.

9. Parenti, *Historia*, etc., cod. II, IV, 171, folio 2, octubre 1507 (manuscrito original. Las palabras de Parenti nos revelan el tipo de moralidad predominante entonces en los asuntos públicos. Soderini fué criticado y atacado por no

haber dado muerte en secreto y sin proceso a un hombre que hasta aquel momento estaba al servicio de la República. Es demasiado extraño que este infame asesino (conocido con el sobrenombre de "El Estrangulador"), mientras fué uno de los instrumentos más dóciles del Valentinois, no solamente hubiese obtenido cargos públicos en Florencia con tanta facilidad, sino que hubiese disfrutado de la protección de muchos cardenales. En realidad, cuando estubo prisionero de Julio II. que no supo qué hacer con él, el embajador florentino, Giovanni Accaiuoli, escribió desde Roma a los Diez, con fecha 20 de octubre de 1504, lo siguiente: "No dejaré de informar a su excelencia que por no haber encontrado a don Michele culpable de delito alguno castigado con la pena de muerte, y porque diez cardenales han intercedido en su favor, toda Roma declara que será puesto en libertad". El rumor se vió confirmado por los acontecimientos. (Archivos Florentinos, cap. X.)

Hemos hecho notar en otra parte cómo este hombre a quien casi todo el mundo conocía con el sobrenombre de don Michele *El Español* (Parenti frecuentemente alude a él con este sobrenombre) pasaba para algunos por haber nacido en Venecia; esta creencia estaba basada en una carta de Niccolò Degli Alberti, comisario de Arezzo. Entonces dijimos que la carta a la que alude la nota de las "Opere" no se pudo encontrar, y que incluso si se hubiese encontrado o si se encontrare, su contenido no podía neutralizar el testimonio de crónicas y documentos oficiales. Después hubimos de descubrir casualmente esta misma carta en un archivo de misivas autógrafas escritas a Maquiavello, perteneciente a la señora Caterina Bargagli, cuyo nombre de soltera es condesa Placidi, quien amablemente la puso a nuestra disposición. Aunque la repetida carta generalmente no es suficiente para hacernos cambiar de opinión, y aunque no tiene valor histórico, sin embargo, como ha sido citada con frecuencia y es muy breve, y se refiere a la época de la dimisión de don Michele, la hemos incluido en el apéndice II, documento IV, de la edición italiana. Para una curiosa carta del mismo don Michele, por medio de Maquiavello, tomada de la misma colección, y que da alguna idea del hombre y de su época, ver el documento V del apéndice (II), de la edición italiana.

10. Parenti, *Historia*, etc., cod. II. IV, folio 171 (manuscrito original).

11. Cerretani, cod. II, III, 76, folio 316 (copia). Un cierto sentimiento hostil de Cerretani hacia Soderini resulta probado por su afirmación de que el gonfalonero envió a Maquiavello para que escribiese en la forma convenida entre ellos "con consejos muy similares a los de Francesco Vettori, para que confirmasen la llegada de los alemanes en los términos más vigorosos". Si esto hubiera sido cierto, habría sido innecesario provocar tantas dificultades para elegir mensajero a Maquiavello. Además se sabía en general que las simpatías de Soderini estaban del lado de Francia y no de Alemania. En todo caso, es digno de mención el hecho de que Parenti, Cerretani y Guicciardini demuestran en sus historias florentinas la misma animosidad contra Soderini, sin poder, no obstante, formular ninguna objeción contra su integridad política. El partido de oposición formado contra él estaba aumentando su fuerza.

12. El da un relato de esto en la carta del 17 de enero de 1508 escrita por él y firmada por Vettori (*Opere*, vol. VII, pág. 173). Ya el 20 de noviembre los Diez habían escrito a Vettori que Maquiavello había partido, "para comunicarte nuestra resolución y si algo sucediese a los despachos, te comunicará las mismas noticias verbalmente; y confiamos que llegue sin novedad". El 29 de enero manifestaron su pena por la pérdida de las cartas que habrían sido útiles para la mejor explicación de sus puntos de vista. Véase *Opere*, vol. V, pág. 251 y 272.

13. Los editores de *Opere* declaran que han verificado el autógrafo, pero es evidente que sólo lo han hecho así ocasionalmente y que de otro modo habrían advertido que en lugar de solamente algunas, todas las cartas de esta Legación están escritas de puño y letra de Maquiavello. (Archivos de Florencia, "Dieci di Balìa, concordado", legajo s87, 89, 90 y 91.) Si hubiesen verificado estos autógrafos no habrían reproducido con tanta frecuencia los errores de anteriores ediciones.

14. Véanse las cartas fechadas los días 17 y 24 de enero, ambas firmadas por Vettori.

15. En una breve memoria leída ante una Sociedad Histórica de uno de los cantones de Suiza en 1875 por M. Alexandre Daguët, el autor dice: "Maquiavello

en persona ha venido a Suiza. Ha pasado algunos días en nuestro territorio, pocos días, es cierto; pero suficiente tiempo para dar a su espíritu, penetrante por excelencia, la ocasión de hacerse una idea exacta de la organización política de los confederados, de la fortaleza y de la debilidad de sus instituciones, y para haber aprendido a conocer los rasgos distintivos del derecho público que unía a las doce *Ligas* o cantones, que componían en aquel momento la corporación helvética". *Maquiavelo y los Suizos, estudio de historia nacional y extranjera* (Extracto del Museo Neuchatelense, julio-agosto 1877", Neuchatel, Wolfrath y Metzner, 1877. Los cantones eran doce en aquella fecha; todavía no se había unido a ellos Appenzell.

16. Segunda carta del 17 de enero. En época en que era embajador veneciano ante Maximiliano un tal Vincenzo Quirini, cuyos despachos están todavía inéditos en Venecia; pero su Relación fué publicada por Alberi (serie I, vol. VI, págs. 5-58). En ésta (págs. 39-41) encontramos otras observaciones sobre Suiza, que tal vez no sea ocioso comparar con las de Maquiavelo. Según Quirini, los doce cantones podían enviar al extranjero 13,000 soldados de infantería, después de proporcionar los necesarios para la defensa del país. La Liga de los Grisones podía dar 6,000 hombres, el Valais 4,000, St. Gall y Appenzell 3,800. Cada cantón tenía su propia bandera, los doce tenían una en común, y la Liga de los Grisones lo mismo. Nadie podía combatir contra su propia bandera o contra la de la Confederación sin incurrir en la pena de muerte y en la confiscación de bienes. Estas banderas solamente podían ser llevadas por soldados enviados al extranjero de acuerdo con los cantones o con los de la Confederación. Ludovico Sforza, el Moro, cuando intentó reconquistar su propio Estado (1500) alquiló muchos mercenarios suizos de los conocidos con el nombre de *Freie*, porque éstos prestaban servicios en pequeñas bandas a todo el que les pagaba, y no tenían bandera propia. Fué por esta razón que se negaron a combatir contra los mercenarios de Luis, que si llevaban bandera suiza. Si lo hubieran hecho habrían perdido tanto su ciudadanía como sus bienes. La derrota de Ludovico y la ruina del mismo fué producida por la desertión de sus suizos, al menos según el relato dado por Quirini, que agrega que los hombres del Valais, los Grisones, Appenzell y St. Gall, todos habrían actuado en la misma forma.

17. Carta del 17 de enero, firmada por Maquiavelo, citada anteriormente.

18. Las dos cartas de 25 y de 31 de enero están publicadas en las *Opere*, págs. 271 y 276; pero en forma fragmentaria, puesto que no se da ninguna interpretación de sus partes principales escritas en clave. Citamos las siguientes palabras de la carta del 25 de enero. (Estaban también escritas en clave, aunque los editores no lo mencionan.) "Por esta razón debo decir a Vd. que esta carta no contiene nada; sino que se escribió solamente para que los despachos auténticos puedan quedar a salvo si encuentran ésta." Hemos comprobado por nuestra parte que los demás fragmentos redactados en clave contienen, como dicen los editores, solamente bromas, indecencias e insensateces.

19. En esta forma la coronación del emperador se hizo entonces independientemente del Papa.

20. El 19 de enero, los Diez escribieron a Vettori indicándole que estaba autorizado para prometer 40,000 ducados, pagando el primer plazo de 16,000 en el momento en que Maximiliano pisase realmente tierra italiana. Trento no podía ser considerado como territorio italiano, puesto que el emperador tenía libertad para ir adonde quisiese, como si se tratase de su propia tierra. Vettori tenía también autorización para prometer incluso 50,000 y pagar 20,000 en Trento; pero solamente en caso de urgencia extremada y cuando se tuviese la seguridad de la llegada del emperador. Vettori debía resolver sobre la apreciación de la urgencia. *Opere*, vol. V, pág. 272.

21. *Opere*, vol. VII, carta del 8 de febrero, págs. 186, 187. Las palabras escritas de puño y letra de Vettori fueron transcritas en forma muy incorrecta en diversas ediciones; pero en las *Opere* aparecen de acuerdo con el original. Por ejemplo, donde las ediciones viejas dicen: "Maquiavelo necesita mucho dinero; por mi parte no le faltará", debe decir: "Mientras yo tenga dinero, Maquiavelo no carecerá del que necesite". *Opere*, vol. V, pág. 288.

22. Leo, *Storia d'Italia*, libro XI, capítulo II, pág. 5.

23. En otra parte hemos explicado lo que significan estas palabras. Con quince oportunidades contra veinte, la lira florentina tenía 20 sueldos.

24. *Opere*, vol. V, pág. 317, en la carta de los Diez a Vettori de 9 de abril de 1508.

25. Carta del 29 de marzo, fechada erróneamente el 28 de marzo en las *Opere*. Tanto la carta original como el duplicado oficial se encuentran en los Archivos Florentinos, "Dieci di Balìa, carteggio, concordante", legajo 90, folios 423 y 429, con la copia descifrada de puño y letra de Buonaccorsi, folio 434, siempre con la fecha de 29 de marzo.

26. Carta del 30 de mayo.

27. Carta del 14 de junio. Al final refiere cómo un cierto Serentano, del séquito del emperador, había dicho a Vettori que había la posibilidad de incluir a los florentinos en la tregua y que, si lo deseaban, el emperador los nombraría miembros de su séquito. Ellos debían, sin embargo, resolver rápidamente. En este punto hay un pasaje en la carta original que se ha omitido en todas las ediciones, incluso en la de Passerini y Milanesi. Empieza con estas palabras: "y los franceses empezaron a enviar sus tropas allí", y continúa como sigue: "Francesco cree que este sujeto (Serentano) ha removido este asunto, pensando sacar de él el mayor partido posible, y cree que la cuestión podría arreglarse dando mil ducados a distribuir entre él y otra persona. Y, por consiguiente, él ruega a sus excelencias que nos aconsejen con rapidez sobre esta cuestión. Francesco saldrá de Trento mañana para dirigirse a la Corte. Que Dios le acompañe". (Archivos de Florencia, "Dieci di Balìa, carteggio, concordada", legajo 81 al folio 342.)

28. De los documentos de los Archivos Florentinos, publicados por Passerini, *Opere*, vol. I, págs. 69-70, resulta que la elección de Maquiavelo fué decretada por los Diez el 17 de diciembre de 1507, *cum salario alias declarando*. Maquiavelo partió el mismo día, y regresó el 16 de junio de 1508. Para gastos corrientes recibió 110 florines anchos de oro, de los que 80 florines y diez sueldos fueron, como resulta de sus cuentas, gastados en el viaje a Insbrück. Durante su ausencia su salario era de 10 liras pequeñas netas por día, comprendido su salario usual de dos liras, cuatro sueldos y 11 denarios por día. En total recibió una cantidad diaria de siete liras, 15 sueldos y un denario; y por consecuencia se le pagaron 1,419 liras por su ausencia de 183 días, además de su estipendio ordinario.

29. "Istruzione fatta per Niccolò Machiavelli a Raffaello Girolani", *Opere*, vol. IV, págs. 177-182. Esta carta está fechada el 23 de octubre, pero no tiene indicación del año. Sin embargo, Fernando de Aragón murió el 15 de enero y le sucedió Carlos, sobrino del emperador Maximiliano. El último murió el 12 de enero de 1519; el mismo año Carlos se dirigió a Alemania como sucesor del Imperio y el año 1522 regresó a España y allí fué Girolani enviado ante él. Herr H. Heidenheimer, en un notable estudio, menciona también esta "Istruzione" y concediéndola, a nuestro juicio, más importancia de la que realmente tiene, no sólo la examina cuidadosamente, sino casi la considera como si se tratase de una obra científica. Busca en ella una precisión matemática de lenguaje, encuentra en algunas palabras significados ocultos que no poseen y en tal forma señala dificultades que en realidad no existen. Maquiavelo dice: "Toda persona honrada puede ejecutar lealmente una comisión; la dificultad radica en realizarla *suficientemente*". Así, en la página 60, Herr Heidenheimer discute la verdadera significación que tiene en este pasaje las palabras *honrada* y *suficientemente*, aunque resulta evidente que el autor quiso decir que ser leal es suficiente para ser honrado; pero que para triunfar *suficientemente* o con la capacidad debida, es preciso algo más, a saber, aptitud, prudencia y sagacidad. Cuando Maquiavelo dice: "Que poner la propia opinión en boca del que habla sería odioso", Herr Heidenheimer analiza la significación de la palabra *odioso*, la causa de este *odio*. Pero incluso en este caso no puede haber duda sobre la significación de las palabras citadas, que simplemente significan que expresar juicios en propio nombre, teniendo en cuenta los países y personajes ante los que el embajador está acreditado y el desarrollo probable de los acontecimientos, puede provocar odio; esto es, que puede ofender el orgullo de alguien, o puede parecer presuntuoso. Por esta razón, quienes tienen experiencia de los asuntos están acostumbrados a escribir en casos similares: "Personas sagaces de esta ciudad esti-

man que" . . . Pero no obstante estas objeciones, la obra de Herr Heidenheimer demuestra una destreza y una cultura admirables.

30. Véanse las tres composiciones sobre Alemania en las *Opere*, vol. IV, páginas 153 y siguientes.

31. "Viaggio in Alemagna", publicado en París y Florencia, Molini, 1837.

32. Herr H. Heidenheimer, en su folleto antes mencionado, págs. 70-74, excusa a Maquiavelo por no haber destacado la agitación de Alemania y la verdadera situación de la multitud, a causa de que él había estado poco tiempo, o no había estado, en el país; no conocía la lengua alemana, y frecuentó a los nobles y a las cortes, pero no al pueblo germánico. Esto es cierto, mas la opinión sigue siendo la misma.

33. En la página 15 de la *Relazione* de Quirini, de la que antes hemos hecho una cita, el autor, con vistas a cuestiones prácticas, analiza la calidad de las fuerzas armadas de Alemania y las compara con las italianas, examinando los aspectos en que unas y otras son superiores o inferiores relativamente, y terminando con una observación que, tratándose del juicio oficial de un embajador veneciano, prueba que los italianos habían empezado ya a perder la confianza en sí mismos. "Todos los alemanes parecidos a éstos son naturalmente más feroces que nuestros hombres y temen menos a la muerte que los italianos; pero no son tan prudentes ni tan disciplinados como los últimos, ni tan diestros como ellos.

34. Incluso en sus "Discorsi", libro I, cap. IV, Maquiavelo alabó grandemente a Alemania, recordando una ley que existía en algunas de aquellas repúblicas, según la cual los ciudadanos se comprometían por su honor a declarar el monto de su fortuna y a pagar un impuesto proporcional sin que fuera necesario establecer investigación oficial alguna; y esto se llevó a cabo con no malos resultados, porque tan notoria era, en su opinión, la buena fe de aquellos ciudadanos. Mundt hace algunas observaciones sarcásticas sobre este tema.

35. El retrato del emperador, hecho por el embajador veneciano Quirini, en las páginas 26 y 27 de su "Relación" contesta precisamente a este interrogante de Maquiavelo y termina diciendo "que siempre salta de una resolución a otra y piensa en hacer tantas concesiones a todos que pierde el tiempo y la oportunidad sin lograr nada".

36. *Opere*, vol. IV, págs. 153 y siguientes. Los gascones, y más especialmente los vascos, los que generalmente se confunden con ellos, formaban una infantería ligera que gozaba de alta reputación en Francia.

37. Incluso durante la última guerra francoprusiana, los alemanes acusaron a los franceses de comportarse blandamente en el campo abierto y de preferir siempre combatir tras de alguna protección. "Combatir siempre al abrigo de algo, y estar siempre cubiertos por sus fortalezas, tales son sus tácticas", leemos en los diarios alemanes de la época, aunque las guerras napoleónicas dan derecho a una opinión distinta.

38. *Opere*, vol. IV, pág. 142. Esto demuestra que incluso en aquellos días eran generales en Francia las parcelas pequeñas.

39. *Ibid*, vol. IV, pág. 139. Guicciardini en sus *Relazione sulla Spagna 1512-1513 (Opere inedite)*, vol. VI, pág. 277, dice de los españoles: "Como son astutos, son buenos ladrones; y por consiguiente se dice que el francés es mejor señor que el español, porque ambos despojan a sus súbditos; pero los franceses gastan (su dinero) directamente, los españoles lo acumulan; y además los españoles, como son de ingenio más agudo, deben conocer mejor las artes del robo".

40. Constan de poco más que una sola página. *Opere*, vol. IV, págs. 151-152.

41. En su excelente obra *La Révolution et l'Ancien Régime*.

CAPITULO X

NUEVA DEVASTACIÓN DE TERRITORIO PISANO. NEGOCIACIONES CON FRANCIA Y CON ESPAÑA. PISA ES PRESIONADA POR TODAS PARTES. MAQUIAVELO VA A PIOMBINO A NEGOCIAR LAS CONDICIONES DE LA CAPITULACIÓN. PISA SE RINDE Y ES OCUPADA POR LOS FLORENTINOS.

(1508-1509)

Al estallar la revolución en Génova el año 1507, Luis XII había prometido al embajador florentino, Francesco Pandolfini, que, en el caso de verse obligado a enviar un ejército a Italia para reducir a la ciudad, se detendría en Toscana, donde lograría que Pisa se sometiera a los florentinos. Esta promesa la hizo con tal ahinco que incluso se convino la suma que habría de pagársele una vez que el asunto estuviese ultimado. Pero Luis, después de someter a Génova, regresó a Francia, dejando, como de costumbre, de cumplir las promesas hechas a los florentinos.¹ Por consiguiente, tan pronto como éstos se vieron libres del temor que les inspiraba Maximiliano, que se había retirado después de pactar una tregua con Venecia, creyeron que tenían derecho y estaban en situación de atender sus propios asuntos, contando para ello solamente con los recursos de la República. Comenzaron por asolar el territorio de Pisa, medida que no habían puesto en práctica durante el año anterior. Los enemigos del gonfaloniero provocaron inmediatamente una viva oposición y a ellos se unieron otros, que se daban cuenta de la crueldad del hecho y experimentaban remordimientos de conciencia al advertir la extremada miseria a que estaba sometida la gente del campo de Pisa. Era duro observar especialmente los sufrimientos de las mujeres, muchas de las cuales morían de hambre.² No obstante, los campos de Pisa fueron arrasados, porque entonces se resolvió llevar la guerra hasta la última consecuencia y se juzgaba llegado el momento oportuno.

Los pisanos estaban sumamente deprimidos por las devastaciones de que habían sido víctimas en junio, y para aterrorizarlos todavía más, los florentinos contrataron a Bardella, el corsario genovés, al precio de 600 florines mensuales, para que bloquease la boca del Arno con tres bajeles, y para que así impidiese la llegada de suministros por aquella parte a la ciudad situada.³ Maquiavelo, que durante los meses de marzo y abril había recorrido el territorio florentino con el encargo de

reclutar soldados de infantería, quedó estacionado en el campamento desde agosto a noviembre, como pagador de las tropas. Allí contribuyó a impulsar el desarrollo de las operaciones bélicas y a que se continuase la obra de destrucción; hizo gestiones para proporcionar refuerzos y propuso la elección de cabos de regimiento. A su instancia, advertimos que los Nueve nombraron 400 de éstos en un espacio de tiempo sumamente corto.⁴ Los Diez parecían haberle confiado la dirección de la campaña. Lo cierto es que le escribieron con fecha 18 de agosto lo siguiente: "Sois prudente, y estando en el secreto de todo, es innecesario que os transmitamos explicaciones más extensas respecto a nuestros deseos".⁵ En octubre, no solamente volvieron a ocasionar estragos similares a los de agosto en las tierras de Pisa, sino que incluso asolaron las próximas a Viareggio pertenecientes a Luca. En tal forma obligaron a los luquenses a establecer un convenio por tres años que les obligaba solemnemente a no proporcionar más ayuda a los pisanos en hombres, ni en dinero ni en provisiones.

Pero cuando Francia se dió cuenta de que los florentinos estaban llevando la guerra con Pisa hasta el fin sin la ayuda de los franceses y sin ninguna ventaja para éstos, se apresuró a formular una protesta contra la devastación llevada a cabo sin previo permiso del rey. Protestó además contra los convenios establecidos con su enemigo el emperador y amenazó con despachar inmediatamente a Pisa al general G. J. Trivulzio, con 300 lanzas, para que la rendición no pudiera hacerse sin su ayuda y para poder así exigir nuevas y mayores concesiones. Era fácil para los florentinos demostrar que Francia no tenía entonces derecho alguno a formular quejas y que sus pretensiones eran absurdas; pero no era posible resistir a las persistentes demandas del rey, que estaba decidido a obtener dinero a toda costa. Ya sabían ellos que Julio II había logrado realizar por fin sus designios, durante tanto tiempo perseguidos, respecto a la Liga de Cambrai, mediante la cual, en diciembre de 1508, el Papa, el emperador, España y Francia unieron sus fuerzas para la destrucción de Venecia. Es cierto que este acontecimiento distrajo la atención general y la apartó de los planes bélicos de Toscana, que quedó con las manos libres; pero por otra parte, la obligación contraída por Francia de enviar un ejército numeroso al norte de Italia, hizo que aquella potencia experimentase mayor deseo de obtener dinero, que se hiciese más peligrosa y que amenazase con males cada vez más próximos.

Por esta razón los embajadores Alessandro Nasi y Giovanni Ridolfi estaban entonces en Blois, con instrucciones de llegar a un acuerdo y pagar la menor cantidad posible a Francia y a España, nación ésta que sin perder tiempo había formulado pretensiones análogas, y que estaba dispuesta a vender la vieja amistad de los pisanos que, aducía, siempre había procurado conservar; mientras los franceses estaban dispuestos a que sus siempre fieles aliados los florentinos les pagaran el indiscutible derecho que éstos tenían a cubrir sus propias necesidades con sus propios recursos. Sin embargo, era preciso ceder. Las negociaciones se desarrollaron con lentitud, porque surgieron disputas,

no solamente respecto a la suma que habría de ser entregada, sino también a la forma de pago. Entre tanto, fué preciso gratificar a Rubertet y a los otros ministros de Francia y de España, quienes después de aceptar amablemente el dinero, pidieron más y no manifestaron la menor prisa en dar por terminadas las gestiones. Al fin Nasi y Ridolfi escribieron que el 13 de marzo de 1509 se había firmado un tratado por el cual la República estaba obligada a pagar 50,000 ducados en varios plazos al rey de Francia y otra cantidad igual al monarca español, a cuyo embajador se habían visto obligados también a prometer una prima de 1,500 ducados, ante su negativa a contentarse con una de 1,000. Pero no fué esto todo: se habían visto forzados, asimismo, a firmar un segundo tratado con Francia, mediante el cual se le prometió pagar a esta nación otros 50,000 ducados, con la garantía del más estricto secreto, a fin de no provocar los celos de los españoles, que de saberse el negocio habrían insistido en recibir la misma cantidad.⁶ En resumen, la República había de desembolsar más de 150,000 ducados para sus amigos, si quería disfrutar el permiso de ejercer los derechos que por ley natural le correspondían como a todo Estado.

Mientras tanto, y pese a todo, Florencia había llevado adelante la guerra. Maquiavelo estaba todavía en el campamento y los Diez le escribieron el 15 de febrero, autorizándole para que diese cuantas órdenes creyese necesarias, "puesto que hemos echado toda esta carga sobre vuestras espaldas".⁷ Era aquella una responsabilidad inmensa para un hombre como él, sin formación militar; pero logró hacer milagros, atendiendo a todo con energía febril, de manera que las cosas progresaron muy satisfactoriamente. Los genoveses habían ordenado la retirada del corsario Bardella y sus comerciantes se hicieron inmediatamente a la mar con barcos de trigo para llevar ayuda a los pisanos levantados en armas. El 18 de febrero fué rechazada esta expedición de socorro por algunas fuerzas armadas; 800 infantes de las milicias y algunos cañones habían sido enviados a San Piero in Grado, con tiempo suficiente para retener la boca del río.⁸ Al valle del Serchio se despachó una fuerza igual para guardar la entrada al Fiume Morto, canal por el que las embarcaciones que pasan por Osole ú Oseri llevaban víveres a Pisa. Después, el famoso arquitecto Antonio San Gallo llegó con un equipo de leñadores y de aserradores y con cierta cantidad de madera para construir un dique a través del Arno que hiciese imposibles los abastecimientos. Maquiavelo ordenó la realización inmediata de una obra similar a través del Fiume Morto.

En tanto dirigía estos asuntos, sostuvo directamente correspondencia con los Diez, sin prestar mucha atención al comisario general Niccolò Capponi, que, aunque disgustado, permaneció tranquilamente en Cascina. Soderini envió, como consecuencia de esta actitud, una protesta amistosa a Maquiavelo, rogándole que tratase de salvar las apariencias a toda costa.⁹ Maquiavelo escribió en el acto al comisario y le informó que se encontraba en el molino de Quosi, "para estar atento y evitar que alguna otra embarcación tratase de entrar, a fin de detenerla, como habían detenido la primera".¹⁰ Pero después de esto si-

guió como de costumbre, porque no había tiempo de pensar en el protocolo. Se apresuró a ir a Luca para protestar de la ayuda dispensada constantemente desde allí a los pisanos y obtuvo la promesa de que se montaría una guardia más estricta.¹¹ El 7 de marzo había completado la fábrica del dique a través del Fiume Morto, compuesta de tres filas de pilares ligados con hierro y sumergidos en el agua, y permaneció en el campamento de Quosi para supervisar la elevación del lecho del río Oseri por medio de tres pequeños bajeles capturados a los pisanos, a fin de hacerlo vadeable a las tropas florentinas. El 7 de marzo escribió a los Diez "que Jacopo Savelli había cruzado dos veces y vuelto a cruzar el río con ocho caballos; y que cuando nuestra tropa puede cruzar y trasportar 50 fajinas con ella, quiere decirse que incluso el propio ejército de Jerjes podría vadearlo". La misma carta refleja que sus esperanzas eran muy grandes: "Las compañías de milicias eran excelentes, y no le inspiraban preocupación de ninguna especie". Creía que esta vez los luqueses harían honor a su promesa de no enviar socorro, y que impedirían que los particulares enviaran suministros o que los pisanos viniesen a procurárselos allí. En otra forma, como él les había dicho, era inútil que hiciesen tratados con los florentinos, los cuales podían lograr dos objetivos de un solo golpe.¹² Esto significaba que las mismas precauciones podrían impedir que los luqueses enviaran socorros o que éstos fuesen recibidos por los pisanos.

Habiendo llegado la cosas a este punto, con el ejército disperso y varias operaciones en vías de desarrollo, pareció muy extraño que el peso de todo descansase todavía sobre las espaldas de Maquiavelo, que no era general ni comisario de guerra, sino simplemente el confidente íntimo de Soderini. Como consecuencia, el Consejo de los Ochenta eligió otros dos comisarios,¹³ nombramientos que recayeron en las personas de Antonio da Filicaia y Alamanno Salviati. Ambos fueron el 10 de marzo a Cascina para conferenciar con Maquiavelo y con Capponi y adoptar las medidas necesarias para terminar rápidamente la campaña. Resolvieron formar tres campamentos: uno, en San Piero in Grado, donde Maquiavelo y Salviati debían permanecer con Antonio Colonna para guardar el Arno, el puente recién terminado sobre el Fiume Morto y el bastión erigido para su defensa; el segundo campamento debía establecerse en San Jacopo, para impedir que los luqueses enviaran ayuda a Pisa por el valle del Serchio, y allí debía estacionarse el comisario Antonio da Filicaia. Las sendas montañosas, sin embargo, por las cuales los pisanos podrían ir a buscar provisiones a Luca, estaban todavía abiertas y por esta causa se estableció un tercer campamento en Mezzana, desde donde podían vigilarse las veredas; Capponi fué enviado allí como comisario. Cada uno de estos campamentos de bloqueo, que privaban a Pisa de toda posibilidad de ayuda, debían comprender 1,000 hombres, dos tercios de los cuales pertenecían a la milicia florentina.¹⁴

Antes de que todos estos planes pudiesen ser llevados a la realidad, Maquiavelo recibió órdenes, despachadas el 10 de marzo, de ir a Piombino, adonde llegaría una delegación pisana provista de salvoconducto,

para proponer los términos de una capitulación.¹⁵ Como se temió que esto fuese solamente un pretexto de los pisanos para ganar tiempo, los Diez le comisionaron para que fuese a averiguar exactamente el propósito de los sitiados, con instrucciones de insistir en la entrega incondicional de éstos y de retirarse inmediatamente si los comisionados no estaban autorizados para llegar con él a un convenio.¹⁶ La ciudad de Pisa había quedado reducida a una situación realmente extrema. Con la formación de los tres campamentos citados, los florentinos habían cortado toda posibilidad de ayuda, ya fuese desde Luca o desde la costa. Además, toda vez que habían pagado las cantidades mencionadas a España y a Francia, gozaban de plena libertad de acción. La gran guerra que ahora amenazaba, a causa de la Liga de Cambrai, atraía la fuerza y la atención de las grandes potencias, incluso la del Papa, hacia el norte de Italia, y por consiguiente quedaron los pisanos sin esperanza de ayuda ni siquiera de Roma. Hasta ahora, es cierto, habían logrado sostener una defensa larga, heroica y afortunada, y realmente habrían podido continuarla durante más tiempo, si no hubiese sido por los desórdenes internos, que ya eran imposibles de conjurar y que se sumaron a todos los peligros que amenazaban desde fuera.

La obstinada energía de la defensa de Pisa se atribuyó sobre todo a que, mientras los florentinos habían llevado principalmente la guerra con mercenarios o tropas auxiliares, los pisanos no solamente habían armado a todos los hombres hábiles de la ciudad, sino incluso a los habitantes del territorio circundante; además, concedieron a estos últimos una participación en el Gobierno. Esta unión, sin precedentes en nuestras Repúblicas, había fortalecido extraordinariamente la defensa, y produjo ejemplos de virtud, de abnegación y de heroísmo como raras veces se habían registrado en la historia italiana de aquella época. De hecho, incluso los enemigos de Pisa estaban llenos de admiración ante tales ejemplos, y Maquiavelo vió en ello nuevos motivos de confianza en la milicia nacional que entonces se estaba organizando. Pero la larga guerra con Pisa había producido también otras consecuencias: los campesinos, que son siempre las primeras víctimas del ataque y que cada día se veían obligados a mayores sacrificios tanto de vidas como de bienes, lograron por la fuerza de las circunstancias una participación preponderante en el gobierno de la ciudad. Este, en suma, se había ido convirtiendo en un gobierno de defensa de la República y, naturalmente, el poder principal recayó en manos de quienes demostraron mayor vigor para rechazar al enemigo; no obstante, los ciudadanos que tenían más experiencia en el manejo de la cosa pública y mayor penetración política continuaron todavía interviniendo en la dirección de los asuntos de la comunidad.

En esta forma, y a través de un proceso lento, surgió un conflicto genuino de intereses al que resultaba difícil hallar remedio. El campo había quedado aislado y agotado. Los florentinos demostraron que no alimentaban deseos de represalia, pero exigieron la entrega incondicional; si bien prometieron tratar a los vencidos con un sentido de humanidad, como a sus propios conciudadanos. No había razón para

que tales condiciones no fuesen aceptadas por los habitantes del territorio comarcano, quienes sabían que una vez terminada la guerra, serían tratados como súbditos, incluso por los de Pisa, según la costumbre general de todas las Repúblicas italianas. Estas condiciones, sin embargo, no resultaban realmente gratas a los habitantes de la ciudad, para quienes la entrega incondicional representaba la pérdida de su independencia, la que para ellos valía más que cualquiera otra cosa. De aquí el desacuerdo entre ciudadanos y campesinos. Estos últimos decían que sus tierras estaban reducidas a tal situación que ya no era posible prolongar la defensa y que estaban dispuestos a rendirse; los ciudadanos, por el contrario, se mostraban aún obstinados en la resistencia y provocaron interminables dilaciones con la finalidad de ganar tiempo. Al final propusieron ceder solamente el territorio, pero a continuación trataron de aterrorizar a los labriegos, haciéndoles ver que ellos, y no los de la ciudad, serían el blanco principal de la venganza de los florentinos. No obstante, los vencedores demostraron en mil formas su intención de ser clementes. Además, la idea de ceder únicamente el territorio no era aceptable para nadie, porque en tal caso la guerra contra la ciudad continuaría y las vicisitudes del sitio representarían nuevos daños y devastaciones para los campos de contorno.¹⁷

De aquí que la embajada enviada por Pisa a Piombino se compusiese de campesinos y de ciudadanos que no sustentaban el mismo criterio. Maquiavelo lo sabía; bien pronto habría de tener nuevas pruebas al respecto. El 15 de mayo escribió un informe a los Diez. Los pisanos, que habían llegado en gran cantidad, se quejaron de que en lugar de dos o tres ciudadanos influyentes, sólo fuera a parlamentar con ellos un secretario ordinario, ni siquiera expresamente enviado desde Florencia. En todo caso aceptaban la paz, con la garantía de la vida, la propiedad y el honor, pero adujeron no tener poderes para establecer ningún convenio. Maquiavelo, a quien esta situación dejó totalmente insatisfecho, se volvió hacia el señor de Piombino y le dijo "que no podía contestar porque ellos no habían dicho nada; que si querían una contestación previamente debían decir algo. Florencia deseaba ser obedecida, pero no reclamaba las vidas, ni la propiedad, ni el honor de los pisanos y les dejaría una libertad razonable". Después los de Pisa presentaron su propuesta de ceder el territorio y de que se les dejase tranquilos dentro de los muros de su ciudad. "¿No veis —replicó Maquiavelo, dirigiéndose nuevamente al señor de Piombino— que se están riendo de nosotros? Si no tienen el propósito de entregar Pisa a los gobernantes de Florencia es inútil seguir las negociaciones; y en cuanto a la seguridad, si no aceptan una fiel sumisión, no hay nada que hacer". En seguida, dirigiéndose a los campesinos, dijo "que lamentaba la ingenuidad de ellos, porque se estaban prestando a un juego en el que, en todo caso, deberían perder. Si Pisa tenía que ser tomada por la fuerza, perderían sus bienes, la vida y todo; si, por el contrario, los pisanos alcanzaban la victoria, entonces los ciudadanos los tratarían no como iguales, sino como siervos, y los enviarían nuevamente al cultivo de sus tierras". En este momento, uno de los ciudadanos de Pisa

empezó a gritar que las condiciones no eran convenientes, puesto que tendían a crear la división entre ellos; pero los campesinos, en vez de dejarse intimidar, se manifestaron dispuestos a aceptar los términos de la propuesta y expresaron su deseo de hacer la paz. Maquiavelo no se preocupó más del asunto y partió al siguiente día, aunque en dos ocasiones, incluso cuando ya estaba a caballo, los delegados volvieron a hablarle para tratar de reanudar las discusiones.¹⁸

Se había visto obligado a ir inmediatamente a Florencia, en virtud de un llamamiento imperativo de los Diez.¹⁹ Pero bien pronto volviremos a encontrarle en el campo de Mezzana, desde donde escribió a los Diez el 16 de abril, contestando a una invitación para ir a Cascina. Después de minuciosos detalles sobre la situación del ejército y de afirmar que la infantería podía equiparse a cualquiera otra de las de Italia, terminaba rogando que le dejaran donde estaba, porque en caso contrario no podría atender ni a la infantería ni a ninguna otra cosa, mientras por otra parte deseaba saber a quién enviarían a Cascina. Agregaba que se daba cuenta de que permanecer en Cascina sería mucho menos cansado y menos peligroso para él, "pero si prefiriese evitar la fatiga y el peligro no habría salido de Florencia; por consiguiente, ruego a sus excelencias que me permitan permanecer en estos campamentos y trabajar con estos comisarios en las cuestiones que sean precisas, porque aquí puedo servir de algo y allí no serviría de nada, y en cambio moriría de desesperación. Vuelvo, pues, a rogaros que designéis otro hombre".²⁰ Los Diez contestaron, dándole permiso para permanecer donde creyese que su presencia era más útil;²¹ entonces dedicóse a recorrer de uno a otro los tres campamentos y a vigilar el desarrollo de los acontecimientos, estando presente siempre donde su ayuda se necesitaba para que los soldados recibiesen la atención debida. Unas veces estaba pagando a las tropas, otras enviando abastecimientos, otras orientando y dirigiendo las operaciones de bloqueo para impedir la llegada de suministros a la ciudad.²² El 18 de mayo estaba en Pistoia con el objeto de apresurar el despacho de una remesa de pan que había quedado retrasada y daba severas órdenes para evitar que se repitiese el embrollo.²³ Esta vigilancia rigurosa produjo al fin el efecto previsto, porque los pisanos se vieron tan acosados por todas partes que no tuvieron más remedio que aceptar la rendición.

El 20 de mayo los tres comisarios escribieron a los Diez,²⁴ anunciando la llegada de cuatro pisanos con el propósito de solicitar un salvoconducto y enviar embajadores a Florencia para arreglar la capitulación. Y el 24, los embajadores, cinco ciudadanos y cuatro campesinos,²⁵ aparecieron en el campamento e hicieron el viaje tan rápidamente con Alamanno Salviati y Nicolás Maquiavelo, que llegaron a San Miniato la misma tarde.²⁶ El 31, Maquiavelo volvió a Cascina y los embajadores, después de arreglar en Florencia los términos de la capitulación, que de hecho fué incondicional, aunque recibieron seguridades de clemencia, regresaron sin dilación a Pisa. No había tiempo que perder. El 20 de mayo 300 personas muertas de hambre salieron de la miserable ciudad y acudieron en tropel al campamento de Mezza-

na, pidiendo pan, que se les dió. Al día siguiente nuevas bandas famélicas acudieron desde todas las puertas de la ciudad y fué necesario hacer que se volvieran porque la irrupción amenazaba con llevar al caos a todo el campamento.²⁷ El 6 de junio todo estaba dispuesto para la entrada de los florentinos al día siguiente. Los tres comisarios llegaron al campamento de Mezzana para reunirse con Maquiavelo, quien había recibido 3,000 ducados destinados al pago de las tropas. Se recibió también una orden por virtud de la cual se dejaba al secretario la elección de los soldados que habían de ocupar la ciudad. Tales tropas deberían recibir anticipadamente la tercera parte de sus devengos para que no tuviesen pretexto de cometer excesos.²⁸ Se dejó pasar un día para entrar el día 8. Probablemente, aunque no tenemos la certeza de ello, los astrólogos fueron consultados antes de fijarse la fecha y la hora. Todo cuanto sabemos es que entre las muchas cartas recibidas entonces por Maquiavelo, encontramos una de su amigo Lattanzio Tedaldi, aconsejándole cordialmente que no comenzase la entrada en Pisa antes de las doce y media, y mejor, si era posible, unos minutos después de la una de la tarde, hora que había sido siempre de buen augurio para los florentinos.²⁹

Según el juicio unánime de los historiadores contemporáneos, desde aquel momento todo se desarrolló con humanidad para la infeliz ciudad que tanto había combatido y padecido.³⁰ No solamente se abstuvieron los florentinos de actuar con violencia, sino que introdujeron en la ciudad grandes partidas de provisiones que distribuyeron entre los desfallecidos habitantes. Además devolvieron a los pisanos todas las tierras que les habían confiscado, y calcularon escrupulosamente las pérdidas de los propietarios, incluso los productos del último año hasta el día del establecimiento de la paz con el objeto de gratificarlos debidamente. La redacción de estas cuentas quedó confiada al historiador Jacopo Nardi, quien dijo que habían sido hechas en forma tan favorable para los pisanos, que era como si éstos mismos las hubiesen dictado, en vez de serles impuestas.³¹ Los pisanos recuperaron sus antiguos privilegios y fueron restablecidos sus magistrados administrativos; su antigua libertad de comercio les fué devuelta; se les concedió el derecho de apelar contra las resoluciones de sus tribunales ante los mismos jueces que los florentinos; pero si todo esto honraba a los vencedores, especialmente a Soderini y Maquiavelo, que tuvieron la participación más importante en la redacción y en la ejecución de los decretos, no pudo llegar a dar satisfacción a los vencidos. ¡La libertad, la independencia y los derechos políticos se perdieron para siempre! Los pisanos no podían en efecto esperar ya una participación en las resoluciones que afectaban al destino de su ciudad. En consecuencia, las principales familias emigraron a Palermo, a Luca, a Cerdeña y a otros lugares. Muchos se alistaron en el ejército francés y combatieron contra Venecia en Lombardía; después buscaron en el sur de Francia un hogar que les recordase el clima de su dulce Toscana.³² Entre aquellos desterrados estaban los Sismondi, antepasados del ilustre historiador de las Repúblicas italianas.

Por aquellos días, dice Nardi, muchos se acordaron de Antonio Giacomini, quien fué el primero que orientó la guerra contra Pisa hacia un final victorioso, y quien después, a causa de la envidia, fué empujado al ostracismo. Ahora, solamente era un anciano ciego y enfermo, abandonado y en la miseria. Por un extraño capricho de la fortuna, Maquiavelo había logrado la victoria, a pesar de no ser soldado. Pero su conciencia no le remordía, porque él no había sido de los que despreciaron a Giacomini; por el contrario, siempre experimentó una sincera admiración por él y no perdió oportunidad de declararlo. En realidad fueron el ejemplo y la ciencia militar del general factores que le estimularon a organizar la milicia, a cuyos esfuerzos se atribuyó la rendición de Pisa.

En resumen, todo le había salido bien al secretario, y la clemencia que ejerció al entrar en la ciudad aumentó su reputación de hombre prudente y la influencia de su nombre. De todas partes llegaron hasta él cartas de felicitación. Una de fecha 8 de junio, de Agostino Vespucci, su colega en la cancillería florentina, le comunicaba que en la ciudad estaban ardiendo fogatas desde las nueve de la noche y que era imposible describir el regocijo público: "Todo hombre *quodammodo* se vuelve loco de alegría... *Prosit vobis* haber estado presente en un glorioso acontecimiento de esta especie, *et non minima portio rei...* *Nisi crederem te nimis superbire*, me atrevería a decir que vos, con vuestros batallones *tam bonam navastis operam, ita ut, non cunctando sed accelerando, restitueritis rem florentinam*. Apenas sé lo que estoy diciendo. Juro ante Dios que tan grande es nuestra alegría, que compondría para ti una Tulliana (un discurso ciceroniano) si tuviese tiempo, *sed deest penitus*."³³ Y el 17 de junio un amigo, el comisario Filippo da Casavecchia, le escribió desde Barga: "Deseo á usted toda serie de venturas por los grandes beneficios proporcionados a esta noble ciudad; verdaderamente puede decirse que habéis tenido una gran participación personal en el asunto... Cada día descubro en vos un profeta más grande que los judíos o que los que vivieron en cualquiera otra generación."³⁴

Sin embargo, todos estos triunfos estaban cargados de peligros para el futuro de Maquiavelo e incluso de la misma República. Nuestro hombre se convirtió, naturalmente, en objeto de celos y envidias cada vez mayores. ¿No era él un simple secretario, pese a lo cual dirigió un sitio con casi más autoridad que la de los comisarios de guerra? ¿No había tenido además la buena suerte de lograr triunfos que pusieron fin a la obstinada lucha que durante tantos años agotó los recursos de las ciudades hostiles? Por otra parte, estos resultados venturosos hicieron que todo el mundo concibiera la opinión más elevada de las nuevas ordenanzas; Maquiavelo y los demás pusieron una fe ilimitada en ellas e hicieron de las mismas fuentes de desilusiones y amarguras. Nadie parecía darse cuenta entonces de que gracias a las ordenanzas de la milicia, todo lo que ésta había efectivamente logrado era aislar el país sin hacer frente al enemigo en el campo de batalla, y mantener una vigilancia estricta para impedir que los abastecimientos llegasen

a una ciudad tan fatigada y agotada por el hambre que ya no le era posible poner un ejército en pie de guerra. Nadie pensó tampoco que las cosas habrían sucedido en forma muy distinta si se hubiese tratado de organizar soldados capaces y disciplinados para una batalla campal. Fué esta una experiencia que habría de arrostrarse en fecha posterior; después Florencia aprendió a su propia costa el peligro de forjarse ilusiones y esperanzas excesivas en tiempo de guerra.

NOTAS AL CAPITULO X

1. Ver la Misión Diplomática de Francesco Pandolfini en Desjardins, *Negociaciones*, vol. II, págs. 199 y sigs.
2. Guicciardini: *Storia Fiorentina*, pág. 351.
3. Buonaccorsi, *Diario*, pág. 134; Guicciardini, *Storia Fiorentina*, págs. 351 y 352.
4. *Opere*, vol. V, pág. 34, y *Scritti Inediti del Machiavello*, págs. 399-341.
5. Carta del 18 de agosto de 1508, *Opere*, vol. V, pág. 338. Con este mensaje le enviaron 500 ducados. Véase en el mismo lugar la credencial fechada el 16 de agosto. Aquellas comisiones enviadas al campamento y a todo el territorio pueden encontrarse en el volumen VII de *Opere*. Otros documentos relativos al mismo tema pueden encontrarse en los *Scritti Inediti* y en *Opere*, vol. I, y vol. V. Estos documentos ponen de manifiesto que en los meses de marzo y abril de 1508, Maquiavelo empleó 34 días viajando por los territorios de la República. "para reclutar soldados de infantería, y que recibió 17 florines anchos para sus gastos". *Opere*, vol. I, pág. 69. Se le enviaron 800 florines anchos el 18 de agosto para el pago de los soldados y para la devastación del territorio pisano. (*Ibidem*, pág. 71.) En octubre fué enviado a los contornos para reclutar soldados y para destruir las cosechas de mijo y avena. (*Ibidem*, pág. 71.) En marzo, 1508-1509, recibió 12 florines anchos para los gastos de 24 días de viaje con tres caballos y el trabajo de selección de los cabos para las compañías. Después se le enviaron nuevas sumas destinadas al pago de la infantería; de una sola vez se le enviaron 283 florines anchos, seis sueldos y diez denarios; en otra ocasión se le enviaron 285 florines y 5 liras, y así sucesivamente. En el mes de mayo le encontramos en Pescia, y en Pistoia para abastecerse de pan y de provisiones. En junio recibía una paga de 8 liras diarias, por los 89 días que había estado viajando de una parte a otra. (*Opere*, vol. I, pág. 72.) Todo ésto demuestra la acumulación de asuntos que tenía que atender y cómo estaba siempre en movimiento.
6. Desjardins, *Negociaciones*, vol. II, págs. 256-297. Véase más especialmente la carta del 13 de marzo de 1509, en la pág. 299.
7. *Scritti Inediti*, págs. 347-348.
8. Buonaccorsi, *Diario*, pág. 138.
9. Carta de Andrea della Valle, 19 febrero, 1508-1509. *Opere*, pág. 353.
10. *Opere*, vol. VII, pág. 240. Carta del 20 de febrero.
11. *Opere*, vol. V, págs. 376 y 378.
12. Carta del 7 de marzo 1508-1509. *Opere*, vol. VII, pág. 240.
13. Guicciardini, que nunca fué muy partidario de Soderini, dice que esta elección fué hecha en forma tal que, "las cosas pudieran ser orientadas en forma más ordenada y más inteligente, puesto que el único funcionario del campamento era Niccolo Maquiavelo, canciller de los Diez" (*Storia Fiorentina*, pág. 381). Pero, como hemos visto, Capponi también estaba allí.
14. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, cap. XXXIII, págs. 387-388; Buonaccorsi, *Diario*, págs. 138-139.
15. La embajada estaba formada por ciudadanos y campesinos. Guicciardini dice en la página 332 de su *Storia Fiorentina*, que su número era de veinte: Ammirato (*Istoria Fiorentina*, vol. V, cap. XXVIII, pág. 497, Florencia, Batelli, 1546-1849) nos dice que se concedió un salvoconducto para 24 personas. En la edición pu-

blicada, Maquiavelo aparece diciendo que con sus partidarios "formaban un grupo de 164, o más". (*Opere*, vol. VII, pag. 235; y en las *Opere*, vol. V, pag. 392, leemos "un grupo de 161, o más".) El manuscrito original, sin embargo, dice: "Un grupo de 16, o más". El punto que aparece después de la cifra 16, siempre colocado después de los números por los autores antiguos, ha sido interpretado equivocadamente como la cifra 1.

16. Véase la carta y la comisión de los Diez, fechada el 10 de marzo, 1508-1509. *Opere*, vol. V, pag. 374.

17. Guicciardini, *Storia Fiorentina*, págs. 387 y sigs.

18. *Opere*, vol. VIII, págs. 249 y siguientes. Cartas del 15 de marzo, 1508-1509.

19. La carta de los Diez tiene fecha de 5 de abril y lleva la inscripción Cito (o sia per via). En ella se ordenaba a Maquiavelo que se presentara en Florencia el mismo día con todos los hombres que tenía con él: "Daos tanta prisa como os sea posible, porque el caso es urgente." Esta carta está publicada en las *Opere* entre los documentos de la "Comisión para el Campamento situado ante Pisa". Maquiavelo, sin embargo, había ya partido; no podía haber estado en Pisa si la orden era de estar en Florencia el mismo día. A esta carta los editores de las *Opere* agregaron otras encontradas entre las "Carte del Macchiavelli", escritas desde Florencia en nombre de los Diez, dirigidas a Maquiavelo al campamento, pero firmadas con su nombre, sin ninguna explicación de cómo Maquiavelo podía escribir cartas desde Florencia a Maquiavelo en el campamento situado ante Pisa. Podría parecer que, como él conservaba todavía el cargo de secretario de los Diez, la cancellería continuaba la costumbre de colocar el nombre del secretario al final de las cartas oficiales, ya fuese el nombre completo, o solamente las iniciales, incluso durante la ausencia del titular. Naturalmente, ni las cartas ni la firma son manuscritas de Maquiavelo.

20. *Opere*, vol. VII, pag. 258. Carta del 16 de abril, 1509.

21. *Ibid.*, vol. V, pag. 401. Carta del 17 de abril 1509.

22. Carta del 21 de abril, desde el campamento de San Piero in Grado, *Opere*, vol. VII, pag. 262.

23. Carta de 18 de mayo, desde Pistoia, *Opere*, vol. VII, pag. 265.

24. Está en los Archivos de Florencia, y se publicó en las *Opere*, vol. VII, pag. 267, y en las *Opere*, vol. V, pag. 413. Fué escrita desde el campamento en el valle del Serchio, por Maquiavelo, que agregó de su puño y letra las tres firmas de los comisarios.

25. La carta del 21 de mayo, escrita por Maquiavelo y firmada por Salvati, hace mención de que debían ser cinco campesinos y cuatro ciudadanos; pero el error está corregido en las credenciales proporcionadas por el Gobierno de Pisa, *Opere*, vol. V, pag. 415.

26. Carta del 24 de mayo, 1509, desde San Miniato, escrita por Maquiavelo y firmada por Salvati, *Opere*, pag. 417.

27. Carta del 3 de junio de 1509, *Opere*, vol. VII, pag. 279. Carta de Antonio da Filicaia, 3 de junio, 1509, *Opere*, vol. pag. 423.

28. *Opere*, vol. VII, págs. 284 y siguientes.

29. *Cartas de Maquiavelo*, caja IV, núm. 40. *Opere*, vol. V, pag. 429.

30. Guicciardini, *Storia d'Italia*, libro VIII, cap. III. "En esta ocasión, la buena fe de los florentinos es digna de mención: porque aunque saturados de odio, y exasperados por muchos agravios, no fueron menos fieles en el cumplimiento de sus promesas que clementes y amables al hacerlas."

31. Nardi, *Storia di Firenze*, vol. I, págs. 409-410.

32. Sismondi, *Hist. des Répub. Italiennes*, Bruxelles, 1838-1939, vol. VII, pag. 244. *Capitolazione per la resa della città di Pisa sotto il dominio della repubblica fiorentina* in Flaminio Dal Borgo, *Raccolta di diplomi pisani*, pag. 406-28, en 1765.

33. *Carte del Machiavelli*, caja 6ª, núm. 43. Esta carta de Vespucci se publicó en *Opere*, vol. V, nota a la pag. 431.

34. Véase Apéndice (II), documento 6º, de la edición italiana. Este original está entre las *Carte del Macchiavelli*, caja 5ª, núm. 45; parte del fragmento transcrito arriba se publicó en las *Opere*, vol. V, pag. 431.

CAPITULO XI

LA LIGA DE CAMBRAI Y LA BATALLA DE AGNADELLO. LA HUMILLACIÓN DE VENECIA. UNA MISIÓN DIPLOMÁTICA A MANTUA. LA SEGUNDA DECENNALE. PEQUEÑAS VEJACIONES DE MAQUIAVELO. EL PAPA COMO ALIADO DE VENECIA Y COMO ENEMIGO DE FRANCIA. REANUDACIÓN DE LA GUERRA. TERCERA MISIÓN DIPLOMÁTICA A FRANCIA.

(1508-1510)

El 20 de diciembre de 1508 tuvo efecto el establecimiento de la Liga de Cambrai, que Julio II había proyectado cuidadosamente e impulsado con vehemencia. El emperador, España, Francia y el Papa se habían unido, al parecer, para combatir a los turcos, pero realmente para satisfacer sus deseos de venganza contra Venecia. Los aliados estaban de acuerdo para la división del territorio de la Serenisima. El Papa había de recibir las codiciadas tierras de la Romaña; el emperador obtendría Padua, Vicenza, Verona y Friuli; España, el territorio napolitano sobre el Adriático; y Francia, a cambio de soportar el peso de la guerra, pondría sus manos sobre Bérgamo, Brescia, Crema, Cremona, Ghiara d'Adda y los estados del Milanesado. Las hostilidades empezaron inmediatamente y desde el primer momento parecía que tanto la naturaleza como la humanidad conspiraban al unísono para destruir a Venecia. Estalló el polvorín; un rayo incendió la fortaleza de Brescia; un barco que llevaba 10,000 ducados a Rávena se hundió en el mar; algunos de los Orsini y de los Colonna, que estaban al servicio de Venecia y que se comprometieron a reclutar una fuerza considerable de infantería y de caballería, retuvieron la cuota de 10.000 ducados que habían recibido ya y rompieron el contrato por orden del Papa. Pero la indomable República no desmayó y despachó un ejército poderoso de tropas nativas y extranjeras al Oglio bajo el mando de Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, y de Bartolomé d'Alviano. Orsini era excesivamente prudente; d'Alviano excesivamente atrevido, y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ante el otro, por lo cual la dirección de la guerra carecía de una orientación segura.

Sus adversarios, por el contrario, iban rectamente al blanco. El 15 de abril publicó Julio II su bula de excomunión contra los venecianos y contra cuantos les prestasen ayuda, en la que autorizaba a cualquiera para hacerlos esclavos después de despojarlos de sus bienes.

El 14 de mayo la vanguardia francesa, mandada por G. J. Trivulzio, pasó el Adda y estableció contacto con la retaguardia de los venecianos que iba al mando de D'Alviano. Este comandante había hecho un alto mientras el resto del ejército veneciano avanzaba, y se encontró aislado frente al enemigo que estaba siendo continuamente reforzado por nuevas tropas de refresco. Viendo lo cual D'Alviano despachó mensajeros al conde de Pitigliano; pero éste contestó, con su habitual timidez, que el Senado no deseaba que se librase por el momento una batalla campal y que sus colegas deberían continuar la marcha. Entonces D'Alviano prefirió atacar al enemigo y se portó valerosamente, pero tuvo la mala suerte que había de perseguirlo en su carrera. La infantería de Brisighella combatió con heroísmo: 6,000 soldados sostuvieron la lucha hasta que cayó el último hombre. Se perdieron 20 piezas de artillería y D'Alviano mismo fué herido y cayó prisionero. Sus tropas estaban completamente derrotadas; pero una parte de la caballería pudo escapar y el grueso del ejército de Venecia, a las órdenes de Pitigliano, que había continuado la marcha, no tomó parte en la acción. Esta, conocida con el nombre de batalla de Vailà o Agnadello, fué la primera de las grandes y cruentas luchas que desde entonces habían de tener a Italia como escenario, y en la que los soldados y capitanes italianos de ambas partes combatieron con igual valor, pero ligando infaustamente su país cada vez más a la dominación extranjera. Los franceses se apoderaron de Caravaggio, Bérgamo, Brescia y Crema; capturaron también Peschiera; y de este modo, en un plazo de quince días, Luis XII, que había entrado en Italia a la cabeza de su ejército, era ya el señor del territorio que se le había prometido en Cambrai. Como consecuencia de ello, no tardó en remitir su ardor respecto a la continuación de la campaña. Entretanto el conde de Pitigliano se había encerrado en Verona.

En estas circunstancias, el ejército papal, que se componía de 400 hombres de milicias, otros tantos de caballería ligera y 800 de infantería, avanzó rápidamente por el interior de Romaña sin encontrar obstáculos. Bien pronto, además, se encontró fortalecido con 3.000 suizos mandados por el sobrino del Papa, Francesco María della Rovere, entonces señor de Urbino en virtud de haber sido adoptado por el fallecido duque Guidobaldo. Cuando le llegaron al duque d'Este las noticias de la batalla de Vailà, rompió su neutralidad, expulsó de Ferrara al veneciano Vismolino, envió 32 de sus famosos cañones al ejército del Papa, y nuevamente se hizo cargo de ciertas tierras que antiguamente los venecianos tomaron a la casa de Este. El marqués de Mantua se condujo en forma muy parecida. Esperando la llegada del emperador, sus feudatarios atacaron en Friuli y en Istria a la acosada República de San Marcos, cuya única esperanza consistió entonces en sembrar la disensión entre sus adversarios aun a costa de conceder a algunos de ellos bilateralmente la totalidad de sus demandas.

Nada quedaba por dar a Francia, puesto que esta potencia se había apoderado de cuanto deseaba; así, los venecianos decidieron devolver

a España el pequeño territorio napolitano que retenían en el Adriático. Pero ésta era una oferta insignificante dadas las circunstancias. Enviaron a Antonio Giustinian como legado ante el emperador con carta blanca para conceder cuanto éste le pidiese. Giustinian, que había demostrado en otras ocasiones ser un diplomático influyente y altanero, preparó un discurso en latín, de tono tan humilde, que realmente puede ser calificado de humillante; y por esta razón los autores venecianos han tratado de negarle autenticidad.¹ Pese a ello, Giustinian no logró sus propósitos; ni siquiera pudo obtener una audiencia, porque el emperador había declarado que en primer término debía de llegarse a un acuerdo con Francia. Por otra parte, Venecia tuvo éxito en sus negociaciones donde menos lo esperaba, es decir, en Roma. Por esto el embajador florentino escribió que "era algo miserable observar a los oradores venecianos inclinados en tierra, pues de tal modo su orgullo se había transformado en humillación."²

En realidad, también el Papa había cambiado de intención. Ahora que ya tenía las tierras de Romaña, aunque aún se fingía irritado y pedía a los venecianos que le reintegrasen las rentas feudales que pagaban a la Santa Sede en otra época, fué fácil, sin embargo, advertir que su cólera empezaba a desviarse hacia los franceses, a los que odiaba, como odiaba por supuesto a todos los extranjeros, entre otras cosas porque después de haber obtenido todo cuanto deseaban, no demostraban interés en continuar la guerra. El Papa estaba pensando ya en unirse a Maximiliano contra Francia; pero el emperador, aunque entonces disponía de fondos y aunque muchos Estados imperiales se habían declarado dispuestos a sometersele, tardó algún tiempo en decidirse a cruzar la frontera de Italia. La faz de las cosas solía cambiar en cualquier momento. El obispo de Trento tomó formalmente posesión de Verona y de Vicenza, y Padua se rindió sin disparar un tiro; pero en Treviso los acontecimientos se desarrollaron en forma distinta. Los nobles de la ciudad, como los de todas las sometidas al Gobierno de Venecia, eran sumamente hostiles a la República y propusieron inmediatamente rendirse a los representantes del emperador; pero el pueblo, que tanto en Treviso como en otros lugares estuvo siempre del lado de Venecia, se levantó en armas, y con gritos de ¡*Viva San Marcos!* saqueó las casas de la nobleza y expulsó a los enviados imperiales.³ Venecia, que no estaba en situación de poder defender a sus súbditos, al ver que aunque los nobles se inclinaban al extranjero el pueblo acudió a tomar las armas a favor de la Serenísima, eligió aquel momento para decretar que se permitiría que sus feudatarios se defendiesen por sí mismos, liberándolos de su juramento de obediencia. Se ha discutido mucho sobre si esta conducta fué el resultado de una política muy meditada o de la pusilanimidad, y el historiador Romanin negó categóricamente el hecho, por no haber encontrado documento alguno que lo confirmase.⁴ Pero incluso sin la existencia de decreto alguno, tal resolución puede haber sido el resultado natural e inevitable de la impotencia a la que Venecia quedaba reducida; en todo caso, la enérgica defensa sostenida por los habitantes de algunas de sus ciu-

dades serviría para probar si no la profundidad de su política, al menos la afección y lealtad que la República había inspirado a sus súbditos.

Esta afección, de la que cada día se daban pruebas evidentes, y la discordia que se manifestaba entre las potencias coligadas, devolvió por fin el valor a los venecianos. El 17 de julio de 1509 entraron en Padua por sorpresa. Durante la captura de la ciudad y la rendición de la fortaleza, los campesinos saquearon las casas de los nobles. Todo el territorio de Padua siguió el ejemplo de la ciudad. Verona, ocupada por el obispo de Trento con fuerzas sumamente escasas, estuvo a punto de correr la misma suerte, especialmente cuando después de haber solicitado la ayuda del marqués de Mantua, este general fué capturado en el camino por los *stradiotas* de Venecia. Mientras tanto, Luis XII, en vez de reanudar la guerra para ayudar a sus aliados, siguió su camino de regreso a Francia, dejando a La Palisse en las fronteras de Verona con 500 lanceros y 200 nobles. Esto sucedió después de haber concluido con el Papa un tratado de defensa mutua, mediante el cual dejaba a los vasallos de la Iglesia librados a su propia suerte; por ejemplo, el principal de éstos, su aliado de otros tiempos, el duque de Ferrara, quedaba ahora expuesto, sin protección alguna, a los ataques de Julio II.

Maximiliano decidió por fin actuar y puso sitio a Padua, ciudad que los Venecianos habían guarnecido con todas su fuerzas disponibles. Los dos hijos de dux Loredano, con un cuerpo de infantería sostenido por ellos mismos, acudieron a participar en la defensa. Fueron seguidos por otros 176 caballeros de Venecia. Los campesinos se apresuraron a guarecerse dentro de los muros, llevando consigo sus cosechas. El emperador conducía el más poderoso ejército que se había visto en Italia durante muchos siglos. Se componía de las tropas francesas de La Palisse, de españoles formados militarmente bajo la dirección de Gonzalo de Córdoba, de italianos, alemanes y aventureros de todas las naciones, y de 200 piezas de artillería. En total lo integran de 80 a 100,000 hombres.⁵ Empezaron rápidamente las operaciones de sitio y en seguida los atacantes abrieron brecha; pero cuando se lanzaban al asalto, de las murallas, los venecianos hicieron estallar las minas que tenían colocadas, y la mayor parte de los imperiales metidos en la brega, incluso varios capitanes famosos, saltaron en el aire hechos pedazos. Como consecuencia, el 3 de octubre se levantó el sitio. Desde ese día surgieron nuevas querellas entre los aliados, especialmente por parte del emperador, que teniendo nuevamente agotado su tesoro pedía dinero a todos y más apremiantemente que nunca a los florentinos. Les recordó las sumas que habían autorizado a Vettori para que éste las acordase tan pronto como el emperador pisase el suelo de Italia, lo que ya había ocurrido.

Los florentinos se vieron obligados a despachar dos embajadores para que se reuniesen con Maximiliano en Verona. Los dos diplomáticos designados para esta misión fueron Giovan Vittorio Soderini y Piero Guicciardini, padre del historiador. Maquiavelo les llamó la

atención sobre lo que él tenía escrito sobre Alemania y el emperador, y les aconsejó que permaneciesen alerta, porque el emperador "con mucha frecuencia deshace en la tarde lo que ha hecho en la mañana".⁶ Resultó que la embajada se apresuró a firmar un tratado (24 de octubre de 1509) mediante el cual los florentinos se obligaban a pagar 40,000 ducados a Maximiliano, quien a cambio de ellos les prometía su amistad y protección.⁷ El meollo del asunto, sin embargo, era que el pago había de hacerse en cuatro plazos: el primero en seguida, en el mismo mes del convenio, octubre; el segundo el 15 de noviembre;⁸ el tercero en enero, y el cuarto en febrero del año siguiente.

Un decreto del 10 de noviembre nombró a Maquiavelo para pagar el segundo plazo, con instrucciones de hallarse en Mantua el día 15, y, después de la entrega del dinero, continuar su viaje hacia Verona o hacia cualquier otra parte donde él creyese que podía obtener buena información. Maquiavelo cumplió el encargo e inmediatamente empezó a buscar noticias en Mantua, sin omitir la observación de que aquel era "el lugar donde las mentiras nacen e incluso llueven, y que la Corte estaba más saturada de mentiras que la calle pública".⁹ El día 22 estaba en Verona y desde allí escribió una carta, el 26, en la que recoge con gran agudeza, en su forma habitual, los hechos necesarios para formarse una idea cabal sobre las cosas y la opinión pública de aquella ciudad: "Los nobles —dice— no aman a Venecia y se inclinan a los aliados. Pero el pueblo —el populacho y los campesinos— son todos *marcheschi*."¹⁰ El obispo de Trento está en Verona con algunos soldados de infantería y de caballería; Vicenza se ha rebelado ya y se entrega a los venecianos; el emperador está en Roveredo y no recibirá embajadores; los nobles de Verona vuelven su vista hacia Francia, la que por último sólo ha enviado 200 gascones y 200 hombres de milicias. Estos refuerzos no valen nada, porque son demasiado escasos; y mientras tanto los aliados devastan y saquean el país en forma que no puede describirse"... "Y así en las almas de aquellos campesinos ha penetrado un gran deseo de muerte y de venganza, tan grande que su irritación contra los enemigos de los venecianos es más furiosa que la que ardía en los judíos contra los romanos en otras épocas, y diariamente sucede que algunos de esos gañanes, cuando caen prisioneros, aceptan la muerte antes que negar el nombre de Venecia. No más tarde de ayer uno de ellos fué llevado ante el obispo, y dijo que era tino de San Marcos y que moriría siendo uno de San Marcos, porque de no ser así no deseaba vivir. A causa de esta declaración el obispo mandó ahorcarlo; ni las promesas de perdonarle la vida, y concederle otras ventajas, fueron capaces de hacerlo cambiar de opinión. Por lo mismo y teniendo en cuenta todo esto, es imposible que los monarcas puedan conservar aquellas tierras mientras los campesinos tengan aliento. La resistencia enérgica y a veces heroica de aquellos rústicos recuerda la muy similar hecha por los campesinos de Pisa, y es otra prueba del vigor y de la energía que existen en las capas más modestas de la sociedad

italiana, a quienes rara vez se recurre, y a quienes los historiadores han concedido escasa atención."

Las cartas de Maquiavelo continuaban diciendo que "las cosas no pueden seguir mucho tiempo en esta forma. Cuanto más lentamente se desarrolla la guerra, más aumentará el amor por los venecianos, puesto que los habitantes tanto de dentro como de fuera de las murallas son arruinados por los aliados, que los roban y saquean, mientras que los venecianos, aunque hacen escaramuzas e incursiones continuas, respetan sin embargo la propiedad y hacen que los vecinos y labradores sean tratados con la máxima consideración. Mientras tanto Luis XII y Maximiliano no están de acuerdo, ni mucho menos, y se teme que al fin este último se una a los venecianos. De estos dos soberanos el uno puede hacer la guerra, pero no la hará, y por lo mismo dejará que las cosas sigan su curso; el otro quiere hacer la guerra, pero no puede. Sin embargo, en esta forma provocan la desesperación de los campesinos y amenazan la existencia de los venecianos, y se cree, como antes digo, que de un momento a otro puede suceder algo que obligue a los monarcas, al Papa y a no importa quién, a arrepentirse de no haber cumplido su deber en el momento oportuno. En todos aquellos lugares de que los venecianos toman posesión, ordenan pintar la imagen de San Marcos con una espada en la mano, en vez de libro; por consiguiente, parece que han descubierto a su costa que para conservar sus Estados no bastan libros y estudios.

El 12 de diciembre Maquiavelo estaba en Mantua, donde la guerra se acercaba a Verona; desde allí envió una descripción larga y minuciosa de esta última ciudad, y poco después, habiendo recibido permiso de los Diez, regresó a Florencia. Durante este breve viaje, que duró sin embargo casi dos meses, Maquiavelo tuvo poco que hacer y parece que invirtió su tiempo libre en ordenar sus notas y en comenzar la segunda de sus Decenas, que después dejó sin terminar. En realidad, este fragmento del secretario que ha llegado hasta nosotros trata de los acontecimientos que se produjeron entre 1504 y 1509. Y en una carta que escribió a Luigi Guicciardini en aquellos días, y de la cual tendremos algo más que decir en seguida, encontramos una posdata que dice: "Espero la contestación de Gualtieri a mi *cantafavola*". Este es el título frecuentemente aplicado tanto por él mismo como por sus amigos a *La Primera Decena*.

La carta que tiene fecha de 8 de diciembre, dirigida por Maquiavelo desde Verona a Luigi Guicciardini, que estaba en Mantua, y a la que hemos aludido antes, demuestra que no dedicaba todo su tiempo libre a escribir versos. Parece que Guicciardini, hermano del historiador, le había enviado el relato de alguna aventura indecente de la que había sido protagonista, y el secretario, en cambio, le refirió otra de naturaleza tan repugnante que no nos ocuparíamos de ella si no fuera porque, como la carta que la contiene ha sido divulgada *in extenso*, es necesario decir algunas palabras sobre esta misiva. El secretario cuenta que una vez en Verona se encontró en la habitación sórdida de una mujer de mala fama. Era ésta tan horrible, sucia, fea y mise-

nable, que cuando, al salir, a la luz de una linterna, pudo verla claramente, experimentó tal repugnancia de haberse aproximado a ella que estuvo a punto de vomitar. El relato de esta anécdota, que sería preferible ignorar, demuestra claramente que para provocar la risa de sus amigos, Maquiavelo incurría en la exageración y sobrepasaba considerablemente los límites de lo probable. Tales exageraciones nos hacen deplorar que un hombre que había pasado ya su juventud, padre de familia y marido de una mujer afectuosa, pudiese, aunque fuese en tono humorístico, mojar su pluma en tan repugnante materia.¹¹ Tampoco puede justificarse el caso con la habitual excusa del carácter de la época. Afortunadamente, Maquiavelo tuvo después asuntos demasiado importantes en sus manos, los cuales no le dejaron tiempo para imaginar ni escribir más anécdotas de esta especie.

Sus amigos le emularon frecuentemente en los discursos más inverosímiles, pero en este período sus cartas desde Florencia tratan solamente de sus asuntos y complicaciones domésticas. Su pariente Francesco del Nero le escribió extensamente el 22 de noviembre, dándole cuenta de una disputa familiar. Parece que se trataba de un asunto de alguna importancia, porque muchos personajes notables se citan en esta correspondencia y son consultados sobre el tema; entre otros, el gonfaloniero Soderini y sus hermanos, que manifestaron interesarse por Maquiavelo. Poco tiempo después, el 28 de diciembre, recibió otra misiva, todavía más seria, de su fiel amigo Biagio Buonaccorsi. "Hace una semana —le escribía— recibí la visita de cierta persona que se me presentó enmascarada, acompañada de dos testigos, en presencia del notario de los conservadores, haciendo protesta de que tú, como hijo de un padre que... no estás calificado para el puesto de secretario. Y aunque la ley, citada más arriba, está enteramente en tu favor, mucha gente, sin embargo, hace gran ruido en torno de este asunto y se habla del mismo en todas partes, incluso en las casas de mala nota". En esta carta Buonaccorsi, después de aconsejarle en nombre de sus amigos que permaneciese alejado de Florencia por el momento, dice para terminar: "Me manifiesto obsequioso y devuelvo gracias en tu nombre, cosas que tú no podrías hacer por ti mismo. Por lo tanto, es mejor que pase esta tormenta, que me ha quitado el sueño durante varios días, sin que por ello deje de hacer nada que esté en mi mano hacer por ti, ya que es evidente, sin que yo divise la razón, que hay muy poca gente dispuesta a ayudarte".

Es difícil hacer conjeturas sobre la significación exacta de este largo discurso. Tal vez se trata de cuestiones de impuestos o de deudas al Estado que el padre de Maquiavelo dejase sin pagar y que, por lo mismo, hubiese incurrido en la prohibición de desempeñar cargos públicos, hecho que la gente malévola deseaba acaso hacer valer incluso en el caso del hijo.¹² Esta es una simple hipótesis, pero se apoya hasta cierto punto, no sólo en la circunstancia de la desavenencia familiar de que habla la carta de Francesco del Nero citada arriba, sino también en que en junio de 1508, según un convenio establecido con su hermano Totto, Nicolás Maquiavelo se había posesionado de toda la herencia

paterna, juntamente con las deudas y obligaciones considerables que peaban sobre ella. En el año de 1511, los funcionarios del Monte, o Tesorería, regularmente cargaban a la cuenta de aquél cierta cantidad en concepto de impuestos, y después se vió obligado a pagar grandes sumas a los acreedores.¹³ No es sorprendente que hayan surgido disputas y querellas en tales circunstancias, y era también perfectamente natural que los enemigos del secretario, cuyo número aumentó mucho por envidia a la buena suerte de Maquiavelo, aprovecharan la ocasión para molestarle. Pero sea que hubiese partido antes de que llegase la carta de Buonaccorsi, o fuese con la garantía de la buena voluntad del gonfaloniero y con la protección de la ley no concediera importancia a los temores de sus amigos, lo cierto es que el día 2 de enero se encontraba ya en Florencia dedicado a los asuntos corrientes de su cargo.¹⁴ El 13 de marzo estaba en San Savino, arreglando una cuestión de límites entre los sieneses y los florentinos; en mayo lo encontramos en el Val di Nievole pasando revista a los batallones y ocupado continuamente en la organización de la milicia de Florencia.

Mientras tanto, los venecianos, que habían entrado en Vicenza, llegaron demasiado tarde a Verona, donde las fuerzas imperiales estaban ya atrincheradas. Se apoderaron de varios lugares en Friuli y en la Polestina, pero su flota, que había sido enviada aguas arriba del Po a tomar Ferrara por asalto, fué derrotada y casi destruída por la cobardía y la inexperiencia de su comandante, Angelo Trevisan. Poco tiempo después, es decir, al principio de 1510, el conde de Pitigliano murió, y como había caído D'Alviano prisionero, los venecianos no tenían comandantes para su ejército, y no pudieron encontrar otro mejor que Giovan Paolo Baglioni de Perugia. En esta circunstancia les llegó ayuda de donde menos se esperaba.

Los celos que el Papa tenía de Francia aumentaban cada día. Julio II había convocado a una legión de extranjeros en Italia para luchar contra Venecia, pero ahora que la reina del Adriático yacía humillada a sus pies y aceptaba todas sus condiciones, no solamente se manifestó dispuesto a la benignidad, sino que levantó la excomunión que pesaba sobre la ciudad, y, como el embajador veneciano en Roma contaba en un informe, el Papa había dicho efectivamente "que si no hubiese tal Estado (se refería a Venecia) habría sido necesario crearlo". En este momento empezó Su Santidad a alzar su bien conocido grito de *Fuori i barbari*.

Debido a estas nuevas complicaciones, la República florentina se encontraba ahora en situación de gran ansiedad. Como antigua aliada del Papa y de Francia, no podía separarse de Luis XII ni de Julio II; pero he aquí que estos gobernantes estaban en guerra y procurarían que no permaneciese neutral. Su separación de Francia, por cuya alianza había hecho tantos y tan continuos sacrificios y a la que Soderini estaba tan vinculado, representaba el aislamiento y la dependencia de cualquier gobierno que lograrse dominar en los importantes conflictos que se vislumbraban como inevitables. Su separación del Papa en armas, cuyos Estados limitaban en una extensión importante con los

florentinos, representaba exponerse a un ataque inmediato, sin disponer de fuerzas suficientes para hacerle frente. Francia insistió pronto en pedir que la República llegase rápidamente a una decisión y que enviase algunos contingentes para tomar parte en la guerra, mientras el Papa estaba en armas y en posición de alerta. Soderini, por consiguiente, recurrió a lo que era su remedio habitual cuando vacilaba sobre el camino a seguir: despachó a Maquiavelo a París con credenciales e instrucciones para recoger información y para asegurar al rey que tanto él (el gonfaloniero) como su hermano el cardenal, seguían siéndole fieles y deseaban apoyar la influencia francesa en Italia. Maquiavelo tenía el encargo de persuadir a Luis de que para tal fin era necesario derrotar a los venecianos en una campaña breve y enérgica, o agotarlos por medio de una guerra de desgaste, y que en todo caso era conveniente conservar buenas relaciones con el emperador, pues éste podía hostigar continuamente a Venecia aunque hubiese que cederle Verona. Al mismo tiempo, el secretario debería convencer a Su Majestad de que no debía llegar a una ruptura abierta con el Papa, puesto que ello podría resultar sumamente peligroso a la larga para los intereses de Francia.

Maquiavelo hizo el viaje muy lentamente. Se daba cuenta de la dificultad de ofrecer consejos que no habían sido pedidos. Escribió a los Diez desde Lyon, el 7 de julio, y les anticipaba con claridad que su viaje no podía tener otro resultado "que el de mantenerlos bien informados de todo lo que sucediese día por día". Las primeras noticias enviadas por él desde Blois, el 18 de julio, fueron precisamente que el rey se declaraba dispuesto a defender Florencia, pero que Florencia había de decidir si aceptaba ser amiga o enemiga. En el primer caso, debería enviar inmediatamente algunas tropas al campamento. "Respecto al Papa —seguía diciendo Maquiavelo— no es difícil imaginarnos lo que aquí dicen de él; piensan que negar su autoridad y someterlo a un Concilio, arruinarle tanto en su poder temporal como espiritual, son los desastres más pequeños que le amenazan. Todo el mundo desaprueba aquí la expedición del Papa y cree que es augurio de males tanto para Italia como para la cristiandad; y todo el mundo confía en que después del fracaso del intento hecho por provocar la rebelión en Génova se producirá un colapso. Es imposible adherirse a una causa más honesta contra un poderoso que la de demostrar que al atacarle se desea defender a la Iglesia. Por consiguiente, en esta guerra Su Majestad puede tener a todo el mundo tras de sí. El rey desearía llegar a un acuerdo, pero no sería el primero en proponerlo. Cuando el orador de Roma se lo sugirió, contestó: "Si el Papa diese un paso adelante hacia mí, no mayor que la extensión de la línea de la uña de un dedo, yo daré otro hacia él de la longitud de un brazo; pero en otro caso no haré nada. Todavía confío en que vuestras excelencias interpongan sus buenos oficios en este asunto y no dejo de pensar que la mayor calamidad que podría caer sobre nuestra República sería incurrir en la enemistad de estos dos señores. Actualmente se están haciendo grandes preparativos. El rey ha ordenado que celebren un

Concilio los prelados del reino en Orleáns; ha contratado al duque de Würtemberg para disponer de tropas alemanas; está tratando de llegar a un acuerdo con el emperador, a quien desea acompañar a Roma con 200 lanceros y 30,000 soldados de infantería, y ha jurado por su alma que logrará una de estas dos cosas: perder su reino, o coronar al emperador y hacer un Papa a su propio modo”.

Después, el 9 de agosto, refirió cómo habiendo ido con Rubertet a ver al rey y habiendo conversado con él sobre asuntos italianos en general, se dió cuenta de que los franceses no tenían confianza en los florentinos, salvo cuando los veían armados; y en verdad que confiaban aun menos en ellos por conocer la moderación florentina. Después agregaba para concluir: “Vuestras excelencias pueden creer, como el Evangelio, que si hubiese guerra entre el Papa y este soberano no nos será posible evitar el tener que tomar partido por uno u otro bando. Por consiguiente, todos cuantos os quieren bien estiman que es necesario que vuestras excelencias consideren el asunto y decidan, sin esperar la crisis que se cierne sobre nosotros y sin que la necesidad nos presione. Los italianos de aquí creen que lo mejor sería buscar la paz; pero que si no puede obtenerse, el rey debe demostrar que para frenar al Papa no se necesitan muchos emperadores ni mucho ruido. Discurriendo con Rubertet sobre esta cuestión, le demostré cuál es el nudo gordiano del problema, y cómo, si ellos hacen la guerra por si solos, pueden saber a qué atenerse; mientras que si se comprometen con otros aliados para seguirla, tendrán que dividir con ellos Italia y por consiguiente se verán envueltos en una guerra mayor y más peligrosa. No sería empresa desesperada fijar en sus mentes estos puntos básicos, si hubiese más de un italiano influyente aquí que se tomara la molestia de hacer la prueba”.

El rey había decretado la celebración del Concilio en Tours, para ver si podía derrotar al Papa y crear otro. Lo cual, observa Maquiavelo, “podía ser deseable si vuestras excelencias residiesen en cualquier otro lugar, porque en tal caso incluso aquellos sacerdotes podían tener la oportunidad de tragarse el mejor bocado del mundo”. Pero las cosas no marcharon en esta dirección. Mientras tanto, aumentaba la probabilidad de la guerra y los franceses insistían más que nunca en que los florentinos tomasen las armas sin demora. Maquiavelo tuvo una larga conferencia con Rubertet sobre la materia, para hacerle comprender que habiendo agotado los florentinos sus recursos y estando rodeados por los Estados del Papa o de los amigos del Papa, podía ser atacada la República por varios lados; y que en tal caso el rey, en lugar de recibir ayuda de ella, tendría que enviar tropas para defenderla,¹⁸ y simultáneamente atender a la seguridad de Génova, Ferrara, Friuli y Saboya. Tan repetidas veces insistió sobre estos extremos, incluso en la cámara real del Concilio, que al fin Chaumont recibió órdenes de no pedir ayuda armada a Florencia, lo que no impidió que Luis volviera pronto sobre el tema, con su acostumbrada insolencia.

El rey abrigaba entonces la idea de ir a Italia y pensaba en el futuro abandonando el presente. En Ferrara y en Módena las cosas iban

muy mal para sus amigos; el ejército del Papa había entrado en el territorio de la primera ciudad y Módena había abierto sus puertas al cardenal de Pavia; Reggio estaba a punto de hacer lo mismo; la mitad del ducado de Ferrara habría sido ya invadida, si Chaumont no hubiera despachado 200 lanceros que fueron suficientes para contener a los atacantes. Esto le hizo a Maquiavelo observar justamente que todo podía haber tenido remedio, de haberse meditado sobre ello en tiempo oportuno. Pero como hemos visto, el gran abandono de los asuntos era consecuencia, prevista por todos, de la muerte del cardenal d'Amboise. Este había consagrado su atención a las cuestiones de Italia, que ahora las movía el azar. "Así —escribió Maquiavelo—, mientras el rey piensa en otras cosas y su pueblo lo abandona, el hombre enfermo se muere". Sin embargo, todos están aquí de acuerdo en que si va a Italia, será necesario que él fortalezca la autoridad de vuestras excelencias. Si Su Majestad marcha y vosotros continuáis en la actual situación, aunque tengáis que soportar muchas dificultades y gastos importantes, podéis confiar, sin embargo, en obtener muchos beneficios."

Mientras tanto, el nuevo embajador, Roberto Acciaiuoli, estaba a punto de llegar con propósitos más definidos, y Maquiavelo, que como de costumbre no tenía dinero, pidió urgentemente que le enviasen fondos e hizo preparativos para partir. El 10 de septiembre estaba ya de viaje y escribió desde Tours para informar que se estaban haciendo grandes esfuerzos en Francia con el fin de reunir el Concilio, y que estaban ya resueltos los puntos sobre que había de fundarse el juicio. Debía de establecerse si el Papa tenía derecho a hacer la guerra al más cristiano de los reyes, sin desafío y sin aviso; si el rey tenía el derecho de hacer la guerra en su propia defensa. Y si quien había comprado el papado y cometido infinidad de escándalos, podía ser considerado como verdadero Papa.

Durante su viaje de regreso a Italia, Maquiavelo se vió obligado a detenerse con frecuencia, de tal modo que no lo encontramos en Florencia hasta el día 19 de octubre, y por las fechas en que se hacía el pago fraccionado de su salario, sabemos que su ausencia había durado 118 días.¹⁶ Durante este período recibió, como de costumbre, muchas cartas de amigos que le tenían informado de los asuntos de Italia. Muy pocas de éstas, sin embargo, eran de su fiel amigo Buonaccorsi, quien entonces estaba dominado por la pena que le producía una larga y seria enfermedad de su esposa. El 22 de agosto, después de excusarse por su silencio, Buonaccorsi le escribe: "He llegado a una situación tan desesperada, que prefiero la muerte, si ella desaparece de mi lado, porque en tal caso no veo la forma de recuperar la salud".¹⁷

NOTAS AL CAPITULO XI

1. Esta oración *Ad divum Maximilianum Romanorum Imperatorem*, traducida por Guicciardini en su *Storia d'Italia*, pensaron muchos, basta nuestros mismos días, que no era sino una invención de los enemigos de Venecia. Pero hemos afirmado en otra parte que Ricci descubrió una copia antigua de la misma entre las

Carte del Macchiavelli, donde todavía se conserva (caja VI, núm. 53) y la transcribió en su *Priorista*, estableciendo que no la habían escrito para calumniar a los venecianos como éstos habían afirmado, sino que en realidad había sido redactada por Giustinian. Maquiavelo alude en sus *Discursos* (libro III, cap. XXXI) al profundo envilecimiento de los venecianos. "que enviaron embajadores al emperador para declararse tributarios suyos, y que escribieron cartas llenas de cobardía al Papa". El señor Saltini, de los Archivos de Florencia, descubrió recientemente otra copia antigua de este mismo discurso de Giustinian, enviado a la Señoría por messer Piero dei Pazzi, embajador florentino en Roma, juntamente con su carta del 17 de julio de 1509, en la que dice: para dar una prueba de la humillación a la que los venecianos han sido sometidos, envío "el discurso adjunto que han publicado aquí estableciendo que se pronuncie *coram imperatore*. Véase *Antonio Giustinian, e i suoi dispacci di Roma*, en el *Archivio Storico*, serie III, vol. XXVI, edición IV, 1877, págs. 72 y siguientes. Véase también el prefacio a los *Dispacci di Giustinian*, editado por P. Villari, 3 volúmenes. Florencia, Le Monnier, 1876.

2. Véase la carta al embajador dei Pazzi citada arriba, y publicada al fin del artículo del señor Saltini sobre *Antonio Giustinian*.

3. Sismondi, *Hist. des Répub. Italiennes*, vol. VIII, cap. VII.

4. Romanin, *Storia documentata di Venezia*, vol. V, libro XIII, cap. III.

5. Sismondi, *Hist. des Répub. Italiennes*, vol. VII, cap. VIII.

6. *Discorso sopra le cose di Alemagna e sopra l'Imperatore*, al que hemos aludido ya. Consta de dos páginas solamente. *Opere*, vol. IV, pág. 174.

7. Nardi, *Storia Fiorentina*, vol. I, págs. 419-420. El señor Gaspar Amico, en su libro sobre Maquiavelo (pág. 326, nota 2), cita el tratado original que está en los Archivos de Florencia, pergamino, 24 de octubre 1509.

8. Buonaccorsi, *Diario*, pág. 144, dice "25 de noviembre: "pero en la comisión dada a Maquiavelo encontramos las palabras "no más tarde del 15".

9. Carta del 20 de noviembre desde Mantua. *Opere*, vol. VII, pág. 297.

10. Esto es: *fiel a San Marcos*.

11. El original de esta carta, de la que pocas personas han hecho copia, está en los Archivos de Florencia, *Carte Strozzi*, legajo 139, folio 216. Algunas partes de la misma aparecen, con muchas erratas de imprenta, en la página 1142 de la edición de las obras de Maquiavelo publicadas en un volumen por Usigli. Florencia, 1857.

12. No era raro en Florencia hacer que los hijos sufriesen las penas a que sus padres habían sido condenados. Hacia el mismo período. Filippo Strozzi, como veremos más tarde, sufrió un castigo por haberse casado con la hija de Piero dei Medici, que era rebelde. Y en su *Storia Fiorentina*, pág. 377, Guicciardini observa que surgió otra cuestión similar por el mismo motivo: es decir, que puesto que Piero había tratado de entrar en la ciudad por la fuerza. "y por virtud de uno de nuestros estatutos había incurrido en el castigo impuesto a los rebeldes, tanto en su propia persona como en la de sus descendientes, Filipo Strozzi debe ser castigado, no sólo por haberse casado con la hija de un rebelde, sino por haberse casado con una rebelde". Passerini, al editar la carta de Buonaccorsi, antes citada, dice en una nota a las palabras, *per essere voi nato di padre*, etc.: "Bernardo, padre de nuestro Nicolás, era un hijo ilegítimo". Pero como de costumbre, no tiene pruebas con las que demostrar su aserto, que a nosotros nos parece totalmente desprovisto de fundamento a juzgar por los antiguos *Records* de la familia de Maquiavelo en la Biblioteca Marucelliana. Estos *Records*, citados al principio de su obra, nos demuestran que Bernardo heredó como hijo legítimo y que los hijos ilegítimos se citan aparte. Ni Ricci en su *Priorista*, ni ningún otro autor, alegaron jamás esta acusación de bastardía. Además, según nuestras mejores informaciones, ni los estatutos ni los historiadores florentinos han afirmado que el hijo legítimo de un padre de nacimiento extralegal estuviese incapacitado para desempeñar el modesto cargo de secretario.

Apenas estaba prohibido a los hijos naturales ser elegidos para los cargos más elevados del Estado, es decir, para el cargo de gonfaloniero o de Señoría.

13. Véanse los dos documentos publicados en las *Opere*, vol. I, págs. 58 y 59. Por estos documentos sabemos que, el 21 de junio de 1508, se había establecido

un pacto por medio de arbitraje, entre Nicolás Maquiavelo y su hermano Totto, y, en consecuencia, la finca paterna, antiguamente dividida entre los dos, pasó en su totalidad a Nicolás juntamente con las deudas e impuestos que pesaban sobre la misma. El 15 de abril de 1511, los funcionarios del Monte "deliberaverunt quod onus X (Decimae) domini Bernardi de Machiavellis... describatur et ponatur poste domini Nicolai domini Bernardi de Macchiavellis, et quod dictus Nicolaus gaudeat beneficio dello sgravio delle bocche, com'era sotto la posta di M. Bernardo suo padre, et in effecto cancellinala da conto di decto M. Bernardo, e ponghinla alla posta di Niccolo suo figliuolo, senza alcuno loro pregiudicio". "La misma finca, observa Passerini, estaba registrada a nombre de los hijos de Nicolás Maquiavelo el año 1534, que era el primer *catasto* (o censo) hecho después del de referencia."

14. El 28 de febrero, 1509-1510, recibió 54 florines de oro como pago, al tipo de un florin diario, sobre su salario regular "por los 54 días a contar del 10 de noviembre que termina el segundo día del último mes de enero, fecha en que regresó a Florencia". (*Opere*, vol. I, pág. 83.)

15. Maquiavelo continuamente recibía cartas de los Diez, del gonfaloniero, y de amigos, todas las cuales trataban de estos peligros para la República. Muchas de estas cartas han sido publicadas juntamente con las de la Tercera Misión Diplomática en Francia en las *Opere*, vol. VI. Véase también el Apéndice (II), documento IX, de la edición italiana.

16. Su estipendio era de 10 liras diarias, comprendido su salario como canciller, "que así se pagó nuevamente cuando él fué enviado al lugar que antes se menciona". Esta suma era igual a 12 liras pequeñas, de la que se deducen dos liras, cuatro sueldos y once denarios por el salario corriente que recibía en Florencia. El 12 de noviembre, habiendo formalizado sus cuentas, resultó que se le debía un total de 1.416 liras pequeñas. Había ya recibido 700 a cuenta. Su salario regular por aquellos días ascendía a 264 liras, 17 sueldos y dos denarios; por lo tanto, tenía aún que recibir 451 liras, 2 sueldos, 10 denarios, que le fueron pagados. Véase el *Stanzamenti*, publicado por Passerini, *Opere*, vol. I, pág. 76.

17. *Carte del Macchiavelli*, caja V, núm. 23. Estas comprenden también algunas cartas de Roberto Acciaiuoli a Maquiavelo, después del regreso de éste a Florencia, aludiendo a la vida alegre que ellos llevaban entonces. Para la carta de Buonaccorsi ver el Apéndice (II) de la edición italiana, documento XI. No sabemos si la enfermedad de su esposa terminó fatalmente.

CAPITULO XII

LOS ENEMIGOS DE SODERINI TOMAN ALIENTO. EL CARDENAL DE MÉDICIS AUMENTA SU PRESTIGIO. SODERINI RINDE CUENTAS DE SU ADMINISTRACIÓN. CONSPIRACIÓN DE PRINZIVALE DELLA STUFA. LA TOMA DE MIRANDOLA. CONCILIO DE PISA. MISIÓN DIPLOMÁTICA A PISA. CUARTA MISIÓN DIPLOMÁTICA A FRANCIA.

(1510-1511)

En el año 1510 se veía que sobre la República florentina se acumulaban tormentas lenta pero implacablemente. El Papa Julio II, con irresistible pertinacia y ardor, trabajaba para aislar a Francia, coligándose contra ella con España y Venecia, y tal vez también con el emperador. Los acontecimientos parecían favorecer sus esfuerzos, y nada peor podía haber sucedido a la República y al gonfaloniero Soderini, cuya política se había fundado siempre en la amistad de Francia, que él no quería ni podía abandonar. Por consiguiente, Florencia podía verse cercada en cualquier momento por sus enemigos. El estado crítico de la situación hizo que aumentase el número de los enemigos de Soderini dentro de la ciudad. Todos cuantos estaban descontentos con él o le envidiaban, se unieron al número no pequeño ciertamente de los que siempre procuran nadar entre dos aguas y que cada día se alejaban más del gonfaloniero. Faltos de acusaciones que formular contra su rectitud política, ni contra su excelente administración, se dedicaban a proferir muy alto la queja, frecuentemente repetida, de que su gobierno era demasiado personal. No era esto lo peor. El partido de los Médicis, con el favor del Papa, ganaba terreno cada día. Durante la vida de Piero, sus toscos modales, su conducta disipada y su carácter despótico y vengativo, así como sus reiterados intentos de entrar nuevamente en Florencia por la fuerza, les habían enajenado la simpatía general tanto a él como a su familia. Pero después de su muerte, que encontró ahogándose en el Garigliano hacia fines de 1503, el aspecto de las cosas empezó a cambiar. La jefatura de la familia recayó ahora en su hermano, el cardenal Giovanni, que residía en Roma y que era de carácter bien distinto. De maneras corteses y agradables, siempre estaba rodeado de artistas y de literatos y en todo seguía las viejas tradiciones de Cosme y Lorenzo, de quienes —para bien o para mal— era digno descendiente. Tuvo gran cuidado de que su conducta fuera la de un modesto ciudadano particular

y se abstuvo de manifestar deseo alguno de llegar al gobierno de Florencia. La experiencia de sus antepasados le había enseñado que más fácilmente le sería lograr el poder mientras más pareciese desinteresarse del mismo. Se mostraba benefactor diligente y generoso de todos los pretendientes, en forma tal que gradualmente llegó a ser considerado el representante natural de los florentinos en Roma, porque prestaba ayuda a cuantos estaban allí, sin distinción alguna, y empleaba su influencia en la curia y el favor de que disfrutaba cerca del Papa, quien se complacía en observar cómo progresaba un adversario y rival de Soderini.

En esta forma, aunque a distancia, el cardenal estaba ya reconocido en Florencia como jefe de un partido cuyo número aumentaba cada día con todos los descontentos y enemigos del gonfaloniero. Y tan pronto como advirtió que su posición estaba suficientemente asegurada, el purpurado empezó a dejar a un lado su aparente reserva. El año 1508, uno de los primeros signos de ello se advirtió al concertar el matrimonio de Filippo Strozzi con Clarisa, hija de Piero dei Medici. Esta alianza produjo gran excitación en Florencia, porque era contraria a las leyes que afectaban a los hijos de rebeldes, y, además, porque se oponían vigorosamente a ella Soderini y sus amigos. Pero no obstante el clamor que se levantó en torno de él, Filippo Strozzi pudo escapar con sólo una multa de 500 coronas de oro, además de ser *ammónito* por cinco años, y desterrado por tres al reino de Nápoles.

Esto produjo a Soderini tal ansiedad, que el 22 de diciembre de 1510 insistió en rendir al Consejo una cuenta minuciosa y exacta de su administración durante sus ocho años de gobierno, período durante el cual los gastos habían ascendido a unas 908,300 coronas de oro. Rindió, pues, cuentas de los ahorros hechos y de las sumas gastadas, exhibió sus libros, y, después, los depositó en una caja de hierro. Era evidente para todos que la República nunca había disfrutado de una administración tan regular y económica. Pese a ello se descubrió un complot contra la vida del gonfaloniero y corrió el rumor de que el Papa mismo estaba complicado en él.

Soderini experimentó gran molestia e inquietud por este asunto y en la tarde del 29, cuando debía ser nombrado el gonfaloniero de las Compañías, se presentó ante el Consejo y declaró que el complot parecía tener extensas ramificaciones en la ciudad y que podía preverse una segunda tentativa. El asesinato, dijo, había sido proyectado para inmediatamente cerrar el Consejo y cambiar el Gobierno, además de intentarse convocar al pueblo en un Parlamento con mengua de las más estrictas prescripciones de la ley. En el curso de esta conferencia entró en muchos detalles y nuevamente hizo una larga exposición de su conducta política, de sus procedimientos de gobierno, de su imparcialidad y de su justicia. Estaba de tal modo dominado por la emoción, que sus ojos con frecuencia se llenaban de lágrimas, especialmente al hablar de las injustas acusaciones hechas contra él y del peligro que amenazaba a la libertad, que, como él dijo, trataban de destruir con el pretexto de satisfacer el odio que contra él sentían.¹ El Consejo manifestó su re-

solución de mantener un gobierno libre, y lo demostró no solamente escuchando el discurso del gonfaloniero, sino también votando una ley de defensa de la libertad, que muchas veces había presentado y defendido Soderini, pero que nunca había logrado hacer aprobar.² Respecto al cargo de gonfaloniero, lo único que se hizo fué reforzar los reglamentos de 1502, cuando se le declaró perpetuo, y cuando el nuevo método de elegirlo quedó reglamentado. Pero esto no significaba nada. Aunque el número de descontentos había aumentado considerablemente en Florencia, estaban todavía en minoría, y no podían derrotar al Gobierno mientras solamente dispusiesen a tal efecto de sus propios recursos. El peligro real para la República venía de fuera y no había tiempo que perder. Por esta razón, el gran objetivo de Maquiavelo fué colocar a su patria en situación de defensa y de que descansara en sus propias fuerzas. Más convencido que nunca de la utilidad y eficacia de la milicia de infantería (*ordinanza a piedi*), trabajó entonces con gran energía en la formación de una milicia montada, armada con ballestas, lanzas y mosquetes. Por el momento la organizó con carácter transitorio, casi por vía de prueba, para después, una vez hechas las prácticas preliminares, si éstas resultaban positivas, hacer aprobar una ley que la estableciese con carácter permanente, como se había procedido en el caso de la ordenanza para la Infantería.

Durante los dos últimos meses del año 1510 Maquiavelo viajó por todos los dominios de Florencia con el fin de reclutar una fuerza de caballería ligera; después se trasladó a Pisa y Arezzo para visitar las dos fortalezas e informar sobre su situación; en febrero de 1511 estaba en Poggio Imperiale para investigar la situación de aquel lugar; en marzo lo encontramos ocupado en el alto del Arno y en Valdichiana, donde pagó anticipadamente a cien soldados de caballería ligera, los cuales llevó a Florencia en abril; y en agosto hizo otro viaje para reclutar una segunda tropa compuesta del mismo contingente.³ En el intervalo entre estos viajes fué dos veces a Siena, primero para rechazar una prolongación de la tregua que expiraba en 1511⁴ y la segunda vez para confirmarla mediante otra tregua por 25 años. Estipuló, sin embargo, la entrega de Montepulciano a los florentinos, a cambio de garantizar que Florencia apoyaría la soberanía de Petrucci en Siena. Este tratado, anunciado oficialmente en Siena en el mes de agosto, se estableció gracias a la mediación del Papa, quien a toda costa deseaba impedir que los florentinos llamasen a los franceses a Toscana. El propio Petrucci había buscado la ayuda del Pontífice, pues se hallaba aterrorizado por el descontento popular que había aumentado notablemente a causa de la inminente cesión de Montepulciano. El 5 de mayo estaba Maquiavelo todavía en camino para realizar una misión ante Luciano Gimaldi, señor de Mónaco, y de allí regresó el 11 de junio, después de haber firmado un tratado de alianza amistosa y de comercio por diez años.

Entre tanto el Concilio de Tours decidió lo que Luis XII quería, es decir, que tenía toda la razón para hacer la guerra al Papa. El Pontífice, sin embargo, no necesitó autorización ni consejo de nadie; había empezado ya la guerra y la estaba llevando adelante con todo el ardor

de un capitán joven. El 22 de septiembre de 1510 había entrado en Bolonia con un ejército de españoles e italianos mandado por el duque de Urbino y por Marcantonio y Fabrizio Colonna, antes de que Chaumont tuviese tiempo de oponer resistencia.

Para los franceses, la muerte de su general Chaumont, ocurrida el 11 de febrero, fué un acontecimiento afortunado. Porque había permitido que Módena cayese en poder del enemigo, no había logrado llegar a Bolonia a tiempo ni enviado socorro a Mirandola, y así todo había fracasado por su culpa. Ahora que no disfrutaba de la protección poderosa de su tío, no podía esperar del rey la misma indulgencia que antes, y por consiguiente, al crearse la adversidad sobre él, sufrió tal desesperación que murió de pena. El mando del ejército se confió entonces de nuevo al veterano G. J. Trivulzio y al joven capitán Gastón de Foix, que estaba destinado a ser protagonista de grandes hazañas durante los pocos meses de vida que todavía le quedaban. De hecho, la suerte de la guerra cambió rápidamente. En mayo, G. J. Trivulzio llevó su ejército cerca de Bolonia, y el Papa, que previamente había rechazado las ofertas de paz hechas por el Congreso de Mantua, se vió incluso acosado por el emperador y huyó a Rávena. El asunto del Concilio le atormentaba como una amenaza continua a su autoridad e investidura. Aunque el problema no justificaba realmente su inquietud, no era asunto baladí para el hombre que tantas veces amenazó con emplear la misma arma contra Alejandro VI. Se daba el caso de que al igual de su predecesores, a los que había censurado acremente, Julio II no había mantenido su promesa de reunir el Concilio en el plazo de dos años después de su elección. Estando en Bolonia, en septiembre de 1510, el Papa se mostró muy indignado ante la noticia inesperada de que cinco de sus cardenales habían modificado su ruta e iban camino de Florencia para dirigirse a Pisa, donde se había convocado el Concilio, o *Conciliabolo*, como él lo llamaba, después de la reunión episcopal de Tours. Luis XII había pedido a los florentinos que al menos ofrecieran una prueba de fidelidad a Francia, prestándose a que el Concilio se reuniese en algún lugar de sus dominios. Esta petición dió lugar a prolongados debates en el Consejo de los Ochenta, en una reunión a la que asistieron más de cien miembros. Ellos no deseaban ofender al Papa, pero tampoco querían romper su alianza con los franceses. Esta segunda consideración resultó predominante, apoyada por el voto de los partidarios de Savonarola, quien siempre se había manifestado ardiente partidario de reunir el Concilio. Así, en el mes de mayo estaba decidido dar asentimiento a la demanda del rey; asimismo se convino mantener esta decisión en secreto. El único efecto de este sigilo fué que el Papa conservó durante algún tiempo la apariencia de una actitud indulgente y tolerante hacia la República, sobre la que, sin embargo, estaba resuelto a descargar su venganza en la primera oportunidad.⁶

Aunque el asunto se desarrollaba con lentitud, seguía, sin embargo, adelante, y Julio II creyó que era llegada la hora de contraatacar. A tal efecto nombró en marzo de 1511 ocho nuevos cardenales. Dos de éstos, Matías Lang y el obispo de Sitten (o Sión), fueron elegidos por

motivos políticos; pero los demás, cada uno de los cuales pagaron entre 10 y 12 ducados, fueron invertidos, en parte para obtener fondos que se necesitaban de modo apremiante en aquel momento con destino a la guerra, y en parte para cubrir con partidarios de su confianza el vacío producido por la deserción de los otros. Además de esto, decidió a su vez convocar un Concilio en Letrán para oponerlo al de Pisa, y el 18 de julio de 1511 lo anunció para el 19 de abril de 1512, amenazando a los cardenales cismáticos con la degradación de su dignidad, a menos que se sometiesen incondicional e inmediatamente. No obstante, la preparación para el *Conciliabolo* hacía progresos y el rey Luis XII presionaba para que se acelerasen los preparativos. En septiembre logró obtener la adhesión del siempre voluble Maximiliano. En este momento el emperador empezaba a acariciar el sueño fantástico de proclamarse a sí mismo Papa y, por consiguiente, en su calidad de emperador, expidió órdenes a los diferentes Estados para que enviasen sus oradores a Pisa.⁶ Al mismo tiempo, el Papa despachó a Florencia al obispo de Crotona, nacido en Florencia, para informar a la República de su oposición a que ésta permitiese que el *Conciliabolo* se reuniese en su territorio, dejando entrever las serias calamidades que inevitablemente se producirían en tal caso. Pero la República, colocada entre dos fuegos, y obligada por las promesas hechas a Luis XII, no se atrevía a enunciar su consentimiento ni a oponerse al Concilio y solamente confiaba en diferir los asuntos y en contemporizar mientras pudiera.

La perturbación e irritación provocada por estos asuntos obligó dos veces al pontífice encanecido a guardar cama.

En seguida Julio II empezó a actuar con mayor energía que antes. Pisa y Florencia quedaron sometidas a la pena de interdicto por haber sancionado las formalidades preliminares del Concilio el 1º de septiembre. Absolvió al duque de Urbino para servirse de él en la guerra. Después concertó una llamada Liga Santa con Venecia y España contra Francia, dejando al emperador la opción de unirsele o no.

El virrey de Nápoles, don Raimundo de Cardona, fué nombrado capitán general. Los objetivos de la Liga eran: la unión de la Iglesia Católica; la destrucción del *Conciliabolo*; recuperar Bolonia y todos los demás territorios, incluso el de Ferrara, dependientes, o que se suponían feudos de la Iglesia; rescatar todo el territorio veneciano del norte de Italia, y hacer la guerra a cuantos se opusieran a estos planes, empezando por Francia. El 5 de octubre, la Liga Santa quedó proclamada solemnemente en la iglesia de Santa María del Pópulo, en Roma. El día 24, los cardenales cismáticos de Santa Croce, Cosenza, Saint Maló y Bayeux fueron despojados de sus dignidades y beneficios. El cardenal de San Severino se libró por el momento, pero no tardó en llegarle el turno para sentir el peso de la ira papal. Además de estas medidas, Su Santidad, para mejor demostrar su hostilidad a la República florentina, nombró al cardenal de Médicis su legado, primero en Perugia y después en Bolonia.

Los florentinos advertían que la tormenta se cernía sobre ellos y trataron de protegerse como mejor pudieron. Habían logrado obtener

la salida de Pisa de los tres procuradores que el 1^o de septiembre habían llevado a cabo las gestiones preliminares del Concilio. Con fecha 10 de septiembre despacharon a Maquiavelo con una comisión en varias direcciones; primero para que tratase de encontrar a los cardenales en el camino de Pisa y los persuadiese de que esperasen; después, para que fuese apresuradamente a Milán con un mensaje idéntico para el virrey; y finalmente, a Francia para explorar la verdadera situación de los asuntos. "Nadie —se lee en las instrucciones— expresa deseo alguno de asistir al Concilio y, por lo tanto, sólo sirve para irritar al Papa contra nosotros; por esta razón pedimos que no se celebre en Pisa, o que, al menos, se suspenda su celebración por ahora. Ningún prelado viene de Alemania al parecer y de Francia muy pocos y con gran lentitud. Y es motivo de asombro general advertir un Concilio proclamado por tres cardenales solamente, en tanto que los pocos que dicen adherirse a él disimulan sus opiniones y retrasan su llegada. No obstante esto, se afirma que la fortaleza va a ser ocupada y que la ciudad se llenará de hombres en armas, por lo que ya se han registrado desórdenes en Pisa, que además está sometida a la pena de interdicto papal y donde las principales autoridades eclesiásticas se han declarado contra el Concilio. Si, por desgracia, no hubiese esperanza de acuerdo entre el Papa y el rey y si este último no pudiese ser convencido de que desista completamente, al menos debe ser inducido a que difiera el Concilio durante dos o tres meses".

El 13 de septiembre Maquiavelo envió una carta desde San Donnino, donde había encontrado a los cardenales de Saint Maló, Santa Croce; Cosenza y San Severino, quienes le informaron que iban camino de Pisa por Pontremoli, sin tocar en Florencia. Pero antes de seguir adelante, se proponían esperar diez o doce días para dar lugar a la llegada de los prelados franceses. El día 15 el embajador florentino Francesco Pandolfino escribió desde Milán que Maquiavelo había llegado ya y que se había presentado al virrey, Gastón de Foix, a quien había explicado el objeto de su misión. Declaró ante el virrey que los florentinos no negaban a los cardenales salvoconducto, como ellos habían dado a entender, sino que simplemente rogaban que fuesen considerados los peligros a que estaban expuestos por los preparativos bélicos del Papa. Gastón de Foix dió una contestación desde el punto de vista militar, en el sentido de que un salvoconducto representaba una escolta de 500 a 600 lanceros. Desde Milán, Maquiavelo fué directamente a Francia. Y el 24 del mismo mes Roberto Acciaiuoli escribió desde Blois que el secretario había ido con él ante el rey para leer a Su Majestad un documento que habían redactado conjuntamente. El rey deseaba ardentemente la paz y experimentaba gratitud por quienes le ayudaban a mantenerla. Había convocado el Concilio para lograr más rápidamente sus aspiraciones. No había sido posible persuadirlo de que el temor al Concilio empujaba al Papa en dirección a la guerra, en vez de llevarlo por la senda de la paz. Era deseo del rey que el Concilio comenzase donde había sido convocado, pero entendía que no debería reunirse antes del día de Todos los Santos, y que en seguida debía trasladarse a otra

parte.⁷ Después de este coloquio, Maquiavelo salió para Florencia, donde llegó el 2 de noviembre, y al día siguiente marchó a Pisa.⁸

La conducta vacilante de los florentinos no satisfizo a Francia ni aplacó al Papa. Cuando fueron fulminados con la pena de entredicho, apelaron de ella ante el Concilio general, sin especificar si se sometían al de Pisa o al de Roma. Obligaron a los sacerdotes de algunas iglesias a hacer el servicio divino para que asistiesen cuantos lo desearan. Y no se detuvieron en esto, sino que presentaron y aprobaron una ley fuertemente apoyada en el Consejo por el gonfaloniero, autorizando a los magistrados a gravar con un impuesto a los clérigos. Este impuesto ascendía gradualmente a la suma de 120,000 florines; había de exigirse en el caso de que el Papa hiciese la guerra a los florentinos, y debía satisfacerse en el plazo de un año si la guerra no estallaba y de cinco en caso contrario. Esto puso de manifiesto que en el peor de los casos los florentinos estaban decididos a defenderse. Pandolfo Petrucci arregló entonces las cosas de tal modo que persuadió al Papa para que pudiese en marcha su ejército hacia Bolonia, que no estaba en situación de defenderse, en vez de pasar por Toscana, donde se habría encontrado en una región montañosa y se habría visto obligado a enfrentarse a los florentinos y a los franceses al mismo tiempo.

Petrucci recomendó con urgencia estas medidas, no solamente porque la guerra en Toscana perjudicaba a cuantos Estados caían dentro de sus fronteras, sino también porque como consecuencia del tratado ya establecido con ellos, se habría visto obligado a ayudar a los florentinos.⁹ Por esta razón rogó además al Papa que tuviese en cuenta que la República había dado su consentimiento para la celebración del Concilio de muy mala gana, y solamente por temor a los franceses, en cuyos brazos seguramente tendrían que arrojarse en caso de ataque. Todo esto era cierto, como era más cierto aún que su política, contemporizadora y vacilante, en el momento en que se aproximaba un gran conflicto, podía poner en peligro la misma existencia de la República. Pero estaban obligados a hacer dicha política porque conocían su propia debilidad, por sus dimensiones internas, e incluso por la falta de precisión de los informes que enviaban sus embajadas.

En resumen, hubo que autorizar la celebración del Concilio, aunque de muy mala gana; mas como se pusieron toda serie de obstáculos a su celebración, ésta se convirtió en un acontecimiento ridículo. Cuando los cardenales manifestaron su deseo de ir a Pisa, acompañados de 300 a 400 lanceros franceses bajo el mando de Otón de Foix, señor de Lautrech, los florentinos despacharon inmediatamente a Francesco Vettori, quien francamente informó al cardenal de Saint Malò que si llegaban acompañados por fuerzas armadas, serían tratados como enemigos. Ante esta advertencia llegaron escoltados solamente por Otón y Chatillón con un grupo de arqueros. Se adoptaron las precauciones necesarias para mantener el orden en Pisa y en las ciudades vecinas, y el Papa demostró tal satisfacción que suspendió la pena de entredicho hasta mediados de noviembre. Como hemos visto, el día 3 de noviembre, salió Maquiavelo de Florencia para Pisa, adonde habían llegado ya otros

enviados florentinos con algunos soldados para que montaran la guardia en el Concilio. Este había celebrado una sesión preparatoria el día 19, a la que solamente asistieron cuatro cardenales y unos 15 prelados. La clerecía de la catedral les negó el uso de las vestiduras eclesiásticas del cabildo e incluso les habrían negado el derecho de oficiar en el templo, cuyas puertas estaban cerradas, si los florentinos no hubiesen dictado órdenes de que se celebrase libremente el culto y de que se concediese el uso de las vestiduras. Ahora bien, la clerecía local podía asistir al Concilio o abstenerse de acudir a él.

En esta forma tuvo lugar, por fin, en la catedral la primera reunión del Concilio, el 5 de noviembre, y después de la ceremonia de la misa mayor, en la que ofició el cardenal Santa Croce, en presencia de sus tres colegas, se hizo la proclamación de cuatro decretos. Estos declaraban la validez del Concilio y establecían la nulidad de la pena de censura impuesta por el Papa; reconocían asimismo la nulidad del Concilio de Letrán, porque no era libre ni independiente, y, finalmente, decretaban la condenación y castigo de cuantos, habiendo sido invitados a concurrir, no habían aparecido en sus sesiones.¹⁰

Al día siguiente Maquiavelo escribió que había hablado con el cardenal Santa Croce para persuadirle de que trasladase el Concilio a otra parte y sugiriéndole que la idea la hiciese aparecer como del propio purpurado. "Trasladándolo a Francia o a Alemania —le dijo— encontraría mucha menos oposición del Papa y, por lo demás, ganaría más partidarios y un acatamiento mayor a las resoluciones de la asamblea religiosa, cuestiones éstas de mucha importancia en un asunto de esta clase, donde un espontáneo vale más que veinte arrastrados por la fuerza". La segunda sesión se celebró el 7 de noviembre, y la tercera, que se había fijado para el 14, tuvo efecto el día 12, después de lo cual se decidió que la cuarta fuese en Milán el 13 de diciembre. La indiferencia, o más bien la hostilidad evidente de la República y de las masas populares por el Concilio, además de un complot bastante serio fomentado entre los soldados pisanos y los florentinos contra los franceses y los lacayos de los cardenales —complot que pudieron dominar con dificultad Otón de Foix y Chatillón, y en el que ambos resultaron heridos—, fueron causas determinantes del rápido traslado del Concilio a Milán.

En esta ciudad los cardenales calumniaron a los florentinos en todas las formas imaginables y trataron de irritar a los oficiales franceses y de levantarlos contra la República. Pero ocurrió que también en Milán tropezó el Concilio con la indiferencia general, y con la misma aversión por parte de la clerecía, la cual, a la llegada de los cardenales, se negó a celebrar el servicio divino. Los clérigos menores obedecieron de mala gana a las órdenes del Senado; los canónigos y otros sacerdotes continuaron su resistencia hasta que se vieron amenazados con el destierro o hasta que sus casas fueron invadidas por los franceses. Lo cierto fué que, tal como Guicciardini había justamente observado, todos se dieron cuenta de que aquellos cardenales no eran otra cosa que hombres ambiciosos, movidos por intereses personales y que "necesitaban ser reformados no menos que aquellos a quienes habían intentado refor-

mar". El Concilio sirvió simplemente de arma en la gran pugna que pronto habría de decidirse en los campos de batalla y, en consecuencia, la atención pública se mostró interesada por el fondo de aquella contienda, con exclusión de toda otra cuestión. En cuanto a los florentinos, aunque al fin se sintieron libres de las molestias del Concilio, no por eso experimentaron alivio alguno, porque ahora tenían que mirar si les sería posible salvar a la República del desastre que se veía venir.

NOTAS AL CAPITULO XII

1. Cambi, *Istoria*, vol. II, pág. 243 y sigs. Ammirato sigue fielmente a Cambi. Guicciardini, en su *Storia d'Italia*, al fin del cap. III, libro IX, vol. VI, págs. 202, alude a la conspiración, diciendo que "alguna infamia cayó sobre la persona del pontífice porque éste se había dado cuenta de que por medio del cardenal de Médicis se había convenido con Marcantonio Colonna y con unos ciertos jóvenes florentinos, que el gonfaloniero, Piero Soderini, debía ser asesinado en Florencia".

2. Cambi, *Istorie*, vol. II, pág. 349. Ammirato, siguiendo a Cambi, habla de esta ley y repite los mismos errores, entre otros que abolió el Parlamento, aunque en realidad había sido abolido mucho tiempo antes, es decir, en tiempos de Savonarola. La *Provisione* que lleva fecha 20 de enero 1510-1511, está en los archivos de Florencia. "Consigli Maggiori Provisione", legajo 201, folios 41-43. En su prefacio se indica claramente cómo el error surgió de la pretendida abolición del Parlamento en este año: "El magnífico y muy excelente señor, deseando establecer y consolidar la actual situación pacífica del pueblo, sus vidas y su libertad, y para que no fuese puesta en peligro ni perturbada por ningún accidente, por grave que fuese; y considerando que si por algún accidente, ordinario o extraordinario, alguno de los tres principales cargos y magistraturas de nuestra ciudad pudiera verse privado del número de sus componentes legales, o disminuido de tal modo que no tuviese el número legal de miembros, es decir, los dos tercios, o que las urnas de algunos miembros fuesen (por quienes tratan de hacer mal) dañadas, robadas, incendiadas o sustraídas, en forma que los nuevos nombres no pudiesen ser extraídos: todos los actos del Estado actual, así como la libertad, quedarían en suspenso y cesarían; y como esto proporcionaría una razón, en el caso de no ser posible restablecer la normalidad de otro modo, para convocar el Parlamento, lo que, teniendo que hacerse por la fuerza, resultaría en favor del más poderoso, no de quienes desean el bien y la vida pacífica: por todo lo expuesto... acuerda y ordena". Las cláusulas de la *Provisione* establecen también el procedimiento para elegir las magistraturas incompletas, y para el nombramiento de los sustitutos, así como para la renovación de los escrutinios, siempre por medio de una convocatoria extraordinaria del Gran Consejo.

3. *Opere*, vol. I, págs. 77-79. Por su viaje no recibió nada, ni siquiera los gastos del mismo.

4. Archivos de Viena. *Deliberazioni della Balìa*, vol. III, 2 de diciembre de 1510: "Meser Nicolás Maquiavelo, enviado florentino, llegó, y después de presentar sus credenciales, rechazó, en nombre de los florentinos, la tregua descrita en el libro de tratados entre florentinos y sieneses".

5. Filippo dei Nerli, *Commentarii dei fatti civili occorsi dentro de la città di Firenze*, Augsburg, 1728, libro V, págs. 102-103; Guicciardini, *Storia d'Italia*, libro IX, cap. IV.

6. L'Amico, *Vita di N. Machiavelli* en nota a las págs. 356 y 357. Hay dos cartas, con algunos errores de imprenta, una de fecha 7 de septiembre de 1511 del Papa contra el Concilio, la otra de fecha 27 de septiembre, del emperador en favor del mismo; los originales están en los Archivos de Florencia.

7. *Opere*, vol. VII, pág. 407. Dos copias de esta carta existen en los Archivos de Florencia, clas. 10, dist. 4, núm. 109, cuyo título dice *Dieci di Balìa, carteggio, concordada*, núm. 105. Una copia manuscrita de Maquiavelo en el legajo 99-100;

la otra escrita por otra persona (con un *addendum* que contiene la transcripción de la clave) en el folio 94-97. Este legajo comprende 10 cartas más de Acciaiuoli desde el día 2 hasta el 30 de octubre, y hay varias otras en el legajo siguiente, pero ninguna en el manuscrito de Maquiavelo.

8. El viaje se prolongó durante 24 días, porque empezó desde Florencia el día 10 de septiembre. Recibió la paga de costumbre de 12 liras pequeñas al día, incluso de su salario ordinario, y además 30 florines de oro para sus gastos de viaje. *Opere*, vol. I, págs. 80-81.

9. De hecho, cuando en una época posterior los florentinos estuvieron en peligro de ser atacados por los españoles, le recordaron, aunque inútilmente, sus promesas hechas bajo juramento. Véase en los Archivos de Siena (*Lettere alla Balìa*) la carta fechada el 24 de agosto de 1512.

10. Carta de Maquiavelo desde Pisa, fechada el 6 de noviembre. *Opere*, vol. VII, pág. 414 y siguientes. En nota a la pág. 415 y siguientes se encontrarán también los informes de las sesiones del Concilio en las que estuvo presente Maquiavelo. Una nota de pie de página de la 178, vol. VI de las *Opere* (P. M.), puede hacer suponer al lector que Maquiavelo participó en la compilación de estos informes, pero en realidad no fué así. En la carta que acompaña a éstos, los compiladores se limitan a decir simplemente: "En cuanto a la misa solemne enviamos a Vuestras Excelencias un breve resumen de lo que nosotros recordamos, remitiéndonos para lo demás que nosotros no conocemos a la sagacidad de Nicolás Maquiavelo, que estaba también presente, y que es más experto que nosotros en estas cuestiones". Los *Repórt*s y Cartas están en los Archivos de Florencia clas. X. dist. 4, núm. 110, ahora rotulados en esta forma: *Dieci di Balìa*, concordada, folio núm. 54-55, 102 y 148.

CAPITULO XIII

LA BATALLA DE RÁVENA. LOS FRANCESES SE RETIRAN. PELIGROS DE LA REPÚBLICA. MAQUIAVELO ORGANIZA LA DEFENSA. ORDENANZA DE LA MILICIA MONTADA. LOS ESPAÑOLES CAPTURAN Y SAQUEAN PRATO. COMLOT EN FLORENCIA EN FAVOR DE LOS MÉDICIS. EL GONFALONIERO SODERINI ES DEPUERTO Y SALE DE LA CIUDAD.

(1512)

En 1512, las fuerzas francesas continuaban afluyendo a Italia bajo el mando del muy anciano, pero todavía famoso, capitán G. J. Trivulzio y de Gastón de Foix. Este último, que apenas tenía veintitrés años, era sobrino del rey Luis y hermano de la esposa de Fernando el Católico; ejercía el cargo de gobernador de Milán y no tardaría en asombrar al mundo por su valor y su genio militar. Trivulzio había ya expulsado del ducado de Ferrara a las tropas papales y devuelto Bolonia a los Bentivoglio; pero el ejército francés no estaba aún en condiciones de presentar batalla general y, en consecuencia, esperaba refuerzos de la metrópoli, donde los preparativos se hacían con lentitud. El rey, con su habitual tacañería, se negó a aumentar la paga de los suizos, que pedían 10,000 ducados más de los 30,000 que percibían por año, y como no vieron satisfechas sus demandas, se dispusieron a bajar a Italia para ofrecerse al Papa. Por medio de sus agentes, Julio II había procurado inducirlos a tal conducta, y en octubre de 1511, al oír que el rey se jactaba de que todavía tenía los suizos a su servicio, contestó que "Su Majestad estaba en Babia porque seguramente cuando los necesitara no los tendría".¹ En realidad, el rey se había engañado a sí mismo, al pensar que porque los suizos carecían de caballería y de artillería, no se atreverían a separarse de él ni a actuar por propia cuenta. A su vez, los suizos, como se creían la mejor infantería del mundo, estaban persuadidos de que Francia, cuya infantería era su punto débil, no podía hacer nada sin ellos y mucho menos se aventuraría a presentarles batalla en campo abierto.

Descendieron, pues, de las montañas 10,000 suizos y esperaron la llegada de algunas compañías más para combatir contra los franceses. Este acontecimiento provocó tal agitación en Italia, que el cardenal Soderini, quien había estado fingiéndose enfermo para eludir la convocatoria papal que le llamaba a Roma, se apresuró a hacer el viaje, ante lo cual

comentó el Papa socarronamente "que los suizos eran buenos médicos para los enfermos franceses, puesto que habían curado completamente a monseñor de Volterra". Ahora bien, Gastón de Foix entendía a los suizos y sabía cómo tenerlos a raya; con medidas contemporizadoras logró que se retiraran cuando contaban ya con una fuerza de 16,000 hombres. Así, pues, se marcharon sin haber hecho nada y sin que nadie comprendiese el motivo de ello. Muchos pensaron que probablemente el oro francés los había sobornado una vez más. En esta contingencia, los florentinos hicieron cuanto les fué posible para permanecer neutrales. A las peticiones francesas de ayuda contestaron que habiendo enviado ya los 300 hombres de armas que habían prometido, les era imposible hacer más. Entonces despacharon a messer Francesco Guicciardini como embajador a España; no tenía la edad reglamentaria de treinta años, pero, en cambio, poseía una gran reputación y una gran capacidad. Las instrucciones que le dieron no fueron lo suficientemente precisas para conciliar a los confederados; y por ello Florencia seguía estando expuesta al serio peligro de ser detestada igualmente por todas las fuerzas en pugna.

De un lado estaban los franceses, ahora en mucho mayor número, y con un contingente considerable de infantería alemana; en el borde contrario se alineaban España, Venecia y el Papa, de los que recibió cartas muy duras el cardenal de Médicis, conminándole a que declarara por qué no habían empezado a luchar sus paisanos, por qué no habían atacado ya a Bolonia. Los confederados estaban cerca de Imola con un ejército que, entre las tropas españolas y papales, sumaba 16,000 soldados de infantería y 2,400 de caballería, al mando del virrey Raimundo de Cardona, de Pedro Navarro, de Próspero y Marcantonio Colonna, y de otros capitanes. Los franceses habían guarnecido Bolonia no más que con 2,000 soldados de infantería alemana y 200 lanceros. El enemigo empezó a atacar, y por medio de minas puestas por Navarro, que era ingeniero muy famoso, logró que saltara parte del muro; pero los escombros al caer cerraron de nuevo la brecha, en forma que parecía milagrosa. Casi al mismo tiempo, Gastón de Foix, que había reforzado la guarnición con otros 1,000 soldados de infantería y 180 lanceros, hizo que su ejército avanzara en apoyo de la ciudad el día 4 de febrero.

Los dos ejércitos permanecieron a la expectativa durante algún tiempo, porque las tropas confederadas se abstendían de encontrarse con las fuerzas enemigas por creerlas superiores, pero Gastón de Foix no tenía tiempo que perder, ya que los ingleses amenazaban por aquellos días atacar a Francia, y porque el voluble aliado de Luis XII, el emperador, estaba a punto de reclamar a sus 6,000 soldados alemanes. Así, para obligar al enemigo a presentar batalla, el joven comandante, después de capturar varias fortalezas, asaltó Rávena. Era ésta una ciudad demasiado importante para entregarla a los franceses sin una resistencia desesperada. Marcantonio Colonna se había encargado de su defensa, después de recibir la promesa solemne de que toda las fuerzas confederadas acudirían en su ayuda si la ciudad se veía en peligro. Gastón de Foix tomó posición entre los ríos Ronco y Montone, cuyas aguas

rozan casi los muros de Rávena. Instaló sus cañones, abrió una brecha y dió la señal de asalto; pero la defensa era de tal modo vigorosa, que después de perder la vida 300 infantes y algunos milicianos, además de sufrir heridas otros tantos, Foix se vió obligado a retirarse a sus atrincheramientos. Al día siguiente los ciudadanos enviaron al campamento francés unos delegados para que negociaran los términos de la rendición; esto se hacía sin conocimiento de Marcantonio Colonna, el que estaba seguro de recibir socorros y decidido a continuar la defensa. Era de esperar que de un día a otro el ejército de los confederados estuviese a la vista, por lo que el duque de Nemours y Gastón de Foix dieron inmediatamente la señal de ataque. Su deseo de presentar batalla era ahora más vehemente que nunca, después de la llegada de un despacho del emperador, que llamaba a sus tropas. Esta noticia no podía permanecer secreta mucho tiempo.

El ejército de los confederados hizo la marcha entre los dos ríos hasta cerca de Forlí y, después de cruzar el Ronco, se detuvo a tres millas de Rávena.

Los franceses dejaron a Ives d'Alegre estacionado cerca de Rávena con 400 lanceros, tendieron un puente sobre el Ronco y cruzaron también el río. Esto sucedía el 11 de abril de 1512; así que la gran batalla se libró en la Pascua de Pentecostés. Tomaron posiciones los galos, con la artillería al mando del duque de Ferrara instalada en su ala derecha, de tal modo que los cañones apuntaban a la caballería de la Liga capitaneada por Fabrizio Colonna e instalada cerca del río, en el ala izquierda del ejército confederado.

Cuando se abrió el fuego y Colonna advirtió que sus hombres no podían desplegar ya que estaban siendo diezmos por las balas enemigas, se puso furioso contra Pedro Navarro por haberle metido como en una cuña dentro del campamento y le declaró traidor, movido probablemente por los celos que el gran ingeniero le inspiraba. Finalmente, no pudiendo dominar su impaciencia, Colonna dió orden de atacar y sus hombres salieron precipitadamente del campo atrincherado. Y como todo el ejército le siguió, fué el principio de una de las batallas más terribles que recuerde la memoria humana; la primera gran batalla de la época moderna. Poco después, el ejército de la Liga iniciaba el repliegue, pero con tan buen orden que Gastón de Foix, colérico por el espectáculo de unos enemigos derrotados que se retiraban casi al ritmo de los vencedores, decidió darles el golpe de gracia y tomó personalmente el mando de su caballería. Desgraciadamente su caballo cayó herido y el intrépido Foix pereció a causa de las numerosas heridas que recibió en la cabeza y en el pecho. Apenas cumplía los veintitrés años de edad y en tres meses había ganado fama imperecedera; se puede decir que había llegado a general antes de ser soldado. Por consiguiente, su muerte en la misma hora de la victoria fué una calamidad irreparable para Francia. Los confederados se retiraron con orden aunque completamente derrotados. Sus pertrechos, carros, banderas y artillería, cayeron en manos enemigas, juntamente con gran cantidad de priso-

neros, entre los que estaban Fabrizio Colonna, Pedro Navarro, el marqués de Palude, Bitonto, Pescara, y el cardenal de Médicis, legado papal.

La noticia de los triunfos franceses y de la capitulación de las ciudades mencionadas provocó en el Papa gran consternación, hasta el punto de desear ardientemente hacer la paz a cualquier precio. Pero los españoles le persuadieron para que esperase, y al ver que las cosas cambiaban de cariz en su favor, poco después, fingió todavía desear la paz, con el fin de confiar a sus enemigos, los que no tardaron en quedar reducidos a una situación desesperada. El emperador giró nuevas órdenes para reclutar tropas; logró que los suizos se pusieran al fin en marcha para ayudar a los confederados, lo que representó una fuerza de 20,000 hombres; todo esto mientras Inglaterra enviaba soldados a España para atacar por la retaguardia a Francia. En resumen, la opinión pública había cambiado de tal modo, que todo el mundo cantaba ahora alabanzas al emperador, y el cardenal de Médicis, que fué llevado prisionero a Lombardía, se veía diariamente rodeado por una multitud de soldados franceses que le pedían la absolución. Poco tiempo después recuperaba su libertad mediante unas gestiones de rescate que tuvieron rápido éxito. Los confederados se unieron a los suizos para perseguir a los franceses, los cuales, para citar las palabras de un autor contemporáneo, "huían como la niebla ante el viento". En poco tiempo los dominios italianos de Luis habían quedado reducidos a las ciudades de Brescia, Crema y Legnago, a la fortaleza y el faro de Génova y al castillo de Milán. Al mismo tiempo, Parma, Piacenza, Bolonia y otros lugares de la Romaña se rindieron al Papa, quien tomó posesión de ellos infatuado, lleno de vanagloria y de grandes esperanzas. Todo le parecía ahora un sueño.

Los florentinos se hallaron en situación apurada. Fieles hasta el fin a la alianza francesa, al expirar el tratado que les obligaba a proporcionar 300 lanzas, se apresuraron a renovarlo por cinco años más, pero comprometiéndose a contribuir con 400. Mientras tanto, los 300 hombres que ya estaban con los franceses sufrían despojos y humillaciones. El rey Luis XII no estaba totalmente satisfecho con la conducta de los florentinos y llegaba a afirmar que lo habían traicionado. Esto hacía que fueran considerados por los confederados como amigos que aunque disentían en algunos puntos, iban coincidiendo en la determinación de no tolerar por más tiempo el gobierno de Soderini en Florencia. En resumen, todos arrastraban a la República en diversas direcciones, hasta que llegó un momento en que no sabía qué curso tomar. El Papa envió a su datario, Lorenzo Pucci, para invitarla a que se uniese a la Liga con la obligación de proporcionar fondos y un contingente de hombres que ayudasen a expulsar de Italia totalmente a los franceses. El representante del emperador, cardenal Gurgense, ante quien Giovan Vittorio Soderini había sido enviado en calidad de representante diplomático, aconsejó a los florentinos que rechazasen tales propuestas y que enviasen dinero a su señor en vez de ellas, a fin de conquistar la amistad y protección de Maximiliano. Y aunque los florentinos habían ya dado dinero para obtener aquella amistad, a la que se ponía precio nueva-

mente, ellos habrían aceptado cualquier sacrificio para garantizar la paz, si no se hubiesen dado cuenta de que satisfacer las aspiraciones del emperador que estaba distante, de nada serviría para liberarlos de los españoles o de su vecino, todavía más cercano, el Papa.

No pudieron, pues, llegar a ninguna decisión y el cardenal Gungense se unió a los otros representantes de los confederados en Mantua, donde se resolvió ayudar al de Médicis, que, sin perder tiempo ni gastar palabras, inmediatamente pagó 10,000 ducados y prometió sumas mucho mayores al ejército que lo escoltase de regreso hasta su ciudad natal. Julio de Médicis, que llevó adelante las negociaciones en su propio nombre y en el de su hermano el cardenal Juan, fué escuchado como si se tratase del representante de una potencia, en tanto que nadie prestaba atención ni dirigía la palabra al embajador Juan Victor Soderini, que asistía sin poder hacer ninguna contrapropuesta en nombre de la República. Se había decidido ya reinstalar a Maximiliano Sforza, hijo de Ludovico el Moro, en el ducado de Milán, para expulsar al gonfaloniero Soderini de Florencia y llamar a los Médicis, y con este objeto el virrey se había unido a su ejército en Bolonia; sin embargo, ni los florentinos ni su embajador tenían la menor noticia de estos acontecimientos.

Soderini sentía que el terreno se movía bajo sus pies y que día a día su autoridad quedaba reducida a una impotencia manifiesta; se veía abandonado por las personas más influyentes de Florencia, quienes abiertamente se manifestaban en favor de los Médicis e incluso estaban en continua correspondencia con éstos y conspiraban para provocar su retorno. Tales personas estaban movidas por sus resentimientos y celos hacia Soderini, al que no le perdonaban que los hubiera dado de lado. No deseaban la destrucción de la República, pero esperaban tener el gobierno de la misma en sus manos y convertirse, por así decirlo, en guardianes de los Médicis (que se contentaban con regresar como ciudadanos privados). Eso sí, los pretendidos vigilantes insistían en apoyarse en el pueblo, que siempre se manifestó en favor de una forma libre de Gobierno. El gonfaloniero carecía de energía para desarrollar una resistencia vigorosa y desesperada, pero no daba su causa por perdida. Escuchó atentamente las palabras de los enviados españoles, quienes le dieron a entender que su soberano nunca consentiría en ceder al Papa un poder excesivo y mucho menos entregar Florencia a un cardenal como Juan de Médicis jefe efectivo de la familia; oyó también al Papa, quien le hizo saber que odiaba a los españoles, que se proponía expulsarlos de Italia y que no intentaba otorgarle poder alguno a su subordinado el cardenal de Médicis. En esta forma Soderini era engañado por todos y quedó suspenso. A todo lo cual debe agregarse que Maquiavelo había logrado inspirarle su propia ciega confianza en la ordenanza de la milicia, fuerza que pronto habría de someterse a una prueba decisiva y que defraudó totalmente a quienes tanto esperaban de ella.

En los últimos meses de 1511 y en los primeros de 1512, Maquiavelo dejó la diplomacia a un lado, para consagrar toda su energía

a la tarea de poner a la República en estado de defensa. Un documento suyo, probablemente escrito por esta época, *Consejos sobre la elección de un comandante de infantería*, recomienda que los Ocho elijan un buen capitán para la milicia, puesto que si no lo hacen así, las tropas no podrían resistir la prueba con éxito. Sugirió que para tal cargo fuese elegido Jacobo Savelli,² a quien A. Giacomini y Nicolás Capponi tenían en gran estimación y que parecía inmune a la envidia. Desgraciadamente, dicha sugestión no parece que fuera adoptada, por lo que la milicia siguió careciendo de comandante.³ En diciembre de 1512 el secretario viajó por la Romaña y Toscana, haciendo levas para la caballería que había de reorganizarse poco tiempo después. A continuación regresó a Florencia para continuar trabajando con la misma finalidad. Finalmente, en el mes de marzo de 1512, se aprobó un decreto, primero en el Consejo de los Ochenta y después en el Gran Consejo, estableciendo la policía montada, con un estatuto redactado por él mismo, en cuyo preámbulo se lee que "viendo la gran utilidad de la ordenanza de infantería y deseando asegurar la estabilidad del actual gobierno y de la libertad contra los peligros a que están expuestos, los Nueve están a tal efecto autorizados para alistar bajo nuestras banderas, durante todo el año 1512, no menos de 500 soldados de caballería ligera, armados con ballesta o mosquete, a elección de los hombres; el diez por ciento de este número puede ser armado con lanza"... En tiempo de paz aquellos soldados habían de tener una asignación fija para el sostenimiento de su caballo, la que había de deducirse de la paga, considerablemente más elevada, que recibirían en tiempo de guerra como los demás soldados de caballería ligera contratados por la comuna. Esta milicia montada había de componerse de hombres reclutados en territorio florentino; pero esta condición se establecía "para cuando el país estuviese en peligro". Nadie se atrevía a invitar a los habitantes de una gran ciudad, y mucho menos a los de Florencia, a unirse al ejército. ¿Quién, en verdad, podía aventurarse a aconsejar aquella medida, cuando los ciudadanos más influyentes estaban conspirando abiertamente para el retorno de los Médicis?

Aprobado el decreto, Maquiavelo dedicó el mes de abril a escribir las cartas e instrucciones necesarias para la organización efectiva de la caballería. En el mes de mayo fué a Pisa para guarnecer la ciudadela y después a Fucecchio y a otras partes para hacer nuevas levas. A primeros de junio estaba en Siena, ciudad bien dispuesta en favor de Florencia; más tarde marchó nuevamente a Pisa y el 20 de junio se le vió en Florencia, dedicado a impulsar los preparativos de la defensa. Después, una vez más, atravesó apresuradamente los dominios florentinos para infundir energía e inspeccionar la ejecución de las órdenes ya dadas. El 27 del mismo mes, Juan Bautista Ridolfi, podestá y capitán de Montepulciano, escribió diciendo que Maquiavelo había llegado allí en un momento sumamente oportuno, puesto que asistió al Consejo celebrado por los priores, y logró reanimar el espíritu de los ciudadanos, llenos de terror, dejándolos llenos de confianza en la protección de Florencia. La carta seguía contando que en varios lugares habían hecho

su aparición bandas de soldados de la caballería papal que desaparecían sin aclarar sus intenciones, y relataba también cómo Maquiavelo "había estado en Valiano para examinar sus defensas y después en Monte San Savino para establecer fuertes entre aquella plaza y Fojano". En julio regresó a Florencia, pero en agosto, cuando el enemigo se acercaba, fué a Scarperia y después a Firenzuola, donde pagó a los soldados un tercio de lo que se les debía para tenerlos bien dispuestos en el trabajo de defensa. Baldassare Carducci, que continuaba como embajador ante el virrey, escribe desde allí para decir que estaban ya dispuestos para ofrecer resistencia al enemigo, puesto que Maquiavelo había reunido otros 2,000 hombres, y se hallaba organizando la artillería. Pero en Barberino, otro punto donde podía esperarse al enemigo, todas las obras estaban abandonadas y el comisario escribía que no tenía hombres para enviar de un lugar a otro y que su única esperanza era que Maquiavelo, quien había fortificado concienzudamente Firenzuola, podría facilitar la tarea de rechazar al enemigo, o al menos evitar que éste hiciese progresos en aquella dirección.

Ocurría que mientras se concentraban tropas en Firenzuola, el virrey, Raimondo de Cardona, había avanzado desde Bolonia a Barberino, por el camino de Stale, acompañado por el cardenal Médicis. Este había proporcionado dos piezas de artillería dado que el ejército carecía de cañones. Cuando el enemigo llegó a la frontera, los representantes de la República manifestaron que deseaban conocer sus intenciones. Aquél contestó que venían a poner en vigor los decretos de los confederados, es decir, a deponer a Soderini, porque éste siempre se había manifestado demasiado partidario de Francia; a establecer un gobierno que pudiera ofrecer confianza y a colocar a los Médicis en calidad de ciudadanos privados. El virrey pedía también una importante suma de dinero: según Buonaccorsi, 100,000 ducados. Esta petición se renovó en Barberino. Es indudable que en estas circunstancias podía llegarse a un arreglo, dándose la suma de dinero pedida y autorizándose el regreso de los Médicis. Pero el gonfaloniero, receloso, de temperamento irresoluto, como siempre, previó que, una vez en Florencia, los Médicis dominarían la ciudad y lo expulsarían a él. Además, confiaba en que sus fuerzas serían suficientes para resistir al pequeño ejército del virrey.

Tanto él como Maquiavelo se engañaban en este punto. El secretario exageraba su confianza en la milicia y continuó dirigiendo la defensa, sin alarmarse ni advertir que mientras él fortificaba un lugar, el enemigo se deslizaba tranquilamente por otro; había decidido establecer la resistencia en Prato. Por consiguiente, Guicciardini llevaba razón al decir que los florentinos "tenían escasa fuerza armada; carecían de infantería, salvo los soldados reclutados al azar, o alistados en su milicia —a la mayoría de los cuales les faltaba experiencia de la guerra—; que no disponían de un buen capitán en cuyos méritos e influencia pudieran poner su confianza; y que por lo que se refiere a otros jefes, éstos eran de tal calidad, que nunca se recuerda que

hayan existido quienes hayan merecido menos que ellos la paga que cobraban”.

De improviso el gonfaloniero parecía resuelto a actuar con energía. Encarceló a veinticinco de los ciudadanos más sospechosos, y, reuniendo después al Gran Consejo, pronunció un largo discurso explicando el verdadero estado de la situación. Se declaró dispuesto a dimitir si así lo deseaban sus conciudadanos, pero les rogaba que reflexionasen y pensarán que su expulsión no conciliaría a sus enemigos, porque lo que éstos deseaban realmente era cambiar el sistema de gobierno, y los Médicis, más o menos tarde, destruirían la libertad y ejercerían represalias. Añadió que si la ciudad se unía a él y le apoyaba, estaba preparado para una defensa vigorosa, mientras los ciudadanos estuvieran dispuestos a hacer los sacrificios necesarios. Este discurso fué elocuente y produjo gran efecto; los ciudadanos, reunidos en asamblea (*nelle pancate*), según la costumbre, declararon por unanimidad su resolución de mantener al gobierno popular y defender sus libertades.⁴ Esta, en realidad, era la opinión general; solamente los ciudadanos ambiciosos y más poderosos se oponían a Soderini por celos, pero sin atreverse a combatirle en público. En consecuencia, se otorgaron sin dilación las sumas necesarias para la defensa, que representaban unos 50,000 ducados. En aquel momento todos los hombres parecían coincidir en el mismo punto de vista. Pronto, sin embargo, se vió claro que esta armonía no era más que aparente.

Reunióse un consejo de condotieros y se reclutaron en seis días nueve mil soldados de infantería y trescientos milicianos entre los cuales iban comprendidos los milicianos de caballería ligera; y se decretó que toda la fuerza acampase fuera de los muros. Prato, lugar en que se esperaba el primer ataque, fué guarnecido con 4,000 soldados de infantería, principalmente de la milicia, y el resto reclutado apresuradamente entre las clases más bajas. Había otros hombres, armados.⁵ Estos últimos pertenecían al contingente que poco tiempo antes había sido despojado de sus armas en Lombardía, y su comandante era Luca Saveli, viejo e inexperto capitán. Escaseaban la artillería, las municiones y los víveres. La traición acechaba por todas partes; en tal medida, que algunos de los hombres esparcían deliberadamente en el suelo la pólvora que debían llevar a Prato,⁶ “donde los mosqueteros carecían de municiones hasta el punto de verse obligados a arrancar plomo del tejado de una iglesia para hacer proyectiles”. Sin embargo, Soderini estaba sumamente confiado y aseguraba que tan pronto como el enemigo hubiese pasado de Barberino, podría enviar 18,000 hombres y la artillería a Prato. Mientras tanto, el virrey había llegado ante la ciudad con 5,000 infantes españoles y 200 hombres armados, pero sin artillería, salvo las dos piezas aportadas por el cardenal de Médicis. Este ejército estaba muerto de hambre, sin cobrar sus pagas, sin provisiones de ninguna especie, pero se componía de hombres que habían tomado parte en la batalla de Rávena. Frente a ellos esperaba la rudimentaria milicia de Maquiavelo, que jamás había olido la pólvora; en verdad, la Ordenanza iba a ponerse a prueba.

El primer ataque de los españoles fracasó por falta de artillería; el virrey, que necesitaba víveres, declaró su disposición a entrar en arreglos, con tal de que Florencia volviese a recibir a los Médicis, que le pagase inmediatamente 3,000 ducados y que le enviase cien cargas de pan para aliviar el hambre de sus tropas. Fuesen sinceras o no estas propuestas, el caso es que hubo muchos florentinos partidarios de que fuesen aceptadas. Con todo, las vacilaciones del gonfaloniero dejaron pasar el momento favorable, después de lo cual el virrey, que había entrado en Campi por medio de una estratagema y encontrado allí provisiones, renovó el ataque contra Prato. Uno de sus dos cañones estalló, el otro prestó escasos servicios, pero al fin logró abrir brecha. Después se lanzaron las tropas al asalto, y aunque encontraron alguna resistencia en las dos puertas, la milicia encargada de defender la brecha cedió y abandonó el campo. En resumen, el 29 de agosto de 1512, a las cuatro de la tarde, los españoles entraron en Prato y empezaron el saqueo de la ciudad.

No fué sorprendente que el virrey aumentase sus pretensiones. Aunque al principio había llegado a decir que estaba dispuesto a dejar al gonfaloniero Soderini en la ciudad, y aunque no insistió en un momento dado respecto a los Médicis, ahora manifestó su propósito de reinstalarlos y cambiar el gobierno; del mismo modo pidió el pago inmediato de 150,000 ducados. Florencia no podía ya negar nada; estaba dispuesta a aceptar las condiciones que le fueran propuestas, pero el pánico era tan grande y tantos el desorden y la confusión, que resultó imposible llegar a ningún acuerdo. Los propios soldados de la ciudad infundían temor; parecían tan sedientos de botín y de libertinaje, que aunque estaban acampados fuera de los muros, las mujeres de Florencia empezaban a refugiarse en los conventos en busca de refugio.

El gobierno de la República parecía estar ya en manos de los Médicis. El cardenal Juan estaba en constante correspondencia con los principales ciudadanos, y Julio, su primo, había tenido una conferencia secreta con Anton Francesco degli Albizzi en una villa propiedad del último, con el fin de proyectar un golpe de mano decisivo. El primero de agosto, Albizzi, Pablo Vettori, Ginés Capponi, los hijos de Bernardo Rucellai y Bartolomé Valori, pariente de Soderini, todos hombres resueltos y jóvenes, irrumpieron en palacio, donde la nueva Señoría estaba reunida en consejo, se abrieron paso hacia las habitaciones del gonfaloniero, y violentamente reclamaron la libertad inmediata de los 25 partidarios de los Médicis encarcelados recientemente. Le amenazaron incluso de muerte si no dimitía, pero le prometieron darle garantías si abandonaba el cargo por su propia voluntad. Convencido de la inutilidad de toda resistencia, el gonfaloniero se declaró dispuesto a ceder, y habiendo enviado a buscar a Maquiavelo, el único en quien podía confiar en aquellos instantes de mortal peligro, lo envió ante Francisco Vettori, hermano de Pablo, para implorar refugio en una de sus casas, donde esperaba encontrar mayor seguridad que en la suya propia. Francisco Vettori dió su consentimiento, después de haber recibido previamente seguridades de sus amigos de que no se emplearía la violencia.⁷ Pero

se daba el caso de que Francisco, aunque amigo de Soderini y de Maquiavelo, estaba trabajando con sus parientes para asegurar el triunfo, de los Médicis. Fué, pues, llamado ante la nueva Señoría, para que, en presencia de los magistrados, contribuyese a darle demostración aparente de legalidad al cambio de gobierno. Habiéndose logrado reunir en alguna forma el número legal de magistrados y de consejeros, la mayoría negóse a dar su consentimiento a la deposición del gonfaloniero. Ante esa negativa, Vettori, que jugaba un doble papel en la comedia, les rogó con gesto suplicante que resolvieran atinadamente sobre la situación, puesto que los jóvenes, que habían ya virtualmente depuesto a Soderini, podrían precipitarse sobre el gonfaloniero para matarle. En esta forma logró Vettori su objetivo.⁸ Después él y Bartolomé Valori, con una tropa de 40 caballos, escoltaron a Soderini hasta Siena. El ex gonfaloniero propuso ir a Loreto, pero al oír a su hermano el cardenal que su vida peligraría en el camino, cambió de ruta y fué a Ragusa, mas no sintiéndose seguro ni siquiera allí se refugió en Castelnuovo, entonces sometido al dominio turco.

Así fueron derrotados el poder y el gobierno de Pedro Soderini, a quien la opinión imparcial consideraba un hombre honesto, pero débil como político. Incluso Francesco Vettori que, como hemos visto, se unió a su hermano para provocar la caída del gonfaloniero, dice que era verdaderamente "bueno, prudente y útil; que nunca se dejó arrastrar más allá de los límites de la justicia, ni por ambición ni por avaricia; pero que la mala fortuna (yo no diría que por su mala fortuna, sino por la mala fortuna de la desventurada ciudad) le impidió descubrir ninguna forma de evitar los insultos de los poderes confederados". Este lenguaje resulta verdaderamente singular de parte de quien había contribuido al regreso de los Médicis; mas por esta razón es digno de fe. El historiador Felipe dei Nerli, otro celoso partidario de los Médicis, expresó también sus puntos de vista con gran sinceridad. Después de censurar a Soderini por no haber tenido consideraciones con los hombres influyentes que le ayudaron a elevarse, termina diciendo que el gonfaloniero "nunca supo ser príncipe ni bueno ni malo, pues estaba convencido de que con paciencia, y —como dice la frase— ganando tiempo, se dominarían todas las dificultades". En realidad, este juicio apenas difiere del expresado por Maquiavelo, cuando hizo notar en sus *Discorsi* que Soderini "confiaba en que la paciencia y la bondad podían extinguir los malos humores; sin atreverse jamás a suprimirlos por la fuerza, aunque sus enemigos le dieron ocasión para hacerlo así. Solía excusarse diciendo que habría sido necesario violar las leyes, lo cual provocaría odio y pondría en peligro, a su propia muerte, al gobierno permanente de cualquier otro gonfaloniero, aunque a su juicio éste era un sistema útil a la ciudad. Sin embargo no se debe jamás provocar un mal para hacer un bien, cuando este bien puede fácilmente ser aplastado por aquel mal".

Mientras tanto, la banda de jóvenes que había expulsado a Soderini se juntó a otros, "todos de malas intenciones"; se hicieron cargo de la guardia del palacio, y veinte ciudadanos fueron elegidos rápidamente para deliberar sobre lo que debería hacerse. Algunos confiaban aún en

encontrar la forma de conservar la libertad, pero, entre tanto, los acontecimientos seguían su curso inexorable. Los oradores despachados ante el virrey y el cardenal fueron recibidos por este último con modestia y cortesía. Dijo que a él le bastaba con ser recibido en Florencia junto a sus parientes como ciudadanos privados, y que esperaba que se les permitiera readquirir sus bienes mediante pago. Verdaderamente no podía imaginarse una exigencia más honesta por su parte, después de haber triunfado por la fuerza de las armas. Pero el cardenal, como garantía de tan modestas demandas, demandaba prendas que garantizaran su propia seguridad personal y la de sus amigos; todo lo cual sugirió al historiador Nardi la sutil observación de que "quienes piden ser liberados de molestias, quienes desean vivir pacíficamente en la República y demandan garantías a tal efecto, de hecho buscan y desean libertad para molestar a los demás". Entre tanto, los florentinos se vieron obligados a unirse a la Liga y se obligaron al pago de 40,000 ducados al emperador, 80,000 al ejército que los había derrotado, y 20,000 al virrey. Estas sumas, con otras donaciones que habían de hacerse, elevaron la cantidad total de gastos por la derrota a 150,000 ducados. Se comprometieron asimismo a contratar 200 españoles armados".

NOTAS AL CAPITULO XIII

1. Carta de Bernardo de Bibbiena al cardenal de Médicis, legado en Romaña, 19 de octubre de 1511. Desjardins, obra citada, vol. II, págs. 542-543.

2. En todas las ediciones de las *Opere* solamente encontramos al *Signor Jacopo*, sin sobrenombre alguno. La edición florentina de las *Opere Minori* (Le Monnier, 1852) da en una nota el supuesto, repetido en la misma forma en la edición florentina de las obras completas de Maquiavelo, publicadas en 1857, que el hombre a quien se refería era Jacobo Savelli. La edición de las *Opere* simplemente da una nota con las palabras *Jacopo Corso*, sin agregar más. (Vol. VI, página 358.) Pero es imposible creer que el hombre propuesto por Maquiavelo fuese otro distinto que Jacobo Savelli, porque tanto el nombre de pila como el sobrenombre se encuentran en la vieja copia del *Consulta* conservado en un códice de la *Biblioteca Barberini* de Roma. Véase códice 47, LVIII, pág. 152.

3. Solamente encontramos al veterano Lucas Savelli a la cabeza de los hombres armados.

4. El discurso de Soderini está incluido en la *Storia d'Italia* de Guicciardini, vol. V, pág. 157. Felipe Nerli, en el libro V, pág. 108 de sus *Commentarii*, dice que oyó el discurso, que era "muy bello y muy oportuno, y fué además transcrito en forma muy elegante por messer Francesco Guicciardini en su *Storia*". Y Jacobo Guicciardini, al escribir a su hermano Francisco (Guicciardini, *Opere Inedite*, volumen VI, pág. 95), confirma que todo el Consejo votó por unanimidad en favor del gonfaloniero, "porque —dice— la opinión pública estaba con él, y solamente los hombres de valía (se refería a los más ricos y más influyentes) estaban descontentos porque siempre querían hacer cuanto se les antojaba".

5. En la *Storia d'Italia*, vol. VI, pág. 158, Guicciardini dice que eran 2,000 soldados de infantería y 100 hombres armados; Buonaccorsi dice 4,000 de infantería y 40 armados. (*Diario*, pág. 182.) Este autor es generalmente la autoridad a que se refieren Nardi y Guicciardini. Jacobo Guicciardini, en la carta que hemos citado, da también las cifras de 4,000 soldados de infantería y 100 hombres armados. La diferencia entre las cifras citadas arriba se debe probablemente a que algunos incluyen la milicia ligera y montada, y otros la excluyen.

6. Pitti, *Storia Fiorentina* en el *Archivio Storico*, vol. I, pág. 101. El mismo volumen contiene tres narraciones del saqueo de Prato, de los cuales el más digno de crédito es el de Modesti. Véase también Buonaccorsi, hacia el final del *Diario*; Nardi, *Istorie*, etc., vol. I, págs. 487-90.

7. Este incidente aparece registrado por Vettori en su *Sommario*, pág. 292, y ha sido además confirmado por otros.

8. Nardi, *Storia*, vol. I, pág. 498. El último día de agosto, el cardenal Julio de Médicis escribió desde Prato a Pedro de Bibbiena, en Venecia, que Jacobo Salviani y Pablo Vettori habían llegado como embajadores ante él, y que el mismo día, a las dieciséis horas, Soderini había sido depuesto por la Señoría y por el Gran Consejo. Véase apéndice (II) de la edición italiana, documento XII.

LEO X. PONT MAX

LAVR. MED. F.



El Papa León X.



Nasce Florentinus.

Obijt
fo.

Supremum per te nacta est Prudentia culmen,
Ulterius nec quo progrediatur habet - 1544

"La prudencia alcanzó por ti la cumbre suprema. No puede progresar más."

CAPITULO XIV

REGRESO DE LOS MÉDICIS A FLORENCIA EN 1512. NUEVA FORMA DE GOBIERNO. PERSECUCIONES. DOCUMENTOS DIRIGIDOS POR MAQUIAVELLO A LOS MÉDICIS. EL SECRETARIO ES PRIVADO DE TODOS SUS CARGOS. MUERTE DE JULIO II. ELECCIÓN DE LEÓN X. CONSPIRACIÓN Y MUERTE DE PEDRO PABLO BOSCOLI Y DE AGUSTÍN CAPPONI. MAQUIAVELLO ES ACUSADO DE COMPLICIDAD EN LA CONSPIRACIÓN. ES ENCARCELADO, SOMETIDO A INTERROGATORIO Y LUEGO PUESTO EN LIBERTAD. SUS SONETOS.

(1512-1513)

La familia de los Médicis estaba ahora representada por el cardenal Juan (1475-1520), su jefe y mentor, que sería después famoso con el nombre de Papa León X, y por Giuliano (1479-1516), ambos hermanos de Piero, que pereció ahogado en el Garellano, e hijos de Lorenzo el Magnífico. Este tuvo la costumbre de decir que tenía tres hijos, de los cuales el primero (Piero) estaba loco, el segundo (Giovanni) era inteligente, y el tercero (Giuliano) era bueno. Hemos visto ya que Piero era vanidoso, infantil y ambicioso. En cuanto al cardenal, tenía ingenio y capacidad para dirigir los asuntos; era inteligente y fiel partidario de la vieja política de los Médicis. De Giuliano diremos que se le tenía por fantástico, ambicioso y simpático al mismo tiempo. Además contaba Julio, el primo, miembro influyente de la familia (1478-1534) que fué caballero de Rodas, prior de Capua, después obispo, cardenal, y finalmente Papa con el nombre de Clemente VII. Era hijo natural de Giuliano, hermano menor de Lorenzo el Magnífico, que pereció en la conspiración del Pazzi en 1478. Había también dos muchachos: un hijo de Piero, llamado Lorenzo (1490-1519), después duque de Urbino; y un hijo natural de Giuliano, llamado Hipólito (1511-1555), que llegó a cardenal. Con estos dos últimos se extinguió la rama principal de los Médicis. En la época de nuestro relato los principales miembros de la familia eran el cardenal Juan, su hermano Giuliano y el primo ilegítimo Julio.

Francisco de los Albizzi fué a Prato y el primero de septiembre escoltó a Giuliano hasta la casa de aquél en Florencia, donde en seguida acudieron a visitarle sus amigos más fieles, entre los que se encontraban los hijos de Piero Guicciardini, y hermanos del historiador, entonces en desgracia, que estaba a la sazón en España como embajador de la Re-

pública. En seguida se congregaron muchas personas en las calles, que se dirigieron hacia el palacio de los Médicis gritando: *Palle, palle!* Bernardo de Bibbiena, secretario del cardenal, que aquel mismo día había salido apresuradamente de Prato para ir a Florencia, nos dice cómo, no dándose cuenta de que Giuliano había ido a casa de Albizzi, fué con los demás a buscarle al viejo palacio de los Médicis en la Via Larga, y tan pronto como llegó allí, se vió rodeado por una agitada multitud que lo abrumó de abrazos y que le hizo interminables preguntas.¹ Giuliano, para citar las palabras de Pitti, demostró desde el principio una actitud "pacífica y cortés" en Florencia. Salió por las calles con su capa o *lucco* y sin séquito alguno, como un simple ciudadano; incluso se afeitó la barba para ponerse a tono con la moda de los florentinos.

En seguida llegó el virrey, quien fué presentado al Consejo por Pablo Vettori, y desde el sitio del gonfaloniero, pronunció un discurso en favor de los Médicis. Inmediatamente después se celebró una "práctica", a la que fué también invitado Giuliano, para resolver la manera de constituir el gobierno. Se hicieron propuestas, de carácter moderado para aquella época, a las cuales dieron su asentimiento el virrey y los Médicis. Estas propuestas aconsejaban que el nuevo gonfaloniero fuese elegido por un año; que se aumentase el número de los miembros del Consejo de los Ochenta; que se pagasen a los magistrados salarios más elevados; y en cuanto a lo demás, parece que las antiguas formas republicanas deberían ser conservadas. Entre tanto, para que manejara los asuntos hasta que expirase el plazo legal de vigencia de la presente Señoría, fué elegido gonfaloniero Giovan Battista Ridolfi hasta el fin de octubre. Estaba emparentado con los Médicis y muchos creían que era el jefe de los *Ottimatti*. No solamente reveló ser inteligente y valeroso, sino también partidario de la libertad, que se mostró dispuesto a conservar a todo trance. En realidad era imposible que en Florencia se extinguiese el amor a la libertad, como era difícil que la antigua aversión a los Médicis quedase completamente liquidada. Los Médicis se daban cuenta exacta de la situación y, en consecuencia, sabían que les interesaba proceder con suma cautela. Pero el poder estaba ya en sus manos y los acontecimientos, por un cambio de curso inevitable, se orientaban cada vez más en favor de ellos. El miedo obligaba a todos a someterseles, por lo que era natural que la familia triunfante se acomodase pronto a las ventajas de este estado de cosas. Pronto Ridolfi se dió cuenta de lo que ocurría. Los soldados y los condotieros baladronaban y amenazaban por las calles, y todos los días corrían rumores de nuevos cambios en el gobierno propuestos por el cardenal o por los españoles. Ello dió lugar a que algunos ciudadanos fuesen a consultar al gonfaloniero, quien les dijo: "¿Qué podemos hacer? ¿No veis que nuestros enemigos nos han metido en un barril tapado y que pueden herirnos fácilmente a través de la boca del mismo?"

Aumentaba el desorden, y el botín de Prato, manchado con sangre, se vendía abiertamente en la Piazza, lo que excitaba el rencor de quienes todavía creían en la libertad. Por fin, el 14 del mes, hizo su entrada

el cardenal a la cabeza de 400 lanzas, a las que seguía un cuerpo de 1,000 soldados de infantería a las órdenes de Ranieri della Sassetta, Ramazzoto y otros capitanes de aventura bien reconocidos, que siempre permanecieron fieles a los Médicis. El cardenal fué recibido con tales aclamaciones, que al escribir sobre ello a Pietro de Bibbiena en Venecia, le decía: "Al llegar nuestras esperanzas fueron sobrepasadas con mucho". Los más decididos de los Pallechi se concentraron rápidamente en torno a su persona y se quejaron de que la bondad excesiva de Giuliano estaba dejando escapar el momento oportuno para el cambio radical que los partidarios de los Médicis deseaban. Las cosas —dijeron— estaban quedando a medio hacer. Apenas había entrado el cardenal en la plaza, donde Giuliano estaba reunido en consejo con sus amigos, cuando irrumpieron súbitamente tropes de ciudadanos y soldados que arramblaban con los objetos de plata de las mesas al grito habitual de *Palle, palle!* y exigían la convocatoria del Parlamento. Este procedimiento había resultado una forma eficaz de lograr todo lo que se deseaba, aunque conservándose cierta apariencia de libertad.

El día 16 se reunió el Parlamento en la Piazza, asistiendo no solamente el pueblo y los soldados y capitanes de los Médicis, sino los de la República, los cuales habían desertado casi todos ante el enemigo, seducidos por las magníficas promesas que se les hicieron. En seguida se creó un Bailío de 45 miembros, que después aumentaron a 66, todos elegidos por el cardenal. Este Bailío tenía a su cargo las solicitudes especiales del pueblo, juntamente con la reforma del gobierno, que prácticamente debía consistir en colocar las cosas en el mismo estado que antes de 1494. Esto es, aunque aparentemente deberían ser restauradas las viejas instituciones republicanas, en realidad tendría que resultar la limitación de todo gobierno práctico y efectivo en beneficio del Bailío. Tal había sido la fórmula empleada por Cosme y por Lorenzo, cuando, fingiéndose ciudadanos particulares, se hicieron dueños de la República; y este era el objeto que ahora se perseguía. De hecho, y pese a las reformas efectuadas y a las antiguas instituciones republicanas restablecidas, fué el Bailío el poder dominante hasta 1527. "En tal forma —según nos informa el propio Guicciardini— las libertades fueron aplastadas por la fuerza en Florencia". Y Francesco Vettori, también ardiente partidario de los Médicis, hace notar: "La ciudad quedó reducida al extremo de no hacer nada sino por la voluntad del cardenal de Médicis. Y estos procedimientos son los procedimientos de una perfecta tiranía".

La milicia fué dispersada para ser sustituida más tarde por una imitación ridícula e ineficaz de la misma; en fin, se les impuso a los ciudadanos un empréstito público forzoso de 80,000 ducados para pagar a los españoles. Entre tanto, el virrey, después de recibir el primer plazo de la cantidad que había exigido y en la seguridad de que cobraría el resto, salió de Florencia y de Prato después del 18 de septiembre.

Así terminó el primer período de la revolución florentina. Cuando se recuerda que se había derrocado un gobierno para establecer otro; que los Médicis habían sido repuestos por las armas extranjeras después de dieciocho años de destierro, persecución y confiscaciones, debemos

convenir en que, exceptuando el saqueo y los desmanes de Prato, obra de las tropas españolas, Florencia se había comportado con notable moderación. En cuanto a los Médicis, sabían que su posición en la ciudad no podría sostenerse mucho tiempo por medio de las represalias y la violencia. En consecuencia, empezaron a hacer esfuerzos por conquistarse la buena voluntad de sus conciudadanos por medio de favores y la simpatía popular por medio de festejos.

Los Médicis volvían a ser poderosos en Italia; todo el mundo esperaba que su influencia aumentaría cuando el cardenal ascendiese a la silla de San Pedro, esperanza que bien pronto se vió convertida en realidad. Además, tampoco podía negarse que los Médicis amaban a Florencia, por lo cual los corazones de los florentinos empezaban a sentir cierto orgullo al observar la fortuna creciente de la familia. Se esperaba que sobreviviese algo de las instituciones republicanas, que los ciudadanos más infuyentes fuesen llamados a participar en el gobierno y que volviesen los tiempos de Lorenzo el Magnífico. Es un hecho cierto que después de que se marcharon los españoles, el nuevo gobierno no necesitó ya la ayuda de soldados extranjeros, puesto que incluso los que se habían manifestado como partidarios fervorosos de Soderini, no trataron de oponer resistencia abierta. Los únicos conspiradores fueron algunos jóvenes entusiastas e inexpertos, cuyas conjuras fracasaron por falta de partidarios; pronto quedaron aislados y olvidados. Pero esto no fué todo, pues el propio ex gonfaloniero, Soderini, como veremos después, no sólo llegó pronto a un arreglo con los Médicis, sino que sostuvo relaciones con ellos. Por último, se situó en Roma, donde vivió tranquilamente hasta su muerte.

¿Cuál era entonces la situación de Maquiavelo y cuáles los pensamientos de éste durante aquellos días difíciles? Fiel a Soderini hasta el final, nunca dejó de defenderle, pero la verdad lisa y llana es que también deseaba retener su puesto. Como la mayor parte de los partidarios del gobierno caído, estaba dispuesto a adaptarse al nuevo orden de cosas. Pensaba también que bajo la protección de los Médicis podría arbitrase alguna forma de gobierno republicano, y por esta razón estaba dispuesto a seguir siendo un funcionario leal. Así lo dijo francamente desde el principio. En prueba de esto disponemos de una carta, sin fecha, indudablemente escrita poco después del 16 de septiembre y dirigida a una señora de nombre desconocido, pero evidente amiga, si no pariente, de los Médicis. Tal vez Alfonsina Orsini, viuda de Piero dei Medici.²

Empieza la carta diciendo que referirá todo lo que ha sucedido últimamente, para dar satisfacción a la petición de la señora y porque los acontecimientos han "redundado en honor de los amigos de Vuestra Excelencia Ilustrísima, y mis señoras, dos razones que sirven para borrar la pena infinita que me han producido". Después se refiere al avance de los españoles, a la vacilación revelada en las negociaciones y a la conducta del gonfaloniero, del que habla con deferencia. Cuando los españoles pidieron la dimisión de Soderini, éste replicó "que no había alcanzado su dignidad por medio de la estratagema ni de la violencia, sino que se la había conferido el pueblo; por consiguiente, si todos los

monarcas del mundo se reuniesen para pedir su dimisión, jamás accedería a ella; pero que si el pueblo expresase su deseo en tal sentido dejaría su cargo inmediatamente. Mas ocurría que habiendo consultado la voluntad del pueblo, todos se habían manifestado de acuerdo unánime para apoyarle incluso a costa de sus propias vidas". Después aludía el secretario a la captura y saqueo de Prato, sin entrar en detalles, para "no producir una emoción penosa a la señora". Menciona un costo de vidas de más de 4,000 personas, "sin que se salvaran las vírgenes, ni los lugares sagrados, estos últimos entregados por los españoles al sacrilegio y al saqueo, pero incluso entonces el gonfaloniero no desmayó y se manifestó dispuesto a aceptar de los españoles cualquier arreglo, salvo el regreso de los Médicis, que era exactamente en lo que ellos insistían. Después todo estaba perdido; se temió incluso que Florencia pudiese ser saqueada, después de la cobardía demostrada en Prato por nuestros soldados". Debe haber sido sumamente amargo para Maquiavelo escribir estas palabras, después de las confiadas esperanzas que una vez abrigó respecto a los soldados florentinos. Sigue relatando después con mucha brevedad y escasa precisión todo lo que ocurrió en la reunión del Parlamento que reinstaló a los Médicis en las posesiones y dignidades de sus antepasados. "Y esta ciudad está muy tranquila y espera llevar, con vuestra ayuda, una existencia no menos honorable que en tiempos pasados, cuando vuestro padre, Lorenzo, de feliz memoria, estaba a la cabeza del gobierno".

Al leer esta carta es necesario recordar el estilo del lenguaje que entonces se empleaba ante los potentados, y las fórmulas usadas por casi todos los republicanos florentinos que en aquellos días tuvieron ocasión de dirigirse a los Médicis por escrito, o de mencionarlos en conversaciones privadas. Pero aunque tal comparación nos persuadiese de que la carta de Maquiavelo no contenía nada extraño o extraordinario para su época, nos ayuda a probar que estaba deseoso de conservar su puesto y que no experimentaba repugnancia, sino, por el contrario, vivo deseo de servir a las órdenes de los Médicis. Nadie le censuró por esto, en aquellos días; ni siquiera el ex gonfaloniero. Como se ha dicho, éste no tardó mucho tiempo en llegar a un acuerdo con los Médicis. En la misma forma, nadie le dirigió reproches a Marcello Virgilio, quien ocupando un puesto más elevado que Maquiavelo en la cancillería, no solamente lo conservó, sino que supo mantener las mejores relaciones con sus nuevos señores.

Sin embargo, es evidente que a causa de su participación en la defensa de la ciudad, si no por otras razones, Maquiavelo se daba cuenta de que su posición era difícil. En consecuencia hizo cuanto estuvo en sus manos para capear el temporal. En aquellos días escribió otra carta, dirigida al cardenal dei Medici, de la que sólo se conservan fragmentos: "En la creencia —dice— de que el afecto puede servir de excusa al atrevimiento, me aventuraré a ofrecer a usted un consejo. Ya han sido elegidos algunos funcionarios para investigar sobre las antiguas posesiones de los Médicis y para poner en práctica la restitución de las mismas. Dichas tierras están ahora en manos de quienes las compraron y

que, por lo mismo, son sus legítimos poseores. Apoderarse de ellas, por consiguiente, provocará odios inextinguibles, porque los hombres experimentan más pena ante la pérdida de una granja que por la muerte del padre o del hermano. Todo el mundo sabe que ningún cambio de gobierno puede devolver un pariente a la vida, pero sí puede, en cambio, ocasionar fácilmente la devolución de una granja. Mucho mejor, entonces, sería hacer que la Bailía votase un subsidio anual para compensar el valor de los bienes confiscados. Esta es mi sincera y fiel convicción". La carta concluye así: "Vuestras excelencias decidirán con su reconocida prudencia".

Además, en aquellos días, dirigió otra carta a los Médicis, en la que daba consejos de carácter más general, y en la que, en cierta medida, asumía la defensa de Soderini. Quienes eran hostiles a éste, porque nunca los llamó para participar en el gobierno, y, por esta causa, conspiraron en favor de los Médicis, ahora le atacaban, lanzándole acusaciones y calumnias de toda especie. Maquiavelo observó que aquéllas eran burdas estratagemas para obtener el favor de los nuevos gobernantes y del pueblo; deseaban impresionar a la gente con la creencia de que habían sido inducidos a cambiar el gobierno solamente por odio a Soderini, a quien por esta razón acusaban de ser el autor de todos los males que habían caído sobre la ciudad. "Así, conquistando el favor del pueblo, tratan de hacerse necesarios a los nuevos gobernantes, contra quienes en un momento dado pueden excitar a la masa de los ciudadanos. Soderini está ahora fuera de Italia, y, por consiguiente, reducido a la impotencia, para bien o para mal. Los gobiernos nuevo y viejo y están frente a frente, sin esperanza de conciliación. Quienes se dedicaban a adular al pueblo y a los Médicis, no pueden vivir con Soderini, del cual son enemigos naturales; pero pueden llegar a un arreglo con uno u otro gobierno, con el fin de lograr el poder. En consecuencia, aspiran a ganar influencia sobre el pueblo y a convertirse, por así decirlo, en patronos de los Médicis. Y por lo mismo, éstos deben esforzarse por separarlos del pueblo, en forma que se vean obligados a abrazar la causa de la ilustre familia como única garantía de su propia seguridad".

No sabemos la razón que indujo a Maquiavelo a redactar estas tres cartas. Nos es imposible decir si las escribió todas a instancias de alguien, como afirma solamente en la primera; o si, valiéndose del cargo que todavía ejercía, trató de fortalecer su posición. Tal vez las redactara, como era bastante frecuente en aquellos días, para dar a conocer su opinión. Esto parece muy verosímil en el caso de la segunda y de la tercera carta que han llegado hasta nosotros esquemáticamente y fragmentariamente. En todo caso, aquellos consejos eran ofrecidos con un objetivo muy claro, como resulta claro también que el procedimiento elegido era de éxito muy dudoso. Durante toda su vida Maquiavelo, como lo demuestran sus obras, tuvo gran fe en el pueblo, así como una gran desconfianza y mucha antipatía por la aristocracia y por los gobiernos que representaban a alguna minoría privilegiada y poderosa. Demostró estos sentimientos incluso en el momento de la victoria de los Médicis, cuyo poder deseaba ver consolidarse gracias al apoyo popular, en vez de

convertirse en instrumento de los enemigos de Soderini. Pero los acontecimientos estaban a merced de quienes habían preparado el camino para la victoria, y los Médicis no podían inclinarse hacia el pueblo, pues les era hostil, ni alejarse del grupo que había trabajado para el retorno de la poderosa familia, cuyos partidarios eran enemigos de Soderini y no menos hostiles a Maquiavelo, a quien no tenían intención de permitirle que conservase su cargo. Así, luchar contra ellos solamente sirvió para agudizar su enemistad. Además, aunque la magistratura de los Diez siguió vigente durante algún tiempo todavía, la de los Nueve de la Milicia fué inmediatamente abolida, y ya el 19 de septiembre todos los comisarios de la Ordenanza habían sido obligados a dimitir. En consecuencia, mientras Marcello Virgilio, primer secretario de la República, pero que no había tomado parte en asuntos políticos, continuaba en su puesto, Maquiavelo fué depuesto de cuantos cargos tenía por un decreto de la Señoría, aprobado por unanimidad el 7 de noviembre de 1512 (*cassaverunt, privaverunt et totaliter amoverunt*). La misma suerte corrió Buonaccorsi. Además de esto, un nuevo decreto condenó a Maquiavelo a un año de destierro a determinada distancia de la ciudad, pero dentro de territorio florentino y sin permiso para abandonarlo. Debía prestar asimismo garantía por la suma de 1,000 libras, a modo de caución para que cumpliera lo ordenado en la sentencia. El 17 de noviembre, tanto a él como a Buonaccorsi se les prohibió cruzar el umbral del Palacio durante un año, orden que en el caso de Maquiavelo fué quebrantada varias veces aunque en forma provisional, a fin de que rindiera cuentas de su administración y proporcionara cuantas explicaciones le pidiesen. Todo esto pudo hacerlo con exactitud tan grande y digna, que sus adversarios no encontraron base alguna para hacerle la más leve acusación o reproche. Para ocupar el puesto que se vió obligado a abandonar, fué nombrado Nicolás Michelozzi, conocido partidario de los Médicis, y cuya única ocupación, toda vez que la Ordenanza de la Milicia fué abolida, consistía en escribir cartas.⁴

Después todas las reformas (como eran llamadas) quedaron súbitamente interrumpidas por los acontecimientos internos y externos, que sirvieron para agravar la situación aflictiva de Maquiavelo. Debido a la retirada de los franceses, Parma, Piacenza, Módena y Reggio se habían rendido al Papa; Brescia había sido cedida por el virrey; Peschiera y Legnago habían capitulado ante Lang, obispo de Gurk, que era una especie de *alter ego* del emperador en Italia. Como de costumbre, esto provocó gran descontento, y los aliados habrían venido a las manos entre ellos si el Papa no hubiera ganado a Lang para su causa, gracias a que lo recibió con la mayor amabilidad y le otorgó el capelo cardenalicio. Esto produjo inmediatamente una nueva alianza entre el Papa y Maximiliano (proclamada en noviembre en la iglesia de Santa María del Pueblo), la adhesión del emperador al Concilio Vaticano y el retorno de los Sforza a Milán. Maximiliano, hijo de Ludovico el Moro, fué escollado hasta Milán para tomar posesión del ducado, que se hallaba muy disminuído porque todo el mundo se había apoderado de algún trozo del mismo. Los españoles estuvieron de acuerdo con aquellos arreglos;

pero los venecianos opusieron objeciones y se negaron ardientemente a la cesión de Vicenza y Verona al emperador, lo cual únicamente sirvió para cimentar y fortalecer la alianza de éste con el Papa. Pero la Santa Sede no tenía ciertamente motivos para sentirse satisfecha, pues en vez de limpiar a Italia de bárbaros, el país era ahora, gracias al Papa, presa de los alemanes, los españoles y los suizos. En su pro tenía haber expulsado a los franceses, disuelto el *Conciliabolo*, reunido el Concilio de Letrán, extendido y fortalecido el poder temporal de la Iglesia, conquistado su propia reputación como militar y la de sus tropas, y particularmente haber logrado convertir a Roma en el centro no solamente de los asuntos italianos, sino casi de los asuntos mundiales. Pero precisamente en aquel momento cayó enfermo y murió el 20 de febrero de 1513. Guicciardini dice de él que habría merecido gloria eterna si, en vez de Papa, hubiese sido un príncipe seglar. Ciertamente que fué un hombre de gran capacidad mental, de carácter resuelto y que cambió totalmente el orden de las cosas, tanto en Italia como en el resto de Europa; pero llegó a todos un anhelo de tiempos más apacibles.

Empezó sus tareas el conclave animado por estos sentimientos. El 6 de marzo el cardenal de Médicis fué conducido a la reunión en una litera, porque padecía de una fístula incurable que hacia desagradable estar junto a él. Enemigo de los franceses, lo que fué a veces fatal para su causa, y elevado a una destacada posición por el Papa fallecido, era generoso hasta la prodigalidad, tenía la gran virtud de obtener cuanto se proponía. Y había gozado desde su primera juventud de una instrucción literaria de la mejor calidad. Entusiasta de las bellas artes, Mecenas genuino, se le respetaba por sus maneras suaves y afables y por su conducta sumamente prudente. Todas estas cualidades parecían señalarle, en tal coyuntura, como el candidato más idóneo para el trono papal; la única objeción que al parecer provocaba su persona era su juventud, puesto que aún no cumplía cuarenta años. El grupo de cardenales jóvenes del conclave se inclinó notoriamente en su favor. Por otra parte, parecía ser un decidido adversario el cardenal Soderini; pero su voto pudo ser comprado con la promesa de levantarle el destierro al ex gonfaloniero, de suspender la proscripción a los demás miembros de su familia, y de dar la hija de Giovan Vittorio Soderini en matrimonio al joven Lorenzo de Médicis. Hechos estos arreglos, el cardenal Giovanni fué elegido por gran mayoría de votos el 11 de marzo, pero como aun no estaba ordenado de sacerdote, sino que era un simple diácono, tuvo que ser ordenado antes de su consagración. La primera ceremonia tuvo lugar el día 15; el día 17 fué consagrado Papa bajo el nombre de León X, y el día 19 se le impuso la tiara. La ceremonia de su investidura sobrepasó en lujo y esplendor a todo cuanto se había visto hasta entonces, incluso en aquella época tan notable por su fausto. Las festividades de un solo día costaron la suma de 100,000 ducados. Se levantaron arcos triunfales; se hicieron procesiones, incluso desfiles de estatuas paganas, y se repartió dinero a manos llenas. Parecían haber vuelto los días de la Roma imperial. En Florencia la elección fué saludada con regocijo universal, porque el nuevo Papa era

un Mecenas y natural de aquella ciudad y todos confiaban en obtener sus favores. A nadie parecía ocurrírsele que los Médicis estuviesen echando profundas raíces y adquiriendo mayor dominio y poder, ni que de entonces en adelante su influencia resultara invulnerable. Por el contrario, la ciudad parecía enorgullecerse por la elección del cardenal.

Pero un genovés que fué testigo del júbilo de los florentinos hizo notar a éstos: "Precisamente ahora que os regocijáis de poseer un Papa nativo, pero antes de que tengáis tantos como Génova tuvo, debéis ir aprendiendo lo que la grandeza de los papas puede costar a las ciudades independientes". Este hombre resultó un verdadero profeta, a tiempo que el regocijo público se vió perturbado por una circunstancia sumamente penosa y extraña que se registró entonces. Poco antes de que se divulgase la noticia de la enfermedad de Julio II, un cierto Bernardino Coccio, de Siena, encontró en la casa de los Lenzi, parientes de Soderini, un trozo de papel caído del bolsillo de un joven llamado Pietro Paolo Boscoli, un aventurero bien conocido de los Médicis. Coccio recogió el papel del suelo, y al ver que contenía una lista de veinte nombres, entre ellos el de Nicolás Maquiavelo, consignó el papel a la Bailía de los Ocho, cuyos componentes, presintiendo una conspiración, inmediatamente encarcelaron a Boscoli, juntamente con su íntimo amigo, Agostino di Luca Caponi. Sometidos a tormento, ambos confesaron que se habían propuesto rescatar las libertades de su patria; y que no habían tramado conspiración alguna, ni comunicado sus designios a nadie, y que los nombres contenidos en el papel eran solamente de personas que, a juicio de ellos, se manifestarían simpatizantes con la idea, porque suponían que eran partidarios de un gobierno libre. La mayoría de los incluidos en la lista, juntamente con otros, fueron detenidos; parecía bastantes claro que el asunto era de poca monta y que no contaba con el apoyo de los ciudadanos. Sin embargo, Boscoli y Capponi, después de haber estado encarcelados desde el 18 hasta el 22 de febrero, fueron decapitados al anochecer de este día. El cardenal de Médicis había salido de Florencia la vispera, llevándose la seguridad de que la sentencia sería capital.

La condena de los dos jóvenes y el hecho de que el nombre de Maquiavelo se viese mezclado en la conspiración, dió una importancia exagerada a todo el asunto. De esto encontramos pruebas dignas de crédito en las cartas de Juliano de Médicis. El 19 de febrero, un día después de los primeros arrestos, escribió sobre el tema a Pietro Dovizi de Bibbiena, a Venecia, diciéndole que "se había descubierto una conjura para atacarnos violentamente a mí y a las personas de nuestro afecto; pero nada se ha comprobado, salvo una mala intención sin base ni consecuencias". Adjuntaba una lista de doce ciudadanos, más o menos comprometidos, y en ella figuraba el nombre de Maquiavelo, que también fué encarcelado. Giuliano no escribió más por entonces. Durante los primeros momentos se dejó sentir cierta inquietud, a causa de lo cual se publicó un decreto, requiriéndose a los ciudadanos para que se abstuviesen de llevar armas. Los vecinos no solamente dejaron sus armas en sus casas, sino que se apresuraron a testimo-

niarle a Giuliano su fidelidad; hubo incluso algunos parientes de los prisioneros acusados que pidieron pronta y ejemplar justicia.

El 7 de marzo, cuando Boscoli y Capponi habían ya muerto y los diversos procesos llegado a su final, Giuliano escribió nuevamente a Bibbiena, diciéndole que la ciudad había manifestado el mayor afecto a los Médicis y agregaba: "Boscoli y Capponi, jóvenes de buenas familias, pero sin partidarios, han sido los cabecillas de la conspiración. Se proponían despojarnos de nuestros bienes. Habían fijado el lugar y redactado una lista de personas en las cuales esperaban encontrar ayuda; hablaron con él y aseguraron el interés de Nicolás Valori y de Giovanni Folchi. Por esta razón los dos responsables principales han sido condenados a muerte y los dos últimos a confinamientos por dos años en la fortaleza de Volterra. Además han sido desterradas al interior del país varias personas por haber tenido alguna participación en el complot; todos los demás acusados y encarcelados han sido puestos en libertad por resultar inocentes, después de haber dado caución digna de garantía".

No se decía nada sobre Maquiavelo, quien había sido encarcelado inmediatamente y sometido a tormento con los demás, para ver si se le podía arrancar alguna información. Su nombre estaba incluido en la lista dada a los Ocho; y los cargos habían sido sostenidos por su constante amistad con Soderini, la que hizo que cayeran sospechas sobre él. Sus protestas de sumisión a los Médicis apenas le valieron de algo; en cambio, cuanto había dicho y escrito contra los acusadores y calumniadores florentinos de Soderini, le había perjudicado seriamente. Si hubiese sido culpable, evidentemente no se habría salvado; pero después de haber pasado varias veces por el potro⁵ y de que sus amigos confesaron, sus jueces estaban convencidos de que no sabía nada, le declararon inocente y lo pusieron en libertad.⁶ Además el Papa, una vez satisfecho su primer anhelo de represalias, se mostró inclinado a la benignidad, tan pronto como se hizo la proclama de su elección. A consecuencia de ello, por decreto del 4 de abril, la Bailía concedió perdón total, no solamente a los sospechosos de complicidad en el complot, sino que levantó la pena de destierro que pesaba sobre la familia Soderini, incluyendo al ex gonfaloniero. Es fácil, sin embargo, comprender que la sospecha, la cárcel y la tortura le debieron producir a Maquiavelo profunda aflicción y agravar no poco las dificultades de su existencia.

El 13 de marzo escribió a Francesco Vettori, embajador en Roma, y al anunciarle su liberación, agregaba que en este asunto todo se había combinado para perjudicarlo. Confiaba, sin embargo, en que no volvería a caer en peligros de la misma clase, "no solamente porque seré más cauto, sino porque los tiempos serán más liberales y menos susceptibles a la sospecha". Después de que Vettori respondió con protestas de amistad y palabras estimulantes, Maquiavelo le escribió de nuevo para decir que había aprendido a enfrentarse a su suerte y que había soportado sus amargas con tal estoicismo, "que estoy realmente contento conmigo mismo y creo que soy más de lo que

siempre creí ser". Incluso entonces, con sus manos destrozadas y doloridas a causa del tormento sufrido, manifestó su deseo y su esperanza de ser empleado por los Médicis. Pero de esta cuestión hablaremos más adelante.

Frente a estos hechos reales y comprobados, desaparecen totalmente todas las teorías fantásticas elaboradas en torno al supuesto de que Maquiavelo conspiró entonces en favor de la libertad y contra la vida de Juliano de Médicis, y tejidas a base del hecho de que sufriese prisión y tortura en aquella causa. Nadie, salvo unos jóvenes inexpertos, habrían soñado en conspirar en un momento en que la ciudad se manifestaba tan bien dispuesta hacia sus nuevos señores y tan orgullosa de ver a uno de ellos en la silla de Pedro. Maquiavelo, por ejemplo, estaba ocupado en buscar el modo de protegerse mejor contra la tormenta y en tejer complicados planes, mediante los cuales y bajo la alta protección de los Médicis, podría conservarse al menos algún fragmento de libertad. Pero ¿qué podemos pensar de los tres sonetos, escritos por él en aquellos días y dedicados, al parecer, a Juliano de Médicis? Dos de ellos, en verdad, parecen haber sido compuestos durante su encarcelamiento y estaban escritos con la intención de conquistar el perdón. En el primero refiere cómo la Musa vino a buscar al poeta y no le reconoció, encontrándole tan tristemente cambiado que lo confundió con un loco, por lo que invocaba el auxilio de Giuliano para que fuera comprobada la identidad del vate. En el segundo describe la prisión en que estuvo arrestado, después de haber sido seis veces tendido en el potro.⁷ El olor era horrible, por los muros "se arrastraban parásitos tan grandes e hinchados que parecían mariposas". Por todas partes se oía un ruido infernal. Este prisionero era encadenado; aquél, liberado de sus hierros; un tercero gritaba que las cuerdas le tenían suspendido.

*Quel che mi fe' piu guerra
fu che, dormendo presso all'aurora,
cantando sentii dire: Per voi s'ora.
Or vadano in malora,
purché vostra pietà ver' me si voglia,
buon padre, e questi rei lacciuol ne scioglia.⁸*

¿Es posible que Maquiavelo, desde su prisión, haya dirigido estos versos a Giuliano? Naturalmente, nos damos cuenta de que en todo momento fué capaz de llevar el sarcasmo y la sátira hasta el cinismo, bromeando incluso sobre las cosas y personas sagradas para él. Ahí está, por ejemplo, su bien conocido epigrama a la muerte de Piero Soderini, a quien, sin embargo, tanto amaba y para el que fué hasta el fin un amigo extraordinariamente fiel:

*La notte che mori Piero Soderini,
l'anima n'andó dell'Inferno alla bocca;
e Pluto le gridó: Anima sciocca,
che Inferno! Va nel Limbo dei bambini.⁹*

Algunos han expresado dudas sobre el origen de estos versos; pero no solamente han sido durante mucho tiempo atribuidos a Maquiavelo y publicados bajo su nombre, sino que incluso su propio nieto, Giuliano dei Ricci, en la *Priorista*, de la que con mucha frecuencia hemos hecho citas, los atribuye a su abuelo, sin expresar la menor duda sobre la cuestión, y excusa al secretario diciendo que los escribió por pura broma poética, ya que siempre tuvo la más sincera estimación por Soderini.¹⁰ El hecho es, con todo, que en los aludidos versos, y dejando a un lado la cuestión de su mal gusto, existe cierto fundamento de verdad; Maquiavelo había censurado la excesiva moderación del gonfaloniero, reprochándole haber confiado a menudo en medidas flojissimas adoptadas incluso en las horas de peligro, y no atreverse a emplear otras vigorosas para protegerse de los enemigos de la República.

Los dos sonetos, sin embargo, constituyen un caso muy distinto. ¿Qué opinión podríamos formarnos de él si realmente hubiese escrito a Giuliano, cuando al oír los cantos funerales que acompañaban a los partidarios de la libertad camino del cadalso, él hubiese exclamado: "Bien, que perezcan, con tal de que Vuestra Magnificencia me perdone"?

Un cinismo tan degradante habría disgustado incluso a Giuliano, quien en sus cartas a Bibbiena habla con cierta admiración de los dos jóvenes condenados a muerte. Tampoco puede suponerse que los numerosos enemigos de Maquiavelo, que acumularon tantas acusaciones falsas y calumniosas sobre él, habrían guardado silencio en circunstancias que evidentemente no le honraban mucho. Además, si se hubiese realmente excedido en tal forma, resulta extraño que no aluda al hecho en sus cartas a Francesco Vettori, a quien contaba con detalle todo cuanto decía y hacía en aquellos días y a quien dirigió el ruego de que intercediese en su favor cerca de los Médicis. Pero estas cartas, por el contrario, tienden a demostrar que por entonces no pidió ayuda a nadie; que soportó el tormento con entereza, y que evidentemente no estaba en relaciones con Giuliano como para atreverse a dirigirle versos burlescos con la esperanza de obtener su favor. Tanto a Francesco como a Paolo Vettori debió su rápida liberación de la cárcel; pero aunque hubiese descendido tanto hasta mofarse de sus compañeros de agonía, ¿cómo podemos creer que se hundiera en la impudicia y el cinismo de afirmar, en cartas dirigidas a un amigo de los Médicis, que había soportado las pruebas a que estuvo sometido con tal entereza que había ganado considerablemente en su propia estimación?

Además, es sospechoso que los dos sonetos hayan permanecido totalmente desconocidos hasta el principio de este siglo. Ricci, que tan diligentemente recogió y transcribió todo lo relativo a las obras de su abuelo, no hace mención de ellos. Se encontró por primera vez la referencia a los mismos en una novela de Rosini escrita en 1828, y nuevamente, poco después, en una biografía de Maquiavelo debida al escritor francés Artaud y publicada en París en 1833. Ambos autores

explican que habían recibido copias del señor Aiazzi, de Florencia, quien, a su vez, había descubierto los originales manuscritos de Maquiavelo en dos folios de papel colocados como registros en un libro, y que por ello permanecieron olvidados durante siglos. Aiazzi, aunque había editado con frecuencia manuscritos antiguos, no dió estos sonetos a la publicidad, ni escribió nada sobre ellos; simplemente se dedicó a hacer copias para sus amigos y vendió los originales a un inglés. Todo ello, insistimos, nos parece muy extraño, tan extraño, en verdad, que hace dudar de la autenticidad de los sonetos. Sin embargo, tanto Rosini como Artaud aseguran que son auténticos, y lo mismo dice Tommaso Gelli, antiguo bibliotecario de la Magliabecchiana, quien asegura que él mismo ha visto los originales, autógrafos.¹¹ Además de esto, la forma de los sonetos, su dicción y estilo, fué juzgada por todos como prueba definitiva de que el autor de los mismos era Maquiavelo.¹² Es posible poner en duda el valor de ciertas expresiones,¹³ pero no existe razón alguna real e intrínseca para rechazar su autenticidad. La conclusión a que nosotros hemos llegado es la siguiente: Que los sonetos en cuestión no son peticiones de perdón y que nunca fueron enviados a Giuliano, sino que, por el contrario, fueron escritos por puro pasatiempo, como un estallido caprichoso, irónico e incluso cínico de Maquiavelo en uno de sus momentos de mal humor. Así se explica que los escribiera con exageraciones cómicas; que él mismo intencionalmente se haga aparecer peor de lo que en realidad era, y más tarde se olvidase completamente de ellos, sin prever que después de muchos siglos pudieran ser desenterrados, y que él mismo tendría que responder ante la posteridad de palabras posiblemente usadas por exigencias del ritmo y nada más. En resumen, los dos sonetos han de ser considerados más bien como bagatelas humorísticas, como lo demuestra un tercer soneto descubierto y publicado posteriormente por Trucci, en 1847.¹⁴ En este soneto Maquiavelo envía a Giuliano, a guisa de regalo, unos tordos, rogándole que los dé a sus enemigos en pequeños bocados, para que cesen de morderle a él (Maquiavelo) con tanta ferocidad. Si se cree que los tordos son flacos —bromea— diré que también lo estoy yo “y sin embargo sacan de mí buenos bocados”.

E spiccan pur di me de' buoni bocconi.

Ahora bien, no es verosímil que Maquiavelo haya enviado efectivamente dichos pájaros a Giuliano. Resulta claro, en cambio, que en un acceso de mal humor, él, que no solamente era ajeno a la conspiración, sino que tenía demasiada experiencia para saber que la misma no podría conducir a resultados positivos, descargó su bilis contra su destino adverso y contra el hombre ligero que le había expuesto a pruebas tan amargas. Al obrar así sobrepasó todos los límites, y sus sarcasmos llegaron al máximo; pero esto le sucedió más de una vez en su vida y sus escritos contienen muchos otros ejemplos. En conclusión, todo ello no justifica en modo alguno la sospecha de que fuese

un cobarde degradado en un momento en que, por el contrario, Maquiavelo había dado pruebas de indudable valor.

NOTAS AL CAPITULO XIV

1. Carta de Bernardo de Bibbiena a su hermano Piero, en Venecia, fechada en Roma el 6 de septiembre de 1512. Figura en los *Diarii* de Marin Sanuto y nosotros la incluimos en el apéndice (II) de la edición italiana, documento XIII, porque no solamente describe la situación de la ciudad en aquellos días, sino que incluso habla ya de las negociaciones matrimoniales iniciadas por los Médicis para casar a Giuliano con una sobrina del gonfaloniero Soderini. Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez y las negociaciones quedaron interrumpidas, pero, como se verá más tarde, se reanudaron después en otra forma.

2. Muchos creyeron que esta carta habría sido dirigida a Catalina Sforza, pero ésta ya no vivía entonces; otras personas, y entre ellas Giuliano dei Ricci, que estaba en condiciones de saber la verdad, declaran que fué dirigida a Alfonsina Orsini. Sin embargo, existe mucha incertidumbre sobre este punto, porque no es fácil comprender cómo la viuda de Piero de Médicis pudo desear que Maquiavelo le refiriese los episodios de que en aquellos mismos días fueron protagonistas los propios amigos y parientes de la dama: hay además algunas expresiones en la carta que provocan dudas. Lo más probable es que la carta fuera dirigida a Clarisa, hija de Piero dei Medici y esposa de Filippo Strozzi, fallecida en 1528.

3. Esta epístola fué dada por primera vez a la publicidad por el señor Cesari Guasti, con ocasión del matrimonio Bongi-Ranali, bajo el título de *Ricordo di Niccolò Machiavelli ai palleschi del 1512*, Prato, imprenta Guasti, 1868. El original manuscrito está en los Archivos de Florencia y empieza con estas palabras: "Notate bene questo scripto".

4. El 20 de noviembre Piero Guicciardini escribió a su hijo Francesco, que estaba en España, lo siguiente: "El señor ha despedido a Maquiavelo y a Biagio y ha puesto a Niccolò Michelozzi en lugar de Maquiavelo, para el despacho de correspondencia, porque ya no se habla en la actualidad de batallones y todos sus comisarios han sido despedidos. Messer Marcello conserva su puesto". (Guicciardini, *Opere Inedite*, vol. VI, pág. 155.)

5. El *Priorista* de Ricci (Distrito Santo Spirito, folio 270) se refiere a que sufrió cuatro veces el tormento; mientras en otra parte, como veremos después, dice que fueron seis las veces.

6. El 26 de junio de 1513, Maquiavelo escribió a su pariente, Giovanni Vernaccia, en Pera, diciéndole que no se asombrase porque no hubiese oído hablar de él durante tanto tiempo. "Antes bien es milagroso que yo viva aún, porque he sido privado de mi cargo y estuve a punto de perder la vida, que Dios y mi inocencia me han conservado". (*Opere*, vol. VIII, pág. 59.)

7. Ricci, como hemos visto, habla de cuatro veces solamente; Maquiavelo, por otra parte, afirma que fueron seis. Puede advertirse, sin embargo, que no podemos considerar estos sonetos como documentos históricos indudables.

8. Estos versos, en traducción libre, dicen:

Lo que más daño me hizo
fué que, cuando dormitaba cerca del alba,
oí una voz que cantaba: Están rezando por ti
Ahora, que perezca todo,
si vuestra clemencia me protege,
padre mío, y me libera de estas cadenas criminales.

9. Traducción libre:

La noche en que Piero Soderini dejó de respirar,
su alma llegó a la puerta del Infierno;

pero Plutón gritó: "¡Oh alma estúpida,
el Infierno no es para tí! ¡Vete al Limbo de los niños!"

10. "Maquiavelo escribió este epitafio en estilo poético, puesto que siempre que hablaba seriamente, y no en broma, de Soderini, lo alabó y le manifestó gran estimación." *Priorista de Ricci*, Distrito Santo Spirito, folio 237.

11. Hay un folleto en la base de la caja VI que contiene un folio, con dos sonetos y la declaración de Gelli afirmando que son copias de un manuscrito autógrafo vendido a un tal Mr. Clinton o Clarton (la escritura se lee con dificultad), por la suma de 34 piastras.

12. Éste es también el veredicto dado por el profesor G. Garducci, contestando a nuestras preguntas.

13. Por ejemplo, hemos visto que, según los sonetos, Maquiavelo sufrió seis veces tormento, en tanto que, según la prueba aportada por el *Priorista* de su nieto Ricci, el número se limitó a cuatro. Hay además alguna exageración en el relato de los horrores de la cárcel y de las cadenas chirriantes que arrastraban Maquiavelo y sus compañeros de prisión, cosas que no se mencionan en las cartas escritas a Vettori. Todo esto, sin embargo, no demuestra nada. Se trata de cuestiones de escasa monta. Es seguro que los prisioneros estaban encadenados, del mismo modo que es posible que Ricci no supiese la intensidad precisa del tormento a que fue sometido su abuelo.

14. Trucchi, *Poesie Inedite di dugento autori*, 4 vols., Prato, Guasti, 1846 y 1847, vol. II, pág. 175. "Este soneto, dice Trucchi, ha sido extraído de un códice luqués, transcrito a mano por el muy culto canónigo Biscioni, que lo encontró en el Códice de Redi" (Ibid., pág. 274).

CAPITULO XV

EL GOBIERNO DE LOS MÉDICIS EN FLORENCIA. DIFICULTADES DE MAQUIAVELO. SU CORRESPONDENCIA CON FRANCESCO VETTORI.

(1513-1514)

La buena suerte de los Médicis progresaba con asombrosa rapidez, no sólo en Florencia, sino en toda Italia. De todas partes de Europa los hombres cultos se apresuraban a ir a Roma para esperar la llegada del nuevo Papa en cuya figura consagraban la esperanza de un retorno de la Edad de Oro. El Papa eligió inmediatamente dos secretarios *literati* muy famosos: Bembo y Sadoletto. Sus primeros actos anunciaron, en efecto, la llegada de una época de tolerancia y de paz. En Florencia, como hemos visto, los arrestados por sospechosos de participar en la conjura contra los Médicis fueron puestos en libertad por orden expresa del Papa. El pacto establecido con los Soderini para el matrimonio de la hija de Gian Vittorio con Lorenzo de Médicis no pudo llevarse a cabo a causa de la vigorosa oposición de la madre de Lorenzo, Alfonsina. Sin embargo, el Papa pensaba haber arreglado bien las cosas para transferir la novia al hijo de su hermana, Luigi Ridolfi. Esta alianza no servía para la realización de sus propósitos pacíficos, como él mismo lo advirtió cuando era demasiado tarde; pero por el momento las cosas se desarrollaban de modo apacible y al parecer todo el mundo estaba contento. El ex gonfaloniero estableció su residencia en Roma y sus parientes regresaron del destierro. Los cardenales de Saint Malô, Santa Croce y San Severino fueron repuestos en sus dignidades y honores. Junto a los dos oradores, Jacobo Salviati y Francisco Vettori, ya establecidos en Roma, Florencia envió una embajada especial de doce ciudadanos para ofrecer al nuevo Papa sus parabienes. El número de florentinos que llegaba diariamente por su propia cuenta a presentar albricias o pedir favores siguió multiplicándose hasta tal punto que, molesto, León X opinó un día que en toda aquella multitud solamente había descubierto dos hombres: Soderini, extraordinariamente inteligente, y un tal Carafulla, extraordinariamente necio; ambos habían acudido a él para pedirle algo en relación con la ciudad, no para ellos mismos.

Ultimamente Lorenzo había regresado de Roma en compañía de Jacobo Salviati ciudadano muy poderoso que había sido enviado con

Vettori, como embajador ante el Papa, para gestionar que trasladase a Lorenzo de Florencia, donde comenzaba a ser considerado como demasiado amigo de las instituciones personales. Pero nadie se atrevió a negarle permiso a Lorenzo para regresar, después de que declaró resueltamente que no estaría lejos mucho tiempo. En esta ocasión el Papa creyó necesario darle algunas instrucciones por escrito sobre la forma de gobernar prudentemente la ciudad.

El resultado final de sus agudos consejos fué que Lorenzo se vió obligado a restablecer las cosas tal como estaban antes de 1494; es decir, con toda la apariencia de instituciones republicanas transitorias y con una Bailía que le permitiese obtener la elección de los magistrados que él quisiera. Por el momento, el cambio de candidatos era general, y habría sido inoportuno renovarlos. El Consejo de los Setenta se restauró, en la forma en que había sido establecido originalmente en 1482 por Lorenzo el Magnífico. Asimismo, el antiguo Consejo de los Ciento, renovable cada medio año y que tenía autoridad para decretar impuestos e incluso para aprobar leyes de mayor importancia, asuntos que antes requerían la aprobación indispensable de los Setenta. Además, para dar satisfacción a las ambiciones de la gente, se eligieron por votación consejos eventuales de carácter popular y comunal, con la facultad de resolver las peticiones de los individuos particulares, siempre, sin embargo, que hubiesen sido discutidas en el Consejo de los Setenta. Para simular un completo renacimiento de las instituciones anteriores a 1494, el Consejo de los Diez para la guerra fué sustituido por los Ocho de Pratica. En realidad, todas estas instituciones eran ahora, como bajo los antiguos Médicis, simples entelequias. El Gobierno en su conjunto estaba a cargo de la Bailía y de los Setenta.

Sin embargo, era difícil navegar entre tanto escollo y se necesitaba la máxima cautela. Y esto era así con mayor motivo porque el cardenal Giovanni era Papa y ninguno de los Médicis que quedaban en Florencia poseía suficiente autoridad personal para imponerse decisivamente sobre aquella situación azarosa e insegura; lo peor del caso era que no tenían interés en ello. El arzobispo Giulio no pensaba sino en lograr progresos en su carrera eclesiástica, e incluso soñaba con la tiara papal que con el tiempo llegó a ceñir. Giuliano perseguía grandes y nuevos designios, y sus cortesanos discutían la posibilidad de que llegara a ser rey de Nápoles como resultado de las complicaciones políticas que estaban a la vista. Quedaba Lorenzo, a la sazón muy joven y de carácter caprichoso, pero, como hemos hecho notar, se sentía asimismo fatigado de hallarse en Florencia. Por una parte el Papa le aconsejaba prudencia y sagacidad y por otra, tan pronto como manifestó deseos de actuar como señor absoluto, recibió advertencias de diversas fuentes, especialmente de Jacobo Salviati, en el sentido de que debería tener mucho cuidado, puesto que aquella no era la mejor forma para conservar mucho tiempo el poder como supremo funcionario público.

Este estado de cosas se adaptaba bien a las esperanzas de Maquiavelo, quien se puso a trabajar inteligentemente. Era evidente que los Médicis, voluntariamente o no, estaban obligados a aceptar el poder como una forma de protectorado de la República, y así tratar de satisfacer las aspiraciones de los ciudadanos. Maquiavelo pensó que sería fácil forjar nuevas combinaciones, por medio de las cuales, mientras satisfacía la ambición de los *Señores*, sería posible conservar para el futuro las libertades esenciales. ¿No podía la maravillosa buena suerte del Papa proporcionar la ocasión de poner en orden los asuntos de Italia en forma permanente? Maquiavelo se creía calificado para ofrecer muchos y excelentes consejos, y le contrariaba la idea de que nadie pensase todavía en acudir a quien, por su trabajo con Soderini, había demostrado su capacidad de ser útil y digno de confianza. Pero justamente por haber sido el factótum del Gobierno caído, no era probable que fuese buscado y aceptado por los mismos hombres que habían derribado a Soderini. Ellos podrían desear reconciliarse con la familia poderosa del gonfaloniero, uno de cuyos miembros era purpurado, pero no había razones para que experimentaran temor, o tuvieran contemplaciones hacia un simple secretario. El círculo de los amigos de Maquiavelo disminuía rápidamente; pronto se encontró abandonado y reducido a vegetar en la inactividad y la pobreza. No puede decirse que estuviese exactamente en la miseria; pero su modesta herencia paterna, de la que en 1511, y mediante un convenio con su hermano Toto, había entrado en posesión, no le fué cedida sin compensaciones, aparte de que estaba cargada de deudas. Encontramos un recibo fechado en 1513¹ del pago de una suma de 1,000 florines, hecho en varios plazos en su nombre y en el de su hermano Toto. En resumen, sus bienes le permitían medios apenas suficientes para la satisfacción de las necesidades de una familia que estaba aumentando. En aquella época tenía esposa, una hija y tres hijos, y en septiembre de 1514 le nació otro hijo varón. Su nieto Giuliano de Ricci dijo de él que era un "pobre hombre cargado de hijos".

Acostumbrado a gastar sin limitaciones, la pérdida repentina de su salario y las fuertes sumas que tuvo que pagar casi al mismo tiempo, le obligaban a calcular al céntimo; soportó muchas privaciones y algunas veces llegó a carecer de lo más necesario para la vida. Esta situación le resultaba insoportable; pero todavía tenía que ser más dura para un hombre de un temperamento tan activo como el suyo la forzada inactividad a que estaba condenado. No ejercía la profesión ni hacia vida de hombre culto; le faltaba la noble energía, la fuerza moral que fortalece la resistencia del hombre ante los golpes aciagos de la adversidad. Su situación era realmente penosa; luchaba contra la desventura, y en vano buscaba un cargo que le produjese salario y ocupación. Tuvo noticias remotas de los grandes acontecimientos que se desarrollaban en Italia y en su mente se agitaron reflexiones audaces, singulares y profundas sobre lo que se estaba haciendo y sobre lo que podrían hacer los hombres de Estado geniales. Pero como todo eran vanas especulaciones, no tardó en quedar sumido en

la angustia de la soledad y del fracaso. Como reacción, entregóse a los placeres sensuales; se burlaba de todo y de todos; es decir, se refugiaba en su picante y mordiente capacidad satírica, para amortiguar los dolores de su humillación. Escribió versos cargados de cinismo y de glacial ironía; proyectó comedias indecentes. Después, súbitamente, volvió su atención hacia los poetas y los historiadores de la antigüedad; fué de una parte a otra, libro en mano, meditando sobre el pasado y el presente, en los solitarios bosques de su finca de San Casciano, que era su lugar de retiro. Después de aquellas correrías se encerró en su estudio y, olvidando sus tribulaciones, redactó algunas de las páginas de ciencia política que han consagrado su nombre a través de los siglos. Pero nuevamente los ecos de los acontecimientos exteriores llamaron su atención, y una vez más, excitáronse sus deseos y esperanzas de días mejores y de actividad práctica. Así su vida se arrastraba entre sentimientos alternos. Por aquella época, Maquiavelo tuvo la suerte de encontrar a un amigo, mejor podríamos decir a un confidente, a quien poder revelar sus ideas. Desde este momento, encontramos en las cartas de Maquiavelo una exposición exacta, fiel y elocuente de sus experiencias mentales. Ciertamente, dichas cartas son documentos de gran importancia en la literatura del siglo XVI, puesto que constituyen el primer ejemplo de análisis psicológico, íntimo y detallado; son casi una confesión y un examen de conciencia llevado a cabo recíprocamente entre los dos amigos. El confidente de Maquiavelo se vió impulsado en la misma dirección que éste, hasta tal punto, que salvo el estilo, las cartas de uno pueden confundirse con las del otro.² Ahora bien, en la correspondencia de Guicciardini y de los demás contemporáneos, sólo descubrimos el estado mental del escritor como a través de un espeso velo. Era que todos aquellos hombres se limitaban a describir y a analizar lo que hacían, nunca lo que sentían. Maquiavelo reveló ser un hombre de personalidad independiente y vigorosa que experimentaba la viva necesidad de abrir su alma; por consiguiente, las pocas veces que habló de sí mismo en sus cartas, nos permiten conocer la primera manifestación realmente clara del espíritu moderno. Es sumamente extraño advertir que en aquellas explosiones confidenciales no hace la más ligera alusión a su esposa ni a sus hijos. Este silencio fué el único vínculo de unión entre él y su época, porque en aquellos días los escritores nunca daban acceso a sus lectores hasta el recinto íntimo de sus emociones privadas.

El confidente de Maquiavelo era, como sabemos, el embajador Francesco Vettori, que aunque quedó solo en Roma después de la partida de Salviati, tenía muy pocos asuntos de que ocuparse, puesto que el Papa mismo asumió la dirección del gobierno de Florencia. Así pasaba su tiempo dirigiendo despachos a la Señoría y a los Ocho de Pratica, o tratando de conquistar el patronazgo de los Médicis para sí y para sus amigos, entre los que incluía a Maquiavelo, pero sin preocuparse de estas cosas en demasía ni poner en peligro sus propios intereses. Hombre culto, de talento, y con hábitos evidentemente disolutos, consagraba por entonces sus ratos de ocio en parte al estudio

de los clásicos y en parte a los placeres de la carne, aunque ya no era joven y tenía esposa e hijas casaderas. Ni siquiera la dignidad de su cargo representaba un freno para él, pues se deleitaba en hablar y escribir de los temas más inverosímiles. Lo que principalmente le ligaba a Maquiavelo, además de sus afinidades íntimas, era su alta estimación por la inteligencia del ex secretario, y en consecuencia, le placía conocer las opiniones de éste sobre los grandes acontecimientos que se producían cada día o que eran previsibles para un futuro inmediato. Maquiavelo, que siempre estaba dispuesto a discutir sobre cuestiones políticas, le contestaba extensamente, ya fuese para matar el tiempo o por conquistar la estimación y la buena voluntad de un amigo de quien esperaba recibir ayuda.

Tal fué el origen de esta correspondencia que especialmente en los años 1513 y 1514 se cruzó sin interrupción. Sus temas predilectos eran, en primer término, los referentes a la política del día; después, eventualmente, Maquiavelo expresaba su ilusión de obtener empleo y hacía referencia a los esfuerzos de Vettori en favor suyo; en último término aparecen las confidencias sobre asuntos amorosos. Evidentemente estas confidencias son con demasiada frecuencia de carácter tan indecoroso que provocan disgusto y repugnancia. Sin embargo, debe recordarse que era precisamente en estas cuestiones donde radican las características diferenciales más acusadas de aquella época respecto a la nuestra. En nuestros días se hacen muchas cosas que no se mencionan jamás, en tanto que en aquella época los hombres hablaban sin freno incluso de cosas que no sucedieron nunca. La conversación, o el cambio de correspondencia, sobre los temas más escandalosos, especialmente entre hombres como Vettori y Maquiavelo, que habían pasado su juventud y se habían formado entre personas cultas, era algo así como un pasatiempo literario, una imitación de lo antiguo. Giuliano dei Ricci, persona honorable, que vivió en época posterior, y a cuya diligencia debemos muchas de las cartas, estableció, después de transcribirlas, que con este trabajo no se proponía otra cosa que expresar su "gratitud al recuerdo de aquellos dos hombres excelentes, parientes míos".

Después de leer estas cartas con toda atención y de comparar las de Maquiavelo con las de Vettori, ya sean publicadas o inéditas, llegamos a la conclusión de que el último es sumamente preciso y minucioso al describir incidentes que realmente le sucedieron, con franqueza cínica que no deja lugar a dudas. Maquiavelo, por el contrario, ya sea por capricho de su fantasía o por imitar a su amigo, exageraba notablemente hechos que sólo fueron ciertos en parte. En cuantas ocasiones ha sido posible seguir con cierta regularidad el desarrollo de sus pretendidas aventuras de amor, lo hemos visto quedar reducido a proporciones muy modestas y casi desvanecerse en la nada, resultando en definitiva ser mucho más inocente que lo que parecía a primera vista. Sin embargo, había en sus anécdotas lúbricas alguna base de verdad, puesto que no era, ni pretendía ser, hombre casto. Durante aquella fase histórica, fatal para Italia, muchos trataron de ahogar en

la oía de los placeres las angustias de sus esperanzas frustradas y de sus ilusiones desvanecidas, junto con sus presentimientos amargos. No puede negarse que más de una vez Maquiavelo buscó alivio en una vida que le rebajaba ante sí mismo y que inevitablemente le degradaba ante nosotros.

La citada correspondencia empieza el 13 de marzo de 1513, con una carta en la que Maquiavelo le cuenta a Vettori su salida de la cárcel; inmediatamente después, resintiendo todavía las cicatrices del tormento a que fué sometido, agrega: "Intenta, si es hacedero, que nuestro señor me tenga presente en su memoria; para que, en la medida de lo posible, pueda yo empezar a serle útil en alguna forma, sea personalmente a él o a su familia, puesto que esto serviría para acreditarle al mismo tiempo que a mí me haría un bien. Cinco días más tarde, después de agradecer a su amigo la buena disposición que le manifestó en los días del encarcelamiento y decirle que debía su vida al Magnífico Giuliano y a Paolo Vettori, invoca nuevamente su amable intervención, para que "aquellos señores míos no me dejen abandonado. Y si no puede hacerse nada, viviré como vine al mundo, porque nací pobre y conocí la necesidad antes de disfrutar de la alegría". Mientras tanto cultivaba sus relaciones amistosas e iba de una mujer a otra; "y así vamos ganando tiempo en medio de esta felicidad universal, y gozando lo que nos queda de esta vida que parece un sueño". Vettori, al contestarle, sin darle ninguna esperanza definida, lo invitaba a su casa de Roma, "donde pensaremos en todos los medios posibles para lograr algo; y además, cerca de mi casa hay una moza que nos ayudará a pasar el tiempo". Pero, sin embargo, por mucho que Maquiavelo se esforzó por conservar su entereza y estar a tono con las bromas de su amigo, no pudo ocultar su aflicción. Las noticias del fracaso de las negociaciones iniciadas "le produjeron más terror que el potro"... "Por otra parte —agregaba—, si no somos capaces de arrollar, seremos arrollados y ello no me preocupará en lo absoluto". Apenas Giuliano llegó a Roma, Maquiavelo apeló nuevamente a Vettori para que hiciera en el acto todo cuanto pudiera en su favor. "Es una oportunidad excelente, y si las cosas se manejan con inteligencia tengo la seguridad que obtendré algún empleo, si no en Florencia, al menos al servicio de Roma y del papado, para el que seguramente soy menos sospechoso". En la misma carta hace una descripción muy amplia de la persona respetable en cuya compañía vivía y con la que solía encontrarse en la tienda de Donato del Corno, a quien dibuja en términos tales que parece indicar que el hombre en cuestión fuese dueño de una casa de vicio. Pero de pronto rompe todos los frenos y exclama presa de la desesperación:

*Pero se alcuna volta io rido e canto,
facciol, perhè non ho se non quest'una
via da sfogare il mio angoscioso pianto.³*

Y después, una vez más, cambia de tema.

Aquí, sin embargo, puede advertirse que seguramente hay mucha exageración, incluso en su forma de hablar de Donato del Corno y de su tienda. Ricci simplemente nos dice que era "un hombre complaciente y acomodado, cuya tienda era el lugar de reunión de muchas personas, y particularmente de Nicolás Maquiavelo, con quien tenía gran amistad". Este Donato debe haber sido realmente un hombre rico y con cierta ambición, puesto que pudo hacerle un préstamo de 500 ducados a Juliano de Médicis cuando éste vino por primera vez a Florencia. Después, a través de Maquiavelo, acudió a Vettori para que éste ofreciese cien ducados a cualquiera que trabajase la elección de Donato como miembro de la Señoría. Vettori no pudo lograr nada, pero Donato del Corno fué elegido en 1522, "tal vez —observa Ricci— con dificultades y gastos menores". Ahora bien, aunque todo esto puede demostrar que aquel hombre era un intrigante, es claro que para llegar a ser miembro de la Señoría tenía que haber sido un individuo de cierta importancia, y es imposible, por lo tanto, que su tienda haya sido una casa de mala nota.

Desde el mes de abril casi hasta el fin de aquel año las cartas de Maquiavelo adoptan un tono mucho más grave, porque los temas que tratan entonces se refieren principalmente a la política. Durante aquellos meses estaba totalmente absorbido por el estudio, y, como podremos observar, compuso *El príncipe*, además de trabajar en sus *Discorsi*. Entretanto no prestaba atención a Vettori, que siempre estaba incitándole con narraciones indecentes o cómicas. El 23 de noviembre, el embajador, después de describir su vida en Roma, apremió a Maquiavelo para que fuera a verle allí. "He formado una colección de obras históricas de Livio, Floro, Tácito, Suetonio y otros, con los que paso el tiempo; y cuando considero la calidad de los emperadores a los que esta desgraciada Roma que conmovió al mundo tuvo que someterse, no me sorprende que esta misma ciudad haya tolerado a papas como los dos últimos. Tengo nueve servidores y veo a muy poca gente; escribo alguna carta de cuando en cuando a los Diez⁴ especialmente para que no se olviden de mí, porque no tengo a la vista ningún trabajo que me permita vivir después. Durante el verano llevé una vida sumamente austera, con temor siempre vivo de ser visitado por la fiebre; sin embargo, siempre tuve algunas mujeres cerca de mí. Esta es la vida que te invito a compartir conmigo. No tendrías nada que hacer, salvo preocuparte de ti mismo y divertirme". Maquiavelo no parece que prestase mucha atención a aquellas ofertas en aquel momento; pero Vettori volvió a la carga, y el 24 de diciembre le hace un largo relato de sus aventuras amorosas y de las intrigas y escenas que han tenido lugar en su casa. Indudablemente, él las encuentra muy divertidas, aunque parece estar algo avergonzado de ellas, por considerarlas indignas de un hombre de su edad y de su posición; escribe ahora en el tono de quien acude a un amigo en busca de consejo. Maquiavelo, después de verse apremiado en varias formas, se resolvió a contestar, y en dos cartas del 5 de enero y del 4 de febrero, se le va la pluma.

Sería absolutamente imposible repetir sus palabras, porque al referirse a las escenas descritas por Vettori, las reproduce en su caletre, comunica vida y acción a los personajes y pone discursos en boca de todos ellos, con una *vis cómica* enteramente digna de Boccaccio, a quien a veces sobrepasa. Terminaba diciendo: "Y puesto que acudes a mí en busca de consejo, considerándome conocedor de las mujeres y de las punzadas del arte de amor, te aconsejaría que te entregases a él sin freno, sin preocuparte de lo que puedan decir las gentes; esto lo hice yo también, porque he ido en pos de amor por montes y valles, por bosques y campos, y he advertido que en esta forma Eros me acarició más que si hubiera huído de él. Las cartas continúan en este mismo tono.

Pero las dificultades pecuniarias que pesaban sobre Maquiavelo aniquilaban todo deseo de alegría: "Los funcionarios del *Monte* me han citado para que acuda a pagar impuestos por la cantidad de nueve florines de *Decima* y cuatro y medio de *Arbitrio*. Estoy haciendo la lucha para salir del paso como me sea posible, y si tú pudieses escribir una carta certificando la imposibilidad en que me encuentro de pagar esta cantidad, dejaría el asunto en tus manos". Accediendo a esta petición, Vettori formuló en favor de su amigo una declaración en la que hacía constar que éste era "pobre y honrado, y que todo cuanto pueda decirse en contrario es falso, como estoy en situación de afirmar. El y yo nos hemos comportado en tal forma, que hemos experimentado grandes dificultades, sin jamás percibir un céntimo. Sobre él pesan grandes obligaciones con escasos ingresos; en la actualidad carece de dinero y está cargado de hijos". Pero su situación no mejoró, porque el 10 de junio del mismo año Maquiavelo escribió desesperado a Vettori: "Así, entonces, tendré que cubrirme de harapos, sin encontrar a nadie que piense en mis servicios o que crea que puedo servir para algo. Es imposible poder seguir así más tiempo, porque estoy agotado, y presiento que me veré obligado, si Dios no me ayuda, a trabajar como pedagogo, a retirarme a algún lugar apartado para enseñar a los niños a leer y a escribir, tras abandonar a mi propia familia como si estuviera muerto; porque ella lo pasaría mejor sin mí, puesto que solamente soy una carga para ella, estando como estoy acostumbrado a gastar, y no sabiendo vivir sin hacer gastos. En fin, confío en que no volveré a escribirte sobre este tema, el más odioso de todos". Sin embargo, nuevamente volvió sobre el mismo, y volvió a recurrir, para amenizarlo, a sus aventuras amorosas. Pero dejando ahora asuntos tan ingratos, podemos referirnos al principal argumento de aquellas cartas, el que se refiere a las observaciones e ideas sobre los acontecimientos políticos del día que estaban en labios de todo el mundo y que debemos analizar en una rápida ojeada para la mejor apreciación del sentimiento con que los comentaban los dos amigos.

Después de la muerte de la reina Isabel, Fernando el Católico se encontró en situación un tanto difícil en España, donde no podía conservar el orden sino acudiendo a medios violentos; tenía que en-

viar, además, a sus súbditos a expediciones extranjeras. Recientemente había asestado contra el reino de Navarra uno de sus golpes fuertes y audaces. Aprovechando la llegada de 10,000 soldados ingleses, que fueron a unirsele para la guerra con Francia, pidió derecho de paso por Navarra y la posesión temporal de los fortalezas. Ante la negativa que obtuvo por tan extraña petición, ocupó todo el país. Los ingleses se retiraron sumamente irritados, y los franceses, aunque desearan de tomar venganza contra el príncipe derrotado, terminaron también por retirarse. En abril de 1513 Francia firmaba una tregua con España, solamente válida para los países situados al otro lado de los Alpes, y por el término de un año; pero después la renovaron para los doce meses siguientes. Nadie parecía comprender la finalidad de esta tregua, que no satisfizo a nadie en Italia.

Fué entonces cuando León X se zambulló de lleno en las intrigas políticas y empezó a revelar su verdadero carácter. Elegido Papa cuando apenas tenía treinta y siete años de edad, sus maneras afables y la reputación de bondad e inteligencia que supo conquistar habían inspirado a todo el mundo una gran confianza en él. Pero cuando se le vió crear de golpe cuatro nuevos cardenales y aumentar el número de ellos a más de treinta; cuando empezó a desarrollar una política vacilante y de mala fe con todos, incluso sin motivos particulares para ello, entonces la opinión general inició un cambio. El Papa hizo una liga contra España con Inglaterra y Francia; de esta última obtuvo la mano de Filiberta de Saboya para Giuliano dei Medici, que después llegó a ser duque de Nemours. Al mismo tiempo, preparaba secretamente otra liga contra Francia, y para inducir a Venecia a que se uniese a él, envió al cardenal Bembo con una misión ante la República.

Puede decirse que los acontecimientos que acabamos de mencionar eran capaces de trastornar a cualquiera. Vettori y Maquiavelo los seguían en sus cartas paso a paso y los examinaban detalladamente. Vettori escribió que nunca volvería a discutir de asuntos políticos, viendo cómo todo gobierno era más bien producto de la casualidad que de la razón. A esto contestó Maquiavelo el 9 de abril de 1513 lo siguiente: "Yo experimenté el mismo sentimiento; pero si pudiese hablar contigo, no haría otra cosa que llenar tu cabeza de castillos en el aire, puesto que el destino ha querido que, incapaz de hablar de la manufactura de la seda, o de la lana, o de ganancias y pérdidas, deba callarme y hablar de asuntos políticos". Pero sobre todo, lo que más excitaba la tendencia a especular de Vettori eran las noticias de la inesperada tregua entre España y Francia, sobre la cual escribió que una mañana se había quedado dos horas más que de ordinario en la cama, conjeturando en vano sobre las razones por las que España había sido inducida a firmar tal tregua. Después expresaba sus propias dudas a Maquiavelo y le pedía su opinión, "puesto que, para decirte la verdad, y sin adulación, te encuentro más fuerte en estos asuntos que cualquiera de los hombres con quienes he hablado de ellos. Si la tregua es una realidad, debemos decir que

el rey de España está lejos de ser el hombre inteligente que todo el mundo cree, o que se está fraguando algo malo, y que España y Francia van a repartirse nuestra pobre Italia. Cuanto más medito sobre este embrollo, me siento menos capaz de comprenderlo. ¡Cómo me gustaría que tú y yo pudiéramos partir del Ponte Vecchio, y por la Via dei Bardi abajo llegar hasta el Castello, platicando sobre este capricho del rey de España! En el mismo momento en que éste ha obtenido ventajas sobre los franceses, los deja en libertad para que lleven adelante la guerra en Italia, de donde desea expulsarlos. Si es que Fernando se halla en situación demasiado débil, lo mejor que podría haber hecho era cederles Milán directamente, más bien que dejarlos que se apoderen de él por su propia cuenta”.

Maquiavelo era de opinión diferente, aunque estaba sumamente complacido por la carta de Vettori y le escribió que ella le había hecho olvidar su propia situación desventurada: “Me parece como si hubiese vuelto a las complicaciones que me costaron tanto esfuerzo inútil y en las que gasté tanto tiempo. Creo que el rey de España siempre ha sido más astuto y afortunado que prudente. Como no estoy dispuesto a dejarme convencer sin razones, y del mismo modo que no puedo tragarme países enteros, así no creo que haya nada oculto en el asunto de la tregua y me inclino a pensar que España tal vez cometió un error, que planteó mal las cosas y que las realizó peor aún.⁸ En el presente caso, podemos encontrar la explicación de la tregua incluso admitiendo que el rey haya actuado inteligentemente. Hizo el convenio porque veía la debilidad de la ayuda de sus aliados, porque su país estaba cansado y agotado y porque sus mejores soldados se hallan en Italia. Mediante la cesión de Milán, habría aumentado notablemente el poder de Francia, que siempre es su enemiga, e irritado todavía más a los aliados. Ahora bien, por medio de la tregua, abre los ojos de éstos, aleja la guerra de sus propias puertas y deja los asuntos de Italia en un estado de confusión y de discordia en el que piensa encontrar algo que liquidar y algún hueso que roer. Tal vez piense que comiendo es cuando se siente la necesidad de beber. Lanzados los confederados a la guerra, este solo hecho bastará si no para impedir la conquista de Milán, al menos para frenar a Francia. A mi juicio, la finalidad que persigue el rey de España es precisamente obligar, por medio de la tregua, a Inglaterra y al emperador a que hagan la guerra en serio, o al menos a que le presten una ayuda eficaz. El ha sido siempre gobernante de estados nuevos y de súbditos ajenos. Ahora bien, uno de los métodos de conservar estos estados, y de ganar las almas dudosas de estos súbditos, o de mantenerlas en la duda, consiste precisamente en inspirar grandes esperanzas en él después de la realización de cada nueva empresa. Tal fué la política del monarca en las campañas de Granada, de Africa y de Nápoles, puesto que su verdadera aspiración nunca estuvo cifrada en tal o cual victoria, sino en el establecimiento de su reputación entre las naciones y en mantener asombradas a las gentes mediante una multiplicidad de hazañas. Por consiguiente, le gustan los

principios audaces, a los que pone fin aprovechando cualquier oportunidad que se presenta en su camino y que la necesidad le impone; y hasta ahora ni la oportunidad ni el valor le han fallado”.

Los acontecimientos demostraron que Maquiavelo tenía razón y que había percibido admirablemente la significación de la tregua concertada por Fernando. Vettori coincidió también rápidamente. Respondió que la carta le había complacido mucho al recibirla y todavía más cuando los acontecimientos posteriores la confirmaron brillantemente.

El 12 de julio nuevamente volvió a ocuparse de política general: “Me gustaría estar contigo, para ver si, coordinando nuestras ideas, podemos ver claro lo que pasa en el mundo, lo que a mi juicio es asunto realmente difícil. El Papa desea sostener la Iglesia sin disminuir sus estados, salvo para engrandecer a sus sobrinos. Y esto se demuestra viendo hasta qué punto se despreocupan de Florencia, lo que es un síntoma de que ambicionan estados más fuertes donde no siempre tengan que pensar en manejar personalmente a los hombres.

La contestación de Maquiavelo a esta carta no ha llegado hasta nosotros; pero ya el 20 de junio había escrito que meditaba sobre la cuestión planteada ante él. “Si yo fuera el Papa —decía— habría hecho un convenio con Francia, España y Venecia, dando a la primera de estas potencias el reino de Nápoles, a la segunda el ducado de Milán y a la tercera Vicenza, Padua y Treviso... Así Milán podría liberarse de un duque impostor y solamente el emperador y los suizos quedarían insatisfechos; pero este temor común de los alemanes sería el cemento que soldaría la unión de los aliados”. Por otra parte, Vettori deseaba que Sforza permaneciese en Milán, para impedir cualquier desarrollo inconveniente del poder de Francia, de quien, a diferencia de Maquiavelo, no era partidario. Tampoco abrigaba el mismo temor que su amigo respecto al poder de los suizos en Milán, porque no esperaba que ellos estableciesen colonias ni hiciesen conquistas a la manera de los romanos: “A ellos les basta saquear en busca de botín, embolsar dinero y volver a sus valles. Si Francia deja Lombardía, veríamos a Italia en paz, y a la muerte del rey católico la corona pasaría a un hijo del rey Federico. Todo se arreglaría según la forma tradicional. En otro caso se corre el riesgo de que, debido a la discordia entre los cristianos, el turco caiga sobre nosotros por tierra y por mar, arranque a estos sacerdotes de su vida holgazana y a otros hombres de sus placeres; y cuanto más pronto suceda esto será tanto mejor, porque no puedes imaginarte de qué mala gana tolero la glotonería de estos curas, y no digo nada del Papa porque si no fuera eclesiástico sería un gran príncipe”.

Vettori contestó a Maquiavelo el 20 de agosto facilitándole un esquema general de la situación, para apoyar nuevamente su propia teoría: “El emperador está, como de costumbre, haciendo cabriolas, de una guerra a otra y de una a otra maquinación; el duque de Milán se deja llevar a donde su accidentada fortuna quiera, y es como nuestros reyes de carnaval, que saben que por la noche deben des-

cender a su antigua condición. Respecto a Francia, yo fui partidario suyo en otro tiempo, creyendo que ella sería útil a Italia y a Florencia, ciudad esta última a la que quiero por encima de toda otra cosa en el mundo, pues amo sus casas, sus murallas, sus leyes, sus costumbres y todo cuanto hay en ella. Los hechos, sin embargo, me han convencido de que el triunfo de Francia sería para nuestro daño, y por consiguiente he cambiado de opinión. Yo no creo como tú que los italianos no puedan ser estimados de más valor que el hierro viejo, ni puedo suponer que los suizos puedan alguna vez llegar a ser lo que fueron los romanos, porque si estudias bien los asuntos políticos y meditas sobre las repúblicas de otros tiempos, nunca encontrarás una situación en que la república, dividida como lo está la de los suizos, sea capaz de lograr algún progreso”.

Pero éste era precisamente el punto en el que Maquiavelo se negaba a ceder, porque estaba lleno de entusiasmo por las repúblicas armadas, y todavía convencido de que la alianza francesa era necesaria para Italia. Incluso tampoco era fácil para él aceptar el juicio de Aristóteles: “Tenemos —escribe el 20 de agosto— un Papa sagaz, que es también prudente y respetado; un emperador inestable y veleidoso; un rey de Francia colérico y tímido; un rey de España mezquino y avaro; los suizos, que son brutales, victoriosos e insolentes; nuestros italianos, que son pobres, ambiciosos y cobardes; en cuanto a los demás potentados no sé nada de ellos. Así es que tomando en consideración todas estas cualidades, junto con las cosas que ahora se fraguan, creo en aquel fraile que dijo *pax, pax et non erit pax*, y advierto que cualquier paz es difícil, la tuya no menos que la mía... Pero dudo que puedas lograr con rapidez algo de este rey de Francia, ni que este rey de Inglaterra sea una gran cosa. No puedo concebir cómo este emperador puede ser tan descuidado, ni el resto de los alemanes tan negligentes que toleren que los suizos alcancen tan elevada reputación. Y cuando veo que las cosas son así, temo formular juicio alguno, porque esto trastorna cualquier idea que pueda formularse”... “Y si dudo —sigue diciendo— de tu juicio respecto a Francia, estoy seguro de que te equivocas al juzgar a los suizos”... “No conozco lo que Aristóteles pueda haber dicho de las repúblicas confederadas; pero pienso antes en aquello que puede razonablemente suceder, en aquello que realmente es y en lo que ha sido, y recuerdo haber leído que los lucumones llegaron a dominar toda Italia hasta el pie de los Alpes y hasta que fueron expulsados de Lombardia por los galos”... “Nadie confía en que los italianos sean capaces de hacer nada, porque tendrían siempre muchos jefes querellándose entre ellos. Por otra parte, pueden hacer mucho menos que los suizos, pues debes comprender que los mejores ejércitos son los de las naciones armadas, a los que sólo pueden oponérsele los ejércitos nacidos. Evidentemente no creo que los suizos puedan fundar un imperio como el que fundaron los romanos, pero sí que pueden llegar a ser los árbitros de Italia, y como esta idea me produce terror me gustaría encontrar remedio. Y si Francia no bastase, no se me ocurre otra

solución y entonces empezaré a llorar contigo nuestra ruina y nuestra esclavitud, cosas que no pueden pasar hoy ni mañana, pero que seguramente se producirán en el curso de nuestra vida; e Italia dará todo al Papa Julio, y a quienes no ponen remedio, si en verdad hubiese aún tiempo para aplicarlo”.

Estas observaciones de Maquiavelo complacieron tanto a Vettori que, aunque era de opinión contraria, le planteó el 3 de diciembre de 1514 ciertas cuestiones de política contemporánea, y al mismo tiempo le dió claramente a entender que confiaba prestarle un servicio exhibiendo sus contestaciones al Papa, o al consejero más íntimo del Papa. “Supongamos —decía— que Francia deseara recuperar la posesión de Milán y que para tal fin se aliase, como el año pasado, con los venecianos, mientras que por otra parte el emperador, España y los suizos se unían entre sí. ¿Cuál es tu opinión sobre lo que el Papa debe hacer en tal caso? Razona y formula tu juicio sobre las diversas soluciones posibles y las consecuencias implícitas en cada una de ellas. Yo sé que tienes tanto talento, que aunque han pasado dos años desde que dejaste de ocuparte de estos asuntos, no creo que hayas olvidado tu profesión”. La contestación de Maquiavelo, que no tiene fecha en las versiones impresas, era la que fácilmente podía esperarse a la vista de sus cartas anteriores: “Dada la situación actual —escribe— creo que Francia puede vencer; ciertamente que su victoria sería indudable, si se uniese a ella el Papa, quien tendría todo que perder y nada que ganar, en caso de que prefiriese aliarse con España y con los suizos. Si esto último fuese notorio, él quedaría a merced de ellos, porque desean gobernar a Italia y podrían, por consiguiente, hacerle su esclavo; por otra parte, podrían tener a los españoles en Nápoles. Si en lugar de ello fueran derrotados, tendrían que irse a Suiza o morir de hambre, o a Alemania para ser la burla de todos, o a España para ser engañados. Si, en conclusión, el Papa se uniese a Francia y esta nación saliese victoriosa, no creo que lo tuviese en rehén puesto que dicha potencia tendría que tomar en cuenta aún a los suizos y a los ingleses todavía alertas y todavía hostiles. E incluso si los franceses perdieran, el Papa podría trasladarse a su país, donde todavía posee una finca y donde han habitado otros papas antes que él. Permanecer neutral en todo caso sería sumamente grave, puesto que se colocaría a merced de cualquiera de los vencedores”.⁸ A esta carta Maquiavelo agregó otra el 20 de diciembre en la que trató de elucidar diversos puntos, y el mismo día envió una tercera, casi una posdata, a fin de mencionar que aquél era tal vez un momento adecuado para procurar obtener para él algún puesto al servicio del Papa, fuese en Florencia o en otra parte. Las dos primeras cartas fueron mostradas por Vettori al Papa y a los cardenales de Médicis y Bibbiena, todos los cuales manifestaron admiración por su contenido, pero no produjeron otros resultados.

Sin embargo, esto no era suficiente para destruir las esperanzas de Maquiavelo; por el contrario, nuevamente formuló su petición, pero también en vano. A primeros de 1515 su correspondencia con Vettori

parece haberse interrumpido, porque hasta nosotros han llegado pocas cartas de aquellos años. Seguramente se cansó de las promesas de su amigo, que siempre había sido más generoso de palabras que de hechos. Y por otra parte los trabajos literarios a que estaba dedicado durante estos tiempos de ocio forzoso, lo tenían completamente absorbido. Podemos, por consiguiente, terminar la primera parte de esta biografía, para dar principio a la segunda con el examen de las doctrinas y escritos de nuestro autor. De aquí en adelante su vida estuvo casi totalmente concentrada en éstos. Hemos aprendido a conocerle como hombre de acción, pero todavía tenemos que conocer al pensador y al escritor, de quien solamente llegaron hasta ahora a nosotros en los precedentes capítulos destellos lejanos y fugitivos, por decirlo así.

NOTAS AL CAPITULO XV

1. Esta lleva fecha de 28 de octubre de 1515, y puede encontrarse con el número 212 entre los documentos de los Archivos Ricci-Poniatowski, recientemente agregados a los Archivos de Florencia. El recibo está firmado por Pier Francesco del fu Antonio da Rabatta como apoderado de Leonardi di Piero Pitti ante Nicolò di Bernardo Maquiavelo y su hermano Totto en pago de 1,000 florines de oro, pagados en varios plazos según los términos convenidos en 1510.

2. Véase *Die Briefe des florentinischen Kanzlers und Geschichtschreiber N. Machiavelli. Aus dem Italienischen übersetzt*, por D. Heinrich Leo. Berlin, Ferdinand Dümmler, 1826. Es muy difícil comprender cómo un hombre del talento y erudición del señor Leo puede haber llegado a afirmar en el prefacio de esta traducción que Vettori fué un pedante sin talento (págs. 24-25). Su *Sommario della Storia d'Italia*, del que hemos hecho frecuentes citas, bastaría para probar que era hombre de gran capacidad y que el señor Leo se ha equivocado fundamentalmente al juzgarlo. Los muchos cargos desempeñados por Vettori con notable distinción, dan fe también de su importancia como político.

3. "Pero si a veces río y canto, es porque sólo así puedo dar salida a mis amargas lágrimas." Véase *Opere*, vol. VIII, carta XIV, 16 de abril.

4. La magistratura de los Otto di Pratica, que sustituyó a los Dieci di Balía, solamente entró en posesión de su cargo el 10 de junio de 1514. Archivos Florentinos, *Lettere degli Otto*, años 1514-1516, cap. X, dist. 5, núms. 49-50.

5. En otra carta del 16 de mayo de 1514, expresa los mismos puntos de vista respecto a los príncipes: "Compadre mio, yo sé que estos reyes y príncipes son hombres como tú y como yo, y sé que hacemos muchas cosas al azar, incluso cosas de mucha importancia para nosotros, y así puede suponerse que ellos hacen lo mismo" (*Opere*, vol. VIII, carta XXXII, pág. 18).

6. *Opere*, vol. VIII, carta XXXVIII. Una vieja copia manuscrita de esta carta se encontró en Siena en casa de un cura llamado Toti, y de fecha de 20 de diciembre de 1514, *more florentino*. El profesor Carlo Fossati Falletti considera que el manuscrito es del siglo XVI. La misma fecha se repite también en el conocido códice (LVII, 47, en la página 117) de la Biblioteca Barberini de Roma. Pero esto debe ser un error, y el 10 de diciembre la fecha correcta, puesto que Vettori escribió el 15 para decir que había recibido la carta el día 14. *Carte del Machiavelli*, caja V, núm. 31.

CAPITULO XVI

"EL PRÍNCIPE" Y LOS "DISCURSOS". LA REFORMA RELIGIOSA Y EL ESTADO MODERNO. EL PAGANISMO DE MAQUIAVELO. SU FE REPUBLICANA. MAQUIAVELO Y ARISTÓTELES. EL ESTADO SEGÚN LAS IDEAS DE MAQUIAVELO. SU MÉTODO. LA CIENCIA POLÍTICA EN GRECIA DURANTE EL RENACIMIENTO. LOS "DISCURSOS".

Durante el año 1513, para evitar sospechas y molestias, Maquiavelo salía muy rara vez de su villa para venir a la ciudad. Cansado de la soledad y de la inactividad forzosa a que vivía condenado, cansado de esperar empleos que nunca llegaban, se dedicó a estudiar con gran intensidad. Y fué este año cuando emprendió la elaboración de las dos obras que le han hecho famoso como escritor político: *El príncipe* y los *Discorsi*. En verdad, la primera quedó terminada en el mes de diciembre, en cuya época estaba dedicado a darle los toques finales.¹ Trabajó durante algún tiempo más en los *Discorsi*, y después los dejó sin terminar, puesto que, aunque concebida como comentario a la historia de Tito Livio, no desarrolló esta obra de la primera *Década*. En ésta forma, sin terminar, la obra forma un tratado de política dividido en tres libros. Puede establecerse que si se uniese al *Príncipe*, ambas formarían una sola obra y más completa, una parte de la cual trataría de los principados y la otra de las Republicas. La resolución de algunos críticos y eruditos de considerarlas como obras diferentes y sin relación entre sí, escritas no sólo con intenciones distintas, sino incluso opuestas, ha provocado los más extraños y equivocados juicios sobre ellas. Pero examinándolas detenidamente, se llega en seguida a una opinión precisa. No sólo con frecuencia se encuentran en una referencias a la otra,² sino que si *El príncipe* llegara a perderse, y no nos quedase de ella otra información que su argumento y su alcance y límites, sería fácil reconstruirlo casi totalmente, dando mayor desarrollo a algunas de las sentencias que de pasada se mencionan en los *Discursos*, pero que están ampliamente desarrolladas en la primera de ambas obras.

Aunque *El príncipe* quedó terminado algún tiempo antes, hablaremos primero de los *Discursos*,³ puesto que en éstos puede encontrarse ya el germen de aquél e incluso puede decirse que su contenido se relaciona con todo el sistema de ideas del autor. Además, ya es hora de

decir algo sobre este sistema, o más bien de exponer sus conceptos fundamentales y su tendencia general. Desde las primeras páginas de los *Discursos*, es muy fácil advertir que Maquiavelo seguía un camino completamente distinto del de Guicciardini, Giannotti y otros autores. El no se hizo jamás las preguntas: ¿Cuál es la forma de gobierno que conviene a Florencia? ¿Cuáles deben ser las atribuciones del gonfaloniero, de la Señoría y de los Diez, y en qué forma deben ser elegidos? ¿Cuál debe ser la composición del Senado y del gran Consejo? ¿Cómo debe buscarse el equilibrio entre estas instituciones para que satisfagan las inquietas ambiciones de los florentinos? Lo que Maquiavelo trataba de investigar eran las causas que daban lugar al nacimiento de las naciones y a su prosperidad o a la corrupción que originaba su decadencia; cómo debían ser gobernadas, y, sobre todo, en qué forma puede establecerse un Estado fuerte y duradero. Incluso el estilo que empleó indica claramente la gran distancia que le separaba de Guicciardini, por ejemplo. En los escritos de Maquiavelo encontramos continuamente las palabras: *Y esto deber ser considerado como regla general*, mientras Guicciardini, como hemos visto, insiste en repetir que en lo relativo a los asuntos humanos no vale establecer reglas generales; que está bien formular reglas generales en los libros, pero que en la práctica *una larga experiencia y gran discreción* es lo único que vale. Maquiavelo aspiraba a la creación de una nueva ciencia; tenía la fe necesaria para emprender la difícil empresa que le sugería y que casi la hacía indispensable la situación real de la sociedad y de la mente humana. La aspiración de Guicciardini era sacar partido de las circunstancias y abrirse paso en la vida.

El hombre del Renacimiento italiano, dominado como estaba por un franco egoísmo, sin la guía moral del interés general; siempre absorbido, en medio de la disolución de las instituciones medievales, por su propia individualidad, *il suo particolare*, habría sumido todo en la anarquía y en la ruina, si su intelecto, saturado de cultura y de amor al arte y a la ciencia, no lo hubiera salvado durante algún tiempo y con él a la sociedad. Pero este estado de cosas no podía durar mucho, a menos que se encontrase una salida. Fué así como se produjeron los grandes acontecimientos de la historia del mundo: por una parte, la Reforma religiosa; por otra, la constitución de los Estados y de las nacionalidades. Estos dos acontecimientos no tienen aparente relación entre sí, pero ambos partieron de la idea de que el individuo humano es malo por naturaleza e incapaz de hacer el bien; ambos se vieron estimulados por la necesidad de reconstruir el mundo moral, entonces amenazado de ruina, y ambos buscaron el éxito devolviendo a la vida los intereses más generales y las aspiraciones más idealistas. La Reforma iniciada por Martín Lutero en Alemania, y que ejerció saludable influencia incluso sobre el catolicismo, obligándole a introducir enmiendas en su credo, consideró al hombre como absolutamente malo, y, por consiguiente, capaz sólo de hacer el mal si no dispone de una ayuda sobrehumana. El hombre solamente puede salvar su alma por la fe que le infunde la divina gracia, pero no por virtud de sus buenas obras, las

cuales son, por el contrario, la consecuencia necesaria de la fe y de la gracia.

El otro gran acontecimiento, aquél que había empezado antes, y del que se ocupó Maquiavelo, a quien nunca le habían interesado las cuestiones religiosas, fué la formación del Estado moderno, que produjo la reconstrucción de la unidad social, asegurando la victoria del bien público sobre el egoísmo privado. Parecía entonces como si por razón de las debilidades humanas esta concepción de la unidad social nunca pudiera haberse realizado, salvo por la fuerza. No se creía posible desarrollarla partiendo de las viejas instituciones que ella destruyó; ni de la conciencia individual manchada por el egoísmo; ni incluso de la conciencia nacional existente sólo en embrión y que habría de encontrar su desarrollo en el nuevo tipo de Estado. Parecía, por consiguiente, que fuese obra personal de los soberanos o tiranos que, aunque aspirando al triunfo de sus intereses personales, solamente podía triunfar asegurando al menos el triunfo parcial del bienestar público. Esta revolución empezó primero en Italia y terminó en Francia en tiempo de Luis XI y de sus sucesores; la realizaron en España Fernando e Isabel; y en otras partes la llevaron a cabo otros potentados, que mientras todos hollaban sin escrúpulos los derechos individuales y locales, fundaron, junto con su propio poder, el poder de la nación, a la que dotaron de unidad y de fuerza.

Ahora bien, aunque la nueva concepción del Estado nacional tuvo su origen en causas reales, no completamente desconectadas de aquellas que promovieron la Reforma, y aunque los efectos de aquella concepción no fueron contradictorios a la Reforma, puesto que la primera dislocó la unidad universal del Imperio y la segunda la unidad universal de la Iglesia, hay que anotar, sin embargo, que la nueva idea política parecía surgir en oposición al pensamiento religioso de la época. Había realmente aparecido en la literatura de los hombres cultos en formas muy distintas; pero desde los días de Petrarca había tomado la del renacimiento de una idea pagana, la idea de la antigua Roma devuelta a la vida y dotada de nuevo vigor en toda la solemne majestad de su República o de su Imperio y como perpetua incitación a la gloria, a la libertad política y, sobre todo, al patriotismo. De aquí resulta que aunque la Reforma hizo despertar de nuevo el espíritu del cristianismo en el mundo, apenas fué ello mencionado por nuestros políticos imbuidos del espíritu pagano, que consideraban simplemente a la cristiandad como guía de la moral privada, como ayuda para la salvación individual en la otra vida, pero falta de preocupación por el bienestar de su país, que ellos estimaban correctamente superior a todo interés particular.

Y si los contemporáneos de Maquiavelo eran paganos en cuestiones políticas, el mismo Maquiavelo era todavía más pagano, como se demuestra ampliamente en cada página de sus obras. Está probado por su infinita admiración a la antigüedad; por su indiferencia religiosa; por su odio hacia el papado; por la forma en que hablaba del cristianismo, especialmente al compararlo con el paganismo, y, finalmente, por el estilo peculiar que empleaba frecuentemente y que ponía de mani-

fiesto su modo de pensar con singular lucidez. Por ejemplo, siempre empleaba la palabra virtud en el sentido de valor y de energía, tanto para el bien como para el mal. A la virtud cristiana, en su acepción más general, le aplicaba con preferencia el término bondad y sentía mucho menos admiración por ella que por la virtud pagana, que siempre producía la gloria como su propio fruto. En su opinión, los hombres estimaban la gloria más que cualquier otra cosa en el mundo, puesto que sólo ella los hacía inmortales y semejantes a los dioses. Los hombres, decía, prefirieron la infamia al olvido, porque al menos la infamia les sirvió para transmitir sus nombres a la posteridad. Admiraba y repetía con entusiasmo el encomio que hacía Gino Capponi de "quienes amaban a su país más que a la seguridad de sus almas", frase sumamente popular en la época. Estas formas de sentimiento y de expresión, empleadas por los hombres cultos del siglo xv, entre los que Maquiavelo se había formado, se suavizaron considerablemente en el siglo xvi y las encontramos ya un tanto modificadas en Guicciardini, siempre moderado y prudente. Pero en Maquiavelo sobrevivieron en todo su vigor primitivo, más acentuado aún por el extraño contraste con otras ideas suyas, que representaban un progreso mayor en el siglo xv, y su estilo más moderno de composición italiana. Realmente, los sentimientos de esta clase aparecían mucho más tolerables en la lengua latina empleada por los hombres cultos, quienes en sus escritos parecían estar así más distantes del mundo real en que vivían, mientras Maquiavelo, por el contrario, dedicaba todo su pensamiento a él, y trabajó y escribió sólo para ese mundo y para su tiempo. Tampoco debemos olvidar, si es que queremos comprender totalmente las tendencias y carácter más generales de la mentalidad de Maquiavelo, que después de desempeñar durante quince años el cargo de secretario de la República florentina, y de haberlo servido con el mayor celo y fidelidad, conservó siempre sus sentimientos republicanos. En las mismas cartas que escribió a Vettori, pidiéndole que le buscara empleo al servicio del Papa o de los Médicis, hemos advertido que incluso cuando se vió obligado a hacer alguna alusión casual a los suizos, nunca pudo frenar su entusiasmo por la nación guerrera que disfrutaba de completa libertad juntamente con la pureza y con la modestia de las costumbres. Por consiguiente, su primero y supremo ideal fué la Roma republicana, con relación a la cual su imaginación no podía concebir nada más grande ni más glorioso. En qué forma todas estas ideas, tendencias y sentimientos se coordinaron en sus obras, y hasta qué punto se fundieron en un solo esfuerzo de doctrinas, son los puntos que deben en seguida atraer nuestra atención. Pero primero tenemos que examinar otra seria cuestión. Algunos escritores, y entre ellos más de uno de considerable autoridad, persistieron en descubrir en Maquiavelo, y más especialmente en su *Príncipe*, una imitación de la *Política* de Aristóteles. Cuantas tentativas se hicieron, sin embargo, para probar la verdad de este supuesto, sólo tuvieron como resultado demostrar su falta de fundamento; todo quedó reducido a anotar enfáticamente algunas frases sin importancia que Maquiavelo pudo haber tomado de Aristóteles como de otros

autores. Algunas expresiones contenidas en sus cartas privadas nos inducen incluso a deducir que en la época inmediatamente posterior a los días en que terminó el *Príncipe* y escribió parte de los *Discursos*, no había leído aún la *Política* de Aristóteles.⁵ No debe ser esto motivo de sorpresa para nosotros, puesto que es bien sabido que su cultura estaba basada principalmente en los autores latinos. Pero aparte de este tipo de cuestiones, y considerando solamente los puntos sustanciales, es fácil advertir que la idea del Estado, que tan importante lugar ocupa en las obras de Maquiavelo, estaba inspirada evidentemente en la historia de Roma, no en la griega ni por Aristóteles. Para los griegos, el Estado comprendía toda sociedad, toda actividad individual, y la *Política* de Aristóteles, evidentemente uno de los más grandes monumentos de la sabiduría humana, tan excelso, que debemos saltar desde él a Maquiavelo para dar un paso adelante, trata no solamente de los gobiernos, sino de instrucción, educación, música, gimnástica, poesía, religión, el arte de la guerra, economía política y todas las ramas de la actividad humana. Según Aristóteles, la persona individual existía para el Gobierno, pero el Gobierno debe ayudar en todo al individuo, y, por consiguiente, rodearle por todas partes.⁶

Por otra parte, los romanos, que se hicieron eco de las ideas científicas griegas, al definir la justicia, la distinguían de la moralidad, lo cual fortaleció más aún el poder del Estado con respecto al individuo, pero al mismo tiempo circunscribió los límites del gobierno. Al aumentar la fuerza del mismo, se hizo más estrictamente jurídica y política.⁷ Ahora bien, si pasamos de Aristóteles a Maquiavelo, nos vemos obligados a reconocer una enorme y sustancial diversidad en el hecho de que para el segundo la idea política es la única que parece tener realidad viva. Como los antiguos, sacrifica lo individual al Estado; pero en su opinión el Estado es indiferente a toda actividad, salvo la política y la militar, y está comprometido solamente a mantener la seguridad de su propia existencia y a aumentar su propia fuerza. Incluso en sus *Historias*, los hombres de Maquiavelo parecen incapaces de ambición y de pasión, salvo la ambición y la pasión políticas; apenas se mencionan en ellas las letras, el arte, la cultura o la religión. Todo lo cual se contradice con las ideas culturales de los griegos, más amplias, más diversas y más filosóficas. Pero no obstante su mayor amplitud, la cultura griega nunca logró establecer los límites de la ley y del Gobierno. De aquí que los héroes de Maquiavelo deben buscarse en el Capitolio, porque su país ideal fué siempre Roma.

Además, hay otro aspecto bajo el cual se ha tratado de compararle con Aristóteles: ambos, se ha dicho, emplearon el mismo método. Y en cuestión de método el genio de Aristóteles fué verdaderamente gigantesco.⁸ Fué, indudablemente, el verdadero fundador del método inductivo en la ciencia natural, y del método histórico en la ciencia política. Según él, los fenómenos naturales eran para la primera lo que los hechos históricos son para la segunda. Este descubrimiento constituyó indudablemente uno de los mayores acontecimientos de la historia del pensamiento humano y forma una de las glorias principales no sólo

de Aristóteles, sino del genio inmortal de los griegos. Pero es exageración establecer que todo lo que parecía ser obra especial del Renacimiento italiano había sido realmente logrado muchos siglos antes por los griegos.⁹ La observación de la naturaleza y el método inductivo se deben ciertamente a Aristóteles; pero este método resucitó y fué objeto de una aplicación más general durante el Renacimiento, y transformado, o más bien completado, en Italia por Leonardo de Vinci y por Galileo. El genuino método experimental, que produjo el progreso magnífico de la ciencia natural, es de origen moderno, y no se limita a la observación de la naturaleza, a la inducción y a la deducción que forman su punto de partida y su base y que fueron realmente conocidas por los antiguos; el carácter nuevo y genuino del método experimental consiste en que los resultados de la observación y de la inducción son confirmados en definitiva mediante su contraste con la naturaleza. Porque la naturaleza no puede negar su veredicto y, como el mismo Aristóteles dijo, nunca puede engañar. Y no sólo esto, sino que un fenómeno que se ha estudiado y explicado es con mucha frecuencia reproducido por medios artificiales; y esto era del todo desconocido para los antiguos.

Nada de lo cual era posible en la ciencia política, que tenía, por lo tanto, que recurrir al método histórico. Pero aquí, también, encontramos una gran diferencia entre Aristóteles y Maquiavelo, que en este aspecto fué un verdadero representante del Renacimiento. El problema planteado por Aristóteles en su *Política* era principalmente una investigación sobre la mejor forma de gobierno. Hizo un admirable análisis de todos los gobiernos de Grecia, para recoger de ellos los elementos dispersos que sirvieran para integrar el ideal que él deseaba reconstruir. Una república o una monarquía que existen realmente no tienen para él más valor que aquellas que viven solamente en el cerebro de un filósofo; por eso aplicó el mismo tipo de crítica a la República de Platón que a la República de Esparta.¹⁰ La única diferencia que él reconoce radica en su mayor distancia o en su mayor proximidad a su ideal. Constituyó un gran paso adelante acudir a la Historia para formular la definición de este ideal; pero Maquiavelo perseguía otro objetivo, y es así como los gobiernos imaginados por los filósofos no tuvieron para él importancia alguna. Aristóteles trató principalmente de establecer lo que deben ser hombres y gobiernos; Maquiavelo juzgó que esta investigación sería inútil, y se propuso preferentemente determinar lo que los gobiernos eran y lo que podían realmente ser. Para él, la historia antigua y contemporánea era mucho más que una simple ayuda, era la única base, casi ciertamente la sustancia esencial de su ciencia, que investigó las condiciones reales de la humanidad y de la sociedad y que aspiró al conocimiento, no de lo que debe ser, sino de lo que es o de lo que puede ser.

Hay un punto, sin embargo, respecto del cual puede establecerse una comparación con Aristóteles sin desviarse mucho de la verdad. Originalmente el Estado griego era idéntico a la religión y de aquí que su existencia fuese sagrada y divina. Aristóteles fué el primero

que lo estudió preferentemente como hecho natural, declarando que el hombre es sustancialmente un animal político. En este aspecto coincidió enteramente con Maquiavelo, y su obra puede decirse que es análoga a la del Renacimiento italiano, que a su vez, rompiendo los vínculos de la Teología, empezó una vez más a contemplar la historia y la sociedad como hechos naturales y puramente humanos. Esta revolución, sin embargo, tuvo que arrostrar dificultades desconocidas en el mundo antiguo, en el que el Estado no encontró la oposición de la poderosa estructura de la Iglesia católica; tenía, por consiguiente, que llegar a diferentes conclusiones, y siendo incapaz de reducir la religión a una simple máquina gubernamental, según la costumbre de la antigüedad pagana, se vio obligado, por el contrario, a reconocer su independencia. Incluso dejando aparte esta diferencia, que no deja de tener importancia, es evidente que la emancipación del pensamiento humano que completó el Renacimiento italiano, aunque muy similar a la producida por la filosofía griega, se logró en Italia mediante el renacimiento en gran escala de la antigüedad y no por la simple imitación de Aristóteles. Por el contrario, tuvo que empezar combatiendo su filosofía, que, interpretada defectuosamente durante la Edad Media, se había transformado en un arma sometida a la Teología. El Aristóteles *genuino*, como generalmente se denominaba a éste, llegó más tarde, y la *Política*, traída de Constantinopla a Italia por Francisco Filelfo en 1429, solamente empezó a ser conocida familiarmente hacia el final del siglo, a través de la edición impresa publicada en 1492 de la primera traducción correcta e inteligible, completada por Leonardo Bruni, de Arezzo. En aquella época la *Política* encontró a los italianos preparados para apreciar su inmenso valor, puesto que durante algún tiempo habían vivido en las mismas condiciones en que se produjo la obra aristotélica en Grecia.

Pasemos ahora a los *Discursos*. Están divididos en tres libros, de los cuales el primero trata del método que sirve de base a la fundación de los Estados y a su organización interna; el segundo trata de los métodos de engrandecerlos y de las conquistas; en tanto que el tercero está consagrado a la exposición de consideraciones generales sobre el desarrollo y decadencia de los Estados, sobre la forma en que se produce su transformación, sobre las conspiraciones, etc. La distribución de temas en los diferentes libros no siempre es precisa; por el contrario, sucede frecuentemente que un libro trata de temas correspondientes a otro. Siendo así, examinaremos la obra en su conjunto, tomando los argumentos tratados en ella en un orden lógico de secuencia. Por ahora dejaremos a un lado todo lo dicho —especialmente en el segundo libro— respecto al arte de la guerra; este tema fué analizado por el autor extensamente en un tratado especial, del que hablaremos en momento oportuno.

Los *Discursos* están dedicados a Zanobi Buondelmonti y a Cosme Rucellai, íntimos amigos de Maquiavelo, y de quienes, como veremos, recibió algunos beneficios. "Os envío —dice— el mejor regalo que puedo ofrecer, puesto que comprende todo cuanto he aprendido de una larga experiencia y del estudio continuo de las cosas del mundo." En el

prólogo que sigue a esta carta agrega que sabe bien que se expone a muchas críticas, como consecuencia de la gran novedad de su empresa; sin embargo, estimulado por el deseo que siempre sintió de ser útil a otros, entra sin vacilar "en una senda todavía inexplorada por hombre alguno". ¿Cuál es esta senda? "En todo buscamos imitar a los antiguos. Nuestros jurisconsultos aprenden a dar consejo estudiando el derecho antiguo, porque en esto consiste la jurisprudencia; y del mismo modo la medicina está fundada sobre la experiencia de los antiguos, continuada y ampliada por los médicos modernos. Pero en el ordenamiento y sostenimiento de las Repúblicas, de los reinos y de los ejércitos, en el arte de engrandecer los imperios y de gobernar súbditos, nadie ha recurrido a los ejemplos de la antigüedad". Esto sucede por falta de un verdadero conocimiento de la Historia, que todo el mundo lee por el simple placer de conocer los diversos incidentes registrados en ella; y en vez de tratar de copiar estos, creen que es imposible toda imitación, como si el cielo, el sol, los elementos y la humanidad no fuesen siempre los mismos. Por consiguiente, estos *Discursos* están escritos principalmente para demostrar "el uso que puede hacerse de la Historia aplicada a la política". Consecuentemente, resulta claro desde el primer momento que el objeto de la obra es desarrollar una nueva ciencia del Estado basada en la experiencia de los acontecimientos y de la historia humana.

Maquiavelo entra rápidamente en su tema con la ayuda de Tito Livio, y después de hablar de las diversas formas de fundar ciudades, trata de los orígenes de los gobiernos y de sus diversas formas: "Al principio los hombres vivían como bestias; después pensaron en elegir un jefe para protegerse mejor y eligieron de entre ellos al hombre más fuerte. Así surgieron las primeras comunidades, nacieron los sentimientos de justicia y de honestidad, se elaboraron las primeras leyes y se infligieron a los transgresores los primeros castigos. Después ya no eligieron para gobernantes a los más fuertes, sino a los más discretos y a los más prudentes. Estos transmitieron después su poder a sus herederos, y así surgió la monarquía, que fué la forma primaria de gobierno. Pero debido a la nociva tendencia de la humanidad a abusar de todo, el monarca, una vez que estuvo seguro del poder, se transformó en seguida en un tirano. Y después, bien sea para su propia defensa, o para la defensa de su pueblo, del cual se convirtieron en líderes, los *ottimati*, o patricios, ocuparon una posición privilegiada, y así surgió el gobierno aristocrático, que a su vez, siguiendo el mismo camino del abuso tan pronto como se sintió establecido sobre bases firmes, se convirtió en la oligarquía. Finalmente el pueblo se insurreccionó y fundó el gobierno democrático; pero éste también, y por las mismas razones, abusando del mismo modo, se hundió en la demagogia. Esta, a su vez, hizo una necesidad del poder del príncipe, y la sociedad humana recorrió de nuevo la misma ruta partiendo del mismo principio, con innumerables zigzags y desviaciones, a menos que, como sucedió con frecuencia, se viese frenada a medio camino y cayera presa de los estados vecinos. Para evitar los peligros producidos por estos cambios y revo-

luciones continuas, los hombres prudentes idearon la forma mixta de gobierno —compuesta de todas las otras tres formas— juzgándola más segura y más estable, porque el gobierno del soberano, de los patricios y popular, manteniéndose unido en la misma ciudad, hacía que cada una de las tres clases frenase a la otra. Esto es lo que lograron con excelentes resultados Licurgo y Esparta. Rómulo, por otra parte, fundó una monarquía. Pero lo que en Roma quedó sin hacer por el legislador, se hizo por la buena fortuna y por la fuerza natural de los acontecimientos. La insolencia de los reyes dió lugar al gobierno de los cónsules y de los patricios, y la insolencia de estos últimos provocó el levantamiento del pueblo que, sin derrotar ni a los cónsules ni a los patricios, conquistó su participación en el gobierno. Y así se formó naturalmente un gobierno mixto, en el que el elemento monárquico estaba representado por los cónsules, mientras que los elementos aristocráticos y populares también participaron en él al mismo tiempo.”

Esta teoría de la secuencia de gobiernos y del orden de su sucesión nos recuerda aquellas consecuencias expuestas por Vico y puede conducir a muchas consideraciones, si una de ellas solamente no predominase sobre todas las demás.¹¹ El fragmento que hemos resumido más arriba, con excepción de alguna observación nueva sobre la historia de Roma, no es más que una imitación e incluso frecuentemente una traducción de una parte bien conocida del libro VI de las *Historias* de Polibio. En otro lugar hemos hecho constar las razones que tenemos para creer que Maquiavelo conocía esta obra a través de alguna versión latina; pero no cabe duda de que en sus *Discursos* la copió directamente.¹²

Debemos, por consecuencia, considerar el conjunto de este capítulo como uno de los fragmentos de la antigüedad tan frecuentemente empleados por él en la elaboración de su sistema político. No insistimos más sobre este punto, porque esta ley histórica, casi podemos decir esta tentativa de filosofía de la Historia, solamente puede pretender originalidad respecto a su aplicación por Maquiavelo, cuestión a la que tendremos ocasión de referirnos nuevamente. Porque ya hemos dicho que la idea de un gobierno mixto había sido transmitida a Italia desde tiempos antiguos y fué considerablemente difundida por el país durante el siglo xv, precisamente por medio de Polibio.¹³

Maquiavelo, después de copiar este pasaje, continúa sus consideraciones sobre Roma: “Seguramente que si los romanos hubiesen aspirado solamente a asegurar su tranquilidad interna, habrían podido encontrar una aristocracia excluyendo al pueblo. Pero entonces, además del peligro antes mencionado de caer en la anarquía, sus conquistas habrían resultado imposibles, puesto que para lograr éstas era necesario armar al pueblo, y un pueblo armado no puede ser excluído de su participación en el gobierno. Así llegaron necesariamente a la conclusión de un gobierno mixto pasando por los períodos de una guerra civil”. Realmente, apenas muertos los Tarquinos, empezaron los nobles a verter su veneno sobre el pueblo y habrían llegado todavía más allá si no se hubiesen visto frenados por violentos tumultos y por nue-

vas leyes, puesto que los hombres no hacen bien alguno excepto por necesidad. Se dice por consiguiente que el hambre y la pobreza hacen a los hombres industriosos y que las leyes los hacen buenos. Donde las cosas trabajan realmente bien por sí mismas, no se precisan leyes, las cuales, sin embargo, resultan necesarias donde faltan las buenas prácticas.

Al mismo tiempo la maldad natural de los hombres hace necesario, pero difícil —y por esta razón es más digna de gloria— la misión del legislador, de quien emprende la fundación de un Estado, institución inventada para beneficio de la humanidad. Esta es la obra del genio político del ordenador y legislador inteligente cuyo objeto debe ser no su propio bienestar, sino el de los demás, y quien, por consiguiente, elimina sin escrúpulos e implacablemente todo obstáculo que encuentra en su camino. “Muchos juzgarán como ejemplo extraordinariamente pernicioso que quien, como Rómulo, fué fundador de una comunidad civil, matase primero a su propio hermano y después consintiese en la muerte de Tito Tacio Sabino, su amigo predilecto”. “Esta opinión sería válida si no tuviese en cuenta las razones que le impulsaron a cometer aquellos crímenes”. “Y debe adoptarse como regla general la de que para fundar y reconstruir un Estado es necesario actuar en una sola dirección; toda la obra debe ser creación de una mentalidad reguladora, porque sin ésta ninguna unidad verdadera puede alcanzarse jamás, ni fundarse nada estable. Por lo mismo, un gobernador prudente que desee ser útil, no a sí mismo y a sus sucesores, sino a su país y al bienestar general, debe esforzarse por concentrar en sí toda la autoridad; jamás será censurado por los hombres discretos porque adopte medidas extraordinarias para constituir un reino o fundar una república”. Bien puede suceder que incluso “cuando sus hechos puedan ser base para acusarle, sus resultados lo justifiquen, y cuando los hechos representan un bien, como sucedió en el caso de Rómulo, el hecho en sí es suficiente justificación, puesto que quien produce violencia con fines destructivos merece verdaderamente censura, pero no así quien produce la violencia para establecer la seguridad”... “Cuando, sin embargo, el Estado queda establecido debe confiarse al cuidado y custodia de muchos, para asegurar su duración; puesto que aun cuando para su fundación es necesario solamente un hombre, se necesitan los intereses y voluntades unidos de muchos para su conservación. Y así hizo Rómulo, que, confiando el Estado a la custodia de los senadores, demostró por estos hechos que no se había movido por codicia del poder. Si, por el contrario, no hubiese sido él solo en la primera fase, le habría sucedido lo que le sucedió a Egido, que, deseando gobernar a los espartanos una vez más de acuerdo con las leyes de Licurgo, fué muerto por los éforos. Mayor penetración tuvo Cleomenes, que comprendiendo la necesidad de mantenerse solo y de aprovechar la primera oportunidad, hizo ejecutar a todos los éforos, después de lo cual pudo restablecer todas las leyes de Licurgo, y habría logrado mantenerlas en vigor si no hubiera sido por el poder de los macedonios y la debilidad de las demás repúblicas de Grecia”.

No podemos detenernos ahora a considerar el valor intrínseco de estas doctrinas, pero hay varios puntos que reclaman nuestra atención. En primer término, observe el lector hasta qué punto es equivocada la opinión de quienes sostienen que la exposición y defensa de ciertas máximas opuestas a todo principio humanitario y de la moral cristiana, solamente pueden encontrarse en el *Príncipe*. Por el contrario, es muy claro, incluso desde los primeros capítulos de los *Discursos*, que Maquiavelo no solamente justifica, sino que encomia a Rómulo por haber asesinado a su hermano y permitido el asesinato de su amigo predilecto; y que alaba del mismo modo a Cleomenes por haber aprovechado la primera oportunidad para hacer sucumbir a los éforos. Ciertamente que habría censurado a ambos si no hubiesen logrado realizar estos actos. En los *Discursos* sostiene también inequívocamente la otra doctrina, con tanta frecuencia combatida como peculiar del *Príncipe*, a saber, la de que el fin justifica los medios. Los hombres discretos, dice, perdonarán a Rómulo sus peores acciones, teniendo en cuenta el fin que perseguía y los resultados que obtuvo.

Y, una vez por todas, debemos también observar que Maquiavelo aceptó la historia romana tal como la encontró en Livio, sin agregar crítica alguna de su propia cuenta y sin ningún nuevo examen de los hechos referidos en ella. En verdad, aceptó sin expurgar los hechos históricos y las tradiciones fabulosas respecto al origen de Roma. Sobre las luchas partidistas y sobre las causas de determinadas reformas políticas, hace con frecuencia profundas observaciones originales. Pero no es menos cierto que generalmente funda sus teorías sobre incidentes que jamás ocurrieron, o que tuvieron lugar en forma muy distinta, y esta observación puede aplicarse tanto a la historia de Roma como a la historia de Grecia.¹⁴ Sin embargo, esto no disminuye el valor especial de sus teorías, porque éstas, en general, y particularmente las de mayor importancia, raras veces se basan en un solo hecho, y, ciertamente, explicadas y repetidas una y otra vez, resultan probadas por numerosos grupos de diferentes hechos extraídos de la historia antigua y moderna. Eventualmente incluso encontramos en Maquiavelo citas de las fábulas mitológicas —así, por ejemplo, la de Aquiles instruido por Chiron el Centauro—, para apoyar una hipótesis; porque por medio de fábulas, dice, sabemos lo que los autores realmente quisieron decir. Y ciertamente que si las fábulas contienen alguna verdad, no son menos verdaderas las tradiciones primitivas. Sea lo que fuere, la teoría fundada por él sobre la vida de Rómulo, respecto de la cual tenemos tan poca información, le parecía a Maquiavelo de la mayor importancia general. Por ello recurría con frecuencia a ella en sus páginas y trataba de corroborarla tanto con la autoridad de la tradición antigua como con hechos históricos de diversas clases. No solamente, además, deben los fundadores de reinos y repúblicas concentrar en sí toda la autoridad, sino que por la misma razón, los fundadores de credos religiosos, que se propusieron en la misma forma dominar las malas pasiones de la humanidad y poner en vigor leyes justas, deben actuar del mismo modo, comportándose de modo ejemplar. El pueblo romano fué notablemente



Maximiliano I. por Alberto Durero.



NICOLAS MACHIAVELLI
Citoyen & Secretaire de Florence

Nicolás Maquiavelo, ciudadano y secretario de Florencia.

favorecido por la fortuna, obteniendo después de un legislador y guerrero como el rey Rómulo, un soberano, como Numa, fundador de una religión, lo que es siempre necesario para el mantenimiento de la civilización, especialmente en un pueblo tan feroz como el romano en aquella época. Para aumentar su autoridad, Numa fingió tener relaciones con una ninfa, medio al que Rómulo no tuvo necesidad de recurrir, pero que fué tenido en cuenta por otros legisladores y, más especialmente, por fundadores de credos, para mejor ganar la fe del pueblo. La religión de los romanos fué una de las fuentes principales de su grandeza, en la medida que hizo respetar las leyes y conservar la moral. El político sagaz respetará siempre la religión, incluso cuando no cree en ella, puesto que se ha probado frecuentemente que incluso inculcada por medio de la astucia ha prestado grandes servicios a la defensa del país. De hecho, cuando el cónsul Papirio quiso presentar batalla a los samnitas, convocó a los augures para que consultasen los auspicios; y el jefe de los polliarios, viendo que el ejército estaba dispuesto para la batalla, dijo que los pollos habían picado, aunque esto no era cierto, como se comprobó después. Sin embargo, el cónsul dió la batalla, aduciendo que si hubiese algún engaño, sería castigado por los dioses, y entre tanto hizo que los polliarios fuesen colocados en la vanguardia del ejército. Así cuando el jefe de ellos fué herido y muerto, en el acto exclamó que todo iba bien, puesto que había llegado el castigo. Y los romanos, ya de buena fe o por cálculo, exigieron siempre el respeto a la religión, y esta conducta les produjo evidentes beneficios.

“Si la religión cristiana se hubiese conservado tal como fué instituida por su fundador, las cosas habrían cambiado y los hombres habrían sido más felices. Hasta qué punto, por el contrario, todo se ha transformado y corrompido, se demuestra en que los pueblos más próximos a Roma son los que creen menos en ella. Y quien considere el uso que hace de la religión la Iglesia de Roma y quien medite sobre el carácter de sus procedimientos, debe pensar que se aproxima la hora del castigo y de la destrucción. Pero puesto que hay algunos que creen que el bienestar de Italia depende de la Iglesia de Roma, invocaré dos razones de peso contra tal opinión. La primera es que, por el ejemplo infame de aquella corte vaticana, este país ha perdido toda devoción y toda religión . . . , de donde los italianos debemos ante todo a la Iglesia y a la clerecía la pérdida de nuestra fe y los beneficios de nuestra maldad; pero del mismo modo les debemos otra obligación mayor que es causa de nuestra ruina: la de que la Iglesia ha mantenido y mantiene dividido a nuestro país. Y realmente ningún país estuvo jamás unido ni fué feliz, salvo bajo el dominio completo de una república, o de un soberano, como ha sucedido en los casos de Francia y de España”. Sólo la Iglesia ha impedido esta unión en Italia. Porque habiendo tenido allí su sede y disfrutado del poder temporal, no ha sido suficientemente fuerte para ocuparla totalmente, ni tan débil que no haya sido capaz, cuando ha tenido pérdida de poder secular, para llamar a un nuevo potentado que la defienda contra cualquiera que amenace apoderarse de ella. Así

la Iglesia ha sido la verdadera causa por la que Italia no estuvo unida jamás bajo una dirección, sino dividida entre muchos señores y príncipes, a causa de lo cual el país cayó en tal debilidad que se convirtió en presa fácil del primer atacante. Todo esto, nosotros los italianos lo debemos a la Iglesia, y a nadie más. Y si alguien quisiese saber de lo que la Iglesia es capaz, informámosle de cómo la Iglesia ha trabajado en Suiza, única nación que aun vive de acuerdo con las costumbres de los antepasados, y advertirá que en un breve lapso las inicuas costumbres de aquella corte pudieron provocar más desorden que cualquier otro acontecimiento que pueda imaginarse.

Todo el mundo ha reconocido ya que aquí, por primera vez, se advirtió claramente la necesidad de la unidad de Italia, así como los tremendos obstáculos que siempre opusieron a ella la Iglesia y el poder temporal, todo lo cual ha sido precisado con maravillosa profundidad de observación. La acritud de Maquiavelo contra el papado era muy grande, por muchas razones. Absorbido fundamentalmente por la idea de integrar la unidad del Estado como aspiración suprema de la política y de la civilización de su época, se manifestó intransigente en su deseo de eliminar los obstáculos de todo cuanto se oponía a aquella aspiración. Por consiguiente, manifestó un desprecio supremo por todas las instituciones medievales que obstaculizaban aquella unidad, especialmente cuando aun conservaban suficiente fuerza para oponer resistencia. Por ejemplo, nunca dejó de censurar a las compañías libres, y esto no solamente porque en su opinión ellas habían corrompido el arte de la guerra impidiendo la formación de ejércitos nacionales, sino además, porque casi constituían, por así decir, un poder independiente dentro del Estado y opuesto a éste. Deseaba extirpar el feudalismo, porque hacía imposible la igualdad que, a su juicio, y según la tradición florentina, era necesaria para la subsistencia de la República, y que bajo la forma monárquica de Gobierno era un obstáculo para la unidad del poder real. Respecto a la asociación de las artes y de las profesiones que dividían y subdividían la sociedad durante la Edad Media, guardó el mismo silencio que si en realidad no hubiesen existido jamás, y ello porque, en su época, había desaparecido su antiguo vigor. Pero él tenía una profunda aversión por la Iglesia que, en sus propios territorios, y junto con el poder temporal, constituía un Estado que él estimaba monstruoso, a causa de la oposición que el mismo representaba a todo principio de buen gobierno. Incluso fuera de sus dominios especiales, la Iglesia, con la ayuda de su autoridad religiosa, difundió el desorden y la confusión en todas partes, impidiendo en toda Italia y obstruyendo en toda Europa la formación de las nacionalidades.

A esto se agregaba también lo que nosotros hemos denominado el espíritu pagano de Maquiavelo, que le hacía un admirador rival, si es que no un adversario franco de la religión cristiana, al menos en cuanto se refiere a su acción social y política. De hecho, cuando reflexionaba respecto a que en la antigüedad hubo tantas naciones libres, y mucho mayor libertad que en su época, él creía haber descubierto la causa del fenómeno en la adversidad entre las religiones paganas y cristianas.

“Esta última nos induce a estimar apenas el amor de este mundo, y nos hace más dóciles. Los antiguos, por el contrario, encontraban en este mundo sus más elevados deleites, y eran más crueles en sus actos y en sus sacrificios. La religión de los antiguos no glorificaba más que a los hombres que fueron capaces de ceñir la corona de la gloria mundana, tales como líderes de los ejércitos o fundadores de Repúblicas, en tanto que nuestra religión ha glorificado más bien a hombres sumisos y contemplativos, desdendiendo a los hombres de acción. Ha colocado el acento de la bondad suprema en la humildad y en la pobreza de espíritu, así como en el desdén por las cosas mundanas, mientras aquellas otras lo cargaron sobre las personalidades de mentalidad vigorosa, de fortaleza física, y en todo cuanto da a los hombres audacia. Nuestra religión los estimula a ser fuertes en el sufrimiento más que a destacar por sus hazafías de fuerza física. Así el mundo ha caído presa de los seres perversos, que han encontrado muchos hombres dispuestos más bien a marchar por la vía que les conduce al Paraíso y a someterse a los golpes más bien que a reaccionar contra ellos”. Pero, “si el mundo ha evolucionado así por las vías que conducen a su afeminamiento y a una celestial vida apacible sin lucha, ello es la consecuencia de la cobardía de quienes han interpretado la religión, más bien que de la religión en sí, puesto que ésta ordena que se atienda realmente a la defensa del país, y ello obliga, por consiguiente, a que los hombres se capaciten para ello”.¹⁸ Sin embargo, el defecto de Maquiavelo no solía ser el de contemporizar ni el de atenuar sus propios juicios. Por el contrario, estaba acostumbrado a ir directamente al fondo de las cuestiones; y por lo tanto, incluso cuando se veía enfrentado a las fuerzas hostiles de la oportunidad política y de la moralidad privada y cristiana, nunca vaciló, nunca dijo, como Guicciardini, que éstas eran cosas que solamente interesaban para ser discutidas entre amigos en voz baja, evitando así el escándalo. En vez de ello, escribió frases como éstas: “Cuando se plantea el problema absoluto del bienestar de nuestro país, no debemos plantearlo en términos de justicia o injusticia, de gracia o de crueldad, de alabanza o de ignominia, sino que, prescindiendo de otro aspecto de la cuestión, debemos adoptar cualquier orientación que salve su existencia y conserve su libertad.”

Suponer que Maquiavelo era contrario a la virtud y a la libertad, o incluso indiferente a ellas, sería, como hemos ya observado, cometer un error sumamente grave. Por el contrario, nadie ha hecho oír su voz laudatoria con mayor fervor; pero él designa la más elevada de las posiciones a la virtud pública, a la única forma de la virtud que atrae constantemente la atención, y a la que subordina y, en ocasiones, sacrifica toda virtud privada. Una y otra vez nos dice que se debe rendir homenaje en primer término a los fundadores de las religiones, después a los fundadores de monarquías o repúblicas, en seguida a los líderes militares, y por fin, a los escritores, de donde resulta —diferiendo en esto de todos los demás pensadores, pero permaneciendo así más fiel a la tradición— que él siempre coloca la acción por encima del pensamiento y de la palabra. “Por otra parte —continúa diciendo— son in-

fames y detestables los destructores de las religiones, de las monarquías o de las repúblicas; los enemigos de la virtud, de las letras y de cuanto sea útil para la humanidad. No puede haber nadie que, cuando se ve en la disyuntiva de elegir entre ambos tipos de hombres, no recomiende al primero y censure al segundo de ellos. Pero, en la práctica, hay muchos que prefieren ser tiranos, más bien que legisladores y fundadores de repúblicas o monarquías, alucinados por falsas apariencias y por locas ambiciones de poder. Porque en otra forma comprenderían que un Agesilao y un Timoleón no tendrían menos poder que un Dionisio y un Falaris, sino que, por el contrario, serían más grandes y recibirían más honores. Nadie debe dejarse alucinar por la gloria de César, por el solo hecho de que canten alabanzas en su honor ciertos escritores que no se atrevieron a censurarle.¹⁸ Hagamos que lean cómo aquellos escritores cantan también loas a Bruto. Evoquemos en ellos los tiempos de Tito, de Nerva y de Trajano y comparémoslos con los reinos de otros malos emperadores. Por una parte, se observarán ciudadanos que disfrutan de seguridad, magistrados que ejercen autoridad; la exaltación de la paz, de la justicia y de la virtud; que el rencor, la licencia y la corrupción se han extinguido; se observarán edades de oro en las que todos los hombres podían sostener y mantener sus propias opiniones. Si, por otra parte, nuestro observador considera el reinado de los malos emperadores, verá cómo ellos aparecen cubiertos de crueldad, de discordias y de sediciones". "Observará a Roma en llamas, al Capitolio destruido a manos de los mismos ciudadanos, los antiguos templos en ruina, todo el ceremonial envilecido, las ciudades pobladas de adúlteros; nuestro observador podrá ver cómo el mar está cubierto de embarcaciones que transportan infinidad de desterrados al exilio, las playas teñidas de sangre. En Roma observará crueldades sin cuento, y nobleza, riquezas, y honores, y sobre todo la virtud considerada como un pecado capital. E indudablemente, si nuestro observador tiene sentimientos humanos, evitará toda imitación de cualquier época dominada por la perversidad, y se sentirá inflamado por un ardiente deseo de seguir la conducta de los buenos. Y ciertamente, si un príncipe va en busca de la gloria mundana, ha de aspirar necesariamente a gobernar una ciudad corrompida, no a despojarla totalmente como César, sino a reorganizarla como Rómulo". ¡Rómulo, que hizo bien al asesinar a su hermano Remo y al permitir el asesinato de su compañero Tito Tacio Sabino!

En este aspecto, Maquiavelo, al emprender su propia ruta, se encuentra obligado a penetrar en un nuevo orden de ideas. Hasta ahora, dice, siempre ha razonado partiendo del supuesto de que los hombres no están totalmente corrompidos. Sin embargo, cuando la corrupción se generaliza, como, por ejemplo, en Italia en su propia época, se presentan dificultades mucho mayores y más difíciles de vencer y se hace necesario examinar la gama infinita de situaciones en que pueblos y estados pueden eventualmente encontrarse, y las diversas reglas que deben observarse para su orientación y gobierno de acuerdo con la respectiva situación real de cada uno. Pero para obstruir la solución

de este problema había una teoría a la que Maquiavelo se adhirió constantemente, y que no dejaba de repetir, y que utilizaba con frecuencia como punto de partida de sus investigaciones. En su opinión, los hombres permanecen esencialmente inmutables, y los mismos accidentes se renuevan constantemente. En verdad, ésta era la verdadera razón por la que en el pasado fué posible encontrar, estudiando la Historia, preceptos y guías para la reglamentación de la vida presente y futura. Esto es lo que nos dice Maquiavelo en los *Discursos*, y que reitera también en *El príncipe*, en sus comedias, poemas y en cada uno de sus escritos. ¿Cómo, entonces, podemos explicarnos la continua variedad de vicisitudes humanas y de la sociedad humana en su conjunto? ¿No vemos, como él mismo hace notar, que los hombres tienen una tendencia manifiesta a ensalzar el pasado y preferirlo al presente? ¿Y es que no prueba esto tal vez que ellos advierten una diferencia entre el uno y el otro? Verdaderamente, contesta Maquiavelo, tenemos preferencia por el pasado y tendemos a exaltarlo porque no provoca envidia, y porque lo encontramos exaltado por los grandes escritores de la antigüedad. “Es evidente, sin embargo, que los asuntos humanos están continuamente en movimiento, constantemente ascendiendo o declinando; por lo que quienes viven en una época de decadencia tienen buena razón para exaltar el pasado. Yo creo que el mundo ha sido siempre el mismo, y que siempre fué tan bueno como malo, aunque la bondad y la maldad se hayan distribuido en proporciones diversas según la época. La virtud pasó de Asiria a Media, y de Media a Roma, y después de la caída del Imperio no quedó concentrada en un solo país, sino que se difundió entre varios: entre los francos, entre los turcos, en un cierto momento en Alemania, y anteriormente en la tribu de los sarracenos, que llevaron a cabo tan notables hazañas y que destruyeron el Imperio romano en el Este. De aquí se sigue que quien ha nacido en Grecia o en Italia pueda exaltar el pasado y vituperar el presente, de lo que no resulta nada que compense su extrema miseria, infamia y vergüenza, donde no hay religión, ley ni disciplina militar. La cosa es clara como la luz del sol; por eso yo estableceré lisa y llanamente la conclusión que yo deduzco, de tal modo que la mentalidad de los jóvenes pueda huir de estas épocas y prepararse para imitar a la antigüedad, puesto que la misión de los hombres honestos es enseñar a los demás aquellas virtudes que la malignidad de los tiempos y la adversidad de la suerte no le permitieron poner en práctica”.¹⁷ Y en tal forma explica la inmutabilidad de la naturaleza humana, la continua repetición de la Historia y la transformación continua de los acontecimientos humanos.

Teniendo en cuenta lo que antecede, la primera consecuencia a que ello conduce es la necesidad de adaptar nuestros medios y nuestra inteligencia a nuestra propia época, para evitar precipitarnos en una ruina segura. “Tan pronto como Manlio Capitolino se dejó seducir por la ambición, y no obstante sus muchas y brillantes hazañas realizadas al servicio de su país, se encontró frente a todos, y así quedó condenado a la derrota, porque no logró advertir que las condiciones

estaban maduras para la libertad estando como estaba la República constituida sobre bases firmes y sobre formas puras. Y así, por consiguiente, dice Tito Livio: *Hunc exitum habuit vir, nisi in libera civitate natus esset, memorabilis*. Seguramente que él habría sido no sólo un hombre afortunado, sino también un hombre singular y memorable si hubiese nacido en una ciudad corrompida, como, por ejemplo, en Roma durante los días de Mario y de Sila; y estos últimos, por otra parte, habrían sido rápidamente destruidos si hubiesen vivido en la época de aquél. De aquí se desprende la necesidad de saber adaptarse a las distintas condiciones de tiempo y lugar, porque nadie puede tener la capacidad suficiente para cambiar la naturaleza de un pueblo; puesto que, sin embargo, nadie puede tener capacidad suficiente para cambiar su propia naturaleza, resulta que la fortuna ejerce una influencia sumamente poderosa sobre los acontecimientos humanos, pues que sólo la fortuna determina que cada hombre nazca en una época adaptada o adversa a sus cualidades. Fabio Máximo, que era por naturaleza un contemporizador, tuvo la suerte de ejercer el mando cuando los romanos estaban agotados, y cuando, por lo mismo, eran incapaces de actuar con audacia y de adoptar resoluciones rápidas. Por otra parte, se equivocó al ofrecer resistencia, cuando Escipión quiso después ir a Africa, porque entonces los tiempos habían cambiado, pero no había cambiado su carácter, de tal modo que si las cosas hubieran dependido de él, Aníbal estaría todavía en Italia. Pero la naturaleza de los hombres es tal que cuando han alcanzado sus objetivos por una cierta senda, son incapaces de comprender que, habiendo cambiado los tiempos, se puede triunfar por otros procedimientos, y que los viejos métodos, por el contrario, han perdido ya su vigencia. Evidentemente, si ellos supiesen adaptarse y cambiar con los tiempos, podrían triunfar siempre en sus empresas; pero como son demasiado ignorantes o se manifiestan demasiado renuentes a comportarse de tal modo, resulta que la suerte tiene una influencia extraordinaria sobre los acontecimientos humanos. Y contra esta fuerza misteriosa, la rebelión resulta inútil, porque todo el curso de la Historia demuestra claramente que los hombres pueden secundar el destino, pero no pueden oponerse a él; pueden tejer los hilos de su vida, pero no pueden romperlos. Lo que en todo caso deben evitar es abandonarse a la desesperación, puesto que desconociendo los fines a los que el destino puede conducir, y sabiendo que el destino se mueve por sendas tortuosas y desviadas, deben siempre conservar la esperanza, cualesquiera que sean las situaciones difíciles en que puedan encontrarse.

Estas ideas condujeron finalmente a Maquiavelo a inquirir cuál debía ser la conducta del hombre de Estado y qué medios debería emplear éste para gobernar un pueblo totalmente corrompido y cuando se veía en la precisión de introducir algún cambio sustancial en la forma de gobierno, ya sea pasando de la tiranía a la libertad, o viceversa. En tales casos, los medios que deben emplearse han de ser necesariamente violentos. "Un pueblo acostumbrado a vivir bajo una tiranía, difícilmente puede habituarse a vivir en un régimen de libertad, puesto que

es como un animal salvaje y feroz, al que hay que retener siempre detrás de los barrotes; y el nuevo gobierno libre tendrá necesariamente frente a él a todos los patricios de la tiranía." "No existe, pues, un remedio más poderoso, más valioso ni más saludable que asesinar a los hijos de Bruto". Y por las mismas razones, "un príncipe que se apodera del gobierno con sus propias fuerzas, debe construir sobre la base del apoyo del pueblo, sin el cual nunca podrá conservarlo. Pero respecto a los ambiciosos que ansian el poder, deberá necesariamente sin pérdida de tiempo procurar atraerlos o aplastarlos, como sucedió a Clearco, tirano de Heraclea, quien, colocado entre la furia del pueblo y la de los patricios odiados por el pueblo, asesinó a los últimos y así satisfizo a los primeros. Y como regla general, quien usurpa la tiranía sin matar a Bruto, y quien funda un Estado libre sin matar a los hijos de Bruto, no podrá conservar el poder por mucho tiempo, como sucedió con Piero Soderini, que cayó después de haber tratado de dominar a los hijos de Bruto por procedimientos amables. Pero incluso cuando los hijos de Bruto han sido ejecutados, un pueblo acostumbrado a vivir en la servidumbre no puede obtener por este medio la libertad en el acto, a menos que surja alguien capaz de asegurar por la fuerza el ejercicio de la libertad, pero incluso entonces esta libertad no podrá durar más que la vida de su guardador. Cuando la base no se ha corrompido aún, las sediciones son inofensivas; pero cuando se ha corrompido, las leyes, por perfectas que sean, resultan innocuas, a menos que surja algún hombre capaz de asegurar su observancia acudiendo a una violencia extremada, y mientras los hombres sigan siendo buenos; y la verdad es que no sé si esto ha ocurrido alguna vez, ni si es posible que ocurra".

"Puede parecer superfluo —dice Maquiavelo— tratar de estos casos en realidad poco frecuentes; pero como es necesario examinar todos los supuestos posibles, yo estableceré también el supuesto de una ciudad extraordinariamente corrompida, aumentando así todas las dificultades análogas, puesto que no pueden encontrarse leyes ni instituciones adecuadas para hacer frente a una corrupción universal. En realidad, del mismo modo que costumbres virtuosas requieren leyes para su mantenimiento, éstas necesitan de aquéllas para su observancia. Y aunque las leyes pueden cambiar con facilidad, no sucede lo mismo con las instituciones políticas, y mucho menos con las formas y con la estructura social de un pueblo. La libertad —continúa diciendo Maquiavelo— implica siempre igualdad, como la soberanía supone la desigualdad. ¿Cómo, por ejemplo, puede la libertad establecerse en Milán o en Nápoles, cuando no existe igualdad alguna entre los ciudadanos, o quién puede cambiar fácilmente un similar estado de cosas por medio de la ley? Para poder llevar a cabo una transformación gradual de todo esto sería necesario un hombre capaz de discernir las cosas a gran distancia; pero los hombres así capacitados son siempre escasos, y difícilmente encontrarán nunca el apoyo de la multitud. Entonces, resulta que para llevar a cabo una reforma súbita, sería necesario recurrir a las armas; y ante todo hacerse dueño de la ciudad para disponer de ella de acuerdo

con los puntos de vista de quien acomete tal empresa. Y puesto que se necesita un hombre bueno para reorganizar la vida política de una ciudad y un hombre malo para convertirse por medio de la violencia en señor de una República, raras veces se encuentra un hombre bueno que desee adquirir el gobierno por medios malos, ni siquiera para un fin bueno; o que un hombre malo, habiendo adquirido el poder, actúe con justicia, o piense usar para el bien la autoridad que ha ganado por malas artes. De todas estas consideraciones antes mencionadas surge la dificultad, o más bien la imposibilidad, de mantener una República en una ciudad corrompida, o de crear en ella esta forma de gobierno. E incluso si fuera posible crear o mantener la forma republicana de gobierno en tales ciudades, sería preciso organizarla como estado monárquico más bien que como Estado popular; de tal modo que quienes por su insolencia no puede esperarse que se corrijan por medio de leyes, se pueden en cierta medida frenar sus tendencias corruptoras por una autoridad casi regia”.

Pasando de estas consideraciones generales a un examen de la situación actual de Italia, “se verá claramente que en Italia, a causa de su corrupción, poco o nada puede esperarse, salvo lo que dé de sí la audacia y la violencia de algún gran hombre, que sea capaz y esté dispuesto a hacer esfuerzos para hacerla progresar. En Italia todo está corrompido, como en parte sucede también en España y en Francia; pero en estas dos últimas naciones las cosas van mucho mejor, porque ambas son ya reinos establecidos. Por otra parte, en Alemania hay repúblicas autónomas y formas de gobierno no corrompidas aún que hacen que las cosas vayan bien”. Y en seguida Maquiavelo se siente impulsado a proporcionarnos de nuevo una descripción ideal de las Repúblicas armadas de Alemania y de Suiza, donde la libertad es grande y puras las formas de gobierno. “Tal bondad —dice— es extraordinariamente admirable en estos tiempos, a causa de su rareza; ciertamente que ha sobrevivido solamente en aquellos países porque ellos tenían pocas relaciones con sus vecinos, y así conservaron formas de vida rudimentarias y porque prohibieron la introducción en ellos de las costumbres vigentes en Francia, España e Italia, naciones que en conjunto son el germen disociador del mundo entero. En las Repúblicas alemanas se da todavía la extraordinaria ventaja de que los nobles o han sido desterrados o suprimidos; y la igualdad, base esencial de la libertad, ha logrado así quedar preservada.”

“De estos nobles —continúa diciendo Maquiavelo— están llenos Nápoles, Roma, Romaña y Lombardía; de donde resulta que estos países nunca han tenido ninguna verdadera República, ni una existencia política auténtica, porque tales razas humanas son enteramente hostiles a toda civilización, y cualquier hombre que acometiese la empresa de establecer el orden entre ellos no podría triunfar sino estableciendo primero una monarquía, puesto que sólo el peso de la autoridad real y del poder excesivo y absoluto puede dominar las ambiciones excesivas y la corrupción de la nobleza. En Toscana, por el contrario, existen las Repúblicas de Florencia, de Siena y de Luca, y es evidente que las de-

más ciudades desean sin excepción la libertad, tanto si ya disfrutaban de ella como si se ven privadas de la misma. Y todo esto es así porque en aquellos lugares no hay capitanes feudales, sino que existe un régimen de igualdad, hasta tal punto que un hombre sagaz que tenga un cierto conocimiento de las civilizaciones antiguas puede fácilmente introducir entre ellos las instituciones libres; pero la mala suerte de estas provincias ha sido tan grande, que hasta nuestros días nadie ha sido capaz ni ha estado dispuesto a llevar a cabo tal empresa. Por otra parte, podemos citar el ejemplo de Venecia, donde sólo los nobles ejercían el poder; pero ellos son nobles solamente de nombre, puesto que sus riquezas se componen de mercancías, y no tienen grandes fincas ni castillos, ni autoridad judicial sobre los demás hombres. Así siempre llegamos a la conclusión de que la libertad sólo puede fundarse sobre la igualdad cívica, y que el feudalismo es absolutamente contrario a toda institución realmente libre y republicana. Dondequiera que existe, es necesario, bien establecer una monarquía, o poner positivamente un final sangriento al feudalismo y extirparlo antes de establecer una república. En aquella época, además, cada una de las distintas provincias de Italia estaba en situación distinta, puesto que algunas solamente eran adecuadas para la formación de una monarquía, mientras que otras lo eran para el establecimiento de una república. Y puesto que sin la unión de toda Italia era imposible convertirla en un Estado poderoso, su situación era casi desesperada por consiguiente, resultando igualmente difícil fundar tanto una república como una monarquía unida."

Quien reorganizase una ciudad mediante el establecimiento de una república o de un reino libre debería, según Maquiavelo, conservar al menos una sombra de sus antiguas instituciones, de tal manera que no hubiese cambio aparente. Por el contrario, quien fundase una monarquía absoluta, debe cambiarlo todo: formar nuevo Gobierno, organizar nuevas instituciones y disponer de hombres nuevos; debe enriquecer al pobre; construir ciudades nuevas; destruir las viejas, de tal modo que todo pueda reorganizarse de acuerdo con las ideas del príncipe. Es necesario seguir el ejemplo de Filipo de Macedonia, de quien se dijo "que trasladaba seres humanos de provincia a provincia, con la misma facilidad con que los pastores conducen sus rebaños. Estas son medidas extraordinariamente crueles y hostiles, no solamente para todos los cristianos, sino para toda la existencia humana; y cada hombre debe evitarlas y preferir vivir la vida de un individuo privado, mejor que vivir como soberano a expensas de tanta destrucción de vidas y de bienes humanos". "Pero quienes no sigan la senda de la justicia, se verán obligados por su propia seguridad a entrar por el camino del mar y a eludir aquellas rutas medias, que sin hacerlo virtuoso, resultan de escaso o de ningún provecho para él o para los demás".

Maquiavelo fué un adversario tenaz de toda medida a medias que, como él decía, producía daño a todos los hombres de su tiempo y los hacía vacilar perpetuamente entre las normas de la moral cristiana y de la oportunidad política, sin obedecer completamente ni a las unas ni a las otras. Los romanos evitaron adoptar tales medidas porque las

consideraban extraordinariamente perniciosas, puesto que el Gobierno no es otra cosa que el medio de frenar a los súbditos en tal forma que no puedan producir daño a los demás, y de aquí que los gobernantes deban perseguir la finalidad de llevar a su pueblo beneficios tangibles mediante los cuales conquistar su simpatía, y frenar sus tendencias nocivas en forma tal que resulte imposible que puedan producir daños. Y, por consiguiente, hay tres métodos de gobernar a una ciudad sometida y dividida: mediante el asesinato de los jefes de los partidos, trasladándolos a otros lugares, o ganándolos a ellos para que no alteren la paz. Este último es el procedimiento más peligroso, así como el primero es el más seguro. Pero como quiera que medidas similares son por su naturaleza grandes y generosas, una república débil no puede adoptarlas, y esto es tan evidente, que apenas puede aspirar a adoptar el segundo de los remedios mencionados. Los príncipes de nuestros días caen siempre en tales errores, debido a la debilidad de esta generación, debilidad que se debe a su falta de una educación sólida y a sus escasos conocimientos históricos que los conduce a estimar los antiguos procedimientos en parte inhumanos y en parte imposibles de poner en práctica. Tienen ellos algunas ideas modernas propias muy alejadas ciertamente de la realidad, tales como aquel juicio de los sabios de nuestra ciudad que decían: que era aconsejable retener el dominio sobre Pistoia poniendo en juego las facciones, y que Pisa debía, por el contrario, retenerse empleando para ello la construcción de fortalezas. No lograron ellos percibir que las fortalezas resultan inútiles y que gobernar por medio de facciones resulta siempre peligroso. En realidad, cuando un príncipe gobierna por tales medios, tiene siempre un partido frente a sí; este partido tratará de obtener ayuda de fuera, y así en la primera ocasión surgirán enemigos dentro y de fuera de los muros de la ciudad. Si, además, el Gobierno fuese una república, no puede encontrar otro medio mejor de dividirse, como sucedió a los florentinos, que, tratando de unificar a Pistoia por medio de partidos, solamente lograron provocar la división entre ellos.

Pero no obstante la experiencia del pasado y del presente, los hombres de nuestra época siempre prefieren las medidas a medias. De esto tenemos un ejemplo notable y reciente, cuando Julio II, solo y sin ejército, entró en Perugia para expulsar a Giovan Paolo Baglioni. Algunos hombres sagaces no pudieron entonces comprender por qué este último no se apoderó del Papa, de los cardenales y de las posesiones de todos ellos. "No pudo ser la bondad ni la conciencia los factores que le impulsaron a abstenerse de ello, puesto que ningún sentimiento piadoso podía albergarse en el pecho de un hombre que había seducido a su propia hermana y asesinado a sus sobrinos y sobrinas para conseguir el trono; pero llegaron a la conclusión de que los hombres no saben cómo ser honorablemente malos, o perfectamente buenos; y de la misma manera que un acto absolutamente perverso tiene algún matiz de grandeza o algún elemento de generosidad, no hay que extrañarse de que ellos no pudieran llevar a cabo tal empresa. Así, Giovan Paolo, que no había retrocedido ante el incesto y ante el parricidio público, no pudo,

o más bien no se atrevió, ni siquiera en una ocasión propicia, a acometer una empresa por la que todo el mundo habría admirado su valor, y que le habría granjeado una eterna reputación como el primer hombre que habría demostrado a los prelados lo poco que valen aquellos que viven y gobiernan a su modo, y que por lo mismo habría realizado una hazaña cuya grandeza habría sobrepasado toda infamia, y a cualquier peligro que hubiese podido derivarse de ella”.

Sin embargo, observa Maquiavelo, la fuerza, el valor y la violencia, no siempre bastan, especialmente para transformar la fortuna adversa en favorable. “Frecuentemente se necesita también emplear el fraude y la estratagema; en verdad que a veces basta solamente el fraude, pero nunca basta la fuerza por sí sola. Jenofonte, en su *Vida de Ciro*, nos enseña la necesidad de emplear el engaño, puesto que la primera expedición del último contra el rey de Armenia estuvo llena de fraudes y triunfó por la estratagema, no por la violencia; y la observancia de este procedimiento es necesaria, no solamente para los príncipes, sino del mismo modo para las repúblicas, al menos hasta que su poder se consolide, como resulta demostrado con el ejemplo de los romanos.” En otra parte, además, trata de explicar que no intenta alabar incondicionalmente el empleo del fraude. “Aunque por su propia naturaleza el fraude es siempre detestable, su uso puede ser necesario a veces sin embargo, e incluso, como en la guerra, por ejemplo, glorioso. De hecho, el que vence a sus enemigos por medio del fraude no merece menos alabanza que el que los vence por medio de la fuerza. Como prueba de este aserto se conocen varios ejemplos que por mi parte no necesito citar en este lugar.” “Solamente diré que yo no acierto a discernir gloria alguna en el fraude que obliga a faltar a la palabra empeñada y a las cláusulas establecidas en un convenio, porque tal fraude, incluso aunque a veces pueda triunfar, conquistando un estado y un reino, según hemos hecho antes notar, nunca será capaz de hacer a quien lo emplea merecedor de la gloria. Pero yo me refiero al fraude que va dirigido contra el enemigo que no confía en quien lo emplea, y que realmente significa la forma en que se dirige la guerra”.

De todo cuanto basta ahora hemos hecho notar resulta evidente que Maquiavelo no emite juicio alguno sobre el valor moral de los hechos individuales, sino sobre su efecto práctico en cuanto ellos representan actos políticos. Esta es siempre, en verdad, la característica predominante de sus escritos políticos, y de ella encontramos otro ejemplo extraordinariamente ilustrativo en su extenso capítulo dedicado a las conspiraciones.

En este aspecto Maquiavelo ofrece totalmente el aspecto de un fisiólogo que hiciese experimentos sobre vivisección y que emplease su bisturí para diseccionar los distintos órganos y para verificar las funciones de cada uno de ellos. Las conspiraciones se incuban y traman contra los gobernantes que son profundamente odiados por el pueblo. Además, los delitos privados contra la vida, contra el honor y contra la propiedad dan generalmente ánimo para tomar represalias. Respecto a los delitos contra la vida, la amenaza del mismo es mucho más peligrosa

que su realización efectiva, puesto que los muertos no piensan en venganzas, y los deudos que les sobreviven dejan generalmente el cuidado de la venganza al muerto mismo. "Mucho más peligrosos, entonces, son los delitos contra la propiedad y el honor, porque el príncipe no puede nunca ser un hombre tan arruinado que no tenga una daga con la que tomar venganza; ni un hombre puede llegar al deshonor hasta tal punto que le prive de un impulso obstinado hacia la venganza". Los complots se urden también por el deseo exclusivo de liberar al país; pero en tal caso los príncipes no tienen otra salida que la de renunciar a su gobierno tiránico, y como no se puede esperar de ellos que tal hagan, generalmente, y como lógica consecuencia, suelen tener mal fin.

Además, los conspiradores incurren en peligros por sus propios actos, tanto anteriores como posteriores a la conspiración. En primer término se exponen a ser delatados por espías, por conjeturas o por su propia imprudencia. En tal caso, el único remedio es comunicarse inmediatamente con sus camaradas, para comprometerlos, y en seguida actuar con toda la rapidez que sea posible. Algunas veces esta prisa se impone por la necesidad en que los conspiradores se encuentran de hacer con el príncipe lo que el príncipe pensaría hacer con ellos. Así estas circunstancias impulsan a los hombres a llevar adelante la conspiración en tal forma que las mismas dificultades llevan a los conspiradores al éxito, y, por lo mismo, los príncipes deben tener cuidado y evitar las amenazas, que en tales casos resultan extraordinariamente peligrosas. El peligro respecto al estallido real de una conspiración procede ya de que se cambia el plan acordado, o por falta de valor, o por errores imprudentes, o por dejar una parte de la empresa sin terminar cuando se trata de dar muerte a muchas personas. Una vez que a resolución ha sido adoptada respecto a la forma de proceder, es extraordinariamente peligroso cambiar el plan súbitamente; es mucho mejor llevar a cabo el proyecto original, incluso aun cuando su realización encuentre dificultades eventualmente. Además, falla a veces el valor en el momento mismo de la acción, ya sea por el respeto que imponen los príncipes o por cobardía. De aquí que siempre sea necesario elegir hombres probados, "porque sin experiencia nadie puede saber hasta qué punto tendrá valor suficiente para hacer frente a las eventualidades que puedan surgir". Además, puede suceder que sobrevengan peligros repentinos e inesperados; pero respecto de éstos, sólo podemos discurrir invocando los precedentes, para inducir a los hombres a que guarden grandes precauciones, y nada más. De todos los peligros, sin embargo, aquel respecto del cual los conspiradores difícilmente encontrarán remedio, es el que surge cuando el pueblo siente una gran estimación por el príncipe. Y en estos términos continúa el capítulo hasta su final examinando y estableciendo distinciones con una lucidez verdaderamente notable, y con extraordinaria penetración y conocimiento de la naturaleza humana.

Pero no debemos olvidar que el principal argumento de la obra, el punto central de todas las teorías de Maquiavelo, es siempre el funda-

mento del Estado, la formación estable y duradera de su unidad orgánica realizada por los esfuerzos del legislador, esfuerzos que no son menores en el caso de que el legislador mismo desee o se vea obligado a fundar una monarquía, como si en lugar de ello tuviese la buena fortuna o la magnanimidad suficiente para fundar una república, y actuando en tal forma que, después de su muerte, su gobierno pueda continuar subsistiendo a cargo del pueblo, que es siempre más capaz de sostenerlo que de fundarlo. Y aquí se plantea la cuestión respecto a qué forma propuso Maquiavelo para constituir esta unidad y especialmente una unidad republicana, cuando, en su día, la libertad de las repúblicas quedó reducida a la ciudad dominante que tenía sometidas a todas las demás. Hemos visto que Guicciardini había hecho notar siempre, aunque estableciendo simplemente el hecho sin extraer del mismo ninguna otra conclusión, que era realmente mejor ser súbdito de una monarquía que de una República porque la primera trataba en forma igual a todos sus súbditos, en tanto que la segunda buscaba limitar los beneficios de la libertad solamente a sus ciudadanos propiamente dichos. Maquiavelo hizo la misma observación cuando escribió que la servidumbre más pesada es la impuesta por una República, porque ésta es más duradera, y porque la aspiración de la República es enervar y debilitar a todas las demás para aumentar su propia estabilidad; y ningún príncipe intentará hacer esto a menos que se trate de algún príncipe bárbaro destructor de países y devastador de todas las civilizaciones humanas similar a los príncipes de Oriente. Porque si se trata de un tipo humano y recto, se manifestará con igual afecto hacia el conjunto de la ciudad sometido a su dominación.

Sin embargo, Maquiavelo no se contenta, como Guicciardini, con hacer notar el hecho y en seguida pasar a otros temas. El vuelve a afirmar que el procedimiento seguido por las repúblicas medievales era extraordinariamente malo, peligroso y destructivo. "Las repúblicas —dice— tienen tres formas de engrandecer sus estados: la primera, confederándose entre sí según los modelos etrusco o suyo; la segunda, concediendo a los vencidos una situación que los coloque en pie de igualdad con los vencedores, aunque en forma tal que permita a éstos retener el mando supremo, la sede del imperio y la gloria de sus empresas comunes, según el plan que persiguieron los romanos; y en tercer lugar, creando súbditos y no asociados, como hicieron los espartanos y los atenienses. Esta tercera forma es la peor de todas, puesto que acometer la empresa de capturar y gobernar ciudades por la violencia, especialmente las que están acostumbradas a vivir en libertad, es asunto difícil y molesto. Para llevar a cabo con éxito esta tercera forma es necesario estar poderosamente armado, y ensanchar las ciudades aumentando la población con la afluencia de muchos extranjeros. Esparta y Atenas no lograron hacer esto, y su fracaso les costó ser destruidas. En cambio, los romanos lograron hacerlo así como emplearon al mismo tiempo el segundo de los procedimientos mencionados, y en tal forma llegaron a ser poderosos. En primer término hicieron asociados suyos a los pueblos de Italia, vinculándolos a todos entre sí por medio de

leyes comunes, pero conservando invariablemente el gobierno y el imperio en sus propias manos. Después, con la ayuda de aquellos colegas, subyugaron a pueblos extraños, que, habiendo estado bajo el dominio de reyes, no estaban acostumbrados a vivir en libertad. Y, por consiguiente, cuando los italianos intentaron rebelarse, los romanos eran ya muy fuertes y pudieron someterlos, sabiendo en primer término cómo aumentar el tamaño de sus propias ciudades, provocando la afluencia de extranjeros a ellas puesto que comprendieron la necesidad de imitar a la naturaleza y se dieron cuenta de que un tronco endeble no puede sostener un árbol frondoso. Por otra parte, respecto al primero de los tres procedimientos mencionados, el de formar una confederación, fué el que observaron los etruscos, que mediante la unión de doce ciudades, gobernadas por una liga, llegaron a ser muy poderosos en la guerra y en el comercio, y tuvieron a raya a las regiones comprendidas desde el Tiber hasta los Alpes.

“Estas confederaciones no adquirieron grandes dominios, pero conservaron todas sus conquistas, y no se expusieron a ataques hostiles. Es claro ver cuáles fueron las razones por las que no llegaron a alcanzar un poderío notable. Una República que se divide y que tiene varios centros no puede llevar a cabo sus deliberaciones con facilidad y rapidez; no ansia el dominio que ha de ser compartido por muchos. Está además demostrado por los hechos que esas confederaciones nunca exceden a las doce repúblicas de los etruscos, ni a las trece de los suizos, y por lo mismo tienen límites casi establecidos.¹⁸ En los casos en que no existe el deseo y la posibilidad de seguir este procedimiento, la ampliación por medio de la sumisión y el sojuzgamiento de los súbditos es un sistema que ha resultado perjudicial incluso para repúblicas armadas como Esparta y Atenas, y siempre será ruinoso para repúblicas desarmadas del tipo de las nuestras. El procedimiento mejor y más fiel es entonces el que emplearon los romanos, de crear asociados y no súbditos, y fué entre ellos el más digno de estima, puesto que fueron los primeros que lo adoptaron; en este aspecto no tuvieron predecesores, ni su ejemplo fué después imitado por otros. En realidad, aunque hasta hoy tenemos el ejemplo de la liga suiza y de la liga sueva, las instituciones romanas nunca fueron copiadas por nadie; por el contrario, nadie las considera de mucha importancia, en parte porque se consideran falsas, y en parte imposibles, y en parte aun se consideran inadecuadas e inútiles. Así resulta que, gracias a esta ignorancia nuestra, somos víctimas de cualquiera que decida atacar nuestro país. Y si pareciese existir alguna dificultad en la imitación de los romanos no existiría en cambio este obstáculo en la imitación de los antiguos toscanos, especialmente para los toscanos de aquellos tiempos, porque aunque los primeros, por los motivos que hemos mencionado, no pudieron fundar un imperio como el de Roma, adquirieron en Italia todo el poder que puede adquirirse por el gobierno de ligas de ciudades”.

Debemos llamar la atención sobre todos los principales escritores políticos de los siglos xv y xvi en Italia, sobre todas las ideas entonces universales y aceptadas sin reserva, para comprender el esfuerzo in-

menso que Maquiavelo debió hacer para liberarse de ellas y para llegar a una concepción clarividente de la unidad del Estado. Es verdad que Maquiavelo no llega a ninguna definición científica de la misma, ni llega a proclamar que todos los súbditos deben ser ciudadanos iguales ante la ley, y que todos, ya sea directa o indirectamente, deben participar en el gobierno del Estado. Pero para esto tenemos que esperar hasta el siglo XVIII y hasta la Revolución francesa.

Y si en el siglo XVI Maquiavelo no pudo llegar a una definición plena, precisa y científica de la verdadera unidad orgánica del Estado, tema que hasta hoy es motivo de tanta controversia, tampoco y por las mismas razones pudo llegar a determinar con precisión su desarrollo histórico y natural. Pero tuvo una gran capacidad intuitiva incluso en este aspecto, y recurrió frecuentemente a ella, aunque un poco vagamente. Al principio del libro tercero se detiene a decir que para que los gobiernos y las instituciones tengan una vida prolongada, deben organizarse en tal forma que sean capaces de volver a sus principios fundamentales. Esta máxima ha sido alabada por muchos, aunque sin haberse comprendido totalmente. Por otra parte, Capponi la considera equivocada, y acusa a Maquiavelo de volver la vista atrás y de buscar el remedio de las cosas fuera de los propios límites de las mismas, es decir, "en sus elementos difusos". Pero todos quienes estudien con cuidado este capítulo advertirán que Maquiavelo no trataba de fortalecer y de ayudar a las instituciones desde fuera. Su deseo era hacerlas retroceder continuamente, no a su pasado, sino a los principios según los cuales y sobre los cuales estaban basadas; y los ejemplos que él aduce con frecuencia arrojan nueva luz sobre su idea.

Ahora bien, podemos preguntarnos si la idea de Maquiavelo se expresó siempre con claridad, y tal vez encontremos alguna dificultad para definirla con precisión, pero no podemos decir que buscó remedios para las instituciones en peligro, rebasando los límites de aquellas instituciones. Volver a sus primeros principios significa en este caso un retorno a la idea fundamental de quien los definió; puesto que nos damos cuenta que, desde el punto de vista de Maquiavelo, leyes, religiones y gobiernos eran producto del esfuerzo y creación personal del legislador, siendo éste el único medio por el cual él mismo concibió y comprendió su unidad orgánica. Mantener con firmeza la idea fundamental del legislador, y volver a ella cuantas veces se produjo alguna desviación, fué por consiguiente el único medio de conservar vivas las instituciones y asegurar su natural desarrollo.

Este desarrollo es obra del pueblo, a quien el legislador debe confiar la defensa y el bienestar del país. Como quiera, sin embargo, que el pueblo puede desviarse de la senda justa, es necesario prever el medio de hacerlo volver al redil, lo que siempre resultará más fácil que hacer retroceder a un príncipe, puesto que los pueblos son siempre mejores que los príncipes. "Estos últimos —continúa diciendo Maquiavelo— son más desagradecidos que los pueblos, cuya ingratitud es siempre menos ofensiva, porque cuando existe es producto del error, y nunca de la ambición o de la corrupción mental, como sucede general-

mente en el caso de los príncipes. Además los pueblos son mucho más discretos. Y aunque predomina la opinión contraria, que incluso es sostenida por Tito Livio, yo me atrevería a afirmar contra todo el mundo que los pueblos son más constantes, más juiciosos y más prudentes que todos los príncipes”.

Y cada vez que Maquiavelo se enfrasca en análisis de este tipo, su entusiasmo se reaviva continuamente y siempre entona grandes alabanzas a los viejos tiempos republicanos que representaban su constante ideal. “A Quinto Cincinato, al ser proclamado cónsul, lo encontraron trabajando con sus propias manos en su pequeña granja, y Marco Régulo, al mismo tiempo que mandaba los ejércitos de Africa, pedía permiso para ausentarse con el fin de acudir a una casa de campo que había sufrido daños a manos de sus propios trabajadores. Así resulta que aquellos ciudadanos hacían la guerra sin otra ambición que la gloria que la guerra proporciona”. “Cuando estos ciudadanos reciben el encargo de tomar el mando de un ejército, su grandeza de alma destaca por encima de todos los príncipes. No se preocupaban ellos de monarquías ni de repúblicas, jamás nada les produjo terror ni alarma, y a su retorno a la vida privada, vivieron frugal y humildemente, atendiendo a sus escasos bienes, obedeciendo a los magistrados, reverenciando a sus superiores, en forma tal que parece imposible que una y la misma mentalidad pueda sufrir tantos cambios”.

Con lo dicho podemos dar por terminado nuestro análisis de los *Discorsi*, limitándonos simplemente a hacer notar que muchos capítulos del libro segundo, y algunos del tercero, están consagrados al arte de la guerra, y que Maquiavelo consideró que eran una parte esencial del arte de gobierno. Sin embargo, como quiera que él mismo ha escrito un trabajo especial sobre la guerra, que contiene un desarrollo más completo de las mismas ideas, lo mejor será explicar estas ideas en su lugar adecuado.

NOTAS AL CAPITULO XVI

1. Véase carta XXVI, en las *Opere*, vol. VIII, páginas 93 y siguientes. En esta carta, después de referir a su amigo Vettori cómo había redactado su obra, Maquiavelo sigue diciendo: “Filippo Casavecchia la ha visto; puedo informar a usted extensamente sobre la misma, y sobre las conversaciones que he tenido con él sobre ella, aunque todavía estoy revisándola y puliéndola” (pág. 96). Esta célebre carta apareció en el Códice LVIII., 47, de la Biblioteca Barberini de Roma, y tiene fecha de 10 de octubre de 1513, como se hizo notar en la página XXXVII del prólogo a las *Opere*, cuyos editores fueron los primeros que la publicaron. Hemos verificado personalmente esta fecha, pero los editores de las *Opere*, después, y sin darme razón alguna para el cambio, imprimieron la carta con fecha de 10 de diciembre. Por nuestra parte creemos que la razón de ello fué que Francesco Vettori sólo acusó recibo de esta carta el 24 de diciembre, en tanto que en otra carta anterior, que lleva fecha de 23 de noviembre, declara que la última carta que recibió de Maquiavelo fué la de 26 de agosto, la carta que contenía la fábula del león y del oso. Véase edición italiana, Apéndice (II), documento 17.

2. El capítulo II de *El príncipe* empieza así: “Ahora dejaré de hablar de las repúblicas, porque hablé de ellas extensamente en otra parte. Solamente me ocuparé ahora del *principato*”, etc. (*Opere*, vol. IV, pág. 2.) Los *Discursos* contienen

citas frecuentes del *Príncipe*. En el capítulo I del libro II, leemos lo siguiente: "En este capítulo será necesario presentar el procedimiento seguido por el pueblo romano para invadir los territorios de otros pueblos, puesto que no hemos hablado de ello extensamente en nuestra obra sobre los principados en los que se discute ampliamente esta cuestión". (*Opere*, vol. III, pág. 183). En el capítulo XIX del libro III, después de decir que el príncipe debe abstenerse de tomar los bienes de otras personas con más cuidado incluso que debe poner en evitar el derramamiento de la sangre de ellas, agrega: "Como se ha discutido extensamente en otra obra sobre esta materia". (*Ibid.*, pág. 377.) En el capítulo XLII del libro III, después de decir que los príncipes no mantienen sus promesas cuando los supuestos que sirven de fundamento a éstas han desaparecido, sigue diciendo: "En nuestra obra sobre el príncipe hemos discurrido ampliamente sobre si esto debe ser motivo de alabanza o de vituperio, y sobre si procedimientos similares deben ser o no observados por un príncipe, por lo que en este momento no hablaremos más de esta cuestión". (Pág. 437.)

De todo esto resulta que cuando Maquiavelo estaba redactando *El príncipe* había ya hablado extensamente de las Repúblicas en los *Discursos*. De hecho, encontramos citados éstos en la página 2ª del *Principi*, en tanto que primeramente cita *El príncipe* en la página 183 de los *Discursos*; esto es, al principio del libro II. El señor Carlo Giuda, en su obra *Maquiavelo y sus obras* (Florencia, Barbera, 1874), dice al mencionar las citas de los *Discursos* que se encuentran en *El príncipe*: "Esta frase, según Artaud, se modificó cuando los Médicis concedieron licencia para imprimir el libro; pero no se encuentra en la copia de 1513, año en el que Maquiavelo no había redactado aún los *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*; y debe haberla agregado algunos años más tarde, es decir, después de haber revisado y pulido esta obra (pág. 292). Pero ¿dónde está esta copia, que tiene fecha 1513, de la que falta la frase? De esto no hablan ni Artaud ni Giuda, y no hay datos para contestar a la pregunta. (Véase Artaud, *Maquiavelo, su genio, etc.*, vol. I, pág. 285, nota I.) Además Artaud, al que se refiere Giuda, es un autor de escasa autoridad y de poca exactitud. Existen dos copias apócrifas del *Príncipe* que a nosotros y a muchos otros autores nos parecen escritas de puño y letra de Buonaccorsi: una en la Biblioteca Laurentiana (código XXXII, folio XLVI); la otra, en la Biblioteca Ricardi (código 2603); ambas contienen la frase citada. La primera aparece redactada en esta forma: "Prescindiré de hablar de las Repúblicas, puesto que en otra ocasión he hablado de este tema extensamente". Otra copia de la misma época que se conserva en la Biblioteca Barberini en Roma, código LVI, 7, contiene también la misma cita.

3. En el capítulo X del libro II, de los *Discorsi* (pág. 213), Maquiavelo habla de la guerra entre los florentinos y el duque de Urbino en 1517 y hace notar que "hace algunos días el Papa y los florentinos juntos no habrían tenido dificultad para derrotar a Francesco Maria, sobrino del Papa Julio II, en la guerra de Urbino". En el capítulo XXIV, del mismo libro, página 271, se hace mención de Ottaviano Fregoso, que destruyó la fortaleza de Génova y que después rechazó los ataques del enemigo. Ahora bien, como este acontecimiento tuvo lugar el año 1521, es claro que el autor tardó mucho más tiempo en escribir los *Discorsi*.

4. Incluso Herr Karl Knies, en su artículo *Der Patriotismus Machiavelli's* (*Preussische Jahrbücher*, de junio 1871), después de observar que si Maquiavelo pensó mal de la humanidad, Martín Lutero y la Reforma empezaron por no tener fe en la bondad humana, termina diciendo que nosotros encontramos así la misma idea del hombre, tanto en lo que se refiere a la política como en lo que se refiere a la religión.

5. Esto fué observado por Herr Leo, refiriéndose a la carta de fecha 26 de agosto de 1513, citada por nosotros, en la que Maquiavelo replicó a Vettori que había citado a Aristóteles dirigiéndose a él. "Tampoco sé yo lo que Aristóteles pueda haber dicho respecto al tema de las repúblicas divididas; pero puedo formarme una buena idea de lo que razonablemente pueda ser, de lo que es, y de lo que ha sido". (*Opere*, vol. VIII, pág. 90.)

6. Es suficiente abrir la *Política* de Aristóteles para llegar a esta conclusión. Véase la importante obra sobre este tema: *Die Staatslehre des Aristoteles in historisch-politischen Umrissen* del profesor Wilhelm Onken, segunda mitad. Leipzig.

Engelmann, 1870 y 1875. Véase además un folleto del mismo autor titulado: *Aristoteles und seine Lehre vom Staat*, Berlín, 1870.

7. Estas ideas, que pueden considerarse elementales, aparecen expuestas en las obras más conocidas. Véase *Teoría General del Estado*, por M. Bluntschli, libro I, capítulo III; *Historia del Desarrollo de la idea del Estado*. El mismo autor ha proporcionado también una explicación de la diferencia entre el Estado de la Edad Media y el Estado de la Edad Moderna en su discurso: *Ueber den Unterschied der mittelalterlichen und der modernen staatsidee*. München, 1875. Véase también Teodoro Woolsey: *Political Science or the State theoretically and practically considered*, London, Sampson Low, parte segunda, capítulo I, que trata de *Opiniones sobre la naturaleza y origen del Estado*.

8. Véase Robert von Mohl en su excelente estudio *Die Machiavelli literatur*, que forma parte de su gran obra *Die Geschichte und literatur der Staatswissenschaften* (Erlangen, Enke, 1855-1858, en tres volúmenes); véase el vol. III, página 539).

9. Sobre este tema no estamos totalmente de acuerdo con el profesor Oncken.

10. Esto ha sido bien precisado por el profesor Oncken, que en este aspecto debía, a nuestro juicio, haber reconocido en forma más explícita los progresos hechos por la ciencia política durante el Renacimiento.

11. La semejanza que encontramos entre la sucesión de Gobierno tal como ella aparece definida en la *Scienza Nuova* de Vico y los *Discorsi* de Maquiavelo no pueden producirnos asombro, puesto que ambas teorías se derivaron de la historia de Roma y ambas fueron tal vez sugeridas por los autores de la antigüedad. Además, incluso para ciertos autores modernos, la teoría sólo es admisible en parte. Sir Henry Maine, en su excelente obra sobre *Derecho Antiguo* (London, Murray, 1878, capítulo I, págs. 10-11), nos dice que: "El supuesto de que una era histórica de aristocracias sucedió a otra era histórica de reyes heroicos, puede ser considerada cierta, si no respecto a toda la humanidad, en todo caso, al menos, de todas las ramas de la familia de naciones indoeuropeas". Y poco tiempo antes, hablando de los patricios que sucedieron a los reyes, dice: "A menos que fueran prematuramente derrotados por el partido popular, todos ellos, en definitiva, se aproximaron muy de cerca a lo que ahora deberíamos entender por aristocracia política".

12. Véase edición italiana (apéndice II, documentos XVIII). El profesor Triantafyllis, en su folleto *Nicolas Maquiavelo y los escritores griegos*, Venecia, 1875, págs. 9 y siguientes, transcribe el pasaje original de Polibio y el fragmento de Maquiavelo, para probar de nueva cuenta su identidad con el original griego.

13. Sobre este punto es conveniente citar la obra de un joven autor, titulada: *Del Governo Popolare in Firenze (1494-1495)*, secondo il Guicciardini, por el doctor Amadeo Crivellucci, Pisa, Nistri, 1877, págs. 102 y siguientes. Contiene algunas observaciones precisas respecto a la forma en que la idea del gobierno mixto se difundió en aquella época.

14. Aunque todo cuanto hemos establecido respecto a esta cuestión no necesita ser corroborado, puesto que es absolutamente evidente, podríamos todavía citar ciertas palabras de un autor de gran autoridad como historiador. Véase Herr Schwagler (*Römische Geschichte*, vol. I, cap. II, párrafo 29).

15. *Discorsi*, libro II, cap. II, págs. 188-189. En la excelente obra de Lecky: *Historia de la moral europea* (dos volúmenes, London, Longmans, 1869), hay ciertas páginas que casi parecen copiadas de Maquiavelo. El concepto fundamental expuesto frecuentemente por Mr. Lecky sobre este tema es evidentemente igual al expuesto en los *Discorsi*. "Un examen superficial demostrará que las civilizaciones cristianas han sido tan inferiores a las paganas en lo que se refiere a virtudes cívicas e intelectuales como han sido superiores a ellas por lo que se refiere a las virtudes de humanidad y de castidad. Hemos visto ya que un aspecto notable del movimiento intelectual que precedió a la cristiandad, fué la decadencia gradual del patriotismo", etc. (Vol. II, pág. 148.)

16. Los autores alemanes han censurado con frecuencia a Maquiavelo por su juicio respecto a César, expuesto repetidas veces por él. No hay duda de que en aquella época había formulado un juicio muy distinto sobre el carácter y la conducta de Julio César, especialmente desde todo cuanto se ha escrito respecto a él por

Teodoro Mommsen. No debemos, sin embargo, olvidar que era la opinión general de él en otra época, hasta el fin del siglo último y casi hasta hoy.

17. Aunque menciona después a Grecia, debe notarse que aquí no la nombra. Para él la antigüedad se limitaba con mucha frecuencia a Roma y al imperio de Constantinopla.

18. Es evidente que él había entonces leído lo que Aristóteles había escrito sobre *Repúblicas divididas*, de lo que Vettori le había hablado a él, y que esta creencia exagerada en el futuro poder de los suizos disminuyó en cierta medida.

CAPITULO XVII

"EL PRÍNCIPE"

Hemos visto que Maquiavelo, habiéndose retirado el año 1513 a su villa cerca de San Casciano¹ y habiéndose consagrado al estudio, no solamente empezó los *Discursos*, en cuya obra trabajó durante mucho tiempo en forma intermitente, sino que durante el mismo año escribió toda su obra *El príncipe*, cuya significación e intenciones han provocado tantas interminables disputas. Como hemos hecho notar en otra parte, los *Discursos* contienen, por así decir, el germen de todo el contenido de *El príncipe*, que expone con mucha más extensión uno de los muchos temas tratados en la primera de las obras citadas, pero no se propone ningún fin práctico inmediato, aparte de los objetivos científicos y teóricos que la obra se proponía. En realidad, es esta doble tendencia de *El príncipe* lo que ha dado lugar a tantas disputas, puesto que muchos comentaristas solamente percibieron sus finalidades prácticas, y exageraron éstas en tal medida que descubrieron en el libro muchas cosas que en realidad éste no contiene.

En el curso de sus meditaciones políticas, Maquiavelo nunca se limitó a la exclusiva contemplación de los griegos y de los romanos; prestó además mucha atención a la vida real, con vistas a la realización de una parte de sus ideas. Por esta razón él, que se había contentado con su puesto de secretario de la República, se sentía ahora miserable, condenado a la inactividad y a la pobreza, y extraordinariamente impaciente por obtener alguna ocupación u oficio que una y otra vez se le escapaban de las manos. Fué un observador del nacimiento y desarrollo maravilloso, que siguió paso a paso, del poderío y fortuna de los Médicis en Italia.

Había llegado el momento de resolver el problema que tantas veces había estudiado, de cómo fundar un nuevo Estado por medio de un nuevo príncipe. En primer término, tal príncipe debía ser capaz de dotarlo de unidad, fundiendo varias provincias en una sola entidad y logrando esta fusión incluso por la fuerza, por la violencia, sin reparar en el derramamiento de sangre; no teniendo escrúpulos de ninguna clase y proporcionándole un ejército propio. Entonces sería fácil ampliar sus fronteras y engrandecer sus dominios, mientras los súbditos nuevamente conquistados no fuesen injustamente oprimidos, ni parcialmen-

te sacrificados en beneficio de otros, como había sucedido hasta entonces en algunas Repúblicas.

La verdad de todo esto queda esclarecida sin sombra alguna en sus cartas privadas. Al principio de 1515 volvió a circular como supuesto positivo el viejo rumor de que Giuliano dei Medici iba a ser designado señor de Parma, Módena, Piacenza y Reggio, y además el de que Paolo Vettori, el hermano de Francesco, iba a ser designado gobernador del nuevo Estado. Como consecuencia de esto, el 31 de enero, Maquiavelo envió una carta a Francesco Vettori sobre el tema de las dificultades que entrañaba el gobierno de un nuevo Estado, especialmente cuando éste estaba formado por diversas partes que antes pertenecieron a estados distintos. "Ello es necesario —decía— para convertir aquellas diversas partes en miembros de un solo organismo y para dar unidad a éste. Esto puede lograrse, bien yendo a residir allí en persona, o enviando a un gobernador especial que sea capaz de conquistar la obediencia de todos los súbditos. Si Giuliano permanece en Roma, como al parecer está dispuesto a hacer, y si envía un gobernador a cada lugar, todo será desunión y confusión. El duque de Valentinois, cuyas hazañas yo trataría de imitar siempre si yo fuera un nuevo príncipe, dándose cuenta de esta necesidad, nombró a messer Rimino,² presidente de Romaña, que adoptó medidas que provocaron la unidad de aquellos pueblos, sometidos a su autoridad, simpatizando con su gobierno y expresando una confianza absoluta en él; y todo el amor que ellos le habían profesado, que era muy grande teniendo en cuenta su novedad, fué conquistado por aquella medida. Yo creo que esto puede fácilmente merecer crédito, por razón de su verdad. Y si yo fuera empleado por vuestro Paolo, esto sería un medio no solamente de hacerme conocer por el Signore Magnifico, sino de toda Italia... Yo creo que es oportuno informar a usted de esta cuestión para que, conociendo mi razonamiento, pueda, en caso necesario, ayudarme en este asunto".

Esta carta demuestra claramente que aunque *El príncipe* era esencialmente una obra teórica, la primera idea que inspiró la misma se inspiraba a su vez en la idea de formar un nuevo Estado en Parma y en Módena o en otra parte, en beneficio de Giuliano. Y no menos evidente que, según la idea de Maquiavelo, esta concepción estaba naturalmente y casi necesariamente personificada en César Borgia. Con arte supremo y con enorme energía, Borgia había establecido rápidamente su Estado en Romaña, lo había organizado y armado; inmediatamente volvió su atención a empresas más importantes, para extender su dominio sobre toda la Italia central. El patriotismo y la imaginación de Maquiavelo se inflamaron; la personalidad del duque asumió proporciones gigantescas, y se transformó en la figura típica del fundador de un nuevo reino, de una nueva Italia. Este fué el ejemplo que él propuso a los Médicis, y ésta la finalidad para la que se escribió *El príncipe*.

Otra carta, y sin duda la más elocuente y bella de todas cuantas salieron de la pluma de Maquiavelo, fué la escrita el 10 de diciembre de 1513, y dirigida también a Vettori. En ésta hace primeramente una

descripción de la vida que hacía en su rústica soledad, y sigue explicando, con la mayor precisión y franqueza, en qué forma y con qué objeto se dedicaba a la composición del folleto, como él lo llama, que él acababa de terminar, y que todavía estaba corrigiendo y puliendo. "Desde mi último infortunio, he llevado una vida apacible en el campo, y teniendo en cuenta todo, no he pasado veinte días en Florencia. He pasado septiembre cazando con trampa; pero al final del mes, incluso este deporte, que no es muy divertido que digamos, me fracasó también. Me levanto a la salida del sol y me meto en los bosques durante un par de horas para observar el trabajo de anteayer, y paso algún tiempo con los leñadores, que siempre tienen alguna desventura que contarme, ya sea suya propia o de alguno de sus vecinos. Al dejar el bosque me voy a una fuente y desde allí me dirijo a mi *uccellare*² con un libro bajo el brazo, ya sea Dante, Petrarca, o uno de los poetas de tono menor, tal como Tibulio, Ovidio, etc. Leo sus alucinaciones amorosas y la historia de sus amores, recordando los míos, y en estas meditaciones paso las horas placenteramente; después me traslado a la posada por la carretera adelante, converso con los transeúntes, les pido noticias de los lugares de donde vienen, escucho lo que me cuentan, y tomo nota de la diversidad de gustos y modos de ver las cosas que tiene la gente. Así llega la hora de comer cuando en compañía de mi gente engullo cualquier cosa que este pobre refugio mío y mi escaso patrimonio me permiten. Terminada la comida, regreso a la posada. Allí me encuentro generalmente con el posadero, con un carnicero, con un molinero y con un par de albañiles. Paso con ellos el resto de las horas del día, jugando *cricca* y *tric trac*,⁴ lo que da lugar a interminables disputas y a intercambiar muchas palabras gruesas, y generalmente todas nuestras querellas no tratan de ventilar diferencias de más de unos cuantos céntimos, pero nuestros gritos se oyen en San Casciano. Metido en esta degradación mi carácter se oxida, y lanzo mi irritación contra la suerte perversa, contento sin embargo de sucumbir en tal forma sin apenas avergonzarme de ello. A la caída de la noche regreso a casa y busco mi escritorio, y, despojándome en el umbral del mismo de mis atavíos rústicos, manchados de lodo y cieno, me visto con traje de cortesano, y así convenientemente vestido, penetro en las antiguas cortes de los reinos antiguos, donde soy cordialmente recibido y donde me alimento con la comida que sólo yo tomo y para la que en realidad nací, y no me avergüenzo de discutir con ellos ni de investigar los motivos de sus actos; y aquellos hombres llenos de humanidad, me contestan, y durante cuatro horas no advierto signos de cansancio, ni me acuerdo de las dificultades, ni temo la pobreza, ni temo la muerte, porque todo mi ser está absorto en ellos. Y puesto que Dante dice que no puede haber ciencia sin retener lo que se oye,⁵ he tomado nota de aquello que he creído interesante entre lo que escuché en conversaciones que valen la pena, y compuso un folleto, *De principatibus*, en el que me sumerjo tan profundamente como puedo pensando sobre este tema, discutiendo la naturaleza del principado, de las diversas formas de éste, cómo puede adquirirse cada una de ellas, cómo cada una de ellas se sostiene y por-

qué se pierden. Y si alguna vez os ocuparais de algunos de mis escritos, seguramente que no os desagradaría, y seguramente también que los mismos serán una gran novedad para un nuevo príncipe; por cuya razón lo dedico a Su Magnificencia, Giuliano. Filippo Casavecchia⁶ lo ha visto, y puede daros detalles de la obra en sí, y de las conversaciones que yo tuve con él sobre la misma, aunque todavía estoy dedicado a revisarla y a pulirla”.

Tan completa resulta la prueba proporcionada por este pasaje, que no podemos comprender cómo después de haberlo leído una vez se puede discutir tanto respecto a supuestas intenciones ocultas del *Príncipe*. No importa cuál fuera la ocasión que sugirió por primera vez la idea del libro, es claro que Maquiavelo no lo escribió por conveniencias del momento, ni con la finalidad de dedicarlo a los Médicis, sino simplemente para resumir en la obra la prolongada experiencia de una meditación madura sobre la historia y la naturaleza del tema. Una vez terminada, sin embargo, pensó que podría resultar beneficioso dedicarla a los Médicis.⁷ “Porque estoy agotado y no puedo continuar mucho tiempo en esta forma sin caer en una situación lamentable de extrema pobreza; además yo quisiera que esos señores Médicis deberían tomarme a su servicio, incluso aunque para empezar me destinen a picar piedra, porque si no logro entonces conquistar su favor, no tendría en tal caso que censurar a nadie más que a mí mismo. Y respecto a esto mío, sólo con que mi trabajo se leyese, se advertiría que no he perdido el tiempo ni me he dormido, durante los quince años que he consagrado al estudio del arte de gobernar, y que todo el mundo estaría contento de poder utilizar los servicios de un hombre que ha adquirido tanta experiencia a expensas de los demás. Y ni debe haber duda alguna respecto a mi buena fe, puesto que, habiendo sido leal constantemente, apenas puede creerse que yo sea capaz de ser desleal, y quien como yo ha sido honesto y leal durante cuarenta y tres años, no corre riesgo de poder cambiar su naturaleza, y mi pobreza es el testimonio de mi buena fe y de mi honestidad”.

Consecuentemente, una vez que el libro quedó terminado, Maquiavelo pensó dedicarlo a Giuliano sin pérdida de tiempo, pero vaciló respecto a la oportunidad de hacerlo así; dudó también de si los Médicis lo leerían y pidió a Vettori que le aconsejase sobre la materia. Y vaciló hasta que Giuliano murió (1516) antes de presentar el libro, y la epístola dedicatoria escrita por él que fué después dirigida a Lorenzo; pero no sabemos si él la vió alguna vez o la aceptó.

En la carta dedicatoria dirigida a Lorenzo, Maquiavelo dice que, con la esperanza de ganar su favor principesco, le ruega que le ofrezca su posesión más preciosa, es decir, el conocimiento de las hazañas de los grandes hombres, adquirido por una prolongada experiencia de los asuntos contemporáneos, y por el estudio continuado de los asuntos de épocas pasadas. Por consiguiente, se propone enseñarle en poco tiempo aquello que él (el autor) ha adquirido a costa de infinitas dificultades y esfuerzos. No debe él ser acusado de presuntuoso, puesto que del mismo modo que las montañas se ven mejor y con perspectiva

más clara desde las llanuras, como las llanuras se divisan mejor desde las montañas, así también, para comprender enteramente al pueblo, es preciso ser príncipe, y para comprender enteramente a los príncipes es necesario pertenecer al pueblo.

Esta breve obra, *El príncipe*, que se compone de veintisiete capítulos, es sin duda el fruto de los mejores esfuerzos de Maquiavelo. Como el tema es muy preciso y está bien definido, no queda espacio para digresiones y repeticiones que abundan en los *Discursos*. Vemos surgir a un gobernante y adoptar una forma concreta en la mente del autor, por la misma razón, según el mismo proceso y con las mismas características con que lo vemos surgir y tomar forma en la vida real entre los diversos y asombrosos desórdenes políticos del Renacimiento, frente al caos medieval, que forma, por así decir, el cuadro de fondo de la fotografía, y que lenta pero seguramente retrocede a gran distancia. Los diversos procedimientos por los cuales la tiranía, inevitable en el Renacimiento, elimina de la sociedad las influencias medievales y pone los fundamentos del Estado moderno, son precisamente aquellos que, según Maquiavelo, el príncipe *se ve obligado* a adoptar. Y debido a la gran semejanza que existe entre la creación del autor y las realidades efectivas, el personaje que describe ante nosotros —por detestable que pueda parecer a la luz del pensamiento moderno —adquiere una especie de trágica verdad que nos abruma al mismo tiempo con terror y asombro.

Al escribir *El príncipe*, Maquiavelo estaba totalmente dominado por el carácter moderno y nacional del tema de la obra, que, contrariamente a su costumbre habitual, tomaba casi todos sus ejemplos de la historia contemporánea. Fernando el Católico, Luis XII, Francesco Sforza, Alejandro y César Borgia, todos bien conocidos y casi todas figuras familiares en Italia, eran los tipos a los que él interrogaba y los que a su vez le proporcionaban contestaciones. Además, siempre que, por una costumbre inveterada, tenía la oportunidad de referirse a la anti-güedad, se sentía obligado, por así decir, a alegar alguna excusa: "Yo no deseé prescindir de los ejemplos tomados de Italia y de la época moderna; sin embargo, no puedo menos de mencionar a Herón de Siracusa." Y continúa capítulo tras capítulo con exactitud lógica y con dición rápida, tersa, elocuente y la mayor parte de las veces clarividente. Cada página resplandece por su belleza y su estilo, y el conjunto parece a veces una obra de arte, con casi un poder dramático para transportarnos al capítulo final, en el que, en vez de la catástrofe del drama lúgubre, encontramos la apoteosis de la nueva Italia, del país unido y redimido. La célebre exhortación final al tirano transformado en el redentor príncipesco, es el mensaje más elocuente de toda la literatura italiana.

Maquiavelo empieza declarando que después de hablar de las repúblicas en otra parte, ahora se propone tratar solamente de los principados, que divide en dos categorías: los hereditarios y los nuevos. Estos los subdivide, a su vez, en principados enteramente nuevos, y los que sólo son nuevos en parte. En los primeros el príncipe funda un Estado absolutamente nuevo, y toma posesión de nueva cuenta del mismo; en los últimos, por el contrario, denominados principados mixtos,

se anexiona alguna provincia nueva a un viejo Estado. Los estados de este último tipo fueron muy numerosos durante el Renacimiento, porque se formaron grandes reinos que se ampliaron por conquista. En seguida trata el tema de los nuevos estados en general. Estos, en verdad, forman el tema principal del libro, del cual los mismos sugirieron la idea primaria; además, como ofrecen mucho mayores dificultades que los estados hereditarios, se precisa un estudio más profundo para llegar a conocerlos, mayor capacidad para su buen gobierno. "La conquista, en realidad, agravia a muchas gentes; y quienes se benefician de ella esperan de la misma más de lo que puede producir el cambio".

"Cuando, sin embargo —continúa diciendo Maquiavelo—, la provincia recién adquirida es muy similar a aquella a la que se incorpora, surgen menos dificultades; y para vencer éstas, es suficiente conservar las viejas costumbres y verter la sangre del antiguo príncipe. Pero cuando todo pasa de modo distinto, entonces surgen grandes y múltiples dificultades. En tal caso es necesario o que el príncipe fije su residencia personal en el Estado, o que establezca colonias de nuevos pobladores en sus principales lugares, los cuales, aunque perjudiciales para aquellos que son despojados de sus casas y tierras, al menos neutralizan su capacidad ofensiva y conservan sometidos a los demás, por temor de sufrir la misma suerte. Y es una regla general que los hombres tienen que sufrir la muerte o ser atraídos por el afecto, porque pueden vengarse por injurias leves, pero no por injurias graves, por lo cual la injuria debe ser tan grave que sobrepase todo riesgo de represalias."

El capítulo VI nos lleva al meollo del tema principal de la obra, empezando por tratar del nuevo príncipe de un Estado nuevo. "Tales estados —dice Maquiavelo— dependen sobre todo de los méritos del príncipe; y por consiguiente es casi seguro que depende más de sus propios méritos que de su buena fortuna, aunque esta última es tan necesaria como sus méritos. Moisés, Rómulo, Ciro y Teseo debieron a la fortuna la oportunidad de hacer gala de las virtudes que concurren en ellos; pero las unas habrían sido inútiles sin la otra. En todo caso, no hay empresa de gobierno más difícil, ni ninguna otra empresa de éxito tan dudoso, como la de convertirse en jefe de instituciones nuevas y poner éstas en marcha. En primer término es necesario comprobar si estos innovadores dependen de la fuerza de otros o de su propia fuerza; es decir, si deben apoyarse en otros o ser capaces de ejercer su propio poderio. En el primer caso las cosas no les van del todo bien, en el segundo casi siempre triunfan; y esta es además la razón por la que algunos profetas armados resultaron siempre victoriosos, mientras que los desarmados, como Savonarola, fueron derrotados. Respecto a quienes alcanzan el principado por medio de la fortuna, suelen llegar a él con poca dificultad y como si tuviesen alas; pero sólo pueden conservarlo a través de extraordinarias dificultades, porque quedan a merced de quienes les ayudaron a elevarse. Por consiguiente, después de haber obtenido el Estado por su buena suerte, pueden ser capaces de proporcionarle el fundamento de que antes carecían, por medio de su propia

virtud, lo cual se ve que sucede eventualmente, aunque no sin dificultad para el arquitecto ni sin riesgo para el edificio”.

Y en seguida nos sentimos naturalmente inclinados a contemplar la trágica figura de César Borgia, que conquistó su Estado por medio de su padre y que lo perdió con él. “Pero apenas lo hubo conquistado cuando, para dejarlo establecido sobre bases sólidas, hizo todo cuanto tenía que hacer un hombre virtuoso y prudente, puesto que no pueden ofrecerse mejores preceptos a un nuevo príncipe que los que sugieren el ejemplo de sus acciones. Porque si, como consecuencia, estas medidas no le sirviesen a tal fin, ello no se debería a falta ninguna suya, sino a una suerte extraordinariamente mala. Alejandro VI no empezó a integrar un Estado para su propio hijo en un lugar distinto de Romaña, donde Faenza y Rimini estaban bajo la protección de los venecianos, los cuales, por consiguiente, opusieron resistencia. En consecuencia, se vió obligado a sacar provecho del descenso de los franceses que él había provocado. Pero apenas el duque de Valentinois se hizo en tal forma dueño de Romaña, cuando se dió cuenta de que si deseaba seguir adelante con las fuerzas de que disponía tal vez podía fracasar en cualquier momento. En realidad, cuando quiso asaltar Bolonia, encontró la oposición del rey, y los Orsini, aunque aliados suyos, se manifestaron muy fríos sobre la empresa; y cuando, después de apoderarse del ducado de Urbino, trató de entrar en Toscana, el rey lo impidió de plano. En seguida el duque decidió empezar la formación de un ejército propio, y ganar para su causa a los partidarios de los Orsini, esperando entre tanto la oportunidad de condenarlos a muerte, oportunidad que se le presentó no mucho después, y de la que él sacó el mayor partido posible.

“Y puesto que este aspecto de su conducta es digno de mención, y merece ser imitado por otros, no dejaré de destacarlo”, dice Maquiavelo. “Romaña estaba a merced de saqueadores y criminales de toda laya, especialmente por culpa de los príncipes que habían gobernado el país y que, siendo pobres, y tratando de vivir como ricos, habían recurrido a toda clase de latrocinios y de actos deshonestos. Y entre otras cosas, elaboraron leyes, que después ellos mismos inducían a violar, con la finalidad de lucrarse con las multas que imponían a los transgresores. Quienes en tal forma se empobrecieron desarrollaron prácticas similares con otros menos poderosos que ellos. De aquí se derivan constantes derramamientos de sangre y actos de desquite. Así fué necesario establecer el orden y la paz en el país. Después el duque les envió, con poderes absolutos, a un tal messer Ramiro d’Orco, hombre extraordinariamente cruel y decidido, que en muy poco tiempo estableció la paz y la unidad en el país. Hecho esto, ya no parecía necesaria su autoridad excesiva y excepcional, ni la crueldad de que messer Ramiro había hecho gala, y de la que todavía continuaba abusando, resultaba ya entonces peligrosa. Por consiguiente, el duque suprimió aquel puesto, y en su lugar estableció un tribunal ordinario de justicia, en el que cada ciudad de Romaña tenía su tribunal propio, bajo la presidencia de un hombre magnífico, discreto y prudente. Y para persuadir a los hombres de que las severidades puestas de manifiesto en forma alguna procedían de él,

sino que eran producto exclusivo del carácter perverso de su ministro, hizo que este último apareciese una mañana cortado en dos trozos en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo sangrante entre ellos. Este espectáculo feroz produjo en la población una mezcla de satisfacción y regocijo. Pero ahora volveremos a nuestro punto de partida". Y así resume friamente Maquiavelo su razonamiento principal.

"El duque —continúa Maquiavelo— tenía ahora que pensar en liberarse de la supremacía de Francia; por consiguiente, buscó nuevos partidarios, y empezó en seguida a adoptar una actitud fría hacia los franceses y vacilante ante la llegada de los españoles. Y habría tenido un éxito total si la muerte de Alejandro no hubiese interrumpido la realización de sus planes. No solamente había previsto la muerte del Papa, sino incluso la posibilidad de que el sucesor de éste le fuera hostil, y lo había preparado todo para su defensa, esforzándose por desembarazarse de los señores a quienes había despojado, matando a todos cuantos pudo de entre ellos, y previendo y ordenando todo, en tal forma, que el Colegio de Cardenales, cuyo número de componentes había ya disminuído, había sido en su mayor parte ganado por él, y el Estado de Romaña podía decirse que estaba bien seguro y que quedaba sólidamente establecido."

Y después de esto, como si César Borgia no hubiese sido suficientemente malo, Maquiavelo sigue hablando de quienes alcanzan la posición de un príncipe, no por medio de la fortuna, sino simplemente por procedimientos infames. A este efecto ofrece dos ejemplos que son suficientes para ser imitados por quienes se vean impelidos a poner en práctica procedimientos similares. Y el primer ejemplo citado es aquel al que con tanta frecuencia alude, del siciliano Agátocles, que "habiéndose convertido en pretor de Siracusa, por sus excelentes condiciones militares, y habiendo buscado primero la amistad de los cartagineses, reunió después al pueblo y al senado e hizo que todos los senadores y líderes populares fuesen acribillados por su soldadesca. Así quedó establecida su propia seguridad, y triunfó en toda la línea simplemente por sus propios actos.

El segundo ejemplo es el de Oliverotto da Fermo, educado por su tío el conde Giovanni Fogliani. "Se consagró a la profesión de las armas, y habiendo llegado a ser un comandante muy capacitado, se decidió a apoderarse de Fermo. Para ello escribió a su tío exponiéndole su deseo de entrar en la ciudad con cien caballeros para hacer gala de su esplendor, y su tío le dispensó una honrosa recepción, y lo alojó en su propio palacio. Oliverotto, después de preparar el complot con sus confidentes, invitó a su tío y a los hombres más notables de Fermo, a un banquete, y después asesinó a todos ellos de una vez. Después de lo cual recorrió a caballo la ciudad que ya era suya, y podría haberse convertido en un hombre formidable si el duque de Valentinois no hubiese ordenado su estrangulación." "Puede preguntarse —agrega Maquiavelo—: ¿cómo es posible que Agátocles permaneciese seguro de sí después de sus crímenes, cuando tantos otros tiranos terminaron de mala manera? Todo depende —se contesta a sí mismo— de que las

crueledades se cometan bien o mal. Puede decirse que una crueldad se ha producido bien, si pudiera hablarse así de los actos perversos, cuando se produce súbitamente para establecer una posición segura, y cuando no se prolonga más allá de lo necesario. Por el contrario, se pueden definir como crueldades innecesarias aquellas que se producen más allá del límite antes establecido. Es un requisito esencial calcular cuáles son las crueldades innecesarias, que se lleven a cabo de una sola vez, y después infundir seguridad en los ánimos, porque en otra forma el príncipe se ve obligado a estar siempre con la espada en la mano. Los agravios que se infligen repentinamente son menos resentidos, y por lo mismo producen menos agravio, en tanto que, sin embargo, producen todos los efectos deseados; los beneficios, por el contrario, deben ser conferidos en forma gradual, para que sean mejor saboreados."

Sigue después tratando del principado civil, y una vez más repite que éste debe estar basado en el apoyo popular, sin el cual ningún gobierno tiene base segura. Y resulta extraordinariamente peligroso confiarlo a los nobles, que siempre están dispuestos a convertirse en dueños. En todo caso, sin embargo, la fuerza principal de los estados descansa en los ejércitos, puesto que por encima de todo es necesario disponer de los medios adecuados para rechazar a los enemigos y someter a los súbditos. Tal es la principal significación de todo gobierno, según Maquiavelo, que desdén e incluso olvida examinar los diversos elementos mixtos que constituyen el Estado y la sociedad, tales como la religión, la cultura, el comercio y la industria. A veces, parece casi como si, para atraer la atención exclusiva sobre el Estado y sobre la fuerza del Estado, Maquiavelo se esforzase en separar a éste de la sociedad y del individuo, y estuviese dispuesto a sacrificar a ambos a su prosperidad, sin darse cuenta perfecta de que en tal forma todo se vendría abajo. En todo caso las armas y la política fueron su único y constante pensamiento. Sin la fuerza armada y sin una gran sabiduría política, ningún Estado puede sostenerse mucho tiempo.

Y a continuación hay tres capítulos sucesivos consagrados al estudio de los armamentos que necesita el príncipe; y para Maquiavelo, esta era una cuestión de la mayor importancia, puesto que estaba acostumbrado a suponer que los buenos ejércitos suponen también la existencia de buenas leyes, y que donde faltan aquéllos tampoco se encuentran éstas. "Los ejércitos, por consiguiente, se componen de mercenarios, de auxiliares, y de fuerzas nacionales. Los primeros son siempre extraordinariamente peligrosos, puesto que suelen fallar en el momento de la prueba decisiva, como resultó claramente demostrado en Italia, tan pronto como los extranjeros caen sobre el poder que los utiliza, con ejércitos propios. Solamente las repúblicas y los príncipes respaldados por ejércitos nacionales pueden inspirar seguridad. Y en verdad que sólo con grandes dificultades una república bien armada puede caer bajo las garras de un solo ciudadano, como lo demuestra el ejemplo de los suizos, todos los cuales están bien armados y disfrutan de completa libertad. Roma y Esparta duraron muchos siglos porque estuvieron bien armadas y porque fueron estados libres. Venecia y Flo-

rencia no recogieron otra cosa que continuos daños y peligros de las tropas mercenarias. Nuestros príncipes y sacerdotes, desconocedores de la guerra, tuvieron que recurrir a éstas, que al principio parecían extraordinariamente útiles; pero el resultado de los servicios que prestaron es que Italia fué dominada por Carlos, saqueada por Luis, coaccionada por Fernando e injuriada por los suizos. Entre nosotros las tropas mercenarias han destruído la infantería, que es siempre la espina dorsal de un ejército. Y esto se produjo porque unos cuantos soldados de infantería no bastan, y porque muchos cuestan demasiado; mientras, al contrario, una compañía libre se forma rápidamente con un número discreto de hombres en armas. La tropas aliadas son todavía más peligrosas puesto que tienen a su merced a quien las emplea y en cuyo auxilio vienen, y porque siempre abandonan a quienes las contratan, o le oprimen, o le causan algún otro mal". Después, volviendo a su ejemplo favorito, sigue diciendo: "No me cabe duda de que es oportuno citar a César Borgia y sus hazañas. Empezó con la ayuda de tropas auxiliares francesas; pero dándose cuenta de su peligro, recurrió a mercenarios que al menos eran pagados por y dependían de él; después, reconociendo la poca seguridad que le ofrecían, tuvo que descansar sobre fuerzas propias. La diferencia entre éstas y aquéllas se ve en seguida por la reputación que él adquirió tan pronto como descansó solamente en sus propios soldados y recursos. Por lo mismo, la formación de una milicia nacional debe ser la preocupación constante de los príncipes; deben consagrar toda su atención a ella, e incluso al leer la Historia se debe meditar en las hazañas de los grandes capitanes, para imitar su ejemplo."

En este punto, Maquiavelo plantea una cuestión más grave. Tratando de hablar en general de lo que puede producir alabanza o censura de los actos de un príncipe, dice que éste debe estar preparado para hablar de asuntos que han tratado antes muchos autores. Aquí alude menos a los escritores de la Antigüedad que a los de la Edad Media, tales como Egidio Colonna y Dante Alighieri; y para los intelectuales del siglo XVI, tales como Panormita, Poggio, Pontano y muchos otros que habían sostenido que los soberanos debían estar dotados de muchas virtudes y debían ser un modelo ideal de religión y de modestia, de justicia y de generosidad; pero Maquiavelo observa inteligentemente que, cuando se desea prestar un servicio real a quienes son capaces de comprenderlo, es mucho más oportuno "buscar la verdad práctica de las cosas, más bien que su simple apariencia".

¿Cuáles son entonces, al menos, las cualidades que, según Maquiavelo, debe poseer el príncipe? Su actitud de liberalidad en la que tanto han insistido los autores, especialmente respecto a los hombres de letras, no es una cualidad que deba registrarse en él como digna de nota, puesto que al hacer gala de ella no gasta su propio dinero, sino el de los demás, y de aquí que Maquiavelo prefiere que el príncipe sea parsimonioso; solamente con el botín de guerra tiene el príncipe derecho a ser generoso. ¿Es mejor que sea cruel o clemente, amado o temido? "En términos generales, es evidentemente mucho mejor que sea considerado

indulgente; sin embargo, la indulgencia no debe ser empleada en forma inconveniente. César Borgia era considerado como hombre cruel; pero aquella crueldad suya estableció el derecho en Romaña, unió al país y lo convirtió en Estado pacífico y de buena fe”.

Y a continuación encontramos el famoso capítulo, colmo de tantos agravios, sobre la cuestión de la lealtad o de la deslealtad. “Todo el mundo comprende —dice Maquiavelo— que es justo permanecer fiel a la palabra empeñada; sin embargo, la experiencia ha demostrado en nuestra propia época que los príncipes que han logrado grandes cosas son los que han tenido en poca estima la buena fe y los que han sabido deslumbrar la inteligencia de los hombres por medio de la astucia, y al fin han logrado más éxitos que aquellos cuyos actos se han inspirado en el sentimiento del honor.” Hay dos formas de combatir, una por medio del derecho, la otra por medio de la fuerza; la primera es propia del hombre, la segunda es la forma específica que utilizan las bestias feroces; y como la primera no siempre es eficaz, se hace con frecuencia necesario recurrir a la segunda. Por consiguiente, un príncipe debe aprender a poner en juego algo de la naturaleza de las bestias y de la naturaleza humana, idea que ciertamente los antiguos trataron de representar en la fábula de Aquiles educado por Chirón el Centauro. Un príncipe, además, debe saber cómo asumir la actitud bestial combinada del oso y del león, porque el león no puede defenderse contra las trampas, ni el oso contra los lobos... Quienes juegan alegremente el papel del león no comprenden los términos en que está planteada la cuestión. Por consiguiente, un príncipe discreto no puede ser fiel a la palabra empeñada, cuando tal actitud pueda resultar en su propio daño, y cuando las razones que le impulsaron a hacer la promesa de lealtad han desaparecido. Si todos los hombres fuesen buenos, este precepto no valdría nada; pero como quiera que los hombres son malos y no siempre son fieles a sus compromisos, no hay por qué sentirse obligado con ellos a cumplir los compromisos establecidos.”

Pero no es esto todo. No es necesario que un príncipe esté adornado de las buenas cualidades de las que nos hemos ocupado antes, aunque es altamente necesario que parezca que las tiene. “En verdad, me atrevería a decir que es perjudicial para él poseer tales cualidades y comportarse siempre de acuerdo con ellas, aunque es útil siempre que parezca adornado de ellas; como, por ejemplo, parecer piadoso, leal, humano, religioso, cabal, y ser todo esto; pero es bueno estar convencido de que cuando no es oportuno poseer aquellas cualidades, se debe saber cómo presentarse como persona enteramente distinta.” Y debe comprenderse también que un príncipe, especialmente un nuevo príncipe, no puede practicar todas las virtudes que forman la bondad de otros hombres, estando generalmente “obligado, para el mantenimiento de su Estado, a actuar contra la lealtad jurada, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religión. Por consiguiente, se advierte que su actitud mental se manifiesta dispuesta a cambiar como la veleta con la dirección del viento y en el sentido en que la impulsan las vicisitudes de la suerte; y como dije antes, si fuese posible, él practicaría la bondad,

pero bajo la presión de la necesidad está obligado a conocer la forma de hacer mal. Como consecuencia, un príncipe debe tener exquisito cuidado de evitar que de sus labios se escape palabra alguna que no esté saturada de las cinco cualidades arriba descritas, en forma tal que tanto en su aspecto como en sus palabras el príncipe pueda parecer todo piedad, lealtad, humanidad, integridad y religión. Y no hay nada más necesario que la aparente posesión de esta última cualidad, la religión, puesto que la masa de la humanidad juzga más bien por la visión que por el tacto, según todas las apariencias, en tanto que son pocos los capaces de sentir. Todo el mundo advierte lo que los demás aparentan ser; en cambio, son pocos los que se dan cuenta consciente de lo que realmente son los demás, e incluso estos pocos no se atreven a oponerse a la voz de la mayoría que tiene el poder del Estado en su favor... Dejemos que el príncipe decida entonces la forma de someter y dominar su Estado; los medios empleados por él se considerarán siempre honorables, y serán objeto de alabanza universal, porque la mentalidad de la gente en general va siempre alucinada por las apariencias y se siente atraída por el resultado final de las cosas... Un cierto príncipe de estos días, a quien preferimos no citar por su nombre, no predica jamás otra cosa que la paz y la fe, aunque él mismo es en realidad extraordinariamente opuesto a ambas virtudes, y si hubiese observado alguna de las dos, habría perdido con frecuencia su reputación o su Estado."⁹

Por extraño y detestable que todo esto pueda parecer, no es otra cosa que la confirmación de algunas verdades observadas con gran sagacidad, aunque expuestas en forma paradójica que le dan el aspecto de un embrollo culpable.

No solamente puede la declaración de la verdad tener efectos desastrosos, sino que sus declaraciones ante el público, francas y desnudas, producen con frecuencia el efecto de que el hombre de Estado sea interpretado en forma opuesta a la que resulta de la significación literal de sus palabras. Porque también el público es una entidad colectiva, que comprende las cosas en forma muy distinta de aquella en que ellas serían interpretadas por un individuo aislado, y requieren una guía de otra especie completamente distinta. Naturalmente que hay una política leal y otra desleal, una honesta y otra deshonestas; pero esta fué una cuestión que Maquiavelo no pudo todavía tomar en cuenta, porque primero tuvo que determinar la naturaleza de la política como arte y del tema elegido que fué objeto de su consideración especial. Al emprender esta ruta, llega nuevamente a la conclusión de que el supremo deber del príncipe es asegurar la permanencia del Estado, y de que todos los medios están justificados si realmente son necesarios para lograr este fin, supuesto que antes hemos examinado especialmente.

En el capítulo XIX, Maquiavelo resume todo cuanto dijo respecto a la obligación del príncipe de hacer lo necesario para evitar el odio de su pueblo, y vuelve a referirse a las cualidades convenientes que el príncipe debe poseer. Nunca debe privar a sus ciudadanos de los bienes que a cada uno pertenecen, ni agraviar a sus mujeres. Debe siempre

conservar una reputación de ponderación y de valor. Más que ninguna otra cosa, dos cosas son sobre todo peligrosas para él: cualquier ataque que pueda venir de fuera lanzado por enemigos internos, y los ataques que puedan surgir en el interior en forma de conspiraciones; y sobre este mismo punto el autor alude de pasada a lo que hemos leído ya en los *Discursos*, pero sin citar aquella obra, de la cual el capítulo sobre conspiraciones quedó sin escribir. Y además, recurriendo a una de sus máximas favoritas, Maquiavelo sigue diciendo que un príncipe debe tratar no de irritar a la nobleza, pero debe sin embargo procurar siempre favorecer al pueblo, a menos de que trate de acarrearse su ruina.

“Cuando, sin embargo, se adquiere una nueva provincia que así pasa a constituir un apéndice, por así decir, del Estado original, la provincia nuevamente adquirida debe ser gobernada por los súbditos del antiguo Estado, y los nuevos súbditos deben ser reducidos a la impotencia si es preciso. Y en casos similares resulta de gran utilidad que el príncipe lleve a cabo alguna empresa, que le dé oportunidad de poner de manifiesto su fuerza, e incluso si la ocasión de ello no se presenta espontáneamente, sería conveniente provocar a algún enemigo para que éste la haga surgir.” Añade que el príncipe debe estimular a sus ciudadanos para que se consagren pacíficamente a sus respectivas ocupaciones y asuntos, a las profesiones, a la agricultura y a cualquier otra actividad, “de tal modo que nadie se sienta impulsado a abstenerse de introducir mejoras en sus propios bienes por temor a que le sean arrebatados éstos, ni a abstenerse de iniciar cualquier otra actividad por temor de incurrir en sanciones pecuniarias; y el príncipe debe establecer premios para quienes están dispuestos a acometer tales empresas y a cuantos proyectan la realización de algo que conduce al engrandecimiento de sus ciudades o de su Estado... Aparte de estas cuestiones debe el príncipe, en aquellas épocas del año que se consideren más oportunas, procurar que el pueblo pueda disfrutar de festividades y representaciones”. En tal forma Maquiavelo sitúa la industria, el comercio y las fiestas casi en el mismo pie de igualdad, considerando a todas estas actividades como medio efectivo de gobierno.

La elección resulta una prueba de la sagacidad del príncipe. Hay algunos hombres que son capaces de comprender las cosas con la luz de su propio entendimiento y por consiguiente pueden valerse perfectamente por sí mismos, sin necesidad de que nadie les ayude; otros son incapaces de comprender las cosas por sí mismos, ni de comprenderlas con la ayuda y con las explicaciones de los demás, y estas gentes resultan evidentemente incapaces. Pero hay muchas personas que, sin ser capaces de comprender por sí mismas las cosas, son capaces de comprender y sacar provecho del consejo de los demás, y es precisamente para este tipo de hombres para los que un secretario es de gran valor, como lo fué Antonio de Venafro para Pandolfo Petrucci, que gracias a la elección afortunada que hizo, y a la ayuda que obtuvo del secretario elegido, llegó a ser considerado como un hombre adornado de excelentes cualidades. El valor del secretario se contrasta observando hasta qué punto él trata de buscar el

beneficio del príncipe y no su propio beneficio, porque quien tiene a su cargo la administración del Estado de otro nunca debe pensar en sí mismo, sino pensar siempre en el príncipe, que por su parte está obligado a pensar en su secretario, a enriquecerlo y a cargarlo de honores para que en tal forma no tenga nada que desear fuera del servicio de su señor. Sin embargo, es preciso en todo caso evitar los aduladores, que en la realidad resultan las maldiciones de todas las cortes. El príncipe no debe consentir que cada uno diga lo que quiera, ni debe admitir la adulación; debe, por el contrario, seleccionar unos cuantos hombres discretos y prudentes, que le digan libremente la verdad respecto a cuantas cuestiones él les interroga.

Los preceptos arriba mencionados, si bien se consideran, darán a un nuevo príncipe la apariencia de un príncipe viejo y experto, y esto en muy poco tiempo, puesto que sus actos destacarán más, "y cuando sea reconocida su virtud será más eficaz en la tarea de ganarse el afecto de los hombres y de conservarlo que incluso un príncipe de tradición real. . . Y así él (el nuevo príncipe) aparecerá aureolado de un doble nimbo de gloria, la gloria de haber fundado un nuevo principado, y de haberlo embellecido y fortalecido con buenas leyes, con buenos ejércitos, con buenos amigos y con buenos ejemplos; del mismo modo que, por el contrario, provocará sobre él un doble estigma ignominioso si, habiendo nacido príncipe, llega a perderlo todo por falta de prudencia". Porque si ahora consideramos a aquellos príncipes italianos que han perdido sus Estados en nuestra propia época, advertiremos que todos ellos carecían de ejércitos propios, y además que algunos de ellos tampoco sabían cómo conciliar al pueblo, y otros aún no fueron capaces de conciliar el ánimo de los nobles, puesto que los Estados no se pierden sino por errores de este tipo. Y, por consiguiente, los príncipes deben reconocer su propia culpa y no culpar a los demás. Las vicisitudes que se advierten en las fortunas de los príncipes se deben a falta de armonía entre sus cualidades y las características de los tiempos; porque los tiempos sufren cambios, mientras que los hombres no pueden cambiar su propia naturaleza; de donde resulta que quienes en determinado momento fueron suficientemente afortunados se precipitan después súbitamente en la ruina, o dejan de producirse las cosas según sus deseos. Y esto explica fácilmente cómo "puesto que la fortuna cambia, y puesto que los hombres se obstinan en permanecer desorientados por sus propias alucinaciones, se encuentran felices mientras caminan del brazo de la suerte y desgraciados cuando se ven en la precisión de hacer frente a ella. Sucede, por consiguiente, que es mejor ser impulsivo que cauto, porque la fortuna es mujer, y para mantenerla sumisa es necesario golpearla sin dejar de adularla; y así advertimos que la suerte se somete más fácilmente a quienes actúan en tal forma que a quienes la cortejan con frialdad. Además, por otra parte, y lo mismo que las mujeres, ella prefiere a los jóvenes, porque éstos son menos cautos, más impetuosos y se dirigen a ella con más audacia".

Llegamos ahora al capítulo final, que termina con la justamente famosa exhortación dirigida a los Médicis que comprende la síntesis del

Príncipe y de las ideas políticas sobre el gobierno desarrolladas por Maquiavelo. "Considerando, por consiguiente, el conjunto de los temas tratados más arriba, y volviendo sobre la idea de si en Italia en este momento la característica de la época es adecuada para honrar a un nuevo príncipe, y si existe allí la oportunidad para que un hombre prudente y virtuoso introduzca nuevas instituciones que resulten honrosas para él y beneficiosas para la gran masa de la población de este país, creo yo que todo concurre a la idea precisa de que las circunstancias son favorables a un nuevo príncipe, y que nunca existió un momento más oportuno que el momento actual." Y si para comprobar las virtudes de un Moisés, de un Ciro y de un Teseo, fuese preciso reducir a Egipto, Persia y Atenas, a la situación miserable que encontramos descrita respecto a cada uno de aquellos países, así, para comprobar la virtud de la inteligencia de Italia, "sería preciso que Italia quedase reducida a su situación presente, y a una condición de cautividad más rigurosa que la que sufrieron los judíos, más esclavizada que los persas, más dividida que los atenienses, sin jefe, sin disciplina, mutilada, despojada, aplastada, saqueada y sometida a toda clase de desventuras. Y aunque más de una vez hemos creído que alguien que parecía irradiar esperanza, hubiese recibido una misión divina para redimir a nuestro país, siempre resultó que el que nosotros creíamos predestinado fué rechazado por la fortuna, de tal modo que Italia continúa esperando al que haya de venir a curar sus heridas". "¡Véase cómo Italia implora a los cielos para que le envíen un redentor que la libere de esta crueldad e insolencia bárbaras! Véase, además, cómo está dispuesta a seguir cualquier bandera que levante no importa quién. En la actualidad no hay nadie en quien Italia pueda depositar mejor su confianza que en vuestra ilustre Casa, que, gracias a sus virtudes y fortuna, y a su favor de Dios y de la Iglesia, de quien es ahora el gobernante supremo, puede perfectamente asumir esta tarea redentora. Aquí domina un gran sentido de la justicia, y las mentes de los hombres se manifiestan en igualmente buena disposición. Se han visto signos prodigiosos que pronostican cambios profundos; todo parece hablar de vuestra grandeza; lo demás es a vos a quien corresponde lograrlo, porque Dios no desea privarnos de nuestra libre voluntad".

"No es preciso que perdáis el ánimo desalentados por el ejemplo de quienes fracasaron en la misma empresa, porque si estuviéseris dispuesto a establecer la nueva organización militar, veríais que no sería difícil encontrar los materiales necesarios para ello. No falta la virtud individual aquí donde los líderes están disponibles; y vemos que en duelos y conflictos entre pocas personas, los italianos siempre alcanzan la victoria por su fuerza, por su capacidad y por su inteligencia. Debéis armar a vuestro propio pueblo y depender de una infantería nacional capaz de ser entrenada al *máximum*. Aunque las tropas suizas y españolas han conquistado una terrible reputación, no dejan de tener defectos, y un tercer tipo de infantería italiana puede superar a aquéllas. Los españoles son incapaces de resistir a la caballería, y los suizos temen a la infantería, al darse cuenta de que en el campo se manifiesta no menos sal-

vaje que ellos mismos. Por consiguiente, existe la posibilidad de adiestrar una infantería que sea capaz de resistir a la caballería y que no tema a la infantería, y todo esto puede lograrse, no por medio de nuevos tipos de armas, sino mediante una organización distinta. Y esto es lo que da fama y grandeza a un nuevo príncipe". "Tal ocasión no debe, por tanto, dejarse escapar, porque es así como Italia podrá al fin encontrar su redentor. ¡No tengo palabras para expresar el afecto con que tal príncipe sería bien venido en todas aquellas provincias que han sufrido tanto a causa de las invasiones extranjeras, ni para expresar la sed de venganza, la fe obstinada, el fervor y las lágrimas! ¿Qué puertas se cerrarían ante él? ¿Qué población se negaría a obedecerlo? ¿Qué intrigas se le opondrían? ¿Qué italiano se negaría a respetarle? Esta dominación bárbara hiere incluso a los más insensibles. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta tarea, con el valor y con la confianza con que soléis emprender todas las empresas, para que así, bajo la bandera de vuestra Casa, este país pueda ascender a la nobleza, y para que bajo sus auspicios sea una realidad aquel dicho de Petrarca:

*Virtu contro al furore
Prendera l'arme e fia il combattere corto:
Che l'antico valore
Negl'Italici cor non e ancor morto."*¹⁰

Así termina el pequeño volumen que siempre permanecerá como un monumento inmortal en la historia de la literatura. En los *Discursos* Maquiavelo no siempre procede con rapidez y directamente hacia este objetivo; con frecuencia, en verdad, se detiene, vuelve sobre sus pasos y repite la misma idea. Los diversos elementos de su ideario político se encuentran en los *Discursos*, a veces reunidos sin ninguna idea afortunada de ordenación o de fusión, y a veces incluso ofrecen contradicciones aparentes. Jamás alcanzó la unidad genuina y sistemática, ni era posible alcanzarla, porque aunque aspiraba a la formación de una nueva ciencia, carecía del deseo y de la capacidad para crear un sistema. La unidad de su ciencia ha de encontrarse más bien en su forma de pensamiento, en su nueva idea de la sociedad y del Estado, en su opinión sobre la conducta de los políticos, en la novedad de su método, y en ciertas ideas permanentes de gobierno. Cuando Maquiavelo no se manifiesta sometido al poder absoluto de estas ideas, recoge francamente sus propias observaciones sobre los acontecimientos pasados y presentes, y, como Guicciardini, se preocupa constantemente de si estas observaciones concuerdan o no entre sí, o con las afirmaciones hechas por él en otra parte. Incluso del *Príncipe* no puede decirse que contenga un sistema de ideas; pero al menos en aquella obra las ideas fundamentales del autor se reducen a la unidad por su personificación en el legislador y gobernante que ha de organizar y regenerar al país. Esta idea, este personaje ideal, primero inspirado a Maquiavelo por los ejemplos de la antigüedad y sobre el modelo de Rómulo, de Licurgo y de Solón, se presentan también frecuentemente ante nosotros en las páginas de los *Discursos*, a veces aisladas y en forma casi abstracta, en tanto que otras veces se nos pre-

sentan en forma más concreta y moderna asociadas con Francesco Sforza, César Borgia y Fernando el Católico. Pero en el *Príncipe* ya no nos encontramos con una abstracción, sino con un personaje concreto, real y vivo: el tipo y la imagen de los soberanos del Renacimiento. Este tipo parece desdenar toda relación con la antigüedad, aunque todavía toma de ella muchos ejemplos directos, como sucede en el caso de Filipo de Macedonia, cuando fué llamado por Isócrates para unir a Grecia y para combatir a los bárbaros.

Dominado Maquiavelo por su idea, y casi podríamos decir que obsesionado con ella, hizo todo cuanto pudo para imponerla a los Médicis, cuando intentó personificar en él su propia personalidad. Todo esto, como hemos visto, fué un simple sueño, porque los italianos de entonces estaban corrompidos. Los Médicis, incapaces de comprender la nobleza de la idea, fueron igualmente incapaces de remontarse a la grandeza que ella exigía; y no fué solamente el Papa con quien había de contarse, sino también el poder temporal, cuyas raíces descendían por toda Italia y penetraban en los países extranjeros. Sin embargo, este producto de la mente de un pensador tuvo toda la importancia de un incidente histórico, porque Maquiavelo había previsto lo que necesariamente había de suceder en Europa, y al proclamarlo, contribuyó a precipitar el desarrollo de los acontecimientos. No cabe duda de que el *Príncipe* tuvo una influencia más directa sobre la vida real que cualquier libro de cuantos se han escrito, y una participación mayor en la emancipación de Europa de la Edad Media. En el último capítulo el personaje concebido inicialmente como una entidad al margen de la sociedad y del pueblo, y remontándose sobre ambos, para dotar a ambos de unidad y forma orgánica por la violencia, se aproxima cada vez más a ellos, se confunde con ellos, y termina representando sus aspiraciones más elevadas, personificando su conciencia más íntima. Como en la historia europea la tiranía ayudó en primer término a moldear la unidad y la forma nacionales, y después, apoyando el tercer Estado y el pueblo contra la aristocracia, experimentó una transformación gradual, que finalmente condujo al establecimiento de monarquías liberales representativas, del mismo modo *El príncipe* toma lentamente forma y su personalidad se desarrolla ante nosotros. El sueño de Maquiavelo se inspiró hasta tal punto en la verdad, en la realidad y en la necesidad política, que se convirtió en una profecía del futuro. Además, respecto a Italia, todo lo que escribió en su exhortación parece una descripción casi exacta de lo que después de un intervalo de tres siglos y medio hemos visto realizarse ante nuestros propios ojos. Por consiguiente, sólo una vez que los hechos han demostrado la realidad del sueño, fué posible asimilar todo el pensamiento del secretario florentino y apreciar la prodigiosa originalidad de su talento.

NOTAS AL CAPITULO XVII

1. La villa de Maquiavelo está en el camino de Roma, o mejor dicho, a menos de siete millas toscanas de Florencia, y a unas tres millas de San Casciano, en el valle del Pesa, en un lugar llamado *Sant'Andrea in Percussina*. Es un edificio sen-

cillo y de dimensiones muy reducidas, lleva todavía su antiguo nombre del *Albergaccio*, y se usa especialmente por un baillío que habita en ella. Perteneció al conde Alfredo Serristori, que heredó la casa, juntamente con las tierras de labor adyacentes, que constituyen casi todo el "exiguo patrimonio" de Maquiavelo, que todavía conservan sus antiguos nombres. Hipólita Maquiavelo (la última de la familia de Nicolás), hija de Alejandro, que a su vez fué hijo de Bernardo, hijo a su vez Nicolás, se casó en 1610 con Pier Francesco dei Ricci, y su hija Cassandra, después de un matrimonio anterior, se casó en 1639 con el senador Antonio Serristori, y en 1647 tuvo un hijo, Luigi Serristori. Dentro de la casa se lee esta inscripción:

NICOLÁS MAQUIAVELO
HABITÓ EN ESTA VILLA DE SU PROPIEDAD EN EL AÑO 1513.

En 1869 el municipio de San Casciano hizo fijar en el muro exterior la siguiente inscripción, dictada por el profesor Atto Vannucci:

A NICOLÁS MAQUIAVELO
QUE MEDITÓ SOBRE Y DEFENDIÓ LA LIBERACIÓN DE ITALIA
ESCRIBIENDO SU OBRA INMORTAL
SOBRE EL ARTE DE GOBERNAR Y DEFENDER CON FUERZAS PROPIAS LOS ESTADOS
LA COMUNA DE SAN CASCIANO
FIJÓ ESTA LÁPIDA
EN EL CUARTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL GRAN ESTADISTA ITALIANO

En la *Fanfulla della Domenica* (edición de 30 de noviembre de 1879), el señor C. O. Pagani hizo un relato de una visita a esta villa. Allí le hablaron de otra villa, más allá de San Casciano, sobre la colina de *Sant'Angelo a Bibbione*, y que es un viejo castillo de dimensiones colosales. Cuando estuvo allí le dijeron que, según la tradición, esta fué la villa en la que Maquiavelo había escrito *El príncipe*; y una anciana le refirió detalladamente los pormenores, tal como aparecen descritos por Maquiavelo en una carta fechada el 10 de diciembre de 1513, mencionada por nosotros en este capítulo. Todo esto provocó una gran inseguridad en las ideas del señor Pagani, puesto que éste no podía comprender cómo una tradición tan viva y tan exacta incluso en los detalles podía perdurar en el lugar si no tuviese una cierta base de realidad histórica.

Sin embargo, el testamento de Maquiavelo, y en ello conviene también el señor Pagani, establece claramente que su villa y tierras de labor estaban situadas en Sant'Andrea in Percussina y no en Sant'Angelo a Bibbione, donde otra rama de la familia tenía propiedades. Además allí se conserva también el documento en el que aparece una descripción detallada de las posesiones de Maquiavelo; nos referimos al Informe a los Oficiales del Catastro, publicado en el primer volumen de las *Opere*, página 55, y este documento demuestra claramente que la habitación de Maquiavelo estaba en Sant'Andrea in Percussina. El gran castillo antiguo de Sant'Angelo a Bibbione tiene en el primer piso, como el mismo señor Pagani nos dice, "una interminable suite de habitaciones". Y siendo esto así, ¿cómo puede suponerse que esta fuese la pequeña villa habitada por Maquiavelo? Pero ¿cómo vamos nosotros a explicar la tradición local y la descripción proporcionada por la anciana, que coincide completamente con las declaraciones contenidas en la carta del 10 de diciembre de 1513? Es muy fácil suponer que la tradición haya nacido de la carta, y que haya sido referida a la anciana o a sus antepasados por alguien que leyó la carta. Está demostrado que Maquiavelo poseía una pequeña villa en Sant'Andrea in Percussina, próxima a la posada de la villa, y que no poseía un castillo señorial en Sant'Angelo a Bibbione. Podemos además remitir al lector al *Repetti's Dizionario geografico, fisico, storico* en el artículo *Percussina* (S. Andrea in).

2. Aquí las ediciones impresas contienen la palabra *Monsignore*... y el nombre falta; pero es evidente que Maquiavelo alude aquí a messer Rimino o Ramiro

d Orco, como siempre lo llamó. La firma, como antes hemos hecho notar, correspondía a Remigius de Lorqua.

3. Un *uccellare* o *uccellanda* es un pequeño recinto boscoso en la cumbre de una montaña donde se ponen aves de reclamo, y se tienden redes sobre los árboles para atrapar a los pájaros que pasan por allí.

4. *Cricca* es un juego de cartas; *tric-trac* es un juego de dados.

5. . . . "Che non fa scienza — senza lo ritenere avere inteso".—*Paradiso*, Canto V, 41-42.

6. Casavecchia había sido antiguamente comisario de la República en Barga, Fivizzano y otros lugares, donde había escrito a Maquiavelo muchas cartas, algunas de las cuales aparecen en el Apéndice de la edición italiana.

7. Hay una prueba evidente de que Maquiavelo esperaba obtener empleo de Giuliano dei Medici, quien, como declara Busini, estaba entonces apoyado por los liberales. En una carta dirigida a Giuliano a instancia de Pietro Ardinghelli, de fecha 14 de febrero de 1515, se informa de que el cardenal de los Médicis había pedido a Ardinghelli que le dijese si era verdad lo que se decía en el informe respecto a que Giuliano había tomado a Maquiavelo a su servicio; y a la réplica de Ardinghelli de que él no conocía el informe ni creía en su contenido, el cardenal había replicado a su vez: "Tampoco yo lo creo. Sin embargo, puesto que ellos nos escriben desde Florencia sobre la cuestión, dígame (a Giuliano) que no haga nada de eso, y recuérdale que no le convendría ni a él ni a nosotros". Véase "Archivio Storico Italiano", serie tercera, vol. XIX, página 231. La colección, que antiguamente formaba parte de los Manuscritos Torrigiani, está ahora en los Archivos de Florencia.

8. Madame de Rémusat, al hablar de Napoleón I en sus *Memorias*, nos dice que: "Siempre desconfiaba de las apariencias de un buen sentimiento, no hacía caso alguno de la sinceridad, y no temía decir que reconocía la superioridad de un hombre con más o menos capacidad para manejar la mentira; y en esta ocasión se complacía en recordar que uno de sus tios, desde su infancia, había predicho que gobernaría al mundo, porque tenía costumbre de mentir siempre. M. de Metternich decía, además: "Está a punto de llegar a ser un hombre de Estado, porque miente muy bien". (*Mémoires*, Paris, C. Lévy, 1880, vol. I, página 105). Y más adelante la autora cita estas otras palabras de Napoleón I: "Mirad, en el fondo no hay nada noble ni bajo en este mundo; yo tengo por mi carácter todo lo que puede contribuir a afirmar el poder, y a engañar a quienes pretendan conocerme". (*Ibidem*, vol. I, página 108).

9. *Il Príncipe*, capítulo XVIII. Aquí el autor parece aludir a Fernando el Católico, juzgado tanto en Italia como en otras partes por ser maestro consumado en la mentira.

10. Traducido libremente quiere decir: "Cuando la virtud se subleva contra la furia, la pelea será corta, porque en los corazones italianos todavía vive el recuerdo del antiguo poderío".

CAPITULO XVIII

MAQUIAVELO Y SU FAMILIA EN EL CAMPO. SUS HIJOS. SU CORRESPONDENCIA CON SU SOBRINO GIOVANNI VERNACCI. SU VIAJE A GÉNOVA. LOS "DISCURSOS" DE GUICCIARDINI. "DISCURSO SOBRE LA REFORMA DEL GOBIERNO FLORENTINO". LA MISIÓN A LUCA. SUMARIO DE LOS ASUNTOS DE LUCA. "LA VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI".

La moda literaria de la corte de León X tal vez demostró a Maquiavelo la oportunidad de dedicarse a la composición de versos, sátiras y comedias. Este tipo de obras seguramente habría resultado para él más lucrativo. Y en varios intentos él había demostrado ya aptitudes en ese sentido, de las cuales todavía dió mejores pruebas en una fecha posterior. Hemos visto como escribió sus *Décadas*, mientras se dedicaba simultáneamente a un sinnúmero de asuntos, que apenas le dejaban tiempo para el reposo necesario; hemos visto cómo después de su desgracia pasó una gran parte del tiempo junto a una fuente a la sombra de sus bosques estudiando a los poetas latinos e italianos. Y por una carta fechada el 17 de diciembre de 1517, escrita por él a Lodovico Alamanni en Roma, no solamente sabemos que había ya leído *Orlando Furioso*, de Ariosto, con gran admiración, sino que se quejaba de no estar incluido entre los muchos poetas mencionados en él. Y agregaba que estaba dedicado a un poema que había de llevar el título de *L'Asino*, en el que evidentemente rendiría justicia a los extraordinarios méritos de Ariosto. Este poema, que contiene muchas alusiones satíricas a personas contemporáneas de Maquiavelo, quedó pronto en el olvido, y aunque en este período indudablemente escribió más versos, aparte de otras obras puramente literarias, no eran composiciones extensas. Su ánimo estaba demasiado conturbado por los recientes acontecimientos de Florencia y por sus propias desventuras; su mente estaba todavía preocupada con las reminiscencias y recuerdos del pasado. Su atención estaba demasiado absorbida en la meditación de los acontecimientos que cada día agitaban a toda Europa y amenazaban a Italia. De aquí se deduce por qué sólo en sus escritos políticos encontraba algún solaz, porque sólo éstos podían penetrar en su alma, y absorbiendo todas sus facultades, lograba olvidarse de la forma miserable de vida a la que estaba condenado.

Permaneció, por consiguiente, en su morada rústica, y empleaba su tiempo en retocar *El príncipe*, continuando los *Discursos* y completando

El arte de la guerra. En esta pequeña villa, situada entre las montañas a varias horas de distancia de Florencia, parecía estar encarcelado entre bosques y campos, y desterrado de la ciudad nativa que había sido escenario de todas sus actividades y alegrías, de sus frustradas esperanzas y de sus calamidades. Se sintió, por así decirlo, aislado del mundo, y buscaba la paz en la soledad y en el estudio. Pero siempre que miraba hacia el norte, divisaba, entre las graciosas curvas de las montañas, la bóveda del campanario y la torre del palacio, que continuamente le recordaban el pasado y que jamás le permitían olvidar el presente. En aquella época era ya padre de cinco hijos, cuatro muchachos y una muchacha. Bernardo, el mayor, había nacido el 8 de noviembre de 1503. Pietro, que era el más joven, el 4 de septiembre de 1514. De los tres hijos intermedios, Ludovico, Guido y Bartolommea, no consta la edad. Pero, en resumen, la familia era numerosa, el patrimonio muy escaso y aquellos chicos provocaban ansiedad. Uno o dos, como Pietro, que después llevó una vida de aventuras militares, eran todavía de tierna edad. Guido estaba aún en su infancia; o, como veremos por una carta suya fechada en 1527, todavía estudiando gramática. De apariencia muy gentil, abrazó la carrera eclesiástica y literaria, pero nunca pasó de una mediocridad. De Bernardo, su hijo mayor, sabemos muy poco. Pero una sentencia condenatoria dictada contra él en 1528, por blasfemia en una mesa de juego, y por intentar ultrajar a una mujer de la vecindad, nos da una buena opinión sobre su carácter. Y Ludovico, de edad muy próxima a la edad de Bernardo, era al parecer de carácter muy violento. Una de sus cartas, de fecha 14 de agosto de 1525, nos lo presenta en Andrinópolis, donde estaba dedicado al comercio, y viviendo en medio de peleas continuas, siempre colérico y siempre maquinando venganzas. Ya el mismo año había sido varias veces castigado por los Ocho por haber participado en complots, que resultaron con derramamiento de sangre por ambas partes. No eran ciertamente aquellas querellas motivadas por causas honrosas; una de ellas había sido provocada por celos de una mujer de mala vida. Más tarde pudo, al menos parcialmente, reivindicar su carácter combatiendo y perdiendo su vida en defensa de la libertad durante el sitio de Florencia. Pero entre tanto él fué uno de los hijos que proporcionaron más preocupación a sus padres. De la muchacha Bartolommea, o Bascia, sabemos que se casó después con uno de los Ricci, y poco más; pero del segundo testamento redactado por Maquiavelo en 1522, sabemos que él estaba pensando en asegurarla una dote en el Monte delle Fanciulle, pero que todavía no había logrado su propósito.

Incluso Marietta, su esposa, queda en gran parte en la sombra. Disponemos de una sola carta de ella, escrita a Maquiavelo en Roma, poco tiempo después del nacimiento de uno de sus hijos. Desgraciadamente, esta carta no tiene fecha; pero indudablemente pertenece a un período anterior a la época que ahora estamos estudiando. Está escrita en un tono de sincero afecto, podríamos decir incluso que en tono amoroso, hacia su marido. Cuantas cartas de familia se conservan hasta hoy demuestran claramente que Marietta fué una esposa y madre cari-

fiosa hasta el fin de su vida. Y aunque no disponemos de ninguna de las cartas de Maquiavelo dirigidas a ella, es evidente, sin embargo, a juzgar por el tenor de las escritas a sus hijos, que, no obstante algunas infidelidades, unas reales y otras simplemente imaginarias, él también amó a su esposa hasta el fin, y fué un hombre mucho mejor para los suyos que lo que él quiere hacernos suponer. Existe otra correspondencia suya de la misma época con Giovanni Vernacci, hijo de su hermana Primerana, que había ido a Pera para asuntos comerciales. La correspondencia permite observar eventualmente la profunda tristeza que entonces oprimía a Maquiavelo, así como el afecto vivo y genuino que tío y sobrino se profesaban recíprocamente. El primero, como hemos visto en otra parte, hacía a Vernacci confidente de sus dificultades desde el primer momento, y después, en agosto de 1513, le dió consejos amables, y le dijo, además de contarle las demás calamidades de aquel año desventurado, que había sufrido la pérdida de una hijita que no había vivido más de tres días. En 1514 Maquiavelo le escribió sobre asuntos de negocios, y le propuso arreglarle un matrimonio; el 17 de agosto de 1515, se excusaba por no escribir con más frecuencia, "porque los tiempos son tales que me hacen olvidarme de mi mismo. Pero nunca te olvidé y siempre te amé como si fueras hijo mío, y tanto yo como mis bienes están siempre a tu disposición". Su cartas se perdieron generalmente camino del Oriente; como consecuencia, el sobrino solía escribir una y otra vez quejándose del silencio de su tío, y Maquiavelo se veía obligado a reiterar la misma seguridad de su afecto. "La pérdida de mis cartas te hará creer que te he olvidado, pero no hay tal, de ninguna manera, puesto que el destino no me ha dejado otra cosa que mi propia familia y mis amigos, y yo me refugio en ellos. Y si no te escribo con mucha más frecuencia es porque me he hecho inútil para mi mismo, para mis parientes y amigos, porque así lo quiso mi penoso destino. Lo único bueno que me queda es una salud excelente y una excelente salud de toda mi familia". Más tarde, en 1517, le escribió de nuevo y hace también escribir a sus hijos; pero, como de costumbre, las cartas se extraviaron y por consiguiente tuvo que enviarle y le envió otra epístola el 5 de enero de 1518. De la última hizo dos copias y las dió a dos personas distintas, y escribió todo esto con detalles a su sobrino el 25 del mismo mes. Y el 8 de junio le dijo que él le amaba más que nunca ahora que él había demostrado ser un hombre bueno y de valía. "En verdad que me siento orgulloso de ti, puesto que yo te eduqué. Como en los viejos tiempos, mi casa está siempre a tu servicio, aunque ella no pase de ser un lugar pobre y sin confort." Las cartas del sobrino no eran menos afectuosas. El 5 de octubre de 1517 escribía como de costumbre pidiendo noticias de su tío y de la familia, quejándose de que no había sabido de ellos durante los últimos veinte meses. "Ya no me consideras ni me quieres como sobrino. Pero como yo sí te amo aún con afecto filial, confío en que, si es que hubieses perdido tu pluma y papel para escribirme, no hayas perdido el afecto que siempre me dispensaste." Resulta evidente por otra carta que el afecto que el tío sentía por el sobrino era algo más que palabras, porque entre numerosas preocupaciones, Maquiavelo solía

encontrar tiempo que dedicar a los asuntos de los parientes próximos o remotos que confiaban totalmente en él. Este era, pues, el hombre auténtico, que tantas veces se nos ha presentado como un monstruo, incapaz de sentimientos delicados, ni de ningún rasgo de honestidad ni de afecto genuino.

Entre tanto continuó trabajando y luchando contra la adversidad y contra todo género de dificultades, manifestándose dispuesto a tomar cualquier trabajo que pudiese proporcionarle algún ingreso que aumentase honestamente los ingresos familiares. En abril de 1518, fué a Génova para arreglar los asuntos de ciertos comerciantes florentinos, cobrando sus créditos en aquella ciudad, que ascendían a varios millares de coronas, y después volvió a su villa. De cuando en cuando, sin embargo, bajaba a Florencia, donde todavía tenía una casa, además de algunos negocios que requerían su atención, y donde no obstante su fortuna adversa, conservaba todavía algunos amigos fieles, cuya compañía le proporcionaba consuelo.

A medida que los tiempos se habían apaciguado gradualmente, habían surgido en la ciudad algunas de aquellas asociaciones literarias tan generales en toda Italia en el siglo xvi, que formaban un elemento esencial de la sociedad en aquellos días y que se contaban entre los placeres más deliciosos y estimados de todos los intelectuales florentinos. La asociación más famosa de aquel período fué la que celebraba sus sesiones en los jardines Oricellarii, y a la que asistían muchos de los primeros *literati* de Florencia y de Italia.

Aquellas reuniones estaban en su época más brillante cuando Maquiavelo se incorporó a ellas, y su asistencia no fué ciertamente signo de alejamiento de la causa de los Médicis, sino más bien de lo contrario. Y de hecho advertimos que no mucho tiempo después de esto fué presentado en la casa de los Médicis. El 17 de marzo de 1519, Filippo Strozzi escribió desde Roma a su hermano Lorenzo: "Estoy muy contento al saber que has llevado a Maquiavelo a la casa de los Médicis, porque si él logra algún pequeño favor de los señores tengo la seguridad de que por su propia fuerza ascenderá".¹ Por una parte, esta carta sirve para confirmar lo que hemos dicho respecto a la compañía en los jardines Oricellarii; por otra explica cómo el cardenal dei Medici estaba entonces empezando a manifestar una cierta amistad hacia Maquiavelo. Y fué solamente entonces cuando el autor del *Príncipe* logró penetrar en las salas de los Médicis, lo que prueba además hasta qué punto ha sido exagerado, o mejor podríamos decir enteramente falso, el supuesto establecido por muchos autores de las relaciones íntimas entre él y Lorenzo y Giuliano.

Naturalmente que Maquiavelo fué entonces muy bien recibido en los Jardines Oricellarii: Cosimino, en particular, le admiraba extraordinariamente y lo atrajo hacia sí movido por un sincero sentimiento afectivo que fué correspondido cordialmente. Fué a él y a Zanobi Buondelmonti a quienes Maquiavelo dedicó los *Discursos*, y a él aludió con profunda pena en el *El arte de la guerra*, poco después de la muerte prematura de Cosimino.

En medio de estos nuevos amigos el ex secretario empezó a leer sus *Discursos*. Fueron recibidos con gran simpatía y provocaron muchas discusiones animadas que terminaron siempre con el apremio que sus oyentes le hicieron para que se consagrara con incansable energía, a la tarea que había emprendido, la cual, como Nardi dice, era “de un nuevo punto de vista, más moderno que cualquiera otro (que yo sepa) intentado por nadie”. Y sigue diciendo que el nuevo huésped era muy estimado por aquellos jóvenes, que incluso ellos encontraron una forma delicada de ayudarlo, porque se complacían de modo indecible con su conversación, y tanto admiraban sus escritos, que no se vio libre de censura cuando los ánimos de ellos se inflamaron al rojo vivo comprometiéndose en peligrosas empresas en defensa de la libertad.

Esta recepción entusiasta se explica fácilmente. Maquiavelo era un genuino admirador de la antigüedad; pero al estudiar las obras de los clásicos su propia independencia mental se había conservado intacta, de tal modo que sus palabras impresionaron a aquel auditorio —la mayor parte imitadores serviles de los modelos clásicos— como revelación de una conciencia íntima. En medio de este grupo de partidarios de los Médicis, él, que no podía hablar ni escribir contradiciendo sus verdaderos sentimientos, se declaró abiertamente partidario de la libertad, entusiasta de la República romana. Esto no provocó escándalo. En aquella época todos los italianos cultos experimentaban admiración por la antigua Roma; todos los verdaderos florentinos eran republicanos de corazón, y los mismos Médicis fingían gobernar a Florencia como si fuese república y prometían volver cada vez más a las formas republicanas de gobierno. Maquiavelo, por consiguiente, habló con franqueza, y expuso sin ninguna limitación sus propias ideas ante aquellos jóvenes; dió alas a su entusiasmo y continuamente recurrió a su esquema favorito de una Ordenanza de la Milicia para armar al pueblo. Mediante los ejemplos tomados de la historia antigua, enseñó cómo Italia podía armarse de tal manera que resultase capaz de rechazar cualquier invasión extranjera y de conservar la dignidad y la independencia nacionales.

Todo esto no le perjudicaba en el concepto de los Médicis; por el contrario, hicieron que él fuese considerado, según frase de Strozzi, “una persona *per sorgere*” (un hombre de porvenir). En realidad se hablaba ya de él mucho en el círculo de relaciones del cardenal. Este prelado, que estando en Roma le había interrogado con frecuencia por conducto de Vettori respecto al estado general de la política italiana, le apremió entonces para que escribiese sobre el tema de la mejor forma de reformar el gobierno de Florencia y para que dirigiese su estudio a León X, que era el señor *de facto* de la ciudad. Era entonces costumbre de los Médicis, y especialmente del cardenal Giulio, interrogar a personas influyentes sobre él mismo; del mismo modo que era una costumbre favorita de los florentinos registrar las opiniones sobre los acontecimientos de la vida diaria y sobre las reformas que deberían efectuarse en el gobierno, para satisfacer los deseos de la ciudad siempre agitada. Como consecuencia, disponemos de no pocos discursos de esta especie,

escritos entonces, de diversos grados de elocuencia, de audacia y de sagacidad.

En una parte anterior de esta obra hemos visto cómo Guicciardini, cuando estuvo en España en 1512, anticipando ya la derrota de Soderini, pero desconociendo aún la restauración de los Médicis, había compuesto un discurso, en el que con gran penetración sugería diversos planes para aumentar la fuerza y la seguridad de la República. Poco tiempo después, al conocer las condiciones modificadas de la ciudad, redactó otro proyecto en el que, sin poner de manifiesto claramente su disposición para cambiar sus puntos de vista, expuso los procedimientos mediante los cuales los Médicis podían lograr el mejor modo posible consolidar su gobierno.² Trató el mismo tema con más franqueza y con más extensión en un tercer discurso, redactado en 1516, tres años después de haber regresado a Florencia y de haberse convertido en uno de los partidarios más fervientes de los Médicis. “Los Médicis — escribió entonces — eran detentadores de la ciudad contra la voluntad y el deseo de la mayoría de los habitantes”. La elección de León X había, en verdad, efectuado un cambio en favor de los nuevos gobernantes; sin embargo, era todavía oportuno que ellos adoptasen medidas sagaces para el futuro, para evitar el riesgo de quedar súbitamente expuestos a peligros sumamente graves. El principal obstáculo para la adopción de tales medidas radicaba en la indiferencia de Giuliano y de Lorenzo, que, absorbidos por más nobles ambiciones, prestaron poca atención a Florencia, aspirando más bien a erigirse en gobernantes de algún otro Estado. Y era éste un sueño peligroso, puesto que no podía llevarse a cabo sin encontrar insuperables dificultades.

A juicio de Guicciardini, los Médicis habrían hecho mejor y se habrían comportado más inteligentemente renunciando a aquellos sueños audaces y limitándose a estudiar la forma de conservar su poder en Florencia. Para tal fin era necesario formar un núcleo de amigos seguros y fieles, bien familiarizados con el estado de ánimo de la ciudad y dispuestos a ofrecer ayuda y consejo. “Sin confiar en ellos demasiado ciegamente, y sin soltar las riendas, es necesario concederles favores y poderío. Mediante la concesión de favores se puede tener la seguridad de conquistar la buena voluntad de todos los hombres, puesto que éstos ya no son los tiempos de los griegos y de los romanos cuando los hombres estaban satisfechos con la gloria simplemente por la gloria. En la actualidad no hay nadie en Florencia hasta tal punto adherido a la causa de la libertad que no esté dispuesto a aceptar ninguna otra forma de gobierno, con tal de que pueda obtener una participación mayor en él y una vida más cómoda que la que pudo disfrutar bajo la República; en tanto que, respecto a la mayor parte de los ciudadanos, es suficiente ser parco, para no gravarlos con demasiados impuestos, tener cuidado de que la ley común sea aplicada con justicia, proteger al débil contra el fuerte, manifestarse cortés con todos. Además, respecto a quienes aconsejan el establecimiento rápido del gobierno absoluto en la ciudad, sin sombra alguna de moderación o de libertad, debe recordarse que tal sería el peor de los planes que pudieran adop-

tarse en Florencia, el más lleno de sospechas y de dificultades, y a la larga resultaría un método demasiado cruel y por consiguiente peligroso para todos."

Tales fueron los consejos ofrecidos a los Médicis por Guicciardini; bien distintos fueron los dados por Maquiavelo, a quien ahora le tocó el turno para ser interrogado.⁹ En realidad, él no aconsejó ni más ni menos que el restablecimiento de la República, aunque esforzándose todavía por prever alguna forma en la que el Papa y el cardenal pudiesen conservar su poder efectivo de por vida, puesto que él sabía bien que, a falta de tal arreglo, todas sus propuestas no valdrían nada. En este aspecto muchos autores le han acusado de inconsistencia, haciéndole el cargo de que, después de haber sugerido en *El príncipe* una forma absoluta de gobierno a Giuliano y a Lorenzo dei Medici, ahora aconsejaba al Papa León X que adoptase una forma republicana. Pero toda señal de inconsistencia desaparece cuando se recuerda que *El príncipe* se escribió para demostrar la posibilidad de erigir un nuevo Estado por medio de la fuerza y cómo, una vez erigido en Italia, podía ampliarse hasta incluir la totalidad de la Península. Pero ahora Giuliano y Lorenzo, los hombres a quienes aquellos consejeros se habían dirigido, habían muerto, y Maquiavelo fué interrogado por el cardenal respecto a un plan nuevo y muy distinto. Ya no se trataba simplemente de gobernar a Florencia. Maquiavelo había establecido frecuentemente en los *Discursos*, en sus cartas privadas y en casi todas sus obras políticas, que aunque en el norte y en el sur de Italia no era posible otro gobierno que el de forma monárquica, y que sólo una monarquía podía, en aquellos lugares, establecer un nuevo Estado o unir a todo el país, sin embargo, por lo que respecta sólo a Toscana, y más especialmente a Florencia, ningún gobierno, salvo un gobierno republicano, podría perdurar a causa de las viejas costumbres y del gran sentimiento de igualdad de los ciudadanos.

Como consecuencia, empieza investigando las causas de la inestabilidad de todos los gobiernos sucesivos en Florencia, y la atribuye a que todos estos gobiernos que habían sido organizados en favor de un partido más bien que pensando en el bienestar general, eran siempre mezclas híbridas y precarias de instituciones monárquicas y republicanas. "Aquellos gobiernos mixtos —dice— resultaron siempre sumamente débiles, siempre expuestos a ser atacados por tantos de sus puntos débiles. Un reino se arruina inclinándose hacia una república, como una república se arruina inclinándose hacia un reino. Pero los gobiernos mixtos caen hechos pedazos por todas partes, tanto si tienden hacia una república como si tienden hacia un principado. Hay muchos que exaltan el valor del gobierno de Cosme y de Lorenzo y que desearían que se estableciese otro a su imagen en la actualidad. Pero el gobierno de aquéllos no estuvo exento de los defectos y peligros que hemos notado en los demás, y tales defectos resultarían notablemente acentuados hoy. Porque entonces los Médicis fueron criados y educados en la ciudad y estaban absolutamente familiarizados con ella, por lo que la gobernaron con una familiaridad que ya no es posible ahora

cuando ellos se han convertido en grandes potentados. La mayoría de los ciudadanos era favorable entonces a ellos, pero ahora está contra ellos. No había antiguamente tantos soberanos armados en Italia como hay ahora, contra los cuales ningún gobierno débil puede ahora oponer resistencia. Hay muchos que suponen que Florencia no puede permanecer sin jefe; pero éstos no piensan que puede haber un jefe oficial y un jefe privado. Nadie puede dudar que si fuese preciso elegir un jefe privado, todos preferirían que se eligiese a uno de la casa de los Médicis. Pero si hubiese que elegir entre un líder público y un líder privado, los florentinos preferirían siempre a uno público, esto es, a un magistrado elegido por los ciudadanos. En todo caso es evidente que en Florencia, donde es tan grande el fervor por la igualdad, sería imposible establecer un principado sin introducir cambios violentos. Y como esto sería no sólo un método difícil, sino cruel e inhumano, debe estimarse digno de notar por todos cuantos desean hacerse una reputación de buenos e indulgentes. Yo, por consiguiente, dejaré de mencionar cualquier forma de principado y me ocuparé de la República, tanto más cuanto que Vuestra Santidad, según se dice, se manifiesta bien dispuesto hacia esta última forma y sólo vacila al parecer porque desea un gobierno que asegure el mantenimiento de vuestra gran autoridad en Florencia y la seguridad de vuestros amigos. Yo creo que he dado con un plan adecuado, y he tratado de explicaros mis ideas, en forma tal que podáis hacer uso de ellas, si las estimáis de algún valor, y del mismo modo os ruego reconozcáis la sinceridad de mi afecto por vos".⁴

En este esquema general, las ideas de Maquiavelo eran sumamente sencillas, a saber, la fundación de una república genuina, dejando la elección de los magistrados en manos de los Médicis por el momento. Así los últimos podrían conservar su predominio vitalicio; pero a su muerte Florencia podría recuperar realmente su libertad. No era aquella una idea nueva, porque en ella se contenían precisamente los medios y el procedimiento mediante los cuales Cosme y Lorenzo el Magnífico habrían llegado a ser los únicos dueños de la república. Es cierto que en tal forma ellos habrían destruido la libertad; pero ahora el Papa estaba lejos, y ni él ni el cardenal tenían ningún sucesor en quien pensar; ellos no podían, o al menos, según Maquiavelo, no tenían derecho a objetar, tanto si la libertad era restaurada a su muerte como si no lo era. Así, pues, en resumen, de lo que se trataba solamente era de intentar persuadir a los Médicis que podían conquistar una gloria imperecedera si, conservando su poder vitalicio en Florencia, aseguraban a la vez el triunfo de la República para el futuro. Para la solución práctica de este difícil problema, Maquiavelo acude en sus *Discursos* a muchos procedimientos que convierten la consecución de sus objetivos en una tarea extraordinariamente complicada.

Pasando en seguida al estudio del procedimiento para lograr en la práctica estas reformas sugeridas por él, Maquiavelo empezó por proponer la elección vitalicia de setenta y cinco ciudadanos que tuviesen más de cuarenta y cinco años, y de entre los cuales había de ser elegido

gonfaloniero por dos o tres años o incluso de por vida. La mitad de los sesenta y cuatro restantes debían formar una especie de consejo para el gonfaloniero, desempeñando el poder durante un año, sustituida al final del plazo por la otra mitad, y alternando en la misma forma sucesivamente. Aquellos treinta y dos debían subdividirse en grupos de ocho ciudadanos cada uno, constituyendo la Señoría propiamente dicha por tres meses, bajo la presidencia del gonfaloniero. En esta forma podía darse satisfacción a la ambición más exigente. Después apareció el Senado o Consejo de los Doseientos, cuyos miembros debían tener cuarenta años de edad. Maquiavello abolió igualmente muchas magistraturas inútiles; pero retuvo la magistratura de los Ocho de *Guardia* y *Balia* que formaban una especie de tribunal común de justicia y la de Ocho de *Pratica*, cuya competencia eran los asuntos de guerra y por consiguiente les incumbía ocuparse de la Ordenanza de la Milicia. Esta última fué siempre la institución preferida por él. Los Médicis la habían suprimido en 1512, y después la restauraron de nuevo temporalmente mediante un decreto de 19 de mayo de 1514, bajo el nombre de Ordenanza del Territorio⁶ (*Ordenanza del Contado*).

Maquiavello no podía insistir sobre el tema en un momento en que era sumamente inoportuno hablar de armar al pueblo, pero decidió recurrir a él más tarde, después de haber logrado el restablecimiento de la República.

Pero quedaba aún sin considerar la última parte de la reforma que era sin duda la más importante y que se refería a la necesidad de dar satisfacción a la mayor parte de los ciudadanos. "A tal fin —continuaba diciendo Maquiavello, en tonos cada vez más vivos— es necesario volver a abrir la sala del Gran Consejo". "Sin dar satisfacción a las masas jamás puede establecerse una República estable; y la masa de ciudadanos florentinos nunca estará satisfecha hasta que la sala se abra de nuevo; por consiguiente, para formar una República en Florencia, es preciso volver a abrir la sala, y restaurar este privilegio de las masas populares. Y vuestra Santidad puede estar seguro de que esto sería lo primero que haría cualquier enemigo que desease privaros del Estado, y, por tanto, sería más discreto proyectar la apertura de la sala directamente por vos en condiciones de seguridad".

Por todo esto resultaba necesario que el Gran Consejo se reconstituyese de acuerdo con la forma usual, compuesto de mil, o al menos de seiscientos ciudadanos. No había necesidad de fijar la forma de elección, puesto que todos los *beneficiati* podrían formar parte de él por turno, es decir, todos los ciudadanos elegibles para puestos oficiales y consecuentemente para formar parte del Consejo. La función más importante de este cuerpo, además de sancionar las leyes, era la elección de los magistrados; pero estas prerrogativas sólo se concedían al mismo en aquel momento en forma limitada, puesto que debían ser retenidas por los Médicis hasta que muriesen el Papa y el cardenal, y solamente después habían de ser devueltas al pueblo. Maquiavello sugirió también que los Médicis convocasen eventualmente el Consejo para el ejercicio de sus derechos, para que el pueblo pudiese entrenarse gradualmente en el

ejercicio de la libertad; y ciertamente que en ésta radica el meollo de su *Discurso*.

“Mediante estas medidas —establece como conclusión, dirigiéndose al Papa y al cardenal con fervor creciente—, vos os convertís en señores absolutos de todo. Vos nombráis los magistrados más importantes, el gonfaloniero, la Señoría y los Doscientos. Vos legisláis con la autoridad de todo el pueblo; todo depende de vuestra voluntad; durante vuestra vida este gobierno no difiere en forma alguna de una monarquía. A vuestra muerte legáis a vuestro país una república genuinamente libre, que deberá a vos su existencia. Yo creo que el mayor honor que pueden alcanzar los hombres es el que su país les confiere voluntariamente; y creo también que el mayor bien que pueda alcanzarse y el más grato a Dios es el que se hace a nuestro país. Además nadie ha sido más digno de alabanza por sus hazañas que quienes han reformado repúblicas y reinos mediante leyes e instituciones; estos son los hombres que, más próximos a los dioses que ningún otro, han sido objeto de más alabanzas... Por consecuencia, los cielos no pueden conceder un don más precioso a ningún mortal, ni señalarle una senda más gloriosa que ésta; y entre los muchos beneficios que Dios ha conferido a vuestra Casa y a la persona de vuestra Santidad, el mayor es éste de proporcionaros la fuerza y la decisión de conquistar la inmortalidad, y así sobrepasa con mucho vuestro poder y la gloria de vuestros antepasados”.

Aunque esta conclusión nos remonta retrospectivamente hasta la idea dominante en Maquiavelo, y nos recuerda la exhortación final del *Príncipe*, ningún gran valor científico, ni ciertamente ningún valor práctico de importancia puede atribuirse a su *Discurso*, considerada esta obra en conjunto.

El procedimiento sutil por el que Maquiavelo debía preparar la transición del despotismo de entonces a la libertad futura, era decididamente sutil y artificioso, como observó más tarde Alessandro dei Pazzi al ser interrogado a su vez por el cardenal dei Medici. Incluso aun cuando se hubiesen adoptado todas estas medidas, apenas podrían haber logrado el fin propuesto. Una república sometida enteramente a la autoridad de un Papa tal como León X quería, habría conducido a un conflicto inmediato, o aumentado las dificultades que se oponían a un restablecimiento auténtico de la libertad. Sin embargo, el *Discurso* de Maquiavelo es otra prueba de la sinceridad, de la constancia y de la profundidad de su adhesión a la causa de la libertad.

El cardenal estaba ahora ansioso de atraer a Maquiavelo. Ya lo conocía personalmente, y había empezado a cruzar correspondencia con él y a otorgarle algunos favores. Parecía, por consiguiente, que se abría una nueva aurora llena de perspectivas para el secretario; pero los signos eran aún tan débiles y los favores tan exiguos, que eventualmente le proporcionaban más humillación que placer. En el año de 1520 fué designado por primera vez, por la Señoría y por el cardenal, como comisario en Luca, para arreglar los asuntos de ciertos comerciantes florentinos que tenían un crédito de mil seiscientos florines contra un tal Michele Guinigi, de aquella ciudad, que se negaba al pago.

Detenido en Luca durante varios meses por estos asuntos, Maquiavelo pasó el tiempo, como de costumbre, estudiando el ambiente y tomando notas de todo cuanto veía. En realidad ha llegado hasta nosotros un *Sumario de los asuntos de la ciudad de Luca*, que debe haber sido escrito por él en esta época. Es un esbozo hecho de prisa y no muy perfecto; pero contiene muchas reflexiones contradictorias.

Maquiavelo observa que este Gobierno de Lucca funcionaba bien, a pesar de algunos defectos. Se manifiesta de acuerdo con que la Señoría tuviese escasa autoridad sobre los ciudadanos, "porque tal ha sido siempre la práctica de las buenas repúblicas, para evitar que el magistrado más importante pueda fácilmente abusar de su poder, si no se le frena de algún modo. Tampoco los cónsules romanos, ni el dogo y la Señoría de Venecia habían tenido poder alguno sobre las vidas de los ciudadanos". Además, la Señoría de Luca carecía de la dignidad necesaria, según Maquiavelo, "porque el breve plazo durante el cual ejercía el poder y las numerosas exclusiones obligaban al nombramiento de personas de poca importancia. Así se hizo necesario continuamente recurrir en los *Colloqui* al Consejo de ciudadanos privados, lo que no es corriente en repúblicas bien organizadas, en las que el poder se distribuye por las mayorías, en las que el número medio da consejo y en las que la minoría ejecuta las resoluciones".

Pero estos estudios no absorbieron gran parte de su tiempo, y por lo mismo se vió obligado a buscar una actividad complementaria. En esta época recibió varias cartas, y entre ellas una del cardenal dei Medici, fechada el último día de julio y que empezaba con estas palabras: *Spectabilis vir, amice mi carissime*. En esta carta se manifestaba deseo de que fuesen expulsados de Luca tres estudiantes de la Universidad de Pisa, que ya habían sido expulsados de allí por su mala conducta.⁶ Sus amigos de los Jardines Oricellarii le enviaban a veces cartas serias y a veces otras cartas más o menos graciosas rogándole que volviese pronto, y sus hijos le apremiaban todavía más intensamente en el mismo sentido tanto en su propio nombre como en el de su madre, Marietta.⁷ Pero Maquiavelo no pudo partir hasta que el asunto que tenía encomendado hubiese sido resuelto de algún modo, y como consecuencia, se aprovechó de su tiempo libre en Luca para componer su breve y bien conocida obra, titulada *Vida de Castruccio Castracani*. El 29 de agosto envió su libro a su amigo Zanobi Buondelmonti, dedicado a él y a Luigi Alamanni, *sui amiciissimi*. Ya el 6 de septiembre contestaba Buondelmonti manifestando que había recibido y leído la carta con Alamanni y con otros amigos, todos los cuales habían quedado sumamente complacidos por la misma.

Es bien sabido que lo mismo que el resto de sus obras, ésta provocó muchas dudas y querellas. Por algo a la obra en cuestión se la calificó de novela, y otros dijeron de ella que era una imitación de la *Cyropedia* de Jenofonte, y así sucesivamente. Evidentemente que esto no puede ser considerado como historia, como pueden comprobar cuantos lo comparan con cualquier narración de los hechos auténticos mejor conocidos. El autor redactó la biografía de un personaje imaginario al que dió el

nombre de Castruccio Catracani, biografía que elaboró en parte a base de incidentes de la vida de éste, tal como los refiere la historia y en parte con otros derivados de la vida de Agátocles en los libros XIX y XX de Diodoro Sículo, agregando algunos detalles de su propia inventiva. El Castruccio auténtico era un descendiente legítimo de la noble familia de Antelminelli; había nacido en 1281, y pasó sus primeros años compartiendo el destierro de su padre Geri, en Ancona. A la muerte de sus padres, fué a las guerras de Flandes, junto con Alberto Scotti y Musciatto Francesi, al servicio de Felipe el Bello. En 1300 estaba combatiendo en Lombardía en el bando de los Visconti.

La descripción que hace Maquiavelo, por el contrario, empieza estableciendo qué los hombres extraordinarios casi siempre son de cuna humilde y oscura, porque el destino gusta de exhibir su poderío en tal forma, y después sigue refiriendo cómo un cierto canónigo Castrucani y su sobrina Dianora, que vivía con él, encontraron un niño abandonado en su jardín, y lo educaron en su casa, y que este niño fué después el famoso Castruccio. Demostrando una cierta aptitud para las armas fué aleccionado por messer Francesco Guinigi, y con él y a su cuidado fué a las guerras lombardas, donde desde la edad de dieciocho años empezó a distinguirse por su valor. Ni este canónigo, ni su hermana, son otra cosa que personajes ficticios, e igualmente ficticia es la tábula del niño expósito descubierto en el jardín. Además, el Castruccio auténtico se alejó de Italia cuando tenía dieciocho años; por otra parte, no existe ningún Francesco Guinigi que hubiese podido jugar el papel que Maquiavelo le asigna. Pero según Diodoro Sículo, Agátocles fué abandonado por su padre. Su madre le encontró después de algunos días, y lo entregó a su hermano, que lo había educado. Más tarde, Agátocles encontró un protector, de sangre noble, que le dió un puesto en el ejército, en el que no tardó en destacar por su valor.

Maquiavelo sigue refiriendo cómo, directamente después del retorno de Castruccio a Luca, de Lombardía, messer Francesco Guinigi murió, y, dejando un niño de trece años llamado Paolo, escogió a Castruccio para tutor del muchacho y como gobernador de sus estados. Paolo, como su padre, y ciertamente como el episodio en su conjunto, es una figura imaginaria tomada de Diodoro, que describe cómo Agátocles se casó con la viuda de su protector y así se redimió de la pobreza. El procedimiento mediante el cual Castruccio, poco a poco, y primero con la ayuda de Ugucione della Faggiuola, señor de Pisa, y después en oposición a su voluntad, logró convertirse en tirano de Luca, es referido por Maquiavelo con gran precisión. Pero la batalla de Montecatini, en la que fueron derrotados los florentinos, y en la que Castruccio combatió tan valientemente bajo la bandera de Ugucione, que provocó los celos del último y convirtió su amistad en enemistad, aparece descrita en forma sumamente arbitraria. Maquiavelo supone que Ugucione cayó enfermo, aunque por el contrario, él estuvo a la cabeza del ejército, para dar el mando a Castruccio, y le atribuye, en su forma habitual, un plan de batalla imaginario. Y después que Castruccio se ha convertido en señor de Luca y en jefe de los gibelinos toscanos, mediante la

muerte de Uguccione, hace narración de las estratagemas mediante las que aplastó una rebelión en aquella ciudad.

Aquí vuelve Maquiavelo a imitar a Diodoro, atribuyendo a su héroe el mismo comportamiento que tuvo Agátocles al destruir a sus enemigos y que con tanta frecuencia él mismo menciona y recomienda en las páginas del *Príncipe* y de los *Discursos*. Según Diodoro Sículo, Agátocles, habiendo primero, como capitán de los siracusanos, reunido un gran ejército, convocó después a los principales del Consejo de los Seiscientos, con pretexto de pedirles consejo, y los condenó a muerte. Esta medida provocó la ira del pueblo contra los nobles a los cuales odiaba, y así unas cuatro mil personas fueron asesinadas. Según Maquiavelo, Stefano di Poggio se unió primero a los rebeldes en Luca, después los apaciguó, de tal forma que cuando Castruccio regresó del campamento, se presentó a este último, le demostró que todo estaba tranquilo, gracias a los esfuerzos realizados por él, y habló en favor de sus amigos y parientes. Castruccio le dió una cordial bienvenida, y le invitó a que trajese a sus amigos, pero cuando éstos se presentaron ante él, confiados en la palabra empeñada, todos fueron capturados y ejecutados, después de lo cual ejecutó en forma similar a muchos, y así quedó finalmente establecido sobre bases seguras como señor de Luca.

Incluso la narración de los medios por los cuales Castruccio conquistó la posesión de Pistoia, es absolutamente ficticia. Según Maquiavelo, el tirano llegó a un acuerdo con los líderes de las dos facciones que dividían la ciudad, haciendo creer a ambos que él podría avanzar una cierta noche para enfrentarse a sus adversarios; pero cuando llegó el momento, a una señal convenida, atacó a ambos partidos, los venció e hizo ejecutar a todos. La ciudad fué entonces convocada para rendirse en nombre de Castruccio y se rindió ante él junto con el territorio de los contornos, "de tal modo que —dice Maquiavelo en conclusión— todos, llenos de esperanza, y especialmente agitados por su *virtud*, quedaron apaciguados". No hay una palabra de verdad en este relato. Pistoia fué rendida por Filippo Tedici, jefe de la ciudad. Encontrándose demasiado débil para resistir conjuntamente a Castruccio, los florentinos y los enemigos de éstos que habitaban en el interior de la ciudad, engañó al segundo y se entregó al primero, que lo nombró capitán de sus fuerzas y le dió a su hija por esposa. Tal, al menos, es la versión dada en las *Storie Pistolesi*, que es un relato digno de mucho más crédito. Entre otras cosas Maquiavelo no habla de que Castruccio tuviese esposa ni hijos, aunque no solamente era casado, sino que era padre de familia.

La captura de Pistoia se logró realmente mediante dos batallas que son los acontecimientos más importantes de la carrera militar de Castruccio. La primera y principal fué la de Altopascio (1325), en la que los florentinos fueron derrotados en toda la línea. Pero Maquiavelo, que ha descrito detalladamente esta batalla en sus *Historias*, no dice aquí ni una sola palabra al respecto. Después de varias otras empresas militares, Castruccio, ahora duque de Luca, de Volterra, de Pistoia,

etcétera, y vicario imperial en Pisa, se encontró en Roma, adonde había ido con Luis de Baviera. Allí supo que los florentinos habían recuperado Pistoia. Yendo apresuradamente a Luca, reunió un ejército, sitió a Pistoia y al mismo tiempo derrotó a los florentinos que trataron de rescatar la ciudad. Pero Maquiavelo no tiene nada que decir de esta campaña, la segunda por su importancia en la vida real de Castruccio, y en vez de ello describe batallas ficticias.

Entre tanto, la suerte, esa fuerza que rige constantemente los acontecimientos humanos —sigue diciendo Maquiavelo—, después de haber favorecido tanto a Castruccio, resolvió ahora que la mejor forma de demostrar su poder era poner súbitamente fin a su vida con una fiebre que le dió después de la última de sus gloriosas batallas. Dándose cuenta de que iba a morir, envió a buscar a un sucesor hipotético y se dirigió a él en estos términos: "Si yo hubiese previsto que el destino interrumpiría mi carrera a medio camino, te habría legado un Estado más pequeño y menos enemigo. Pero el destino es árbitro en todo, y no me ha concedido la claridad de juicio necesaria para prever su voluntad, ni tiempo suficiente para dominarlo. Me abstuve del matrimonio para demostrar mi gratitud a tu padre, mi protector. Ahora te corresponde a ti intentar conservar el reino que yo te dejo y que adquirí por la fuerza de las armas". Paolo no tuvo ni el valor ni la buena suerte de Castruccio, y perdió en seguida el reino. Así se lee en la descripción de Maquiavelo; pero todo esto, además, es novela pura, porque, como hemos dicho antes, Castruccio dejó varios hijos que ejercieron el poder del Estado, aunque lo perdieron poco tiempo después, porque ni la sagacidad ni el valor del padre habían sido heredados por los hijos.⁸ Esta biografía singular, que empieza y termina exaltando la omnipotencia del destino, concluye con una serie de aforismos memorables atribuidos a Castruccio. Muchos escritores creen que casi todos éstos se derivaban de los Apotegmas de Plutarco; pero recientemente se ha demostrado que gran parte de ellos están tomados de la *Vida de Aristipo*, de Diógenes Laercio.⁹

De todo esto que hemos dicho deducimos la conclusión de que la finalidad de Maquiavelo al escribir esta obra está suficientemente clara. Estando en Luca, y según su costumbre de estudiar la historia del lugar, concentró naturalmente su atención en el carácter y en la carrera de Castruccio, el soldado audaz y político agudo, fundador de un nuevo Estado, y una personalidad del tipo de la de César Borgia. Del mismo modo que este último, al pasar por el crisol de la fantasía de Maquiavelo, se había convertido en su ideal político, Castruccio, todavía susceptible de transformación más débil, observado a mayor distancia, se convirtió en su ideal político militar. Convirtiéndolo casi en el héroe imaginario de una novela histórica singular, trató de personificar en él, no sólo alguna de las ideas expresadas en *El príncipe* y en los *Discursos*, sino muchas de las teorías expuestas recientemente en su *Arte de la guerra*.

Pero no es sorprendente que una obra compuesta en tales condiciones y con finalidades similares haya provocado tantas discusiones. En realidad, desde el mismo momento de su aparición surgieron dudas

y conjeturas que aún no han sido aclaradas. En la carta de Zanobi Buondelmonti mencionada arriba, el autor hablaba del placer con que tanto él como muchos otros camaradas de los Jardines Oricellarii examinaron detenidamente la nueva obra, y estimulaban a Maquiavelo a que continuase escribiendo sobre temas de historia, "porque su estilo al escribir sobre estos temas resulta más elevado que al tratar cualquiera otra materia". Pero mientras todos estaban de acuerdo en este punto, "todo el mundo vacilaba y dudaba respecto a la historia en sí y en cuanto a la explicación de su intención y de sus ideas". Buondelmonti hizo notar también, y no sin razón, que los aforismos atribuidos a Castruccio parecían ser demasiado numerosos, tanto más cuanto que algunos de ellos habían sido ya "atribuidos a otras épocas tanto de la antigüedad como de la edad moderna".

Desgraciadamente la descripción de Maquiavelo gira bruscamente, y se desarrolla con atractiva nitidez y frescura de estilo, porque estas dotes nunca faltaron a nuestro autor cuando se trataba de la personificación de sus ideales. Pero sólo cuando hemos llegado a formarnos un concepto claro de aquellos ideales, podemos comprender cómo la *Vida de Castruccio Castracani* tomó forma en su mente, o darnos cuenta de hasta qué punto fué natural y sencillo el objetivo que se propuso al escribirla.

NOTAS AL CAPITULO XVIII

1. Archivos de Florencia. *Carte Strozzi-Uguccioni*, legajo 108. en la caja 40. El amigo de Maquiavelo. Filippo Strozzi, había sido alumno de Marcello Adriani, y estaba emparentado con los Médicis por su matrimonio con Clarisa, hija de Piero dei Medici y de Alfonsina Orsini. Esto puede explicar tal vez la razón de que, ya en 1512, cuando Maquiavelo no tenía relación personal con los Médicis, hubiese sin embargo dirigido alguno de sus escritos a ellos. (Véase volumen II, página 183 y siguientes de la edición italiana de esta obra.) Y la carta *A una señora*, que muchos creen que estaba dirigida a Alfonsina (vol. II, pág. 183, nota 1), fué escrita con mucha más probabilidad a Clarisa dei Medici, esposa de Filippo. La carta de Filippo citada arriba está fechada en Roma, el 17 de marzo de 1519. Pero no se conoce con exactitud si la cita del año se hace según el estilo romano o según el estilo florentino.

2. El primero de estos Discursos figura en tercer lugar en las *Opere Inedite* (vol. II, págs. 262 y siguientes) y lleva fecha de 27 de agosto, con una nota agregada de puño y letra de Guicciardini, que dice: "En España, año 1512, y estaba a punto de terminar (mi discurso), cuando tuve noticias de que los Médicis habían entrado en Florencia". La segunda llegó después y por consiguiente ocupa el cuatro lugar en las *Opere Inedite* (vol. II, págs. 316 y siguientes). Están precedidas de otras dos, relativas a los acontecimientos de 1495, y pueden ser consideradas como ejercicios literarios, de los que Guicciardini escribió muchos, generalmente con la finalidad de usarlos en sus *Historias*, como efectivamente se ha hecho a veces.

3. Discurso referente a la reforma del gobierno de Florencia, escrito a instancias del Papa León X. *Opere*, vol. IV, págs. 105 y siguientes. Aunque en las ediciones impresas se dice que el Discurso fué hecho "ad istanza di Papa Leone X", sin embargo, la prueba interna demuestra que Maquiavelo fué interrogado directamente por el cardenal, pero no por el Papa.

4. *Opere*, vol. IV, págs. 112-113. Incluso estas palabras demuestran claramente que Maquiavelo no había sido invitado especial y directamente por el Papa

para que escribiese esta obra, porque en otro caso, evidentemente habría dicho en este punto que se veía obligado a contestar. Hay otras expresiones, más adelante, que indican, a nuestro juicio, que la invitación procedía del cardenal.

5. Este decreto se encuentra en los Archivos de Florencia, *Balie* (1512-26), número 58; y según la vieja clasificación: clase XI, distrito XVIII, núm. 19, en la caja 157. Empieza con la afirmación de que el gonfaloniero y la Señoría de Florencia creen oportuno "tomar medidas para que el Estado se conserve durante mucho tiempo y para asegurarse bien contra cualquier daño y en especial contra cualquier ataque repentino. Que ellos lo creían así puede asegurarse fácilmente, siempre que su pueblo esté bien armado y organizado y que no se intente descansar en las armas y en mercenarios extranjeros". Por consiguiente, se restableció la Milicia. Y se decretó que diez mil soldados de infantería se reclutasen en el territorio y distrito (*contado e distretto*) y que su superintendencia se confiase al "magistrado de los respetables *Diez de Balia*, y en caso de que tal magistrado no apareciese, se confiase al magistrado de los respetables *Ocho de Pratica*. Estas medidas fueron adoptadas porque en aquella época estaba ya resuelta la supresión de los *Diez* y su sustitución por los *Ocho de Pratica*, que, de hecho, empezó a ejercer sus funciones el 10 de junio del mismo año. Las cartas de los *Diez* terminaron el 9 de junio de 1514 y los primeros dos volúmenes de las cartas de los *Ocho di Pratica* (números 28 y 29, según la nueva clasificación, y según la vieja: clase X, distrito V, números 49 y 50, llevan todas el siguiente título: *Alter ex libris litterarum intra Dominium scriptarum per magnificos Octoviros Praticae Reip*, etc. Lorenzo dei Medici, sobrino del Papa, formó parte de los primeros *Ocho*. Los dos volúmenes citados comprenden desde 1514 a 1516 y se completan entre sí. La primera carta es del 13 de junio de 1514. El decreto citado arriba solamente se puso en vigor en parte e involuntariamente. En realidad, los Médicis siempre desdénaron la Ordenanza de la Milicia.

Debemos hacer mención de que incluso Guicciardini habló favorablemente de la Ordenanza de la Milicia en los *Discursos* de los que antes hemos hecho algunas citas. *Opere Inedite*, vol. XI, Discurso III, pág. 264.

6. Esta carta aparece en dos formas diferentes en las *Opere*. En la página 88 del vol. I aparece impresa en forma correcta, salvo por lo que se refiere a la fecha. En el vol. VI, página 210, la fecha se da en forma correcta, pero la carta contiene varios errores. Y hay también un error al decir que se encuentra en las *Carte del Machiavelli*, caja V, núm. 51, porque está en el número 41.

7. Véase edición italiana, documentos VII y IX, del Apéndice III, en el que insertamos una carta de fecha 30 de julio, de Bernardo Maquiavelo a su padre, en Luca, y otra al mismo de Filippo dei Nerli, fechada el 1º de agosto de 1520. Varias otras de la misma época fueron publicadas en las *Opere*.

8. Para la vida de Castruccio pueden consultarse varios autores, entre ellos: *Vita Castrucci Antelminelli lucenzia ducis, auctore Nicolao Tegrino una cum etrusca versione Georgii Dati*, Lucae, 1742. El señor F. L. Polidori incluyó un *Esame critico della vita di Castruccio Castracani* en su edición de las *Opere Minori*, de Maquiavelo (Florencia, Le Monnier, 1852), véanse páginas 33 y siguientes. En este estudio, el autor hace notar los errores históricos cometidos en la obra de Maquiavelo, y sobre los que habían empezado a llamar la atención mucho tiempo antes otros autores. Muchos han observado que en esta obra Maquiavelo tomó muchas ideas prestadas de los autores antiguos. Pero nosotros creemos que el señor C. Triantafillis fué el primero en demostrar que la narración se derivaba en parte de la vida de Agátocles tal como la refiere Diodoro Sículo.

9. El señor Menagio, de la Biblioteca Fabricio, había declarado que los dichos famosos atribuidos por Maquiavelo a Castruccio habían sido extraídos de los Apotegmas de Plutarco. Pero el señor Triantafillis había citado once que evidentemente han sido copiados de la *Vida de Aristipo*, de Diógenes Laercio, autor que, como puede observarse fácilmente, había sido ya traducido en el siglo XV por Traversari.

CAPITULO XIX

"EL ARTE DE LA GUERRA".

Ya hemos hecho notar que fué en aquellos años que Maquiavelo pasó en Florencia cuando éste escribió los siete libros de *El arte de la guerra*. Los dedicó a Lorenzo de Filippo Strozzi, que había presentado al autor a la familia de los Médicis, y están escritos en forma de diálogos que se supone reflejaban a su vez los diálogos sostenidos en los Jardines Oricellarii entre Cosme Rucellai, Fabricio Colonna, Zanobi Buondelmonti, Battista della Palla y Luigi Alamanni, durante el año 1516, después del regreso de Colonna a Florencia al final de la guerra lombarda. Sin embargo, es claro que esta obra fué escrita algunos años más tarde, porque en las primeras páginas habla el autor de la muerte de Cosme Rucellai, que evidentemente no ocurrió antes de 1519. El libro quedó terminado probablemente el año 1520. En realidad, el 17 de noviembre de aquel año, Filippo dei Nerli, al escribir a Maquiavelo, le dice que no ha recibido aún ni la *Vida de Castruccio*, ni la obra *De re militari*, y se queja especialmente de no tener en su poder esta última, porque el cardenal dei Medici deseaba también leerla.¹ *El arte de la guerra*, en todo caso, se publicó en Florencia el 16 de agosto de 1521.²

Del mismo modo que *El príncipe* no es otra cosa que una ampliación de algunas ideas contenidas ya en esbozo al menos en los *Discursos*, así *El arte de la guerra* explica detalladamente todo cuanto se mencionó brevemente en el mismo respecto al procedimiento de disciplinar a los ejércitos y de conducirlos al combate. Estas tres obras, en resumen, todas ellas inspiradas en las mismas ideas, podían haber sido fácilmente fundidas en una. Los *Discursos*, que contenían los gérmenes de las demás obras, y por consiguiente todo el sistema de las ideas concebidas por el autor, tratan principalmente de los medios de establecer la libertad del Estado; *El príncipe*, del modo de fundar una monarquía nueva y absoluta, para obtener más tarde con su ayuda la unidad e independencia de todo el país, mientras *El arte de la guerra* nos enseña cómo la nación debe estar dispuesta para la defensa de la libertad y la independencia. Y en estas tres obras, incluso cuando las cuestiones teóricas se presentan en términos generales, Maquiavelo siempre tiene especialmente en cuenta a Italia. De aquí que las tres tengan no sólo un mérito científico, sino también un valor práctico e histórico que aumenta nota-

blemente las dificultades de emitir juicios sobre ellas. Otros obstáculos más fuertes habían de encontrarse al entrar en un estudio crítico preciso del *Arte de la guerra*. Incluso los militares apenas pueden estimar el valor histórico de un trabajo que solamente puede comprenderse si se le considera aparte de su época, y es imposible que la población civil adopte con firmeza las medidas de valor técnico e intrínseco que indudablemente posee. Tampoco son estas diferencias menores por el hecho de que Maquiavelo no hubiese sido nunca un táctico experto. Para esto ni podemos emitir un juicio favorable del valor real de sus teorías militares, ni facilitaríamos su comprensión, comprobando que los embrollos o errores eran suyos, y que éstos derivasen de su inexperiencia más que de su época. En su época las armas de fuego no habían producido todavía la revolución en la organización del ejército de la táctica moderna. En verdad que la ciencia de la táctica era todavía desconocida y nadie se la imaginaba aún. Maquiavelo fué el primero que se aventuró, demostrando por lo mismo una audacia similar a la que le incitaba a fundar una ciencia del gobierno del Estado.

¿Hasta qué punto triunfó en su intento? Esta es la cuestión a la que tenemos que dar respuesta; y es extraordinariamente difícil contestar, especialmente cuando se es completamente profano en la ciencia militar. Por consiguiente, consultaremos a los jueces más competentes, y aprovecharemos los consejos y sugerencias de los militares a cuya ayuda hemos tenido que recurrir con frecuencia en el curso de este capítulo.³ Sin embargo, el ensayo de Maquiavelo comprende afortunadamente determinadas ideas fundamentales y generales de gran valor político y militar, que pueden explicarse y apreciarse sin la ayuda de ningún equipo técnico. Consecuentemente, deberemos volver sobre este tema antes de emprender un detenido examen de la obra.

El arte de la guerra, como sucede con todas las demás cosas de Europa, estaba entonces experimentando una transformación enorme y rápida. Durante la Edad Media, hombres en armas, montados en caballos, y protegidos con coraza, de cabeza a pies, lo mismo que ellos, habían puesto de manifiesto con qué facilidad podían derrotar a los soldados de infantería arrojando sus lanzas prodigiosas; la infantería, por consiguiente, había caído en descrédito, y la caballería pesada representaba la fuerza más importante de cualquier conjunto armado. Como consecuencia, las bandas mercenarias que dominaron a Italia se componían principalmente de aquellos hombres en armas montados, y se prestó poca atención a las bandas milicianas de las viejas comunas, formadas por artesanos, que combatían a pie y que no tenían tiempo ni dinero para instruirse en las maniobras más complicadas de las tropas montadas. Sin embargo, en el siglo xv los soldados de infantería de Suiza salieron y avanzaron desde sus montañas para la defensa de su propia libertad. Y como aquellos hombres, formando numerosos y compactos batallones, protegidos simplemente con petos, y equipados con enormes y largas picas, que apoyaban en el suelo y apuntaban al enemigo, combatían con extraordinario valor contra Austria y contra los duques de Borgoña, demostraron que la infantería no sólo era capaz de resistir,

sino incluso de derrotar a la más poderosa caballería. Así ganaron, junto con su propia independencia, la reputación de ser los mejores soldados del mundo, y desde entonces en adelante se creyó que no podría alcanzarse victoria alguna sin ayuda de un buen número de soldados suizos. Los primeros en imitarlos fueron los lansquenets, en seguida la infantería española, y aquéllos y ésta con gran éxito. Así, poco a poco, la principal fuerza de cualquier ejército resultó ser la infantería; las compañías libres, cuya desaparición por muchas otras razones era solamente cuestión de tiempo, empezaron a perder poder y prestigio, e incluso los hombres armados de los franceses que fueron objeto de tantas alabanzas ya no siguieron considerándose invencibles contra soldados de infantería.

Maquiavelo adquirió un cierto conocimiento de estas cuestiones a base de su primitiva experiencia de las cuestiones militares en el campamento establecido ante Pisa, y cada vez más aquellas experiencias se grabaron profundamente en su ánimo durante los viajes ulteriores a Suiza y al Tirol. Consecuentemente dedicó mucho tiempo a estudiar el problema. En realidad, la más importante de las ideas expuestas en su *Arte de la guerra* es que la mejor milicia es la que se forma a base de armar al pueblo, la de que en todos los períodos la infantería forma la espina dorsal del ejército, y que por consiguiente debe tenerse extraordinario cuidado en su organización y disciplina. Es posible, dice, que en países donde, como en determinadas regiones de Asia, hay llanuras inmensas en las que vive una población nómada, la caballería pueda jugar el papel más importante en la guerra; pero en Europa, la tropa montada, aunque útil para las escaramuzas, para el reconocimiento, para apoyar la infantería en caso de necesidad y para perseguir al enemigo derrotado, nunca puede decidir la suerte de una batalla. Este supuesto él lo afirma y repite con tal decisión y firmeza que los principales especialistas en cuestiones militares declaran que sus respectivos puntos de vista expresan precisamente el punto de vista de la táctica moderna.

Partiendo de esta idea, la admiración de Maquiavelo por los romanos le llevó naturalmente a consultar las obras de Tito Livio, y más aún las de Vegecio, sobre la organización, constitución y disciplina de su infantería, y en seguida se persuadió de que la legión romana no solamente era un modelo digno de imitación, sino que era difícil que fuese superado. Y no estaba él equivocado en esta creencia. Porque muchos siglos después de su época la legión continuaba siendo objeto de estudio y admiración por todos los grandes reformadores del ejército. Dejando a un lado por un momento las transformaciones radicales que representó la introducción de las armas de fuego en la táctica moderna, la legión romana sigue siendo hasta ahora un modelo que nunca ha sido superado y del que todavía se puede aprender mucho.

Combinando sus estudios de la época romana con su experiencia personal de la infantería suiza, con los resultados de una observación continua de la infantería alemana durante sus viajes y con todo cuanto había oído recientemente de los españoles, Maquiavelo empezó a proyectar un cuerpo de infantería modelo, y así dió con la idea de su Ordenanza de la Milicia, que continuamente fue objeto de su esfuerzo como base pa-

ra perfeccionar la teoría que la inspiró. Y esta concepción de un nuevo sistema de infantería se combinó con otra de mayor importancia, de la que, en verdad, aquélla derivaba, y que le había sido sugerida por los ejemplos de Roma y de Suiza, es decir, la idea que formaba la esencia de su libro, y una de las más constantes de toda su vida: que la nación armada es el único ejército verdaderamente nacional e invencible, la verdadera fuerza militar del Estado moderno. No dejan de tener razón los autores que consideraron esta idea como profética, porque aunque en realidad fué descubierta por los romanos, solamente obtuvo un triunfo pleno en nuestros propios días en el sistema militar prusiano ahora más o menos imitado en todo Europa.⁴ Esta concepción de Maquiavelo, tanto la política como la militar, se fundió en una sola idea en su *Arte de la guerra*, y si la originalidad de la primera es evidente para todo el mundo, así también las modificaciones técnicas que él propuso para la reforma de la infantería de su época han recibido reiteradamente la aprobación y han sido aplaudidas por los tácticos modernos.

Ya hemos dicho que Maquiavelo no era un soldado experto, y esto es francamente admitido por él en las primeras páginas de su obra. Esta realidad robustece naturalmente el mérito de las verdades descubiertas por él, y es una prueba más del poderío de su intelecto; pero esa misma realidad pone de manifiesto los errores eventuales cometidos por él. Ya es hora de volver nuestra atención a uno de esos errores, puesto que ellos influyen necesariamente aunque de modo parcial en el carácter general de la obra de Maquiavelo. Maquiavelo tenía muy poca fe en las armas de fuego. Había dicho ya en los *Discursos* que aunque la artillería podía ser de gran utilidad contra los muros de una fortaleza o contra un ejército a la defensiva en las plazas sitiadas, era sin embargo de escasa utilidad en el campo abierto, o contra una fuerza atacante, y que la guerra, podía decirse, consiste mucho más en la ofensiva que en la defensiva, como los romanos habían demostrado con su ejemplo. Tampoco él modificó en modo alguno esta opinión en *El arte de la guerra*, donde, aunque hace toda clase de observaciones de gran valor respecto a la forma de emplear la artillería en el ataque y defensa de las fortalezas, llega alguna vez a decir que, en campo abierto, los cañones producen poco más que humo. Y respecto a las armas de fuego portátiles, Maquiavelo les concede escasa importancia, tan poca, que más de una vez advertimos con claridad que estaría dispuesto a abolirlas totalmente, si no temiese revelar demasiada hostilidad a lo que él mismo considera prejuicios de su época. Sin embargo, es necesario determinar con claridad la naturaleza y motivos de los errores de Maquiavelo, para no exagerar demasiado su importancia. Las armas de fuego portátiles eran tan imperfectas en su tiempo, tan difíciles de manejar con velocidad y ventajosamente, que todavía no podían superar satisfactoriamente al arco y la ballesta. Realmente no sólo eran los arqueros y ballesteros utilizados todavía en las batallas de aquel siglo, sino que más de cien años después encontramos a Montecuccoli sugiriendo que solamente dos tercios de la infantería debía ser armada con mosquetes y el resto con picas, armas estas últimas de las que no se prescindió totalmente hasta

la invención de la bayoneta en el siglo XVIII.⁵ La dificultad de introducir formas totalmente nuevas de hacer la guerra se ha puesto de manifiesto en nuestros propios días respecto al cañón de aguja.

Esta arma fué adoptada por los prusianos ya en 1840, y su eficacia quedó firmemente establecida durante la guerra con Dinamarca en 1864; sin embargo, solamente Austria hizo ensayos preparatorios con ella y no la había adoptado aún en la guerra de 1866. El desastre colosal de Sadowa fué necesario para asegurar su introducción en los ejércitos europeos. ¡He aquí hasta qué punto, por consiguiente, han sido grandes los obstáculos que encontraron las primeras armas de fuego portátiles, que con todas sus imperfecciones originarias, parecían solamente adecuadas para trastornar las mejores tradiciones de la guerra, el conjunto de las tácticas militares de las huestes más famosas!

Pero respecto a la artillería la cosa es bien distinta, y aquellas observaciones no pueden justificar totalmente a Maquiavelo en este aspecto. En la batalla de Rávena (1512), las entonces famosas piezas de campo de Alfonso d'Este hicieron grandes estragos entre el enemigo; en Novara (1513), los suizos perdieron gran cantidad de hombres, los cuales, para emplear la expresión de Giovio, habían sido *destrozadas por la artillería*; en Marignano (1515), la artillería francesa ayudó a decidir la suerte de la batalla, y abrió brechas enormes en las compactas filas de los suizos. En verdad que desde aquel momento la infantería suiza empezó a perder su prestigio de invencibilidad.⁶ Ahora bien, *El arte de la guerra* de Maquiavelo se escribió después de la batalla de Marignano, en la que en forma similar los mosqueteros encontraron la mejor coyuntura para demostrar la eficacia de sus armas, eficacia que se demostró mejor todavía en Pavía en 1525.

La verdadera causa del desdén con que Maquiavelo consideraba las armas de fuego debe buscarse también en la reducida experiencia militar que él pudo adquirir solamente en el campamento establecido ante Pisa y en la organización de la milicia florentina. Es cierto que él había disfrutado de una experiencia vivida junto a la infantería suiza y alemana; pero aquélla fué recogida momentáneamente, de prisa, y varios años antes de 1512. En la época de la batalla de Rávena, estaba totalmente absorbido preparando la defensa de Prato y de Florencia; las batallas de Novara y de Marignano se dieron más tarde, cuando Maquiavelo había sido ya separado de su esfera de acción y vivía en su retiro campestre, donde solamente llegaba el eco lejano de aquellos acontecimientos a través de informaciones que le proporcionaban sus amigos políticos y literarios. Como consecuencia, Maquiavelo tenía de los soldados y de sus armas una idea que correspondía a lo que aquéllos; éstas habían sido antes de 1512; y fueron aquellas ideas las que él trató de perfeccionar examinando las condiciones en que las conoció y estudiando el arte de la guerra tal como era practicado por los romanos. Si él hubiese sido un profesional de la milicia, habría encontrado más oportunidades de adquirir un conocimiento preciso de las grandes batallas que se dieron en su época, y tal vez habría tenido un presentimiento más claro del destino que el futuro reservaba a las armas de fuego. La pica y la

lanza, la espada y el arco, son armas demasiado simples para que sean susceptibles de importantes mejoras, y como consecuencia hay poca diferencia entre su desarrollo en los tiempos modernos y el que habían alcanzado en la antigüedad; pero las armas de fuego, que son infinitamente más complicadas, eran naturalmente susceptibles de enormes mejoras cuya importancia puede haber sido prevista, pero cuyo alcance era imposible calcular. Evidentemente Maquiavelo no tuvo la oportunidad de hacer cálculos de esta especie, y por consiguiente, para determinar el valor de sus teorías militares tenemos que recordar las condiciones en que ellas fueron concebidas y expuestas.

En todo caso, Maquiavelo fué el primero que intentó la formulación de una teoría lógica y científica de la táctica empleada en las guerras de su época, y de desarrollarlas en la medida de lo posible. Sus sugerencias están basadas en las que pueden ser llamadas ramas fundamentales y corrientes del arte militar, y desde este punto de vista poseen un valor innegable, verdaderamente maravilloso tratándose de un hombre que nunca fué soldado.⁷ Pero el notable progreso alcanzado por las armas de fuego y los cambios y modificaciones radicales provocados en tal forma, incluso aquellas partes de la obra de Maquiavelo que ahora solamente interesan desde el punto de vista histórico, serían igualmente notables por su valor práctico. Porque él mismo indicó sin vacilar cuál es la única vía posible que conduce al progreso sin la intervención de un elemento tan subversivo de las viejas tácticas. Pero, tal como el libro está redactado, sirve para demostrar, de acuerdo con la opinión de los expertos más autorizados, que el fundador de la ciencia de la política es también "el primero de los clásicos modernos sobre temas militares".⁸

En la dedicatoria a Lorenzo Strozzi, uno de sus amigos y mecenas, Maquiavelo entra en una exposición extraordinariamente clara de las principales ideas y principios políticos que desarrolla en su libro. "En Italia se ha cometido el error fatal —dice— de haber separado la vida civil de la militar, convirtiendo esta última en una profesión tal como ella es ejercida por las compañías libres. En esta forma el soldado se hace violento, amenazador, corrompido, y enemigo de toda vida apacible. Conviene, por consiguiente, que volvamos a los viejos sistemas de los romanos que no reconocían diferencias entre el ciudadano y el soldado y que sostenían el punto de vista de que, de los dos, el último debería comportarse con más fidelidad, y en forma pacífica y temeroso de Dios. Porque verdaderamente, ¿a quién tenemos que pedir más lealtad, y un comportamiento más honesto y virtuoso, que a quien esté siempre dispuesto a morir por su país? Este sufre más que nadie las consecuencias de la guerra, y como está en peligro continuo, tiene mayor necesidad que otros de la ayuda de Dios. Deseando, por consiguiente, tratar de resucitar entre nosotros la virtud de los hombres de la antigüedad, lo que por mi parte no creo imposible, y para no gastar mi tiempo libre en la inactividad, he resuelto transcribir todo cuanto sé del arte de la guerra. Yo sé que no deja de ser arriesgado abordar un asunto en el que nunca he sido especialista; sin embargo, los autores no pueden cometer tanto

daño con sus palabras como el que producen o pueden producir con sus hechos los capitanes inexpertos o torpes.”⁹

La obra empieza después con un elogio a Cosme Rucellai, recientemente fallecido todavía joven, y hacia quien Maquiavelo manifiesta sincera gratitud y una gran estimación cálida y fervorosa. Con emoción más profunda que la que él solía revelar en sus palabras, dice que no puede mencionar sin lágrimas el nombre del muerto, que estaba adornado con todas las cualidades que podían desearse de un buen amigo o que el país podía desear para un ciudadano. “No recuerdo de nada que él considerase exclusivamente suyo (sin exceptuar siquiera su alma) que no estuviese dispuesto a entregar a sus amigos. No sé de ninguna empresa ante la que haya retrocedido cuando él estimaba que empeñarse en ella representaba un beneficio para su país”. Y después de esto empieza en seguida el diálogo. Fabrizio Colonna, el famoso capitán, que acababa de regresar de la guerra lombarda, es invitado por Cosme para que se sume al círculo de los Jardines Oricellarii, y tan pronto como aparece, empieza a discutir de cuestiones militares. El primero de los siete libros en que se divide la obra está consagrado especialmente a la discusión del tipo de hombres que deben componer un ejército. Inflamado por la más profunda admiración por los soldados romanos, Colonna, que es de hecho el vocero de Maquiavelo y el expositor de sus doctrinas, hace notar que todos están ahora deseosos de imitar a los antiguos en cuestiones superficiales, aunque sería preferible que se les imitase en cuestiones sustanciales, es decir, en las tendencias de la vida y del alma. Por nuestra parte deberíamos hacer lo que ellos hicieron, dice, “honrando y premiando la virtud, y no desdendiendo la pobreza; haciendo una estimación adecuada de las normas y reglamentos de la disciplina militar; obligando a los ciudadanos a amarse reciprocamente, a vivir sin dividirse en facciones, y a tener menos respeto por la vida privada que por los intereses públicos... Normas y reglamentos éstos que no son difíciles de aplicar, si se estudian debidamente y se ponen en vigor en forma adecuada, puesto que la verdad de su contenido es tan evidente que cualquier persona dotada con una mentalidad corriente puede advertirlo”.

Pero las mismas cualidades nunca se encuentran en quienes hacen de la guerra una profesión, a la manera de tropas mercenarias. Aquéllos deben necesariamente experimentar sed de sangre, ser rapaces y deshonestos, deben desear siempre la guerra o realizar actos de pillaje y de violencia para subsistir en tiempo de paz. “¿No recordáis todos los actos de saqueo, de pillaje y de rapiña perpetrados por las compañías libres, a los que no se puede poner remedio? En la época de nuestros antepasados, Francesco Sforza, no sólo engañó a los milaneses a cuyo servicio combatió, sino que los privó de su libertad y se erigió a sí mismo en señor de ellos. Su padre, Attendolo Sforza, obligó a la reina Giovanna, a cuyo sueldo estaba, a arrojarse en brazos del rey de Aragón como consecuencia de su desertión repentina. Braccio di Montone, por medio del mismo ardid habría obtenido la posesión del reino de Nápoles, si no hubiese encontrado la muerte en Aquila. Y todo esto a

causa de que aquellos hombres hacian de la guerra una profesión y sólo podían vivir de la guerra. Mientras la República romana conservó su pureza, sus capitanes se contentaron con alcanzar victorias para su país retirándose después a la vida privada. Al terminar la guerra de Cartago los tiempos cambiaron; surgieron hombres que hicieron de la guerra una profesión, y no tardó Roma en quedar expuesta al mismo peligro en que nosotros hemos caído, como en el caso de César y de Pompeyo. Por esta razón ningún Estado organizado permitió jamás que sus ciudadanos hicieran de la guerra una profesión. Tampoco puede citarse ninguno de los reinos existentes como prueba en contrario, puesto que ninguno observa ninguna regla válida. Todo Estado bien organizado concede a sus príncipes poder absoluto sobre sus ejércitos solamente en campaña durante una guerra, puesto que solamente en tales ocasiones se hacen imperativas las decisiones súbitas y, consecuentemente, se impone entonces el mando de un solo hombre. En otras cuestiones el príncipe no debe hacer nada sin tomar consejo, y debe evitar con todo cuidado rodearse en tiempo de paz de quienes desean permanentemente la guerra, y que ni pueden ni quieren vivir sin ella. Pero incluso prescindiendo de los Estados mejor organizados, no conviene a los soberanos que viven en la actualidad mantener soldados profesionales, especialmente ahora que la fuerza principal de los ejércitos la compone la infantería. Si las cosas no estuviesen en tal forma que los soldados no se hallasen dispuestos a regresar a sus casas en tiempo de paz y a trabajar en alguna profesión para obtener sus medios de vida, la consecuencia necesaria sería que el Estado debería derrumbarse en una o en otra forma. Porque entonces sería preciso permanecer constantemente en estado de guerra, pagar constantemente a la soldadesca toda su paga, vivir en peligro constante de que el príncipe se viera privado de su propio reino. La guerra perpetua es imposible, ni podéis conservar un ejército permanente, so pena de precipitarse en la sima que conduce a la destrucción". En la época de Maquiavelo la mayor fuente de peligros de esta especie radicaba en la infantería. Los hombres en armas eran con frecuencia nobles y por consiguiente, especialmente en Francia y Alemania, capaces de vivir a sus propias expensas. La infantería, por el contrario, la componía la clase más modesta de los ciudadanos y campesinos, quienes a menos que pudiesen regresar al ejercicio de algún empleo en tiempo de paz, dependían de la guerra o de la paga permanente.

La cuestión que analiza en seguida se refiere a la forma mejor de elegir los hombres, los *deletto*, como Maquiavelo los llama, o como por nuestra parte diríamos ahora, la conscripción militar. Y en seguida Colonna, aludiendo a los tratados de Vegecio, y parafraseándolo en parte, y en parte traduciéndolo, sigue diciendo: "que es mejor elegir a los nativos de climas templados, puesto que éstos son hombres de valor y de prudencia, mientras que los climas cálidos producen hombres prudentes pero tímidos, y los climas fríos engendran hombres audaces pero imprudentes". Pero esta regla solamente puede ser válida para quien lograse hacerse dueño del mundo y gozase de absoluta libertad

de elección. Pero para elaborar reglas útiles para todos, debe encontrarse alguna forma de seleccionar los mejores hombres de cada provincia, y, como hicieron los antiguos, adiestrarlos por medio de la disciplina, que vale más que la naturaleza.

De Vegecio también ha sido tomada la siguiente descripción de las cualidades físicas y morales que son de desear en un soldado: "Ojos rápidos y vivos, cuello fibroso, pecho amplio, brazos musculosos, dedos largos, estómago pequeño, caderas redondas, piernas y pies menudos, características éstas que dan siempre un hombre fuerte y ágil, dos características que son fundamentalmente necesarias para un soldado. Debe prestarse también gran atención a sus costumbres, y procurar que sea honesto y decente, porque de otra forma no será sino un instrumento de escándalo y elemento de corrupción; porque nadie crea que con hábitos deshonestos y mentalidad impura pueden engendrarse cualidades que puedan ser objeto de alabanza".

De este primer libro del *Arte de la guerra* se deduce claramente que en la monarquía de Maquiavelo —en aquel tipo de monarquía aprobado y recomendado por él para todos aquellos lugares en que no se estimase viable la República— el soberano está rodeado de hombres discretos que le ayudan con su consejo y que no permiten jamás que él gobierne como monarca absoluto en tiempo de paz. Solamente en la guerra el príncipe debe ir a la cabeza de su ejército y tener en sus manos el mando absoluto. Y tanto si se trata de una república como de una monarquía, la fuerza del Estado debe residir en el pueblo en armas que, adiestrado en la disciplina, en la ley y en el cumplimiento del deber, infunda la esperanza de que defenderá al país. Tal es el ejército en el que Maquiavelo tiene plena confianza y que, a su juicio, debe estar compuesto de hombres que no solamente sean soldados robustos y expertos, sino sobre todo virtuosos, modestos y dispuestos a cualquier sacrificio en aras del bien público.¹⁰ En *El arte de la guerra* insiste repetidas veces en que los ciudadanos virtuosos constituyen la fuerza real de los ejércitos y, por consiguiente, la única base sólida del Estado. Y esto no implica nada contradictorio con los puntos de vista expresados en los *Discursos* y en *El príncipe*.

El libro II procede en seguida a hablar de los procedimientos para equipar y adiestrar a los hombres. "Era costumbre de los romanos forrar de hierro al soldado de infantería; aquel soldado llevaba escudo, espada, y la pica corta y pesada llamada el *pilum*; los griegos, por el contrario, y los macedonios en especial, le proporcionaron una coraza menos defensiva, pero un arma más efectiva, la lanza, que recibió el nombre de *sarissa*, de más de quince pies de larga". Es extraño que Maquiavelo, no obstante mil pruebas en contrario, se haya negado a creer que los griegos usaban escudos, porque no comprendió para qué necesitarían éstos aquellos hombres armados con la *sarissa*. Proporciona él una definición admirable de los defectos reales de la falange de los griegos, y de su gran inferioridad respecto a la legión romana, pero es generalmente muy impreciso respecto a los detalles. No solamente formó su juicio sobre la base de autores distintos sin distinguir

los períodos a los que se refiere cada uno, sino que cuando es necesario defender alguna de sus teorías, trata siempre de confirmarla invocando el testimonio de los antiguos. En este punto su objeto es demostrar una semejanza entre las armas de los griegos y las de los suizos, señalar sus defectos, y la consecuente superioridad de su propia milicia, equipada a la moda de los romanos.

“Los suizos —sigue diciendo— han armado a sus batallones imitando a la falange griega, concentrando su fuerza en sus picas y proporcionando a los hombres corazas muy pequeñas. Y siguiendo su ejemplo, los soldados de infantería llevan hoy un peto de hierro, una pica de más de diez pies de larga y una espada también muy larga. Muy pocos llevan coraza en la espalda y brazos, ninguno en la cabeza, y sólo algunos llevan alabarda de seis pies de larga con cabeza en forma de hacha. Además de estos alabarderos hay una pequeña banda armada con carabinas, que hacen las funciones de arqueros. Este procedimiento fué implantado por los suizos después de que éstos pudieron comprobar, con sus propias picas, que la infantería era capaz de vencer a la tropa montada, y después de haber ganado, en tal forma, una muy elevada reputación, fueron imitados por los alemanes. Pero una vez contenida y derrotada la caballería, las picas son de poca utilidad en la *mêlée*, y los piqueros con su débil coraza quedan expuestos a los golpes del enemigo. Por esta razón los suizos, aunque siempre efectivos con la caballería, ofrecen escasa resistencia a la infantería equipada para combatir en racimos cerrados.

En seguida pasa a tratar el tema de los ejercicios que se requieren para la instrucción de los soldados; y bajo este epígrafe Maquiavelo se ocupa, tomando mucho prestado de Vegecio, de describir y recomendar cada una de las costumbres de los romanos, y termina diciendo que como tales ejercicios eran posibles entre los antiguos, “así también deberían ser posibles entre nosotros, tanto más especialmente cuanto podemos encontrar ejemplos en muchas ciudades alemanas en las que se conservan estas costumbres, y donde cada uno de sus habitantes elige las armas que prefiere, es adscrito de acuerdo con su elección y enviado a campamentos de instrucción en sus días libres. Pero no es suficiente ejercitar e instruir a los soldados separadamente; deben además ser ejercitados y disciplinados en masa. Cada ejército debe tener, por consiguiente, por así decir, una rama principal para la instrucción y entrenamiento colectivo de sus hombres.

Una o dos veces cada año los batallones deben ser en su conjunto llamados a las armas, y debe sometérseles a maniobras como en tiempo de guerra. Disponer de un ejército valeroso se logra mejor que formándolo con hombres bravos procurando que sus componentes estén bien disciplinados, puesto que sí, por ejemplo, yo me encuentro entre los combatientes de primera línea, y sé sobre quién tengo que caer en caso de ser rechazado y quién ocupará mi lugar después, combatiré siempre con audacia, consciente de que tengo a mano el recurso necesario. Del mismo modo que en los *Discursos*, Maquiavelo atribuye eficacia extraordinaria a unos buenos códigos políticos, a los que confiere

una facultad inherente para proporcionar la libertad y engendrar la virtud, del mismo modo en *El arte de la guerra* atribuyó una eficacia extraordinaria suficiente tanto para formar soldados como para dotarlos de valor.

Después pása a examinar su compañía, enumerando las diversas formas que ésta puede adoptar, las diversas maniobras que debe ejecutar y describiendo todas sus evoluciones con precisión notable. "Más que nada es necesario disponer de soldados que se adapten rápidamente a la disciplina; y es necesario mantenerlos unidos en estas compañías, instruirlos en la formación de sus filas, y habituarlos a marcar el paso rápidamente, tanto avanzando como retrocediendo, y operando en terreno difícil sin romper la línea; porque quienes logran hacer bien estos ejercicios se pueden considerar como soldados expertos, e incluso aunque no hayan vista jamás al enemigo, puede decirse que son soldados veteranos... Así conviene tenerlos juntos tanto cuando están simplemente formados como durante los ejercicios de marcha. Porque si después de haber sido reunidos en masa se rompiesen sus filas por algún accidente, ya sea procedente de la naturaleza del terreno o por los ataques del enemigo, en tal caso es una tarea más importante y difícil lograr que se recuperen rápidamente, cuestión que exige una gran experiencia práctica, tema que ya los antiguos estudiaron con mucho detenimiento".

Examinando con cuidado el sistema defendido por Maquiavelo para la formación de un batallón, se advertirá que él mismo se contradice en un punto. El concede importancia únicamente a la infantería y se manifiesta partidario de que ésta sea equipada en la forma romana, para lograr el manejo fácil de la misma, y más adecuada para el ataque que para la defensa, y no parece conceder en ningún caso mucha importancia a la caballería. Sin embargo, no solamente carga a sus bandas de milicia con coraza, sino que las coloca entre piqueros que las rodean por todas partes, para mejor defenderla contra aquellas cargas de caballería que producen en él continua ansiedad. E incluso reprocha a la infantería española su negligencia en este aspecto, puesto que en ella provocan con mucha frecuencia el desorden los ataques de la caballería, aunque acreditaron su capacidad para recuperarse en recintos cerrados.

Pero dejando aparte esta contradicción teórica, es evidente que el batallón de Maquiavelo representa un progreso evidente respecto al de los suizos, a causa de su mayor flexibilidad, de su adaptabilidad y de su facilidad de movimientos.²¹ Era tan bueno, en realidad, que de no haber sido el progreso representado por las armas de fuego, el desarrollo lógico y natural del arte de la guerra habría seguido inevitablemente la ruta indicada por él y la adopción de las reformas por él propuestas, que son, por consiguiente, de gran valor.²² El perfeccionamiento del mosquete y del cañón condujo después al abandono del empleo de batallones compactos, y puso de manifiesto la necesidad de enfrentarse al enemigo con filas menos compactas y más diluidas. Esto, sin embargo, se puso en práctica mucho tiempo después.

En este punto se plantea una cuestión similar a la ya establecida por Maquiavelo en los *Discursos*. Maquiavelo había meditado sobre esta

cuestión: ¿Cómo podía ser que los antiguos poseyesen mayor libertad política y mayor virtud que los modernos? Y él mismo se contestaba en estos términos: Porque los antiguos tenían instituciones republicanas, y porque las doctrinas paganas estimulaban el desarrollo de la fuerza, del patriotismo, e incluso de la ferocidad, en tanto que la cristiandad piensa más bien en el cielo que en la tierra, y asigna a la mansedumbre un lugar más alto que a la fuerza. Solamente entre los suizos y los germanos se encuentra algún ejemplo de virtudes antiguas que se conservan todavía hoy.

Al final del libro II, Cosme recuerda al Fabrizio que aun no había tocado el tema de la caballería; y más tarde replica que no lo ha mencionado porque es de menor importancia que la infantería, y además está en condiciones mucho mejores. "Si no más fuerte que la de los antiguos, es al menos tan fuerte como aquélla". Por consiguiente, deberían introducirse pocas modificaciones o acaso ninguna. El desearía introducir algunos mosqueteros entre la caballería ligera, pero no tanto para lograr algún efecto práctico cuanto para asustar a los campesinos. El querría que cada batallón se integrara con ciento cincuenta caballeros armados y cincuenta soldados de caballería ligera. Desearía ver disminuir notablemente en Italia el número excesivo de caballos y carros empleados en el transporte de las armas y en la impedimenta de la caballería. Pero no tiene nada más que agregar. Los estudios de Maquiavelo, su experiencia principal, y consecuentemente las propuestas que deseaba hacer, se referían principalmente a la infantería.

En el libro III encontramos el ejército formado en orden de batalla para enfrentarse al enemigo en el campo abierto. El mayor desatino que puede cometerse, según Maquiavelo, es presentar un solo frente al enemigo, como era habitual en su época, una sola línea de batalla, obligando a todo el ejército a arriesgarlo todo en un solo momento. Y esto resultaba por su incapacidad para imitar a los romanos, que dividieron sus legiones en sus *Acies* o vanguardia, *Principes* o centro, y *Trairii*, o retaguardia.

Maquiavelo organiza la formación de su ejército regular con cuatro batallones, cada uno de ellos dividido en diez compañías, del mismo modo que las diez cohortes de la legión prescrita por Vegecio. La fuerza total equivaldría a veinticuatro mil soldados de infantería y a mil doscientos caballeros, pero para simplificar las cuestiones solamente toma dos batallones en consideración, esto es, doce mil infantes y seiscientos caballos, puesto que las mismas observaciones valdrían por doble número de hombres. Por consiguiente, coloca diez compañías en el frente, seis inmediatamente detrás, y cuatro a la retaguardia, para que la fila de primera línea pueda retroceder hacia la segunda y ambas sobre la tercera. Cada batallón tiene sus piqueros en las primeras líneas y sus escuderos en las demás. En ambos flancos del ejército se establecen las bandas llamadas extraordinarias de piqueros, para resistir por todas partes a la caballería enemiga. Maquiavelo estaciona su caballería en las alas, y la artillería en el frente. Durante la *mêlée* aquellas compañías se reorganizan en lo que él llama el orden romano, esto es, la primera fila

retrocede hacia la segunda, y ambas hacia la tercera. En cada una, sin embargo, los hombres siguen el método que sabemos era peculiar de la falange griega, avanzando el hombre que va detrás para ocupar el lugar del camarada caído en la fila frontal.

Ahora se establece el supuesto de que los ejércitos enemigos se encuentran frente a frente, y Fabrizio Colonna explica este movimiento bajo su propio mando. Los cañones se disparan sin producir mucho más efecto que una nube de humo. Poco tiempo después, los *militos* (espaderos) y la caballería ligera avanzan, se dispersan en orden de escaramuza y cargan contra el enemigo cuyas baterías han abierto ya el fuego, aunque los proyectiles pasan sobre la cabeza de la infantería de Fabrizio. Las picas rechazan vigorosamente el ataque; pero cuando empieza el combate cuerpo a cuerpo, no pueden hacer nada y por consiguiente retroceden para dejar espacio a la infantería armada con espadas y escudos, y después derrotan al enemigo.

Después de la descripción que traza Fabrizio Colonna de esta batalla, lo que hace con mucho fervor y minuciosidad, Luigi Alamanni pregunta: "¿Por qué habéis permitido que vuestras baterías permanezcan silenciosas después de disparar una sola vez? ¿Por qué habéis establecido las del enemigo en tal forma que sus disparos pasan sobre las cabezas de vuestros hombres? Yo he oído hablar siempre de las armas y de los órdenes de batalla de los antiguos y siempre he advertido que la gente se refiere a ellos con desprecio, porque se dijo que serían ahora impotentes contra la artillería, que puede desgarrar las filas y perforar los petos". "Es —replica Fabrizio— porque yo autoricé solamente una descarga, e incluso estuve en duda si permitirla, puesto que me importaba más evitar recibir algún golpe de los cañones del enemigo que disparar contra ellos los míos. De aquí se deduce que es necesario avanzar rápidamente sobre sus baterías en filas poco compactas, para no darle tiempo a disparar, o que en todo caso sus disparos puedan caer solamente entre los hombres dispersos. Y como ya he dicho, vacilé antes de ordenar un solo disparo, porque yo sé que el humo de los cañones oculta al enemigo de nuestra vista. Y he supuesto que sus proyectiles pasan sobre las cabezas de mis hombres porque en realidad esto es lo que ocurre casi siempre. Porque los cañones son tan difíciles de manejar que si se apunta demasiado alto, sus disparos pueden pasar sobre la cabeza del enemigo, y si se apunta demasiado bajo puede suceder que los disparos caigan en el suelo. Y uno y otro disparos resultan inútiles en una batalla general."

En los libros IV y V se discute el ejército en su conjunto, y siempre de acuerdo con los ejemplos romanos. Porque bajo este epigrafe, no habiendo sido testigo presencial de una guerra, ni presenciado maniobras de fuerzas importantes, Maquiavelo tenía pocas cosas nuevas que sugerir basadas en su propia experiencia. El objetivo que él tiene preferentemente a la vista es el de permitir a su ejército ejecutar las más complicadas maniobras con gran rapidez, incluso en presencia del enemigo. Por esta razón, siempre formula objeciones a la idea de un frente muy extenso, que considera que es siempre fuente de graves peligros. Su

prejuicio contra las armas de fuego no le permitió prever que ellas conducirían a la necesidad de líneas cada vez más extensas y más diluidas.

Cuando el ejército no guarda relación correcta con la caballería, Maquiavelo aconseja que tome posiciones entre los árboles y viñas si es posible, como hicieron los españoles en la batalla de Ceriñola. Aconseja el empleo de la porción más fuerte de su ejército contra la parte más débil de la fuerza enemiga, mejor aún retrocediendo por una parte para rebasarla de flanco por la otra. Esta fué una maniobra que practicaron siempre los grandes capitanes. Algunas otras de sus observaciones parecen sugeridas más bien por el simple sentido común que por el arte de la guerra, aunque respecto al último, el talento natural de un comandante y su conocimiento del hombre ha sido siempre y seguirá siendo de más importancia que la simple capacidad técnica. Maquiavelo recomienda el secreto en toda empresa militar, el estudio y la familiaridad con el teatro de la guerra, y dice que es sobre todo oportuno poner al soldado en la alternativa de que sólo en el éxito pueda encontrar seguridad. "Pueden existir muchos motivos que pesen sobre el soldado, pero el más fuerte de todos debe ser el que le obligue a elegir entre la victoria o la muerte". Los ejemplos aducidos en estos dos libros están generalmente tomados de la historia de la antigüedad.

Y lo mismo sucede en el libro VI, cuando al tratar de los procedimientos para el acuartelamiento de tropas, Maquiavelo trata de permanecer fiel a los romanos, aunque más de una vez se ve obligado a abandonar sus conocimientos por consecuencia de las condiciones cambiadas de los tiempos. Colonna empieza reconociendo que tal vez es mejor "acampar primero el ejército, movilizarlo después, y conducirlo después a la batalla". Pero deseando demostrar cómo, durante la marcha, era posible cambiar súbitamente la formación de marcha en orden de batalla, él se vió inducido a empezar por disponerlo en orden de batalla tan pronto como fuese posible. Consecuentemente analiza después la cuestión de los campamentos sin agregar nada nuevo que valga la pena mencionar de modo especial. En este aspecto él dispone las formaciones, ya no sólo para dos, sino para cuatro batallones, esto es, para todo un ejército regular de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos. Como los ejércitos romanos se componían de veinticuatro mil infantes, e incluso en casos extraordinarios, según él, raras veces excedía de cincuenta mil, y con este número logró vencer a doscientos mil galos, así también los contemporáneos debían seguir su ejemplo.

Una parte más importante del *Arte de la guerra* es la que abarca el libro VII y último, en el que el autor prelude las páginas finales mediante la exposición de algunas teorías muy notables sobre fortificación. Algunos ingenieros civiles y militares, tanto de Italia como de otros países, habían consagrado mucho tiempo su atención al estudio de las obras de defensa. Pero el empleo de la artillería condujo también a la transformación radical de éstas. Los antiguos muros de gran altura eran fácilmente demolidos por la artillería, y las torres, más altas aún, ya no servían para hacer daño al enemigo, puesto que era imposible elevar hasta sus tejados las piezas de artillería; y las piedras y otros proyec-

tiles que podían ser arrojados desde ellos resultaban impotentes contra un enemigo que pudiera permanecer a cierta distancia. Por consiguiente, se necesitaban construcciones más macizas y menos elevadas sobre las que fuese posible instalar fuertes piezas de artillería. Maquiavelo tenía cierta experiencia de todo esto, adquirida tanto en el campamento ante Pisa como durante la preparación de la defensa de Florencia y de Prato contra los españoles en 1512. Y en una fase posterior se vió nuevamente obligado a estudiar la cuestión con el famoso Pietro Navarro, al proyectar la defensa de su ciudad nativa contra las huestes de Carlos V. Ciertamente que no carecen de valor y de originalidad las ideas expuestas sobre esta materia en el *Arte della Guerra*,¹³ aunque ocasionalmente parecen referirse a un estado de cosas anterior a la fase de desarrollo alcanzada por la técnica de la fortificación en aquella época. Maquiavelo deseaba aún que todos los muros resultasen demasiado altos para ser escalados.¹⁴ Por una vez, sin embargo, admite aquí el valor de la artillería, de la que dice que “es tan grande la furia que un solo muro no puede resistirlo de ninguna manera”. Y más que esto, no sólo reconoció que tal era el problema fundamental de aquella época, sino que incluso sugirió una solución ideada por él. “Si los muros resultan demasiado altos —hace notar— es imposible establecer artillería pesada en la parte superior de los mismos, y no puede hacerse resistencia alguna ante la artillería del enemigo, que fácilmente abrirá una brecha; y si resultan demasiado bajos podrán ser escalados fácilmente”. Había sido buscada durante mucho tiempo la solución para este peligro por medio de la muralla (*rempart*) de los franceses. El muro, que todavía resultaba demasiado alto, se guarnecía con tierra en la parte inferior, y así resultaba engrosado y fortificado contra el fuego del enemigo. Pero este sistema tenía un serio defecto, ya advertido por otros, y que había sido objeto de observación personal por Maquiavelo en Pisa. Al abrirse una brecha en un muro de esta clase, los fragmentos rotos caían siempre en la dirección de donde venían los disparos, seguidos por un alud de tierra del muro interno. Por este medio el exterior se llenaba, y era fácil para el enemigo penetrar por la brecha.

Consecuentemente Maquiavelo propuso un nuevo sistema, que había visto dos veces ensayar en Pisa en escala muy reducida en los años 1500 y 1505. En aquellas ocasiones los florentinos tuvieron que retirarse después de abrir una gran brecha en el muro de la ciudad, porque los pisanos habían cavado una trinchera detrás de la muralla, y junto a ella elevaron un terraplén. El mismo experimento se había ensayado en gran escala, y con éxito todavía mayor, en Padua en el año 1509, cuando toda la defensa de la ciudad se había organizado sobre la base del nuevo principio, y se obligó al muy poderoso ejército de Maximiliano a retirarse en una retirada ignominiosa. Maquiavelo, como es bien sabido, estaba familiarizado con los detalles incluso de la guerra de Pisa, y estando en Mantua y en Verona en el curso del año 1509, logró tener información precisa respecto a la famosa defensa de Padua. Esta produjo sensación en la época. Guicciardini nos ha dejado una descripción de la misma extremadamente minuciosa, y en unas cartas que escribió

a Maquiavelo se pone de manifiesto que él buscaba información sobre ella en la época en que se produjo.

El sistema sugerido por Maquiavelo era el siguiente: Los muros deben estar provistos de baluartes o bastiones y tener muchos ángulos, de tal modo que la fuerza atacante pueda quedar dentro del radio de acción desde varias direcciones. También propuso dos líneas de circunvalación separadas por una amplia trinchera. El muro externo debe tener al menos un espesor de seis pies, debe estar rematado por torres separadas entre sí cuatrocientos pies, y deben construirse tan altas como sea posible para impedir que el enemigo pueda escalarlas. En vez de tener una trinchera en la parte exterior, debía tener una en la parte interna, y ésta debía tener sesenta pies de ancho y doce pies de profundidad, con casamatas en el fondo separadas entre sí cuatrocientos pies. La tierra excavada al hacer la trinchera debía ser amontonada en la parte orientada hacia la ciudad para servir a los muros o terraplenes interiores, que deberían ser suficientemente altos para ocultar a los hombres, y suficientemente sólidos para soportar la artillería pesada destinada a contestar al fuego del enemigo. Es esta forma, decía, si se abriese una brecha en la muralla exterior, sucederá, como sucedió en Pisa, que la mampostería, cayendo del lado que sufre el golpe, en vez de caer en el foso que hay detrás, formará un muro aumentando su profundidad, y el enemigo tendrá que enfrentarse, primero a este nuevo muro, después a la trinchera, y después de esto a la segunda muralla defendida por la artillería pesada.

Maquiavelo no aprueba la idea de los fuertes exteriores o de otras obras separadas a cierta distancia de las murallas, porque si éstas son capturadas, la fortaleza será conquistada también. Por consiguiente, el terreno debe estar libre y plano en el espacio de una milla a partir de las murallas. Y según la opinión de autores modernos, esta idea era también nueva y original en aquella época. Parece que en Alemania la gran figura intelectual de Alberto Durero sugirió algo parecido al proyecto ideado por Maquiavelo, y parece que Durero lo había concebido también fundado en la experiencia del ataque y de la defensa de Padua. En todo caso, es evidente que las ideas expuestas científicamente en *El arte de la guerra* proporcionan una nueva prueba de la maravillosa inteligencia de Maquiavelo y de su admirable talento práctico.

Pero fueron tan rápidos los cambios introducidos entonces por la artillería en todos los sistemas de fortificación, que no hubo tiempo de poner a prueba aquellos planes intermedios, por ingeniosos que fuesen, y a pesar del éxito que hubiesen podido alcanzar en las primeras experiencias.

Este sería el lugar adecuado para citar una serie de observaciones hechas por Maquiavelo respecto a ciertos progresos logrados en la construcción de troneras y rastrillos, de ruedas y rieles para el transporte de la artillería, de puentes colgantes, etc. De estas observaciones resulta que Maquiavelo no dejó escapar jamás cualquier oportunidad que se le presentase para hacer observaciones, que tomó nota de todo lo que vió y que sus observaciones fueron siempre ingeniosas, agudas y que

nunca carecieron de valor práctico. Pero por nuestra parte preferimos llegar rápidamente a la conclusión de la obra, que Maquiavelo prologa con algunas máximas o aforismos militares del tenor siguiente: "Quien inicia una persecución desordenada del enemigo derrotado se expone a cambiar la victoria en derrota. Cambiad vuestros planes cuando advertáis que éstos han sido previstos por el enemigo. Los accidentes que se producen súbitamente tienen difícil remedio, pero los que se prevén resultan de remedio fácil. Hombres, hierro dinero y pan son los nervios de la guerra; pero los dos primeros son los más necesarios de todos, porque los hombres y el hierro pueden conquistar tanto el dinero como el pan, en tanto que el pan y el dinero no sirven para conquistar los hombres y el hierro."

Y ahora Colonna se apresura a terminar, diciendo que aunque podía haber explicado muchas otras cuestiones referentes a la guerra antigua, su único propósito era hablar de los requisitos necesarios para la buena organización de los ejércitos modernos. No ha dicho nada del servicio naval, que ignoraba totalmente. "Si deseáis saber cuáles son las cualidades necesarias que deben darse en un buen capitán, puedo contestar brevemente, puesto que a mí sólo me incumbe deciros que debe conocer todo cuanto antes queda descrito; pero que ni todo esto será suficiente a menos que vuestro propio ingenio contribuya a hacer nuevos descubrimientos, porque nadie ha llegado a ser grande en su profesión si no logró realizar algún invento, y esto es sobre todo indispensable en la guerra. Como os he demostrado, no sería difícil reconocer la milicia según el estilo antiguo; pero para ello, necesitariais ser un príncipe suficientemente poderoso para reunir quince o veinte mil jóvenes con la finalidad de convertirlos en buenos soldados. Y no puede concebirse gloria mayor, puesto que si ganar una batalla con un buen ejército es algo digno de alabanza, todavía es más admirable haber organizado un ejército victorioso. Pelópidas, Epaminondas, Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, y Ciro, rey de los persas, eran de esta clase de hombres. Todos ellos triunfaron por su sagacidad, y por tener súbditos adecuados para este fin. Pero ninguno de ellos, a pesar de su calidad excelente, podría haber logrado realizar empresa alguna que valiese la pena en un país parecido a Italia, lleno de hombres corrompidos, no acostumbrados a una obediencia honorable. Aquí no es suficiente ser capaz de mandar un ejército; ante todo se necesita saber cómo y tener la capacidad suficiente para formarlo, y por lo mismo se necesita empezar por ser príncipe de un gran Estado. Yo no puedo ser un líder de este tipo puesto que siempre he mandado ejércitos extranjeros, aventureros mercenarios, hombres vinculados a otros, pero no a mí. Y dejo a vuestra consideración la tarea de juzgar si es posible introducir alguna reforma útil entre los soldados de tal calidad. ¿Cómo puedo obligarlos a llevar más armas que las de costumbre, o a someterse a más horas de instrucción? ¿Cuándo pueden ser obligados a abstenerse de realizar actos de saqueo, insolentes y crueles, que ahora cometen cada día? ¿Cómo podrán obedecer a una disciplina, hasta el punto de que no experimenten la tentación de tocar a un árbol cargado de manzanas plantado en mitad

de su campamento, como leemos que era frecuentemente el caso entre los antiguos? ¿Qué promesas puedo hacerles, cuando, terminada la guerra, no tendrán nada que ver conmigo?

"¿Cómo puedo infundir el sentido de la vergüenza a hombres nacidos y formados en la desvergüenza...? ¿En nombre de qué Dios y de qué santos podré hacerlos jurar lealtad? ¿En nombre de los dioses que adoran o de aquellos de quienes blasfeman? De los dioses que ellos adoren, yo no sé nada; pero yo bien sé que blasfeman contra todo... ¿Cómo pueden aquellos que juran el nombre de Dios en vano sentir respeto por los hombres? ¿En qué forma podría entonces moldearse un material de este tipo?

"Nuestros príncipes italianos, antes de experimentar los impactos de las guerras extranjeras, estaban acostumbrados a creer que era suficiente que un príncipe fuese capaz de idear una contestación ingeniosa en su escritorio, de redactar una bella epístola, de demostrar agudeza de ingenio y agilidad en sus palabras y dichos, ser capaz de hacer planes, cubrirse de oro y gemas, dormir y comer con más lujo que los demás hombres, rodeado de toda clase de deleites sensuales, gobernar a sus súbditos con avaricia y altivez, pudrirse en la holganza, conferir los ascensos militares por el favor...; ni los pobres miserables previeron siquiera que estaban preparándose para caer presa del primer enemigo que se resolviese a atacarlos. De aquí que en el año 1494 se produjeran alarmas terribles, precipitadas fugas, y derrotas milagrosas, y así tres de los estados más poderosos de Italia han sido repetidamente saqueados y asolados".

Aquí, entonces, observamos el comportamiento del redentor príncipe, que ha de salvar al país por la fuerza de las armas, imitando a Filipo de Macedonia. Y este es el vínculo de conexión entre *El arte de la guerra* y *El príncipe*... "El primer italiano que siga mis consejos, alcanzará la gloria inmortal, con la realización de la empresa magnífica de liberar a su país..." Esto había dicho Maquiavelo a Giuliano y a Lorenzo dei Medici; lo mismo había repetido a sus amigos en los Jardines Oricellarii, y lo mismo había escrito en su *Discurso sobre la reforma de Florencia*, al cardenal dei Medici y a León X; esto lo vuelve a repetir en *El arte de la guerra*. Y si en esta última obra su idea resplandece más claramente que en ninguna otra parte, y si su admiración por la virtud se manifiesta más explícita, y su patriotismo más puro y más ardiente, esto es solamente el resultado del tema que tenía que tratar.

NOTAS AL CAPITULO XIX

1. *Opere*, vol. I, pág. 86. Es cierto que el título *De re militari* podía también aplicarse a la obra de Vegecio que lleva el mismo título. Pero el hecho de ser mencionada junto con la *Vita di Castruccio*, nos hace suponer que ha sido el *Arte della Guerra* de Maquiavelo. No es verosímil que el cardenal de los Médicis se haya visto obligado a acudir a Maquiavelo para obtener la obra de Vegecio.

2. Gamba supone erróneamente que esta edición es idéntica a la de 1529. Ambas estaban en la Biblioteca Palatina y ahora están en la Biblioteca Nacional de

Florenca. Al final de la primera se lee la inscripción en italiano: "Impreso en Florenca por los herederos de Filippo di Giunta, en el año del Señor MDXXI, día XVI de agosto, León X Pontífice". Véase *Il Quarto Centenario di Niccolò Machiavelli*.

Del Códice 1451, clase VIII en la Biblioteca Nacional de Florenca, que contiene grandes fragmentos del *Arte della Guerra* escritos de puño y letra de Maquiavelo, se conservaban 183 folios, pero ahora faltan varios de ellos y los que quedan no están ordenados. Van desde los números 7 al 16, desde el 97 al 110, del 113 al 154, del 161 al 166, del 169 al 183. El folio 1, núm. 7, empieza: "Cosimo. Basterebbe quando io fossi certo, che la occasione". El folio 176 contiene la conclusión de la obra. Los folios que van desde el 177 al 183 comprenden las tablas precedidas por una noticia explicatoria para el lector. Después siguen dos folios dobles, sin número, que contienen las adiciones y correcciones del autor. Comprendido entre estos fragmentos hay un folio separado, evidentemente de la época de Maquiavelo, pero no escrito de su puño y letra, que contiene el alfabeto griego con explicaciones en latín. Parece suficientemente claro que como Maquiavelo estimó necesario emplear muchos signos diferentes cuando compilaba sus tablas, para indicar la disposición de las diversas porciones de su ejército, y como las letras latinas no bastaban, debe haber acudido a un amigo para que le ayudase a manejar el alfabeto griego, que él no conocía a la perfección. Como consecuencia, su amigo le envió el alfabeto griego escrito por su propia mano, y agregaba algunas explicaciones de las vocales, consonantes, diptongos, etc. Tal al menos parecía ser la única explicación aceptable de la existencia de este folio escrito por una mano extraña entre los restos autógrafos del *Arte de la Guerra*, en el que el autor hace uso del alfabeto griego.

3. Dos autores en particular nos han favorecido con su amable consejo: en primer término, Herr Max Jähns, un autor bien conocido como especialista en temas militares, comandante en el Estado Mayor prusiano, autor de la obra: *Historia de las Guerras desde la Prehistoria hasta el Renacimiento*, escrita en alemán, y que en 1876 publicó un ensayo sobre Maquiavelo y las ideas de la guerra. (Véase *Kölnische Zeitung*, agosto 1877, número 108, 110, 112 y 115.) Por conducto de nuestro amigo, el profesor Karl Hillebrand, dirigimos algunas preguntas a este señor. Y el mayor tuvo la gran amabilidad de facilitarnos una contestación extraordinariamente amplia enviándonos un manuscrito titulado *Maquiavelo como técnico militar*, después publicado en *Die Grenzboten für Politik Literatur und Kunst*, número XIII (24 de marzo de 1881), Leipzig. Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra más profunda gratitud al autor por su amabilidad y su cultura.

Hemos repetidamente acudido también al mayor Valentino Chiala, oficial del Estado Mayor italiano, y todo cuanto se diga es poco de su extremada amabilidad al contestar a las numerosas preguntas que le hemos hecho durante los dos últimos años. Sólo manifestaremos que, de no haber sido por su consejo estimable y cordial, seguramente nos habríamos extraviado más de una vez en la realización de nuestro estudio sobre *El arte de la guerra*, de Maquiavelo. Pero afortunadamente para nuestro país, todo el mundo sabe perfectamente que los oficiales del ejército italiano unen a su valor una amabilidad y cortesía exquisitas.

No conociendo personalmente a ninguno de nuestros dos corresponsales, desconocemos cuánto tiempo los oficiales alemán e italiano conservaron la gran admiración y estima por *El arte de la guerra*, de Maquiavelo, incluso juzgando desde un punto de vista militar y técnico. Y como el mayor Chiala nunca ha hecho públicas sus observaciones críticas que ha tenido la bondad de enviarnos, nos hemos referido a ellas en las notas con esta expresión: "Observaciones del Mayor Chiala". Así, esperamos no ofender la modestia que en él se une a su cultura.

4. En la carta citada antes, el mayor Jähns empieza rogando a sus lectores que prescindan de la virtuosa indignación que provoca generalmente el nombre de Maquiavelo. (Véase el comienzo de la carta publicada en la *Kölnische Zeitung*.)

5. El mayor Chiala insiste una y otra vez sobre este punto en sus *Observaciones*.

6. El mayor Jähns hace observaciones a propósito del desprecio que Maquiavelo sentía por la artillería en el número antes citado de la publicación también mencionada *Die Grenzboten*, página 556. El mayor Chiala sostiene que en la batalla

de Rávena la artillería no había todavía acreditado su plena eficacia, y, por lo mismo, se manifiesta más indulgente hacia Maquiavelo. Pero agrega que después de la batalla de Marignano, el error de Maquiavelo resulta mucho menos excusable.

7. Sobre este punto el mayor Chiala escribe lo siguiente: "Después de leer los siete libros del *Arte della Guerra* es imposible negar que en todo cuanto se refiere a la parte no modificada de este arte, Maquiavelo escribe con tanta lucidez y firmeza de juicio, que incluso quienes apenas están familiarizados con el arte de la guerra tal como se le concebía en aquella época, se ven obligados, no solamente a reconocer su superioridad intelectual, sino también una experiencia que está lejos de ser superficial en cuestiones militares. Evidentemente ningún escritor simplemente teórico se ha expresado jamás en esta forma". Y en otro pasaje dice: "El libro del *Arte della Guerra* es a mi juicio no muy diferente del ya citado por nosotros, desde el principio de su carta sobre Maquiavelo. Antes de que se publicase este ensayo, el mayor Chiala expresó repetidas veces la misma idea.

8. Tal es la opinión repetidamente expresada por el mayor Jähns, que termina su ensayo *Maquiavelo como técnico militar* con un juicio no muy diferente del ya citado por nosotros desde el principio de su carta sobre Maquiavelo. Antes de que se publicase este ensayo, el mayor Chiala expresó repetidas veces la misma idea.

9. *Opere*, vol. IV, pág. 218. Incluso las obras de Maquiavelo, que se refieren a las cualidades morales del soldado en la cita hecha antes, están copiadas del mismo autor. No cita generalmente a Vegecio, pero en este pasaje usa la frase "como dicen los que escriben de la guerra", casi siempre refiriéndose a Vegecio. Y en la página 10 del tratado romano encontramos unas palabras que expresan la misma idea e incluso generalmente las mismas palabras empleadas por Maquiavelo.

10. Como hemos visto antes, los planes político-militares de Maquiavelo se funden siempre en un solo plan completo; el segundo plan no es otra cosa que la lógica consecuencia del primero. Un ejército popular y nacional, necesariamente implica una preponderancia de la infantería. Y la historia enseña que los cambios militares son el resultado de transformaciones políticas y sociales. Véase sobre este tema: L. Blanch, *Della Scienza militare, considerata ne'suoi rapporti colle altre scienze e col sistema sociale. Discorso nove*. Nápoles, Borcelli, 1834.

11. "Comparemos —dice el mayor Chiala— la formación propuesta por Maquiavelo con la adoptada por los suizos y observaremos fácilmente que la primera sobrepasa a la última por su agilidad y divisibilidad. El procedimiento suizo de formación debe haber sido muy primitivo, aunque fué el procedimiento comúnmente aceptado en la época, consistente en movilizar grandes formaciones cuadradas de unos diez mil hombres cada una. ¡Cuánto más ligera, más manejable y más divisible es la formación recomendada por Maquiavelo!"

12. "Podemos decir que de no haber sido la intervención del nuevo elemento representado por las armas de fuego, el arte de la guerra debería haberse desarrollado en la dirección del modelo propuesto por Maquiavelo. Es cierto que partiendo de la falange suiza deberíamos haber llegado gradualmente a la configuración de un tipo más elástico, más ligero, y mejor articulado; en resumen, deberíamos haber llegado a formaciones que cada vez más se aproximan al tipo de la legión, el exacto *quid simile* del modelo propuesto por Maquiavelo". (*Observaciones*, por el mayor Chiala.)

13. Este es el veredicto del mayor Jähns en su ensayo antes citado contenido en el *Grenzböten*, página 556.

14. "Según Maquiavelo, que en su *Arte della Guerra* nos ha proporcionado enseñanzas aplicables a una época un poco anterior a la descrita por él, el muro debe ser tan alto como sea posible, etc." (Luis Napoleón Bonaparte, *Du présent, du passé et de l'avenir de l'artillerie*, vol. II, pág. 106.)

CAPITULO XX

MAQUIAVELO ES COMISIONADO PARA ESCRIBIR SUS "HISTORIAS". SODERJINI TRATA DE CONVENCERLE PARA QUE NO ACEPTÉ. SU VIAJE A CARPI Y CORRESPONDENCIA CON GUICCIARDINI. EL PAPA ADRIANO VI. NUEVAS PROPUESTAS DE REFORMA EN FLORENCIA. COMLOT CONTRA LOS MÉDICIS Y CONDENA DE LOS CONSPIRADORES.

Mientras mucha gente, incluyendo al cardenal dei Medici, leían y reflexionaban sobre el *Arte della Guerra*, la *Vida de Castruccio Castracani* había ya pasado, como hemos visto, por las manos de todos los concurrentes a los Jardines Oricellarii, y había sido ya objeto de discusión entre ellos. Todos, sin embargo, estaban de acuerdo en considerarlo como una prueba positiva de la singular aptitud de Maquiavelo para la composición de obras históricas y, como consecuencia, le estimularon para que intentara de nuevo la elaboración de trabajos de este tipo. Muchos de aquellos amigos eran personas influyentes en Florencia en aquella época, y el juicio de ellos produjo algunos resultados beneficiosos para él. De hecho, en noviembre de 1520, fué comisionado por los directores del Studio para escribir una historia de Florencia. El cardenal dei Medici, en su calidad de arzobispo provisional de Florencia, era también jefe del Studio, y tenía autoridad para conferir grados académicos, en virtud de una bula de León X (de 31 de enero de 1515) confirmando los privilegios ya concedidos por el emperador Carlos IV. Por consiguiente, se debió sin duda principalmente al cardenal el hecho de que esta comisión fuese dada a Maquiavelo que, ciertamente, cuando el primero llegó a ser el Papa Clemente VIII, dedicó las historias a él, y en un período posterior recibió un subsidio del mismo para la continuación de la obra. Las negociaciones fueron dirigidas por Francesco del Nero, administrador del Studio, que estaba emparentado con Maquiavelo. Este último extrajo sus propias conclusiones, a saber, que durante un cierto número de años y a cambio de un salario cuyo monto no se puede precisar, había de dedicarse a la historia de Florencia, "partiendo de la época que él mismo creyese oportuno, y escribiendo en latín o toscano, como él creyera conveniente." Los directores adoptaron su resolución el 8 de noviembre de 1520, contratando a Maquiavelo durante dos años, uno de ellos en firme, y el otro quedaba librado a la opción de los directores, con un salario anual de cien florines; y con la

obligación de estar a las órdenes de ellos, en el caso de que los mismos le exigiesen la realización de otro trabajo.²

Maquiavelo se puso a trabajar en el acto, pero se vió obligado naturalmente a dedicar algún tiempo a la realización de estudios preparatorios, que se prolongaron más de la cuenta a consecuencia de diversas interrupciones. Y después, de donde menos se esperaba, recibió la sugestión de que rechazase la tarea que se le había confiado, y que aceptase en cambio otra oferta de naturaleza bien distinta. Piero Soderini, el ex gonfaloniero, después de haberle escrito desde Ragusa³ sugiriéndole algo que parece que él rechazó, interrumpió toda comunicación con él a su regreso a Roma y no encontramos más huella de cualquier otra correspondencia que pudiese haber continuado cruzándose entre ellos. Por el contrario, hemos visto cómo ambos tomaron diversas precauciones, con el fin de evitar sospechas peligrosas. Súbitamente, sin embargo, Soderini rompió aquel prolongado silencio, escribiéndole desde Roma el 13 de abril de 1521: "Puesto que la propuesta que os envié desde Ragusa no os conviene, he aprovechado la oportunidad de sugerir vuestro nombre a Próspero Colonna, que anda en busca de un secretario, y él la ha aceptado en el acto, suponiendo que usted aceptará. La remuneración será de 200 ducados de oro y el importe de todos los gastos que se os originen. Si estas condiciones os satisfacen, poneos en camino en el acto, sin hablar de ello con nadie, para que vuestra salida permanezca en secreto hasta que lleguéis allí. Sería imposible que encontréis algo mejor que esto, y a mi juicio, es sin duda preferible a que permanezcáis donde ahora estáis, escribiendo historias pagadas a tantos florines *sellados* la pieza". ¿Cuáles fueron las causas que provocaron este súbito renacimiento de interés y aquella amabilidad no pedida, este extraño desprecio por un contrato para escribir historias, con un subsidio del Studio florentino, en una época en que todos los escritores italianos aceptaban la ayuda de los patronos ricos, y en que se estimaba como un honor envidiable alcanzar el puesto de historiador oficial de cualquier estado grande o pequeño? La explicación puede adivinarse fácilmente. Los Soderini, ayudados por los franceses, estaban, como veremos en seguida, realmente comprometidos en un complot contra los Médicis, e incluso el ex gonfaloniero había salido de su prolongada neutralidad para tomar parte en él. Era natural, por consiguiente, que él se sintiese poco complacido al descubrir que su primer secretario estaba, en este momento preciso, alcanzando el favor de los Médicis, y es natural que demostrase toda esta avidez para que él se trasladase de Florencia. Próspero Colonna estaba al servicio de los españoles, que eran enemigos de los franceses; consecuentemente, incluso en el caso de que se descubriese quién había hecho a Maquiavelo esta propuesta, su autor no se vería comprometido en forma alguna, aunque se prefería el secreto, que por consiguiente se recomendaba vigorosamente.

Pero es absolutamente imposible que Maquiavelo aceptase tal inesperada oferta, y en el mismo momento en que su posición en Florencia estaba realmente en camino de progresar. Apenas tranquilizado después

de las persecuciones y sospechas de que había sido víctima, corrió el riesgo de que se le confiscasen sus propiedades, de lo que se salvó abandonando súbitamente la ciudad, contra la voluntad de los Médicis, y a instancias de sus enemigos. Porque los Soderini eran ya enemigos declarados, aunque no se sabía aún que fuesen conspiradores. Por consiguiente, Maquiavelo no sólo continuó trabajando en las *Historias*, sino que aceptó además otra comisión temporal que le confió el cardenal en una carta fechada el 11 de mayo de 1521, firmada por Nicolás Michelozzi, secretario de los Ocho *di Pratica*. Esto le obligó a ir a Carpi, donde el cabildo en pleno de los Frati Minori estaba entonces reunido, para pedir, en nombre de la Señoría y del cardenal, la separación de los Frati Minori establecidos en el territorio florentino de los demás hermanos de aquella orden en Toscana, para que pudiesen quedar sometidos a una supervisión y corrección más rigurosa, en beneficio de la religión y del decoro, virtudes ambas que en aquellas comunidades estaban en decadencia. Y para que más destaque la singularidad de esta comisión, una comisión sumamente extraña que había de conferirse a Maquiavelo, apenas había llegado a Carpi cuando recibió otra epístola de fecha 14 de mayo, mediante la cual los cónsules de la Guilda de la Lana, que tenían a su cargo Santa María del Fiore, le rogaron que obtuviese permiso del superior de la Orden para que viniese a Florencia un tal Frá Rovaio, a quien ellos habían invitado a predicar durante la Cuaresma siguiente. Maquiavelo parece haber tomado el asunto muy a la ligera, y prestó escasa o ninguna atención al mismo, especialmente en vista de que Frá Rovaio mismo no manifestó deseos de predicar en Florencia. En cuanto al decreto de separación, aunque él lo pidió con insistencia, incluso en nombre del cardenal, al ministro general y a los asesores del cabildo, y aunque la petición fué respaldada por dos breves favorables del Papa, los frailes se enfascaron en disquisiciones sobre el sentido de las palabras, y declararon que el asunto debía llevarse a la Asamblea General. Después de aquello, cansado de un asunto que, en sus manos, parecía tomar un cariz ridículo, repentinamente partió. En el camino se detuvo algunos días en Módena, en parte para satisfacer el deseo del cardenal, que le pidió que visitase a Guicciardini, entonces gobernador papal de aquella ciudad, y en parte también porque el viajar con rapidez le hacía daño, porque estaba amenazado de un ataque nefrítico.¹

La única importancia de esta misión era la correspondencia cambiada, durante el desarrollo de la misma, entre Maquiavelo en Carpi y Guicciardini en Módena. Ambos bromearon a cuenta del asunto del predicador y de los monjes, y Maquiavelo, molesto por verse obligado a perder su tiempo, dió a los cuatro vientos las manifestaciones de su talento satírico haciendo gala de un estilo extraordinariamente vivo. Guicciardini escribió el 17 de mayo deseándole toda clase de éxitos en el asunto del predicador y de que lograse satisfacer las esperanzas de los cónsules de la Guilda de la Lana, "y en forma adecuada a vuestro honor, que en verdad quedaría mancillado si a vuestra edad os entregais al fervor místico,² porque como siempre habéis expresado opi-

niones contrarias, daríais motivo para suponer que os habéis hecho imbécil más bien que bondadoso”.

El esperaba que su amigo se diese prisa, puesto que él mismo corría dos peligros permaneciendo allí: “Primeramente, *que vos podéis contagiaros de la hipocresía de aquellos monjes*, y en segundo lugar que el ambiente de Carpi puede convertirlos en un mentiroso, puesto que tal es el efecto que habitualmente produce, no sólo en nuestra época, sino en el pasado durante muchos siglos”.³

Maquiavelo le contestó el mismo día en un estilo igualmente irónico. Gastaba su tiempo esperando que los monjes eligiesen el general y los asesores. Por lo mismo rogaba a Guicciardini que cuando tuviera tiempo se llegase hasta Carpi para hacerle una visita, o al menos le enviase un segundo mensajero con una carta, puesto que los monjes le guardarían muchas más consideraciones si le veían recibir frecuentes misivas.⁴ “Porque puedo decirlos que a la vista de vuestro mensajero que traía la carta y que se inclinaba hasta el suelo, diciendo que había sido expresamente enviado y de prisa, todo el mundo se levantó con muchas reverencias y se provocó tan gran revuelo que muchos vinieron a pedirme noticias. Y por mi parte, para darme importancia, contesté que el emperador era esperado en Trento y que los suizos habían convocado una nueva Dieta, y que el rey de Francia deseaba pedir una entrevista con el antiguo soberano, aunque aquellos consejeros suyos le convencieron de que no debía hacer el viaje. Así todos quedaron boquiabiertos y con el sombrero en la mano; y en el momento en que escribo esta carta estoy rodeado de gente que viéndome escribir misiva tan extensa se manifiestan extraordinariamente asombrados y me miran estupefactos como si fuese un poseído; y, para que su asombro sea mayor, algunas veces dejo la pluma y respiro jadeante abultando las mejillas, lo que en seguida hace que ellos echen espumarajos por la boca; y no quiero pensar lo que pasaría si supiesen lo que os estoy diciendo”.

Respecto a la mendacidad de los hombres de Carpi, y a la hipocresía de los monjes, Maquiavelo, con ironía positivamente cínica, contestó que no temía que sucedieran tales cosas, puesto que hacía mucho tiempo que él era un maestro consumado, de tal modo que incluso diciendo la verdad podía envolver ésta en una falsedad. Y después se sucedieron algunas cartas más concebidas en el mismo estilo. Guicciardini, en un momento de gravedad relativa, escribió que la situación actual de Maquiavelo le recordaba la situación de Lisandro obligado a distribuir raciones de carne a cada uno de los hombres a quienes había conducido a la victoria. El creía que resultaba deplorable el que un hombre antiguamente designado para el desempeño de misiones diplomáticas ante tantos reyes y emperadores, se viese ahora obligado “a representar el papel de lanzaescupitajos a la pisoteada República”. El le felicitó por haber sido comisionado para escribir las *Historias*, dijo que era “de opiniones más extravagantes que la generalidad, e inventor de cosas nuevas y a trasmano”. Después continuaba con sus bromas. Maquiavelo contestó en el mismo tono divertido, y terminaba diciendo que, al menos, había sido tratado a la mesa a cuerpo de rey

y que estaba completamente harto. Y así terminó una misión que Guicciardini calificó justamente como una farsa. Ya no pudo continuar la broma, porque los monjes se estaban empezando a dar cuenta de que Maquiavelo estaba haciendo burla de ellos.

Habiendo regresado a Florencia, se dedicó a escribir su *Historia* y a otras empresas literarias; pero poco tiempo después ocurrió la muerte de León X y los diversos cambios que produjo aquel acontecimiento. Se suspendieron las hostilidades por falta de abastecimientos papales que habían servido principalmente para llevar adelante la guerra; los españoles se'vieron obligados a despedir a la infantería alemana y a casi todos los suizos. Esta fué la señal para el levantamiento de quienes habían sido pisoteados. Francesco Maria della Rovere recobró Urbino, Pesaro, Montefebro, e incluso St. Leo, que había sido dado ya a los florentinos, aunque todo lo que le quedaba entonces era el distrito de Sestino. Sigismondo Varano, el antiguo señor de Camerino, volvió a entrar en su Estado y expulsó a su tío Giammaria, que había sido instalado en él por León X. Alfonso d'Este recobró casi todos sus dominios, pero no pudo volver a ganar Módena y Reggio; y Parma, defendida por su gobernador, Francesco Guicciardini, en beneficio del papado, rechazó un ataque sobre sus muros. Más tarde, Malatesta y Horacio Baglioni volvieron a Perugia. Mientras tanto, el conclave no había llegado a decisión alguna, después de una sesión que duró quince días. El cardenal Wolsey, el cardenal dei Medici, el cardenal Soderini y otros eran candidatos a la Sede Papal. Los asuntos se arrastraron con tal lentitud que Médicis, dándose cuenta de que aun no había llegado su hora, y que incluso su poder en Florencia estaba en peligro a cuenta de su ausencia prolongada, propuso un candidato extranjero, que estaba muy lejos y que era casi desconocido. La propuesta quedó aceptada, y Adrián Dedel, nativo de Utrecht, cardenal de Tortosa, y antiguo preceptor de Carlos V, fué elegido debidamente con el nombre de Adriano VI.

Tan grande fué la indignación del pueblo en la elección de este Papa extranjero, que muchos escribieron sobre sus puertas la inscripción: *Roma est locanda*. Y el descontento se hizo general cuando Adrián fué conocido personalmente. Nacido el 2 de marzo de 1459, elevado a la silla papal el 9 de enero de 1522, no sabía hablar el italiano, y pronunciaba el latín en forma que resultaba casi ininteligible en Italia. Hombre de cultura y de vida inmaculada, redujo los gastos de su Corte al mínimo. Pero esta medida sólo sirvió para aumentar su impopularidad. Aspiraba a dedicarse con toda su alma a la reforma de la religión y de la Iglesia, a suprimir fiestas y a expulsar a poetas y artistas; pero nadie hizo caso de sus exhortaciones. De repente se encontró trasplantado a un mundo totalmente desconocido, donde nadie le comprendía ni le amaba. Pasquin hacía continuamente bromas a su costa, y en vez de reírse de ellas como hacían los romanos, se irritaba tanto, que un día expresó el deseo de que la estatua fuese arrojada al Tiber. Pero el duque de Sessa le advirtió que Pasquin seguiría hablando lo mismo, puesto que, como las ranas, era capaz de hablar sin dificultad

bajo el agua. Todos los romanos, y especialmente los artistas y *litterati* que se vieron entonces privados del mecenazgo de la corte, estaban furiosos contra el nuevo Papa y contra sus favoritos, cuyos nombres resultaban impronunciabiles.

*Ecco che personaggi, ecco che corte,
che brigate, galanti cortigiani
Copia, Vinci, Corizio e Trincheforte,
nomi da far sbigottire un cane.⁶*

Así escribió Berni en su *Capitolo* contra los electores del nuevo Papa, y los cuarenta "holgazanes" cardenales que votaron por él, y a quien el poeta satírico abrumó con invectivas. Como consecuencia, Adriano VI no logró otra cosa que miseria con su tiara, pero afortunadamente no tuvo que soportar durante mucho tiempo su carga, puesto que el 14 de septiembre de 1523 exhaló su último suspiro. En seguida se produjo gran regocijo en la Ciudad Eterna, y la puerta del médico que le asistió apareció adornada con guirnaldas y con esta descripción: *Ob Urbem servatum.*

Mientras tanto se estaban produciendo otro tipo de acontecimientos en Florencia. El cardenal dei Medici era un gobernante prudente, e incluso en opinión de patriotas como Nardi, logró más de lo que se había esperado, y sin duda alguna tuvo más éxito que Giuliano y que Lorenzo, que apenas prestaron atención a la ciudad.

Porque el cardenal era de modales más atrayentes, de ingenio más agudo, más paciente, suficientemente cauto en sus costumbres para evitar el escándalo, amante de la ciudad y deseoso de su embellecimiento. Construyó un canal para impedir el desbordamiento del Arno, fortificó los muros de la ciudad, y sin ser un gran Mecenas, protegió a escolares y a artistas. Sin embargo, tuvo muchos y peligrosos enemigos. Existían los amantes de la libertad en Florencia, y los Soderini fuera de la ciudad, a los que él hizo objeto de su odio implacable. Estos últimos nunca habían perdonado a los Médicis el quebrantamiento de sus promesas de una alianza matrimonial. El cardenal Soderini había estado comprometido en una conspiración de Petrucci contra León X, y era un rival muy activo del cardenal dei Medici, lo que especialmente se puso de manifiesto en el último conclave. Por todas estas razones los Soderini, que se habían unido a los franceses para combatir la elección de los Médicis, hicieron ahora una alianza todavía más firme contra él, para oponerse a su gobierno en Florencia, donde, ayudados por el ex gonfaloniero, lograron conquistar numerosos partidarios.

Había surgido un descontento sumamente grave entre los jóvenes que frecuentaban las reuniones de los Jardines Oricellarii, aunque casi todos habían sido originariamente partidarios de los Médicis. Como sucedió frecuentemente en aquellos días, algunos se habían distanciado por razones puramente personales; otros, tales como Zanobi Buondelmonti, Luigi Alamani y Jacobo da Diacceto, hombres de formación clásica, y animados por un deseo ardiente de lograr algo extraordinario

que hiciese famosos sus nombres, habían llegado al paroxismo de la exaltación escuchando las enseñanzas de Maquiavelo. Este último, que entonces tenía ya más de cincuenta años de edad, y que evidentemente jamás pensó en conspirar, no se dió cuenta de que sus escritos, y todavía más sus palabras habladas, habían producido en las mentes de aquellos oyentes jóvenes algo más que un efecto científico o simplemente literario. Continuó dirigiéndose a ellos con entusiasmo sobre el mismo tema de la república romana y de Italia, de la nación en armas, de los grandes hombres exaltados a los cielos en el mismo plano que los dioses, por haber sacrificado la vida y el alma a su país. Y entré tanto, alguno de sus oyentes empezó a llegar a un arreglo con Soderini y a unirse a sus complots, sin decir ni una palabra de ello a él ni a sus demás asociados, muchos de los cuales eran todavía amigos del cardenal y frecuentemente de su casa. El cardenal mismo, ya fuese de buena o de mala fe, había ayudado a inflamar los ánimos de aquellos jóvenes. Ya fuese que efectivamente se proponía desarrollar la teoría que le había expuesto Maquiavelo y reorganizar la República en tal forma que a su muerte pudiese alcanzar realmente la independendencia, ya fuese que las esperanzas de alcanzar rápidamente la corona papal le hiciesen pensar en la época en que Florencia sería privada de su presencia sin dejar herederos que le sucediesen, o ya, esto es lo más probable, que tratase de descubrir los nombres de los descontentos fomentando sus ilusiones, es evidente que interrogó a muchos respecto a la forma de reconstituir y reorganizar la República y que pareció recibir sus contestaciones con avidez y estudiarlas con cuidado. Después, para inspirar a todos más fe en sus palabras, se dejó ver constantemente paseando en su propio jardín en compañía del poeta Girolamo Benivieni, el partidario fervoroso de Savonarola.

Así sucedió que Zanobi Buondelmonti, Alessandro dei Pazzi y Nicolás Maquiavelo le presentaron nuevas propuestas de reforma. La primera de estas propuestas ya no existe, pero Neli la vió y ha dejado nota de ella. La de Pazzi, que se publicó después, hacía la sugestión del establecimiento de un gonfaloniero perpetuo, de un Gran Consejo y de un Senado, compuesto de miembros vitalicios, que formaban parte del mismo por rotación y que tendrían en sus manos el poder más importante. Y como era natural en un partidario del Gobierno aristocrático, Pazzi no aprobó las propuestas que se habían hecho ya a León X por Maquiavelo. Pero este último ahora las repitió ante el cardenal, con algunas modificaciones que las hacían más explícitas y que les daban la forma exacta de un decreto.

"Nuestros Señores excelsos y magníficos, considerando que no puede haber nada más digno de alabanza que la organización de una república unida y libre, en la que todos los intereses privados cedan ante el bienestar común y en la que se extingan los anhelos de vanagloria, y en que se sientan confortados y estimulados por nuestro Muy Reverendo Señor Su Eminencia el Cardenal Giulio dei Medici, e invocando el nombre del Todopoderoso, proveen y decretan", etc. Así decía la primera frase del proyecto de decreto, confirmando al Concilio Mayor

en la autoridad de que estaba investido antes de 1512; disponiendo lo necesario para la elección de un gonfaloniero cada tres años, anulando los Consejos del Pueblo, la Comuna y los Ciento, y transformando el Consejo de los Sesenta en un Senado o nuevo Consejo de los Ciento, con los mismos poderes que tenían los Ochenta antes de 1512. Maquiavelo deseaba también que la Señoría eligiese doce ciudadanos de más de cuarenta años de edad, a los que, juntamente con el cardenal, invertiría temporalmente de toda la autoridad del pueblo florentino para la elaboración de nuevas leyes y estatutos, pero para que esta medida pudiese resultar realmente benéfica para la causa de la libertad, este Consejo extraordinario había de durar solamente un año improrrogable.⁷

En esta época Maquiavelo redactó también otro breve folleto sobre la milicia del burgo, tratando de demostrar que la única forma de obtener una buena ordenanza era su reconstitución en gran escala, como en la época de Soderini, en lugar de reducirla a unos cuantos hombres armados, como habían hecho los Médicis, los cuales la hicieron prácticamente inútil.⁸

Se tenía gran fe en la bondad de las intenciones del gonfaloniero. Filippo dei Nerli, uno de los asiduos concurrentes a los Jardines Oricellarii, pero siempre un leal partidario de la *Palle*, refiere cómo la ciudad estaba dividida en aquel entonces, y cómo muchas gentes experimentaban una sensación de alivio ante estas perspectivas nuevas. Después de decirnos que, a consecuencia de esto, se preparaban varios proyectos de reforma, agrega: "Zanobi Buondelmonti e incluso Nicolás Maquiavelo pusieron de manifiesto en forma meridiana cuál era su pensamiento en esta forma; porque yo vi sus escritos, y todo pasó a manos del cardenal, quien pretendió darles una valoración muy elevada. Alejandro dei Pazzi escribió una oración en latín, sumamente bella y elegante, en la que expresaba la gratitud del pueblo al cardenal, por la restauración de la República, y que fué leída con grandes aplausos, en presencia de muchos ciudadanos que se habían reunido en una cena". Sigue diciendo que aquellas cuestiones siguieron su curso hasta que el cardenal experimentó el deseo de frenar su desarrollo, y desde entonces ya no supo qué hacer. Pero aunque Jacobo Nardi habló de la administración del cardenal, en sus *Historias*, en términos sumamente laudatorios, le acusa claramente de "engaño" en esta ocasión, y dice que "él abusó de la buena fe de algunos ciudadanos, tal vez excesivamente ingenuos, todos los cuales cayeron fácilmente víctimas del engaño viendo que él no prestaba oídos a las quejas y a las manifestaciones de adhesión de sus verdaderos partidarios, los cuales le advirtieron que estaba haciendo un juego peligroso". Las reales intenciones del cardenal sólo empezaron a ponerse de manifiesto cuando Pazzi le presentó la oración laudatoria de la restauración de la libertad. Porque él contestó que estaba demasiado ocupado en aquel momento y que no tenía tiempo de leerla; que sería mejor consignarla a Nicolás della Magna. Y este individuo, el alemán Nicolás Schomberg, que estaba en los secretos del cardenal, hizo notar fríamente después de leerla:

"Verdaderamente me ha producido placer leer vuestra oración, pero no me es posible aprobar el tema que en ella se trata".⁹

Después se vió claramente que el muy reverendo monseñor había hecho un bello uso de su habilidad y engañado a personas ingenuas, sin atrapar, sin embargo, a personas de ingenio más o menos agudo. En realidad, en el último conclave, él se había dado cuenta de que el odio de los Soderini era implacable, que ellos estaban comprometidos en algún complot, juntamente con los franceses y con algunos de sus propios enemigos personales de Florencia, y, como hemos visto, esto le había obligado a apresurar su retorno. El no podía evidentemente ignorar que Battista della Palla, al que se habían negado determinados favores, que trataba de obtener, ya no fuese amigo, sino enemigo de los Médicis, y que además estaba retrasando su salida de Roma para conferenciar con los Soderini y manteniendo una correspondencia activa con Florencia. Pero no era fácil descubrir a quién escribía ni lo que estaba planeando.

Después de la muerte de León X, Malatesta y Horacio Baglioni, acompañados del duque de Urbino, habían entrado en territorio sienés, tratando de derrotar al Gobierno. Habían sido inducidos a esta empresa por el cardenal Soderini que, como enemigo de Petrucci, gobernador de la ciudad, en nombre de los Médicis, esperaba, mediante este paso preliminar, facilitar la expulsión de los Médicis de Florencia. El cardenal Giulio derrotó esta empresa por medio de sus mercenarios suizos y alemanes; y después logró comprometer en la misma a los Baglioni y al duque de Urbino, y así triunfó. Pero antes de que pasase mucho tiempo se hizo otra expedición contra Siena, también instigada por el cardenal Soderini, por Lorenzo Orsini de la Campaña Romana, apodado Renzo da Ceri, que avanzaron hacia allí a la cabeza de sus vasallos. Y una pequeña banda de soldados franceses salió de Génova con el mismo fin. Pero este segundo intento fué reprimido del mismo modo, porque el cardenal había tenido buen cuidado de alquilar una fuerza adecuada de soldados de infantería y de caballeros armados. Los franceses fueron llamados de nuevo como consecuencia del mal cariz que estaban tomando en Lombardía los acontecimientos, y el conclave, que, mientras llegaba Adriano, todavía ejercía su autoridad en Roma, se manifestó hostil a la empresa. Entonces Renzo da Ceri no tuvo valor para continuar y dió marcha atrás.

Estos hechos proporcionaron abundantes pruebas de que los Médicis tenían muchos adversarios tanto dentro como fuera de los muros de Florencia, adversarios además de gran valor y de muchos recursos, y para descubrir los nombres de aquellos enemigos el cardenal continuó promoviendo discusiones todavía más animadas sobre la reconstitución de la República. Esta medida no careció de sagacidad, ni dejó de tener cierto éxito. Porque el poeta Luigi Alamanni, Zanobi Buon-delmonti, Jacobo da Diaceto y otros jóvenes de los Jardines Oricellarii se habían aliado con los Soderini para organizar un complot contra su vida. Battista della Palla era su agente en Roma; y por su parte ellos esperaban solamente que la expedición de Renzo da Ceri tuviera éxito

para desenvainar sus puñales. Y cuando esta esperanza les falló, para evitar mejor ser descubiertos, procuraron levantar la voz más que nadie para aclamar la generosidad puesta de manifiesto por el cardenal al prometer que instauraría en Florencia una República. En tal forma ellos no solamente confiaron salvar sus vidas, sino lograr la libertad, sin correr el riesgo de una conspiración que ya no tenía ninguna oportunidad de triunfar.¹⁰ Pero como tantos otros expresaron las mismas opiniones con entera sinceridad, no fué posible que el cardenal distinguiese a sus amigos de sus enemigos.

La casualidad, sin embargo, vino en su ayuda. Fué capturado un mensajero precisamente entonces, y resultó que aquél había llevado ciertos despachos y realizado determinados servicios de espionaje al servicio de Battista della Palla y los conspiradores de Florencia. Cuando aquel hombre confesó haber hablado con Jacobo da Diaceto, este último fué encarcelado instantáneamente. El poeta, Luigi Alamanni, que había tomado parte importante en la conspiración, estaba en el campo y fué advertido a tiempo. Y huyó tan apresuradamente, que se olvidó de prevenir a su primo Luigi di Tommaso Alamanni, también comprometido en el complot, y que fué capturado en Arezzo, donde se encontraba entonces. Zanobi Buondelmonti fué el primero que supo que el complot había sido descubierto, cuando paseaba por la ciudad con Filippo dei Nerli. Corrió en seguida a su casa con la intención de ocultarse, pero su esposa le dió el dinero que ella tenía y le persuadió para que huyese. Obedeciendo a su esposa, huyó primero a Garfagnana, donde su amigo Ludovico Ariosto era entonces gobernador; y después, en compañía de Alamanni, buscó refugio en Francia. Mientras tanto en Florencia se estaba instruyendo un juicio sumario. Jacobo da Diaceto, sometido a tormento, declaró sin vacilar: "Intentábamos matar al cardenal". Y agregó que habían resuelto hacerlo así, no tanto porque sintiesen odio hacia él, sino por su amor a la causa de la libertad, y porque sabían que cuando el cardenal prometía reformas, estaba mintiendo. Terminado el proceso, Diaceto y Luigi de Tommaso Alamanni fueron decapitados antes del alba el 7 de junio de 1522. Continuaron nuevas investigaciones y órdenes de castigo. Casi todos los Soderini fueron proclamados rebeldes; el ex gonfaloniero fué citado para comparecer ante el tribunal, pero como murió el 13 de junio, se confiscaron sus bienes, y se dictó sentencia maldiciendo su memoria.¹¹ Algunas otras personas fueron también detenidas y procesadas, pero sin que se descubriese nada más, puesto que los únicos culpables auténticos estaban ya muertos o en el exilio. El cardenal Soderini no dejó de conspirar con los franceses contra los españoles; pero Adriano VI, que ya, si bien es cierto que con mucha moderación, favoreció abiertamente a los últimos, puso fin en seguida a tal situación encarcelándolo en el castillo de Sant Angelo. Así se restableció la tranquilidad incluso en Florencia, y no se volvió a oír una palabra de la prometida restauración de la libertad.

Este complot, y la sanguinaria represión que siguió a su descubrimiento, dispersó naturalmente a la sociedad de los Orti Oricellarii.

Por un golpe de suerte afortunada no recayeron sospechas sobre Maquiavelo, aunque alguien le censuró por los discursos que, aunque acaso involuntariamente según se dijo, había inflamado el ánimo de los oyentes más jóvenes y más impetuosos. Sin embargo, el cardenal dei Medici no le privó de su favor, pero su rápida elección para el pontificado dejó al gobierno de Florencia, como veremos más tarde, en la dura garra del cardenal de Cortona, que gobernó la ciudad en nombre del Papa con menos juicio y con mayor dureza. Todas estas razones se combinaron para impulsar a Maquiavelo a buscar una vida más tranquila en su casa de campo. Allí fué donde escribió sus *Historias* y donde completó varias otras obras literarias, entre las que sus comedias ocupan el primer lugar. De estas últimas es de las que tendremos que hablar ahora.

NOTAS AL CAPITULO XX

1. Estas estipulaciones están en una carta de Maquiavelo a Del Nero, que se conserva en los Archivos de Florencia, y que publicó por primera vez el profesor Corazzini en su *Miscellanea di cose inedite e rare* (Florencia, 1853), pág. 114. Fué publicada después en forma más completa en las *Opere di Machiavelli* (Florencia, Usigli, 1857, en la página 1198) y recientemente se ha publicado de nuevo en la *Vita di N. Machiavelli* del señor Amico. La reproducimos a continuación:

"Respetable Señor:

"La esencia del convenio es la siguiente: Que el convenio se haga por cierto número de años, con un salario pagadero anualmente, etc., vinculando y obligando al que lo recibe a escribir los anales o Historia de los hechos que se refieren al Estado y a la ciudad de Florencia, partiendo de la época que el autor crea conveniente, y escribiendo en latin o en toscano, también a elección del autor.

"*Honorando cognato, Francesco del Nero.* NICOLÁS MAQUIAVELO."

2. La decisión de los directores se publicó en las *Opere*, pág. LXXXIX. Las notas referentes al primer plazo del salario pagado a Maquiavelo están registradas en el *Libro degli scipendii por lo Studio dal 1514 al 1521*, que se conserva en los archivos de Florencia.

Después de esta época el Studio, con alguno de sus archivos, fué trasladado a Pisa, quedando sólo en Florencia algunas cátedras. Los *Libri dello Studio* para los años 1521-25 faltan en los archivos de Pisa; pero en un libro de cuentas correspondiente al año 1526, en el folio 24, encontramos varias anotaciones.

Los registros que se suceden hasta 1544 no han llegado hasta nosotros. Pero las notas que se conservan prueban que se continuó pagando el subsidio a Maquiavelo durante varios años.

3. Esta carta, que está escrita en una jerga casi ininteligible, aparece con el número XLI en las *Opere*, vol. VIII, página 147. Fué transcrita por Ricci del original anotado, pero muy oscuro. El no declara si era autógrafo y tampoco nos da cuenta de quién fué el autor de las notas marginales copiadas por él en el códice del que hemos hecho muchas citas. Estas notas, sin embargo, de ninguna manera disminuyen la oscuridad de la carta de Soderini.

4. Las palabras en cursiva faltan en todas las ediciones de las *Opere* y están indicadas con puntos. Hay una nota en la que se hace constar que el manuscrito original debe haber caído en manos de alguna persona piadosa que borró de esta carta y de la siguiente las palabras más licenciosas y las que revelaban una mayor falta de respeto por la religión. Pero estas mismas palabras aparecen intactas en las copias contenidas en el Ricci Codex, del cual las hemos tomado nosotros.

5. Guicciardini despachó realmente un segundo embajador con una carta fecha 18 de mayo de 1521, que está entre las *Carte del Machiavelli*, caja V, número III. Véase Apéndice (III) de la edición italiana, documento X.

6. "¡Véase qué personaje, qué cortejo, qué cuerda de cortesanos! ¡Coppis, Vinci, Corizio y Trincheforte! ¡Parecen nombres para asustar a un perro!" Berni, *Opere Burlesche*, Londres 1723, vol. I, pág. 77.

7. Este segundo proyecto de reforma, redactado de puño y letra de Maquiavelo, fué publicado por primera vez por A. d'Ancona en un folleto que vió la luz con motivo del matrimonio Cavaliere-Zabban, el 16 de octubre de 1872, y se titula: *Due Scritture di Nicolò Machiavelli* (Pisa, Nistri, 1872). Volvió a publicarse después en la *Vita di N. Machiavelli* del señor Amico, en las páginas 550 y siguientes. El original está entre las *Carte del Machiavelli*, caja I, número 79.

8. Esta composición autógrafa está entre las *Carte del Machiavelli*, caja I, núm. 63. Véase el Apéndice (III), de la edición italiana, documento XI. El señor Amico incluyó un fragmento de la misma en la página 269 de su *Vita di N. Machiavelli*. El la considera como un esbozo rudimentario de una carta escrita al cardenal Soderini con ocasión de la puesta en vigor de la Ordenanza. Pero un estudio cuidadoso demuestra que no se trata de una carta, sino de una propuesta dirigida al cardenal para restablecer por segunda vez la Ordenanza.

9. Nardi, vol. II, págs. 83-84. También da Jacopo Pitti un relato completo de todo este asunto en su *Storia Fiorentina*, libro II, pág. 122 (Archivio Storico), vol. I. Dice que el decreto para la reforma del Gobierno fué redactado, y en la página 124 lo resume, dando el sumario de las mismas cláusulas que Maquiavelo había escrito, demostrando así que este último las había preparado con autorización del cardenal.

10. "Pero cuando fracasó el intento del Sr. Renzo, contrariamente a lo que esperaban los conspiradores, que habían diferido realizar sus propósitos hasta que aquella empresa tuviese algún resultado feliz, entonces Zanobi y Luigi se vieron comprometidos en el complot sin poder llevarlo adelante; y temiendo ser descubiertos por haber hablado de ello con demasiada libertad, fueron los primeros en solicitar del cardenal dei Medici que llevase adelante el plan mencionado antes y todas las conversaciones vanas que hablaban de las nuevas reformas del Gobierno, porque les pareció que si se lograba esto, se impediría seguramente el descubrimiento de su conspiración, que mal podía ahora llevarse a efecto cuando el cardenal dei Medici había logrado paralizar el ataque del señor Renzo en la forma que hemos visto". Nerli, *Commentarii*, pág. 138.

11. *Et mortuus non posset damnari*, como dice la frase. Véanse los documentos relativos a esta conspiración, publicados en el *Giornale Storico degli Archivi Toscani*, vol. III, págs. 123 y siguientes: Florencia, Viesseusseux. La frase relativa a Piero Soderini aparece en las páginas 133-134. El murió y fué enterrado en Roma. En el coro de la iglesia Carmina en Florencia, que fué construido por su familia, hay un monumento esculpido por Benedetto da Rovezzano, que se dice fué concebido por Soderini para su propia sepultura.

CAPITULO XXI

PANORAMA GENERAL DEL TEATRO ITALIANO. LA "COMEDIA DE ARTE" Y LA "COMEDIA CULTA". LAS COMEDIAS DE ARIOSTO. LAS COMEDIAS DE MAQUIAVELO. LA "MANDRAGOLA". LA "CLIZIA". LA "COMEDIA EN PROSA". LA "COMEDIA EN VERSO". LA TRADUCCIÓN DE LA "ANDRIA".

Como todo el mundo sabe, Italia ha tenido más de un autor cómico y varios poetas trágicos del más alto valor, pero no ha tenido nada que verdaderamente merezca el nombre de teatro nacional. Durante el período en que los romanos pudieron haber logrado desarrollar un tipo de comedia original y nacional partiendo de sus antiguas farsas populares y de sus obras cómicas y satíricas, los Mimos y los Atellanas, se consagraron a imitar los dramas griegos, de los cuales ni el genio de Terencio ni el de Plauto fué capaz de emanciparse. Así surgió un teatro literario, sin base popular, y el pueblo continuó, por consiguiente, prefiriendo los Mimos y los Atellanas. Aquellas farsas del mundo antiguo, aunque modificadas gradualmente, existían aún en la Edad Media, cuando, fundidos e incrustados en los Dramas de Milagros, terminaron por introducir un elemento laico en los últimos, y sacaron a éstos de la iglesia y del claustro. Más tarde originaron la llamada *Commedia dell'Arte*, que se hizo cada vez más popular, y que era ya muy general entre nosotros durante el Renacimiento. Esta fué casi totalmente improvisada por los actores, a los que no se proporcionaba apenas nada más que el escenario, o tema, el argumento general y el esqueleto de las diferentes escenas, indicando la parte que debía jugar cada personaje y los puntos salientes de los diálogos más importantes. Las máscaras (o personajes convencionales) de esta *Commedia dell'Arte*, Pantalón, Arlequín, Punch y Brighella, son probablemente supervivencias lentamente transformadas de los personajes de los Mimos y Atellanas.

Después, durante el Renacimiento, se produjo algo muy similar a lo que antiguamente había pasado en Roma. Tanto de las *Sacre Rappresentazioni*, que alcanzaban ya una notable desarrollo literario, y la ya floreciente *Commedia dell'Arte*, podía haber derivado fácilmente un tipo de drama y de comedia nacional, si en vez de ello los autores no hubiesen vuelto a hacer imitaciones de la tragedia y de la comedia del mundo antiguo. En una época en que el escepticismo lo invadía todo,

cuando todas las instituciones políticas estaban en proceso de disolución, cuando la nación era incapaz de reconstituirse y cuando las invasiones extranjeras se producían a torrentes, resultaba casi imposible que hubiese una épica inspiración genuina y un sentimiento auténtico de lo trágico. La *Sofonisba* de Trissino y la *Rosmunda* de Rucellai fueron las mejores tragedias de la época; pero aunque de mérito considerable, que contenían algunos destellos genuinamente líricos, y algunas chispas dramáticas, se adhirieron demasiado rígidamente a los modelos clásicos, no tuvieron una real vida propia, y jamás llegaron a desarrollar otras obras mejores.

Pero como, no obstante el desastre general, había todavía en Italia en aquella época un excelente buen humor, la comedia tuvo más éxito que la tragedia, aunque vestida del mismo modo con plumas prestadas principalmente arrancadas a Terencio y a Plauto. Esta, la llamada Comedia Culta, se difundió bastante entre los círculos literarios de las cortes, y cada vez más tendieron a parecerse a la *Commedia dell'Arte*. Pero conservó una fisonomía propia, y aunque introdujo no pocas mejoras y reformas en la *Commedia dell'Arte*, obtuvo de ella a cambio una mayor evidente vivacidad y espontaneidad. Sin embargo, la Comedia Culta fué siempre producida por *litterati* y fué una obra de imitación. Así la gente continuó prefiriendo la *Commedia dell'Arte*, que no perdió jamás totalmente su pureza pristina, ni siquiera cuando empezó a resultar algo artificial.

Se han provocado muchas polémicas respecto a las causas que impidieron en Italia durante el Renacimiento la fundación de un teatro genuinamente nacional, o al menos de una comedia nacional, en una época en que había tan notable abundancia de los materiales necesarios. Evidentemente que la *Commedia dell'Arte* no carecía de vivacidad o de fecundidad inventiva, y que la *Commedia Erudita* estaba también repleta de una riqueza inagotable del mismo espíritu cómico que abunda en casi todas las novelas italianas y en una buena parte de la poesía de la época.

Por otra parte, muchas ramas de nuestra literatura fueron imitaciones al principio, y después, debido a su vigor y a su vitalidad intrínseca, alcanzaron su independencia y lograron una genuina originalidad nacional propia. ¿Cómo puede explicarse entonces que nuestro teatro no llegase a alcanzar la misma meta? La verdad es, tal vez, que no hay razón que justifique que una nación que triunfa en muchas cosas tenga que triunfar necesariamente en todas. Para la formación de un teatro nacional se requiere que la vida social y nacional esté ya formada y desarrollada; e Italia no estaba aún integrada como nación cuando el alud de invasiones extranjeras barrió con todo, tergiversó la libertad y aceleró la decadencia general. Además, la formación de un teatro exige la participación liberal del público; casi, en verdad, la cooperación de las masas, que en esto, como en muchas otras ramas de la actividad literaria, preparan el material poético en el que los grandes escritores infunden una nueva vida. Y debe recordarse también que el desarrollo original, completo y vigoroso de la poesía popular, se vio

con frecuencia obstruido en Italia por la acción continua e incesante que, debido a la difusa diferenciación de las clases sociales, fué ejercida por la literatura sobre el arte popular.

Porque en este país, antes de que cualquier tipo de arte popular alcance madurez suficiente para dar origen a una nueva forma de poesía nacional, empieza a decaer y cede el terreno a los *literati*, que presionan impulsando su desarrollo. Estos últimos saben cómo aprovechar todo elemento popular; ciertamente que ha sido, en especial con ayudas de este tipo, como la imitación clásica en Italia se ha elevado con frecuencia a la altura de un renacimiento genuino. Pero exactamente en el momento en que el elemento popular debía prevalecer por su propio derecho, debido a la necesidad de provocar el nacimiento de una nueva corriente poética nacional, nuestra literatura ha tenido que vencer obstáculos todavía mayores. No es sorprendente que sea incapaz de vencer estos obstáculos cuando —como fué en realidad el caso de nuestra escena en el siglo XVI— la situación política del país era igualmente hostil.

El autor que, después de Ariosto, merece ocupar el lugar de honor por haber dado a la comedia italiana su verdadera forma, es indudablemente Maquiavello, cuya *Mandragola* superó a todas las comedias anteriores. Hemos visto ya a través de sus escritos, y especialmente en su correspondencia privada, que estaba dotado de una gran capacidad cómica y satírica; que tenía una fuerte inclinación hacia la composición de obras dramáticas, quedó también demostrado ya en el año 1504, en su intento de imitar las *Nubes* de Aristófanes, en la *Máscara*, obra de la que ya no conservamos el texto, y en la que fustigó duramente a sus contemporáneos. Pero todo esto no era bastante para hacer que nadie le supusiese capaz de producir la *Mandragola*, que es la comedia más fina de todo el teatro italiano, obra que, según Macaulay, es superior a la mejor de las comedias de Goldoni, y que no ha sido superada más que por las más grandes de las obras de Molière.

La acción de la *Mandragola*, aparentemente sugerida por un incidente que se produjo en Florencia, se sitúa en el año 1504.¹ Pero el prólogo indica claramente que la comedia se escribió en una fecha muy posterior, sin duda después de 1512, y durante el período más triste de la vida de Maquiavello. Giovio nos dice, en su *Elogia doctorum virorum*, que León X, al oír hablar del gran éxito que alcanzó la *Mandragola* en Florencia, la hizo representar en Roma por los mismos actores.² Y por una carta de Battista della Palla, fechada el 26 de abril de 1520, sabemos que todo estuvo entonces dispuesto para la representación de la obra ante el Papa.³ Por consiguiente, la comedia había sido ya representada en Florencia antes de esta fecha. La más vieja de las ediciones impresas, cuya fecha, según los bibliógrafos, está perfectamente precisada, debe haber sido publicada en Roma en agosto de 1524;⁴ pero parece indudable que existe otra edición todavía más antigua cuya fecha no consta. Pero no hay pruebas de que la representación de la *Mandragola* de Maquiavello, en presencia de León X,

que según los rumores se había llevado a cabo en los Jardines Oricelarii, haya tenido efectivamente lugar, y ciertamente que la cosa parece increíble. Es probable que se confundiera con la representación de *Rosmunda*, de Rucellai.

Para nosotros la *Mandragola* tiene una doble importancia, porque de una parte nos permite conocer el talento cómico de Maquiavelo en su más elevado esplendor y en su más alta originalidad, y por otra nos presenta un nuevo punto de vista y, desde un ángulo distinto, su idea de los hombres y de la sociedad de la época. Nos presenta a esta sociedad como en una fotografía, y la hace desfilar ante nuestros ojos con una frivolidad casi cínica. Sin embargo, su euforia implacable se ve a veces interrumpida por un súbito estallido de lágrimas apenas contenido, y después, como si él mismo se avergonzase de sus emociones, trata de hacernos creer que casi había sido una carcajada. Si queréis saber, como él mismo dice en el prólogo, por qué el autor se complace en el desarrollo de temas demasiado ligeros para quien aspira a ser considerado como hombre grave y discreto,

*Scusatelo con questo, che s'ingegna
Con questi vani pensieri
Fare il suo tristo tempo piú soave,
Perché altrove non ave
Dove voltare il viso,
Che gli è stato interciso
Mostrar con altre imprese altra virtúe
Non sendo premio alle fatiche sue.⁶*

“No hay posible remedio ahora para nuestros males. Debemos estar satisfechos de ver que cada uno permanece aparte, observando, haciendo mofa y difamando a los otros. Así la época se desvía de las viejas virtudes; observando cuán prestos están todos con sus chanzas y vituperios, nadie se esfuerza en la realización de hechos generosos que el viento dispersa y que las nubes encubren. Pero si alguien tratase de censurar al autor por hablar mal, os advierto que él, también, sabe hablar mal, y que ciertamente sobresale en este arte; y que él no tiene respeto por nadie en Italia, aunque se inclina y reverencia a quienes se visten mejor que él”.

Calímaco es un florentino de treinta años de edad que ha pasado tranquilamente veinte años de su vida en París. Habiendo oído allí cantar grandes alabanzas a la belleza y a la virtud de la esposa de Nicias Calfucci, viene a Florencia con el propósito de verla, e inmediatamente se enamora con locura de ella. Esta señora se llama Lucrecia y es tan pura y tan buena que la única esperanza de Calímaco se cifra en la imbecilidad del marido y en el vivo deseo de ambos de tener hijos. Un tal Ligurio, un estafador, que frecuenta la casa de Calfucci y a quien Calímaco ha prometido dinero, es el intermediario en esta intriga. La simplicidad y la falta de ingenio de messer Nicias, que lleva el título de doctor y que tiene una excelente opinión de sí mismo, están admirablemente descritas y proporcionan algunas de las escenas más ingeniosas de la *Mandragola*. Mientras tanto, Ligurio

trata de persuadir a messer Nicias que como médico aconseje y lleve a su esposa a los baños; en tal forma, piensa él, Calímaco tendrá más facilidad para conocerla y para disfrutar de su amistad; pero messer Nicias se resiste, porque por mucho que desee llegar a ser padre, considera que representa una empresa sumamente aventurada moverse de casa, y este doctor dice unas veces una cosa y otras veces otra, "y nadie sabe lo que cada una de éstas significa".

"Sería perjudicial que os alejaseis —le dice Ligurio— porque no estáis acostumbrados a perder de vista la cúpula del Duomo". "Os equivocáis en eso —contesta rápidamente messer Nicias—; yo fui un gran andariego en mi juventud y nunca dejé de acudir a la feria del Prato, y no existe un lugar amurallado cerca de Florencia que yo no haya visitado. Y os diré más: he estado en Pisa y en Leghorn, entre otras cosas que podría deciros." "¡Oh señor! ¿Habéis visto el mar? ¿Os habéis dado cuenta de que es mucho mayor que el Arno?" "¡El Arno, ciertamente!, ciertamente es cuatro, seis, siete veces tan grande. ¡No se ve más que agua, agua, agua!" Al fin se acuerda que Ligurio pida el consejo de los doctores, mientras Nicias trata de persuadir a su esposa para que haga el viaje.

Y en la tercera y última escena del primer acto, Calímaco inquiere ansiosamente de Ligurio para que éste le diga qué es lo que se ha decidido, y Ligurio contesta que los Calfucci irán probablemente a los baños, pero que teme que esta resolución no servirá para nada al enamorado. "Temo que tengáis razón —contesta Calímaco—. "Pero ¿qué le voy a hacer?, ¿qué medidas puedo yo tomar?, ¿debo ir allí? Y sin embargo necesito hacer algo e incluso hacer algo grande, por peligroso y expuesto e infame que ello sea; sería mejor morir que vivir como vivo ahora. Si yo fuese capaz de dormir en la noche, o de comer, o de conversar, o de encontrar placer en algo, tendría más paciencia y pasaría mejor el tiempo. Pero este asunto no tiene remedio, y si la casualidad no me proporciona un poco de esperanza, seguramente moriré; así, dándome cuenta de que debo morir, estoy dispuesto a no retroceder ante nada, a adoptar algún procedimiento, brutal, cruel o atroz".

Estas expresiones describen en forma muy elocuente la violenta pasión de Calímaco, antes de que él mismo hubiese tenido oportunidad de hablar con la mujer de sus amores. Ligurio declara después que tiene una buena idea, y propone que Calímaco sea presentado a Nicias como médico. El le hablará después. Y así queda convenido entre ellos.

En el segundo acto Ligurio presenta a Calímaco a Nicias como médico, como inventor de una poción que infaliblemente hará que su esposa le dé un hijo. Sólo que el primer hombre que se aproxime a ella una vez que ella haya bebido la pócima morirá rápidamente sin remedio. Por consiguiente, Nicias debe permitir que su esposa vea primero a otro hombre. La alarma de Nicias al escuchar esto, su intento de hablar en latín con el médico farsante, su deleite al escuchar la contestación del último llena de citas latinas que él es incapaz de comprender, la facilidad con que consiente en el acto al saber que el

rey de Francia y otros monarcas han adoptado el mismo procedimiento, y su convencimiento sin reservas respecto a su propia astucia superior, hacen de este acto una pieza extraordinariamente cómica. Pero aunque messer Nicias es ganado por medio de tal ardid, la esposa tiene todavía que ser persuadida; y a tal fin Ligurio sugiere que la única forma de ataque debe ser poner en juego los servicios de su confesor, que es un fraile. "Pero ¿quién podrá ganar al confesor para esta empresa?", pregunta Calimaco. "Vos y yo, el oro, nuestra perversidad y la suya", contesta el otro; y ahora sugiere él que se hable a la madre de la señora, a fin de que ella pueda inducir al confesor para que éste ponga en juego la autoridad de la religión sobre la hija y en tal forma obtener el consentimiento de esta última.

En el tercer acto la madre ha sido ya ganada, pero con la condición de que su conciencia no resulte gravada. La gente discreta, dice ella, debe elegir el mejor de dos males entre los que se ha de elegir. Mientras tanto, Nicias ha dado a Ligurio los veinticinco ducados que se le pidieron para sobornar al fraile, y ambos van camino de la iglesia para llevar adelante sus designios. "Estos frailes —hace notar Ligurio— son mañosos y de ingenio muy agudo, porque conocen sus propios pecados tanto como los nuestros. Quien se acostumbra a ellos es fácil que se deje engañar por sus procedimientos, y no sabe cómo librarse de ellos".

Y ahora fray Timoteo aparece en escena por primera vez, y desde un cierto punto de vista puede realmente ser considerado el personaje más notable de la obra. Se encuentra en la iglesia, conversando tranquilamente con una doncella sirviente, y el diálogo entre ellos forma, por su incomparable vivacidad, por su espontaneidad y por su ponderada serenidad, tan extraño contraste con lo que va a producirse, que recuerda al lector el incomparable arte de Shakespeare.

"Si deseáis confesaros —dice el fraile—, estoy a vuestras órdenes". "No hoy —replica la mujer—, ahora voy de prisa, y tengo ganas de pasar un poco, no de ponerme de rodillas. ¿Habéis dicho aquellas misas a nuestra Señora?" "Sí, señora, ya las he dicho". "Entonces tomad un florín; y cada lunes durante dos meses decid una misa de difuntos por el alma de mi marido. Aunque valía poco, sin embargo la carne es débil. No puedo menos de experimentar pena cuando lo recuerdo. ¿Creéis que él estará realmente en el purgatorio?" "Tengo la seguridad". "Por mi parte yo no estoy segura —dice la mujer—. Vos sabéis lo que me hacía a veces. ¡Oh!, ya os acordáis cómo solía quejarme de ello ante vos. Yo le rechazaba cuanto podía; pero me acosaba demasiado. ¡Oh, Dios mío!" "No temáis, la gracia de Dios es inagotable —dice el fraile—. Si el hombre trata de arrepentirse siempre está a tiempo de hacerlo". "¿Pensáis que los turcos entrarán este año en Italia?", a lo que el fraile contesta: "Entrarán si no decís vuestras oraciones". "¡Gracias! Dios nos salve de esos demonios; siento horror por estos malditos. Pero veo una mujer en la iglesia que se ocupa de mí. Debo ir y hablarla. Buenos días". "Buenos días", contesta el fraile.

Mientras tanto Nicias y Ligurio han entrado y el último habla en seguida al fraile, al que le dice que tiene varios centenares de florines para emplearlos en limosnas, siempre que él les ayude en un determinado negocio. Este negocio, sin embargo, es totalmente ficticio, y sólo se presenta para comprobar si el fraile estaría dispuesto a servirlos con la finalidad de obtener el dinero, y si se podía confiar en él para el real propósito que se deseaba. De hecho, viendo que él estaba dispuesto a servirles, Ligurio le explica con astucia todo el asunto, y obtiene la promesa descada. Las mujeres aparecen en este momento, y la madre está dando seguridades a su hija de que por su parte nunca tratará de persuadirla para que haga mal alguno. "Pero si fray Timoteo te dice que la cosa no es pecado, puedes estar completamente tranquila." La hija, sin embargo, no puede llegar a persuadirse de "que sea justo que un hombre muera deshonorándola". Y después el fraile aparece y hace uso de toda su habilidad. "He estado consultando los libros durante más de dos horas sobre este asunto, y después de mucho estudio, encuentro muchos argumentos en nuestro favor, tanto de carácter general como particular. Respecto a vuestra conciencia, debéis ateneros a estas generalidades, que donde se presenta la alternativa de un determinado bien seguro y de un mal incierto, nunca debemos perder el bien por temor del mal. Aquí tenemos el bien seguro, que vos llegaréis a tener un hijo y ganaréis un alma para Dios nuestro señor . . . Es la voluntad y no el cuerpo quien comete un pecado, y un pecado puede ser ofender a vuestro marido, mientras en realidad le haréis un bien; sería pecado hacer esto con placer, pero a vos os disgusta hacerlo. Además de esto, en todas las cosas debe tenerse en cuenta el fin perseguido. El fin que vos perseguís es que alguien ocupe un asiento en el Paraíso, y hacer feliz a vuestro esposo". Y continúa en este tono, recordando incluso a la mujer cómo la Biblia dice que las hijas de Lot no cometieron pecado porque sus intenciones eran buenas. Y termina diciendo que todo lo más habrá un pecado venial que puede lavarse con agua bendita. "¿A qué me estáis induciendo, padre?", exclama en este punto la pobre Lucrecia; y toda asombrada, promete hacer lo que se le pide; pero agrega que teme que no será capaz de sobrevivir a su pena y a su vergüenza.

El cuarto acto lo abre Calimaco, que sufre la agonía de la espera. Confía un momento, pero en seguida cae víctima de la desesperación. "Estáis loco —se dice a sí mismo—; ¡tú sabes que no te librarás de la desilusión y del arrepentimiento aunque triunfes en la empresa! ¿Pero qué es lo peor que puede sucederte? Morir e ir al infierno. Sin embargo, si tantos hombres de valía han muerto y han ido al infierno, ¿por qué has de avergonzarte de ir también tú allí? ¡Mira a tu destino en la cara! ¡Huye del mal, y si no puedes huir, sopórtalo como hombre! ¡No sucumbas, no te ofendas a ti mismo como una mujer! Pero no puedo grabar en mi mente esta idea, porque me consume hasta tal punto el amor de aquella mujer, que me siento conmovido desde la cabeza hasta la planta del pie; me tiemblan las piernas, se agitan mis entrañas, late mi corazón con toda la fuerza, mis brazos desfallecen,

mi lengua enmudece, y mis ojos están deslumbrados y mi cerebro es un torbellino!"

Ligurio aparece de nuevo y la trama llega rápidamente a su desenlace. Fray Timoteo se ha disfrazado para convertirse en un aliado activo y poderoso en la causa infame, aunque conduciéndose constantemente con el más natural buen humor. "Porque dicen la verdad quienes dicen que las malas compañías llevan a los hombres a la horca. Y se equivocan con mucha frecuencia quienes ceden demasiado fácilmente y quienes son demasiado buenos, lo mismo que aquellos que son demasiado perversos. Bien sabe Dios que yo nunca deseé hacer daño a nadie. Siempre estuve en mi celda, dije mis oraciones, conversé con mis penitentes, cuando vino a mi este diablo de Ligurio, que manchó mis dedos con el crimen, en el que ahora he metido mis brazos y todo mi ser, y ya no sé cuántas cosas más tendré que hacer. Pero esto me complace, porque cuando una cosa afecta a muchas personas, son muchas las personas que tienen que tener la misma preocupación". Después de todo esto se manifestó dispuesto a satisfacer los deseos de Calimaco.

El quinto y último acto se abre con otro soliloquio de fray Timoteo, cuya ansiedad al saber lo que ha sucedido le cuesta pasar una noche en claro. "Recé maitines, lei una de las vidas de los santos padres, entré en la iglesia y encendí de nuevo una lámpara que se había apagado, y cambié la vela de una Madonna milagrosa. ¡Cuántas veces he dicho a aquellos monjes que la tengan limpia! ¡Y después se asombran de que la gente no le rece! Yo me acuerdo de la época en que la Madonna tenía quinientos cuadros, cuando ahora no tiene veinte. Y esto ha sucedido por nuestra culpa, por no saber conservar su reputación. Solíamos recitar oraciones y hacer procesiones, en tal forma que siempre había muchos cuadros nuevos. Ahora ya no hacemos nada de esto, y nos sorprendemos de que la devoción se enfrie. ¡Oh, qué poco talento tienen estos monjes míos! ¡Pero estoy oyendo allí un gran ruido, en casa de messer Nicias!" Entran entonces todos los personajes de la obra, felices y riendo, traen a Lucrecia para que sea purificada, y el fraile, recordando la oferta de las limosnas, recita oraciones y da su bendición a la compañía. "¿Quién no ha de ser dichosa?", dice la madre, y la comedia termina con la bendición sobre el adulterio dada desde el altar.

Lo que más nos impresiona como verdaderamente extraordinario, sin embargo, no es el espectáculo de una sociedad totalmente corrompida, ni la ausencia de toda virtud y honestidad en los personajes de la obra, sino más bien la impresionante falta de conciencia que se advierte en todos ellos, su horrible ausencia de responsabilidad moral, y la forma en que pasan del bien al mal sin advertir siquiera el cambio. Calimaco se ha enamorado de Lucrecia antes de verla, simplemente al oír alabar su belleza y su virtud; inmediatamente cae presa de una pasión incontrolada, que no tiene otro contenido que el deseo sexual. Esto le hace la vida insoportable, y él se manifiesta dispuesto a recurrir a "cualquier medio, por brutal, cruel o atroz que sea". Los escrúpulos y

el temor del infierno parecen preocuparle un momento, pero en seguida, reflexionando sobre que muchos hombres se han precipitado en la sima de la perdición, él cree que debía tener también el valor de enfrentarse al castigo eterno. El único personaje virtuoso de toda la obra es la joven esposa, la pobre Lucrecia, un ser negativo, sin voluntad propia, y enteramente a expensas de la falsedad y capricho de los demás. Cuando la madre, el marido y todos los demás tratan de inducirla al adulterio para que pueda concebir un hijo, ella se encoge de hombros y hace resistencia, pero después, conducida a la iglesia y ante la presencia del confesor, ella se deja persuadir fácilmente por él de que no puede haber pecado "en asegurar un asiento en el Paraíso". Así ella no sólo termina resignándose, sino que decide gozar de la vida alegremente sumida en el abismo de la inmoralidad a la que ella ha sido lanzada. La expresión más clara y la personificación más perfecta de este estado de cosas la encontramos en fray Timoteo. Este dice sus oraciones y la misa, atiende devotamente a la sagrada imagen y a la confesión; pero cuando se le ofrece algún dinero caritativamente, en compensación de la infamia que se pide de él, en modo alguno se manifiesta irritado. El fraile se hace la reflexión de que así habrá más misas que decir, y más velas que encender; estudia las Sagradas Escrituras, y cuando encuentra un sofisma adecuado al caso, no tiene inconveniente en provocar un acto de adulterio, ni en persuadir a la desventurada Lucrecia de que el mal es bueno, y que mediante su propio deshonor la esposa cometerá un acto grato a los ojos del Todopoderoso. Es cierto que de paso hace la reflexión de que las malas compañías conducen al mal a los hombres más perfectos; pero la resolución está ya tomada y se consuela recordando que interesa a todo el mundo que el crimen permanezca oculto. Desempolva las imágenes, lee las vidas de los santos, deplora la escasa piedad de los tiempos, y durante todo el tiempo parece abrumado por un deseo intenso de saber si el pecado que se preparó e hizo posible mediante su ayuda se ha producido *ad votum*. Después da la bendición desde el altar a cuantos intervinieron en la aventura.

¿No nos recuerda esta comedia, como una evocación de nuestra conciencia, la trágica figura del *Príncipe*, recorriendo las calles como una exhalación, blandiendo una espada teñida en sangre y obligando a sus súbditos, por la fuerza y con violencia y fraude, a unirse para integrar un Estado y crear una patria? Y después, enseñándoles a ser disciplinados en *El arte de la guerra*, ¿no los lanza contra el enemigo, incitándolos, no mediante máximas cristianas, sino mediante aforismos paganos, y mediante el ejemplo de la antigua Roma, a derramar su sangre en defensa de este Estado, de esta patria, y al fin, a través del peligro y del infortunio, aprender a ser hombres? ¿Es que no oímos el fragor de trueno de la poderosa voz de Martín Lutero, proclamando la realidad de la conciencia, su condición sagrada e inviolable, y así impulsar incluso a los católicos al arrepentimiento y a la superación del mal?

Se ha dicho con razón que la *Mandragola* es la comedia de una sociedad de la que *El príncipe* es la tragedia. Esta última obra trata de

curar a punta de espada los males que la primera pinta en tono burlón, pero la burla indica del mismo modo su fuente oculta. Consecuentemente empieza y termina dentro de los muros de una iglesia. Ya los *Discursos* habían sugerido que se buscara en la Iglesia los gérmenes de la corrupción italiana, y ahora se nos presenta una representación gráfica de la forma en que la religión, habiéndose sumido en un convencionalismo puramente mecánico, es capaz de encontrar toda clase de sofismas para justificar el mal tan fácilmente como el bien, y así diluir prácticamente la conciencia. A juzgar por esta obra dramática parecería como si los hombres pudiesen hacer el mal sin darse cuenta y sin mancillarse por ello. Los actos que realizan ya no resultan entonces actos propios. Ellos parecerían estar dictados e inspirados por alguna fuerza externa, ya sea una pasión, un instinto, un hábito, un prejuicio, pero nunca por nada que merezca el nombre de conciencia. Por consiguiente, no puede haber remedio para el mal si no se encuentra en alguna otra fuerza exterior. El acero es el único remedio. Tal fué siempre la idea dominante de Maquiavelo, y cuantas veces la expuso, reveló tenerla fijamente grabada; su dicción es precisa, elegante, y revela una fuerza cautivadora; él mismo se manifiesta inspirado y parece elevarse sobre sí mismo. Esta idea fué el tema principal del *Príncipe*, y en la *Mandragola* se advierte claramente como una chispa lejana. En consecuencia, en ambas obras el estilo y el lenguaje del autor alcanzan tan alto nivel que las convierte en dos de las más bellas obras maestras de la literatura italiana en prosa. Maquiavelo ocupa indudablemente el primer lugar entre nuestros escritores en prosa. Cada una de sus palabras expresa una idea, sin ornamentos inútiles, sin artificio, y sin esfuerzo de ninguna especie. Los hombres, los acontecimientos, e incluso las cosas inanimadas, parecen tener lenguaje propio y dirigirse directamente al lector. En sus escritos fluye el ingenio admirable que emana de los labios del pueblo de Florencia, y eventualmente él lo reproduce con vigor singular incluso en su idioma, no siempre perfectamente ajustado a las reglas gramaticales. Solamente emplea su formación latina en la medida estrictamente precisa para dar fuerza y dignidad a su estilo. Incluso en sus otras obras, raras veces su cultura clásica llega a manifestarse en forma preponderante, y es evidente que en su *Mandragola* los tesoros del lenguaje hablado se derrochan pródigamente en toda su frescura, su fragancia, y con su inagotable variedad de colores y sonidos. Sin incurrir nunca en la vulgaridad, es siempre natural y espontáneo, siempre elegante, sin acudir jamás a lo artificioso.

Macaulay, cuya autoridad literaria tiene un peso indudable, tenía una admiración casi sin límites por la *Mandragola*. El considera esta obra como una prueba de que si Maquiavelo se hubiese dedicado a escribir obras dramáticas, habría alcanzado las más altas cumbres, y habría producido un efecto saludable sobre la literatura y el gusto nacionales. "Esto —dice— lo inferimos no tanto del grado como de la calidad... Mediante el trazado correcto y vigoroso de la naturaleza humana provoca interés sin necesidad de acudir a una trama placentera o hábil, y provoca risa sin que en su ánimo haya la menor ambición de



Carlos V.



per Talani e Gervasi al Gigante N. 3. 7 in Napoli

Nicolás Maquiavelo, por Talani y Gervasi, en *El Gigante*, Nápoles.

manifestarse ingenioso". El considera a Nicias como el personaje más original de toda la comedia, y declara que nunca se alabará bastante a este personaje.⁶ Evidentemente que este simplón presuntuoso está bien lejos de darse cuenta de su propia imbecilidad, y haciendo reír es el personaje más realista y más ingenuo de un mundo en el que todos, incluyendo los que más obligados están a manifestarse conscientes, se hallan totalmente vacíos de toda preocupación de conciencia. La risa provocada por Nicias, las situaciones cómicas que constantemente provoca, no parecen perturbadas ante nosotros por ninguna consideración extraña. En esta forma, por consiguiente, el personaje es perfecto, produce una impresión de placer artístico conocerlo, y esta sensación placentera no parece dañada por ningún sentimiento moral.

Sin embargo, la *Mandragola* tiene un aspecto serio que escapó totalmente a la observación de Macaulay, del mismo modo que éste no logró descubrir su punto más débil. Al examinar la unidad fundamental de la comedia y de su idea directriz, advertimos que fray Timoteo es el personaje sobre el que se fija principalmente nuestra atención. En este aspecto nosotros nos encontramos ante una comedia pura unida para satirizar profunda y mordazmente a la sociedad italiana, y esto ayuda a ampliar nuestra estimación del inefable genio que creó este personaje verdaderamente singular. Sin embargo, no podemos reír con mucha frecuencia y de todo corazón ante la figura de fray Timoteo. Dominada por pensamientos sumamente graves, nuestra imaginación no puede dejarse llevar por sus propias alas, ni entregarse a la contemplación puramente estética. El autor se esfuerza por mostrarnos solamente el lado cómico de la sociedad que desfila ante su vista, pero, en su ánimo, la comedia necesariamente conduce a la sátira, y cuantas veces se produce este cambio tenemos que hacer conjeturas respecto a sus ideas más elevadas y profundas, porque ellas se manifiestan en forma abstracta e incierta. El no conserva la facultad de disfrazarlas con un atuendo poético o cómico, y sin embargo trata de reír ante lo que no puede movernos a risa. De aquí que la atmósfera de verdadera comedia desaparezca rápidamente, y que los personajes pierdan su fisonomía real y concreta.

Algunos críticos han declarado que fray Timoteo es un buen monje, y que el autor solamente se propuso presentarle como ejemplo de las consecuencias que produce una religión falsa. Pero falta probar que los hombres puedan ser buenos cuando se hacen cómplices de la realización de actos abominables, incluso cuando éstos son respaldados por la bendición de la iglesia. Es cierto que la religión, una vez que se corrompe y pervierte reducida a un formalismo vacío, puede ser fuente de graves males. Pero no es cierto que los hombres puedan pasar del bien al mal con el ánimo sereno y tranquilo revelado por fray Timoteo en la *Mandragola*. ¿Y qué puede decirse de una madre que pide riendo el auxilio de su confesor para que le ayude a fraguar el deshonor de su propia hija, o de la hija que es virtuosa, y que sin embargo termina haciendo chacota del naufragio de su propia virtud? De vez en cuando, ciertamente, el autor suspira, por así decir, contra su voluntad, y deplora la

época en que le tocó nacer y a la que pertenece; pero estas lamentaciones solamente demuestran que hay un aspecto de la naturaleza humana que él mismo se ha olvidado de tomar en consideración. Porque la descripción que nos da de ella en la *Mandragola*, por vigorosa y original que resulte, no siempre tiene la exactitud que pretende Macaulay. La investigación de las causas y de los remedios pueden ser frecuentemente útiles como un preludio o para la creación de una ciencia. Pero el arte, por el contrario, pide realidades vivas, y es aplastado por la práctica de la vivisección. Porque el arte requiere que cualquiera que sea la profundidad de las raíces del crimen o de la corrupción, el grito de la conciencia no deje de oírse, aunque sólo sea de lejos, puesto que la conciencia no deja de existir. La transición del bien al mal, incluso en la forma más ligera y engañosa, nunca puede llegar a realizarse sin sufrimiento moral y no puede movernos jamás a una euforia incontrolada.

En un estallido de inspiración genuina, Maquiavelo pudo dominar las múltiples dificultades que se presentaron en su camino, y elevarse por encima de sí mismo. Su afortunada capacidad revelada con frecuencia para la representación dramática, la frescura de su estilo y la profundidad de pensamiento le permitió componer una obra maravillosa, si no perfecta. Pero cuando intentó de nuevo explorar esta nueva vena de su capacidad artística, no pudo encontrar nada de la misma calidad. Sus intentos, repetidos en vano más de una vez, demostraron que no había producido una comedia excelente. Su idea dominante, en la forma en que ésta siempre fué concebida por él, sólo se manifestó fecunda en la ciencia política e histórica, y sólo en este campo se reveló constantemente capaz de alimentar su pensamiento. Durante todo el siglo xvi el teatro italiano siguió persistentemente la ruta que había iniciado incluso antes de los intentos de Maquiavelo, y tuvo que pagar la penitencia por sus pecados. Poseído de inagotada fantasía y de vigor cómico, dotado de riqueza realmente prodigiosa, de espontaneidad y de elegancia de lenguaje y de estilo, con un diálogo vivaz sin rival, Italia produjo un número infinito de comedias, sin lograr la creación de un teatro cómico realmente nacional,⁷ hasta tal punto que, sin predicar moralidad, se considera todavía útil para la tarea de contribuir a superar la mente humana.

La *Clizia*, representada en Florencia el año 1525,⁸ fué indudablemente escrita después de la *Mandragola*, puesto que en la tercera escena del segundo acto hay una alusión a la última comedia. La acción de la obra aparece situada en 1506,⁹ esto es, dos años después de la acción de la *Mandragola*. Es de mérito notablemente inferior, y no es otra cosa que una sencilla imitación de la *Casina* de Plauto, que, como todo el mundo sabe, fué una copia del griego. A veces Maquiavelo sigue tan de cerca el original que hace una traducción literal; en otras, donde su imitación es menos servil, escribe con mucha mayor vivacidad. Pero en toda la obra, no solamente es su vena cómica muy inferior a la de la gran comedia latina que él se propuso emular, sino que él mismo ha debilitado lo mejor de ella mediante un exceso de reflexiones y observaciones sentenciosas.

El prólogo empieza reiterando en una prosa grave y pomposa la idea tantas veces enunciada en las obras políticas del autor, es decir, que como la humanidad es siempre la misma, lo que una vez ocurrió en Atenas ha sucedido ahora del mismo modo en Florencia. El ha fijado su elección sobre el incidente florentino, porque hoy ya no se habla el griego y así él convierte fácilmente la comedia antigua en moderna.

Cleandro y su anciano padre, Nicomaco, están enamorados de la doncella Clizia, que se educó siempre como hija de la casa. Nicomaco desea hacerla esposa de su criado Pirro, y Cleandro, con intención igualmente perversa, trata de derrotar el plan de su padre, proponiéndose dársela en matrimonio a su bailío, Eustaquio, y es ayudado en la empresa por su madre, que se da cuenta de todo lo que está sucediendo. Esta situación, representada principalmente en forma narrativa, ocupa el primer acto, que Plauto, por el contrario, había captado en forma de un diálogo muy brillante que provocaba risas constantes entre el sirviente y el bailío. Y Maquiavelo, no contento con describir en vez de representar sus incidentes, pone también un largo monólogo en boca de Cleandro, que después de comparar la vida de un amante con la de un soldado, se entrega a una serie de reflexiones generales más adecuadas para una disertación política o histórica. El segundo acto es mucho más vivo. La esposa discute con su marido porque desea que la muchacha se case con el bailío, "que sabe atender su asunto, que dispone de un capitalito y que sería capaz de vivir a pan y agua, mientras el sirviente, Pirro, se pasa la vida en la taberna y en las mesas de juego, y moriría de hambre en Altopascio". Después, quedando sola en escena, hace una descripción extraordinariamente movida del cambio que se ha producido en su marido, y así nos proporciona un cuadro gráfico de la vida de los burgueses florentinos de la época. "El iba a misa, cuidaba sus asuntos, tenía relaciones con los magistrados, y era regular en todo. Pero desde que se había enamorado de la muchacha, sus asuntos quedaron abandonados, sus granjas iban de mala manera, y su comercio estaba virtualmente en bancarrota. Siempre se manifiesta colérico sin saber por qué; no deja de entrar y salir de casa mil veces al día, y no sabe lo que hace". La dicción de este acto resulta muy animada y llena de frases florentinas. Termina con un diálogo entre el sirviente y el bailío, una imitación excelente del diálogo que forma el primer acto de la comedia de Plauto.

En el tercer acto de *Clizia* Cleandro lamenta que su propio padre sea su rival en amores. En esta situación no se advierte nada realmente divertido, ni trágico. Aquí, como en la *Casina*, la esposa se manifiesta al fin de acuerdo con su marido para dejar todo entregado a la suerte, que se manifiesta en favor de Pirro según el deseo de Maquiavelo. Este último no se siente seguro del éxito, pero ha contado sus polluelos antes de que sean incubados. Trata alegremente con su sirviente dócil y rastroso la forma en que ha de llevarse a cabo el matrimonio, y en qué casa ha de encontrarse por primera vez a solas con la novia. Su esposa, sin embargo, monta una estrecha vigilancia sobre él, no le dejará ni un instante, y arregla las cosas en forma tal que el pobre Nicomaco se encuentra solo, no con Clizia, sino con un muchacho sirviente disfrazado.

La forma en que cae el viejo marido en la trampa y provoca una situación de risa general, es realmente cómica, y demuestra tal vez incluso más originalidad que la que se advierte en Plauto.¹⁰ A través de la mayor parte de este acto Maquiavelo sigue muy de cerca, o traduce realmente de la *Casina*.¹¹ Pero esta última resulta mucho más realista; porque aquí la doncella es prometida en matrimonio a un esclavo, no como en *Clizia* a un hombre libre, y su sumisión ciega y absoluta es, por consiguiente, más probable y más tolerable en la comedia antigua que en la moderna. En el quinto acto, la esposa, gracias a la trama que ella ha ideado, consigue su fin, y el marido humillado hace finalmente las paces con ella. Un caballero que acaba de llegar de Nápoles es descubierto por el padre de *Clizia* y se celebra el matrimonio de ésta con Cleandro. Este último incidente aparece solamente enunciado en la comedia de Plauto, en la que ciertamente ni la doncella ni Cleandro aparecen en escena. Maquiavelo sigue este ejemplo respecto de la muchacha. Plauto, sin embargo, comprendió que no había nada realmente cómico en el espectáculo de rivalidad amorosa entre padre e hijo; Maquiavelo se negó a seguirle en este particular, y su obra ha empeorado en consecuencia.

La *Comedia en prosa*, una obra sumamente corta en tres actos, se parece más bien a los llamados proverbios de nuestros días. El tema parece haber sido tomado de un incidente que causó gran sensación en los estratos más disolutos de la sociedad florentina. Una muchacha sirvienta recibe la confidencia de su viejo dueño, Amerigo, de haberse enamorado de su madrina, la esposa de Alfonso, y del fraile Alberigo, que está enamorado de su joven señora, Catalina. La última, después de oír hablar de su infiel marido, dice a la doncella que ha perdido la paciencia y que piensa buscarse un amante, después de lo cual la doncella le habla del fraile enamorado, y con facilidad descarta las objeciones que la señora hace del mismo. Tan pronto como el fraile está seguro de pisar terreno firme, se pone a trabajar para dar al traste con las intrigas entre Amerigo y su madrina, a cuyo marido él conoce. La esposa de Amerigo viene a casa de Alfonso, que entra esperando ser recibido por su madrina. Hay una escena ruidosa en la que Amerigo es objeto de bromas y burlas. En medio de todo esto aparece el fraile, como por casualidad, y trata inmediatamente de reconciliar a los esposos, quienes, después de otro estallido de injurias indecentes, hacen las paces, y eligiendo al fraile para confesor, ambos ponen el asunto en sus manos.

En esta obra el lenguaje de Maquiavelo es incluso más tosco que de costumbre, la narración suple el lugar de la acción y no hay un verdadero desarrollo de caracteres. Sin embargo, hay gran cantidad de los habituales diálogos brillantes.¹²

Ahora debemos decir unas cuantas palabras de otras dos comedias, la *Comedia en verso* y la *Andria*, que no es otra cosa que una traducción de Terencio. La autenticidad de las obras mencionadas ha sido discutida por muchos autores, aunque algunos las consideran como una producción de la juventud de Maquiavelo. Se da una circunstancia muy notable que puede ciertamente inducirnos a creer esto, es decir, que el famoso códice Struzzi que se conserva en la Biblioteca Nacional de

Florenia contiene una copia autógrafa de la comedia. Pero esta prueba externa pierde valor cuando recordamos que la misma colección de manuscritos contiene una *Descrizione della peste*, también de puño y letra de Maquiavelo, que nadie atribuye hoy a su pluma. Además, al fin de la comedia aparece la inscripción, también de su puño y letra: *Ego Barlacchia recensui*,¹³ apoyando la teoría de que él copió las obras de aquellos autores en este códice, teoría que más adelante la encontramos nuevamente confirmada. Y si ahora pasamos de la prueba externa a la interna, sería muy difícil asignar a Maquiavelo esta *Comedia in verso*. Basado totalmente en una confusión de los dos nombres de Camilo y Cátulo, representa un incidente de la vida en la antigua Roma. No tiene trama, ni encanto en el estilo, sus personajes carecen de vida y de espontaneidad, y su lectura resulta extremadamente tediosa. Atiborrada de monólogos interminables, no tiene ninguno de aquellos ingeniosos rasgos florentinos ni aquellos giros del lenguaje que nunca faltan en las comedias y poemas de Maquiavelo. Incluso ojeándola al azar, sería difícil considerarle autor de versos tales como los del monólogo que empieza así:

*Oh che disgrazia, o che infelicitá
E quella di chi vive in gelosia!
Oh quanti savi tener pazzi fa!
Ma de' pazzi giammai savi non fé.
Non si mangia un boccon mai che buon sia;
Usasi sempre solo. Adunque egli é
Piacer da mille forche. E spesse volte
Stassi desto la notte a udir quel dice
Sua donna, perché già n'é sute colte;
Che c'é chi in signo i fatti suoi tidice.*

Y sigue en esta forma hasta sesenta versos. Otto monólogo empieza así:

*Oh che miseria é quella degli amanti,
Ma molto piú di quelli
Ch'hanno i lor modi strani a sofferire!
Io, per me, innanzi uo' prima morire,
Che seguir tai cervelli.*

Y continúa en el mismo estilo durante cincuenta y seis versos más. Toda la comedia está llena de versos de esta especie y algunos peores aún. Incluso Polidori, que la publicó entre las obras de Maquiavelo, tiene serias dudas respecto de su autenticidad. Hildebrando, aunque la acepta como auténtica, y a pesar de que eventualmente descubre algunos rasgos de belleza, concede también el supuesto de que la obra no es digna del autor de la *Mandragola*. Macaulay, sin embargo, niega que sea genuina, declarando que ni sus méritos ni sus defectos tienen semejanza con los de Maquiavelo.¹⁴ Y por nuestra parte nos manifestamos de acuerdo con esta opinión.

Andria no es otra cosa que la traducción de la comedia de Terencio que lleva el mismo nombre. Comparándola con el original se advierten en ella determinados puntos donde la fraseología latina no ha sido fielmente traducida, y otros en los que la versión italiana es incluso oscura y chapucera, llegándose por lo mismo a la conclusión de que nunca fué

revisada. En general, sin embargo, no solamente es fiel al original, sino que tiene mucha más frescura y espontaneidad que la que se encuentra en las traducciones más modernas.¹⁵

Estas son las obras teatrales del secretario florentino. Pero no debemos olvidar hacer mención de la frecuencia con que se ha afirmado que *La Sporta*, la mejor de las dos comedias de Giovan Battista Gelli, fué escrita partiendo de dos borradores sobre el mismo tema que dejó Maquiavelo.¹⁶ Y este supuesto, aunque contradicho por otros, ha sido confirmado hasta la saciedad por Ricci, que, en la enumeración que hace de las obras de su abuelo en su *Priorista*, declara sencillamente que Maquiavelo compuso también otra comedia, titulada *La Sporta*, basada en la idea de la *Andularia* de Plauto, y que algunos fragmentos de ella, que una vez estuvieron en posesión de Bernardino de Giordano, habiendo caído en manos de Giovan Battista Gelli, éste último, después después de hacer algunas adiciones insignificantes, la publicó como propia.¹⁷ Gelli, por otra parte, en su epístola dedicatoria dice que él tomó el tema de su obra de la vida real; reconoce en el prólogo que deliberadamente imitó a Plauto y a Terencio, y en la escena cuarta del acto tercero se refiere a la *Mandragola* y a la *Clizia*, sin agregar comentario alguno. Sin embargo, es un hecho reconocido que no solamente estudió a fondo a Maquiavelo, sino que además lo copió. El tema de *Circe*, la mejor obra de Gelli, debe estar fundado en el *Asino d'Oro* de Maquiavelo, que la había tomado de los antiguos; en su segunda comedia, titulada *L'Errore*, fué al menos, como implícitamente admite, imitada de la *Clizia*.¹⁸ *La Sporta*, sin embargo, es mucho mejor, y si se lee atentamente, encontramos a veces la mano del secretario florentino en el mayor realismo y vivacidad del diálogo y en ciertos monólogos que contienen algunos de sus bien conocidos rasgos reflexivos. Por nuestra parte creemos que fué Gelli quien complicó extraordinariamente la trama de la obra, mediante la introducción de episodios y personajes secundarios que Maquiavelo tuvo siempre mucho cuidado de evitar. Probablemente el último había solamente esbozado el plan general, y empezó a perfilar las escenas y el diálogo con su estilo incomparablemente animado. Esto, sin embargo, es mera hipótesis, y como su esquema tosco se ha perdido, jamás podrá comprobarse cuál fué su participación exacta en la composición de *La Sporta*. En todo caso esto podría representar un aumento, no una disminución de su fama como autor cómico, porque dependerá siempre necesariamente de la *Mandragola*, única comedia que revela que su autor poseyó realmente genio dramático. Porque esta obra representó el nacimiento de una ráfaga de inspiración feliz, de verdadera creación poética que no volvió a repetirse en su vida.

NOTAS AL CAPITULO XXI

1. En la primera escena Calímaco declara que ha vivido veinte años en París, y que al final de la mitad de aquel período se produjo la entrada de Carlos VIII en Italia. Como este acontecimiento tuvo lugar en 1494, un período de diez años más nos sitúa en el año 1504.

2. *Elogia doctorum virorum*, de Paulo Jovio, LXXVII. Nicolaus Macciavellus,

3. Esta carta está entre los papeles de Maquiavelo y se publicó en las *Opere*, vol. I, pág. LXXXIX. Entre otras cuestiones contenidas en ella, Della Palla escribe a Maquiavelo desde Roma que encuentra al Papa muy bien dispuesto hacia él, y que lo ve inclinado a darle alguna comisión para que escriba o para que haga otras cosas. Este Battista della Palla, que ahora goza de tan alta estimación en el favor del Papa, es aquel que después conspiró contra los Médicis.

4. Una copia de esta edición se conserva en la biblioteca de San Marcos de Venecia, CXXXIII, B 8-48010. No tiene fecha, pero se relaciona con otra comedia, titulada *Aristippia* precisamente de la misma forma, tipo, papel, división de palabras, numeración, etc., fechada en Roma en 1524 en el mes de agosto. Por esta razón Gamba y otros han creído que la edición de la *Mandragola* debe ser también del año 1524. El título es el siguiente: *Commedia facetissima intitolata Mandragola et recitata in Firenze*. Esta edición romana nos hace suponer la existencia de alguna edición florentina anterior. De hecho, la Biblioteca Nacional de Florencia posee una copia de otra vieja edición en 8º entre los libros de la *Magliabecchiana* (k. 7, 58). Sus folios uno y cuatro faltan, y se encuentra una descripción de la misma en el catálogo de Fossi (vol. III, col. 105) en el que se lee cómo en el papel puede verse la marca de un lirio; se cree que sea una publicación florentina. Brunet la atribuye al fin del siglo XV o principios del XVI y agrega: "Debe ser la primera de la obra". Pero en ningún caso puede ser del siglo XV.

5. *Opere*, vol. V, pág. 72. Estas palabras demuestran claramente que fueron escritas cuando ya había dejado el cargo.

6. Pero el viejo Nicias es la gloria de la obra. No podemos recordar nada que se le parezca. Las necedades que Molière ridiculiza son las que se manifiestan en forma afectada, no las que se revelan como fatuidades. Mequetrefes y pedantes, no simplices, son su debilidad. Shakespeare maneja en verdad un gran surtido de personajes necios; pero en sus obras, si recordamos bien, no se encuentra el tipo preciso de los que hablamos. . . Cloten es un necio arrogante, Ostric es un necio vano. Ajax es un necio salvaje; pero Nicias es, como dice Tersites de Patroclo, un necio auténtico (*Ensayos*, de Macaulay, vol. I, pág. 87).

7. Además de los autores antes mencionados, Herr Theodor Mundt hace también algunas justas observaciones sobre la *Mandragola*.

8. Como en seguida veremos, Basari habla de estas representaciones en su *Vite dei Pittori*, y Nerli la menciona en una de sus cartas.

9. En la primera escena del acto primero, dice Cleandro: "Cuando hace doce años, en 1494", etc. *Opere*, vol. V, pág. 139.

10. Macaulay es de la misma opinión: "La relación de la treta gastada al apasionado viejo amante es de un humor exquisito. Es muy superior al pasaje correspondiente de la comedia latina, y apenas inferior a las descripciones de Falstaff". (*Ensayos*, de Macaulay, vol. I, pág. 88.)

11. En realidad, la cuarta escena de este acto cuarto es una traducción casi literal de la escena segunda del acto tercero de la *Casina*, y así también sucede con el sexto del cuarto, y con el séptimo del quinto. Incluso el soliloquio de la escena octava del acto cuarto de la *Clizia* es una imitación de la escena primera del acto cuarto de la *Casina*.

12. Polidori sitúa esta comedia entre las obras injustamente atribuidas a Maquiavelo, aunque él admite que no hay prueba interna "que impida que ésta sea atribuida al comediógrafo florentino". Pero la considera como una imitación de la *Mandragola*, y por esta única razón no puede creer que haya sido escrita por Maquiavelo. (*Prefazione*, ya citada, página XV.) Hay evidentemente alguna semejanza entre las dos comedias, pero no hay huella de imitación ni de derivación debida a otra mano, como Polidori supone, pero no prueba. Puede decirse que el autor se repite, pero que no hace otra cosa sino poner de manifiesto la escasa fecundidad de su vena cómica. Después de la *Mandragola*, en realidad, como hemos dicho, no produjo nada más verdaderamente original como poeta cómico.

13. Polidori menciona que este Barlacchia o Barlacchi fué un pregonero público de Florencia, y supone que Maquiavelo tomó su nombre casi con la exclusiva finalidad de indicar que en sus comedias él actuaba como pregonero público de los vicios de sus conciudadanos.

14. "Apenas puede creerse que la última sea auténtica. Ni sus méritos, ni sus defectos, nos recuerdan al autor famoso". (*Ensayos*, de Macaulay, vol. I, pág. 88).

15. He aquí algunos ejemplos. En la escena quinta del acto primero, Pánfilo, al hablar de Cremetas, que después de negarse al principio, se manifiesta dispuesto a entregarle su hija, se hace sospechoso y dice: *Aliquid monstri alunt*. Maquiavelo traduce literalmente esto del modo siguiente: "Ellos alimentan algún monstruo", lo que no tiene sentido. Cesari da esta traducción, que es indudablemente mucho mejor: "Debe haber en esto alguna diablura". Más adelante, sufriendo las fatigas del trabajo, Maquiavelo simplemente traduce: "Ella está muriendo de pena". En la escena tercera del acto segundo, el sirviente Darus aconseja a Pánfilo que haga creer a sus amigos que sigue deseando a la doncella, aunque ha dejado de preocuparse de ella, porque solamente por este ardid puede acallar las sospechas y estar en disposición de continuar sus malas prácticas y de conservar su libertad. Si por otra parte él hubiese de declarar que ya no quería a la muchacha, sus amigos tratarían de disuadirle de sus malos modos buscándole otra novia, y evidentemente encontraría una, no obstante su pobreza, porque ellos le buscarían una sin dote.

16. Moreni, *Annali della Tipografia del Torrentino*, página 19 (Florenca, Francisco Daddi, 1819), y lo mismo otros autores.

17. Quartiere S. Spirito, en los folios 160 y siguientes.

18. La trama de la comedia resulta de un incidente similar al de la *Clizia*, de Maquiavelo. (Prólogo a *L'Errore*.)

CAPITULO XXII

"EL ASNO DE ORO". LOS "CAPITOLI" Y OTROS POEMAS MENORES. "DIÁLOGO DE LA LENGUA". "DESCRIPCIÓN DE LA PLAGA". "DIÁLOGO SOBRE LA IRA Y PROCEDIMIENTOS PARA CURARLA". AVENTURA DEL DIABLO BELFAGOR".
OTRAS OBRAS MENORES.

Fué principalmente durante estos años cuando Maquiavelo empleó sus horas libres en la composición de varias obras menores en verso y en prosa, de las que no es ahora el momento oportuno de hablar. En cuanto a los escasos poemas que debemos a su pluma, puede decirse que sus versos son fáciles, generalmente satíricos, de una vivacidad realmente acre, pero se parecen demasiado a la prosa. Expresiones enérgicas, pensamientos profundos y bien dirigidos se encuentran frecuentemente en ellas; pero son siempre sentencias filosóficas y consideraciones que nos recuerdan *El príncipe* y los *Discursos*, carentes de fuerza imaginativa, de originalidad en la exposición, de todas aquellas cualidades que son necesarias para lograr la producción de auténtica poesía. Sin embargo, estos versos nos permiten muchas veces comprender la situación de ánimo de su autor, y por lo mismo, nos ayudan a lograr una concepción más clara de la historia de su intelecto.

El asno de oro es el principio de un poema en *tersa rima*, a cuya composición estaba dedicado el autor en 1517, como lo prueba una carta dirigida por él a Ludovico Alamanni¹ en el mismo año, demostrando que él creía que se trataba de una obra de mucha importancia. Sin embargo, después de escribir ocho breves capítulos, dejó de lado la obra, perdido todo impulso o deseo de continuar una descripción carente de trama, de pasión, y desprovista de encanto. El título está tomado de Apuleyo y Luciano y el tema del diálogo de Plutarco titulado *El saltamontes*, del que Gelli tomó inspiración para su *Circe*. De vez en cuando, además, advertimos una cierta tendencia a imitar la *Divina Comedia*, pero la esencia de la misma es, o se propuso ser, una sátira de los florentinos de la época de Maquiavelo. El poeta nos dice que después de haber renunciado a zaherir a este hombre en sus escritos había vuelto a su vieja pasión; se sintió especialmente impulsado a ello porque los tiempos ofrecían un gran campo para la sátira. Penetrando en una selva virgen, él se encontró, no con las tres bestias salvajes de Dante, sino con una de las damiselas de *Circe*, rodeada de su rebaño de hombres transformados

en bestias. Es conducido por ella a un palacio, donde le informa de que también ella se transformará en bestia. Mientras tanto cena con su compañero, y da la siguiente descripción, aunque carente de arte y de elegancia, de sus encantos:

*Avea la testa una grazia attrattiva
Tal ch'io non so a chi me la somigli
Perché l'occhio al guardarla si smarriva.
Sottili, arcati e neri erano i cigli;
Perché a plasmargli fur tutti gli Dei,
Tutti e'celesti e superni consigli.²*

Después, quedándose solo, empezó, como un filósofo, a meditar en las razones:

Del variar delle mondane cose.

Y continúa enunciando sus consideraciones bien conocidas. Esto es, lo que hace que los grandes caigan de la cumbre de su poderío en su insaciable codicia de dominio. Venecia empezó a declinar en el momento en que trató de extender su territorio a la tierra firme. Esparta y Atenas empezaron a perder fuerza cuando vencieron a sus vecinos. La comunidad alemana, por el contrario, sin disponer de más territorio que una extensión de seis millas, es libre y está en paz. Florencia, con sus límites inmediatos a sus muros, fué capaz de desafiar al emperador Enrique IV, pero en la actualidad se desalienta ante cualquiera. Es cierto que un gobierno es mucho más radadero cuando tiene buenas leyes y formas puras; pero incluso entonces no podemos estar seguros de tener una tranquilidad duradera, porque el cambio es inevitable en los acontecimientos humanos.

*La virtù fa le region tranquille:
E da tranquillità poi ne risolta
L'ozio, e l' ozio arde i paesi e le ville.
Poi, quando una provincia é stata involta
Ne'disordini un tempo, tornar suole
Virtute ad abitarvi un'altra volta.
Quest'ordine così permette e vuole
Chi ci governa, acciò che nulla stia
O possa star mai fermo sotto'l sole.*

Así ha sido y será siempre. El bien sigue al mal, y viceversa; el uno es la causa del otro. Se engañan quienes creen poder escapar a tales vicisitudes por la fuerza de la oración y del ayuno.

*Creder che senza te, per te contrasti
Dio, standoti ozioso e ginochioni
Ha molti regni e molti stati guasti.*

La oración es absolutamente necesaria para el pueblo y el que la prohibiese estaría loco:

*Ma non sia alcun di si poco cervello
Che creda se la sua casa ruina,
Che Dio la salvi senz'altro puntello;
Perché e'morrà sotto quella ruina.³*

Esto, como todos pueden advertir, no es poesía, sino más bien párrafos de los *Discursos* puestos en verso. Hay menos filosofía en los tres últimos capítulos. La bella doncella lleva al poeta para que vea las bestias, y él nos proporciona en primer término un catálogo de las mismas, y en seguida se detiene a conversar con un puerco cebado, al que le pregunta si desearía volver a ser hombre. El cerdo le contesta con el elogio bien conocido de la condición de las bestias libre de cuidados y de preocupaciones, y el cerdo hace cuanto puede para demostrar que en todo caso la suerte de los animales es mejor que la de la humanidad.⁴

Según Busini, las alusiones que aparecen en *El asno de oro* están dirigidas a Luigi Guicciardini y a los partidarios de los Médicis, pero no puede aportarnos prueba alguna de esta teoría.⁵ Es cierto que el mismo Maquiavelo declara que entre los animales que se le presentaron encontró a viejos conocidos a quien él había considerado como otros tantos Fabios y Catones. Pero que después reconoció en sus hechos que se trataba de simples ovejas y corderos, y que por este motivo deseaba atacarlos. Pero el poema quedó interrumpido antes de la transformación del héroe en un asno, precisamente en el momento en que las alusiones deberían haberse hecho más transparentes; en consecuencia, si Busini y sus contemporáneos no lograron interpretar su significación, resulta de todo punto imposible que nosotros logremos en la actualidad esta interpretación.

Otros poemas menores siguen ahora en las *Opere*: primero, el breve *Capitolo dell'occasione*,⁶ dirigido a Filippo dei Nerli, que antiguamente se creía que era una imitación de un epigrama griego que se encuentra en la *Anthologia Planudea*, pero que en realidad es una traducción casi literal de la versión del mismo debida a Ausonias en el epigrama XII.⁷ Más largo es el *Capitolo di Fortuna*, dirigido a Giovan Battista Soderini. Con mucha claridad, espontaneidad y hasta cierto punto con fantasía feliz, Maquiavelo expone una vez más sus ideas sobre la Fortuna. El único hombre feliz es el que puede pegarse a las ruedas sobre las que gira la Fortuna. Pero como su movimiento es perpetuo, inculso esto no basta. De aquí que debemos estar dispuestos a saltar de una rueda a otra, pero la virtud oculta que nos rige no nos permitirá hacer tal: no podemos cambiar nuestra personalidad, ni nuestra naturaleza. Generalmente, como consecuencia, cuanto más altos nos remontamos, más bajos caemos, y es entonces cuando la Fortuna nos revela la magnitud de su poder:

*Avresti tu mai visto in loco alcuno
Come un'aquila in alto si trasporta,
Cacciata dalla fame e dal digiuno?
E come una testuggine alto porta,
Acciocché il colpo nel cader la nfranga,
E pasca sé di quella carne morta?*

Este *Capitolo*, indudablemente uno de los mejores, va seguido de otro, *Della Ingratitudine*, dirigido a Giovanni Folchi. El último está escrito mucho más de prisa, pero tiene variás alusiones dignas de nota a las desventuras del autor. "Desgarrado por la envidia de los demás

—así empieza Maquiavelo—, mi desventura sería mucho mayor si las musas no respondieran a las cuerdas de mi lira. Yo sé que no soy un verdadero poeta, pero todavía espero recoger algunas ramas de laurel en la senda cubierta de ellas”.

*Cantando dunque, cerco dal cuor torre,
E frenar quel dolor de' casi adversi,
Cui dietro il pensier mio furioso corre;
E come del servir gli anni sien persi
Come in fra rena si semini ed acque,
Sarà or la materia de'miei versi.*

Cuando estas estrellas se eclipsaron por la gloria de la humanidad, la ingratitud, hija de la avaricia y de la sospecha, nació y se alojó primero en los tribunales y en los corazones de los príncipes. Trata sus heridas con tres flechas envenenadas: dejando sin recompensa los beneficios, olvidándolos totalmente, e insultando, en fin, a sus benefactores.

*Questo colpo trapassa dentro all'ossa.
Questa terza ferita e più mortale
Questa saetta vien con maggior possa.*

Después agrega que bajo un gobierno popular, la ingratitud es la mayor comparada con su ignorancia; consecuentemente, algunos ciudadanos notables están siempre mal remunerados por ella, y a veces se ven impulsados a pensar en el establecimiento de una tiranía. Se refiere el autor a la historia de Grecia y de Roma, a Aristides, a Escipión y a César, refiriéndose antes a su propia época, en la que encuentra príncipes que son incluso más desagradecidos que las masas, y pone el ejemplo del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que perdió la confianza de su soberano a consecuencia de su derrota de los franceses. . . *in premio delle galliche sconfitte.*

Esta alusión demuestra que el *Capitolo* ha sido escrito no antes de 1515. Y Maquiavelo termina después, casi como amonestándose a sí mismo:

*Dunque non sendo Ingratitudin morta,
Ciascun fuggir le Corti e Stati debbe;
Che non c'e via che guidi l'uom più corta
A pianger quel ch'e'volle, poi che l'ebbe.*

En el *Capitolo dell'Ambigione*, dirigido a Luigi Guicciardini, vuelve a caer en consideraciones político-filosóficas. Debe haber sido compuesto poco tiempo después de su predecesor, porque alude frecuentemente a cuestiones de fecha reciente, a la lucha fratricida de los Petrucci en Siena, que estalló en el año 1516. La ambición empezó con Caín, y la humanidad no se ha librado de ella desde entonces. En consecuencia, no hay paz en el mundo; reinos y Estados han sido deshechos, príncipes derrotados, y si queréis saber por qué la ambición triunfa en un caso y fracasa en otro, os diré que esto depende de que la ferocidad mental se combine con ella o no. Y si alguien censurase a la naturaleza porque ya no nos proporciona hombres dotados de esta energía, podríamos re-

cordarle que la educación puede siempre corregir los defectos de la naturaleza. La educación hizo en otro tiempo la prosperidad y el poderío de Italia, de Italia que...

*Or vive (se vita é vivere in pianto)
Sotto quella rovina e quella sorte,
Ch'ha meritato l'ozio suo cotanto.*

Porque si observáis este país, no encontraréis otra cosa que *massacre* y desolación. Padres e hijos han muerto, muchos huyeron a refugiarse en regiones extrañas, las madres lloran el destino de sus hijas, charcos y ríos están manchados de sangre y llenos de restos humanos:

*Dovunque tu gli rivolti e giri.
Di lacrime la terra e sangue é pregna,
E l'aria d'urli, singulti e sospiri.*

Tales son los frutos de la ambición. Pero ¿para qué necesitamos mirar lejos, cuando aquí en Toscana la ambición se remonta sobre las montañas, y ha esparcido ya chispas entre aquellas gentes envidiosas, suficientes para consumir la ciudad y el campo, si rápidamente no se extinguieran por una mejor organización de los asuntos? Maquiavelo alude aquí a la guerra con Urbino, que empezó precisamente en aquella época y que fué dirigida por Lorenzo dei Medici, que partió de Florencia en mayo de 1516.

Hay poco que hacer notar en la *tercina* del *Capitolo Pastorale*, o la *Serenata* en versos de octava.⁶ El tema de la primera de ambas obras no deja espacio ni a la sátira ni a la reflexión filosófica. Sus méritos deben ser puramente poéticos, y, por consiguiente, Maquiavelo mueve su pluma con mayor languidez. Las octavas son suficientemente fáciles, pero comparadas con las de Poliziano y Ariosto, apenas provocan admiración. Compuso además seis *Canti carnascialeschi* en metros distintos. Varios de éstos son atrevidos y naturales, pero esto es todo. Su falta de frescura y de viveza en la descripción se encuentra con demasiada frecuencia en los de Lorenzo dei Medici, el creador de este estilo de poema. En consecuencia, su gran tosquedad no es otra cosa que indecencia pura. En la primera de las series, el *Canto dei Diavoli*, unos diablos vienen saltando hacia la tierra, y se declaran autores de todo bien, y urgen a la humanidad para que siga el mismo camino. En el segundo *Canto d'amanti disperati e di donne*, unos amantes se quejan de las torturas experimentadas por ellos en vano a causa de su amor sobre la tierra, y declaran que se encuentran positivamente mucho más felices en el infierno; las mujeres se manifiestan dispuestas a apiadarse de ellos, pero ya es demasiado tarde, la hora del amor ha pasado, y terminan, por consiguiente, advirtiendo a las doncellas que no sean demasiado recatadas, por temor de que sufran inútiles remordimientos por el tiempo perdido. El tercero, titulado *Canto degli Spiriti beati*, es un lamento de los males que afligen a la humanidad, especialmente en Italia.

*Tant' grande la sete
 Di gustar quel paese,
 Ch'a tutto il mondo diè la legge pria,
 Che voi non v'accorgete
 che le vostre contese
 Agl'inimici vostri apron la via.*

*

*Dipartasi il timore,
 Nimicizie e rancori,
 Avarizia, superbia e crudeltade.
 Risorga in voi l'amore
 De' giusti e veri onori,
 E torni il mondo a quella prima etade
 Così vi sien le strade
 Del cielo aperte alla beata gente,
 Ne saran di virtù le fiamme spente.⁹*

Por estos versos se verá cómo incluso entre la burla y la indecencia de los *Canti Carnascialeschi* Maquiavelo encuentra todavía lugar para sus reflexiones habituales, para su idea persistente de la patria italiana y del valor de los antiguos. El *Canto degli uomini che vendono le pine* y el *Canto de' ciurmadori* tienen una semejanza más próxima que el resto con los genuinos cantos de Carnaval. Van seguidos de una cancioncilla, que empieza con las palabras: *Se avessi l'arco e l'ale*; es, según la opinión de varios críticos modernos, una imitación de un epigrama griego comprendido en la *Antologia palatina*,¹⁰ pero, aparte de la dificultad de demostrar que hay alguna imitación evidente, el único códice que contiene la *Antologia de Cefala*, que es el de Palatino, fué dado a conocer por Salmasio algún tiempo después de la muerte de Maquiavelo. Las dos octavas y el soneto no tienen gran valor, y tratan de temas amorosos, como el otro soneto impreso en la carta fechada el 31 de enero de 1515. Ya hemos mencionado los tres sonetos dirigidos a Giuliano dei Medici, y el epigrama sobre Soderini. Es muy posible que existieran algunos otros poemas cortos de Maquiavelo que permanezcan inéditos, porque hizo composiciones de este tipo frecuentemente a guisa de pasatiempo. En la Biblioteca Vaticana se conserva un soneto de su juventud, dirigido a su padre, y casi ininteligible, porque está escrito en una jerga plagada de *slang* que nos recuerda la de Burchiello.¹¹

Pasando ahora a las obras literarias en prosa, asignaremos el primer lugar al *Dialogo sulla lingua*, que contiene una discusión sobre el problema de si el idioma literario de Dante, Petrarca y Boccaccio debe denominarse italiano o florentino. Las razones aducidas por Polidori para fundamentar sus dudas respecto a si este *Diálogo* se debe realmente a Maquiavelo, no tienen gran valor, a nuestro juicio. Considera imposible que Maquiavelo, que había dicho que al menos, entre muchos males, la llegada de los bárbaros había otorgado a Italia el don inestimable de la nueva lengua, censurase acremente después, en este *Diálogo*, a quienes lo llaman italiano más bien que florentino o toscano. Pero la disputa relativa al nombre no supone nada contrario al mérito

de la nueva lengua. Signor Polidori cree también imposible que quien constantemente deploró los infortunios de Italia, vitupere a Dante por haber predicho ruina tan terrible a Florencia, agregando que la fortuna, para demostrar que el poeta es un mentiroso, condujo en cambio la ciudad "a su estado actual de felicidad y de tranquilidad". Interpreta estas palabras como una alusión favorable al gobierno del príncipe, y no puede pensar, dice, que Maquiavelo hubiese sido capaz de pronunciarlas.¹² Sin embargo, el ex secretario alaba con frecuencia la situación de Florencia en su propia época, y en realidad su situación no era en modo alguno de ruina inevitable. No puede haber alusión en el *Diálogo* al gobierno del príncipe, que no se inició sino después de su muerte, y, por algo que nosotros sabemos en contrario, el *Diálogo* tal vez fué escrito antes de 1512, es decir, en una época en que Maquiavelo podía haber escrito alabanzas sin reserva. Además, todas las dudas sugeridas por el señor Polidori o por otros deben ceder ante el autorizado testimonio de Ricci, que dice claramente que esta obra es de Maquiavelo, aunque fué escrita en parte en forma distinta de su estilo usual. Agrega además que Bernardo Maquiavelo, hijo del dicho Nicolás, y que ahora tiene setenta y cuatro años de edad, declara que recuerda haber oído a su padre hablar de ello (el *Diálogo*) y que lo vió generalmente en sus manos.¹³ Aunque evidentemente revela una cierta rigidez y clasicismo que no era habitual en Maquiavelo, no contiene nada que justifique las dudas tan generalmente puestas de manifiesto respecto a que él sea el autor del *Diálogo*. Sus diferencias de forma no solamente pueden explicarse con facilidad por la distinta naturaleza de tema tan erudito y literario, sino que realmente estas diferencias son pocas, y, por otra parte, pueden encontrarse también en los *Discursos*, en *El príncipe* y en las *Historias*. El resto de la obra no carece de la vivacidad, espontaneidad y fuerza gráfica habituales. Y al examinar su esencia, encontramos comparaciones, observaciones, ideas de tanta precisión y originalidad, y tan peculiarmente marcadas con el sello de Maquiavelo, que necesariamente bastan para disipar toda duda.

Porque este *Dialogo sulla lingua* se abre con la nueva enunciación, en estilo un tanto grandilocuente, del sentimiento que raras veces falta en ninguna de las obras de Nicolás Maquiavelo, tanto en las grandes como en las pequeñas, es decir, que nuestro principal deber es el que reclama nuestro país nativo, al que todos nosotros nos debemos por entero. Después sigue diciendo que ha sido impulsado a escribir "por la cuestión frecuentemente planteada durante días pasados de si el idioma empleado por los poetas y escritores en prosa florentinos debe llamarse italiano, toscano o florentino. Algunos afirman que es el adverbio de afirmación lo que da su carácter peculiar a toda lengua, y así habría el lenguaje de *sí*, el lenguaje de *och* y de *huís*, como habría lenguaje de *yes*, de *hyo* (*ja*), etc. Pero si esto fuera cierto, sicilianos y españoles hablarían la misma lengua. Consecuentemente, hay otros que sostienen que solamente la parte del lenguaje llamaba verbo es la cadena y esencia de una lengua. Por consiguiente, en opinión de estas personas, las lenguas pueden distinguirse por la diferencia de sus verbos; mientras que

aquellas que varían en sus nombres y otras partes del discurso, pero no en sus verbos, poseen un origen común. Ahora bien, las distintas provincias de Italia varían mucho respecto a sus nombres, menos en cuanto a sus pronombres, y muy poco en cuanto a sus verbos, y, por consiguiente, los habitantes de unas y otras provincias pueden entenderse recíprocamente con suficiente facilidad. Existe cierta variedad de acento en la forma de hablar de los italianos, pero no tanta que llegue a ser imposible que unos y otros se entiendan entre sí. Los toscanos, por ejemplo, acentúan sus palabras en los sonidos vocales, en tanto que los romañoles y lombardos suprimen éstos. Considerando entonces las diferencias existentes en la lengua italiana, debemos darnos cuenta de cuál de sus formas de pronunciación es la que mueve la pluma de cada escritor. Nuestros primeros escritores son todos florentinos con raras excepciones. Boccaccio nos dice que él escribe en lengua florentina; Petrarca no menciona el tema; Dante declara que escribe en lenguaje de la corte y condena toda lengua especial italiana, incluyendo la florentina. Pero Dante era hostil a Florencia, y censuraba a esta ciudad en todo. Además, la forma común de hablar significa lo que es común más bien que lo que es especial, y viceversa, la forma especial significa lo que es más bien particular que común, puesto que no existe lengua alguna que no haya tomado algo prestado del intercambio con otras. Y por otra parte, nuevas doctrinas y nuevas artes deben llevar consigo inevitablemente nuevas palabras y nuevas formas de dicción. Tales palabras, sin embargo, se modificaron por los tonos, casos y acentos del lenguaje en el que aquéllas se introducen y se incorporaron a él, porque si fuera de otra forma, las lenguas serían como retazos y se transformarían en algo ininteligible. Así, entre nosotros, algunas palabras extranjeras se han convertido en parte de la lengua florentina. Es así como se enriquecen las lenguas, pero después se convierten en una mezcla de nuevas expresiones. Es necesario, sin embargo, que pase mucho tiempo para que todo esto se produzca, salvo en el caso de una invasión, porque entonces la lengua parece totalmente, y tiene que ser reconstruida por sus escritores, del mismo modo que ahora estamos haciendo con el latín y el griego.¹⁴ Ahora yo preguntaría respecto a Dante: ¿qué hay en sus escritos que no sea florentino? Y en este punto, para los efectos de la discusión, Maquiavelo empieza a desarrollar un argumento en forma de diálogo para demostrar que, con raras excepciones, cada una de las palabras empleadas por el poeta inmortal son puramente florentinas. Todo idioma, hace notar, es necesariamente más o menos mixto; pero "puede llamarse lengua nacional, que convierte las palabras tomadas de otros para su propio uso, y que es suficiente fuerte para no transformarse como consecuencia de las palabras que tomó en préstamo, y que por el contrario transforma éstas en la medida que lo que toma de otras lo toma para sí mismo y se las apropia". Después explica su significación más claramente acudiendo a una de sus comparaciones habituales. "Los ejércitos de los romanos se componían de dos legiones de sus ciudadanos, en total, doce mil hombres,¹⁵ y veinte mil hombres de otras naciones; sin embargo, como los primeros eran real-

mente la espina dorsal del ejército, éste siempre fué conocido como el ejército romano. Y vos, Dante, que tenéis en vuestros escritos —continúa diciendo Maquiavelo— veinte legiones de palabras florentinas, y que hacéis uso de casos, de temas, de modos y de desinencias florentinas, ¿cómo podéis creer que algunas palabras empleadas eventualmente puedan cambiar el nombre y la naturaleza de un idioma? Si lo llamáis el idioma general, porque los mismos versos se usan en toda Italia, debéis tener en cuenta que éstos sufren tales alteraciones que resultan completamente distintos. Vos estáis desorientado por esto: tanto vos como otros escritores florentinos alcanzaron fama tan excelsa que habéis sido la causa de que nuestro vocabulario sea adoptado y usado en toda Italia. Por consiguiente, comparad las obras escritas en otras provincias antes que vos escribieseis, con las escritas más tarde, y en seguida advertiréis una diferencia notable. Ciertos autores de otras partes de Italia ahora se afanan por imitar nuestra lengua, y, sin embargo, no siempre lo logran, porque la naturaleza es más fuerte que el arte.

“Cuando estos autores emplean términos propios, tienen buen cuidado de pulirlos al estilo toscano. Por otra parte, en las comedias, donde siendo necesario emplear términos y expresiones familiares que deben ser familiares para ser conocidas, todos los autores que no son toscanos fracasan. Porque si uno de éstos desease emplear giros de su propia tierra, lograría un mosaico de retazos; pero si se niega a hacer uso de ellas, desconociendo las expresiones toscanas, producirá una obra mutilada e imperfecta. Y citaré como ejemplo *I suppositi* de Ariosto de Ferrara.¹⁶ Aquí tenemos una composición elegante, un estilo ornamental y regular, una trama bien concebida y mejor desarrollada; pero la encontrareis vacía del agudo ingenio que se necesita para realizar una comedia de este tipo. Y no por otro motivo que el que antes mencioné, es decir, porque el autor rechazó las expresiones ferraresas y porque no conocía ninguna expresión florentina”.

Cita después varios ejemplos de formas ferraresas de expresión, que se adaptan muy mal a las florentinas, y termina diciendo que para escribir bien debemos comprender todas las características del lenguaje y para comprender éstas debemos estudiar sus fuentes, puesto que en otra forma tenemos una composición una de cuyas partes armoniza con las demás. “La poesía pasó de Provenza a Sicilia, de allí a Toscana, y más especialmente a Florencia, porque allí es donde se hablaba la lengua más adecuada para ella. Y ahora que el idioma está formado resulta que ferrareses, napolitanos y venecianos escriben bien y tienen muy elevada capacidad de expresión, lo que no podría haberse logrado si los grandes escritores florentinos no les hubiesen enseñado primero a olvidar el barbarismo nativo en el que estaban sumidos a causa de su dialecto familiar. Debe, por consiguiente, establecerse como conclusión que Italia no tiene el idioma común o de corte, porque el idioma al que se ha aplicado esta denominación se ha fundado en la lengua florentina, a la que es necesario volver como a su fuente original; y como consecuencia incluso nuestros adversarios, si no es por

razones de verdadera testarudez, deben reconocer que el idioma es florentino”.

Cuando consideramos la situación de la ciencia filológica entre los humanistas italianos de aquella época; cuando consideramos las alabanzas prodigadas incluso en nuestra propia época a Leonardo Aretino, sólo porque había establecido la existencia de un latín hablado diferente de la lengua escrita, y cuando recordamos que Maquiavelo no fué ni un hombre culto ni un filólogo, debemos admitir que sus observaciones representan nuevas pruebas de su capacidad intelectual. Establecer que las características especiales de un idioma no consisten en el mayor o menor número de palabras que pueda tener en común con otras lenguas, sino que consiste en el verbo, única parte del idioma que realmente cambia en la lengua italiana que tiene conjugaciones, es equivalente a establecer que el carácter especial de una lengua depende de su gramática. Ahora bien, esta es la misma idea sobre la que Federico Schlegler estableció el fundamento de la filología comparada en 1808, y aunque ha pasado inadvertido hasta ahora, el *Dialogo sulla lingua* demuestra claramente que esta idea fué primeramente concebida por Maquiavelo tres siglos antes.

Es cierto que al explicar sus teorías dice frecuentemente: “Algunas personas sostienen” (*vogliono alcuni*). Esto puede conducir a la suposición de que Maquiavelo tomó su idea fundamental de otros, pero debe recordarse, en primer término, que Maquiavelo, como se ha visto en otra parte, confesó que creyó oportuno hacer uso de esta o parecida expresión, siempre que tuvo necesidad de proclamar alguna teoría nueva o atrevida, o un pensamiento propio, para mejor atraer la atención de sus lectores. Además, no solamente, como sabemos, no hay huella, ni siquiera remota, de esta idea entre los humanistas de su tiempo, pero casi hasta nuestros propios días ha sido siempre combatida en Italia, donde la tendencia general de la filología ha sido sostener la doctrina contraria, según la cual el carácter distintivo del idioma debe buscarse en su vocabulario. Maquiavelo no sólo partió del principio opuesto, sino que resultó ser propio suyo, deduciendo de él consecuencias sumamente justas, nuevas e impresionantes en aquella época. Seguramente que entonces no estaban aún maduros los tiempos, ni se poseían los conocimientos necesarios que habrían de promover la gran revolución científica que sólo ha sido posible en nuestra época. Pero incluso partiendo de sus observaciones secundarias, y de las aplicaciones que él mismo hace de su idea, es evidente que él tenía la más alta opinión respecto a su fecundidad y valor. La importancia que él concedió al acento; su refutación de la hipótesis anticipada por Dante, de un lenguaje cortesano compuesto de muchos dialectos, a causa de que sería un lenguaje de retazos sin vida propia; su explicación de la forma de expresión florentina, aunque aceptando muchas palabras de otros dialectos, asimiladas y hechas propias, sometiéndolas a sus propias desinencias y especiales formas gramaticales; todo esto, presentado como la consecuencia lógica de su primera idea fundamental, aparece razonable en forma que nos recuerda el procedimiento de un filólogo moderno. Y proporciona

otras pruebas de que, siempre que se trata de descubrir las características sustanciales de fenómenos sociales, morales o intelectuales, o de determinar sus leyes, el genio de Maquiavelo se manifiesta siempre en todo su esplendor, y que su visión, no solamente es de grandes perspectivas, sino que penetra profundamente bajo la superficie de las cosas.

La autenticidad de otra composición en forma de epístola, titulada *Descrizione della peste di Firenze dell'anno 1527*, ha sido discutida con mucha más razón, aunque la teoría de su autenticidad se basa en el hecho de que disponemos positivamente de una copia de ella escrita de puño y letra de Maquiavelo. Pero este autógrafo contiene adiciones y correcciones debidas a la pluma de Lorenzo de Filippo Strozzi, a quien se atribuye toda la *Descrizione*,¹⁷ de acuerdo con las notas que aparecen escritas en diferentes páginas del mismo manuscrito, escritas con otro tipo de letra. Esto nos lleva a suponer que, en la misma forma en que Maquiavelo había insertado una copia de la *Commedia in Versi*, que no puede creerse sea suya, en este mismo códice escribió también una composición de su amigo Lorenzo Strozzi, que después la revisó y corrigió de su mismo puño y letra. ¿Seguramente Strozzi no se habría atrevido a hacer retoques por su cuenta en ninguna composición de su famoso amigo? Y toda inseguridad desaparece al examinar detenidamente esta *Descrizione*, que no podía haber sido imputada a Maquiavelo por nadie que conociese sus obras.

Porque, incluso dejando aparte el hecho de que el 1527 fué el año en que murió Maquiavelo, no puede creerse en forma alguna que entre las muchas graves preocupaciones que en aquella época pesaban sobre él, pudiese haber encontrado tiempo disponible para hacer una descripción de la peste. Esta maldición había empezado algunos años antes, y el manuscrito puede perfectamente llevar una fecha incorrecta. Pero ¿cómo podemos suponer que ya sea en 1527 o algunos años antes Maquiavelo pudiese hablar de casarse de nuevo, de acuerdo con la alusión que se observa en la *Descrizione*, cuando se sabe que su esposa Marietta le sobrevivió? ¿Quién, además, podría considerarlo autor de una composición tan refutada y pedante? Esto, por ejemplo se lee en las primeras frases de la obra:

"... No me atrevo a poner mi tímida mano sobre el papel, para redactar este fastidioso principio; ciertamente, cuanto más medito sobre todas estas miserias, tanto más me resisto a describir estas cosas horribles; y aunque he sido testigo presencial de todo, no puedo contener las lágrimas cada vez que hablo de ello; tampoco sé por dónde debo empezar, y si pudiera, me abstendría de acometer esta empresa."¹⁸ Y continúa en el mismo tono, y en seguida encontramos esta descripción de los encantos de una señora: "Su carne fresca y delicada tenía el aspecto de un bello marfil, aunque tan tierna y suave que en ella se conservaban las huellas de incluso el contacto más ligero, no menos que la flexible y húmeda hierba fresca de un verde prado conserva las huellas de los pies de los animales más pequeños. ¿Pero qué diré yo de una boca meliflua y delicada bordeada de rosas y alheñas, y de aspecto tan triste que no puedo decir cómo podía brillar con tan celestial sonrisa? Los

labios rosados sobre los dientes blancos y pulidos parecían como rubíes ardientes mezclados con perlas orientales. Había robado de Juno la forma de su nariz plácidamente extendida, y de Venus sus mejillas blancas y plenas", etc. Después, para expresar que un hombre estaba sentado en el banco del Spini, empieza con estas palabras: "Y en el banco solitario de hoy en el Spini", etc., sin que el verbo aparezca hasta tres o cuatro líneas más adelante. Consecuentemente, Macaulay tiene completa razón al declarar que no hay prueba externa que pueda llevarle a creer que Maquiavelo es culpable de haber escrito una obra tan detestable, que apenas podría concebir como obra de algún pobre muchacho estudiante de retórica.¹⁹

Il Dialogo dell'ira, e dei modi di curarla, escrito también en estilo sumamente retorcido, nunca ha sido atribuido a Maquiavelo, salvo por Poggiali y por uno o dos autores más. Como antes hemos dicho, se trata de una traducción de un folleto de Plutarco titulado *Sobre cómo evitar la ira*.²⁰ También respecto a éste, creemos que será suficiente citar algunas frases que sirven para justificar el juicio casi unánime. He aquí la primera frase: "Justamente me parece, querido Cosme, que actúan prudentemente aquellos escritores que, antes de terminar completamente su obra, la retiran de su vista durante algún tiempo, para que, en el intervalo, la vista, perdiendo su hábito constante de mirar el cuadro y empezando después a mirarlo de nuevo, pueda juzgarlo mejor y con más precisión, y muchos reconocen en tal forma aquellos defectos que de otra forma se les habrían ocultado como consecuencia de su continuada familiaridad con la pintura en cuestión".²¹ No podemos creer que nadie piense que un periodo de esta especie —evidentemente uno de los más simples y menos presente en todo el diálogo— pueda ser atribuido a Maquiavelo.

La famosa *Novella di Belfagor arcidiavolo* es indudablemente suya. No tiene mucha trama, ni mucha pintura de carácter, y puede describirse como un truco ingenioso y placentero del tipo de los que generalmente se encuentran en nuestras *Novelle* italianas. Cuando Plutón advirtió que todos los que llegaban al infierno se quejaban de sus esposas, a las que ellos atribuían su perdición, reunió a sus consejeros, y se decidió a investigar la verdad del asunto. A tal fin el diablo Belfagor fué enviado a la tierra en forma humana, con cien mil ducados en el bolsillo, para que se buscase una esposa. Al llegar a Florencia se casó con una tal Onesta, hija de Amérigo Donati, y no tardó en verse reducido a la pobreza y a la desesperación, adonde fué conducido rápidamente por el orgullo, la extravagancia, las costumbres y los parientes de la misma. Y los diablos que había traído consigo como ayudantes se manifestaron evidentemente satisfechos de volver a las llamas de las regiones infernales. El mismo Belfagor se vió tan perseguido por sus acreedores que al fin se vió obligado a huir para evitar la prisión. Perseguido por una legión de acreedores, de magistrados y de rufianes, se ocultó y fué rescatado por un campesino, al que, por gratitud, prometió que le concedería grandes riquezas en las siguientes condiciones: Siempre que el campesino oyese hablar de alguna mujer poseída por un

espíritu malo, debía ir y exorcizarla, porque entonces él, Belfagor, inmediatamente abandonaría el cuerpo de la mujer, para que en esta forma su libertador obtuviese su premio. Y en dos ocasiones el campesino siguió este consejo con extraordinariamente buenos resultados y beneficios. Pero la segunda vez, el diablo, que había penetrado en la hija del rey de Nápoles, le dijo: "Ten cuidado de que ésta sea la última vez que vienes a expulsarme; porque si tratas de hacerlo de nuevo, te vas a arrepentir de ello". Así, el campesino, habiendo recibido cincuenta mil ducados del rey, y completamente satisfecho de las ganancias obtenidas, decidió irse a su casa y vivir tranquilamente. Pero habiéndose extendido por todas partes su fama o su poder misterioso, y habiéndose encontrado poseída del mismo modo la hija del rey Luis VI de Francia, el monarca buscó su ayuda, que el campesino no pudo rehusar. En consecuencia, el campesino se vió obligado a emplear sus facultades por tercera vez. Pero apenas se aproximó a la princesa cuando el diablo le recordó su advertencia y le amenazó con obligarle a arrepentirse si no se marchaba en el acto. Por otra parte, el rey no se atenia a razones y le amenazó de muerte. Así, colocado entre la espada y la pared, el campesino hizo uso de un ardid. Ordenó se levantara una gran tribuna de madera en la plaza de Notre Dame, sobre la cual se reunieron los grandes señores y prelados del reino. Ordenó también que se levantara un altar en el centro de la plaza, y la princesa debía ser conducida a él después de la misa. En un ángulo debían colocarse un grupo de al menos veinte personas, provistas de trompetas, cuernos, tambores, flautas y otros instrumentos muy ruidosos, y los músicos debían precipitarse hacia el altar, tocando tan estruendosamente como fuera posible en el momento en que el campesino diese la señal blandiendo en el aire su sombrero. Todo estaba dispuesto, los dignatarios ocupaban la tribuna, la plaza llena de gente, había terminado la misa, y la princesa estaba de pie ante el altar. Belfagor, entre tanto, amenazaba al campesino, advirtiéndole una vez más que si no se marchaba en el acto le iba a suceder algo terrible. Pero el hombre contestaba solamente blandiendo al aire su sombrero, y de pronto la banda avanzó haciendo un ruido tremendo con sus instrumentos. El diablo, asombrado por aquel clamor inesperado, gritó: "¿Qué significa esto?" "¡Ay, ay! —replicó el campesino—. ¡Aquí está vuestra esposa en busca vuestra!" Ante estas noticias Belfagor ya no quiso oír más, sino que se escabulló regresando al infierno a toda velocidad, y desde entonces siempre dió fe de los peligros y tribulaciones de la vida de casado.²²

Algunos autores han pretendido que Maquiavelo ideó esta fábula placentera aludiendo a los sufrimientos que le produjo su esposa Marietta; pero, según los hechos mejor conocidos y los documentos más auténticos, parece que la falsedad de este supuesto es evidente. Marietta, como hemos visto, fué una buena esposa para él, y su marido mereció más reproches de ella que los que mereció ella de él.²³ Otros han pretendido que Maquiavelo no fué el autor de esta fábula, porque se publicó otra versión ligeramente distinta bajo el nombre de mon-

señor Giovanni Brevio el año 1545. En 1549, sin embargo, los impresores Giunti la volvieron a publicar en su forma original, en una edición en cuya página frontal aparece el nombre de Maquiavelo junto a una declaración de que "en esta forma ellos vindicaban los derechos de su autor, que habían sido usurpados por una persona que deseaba disfrutar el honor y los afanes de otra."²⁴ El manuscrito original de la fábula se descubrió después en la Biblioteca Nacional de Florencia,²⁵ y esto puso fin a la disputa, puesto que las pruebas intrínsecas de estilo y dicción todas hablaban en favor de Maquiavelo. El tema de su Belfagor no fué original suyo, porque el mismo se encuentra en los *Cuarenta Visires*, un libro turco tomado de fuente arábiga, derivado a su vez de un original indio.²⁶ Por consiguiente, llegó a Italia procedente del Este por la vía de la tradición oral, si es que no ciertamente en forma escrita, y fué tomado por Maquiavelo. Después fué tomado por los Brevio, Doni, Sansovino y otros, entre los cuales no debemos dejar de incluir a La Fontaine, que tuvo más éxito en su imitación del mismo que en su otra fábula que tomó prestada de la *Mandragola*. Hemos sabido también que una fábula que se parece mucho a *Belfagor* es una leyenda popular que todavía circula hoy entre los esclavos del Sur.²⁷

Solamente necesitamos registrar los títulos de algunas otras composiciones breves, de escasa o de ninguna importancia. El *Capitolo per una bizzarra compagnia* es simplemente una tontería que hace reír. La *Allocuzioni facta da un magistrato nell'ingresso dell'officio* (se trata de un discurso de un magistrado al tomar posesión de su cargo) consta solamente de algunas observaciones generales sobre la justicia, respecto al bienestar público, juntamente con un largo extracto de la *Divina Comedia* sobre el mismo tema. Tiene la estructura de un borrador descuidado de un ejercicio de composición literaria. Hay mucho que decir del *Discorso Morale*, que parece haber sido escrito para recitar en alguna reunión de una de las confraternidades religiosas que abundaban en Florencia en aquella época, y trata con mucha unción, y con un cierto matiz de ironía velada, de los deberes y ventajas de la caridad para con nuestros prójimos y de obediencia al Todopoderoso. No vale la pena de que nos ocupemos más de ella.

NOTAS AL CAPITULO XXII

1. *Opere*, vol. VII, carta XLVI, pág. 152.
2. *Ibid.*, vol. V, *Asino d'Oro*, cap. IV, pág. 397.
3. *Asino d'Oro*, cap. V.
4. Tanto La Fontaine, en su fábula *Les Compagnons d'Ulysse* (XII, I), y Fénelon, en su diálogo *Ulysse et Gryllus*, han tomado también de Plutarco los temas de sus composiciones, incitados tal vez por el ejemplo de Maquiavelo y Gelli. En La Fontaine, un lobo, un león y un oso ocupan el lugar del cerdo. En Fénelon, lo mismo que en Maquiavelo y en Plutarco, es el cerdo el que se niega a convertirse en hombre.
5. Bosini, *Lettere*, pág. 243.
6. *Opere*, vol. V, pág. 419.

7. El epigrama griego está en la *Anthologia Planudea*, IV, 275. La imitación de que es autor Ausonias con el título *In simulacrum Occasionis et Penitentias*, contiene algunos detalles que faltan en el original, pero que han sido empleados por Maquiavelo; y esto demuestra fuera de toda duda que este último lo tomó de Ausonias. La *Penitencia* a la que alude Maquiavelo no se menciona en el epigrama griego, sino solamente en el latino, que además está casi literalmente traducido al italiano. Poliziano ha referido ya el epigrama griego al de Ausonias, y hecho notar sus puntos de coincidencia así como las diferencias entre ambos en su *Miscellanea*, cap: XLIX, pág. 265, Basilea, edición de 1553. Véase también Jacobs, *Antología Griega*, vol. VIII, págs. 145 y siguientes.

8. Foscolo alaba la *Serenade*. Véase *Epistolaria*, vol. I, pág. 73; carta a F. Arrivabene, fechada en 1807. "Maquiavelo no fué un gran poeta, pero algunos versos escritos estando enamorado demuestran basta qué punto se inspiraba en un sentimiento ardiente". Cita además algunas líneas de la *Serenade*.

9. *Opere*, vol. V, pág. 456.

10. Epigrama XII, núm. 78, de la *Anthologia Palatina*.

11. Este soneto se encuentra en el apéndice (XII) de la edición italiana, documento XI, juntamente con el famoso dirigido a Giuliano dei Medici, *Io ho, Giuliano, in Gamba un paio di geti*, tomado del mismo manuscrito vaticano, y que tiene ciertas variantes dignas de mención.

12. Véase el prefacio de Polidori, al que nos hemos referido frecuentemente. págs. XIV y XV.

13. *Codice Ricci*, número 692, entre los códices palatinos de la Biblioteca Nacional de Florencia, en la página 430.

14. Observe el lector el parecido de estas ideas con las expuestas en las obras políticas de Maquiavelo: al principio, nuevas palabras enriquecen una lengua, pero después, afluyendo a ésta en exceso, la corrompen. Después se hace necesaria su purificación, buscando sus formas primitivas en las obras de sus mejores escritores antiguos. La virtud fortifica a los Estados y los hace poderosos. La victoria y el poder dan seguridad y la seguridad provoca indolencia, que corrompe y conduce a la cobardía, al vicio, y por consiguiente a la decadencia de los Estados. Para hacer que éstos renazcan es necesario restablecerlos en su primitiva forma.

15. Esto no está completamente de acuerdo con lo que él dice en el *Arte della Guerra*, *Opere*, vol. IV, págs. 282-283.

16. Por los ejemplos dados por él, resulta evidente que cita de la versión en prosa del *Suppositi*. Esto determina la probabilidad de que el *Diálogo* fuese escrito antes de que Ariosto hubiese versificado su comedia, y por consiguiente apoya la teoría de que él está fechado antes de 1512.

17. El códice que contiene este autógrafo es aquel de que nosotros hemos hecho frecuentes citas, y que se describe en el folleto *Quarto Centenario*, etc., bajo el epigrafe: *Libro degli autografi Machavelliani della Magliabecchiana*. Estaba antiguamente marcado entre los *Manuscritos Magliabecchianos*, con el número 1451, y en la colección Strozzi con el número 366. Ahora se conserva entre las más valiosas obras de la Biblioteca Nacional de Florencia, y es un volumen que consta de ocho Manuscritos diferentes de los cuales son seis autógrafos de Maquiavelo, incluyendo esta *Descrizione della Peste*.

18. *Opere*, vol. V, pág. 36. Esta y casi toda la introducción es de puño y letra de Maquiavelo. Más largo y no menos intrincado es el otro texto del mismo códice, escrito por una mano distinta.

19. De esta última composición, la prueba externa evidentemente más fuerte apenas puede inducirnos a creerle culpable. No se escribió jamás nada más detestable tanto por el fondo como por la forma. Las narraciones, las reflexiones, las bromas, las lamentaciones, son todas de lo peor en su respectiva clase. Un simple muchacho de escuela podría escribir una obra de este tipo. Y después de que la hubiese escrito, la creería mucho más bella que la introducción incomparable del *Decamerón*. "Pero que un hombre de Estado precavido, cuyas primeras obras se caracterizan por el vigor del pensamiento y el lenguaje, descienda casi a los sesenta años de edad a puerilidades tales; es completamente inconcebible." (*Ensayos*, de Macaulay, vol. I, pág. 89). Mediante estas palabras Macaulay demuestra mucha mayor precisión de juicio y de gusto literario que Leo, que en la *Descrizione della Peste* dice cosas

duras de la personalidad moral de Maquiavelo. Véase el prefacio, citado frecuentemente por nosotros, de la traducción alemana de Leo, de las Cartas de Maquiavelo., pág. XIV, nota.

20. En el apéndice (II) de la edición italiana, documento XVIII.

21. *Opere Minori*, Florencia, Lemonnier, 1852, pág. 626.

22. *Opere*, vol. V, págs. 22 y siguientes.

23. Véase, entre otras pruebas, un ensayo de que es autor Innocenzio Giampieri sobre *Noccoló Machiavelli e Marietta Corsini* en el volumen que lleva el título: *Monumenti del Giardino Puccini*, págs. 275-290. Pistoia, Cino Press, 1845.

24. En una copia de la edición de Giunti aparece la siguiente inscripción, escrita de puño y letra de Magliavechi: "Esta fábula, de que es autor Nicolás Maquiavelo, está comprendida entre las de Brevio, y también en la parte segunda de Libreria de Doni, y en el canto tercero, del poema tragicómico de Tristarello, que no tiene sentido, y en la colección de fábulas de Sansovino. En una copia original de Maquiavelo, que me ofreció amablemente el signor Benvenuti, hay diversas variantes de gran interés. Signor Gargani hizo una nueva pequeña edición de treinta copias numeradas del manuscrito autógrafo, y ocho copias que llevan su nombre. (Florencia, Dotti, 1869.) El prefacio de Gargani contiene varias informaciones referentes a la fábula.

25. Clase VII, número 335.

26. Artaud, *Maquiavelo, su genio y sus errores*, vol. II, pág. 94. Creemos que este autor ha sido el primero que hizo notar que esta fábula se encontraba en los *Cuarenta Visires*, que él había leído en una traducción de Gauthier. Y el profesor Fausto Lasinio considera que Belfagor fué importado en Italia de los *Cuarenta Visires*.

27. Profesor L. Macun, *Nicolas Maquiavelo como poeta, historiador y hombre de Estado*. Este es un mensaje publicado con ocasión del tercer centenario del Gimnasio de Gratz. En esta obra el autor se pregunta cómo puede la fábula haber penetrado en aquella parte del mundo, a lo que puede contestarse que el hecho se puede explicar fácilmente teniendo en cuenta los orígenes orientales del relato.

CAPITULO XXIII

HISTORIADORES FLORENTINOS. LAS "HISTORIAS FLORENTINAS". LIBRO I, O INTRODUCCIÓN GENERAL.

En la época en que Maquiavelo empezó a escribir sus historias, había dos escuelas de historiadores en Florencia, es decir, la de aquellos que todavía seguían las huellas de Villani y los eruditos, que seguían un camino totalmente distinto. Muchas crónicas, anales, *prioristi* y diarios se escribían entonces para registrar acontecimientos que se sucedían día a día, y en algunas familias toscanas se ha conservado la costumbre incluso hasta nuestros días. Pero durante la época a que nos estamos refiriendo, ninguna obra de este tipo logró alcanzar fama literaria merecida. El *Tumulto dei Ciompi*, de Gino Capponi; las *Istorie*, de Giovanni Cambi; el *Diario*, de Biagio Buonaccorsi, y muchas otras composiciones análogas son evidentemente joyas informativas, pero de muy poco valor como obras de arte. Consecuentemente, los eruditos habían ocupado durante algún tiempo las primeras filas, y habiendo caído en desuso las crónicas y encontrado imitadores en todas partes de Italia, sólo autores de poca monta y otros que no eran *literati* por profesión se atrevieron ya a seguir la vieja tendencia. En Florencia, Leonardo Aretino y Poggio Bracciolini habían sido los principales representantes de la escuela de historiadores, y su fama era todavía muy grande en todas partes. Como hemos hecho notar en otra parte, sus obras fueron escritas en un latín ciceroniano, y no satisfechos con registrar acontecimientos ordenados cronológicamente de día en día, trataron de agruparlos hábilmente de acuerdo con su modelo usual, Tito Livio. Despreciaban las crónicas porque aspiraban a hacer obras clásicas, pero su interpretación del clasicismo consistía en magnificar los acontecimientos que ellos describían y transformar en conflictos tremendos los complots más insignificantes que estallaban en las calles de Florencia. Sus personajes se vestían siempre con la toga romana, y pronunciaban siempre discursos solemnes. Aretino se dedicó a escribir "porque las gloriosas hazañas del pueblo florentino merecen transmitirse a la posteridad y su guerra con Pisa puede compararse a la de Roma con Cartago. Pero la dificultad de la empresa provoca la alarma del autor, y sobre todo la tosquedad de los nombres

modernos a los que no es posible dotar de elegancia.¹ Consecuentemente, la *Historia* de Aretino, como las de los eruditos en general, carece de todo colorido local, de todo movimiento espontáneo, y como fuente de información genuina es inferior no solamente a las crónicas del Trecento, sino también a historiadores más modernos de mérito mucho menor.

Al leer las historias de Aretino y de Bracciolini nadie puede suponer que los autores de ambas hayan pasado muchos años en Florencia e incluso desempeñado el puesto de secretarios de la República. No contienen anécdotas, ni colorido de tiempo y lugar, ni retratos vivos, pero incluso en estas obras los humanistas demuestran determinados méritos propios bien definidos. Es cierto que ellos agrupaban los hechos en una forma puramente literaria, porque, ya fuese consciente o inconscientemente, no aspiraban a poseer otra virtud que la elocuencia, y eran incluso fieles a la división de la *Historia* en años, a la manera de las viejas crónicas, como si cada año formase necesariamente una época separada. Sin embargo, esta unidad interior intrínseca sirvió más tarde para abrir el camino a la unidad intrínseca de las relaciones lógicas de hechos; y aunque debe declararse que la humanidad nunca llegó a alcanzar este objetivo, instintivamente ellos aspiraban al mismo. Eventualmente Aretino lo dice en forma bastante clara, porque incluso declara su intención de explicar "la causa de los acontecimientos, y formula juicios sobre cosas muertas del pasado".² Y a este mérito se agrega el de la investigación crítica, que fué en verdad iniciado por los humanistas.

Pero la historia erudita, además, estaba en decadencia en la época de Maquiavelo. Aretino y Bracciolini, que le habían dado renombre pertenecieron ya a una generación posterior. La lengua italiana alcanzó entonces notable estimación, los embajadores y estadistas italianos se dedicaron a un estudio serio y perseverante de los acontecimientos internos, y, como consecuencia, se exigía un tipo distinto de historia. Ahora tenía que ser escrita en el idioma nacional, ser elocuente, viva y fundada sobre el estudio de la realidad, sobre el conocimiento de la naturaleza humana y de las verdaderas causas y hechos que deben tener una cierta relación lógica. Fué, en suma, la forma histórica moderna, que tanto apetece nosotros incluso hoy, y entonces a punto de nacer. Por esta razón, cuando los amigos de Maquiavelo descubrieron el nuevo estilo histórico en su *Vita di Castruccio Castracani* le dedicaron pródigas alabanzas y le estimularon a proseguir por todos los medios aquella rama de la composición literaria. No debe, sin embargo, olvidarse que Guicciardini había escrito ya la *Storia Fiorentina* de la que nosotros hemos hecho mención. Y aun cuando ésta no fué otra cosa que una obra de juventud, quedó sin publicarse hasta nuestros propios días y fué completamente desconocida en su propia época, a pesar de que tiene las características sustanciales de la historia civil y moderna, la cual, a su vez, fué una de las creaciones más originales de los italianos del Renacimiento. Es solamente en la limitación de sus obras narrativas a casi exclusivamente acontecimientos contemporáneos y en su adhesión

parcial al viejo sistema de la división por años donde sus obras demuestran alguna huella retrospectiva de relación con las crónicas o anales de viejo tipo. Porque sus narraciones demuestran una maravillosa capacidad de expresión gráfica y de precisión, y un método riguroso de investigación en los documentos originales. Su relación lógica de los acontecimientos, el análisis de la naturaleza de los partidos políticos, la descripción exacta de los partidos y de las ambiciones personales, y sobre todo la influencia ejercida sobre los acontecimientos por los príncipes, por los líderes de los partidos y por las pasiones populares, dan a esta historia un carácter esencialmente original y moderno.

Maquiavello rompe totalmente con las viejas formas de la crónica. Sin embargo, no tuvo conocimiento de la obra de juventud de Guicciardini. Porque el autor, abrumado con la preocupación de sus negocios, la creyó poco importante, y parece que la tuvo oculta. Cuando fué comisionado, gracias a la intervención del cardenal dei Medici, para escribir una historia de Florencia, Maquiavello resolvió empezar su narración a partir del año 1432. Este fué al año en que Cosimo il Vecchio regresó del exilio convertido prácticamente en un potentado, y fué entonces cuando al fin quedó consolidado el poder de los Médicis. Los acontecimientos de épocas anteriores habían sido ya tratados por Aretino y por Bracciolini, "dos historiadores excelentes".³ Se vió, sin embargo, rápidamente obligado a reconocer que sólo habían hablado de guerras externas, aunque respecto a disensiones civiles, a enemistades internas y a sus efectos respectivos, habían guardado un silencio total o simplemente se limitaron a hacer algunas observaciones casuales. Y esto fué un error, puesto que no hay lección más útil para los gobernantes que la que pone de manifiesto las causas de enemistades y facciones, en una ciudad tal como Florencia, donde las facciones llegaban a una cifra muy alta y provocaban el exilio, la muerte y la desolación, y, sin embargo, en vez de obstruir la prosperidad de la República, parecían por el contrario aumentarla.

Esta, entonces, fué la lección que Maquiavello se propuso dar, y su promesa no se limitó a palabras vacías, como la *Historia* de Aretino, que fué la idea prominente que inspira toda su obra, que constituye el carácter de ésta, demostrando su notable originalidad, y haciendo de su autor el creador auténtico de la historia civil y política.

Esta *Historia* se divide en ocho libros, que en total comprenden tres partes, formando cada uno de ellos una unidad bien distinta de cada una de las otras. El primero es una introducción general a la historia de la Edad Media que se propone investigar el origen histórico de las comunas, y que da una idea clara de la nueva civilización que surgió después de la caída el Imperio Romano. Este libro, que empieza con la invasión de los bárbaros, se extiende hasta los primeros años del siglo xv, y puede ser considerado como una obra independiente. Los tres libros siguientes están dedicados a la historia civil e interna de Florencia, desde su origen hasta el retorno de Cosme en 1434. Los últimos cuatro continúan la narración desde aquella fecha hasta 1492, que fué el año de la muerte de Lorenzo el Magnífico. Y en este punto el autor

cambia de nuevo su procedimiento, al parecer porque no quiso insistir en las vicisitudes internas de la República, lo que le habría obligado a proporcionar un relato detallado de la destrucción de la libertad por los Médicis. Porque como Maquiavelo escribió por encargo del cardenal dei Medici, a quien, cuando fué Papa posteriormente, dedicó la obra, se vió obligado, naturalmente, a evitar un tema que no era capaz ni estaba dispuesto a tratar con la impasibilidad pétrea revelada en la *Storia Fiorentina* de Guicciardini. Por consiguiente, insiste principalmente en las guerras externas que estallaron en aquellos años dirigidas por los capitanes de aventura, y así pudo demostrar hasta qué punto eran nocivas e ineficientes sus tropas, así como los peligros que éstas suponían para el Estado italiano. Siguen después los *Frammenti Storici*, que se concibieron para formar el libro IX, que quedó incompleto.

El primer libro ha sido muy alabado y realmente enaltecido por los críticos. La idea de narrar por primera vez, en líneas generales, la historia general de la Edad Media, fué considerada por ellos como una idea nueva y original. Incluso trataban de atribuir gran erudición a esta obra, y de considerarla como un método nuevo y exacto de organización de las cuestiones dando prominencia a todos los hechos principales, y dejando a un lado cuestiones secundarias, de tal modo que, en su opinión, desde la época de Maquiavelo hasta nuestra propia época ha sido siempre necesario imitarla en estos aspectos.⁴ Pero para situar las cosas en un pie de igualdad, debemos empezar recordando que no había nada nuevo en la idea de una historia general de la Edad Media. Flavio Biondo había ya escrito una historia similar en gran escala, y más tarde Leonardo Aretino la había hecho el tema principal de su primer libro, como hizo después Maquiavelo. Además, con respecto a la erudición del último, debe admitirse que él la tomó de Biondo, generalmente dando una traducción sumaria y a veces literal de su obra.⁵ Muchos errores de hecho fueron simplemente transferidos de la obra anterior a la posterior, y Maquiavelo tomó también de la misma fuente cuanto había de bueno en su ordenación general de materiales que en otra época manejó con obstinada e innecesaria confusión. Sin embargo, teniendo que comprimir en sesenta páginas en octavo todo el contenido de un folio enorme, resultaba imposible para él producir una imitación muy exacta. Además, en la obra de Maquiavelo encontramos una nueva concepción de la idea política en general, muy superior de la capacidad de Biondo, que inspira el conjunto de su primer libro, y que lo dota, como veremos después, de un valor especial propio. Pero hablemos primero de aquellos aspectos de la obra que imita a otras.

Después de algunas breves observaciones sobre las invasiones de los bárbaros en general, Maquiavelo dice que después de que Mario rechazó a los cimbrios, los visigodos se presentaron en seguida como invasores, y fueron derrotados por Teodosio hasta tal punto que se sometieron a su poder y sirvieron en su ejército. Pero cuando a su muerte le sucedieron sus hijos Arcadio y Honorio, éstos fueron aconsejados por Estilicón para que negasen a los visigodos el pago del tributo; por

lo cual los últimos, buscando venganza, eligieron rey a Alarico, y atacaron y saquearon a Roma. Toda esta narración es una imitación de Biondo, y su parte final es casi una traducción hecha literalmente. La obra continúa en la misma forma. El relato del pasaje del paso de los vándalos a Africa llamados por Bonifacio, que gobernó allí en nombre del Imperio, está copiado igualmente de Biondo. Las noticias curiosas y erróneas relativas a Inglaterra fueron también tomadas por Maquiavelo de la misma fuente. El retrato de Teodorico es más original; empero algunas frases eventualmente denotan, al examinar detenidamente esta descripción, que el autor no olvidó totalmente referirse a la obra de Biondo. La imitación de la obra mencionada se nota todavía más cuando Maquiavelo habla de los lombardos, y sigue la orientación de la misma muy de cerca al tratar de los griegos, y especialmente de Narsetes y Longinos. En algunos puntos donde el muy devoto Biondo se entrega a extensas disquisiciones relativas a los Papas y a su historia, Maquiavelo deja de seguirlo. Entonces describe pocos acontecimientos, y se entrega, en cambio, a muchas reflexiones que hace por su propia cuenta. Pero cuando habla de las comunas, nuevamente volvemos a encontrarnos con huellas del autor mencionado. Y lo mismo sucede cuando se trata de una simple descripción sin ninguna reflexión teórica. Porque estas últimas son siempre peculiares de Maquiavelo, que nunca las copió, ni las imitó de fuente alguna. Incluso el relato del origen de Venecia, que ha sido objeto de tantos elogios por su elocuencia, y que pone de manifiesto todas las cualidades específicas del estilo de Maquiavelo, parece haberse derivado del mismo modelo. La comparación de los dos escritores bastará para demostrar la verdad de cuanto hemos dicho.

No podía admitirse que Maquiavelo merezca los elogios de que ha sido objeto a cuenta de su coordinación lógica de los acontecimientos, de la forma en que divide éstos en principales y secundarios, y de su insistencia en los primeros, al mismo tiempo que sobre los últimos pasa de largo y muy apresuradamente. Encontramos, por el contrario, que en lugar de una ordenación objetiva de los hechos, dispuso éstos según una idea fija a la cual a veces ajustó aquéllos de modo forzado. Y es completamente claro que los acontecimientos que Maquiavelo describe con mayor extensión no son los de mayor importancia intrínseca, sino más bien aquellos que arrojan más luz sobre su idea matriz, porque generalmente manifiesta un evidente desdén de todo cuanto no se adapta a aquel fin preconcebido. Evidentemente, tanto los méritos como los defectos de la obra que ahora estamos examinando pueden atribuirse directamente a la idea central de su autor. Para demostrar cuál es la esencia de esta idea no es preciso emplear muchas palabras. Se ofrecerá espontáneamente a nuestra vista tan pronto como iniciemos una revisión rápida y sumaria del libro.

Después de aludir a las primeras invasiones germánicas, a sus causas y orígenes, Maquiavelo se detiene a hacer un relato apresurado de la captura y saqueo de Roma por Alarico y por sus visigodos; de las irrupciones de los hunos mandados por Atila y de los vándalos capita-

neados por Genserico, y después continúa describiendo la invasión de Odoacro, rey de los hérulos que, "abandonando sus dominios en la región del Danubio, asumió el título de rey de Roma y fué el primero de los jefes guerreros que entonces asolaron al mundo, que se estableció fijamente en Italia".⁶ Pero pasa rápidamente sobre esta parte de su obra. La primera figura que él contempla y describe con especial interés, dándole el relieve más elevado, y elevándola a una categoría de gigante al principio de su narración, es la de Teodorico, rey de los ostrogodos, que después de vencer a Odoacro le sucedió en el trono con el título de rey de Italia, e intentó establecer el orden en el país conservando y restaurando las instituciones romanas. En este punto Maquiavelo se manifiesta lleno de entusiasmo; no puede conservar su ritmo rápido habitual, cuando llega, por así decir, al umbral de su historia por la vía de un verdadero y genuino presentimiento del príncipe reformador, que fué su ideal de toda la vida. Como consecuencia, se sintió súbitamente fascinado por Teodorico. Y para mejor adaptar el personaje que él describe a su héroe ideal, tiene cuidado, aunque sin dejar de seguir las líneas generales de la obra de Biondo, de omitir o de atenuar determinados detalles que nos recuerdan con demasiada claridad que el individuo real en cuestión fué un conquistador bárbaro en vez de un libertador. Así, cuando Biondo afirma que Teodorico no sólo impidió que todos los romanos e italianos entraran en el ejército, e incluso que llevaran armas, Maquiavelo dice "que él engrandeció a Rávena, restauró a Roma, y salvo en materia de disciplina militar, devolvió todos los demás honores a los romanos". Termina observando que si sus numerosas virtudes, tanto en la paz como en la guerra, no habrían sido mancilladas por ciertas crueldades de que se hizo responsable al fin de su vida, como, por ejemplo, el asesinato de Boecio y de Simaco, su memoria sería merecedora del más alto honor en todos los aspectos. "Mediante su bondad y sus virtudes, no solamente Roma e Italia, sino todas las demás partes del Imperio occidental liberadas de los golpes continuos provocados durante tantos años en las que se produjeron numerosas invasiones de los bárbaros, fueron ahora aliviadas y el orden restablecido en ellas, donde al fin pudo renacer la prosperidad". Y en seguida, para aumentar la grandeza ilustre de la figura de su héroe, Maquiavelo se entrega a una elocuente descripción de todas las calamidades e infortunios que Italia había padecido desde antes de la época de Teodorico, es decir, en la época de Arcadio y Honorio. "El derecho, las formas de vida y el lenguaje habían experimentado cambios —nos dice—. Muchas ciudades habían sido destruídas y se habían fundado otras en cambio, ninguno de cuyos acontecimientos aislados, y mucho menos todos ellos en conjunto, ni siquiera la simple idea de los mismos, y mucho menos la contemplación y el sufrimiento de ellos, pueden ser suficiente para infundir terror a las mentes más firmes y constantes... Entre tantos cambios no fué lo menos importante el cambio de religión, porque en el conflicto entre las costumbres de la religión tradicional y los milagros de la nueva, se provocaron entre los hombres tumultos y disputas sumamente graves. No solamente la vieja religión

entró en guerra con la nueva, sino que, dividida y subdividida la fe cristiana entre varias sectas e iglesias, se manifestaba con evidentes desgarros internos. Por consiguiente, acosados por muchas persecuciones, los hombres llevaban impresas en sus caras las huellas del terror que les atormentaba, puesto que además de los males infinitos que tenían que soportar, la mayor parte de ellos, incapaces de entregarse a la gracia de Dios, a la que todos los desgraciados acostumbran confiar sus esperanzas, puesto que la mayoría no tenía una idea clara de a qué divinidad implorar ayuda, sufrió una muerte miserable privada de todo consuelo y de todo socorro. Por consiguiente, Teodorico mereció no pocos elogios, porque fué el primero que atenuó todos estos males, en forma tal que durante los treinta y ocho años de su reinado en Italia restauró el país a tan alto nivel de grandeza, que no se advirtieron entonces las huellas de los viejos sufrimientos. Aquí la medida del entusiasmo del autor se manifiesta en una mayor elocuencia de su estilo. A la muerte de Teodorico dominaron los griegos como consecuencia de las conquistas de Belisario y de Narsetes. Después, este último, indignado contar el emperador Graciano, llamó a los longobardos, que así se convirtieron en los dominadores de Italia. En vez de unir el país lo dividieron en treinta ducados, y así no solamente se vieron imposibilitados de establecer su poder sobre todo el país, sino que proporcionaron a los Papas la ocasión de adquirir un predominio cada vez mayor y de gobernar el país a su voluntad explotando las divisiones de los conquistadores. En realidad, cuando los pontífices se dieron cuenta de que, no obstante sus estratagemas, estaban a merced de los longobardos, y de que ya no podían seguir confiando en la ayuda del emperador, cuyo poder había decaído, llamaron a los francos a Italia". "Como consecuencia, el conjunto de las guerras hechas por los bárbaros contra Italia en aquellos tiempos fueron provocadas principalmente por los Papas, y casi todas las hordas bárbaras que asolaron el país vinieron llamadas por ellos, procedimiento que todavía se sigue en nuestros propios días, y que es la causa de que hasta hoy mismo Italia esté desunida e indefensa. Por consiguiente, al describir los acontecimientos que se han producido desde entonces hasta hoy, ya no tendremos que seguir refiriéndonos a la caída del Imperio, que ya ha sido vencido, sino al ascenso de los pontífices y de aquellos otros príncipes que después gobernaron a Italia hasta la llegada de Carlos VIII. Y se demostrará cómo los Papas, primero mediante sus edictos, y después mediante éstos y mediante la fuerza de la armas, combinadas con el manejo de las indulgencias, impusieron terror y respeto; y cómo a causa del mal uso que hicieron de ambos atributos, han perdido el primero, y sólo conservan el último al arbitrio de los demás."

Esta es la segunda idea que predomina constantemente en todo el primer libro de la *Storia*. Por una parte, el príncipe reformador, que trata de volver a unir a Italia, alivia al país de las miserias y desventuras y lo hace feliz; por otra parte, los Papas, que mantienen su propio poder, hacen que el país continúe dividido, lo sumen en la desolación y, por lo mismo, se hacen blanco del odio de Maquiavelo. Todo

esto es objeto de una preocupación apremiante y reiterada de éste, que trata el tema con fuerza y elocuencia en un libro escrito por orden del Papa y dedicado al mismo. Tal fué la figura de Maquiavelo, que se nos ha presentado como una personalidad astuta, hipócrita y falsa. Por el contrario, siempre, no importa a quién se dirigiese, ni hasta qué punto sus palabras fuesen ofensivas para sus oyentes, o injuriosas para él mismo, nunca fué capaz ni de ocultar ni de modificar sus ideas científicas y políticas. Ni siquiera en el caso presente, cuando pidió la ayuda del Papa para la continuación de la obra que había empezado a instancias de él. Afortunadamente, las condiciones de la época le eran favorable, puesto que le permitieron una amplia libertad de pensamiento y de expresión sobre toda clase de temas similares. Y, de hecho, Clemente VII no se manifestó ofendido en forma alguna por la libertad y severidad de su lenguaje.

En todo caso, Maquiavelo continuó su narración en el mismo tono implacable, refiriendo cómo los francos vinieron cuando fueron llamados e hicieron las famosas concesiones que establecieron los fundamentos del poder temporal de los Papas. Carlomagno fué consagrado emperador por la unión del Señor, al que él mismo le confirió una nueva autoridad sobre la tierra. A su muerte, el Imperio, dividido primero entre sus hijos, fué trasladado a Alemania, e Italia atravesó un período de grandes desórdenes, durante el cual se hicieron varios intentos para crear una monarquía nacional. Aquellos intentos, sin embargo, no sólo abortaron, sino que terminaron sometiendo a Italia al dominio de los Otones, bajo cuyo poder, en una fecha posterior, empezaron a surgir las Comunas. Entre tanto, los Papas, siempre fieles a sus tradiciones, y siempre codiciosos de autoridad y de poderío, privaron primero al pueblo romano de su derecho de aclamar al emperador después de elegir al jefe de la Iglesia, y finalmente dieron el ejemplo de deponer a un emperador. En seguida algunos se pusieron de parte del Imperio, otros de parte del papado, "sembrando así el germen de las disputas entre güelfos y gibelinos, de tal modo que tan pronto como Italia se liberó de las invasiones de los bárbaros, fué presa de luchas intestinas".

Al tratar del poderoso conflicto surgido entre el papado y el Imperio, que empezó por el emperador Enrique II y por el Papa Alejandro II, y que continuó bajo Gregorio VII, Maquiavelo apenas proporciona detalles; ni siquiera menciona al gran Papa por su nombre, sino que se extiende en generalidades sobre la altivez, la pertinacia y la buena suerte de los Papas; y cómo, después de la humillación infligida por ellos al emperador en Canosa, encontraron nuevos aliados en los normandos, que habían fundado el reino de Nápoles, y se manifestaron muy obsequiosos con la Iglesia. Los Papas, sin embargo, dice, no quedaron satisfechos ni siquiera entonces, y continuaron proyectando nuevas empresas. Urbano II, detestado en Roma, no creyendo que las divisiones producidas en Italia fuesen garantía suficiente para su seguridad, recurrió a una noble idea. Fué a Francia a predicar una Cruzada contra los infieles, e inflamó hasta tal punto las almas de los

hombres, que se decretó la campaña de Asia contra los sarracenos, "y muchos reyes y muchas gentes ayudaron a la empresa con dinero, y muchas personas particulares combatieron en ella sin recompensa alguna. Tan grande era entonces el poder de la religión sobre la mente de los hombres, inducidos por el ejemplo de quienes los capitaneaban".

Y si la voluntad de un Papa fué el único origen de las Cruzadas, las consecuencias generales y múltiples de aquel acontecimiento poderoso quedaron reducidas, según Maquiavelo, a la institución de la orden de los Caballeros Templarios, de los Caballeros de Jerusalén y de unas cuantas conquistas en el Este. "En varias ocasiones se produjeron allí varios acontecimientos, que dieron celebridad a muchas naciones e individuos particulares". Ésto es todo cuanto dice el autor. En este aspecto surge otra consideración. No solamente las Cruzadas, sino incluso los mayores acontecimientos históricos, tienen para Maquiavelo un solo origen producido por una causa individual y personal. Los visigodos vinieron a Italia bajo el mando de Alarico gracias a la traición de Estilicón; los vándalos pasaron de España a África llamados por Bonifacio, cuya destitución había sido motivada por Ecio, y entraron en Italia llamados por Eudoxia, que buscaba la venganza por este procedimiento; los longobardos pasaron a Narsetes porque Narsetes convenció a su rey Alboino para que acometiese la nueva empresa, y del mismo modo se produjo la organización de la Cruzadas que se iniciaron por un simple capricho de Urbano II. Las causas y consecuencia generales e impersonales de todos estos acontecimientos están absolutamente ausentes en la historia de Maquiavelo. Si éste se preocupa de la religión, lo hace en cuanto la misma es una institución, una iglesia, o en cuanto está personificada en el Papa; no se puede preocupar del progreso de la civilización si ésta no asume la forma de ley, de Estado, de gobierno, o de algún gran personaje político. Y como en *El príncipe* y en los *Discursos* concede un poder ilimitado a su legislador, que permite a éste el establecimiento o la destrucción de una república, de una monarquía, o de cualquiera forma de gobierno a su libre voluntad, así en su *Historia* Maquiavelo considera las dotes de inteligencia, de energía y de resolución individuales como las únicas causas de los acontecimientos más notables. Y los grandes hombres que promueven tales acontecimientos no se forman, ni se inspiran, ni están dotados de fuerza por el pueblo, sino que, por el contrario, son ellos quienes imponen su voluntad sobre el pueblo y les inspiran sus propias ideas. Esta es la clave que nos descubre al mismo tiempo el secreto tanto de su sistema histórico como político. Es cierto que la leyenda medieval había ya ideado análogas explicaciones personales de los hechos históricos. Pero en la Edad Media, el hombre era concebido siempre como agente secreto en manos de la Providencia, que guiaba tanto a pueblos como a líderes guerreros, tanto a los emperadores como a los Papas. Con los humanistas del siglo xv, la Providencia desapareció del escenario de la Historia, y las leyendas se transformaron en explicaciones personales exclusivamente. Hay una abundancia evidente de éstas en la obra de Biondo que Maquiavelo tuvo a la vista, pero la obra de este último consistió en for-

mar con ellas un sistema histórico regular, que sirviera de base a su sistema político. Ambas, por consiguiente, derivan de la misma fuente, es decir, del mismo método de considerar a la humanidad y a la sociedad: ésta y aquélla constituyen casi los dos únicos aspectos bajo los cuales se nos aparece su idea según nuestro punto de vista. Como sus escritos políticos, su historia tiene poco que decirnos de las formas de vida, de las letras, de las artes, del comercio o de la religión. Trata solamente de conquistadores y conquistados, de los medios por los cuales se asegura la victoria y de las causas que conducen a la derrota; pero sobre todo trata de los estados y de sus fundadores, de aquellos que los alteran y los destruyen. Todos los demás problemas, actividades y consideraciones son para él casi indiferentes.

Desarrollando su narración, Maquiavelo toca muy de pasada el conflicto de las Comunas con Federico Barbarroja y de la ayuda que les prestó el Papa. Por otra parte, dedica más espacio a un relato de la reprimenda del Papa Alejandro III al rey Enrique de Inglaterra, "reprimenda a la que no se sometería en nuestra propia época ni siquiera un individuo privado". Después vuelve al tema de los acostumbrados arduos de los Papas refiriendo cómo, a la extinción de la dinastía normanda de Nápoles, siendo incapaces de apoderarse del reino por sí mismos, hicieron que el mismo fuese ocupado por los Hohenstauffen. Y después de hablar de Federico II, sin decir una palabra del importante papel representado por él como promotor de la cultura, se extiende en consideraciones sobre el hecho de que los Papas, con sus constantes inquietudes y rivalidades, llamaron a Carlos de Anjou para que hiciese la guerra a aquellos descendientes del emperador, y le diesen la investidura del reino. Pero cuando Carlos, después de sus victorias en el campo de la guerra, fué nombrado también senador romano, los Papas estimaron que su poder resultaba demasiado grande, y rápidamente presionaron al emperador Rodolfo para que se armase contra él.

"En esta forma los pontífices, unas veces con pretexto de la causa de la religión, y otras para satisfacer sus ambiciones, nunca desistieron de provocar nuevas hostilidades en Italia y nuevas guerras. Y tan pronto como establecían el poder de algún príncipe, se arrepentían de ello, y trataban de provocar su caída, y no podían permitir que ciertas provincias para cuya captura no se encontraban lo suficientemente fuertes fuesen poseídas por otros. Y los príncipes temblaban porque, ya sea por la lucha o por la huida, los Papas resultaban siempre victoriosos". Los Papas degeneraron en todo, debido a su ambición desmesurada. Nicolás III (1277-1281) fué el primero que practicó el nepotismo, y sus sucesores sobrepasaron rápidamente todos los niveles en este mismo aspecto.

"De aquí que, del mismo modo que en aquellos antiguos tiempos nunca se había hecho mención de los sobrinos o parientes de ningún pontífice, desde entonces en adelante se advertirá que la historia está llena de citas a unos y otros hasta tal punto que por nuestra parte tendremos en seguida que hablar de los hijos de los Papas, porque

desde entonces a estos últimos sólo les preocupaba una cosa, a saber, que después de haber tratado hasta aquí de asegurar en cuanto les fué posible legar a sus hijos principados, desde entonces deberían tratar de dejar a sus hijos como herencia el papado”.

En seguida, su ambición creció hasta niveles tales, que Bonifacio VIII volvió sus armas espirituales y temporales contra sus enemigos los Colonna. “Aquellas armas, aunque susceptibles de producir a los Colonna algún daño, lo produjeron mayor a la Iglesia, puesto que las mismas empleadas en otro tiempo virtuosamente al servicio de la causa de la fe, empezaron a perder el filo cuando se volvieron contra los cristianos por motivos de ambición personal. Y así después de un ansia inmotivada de satisfacer sus apetitos los pontífices se encontraron gradualmente despojados de sus armas”.

Otros acontecimientos políticos, incluso de gran importancia, como, por ejemplo, las Vísperas Sicilianas, la lucha entre güelfos y gibelinos, y las vicisitudes del reino de Nápoles, aparecen tratados a la ligera, en tanto que continuamente se mencionan cuantos hechos tienden en alguna forma a justificar las simpatías o antipatías políticas del autor, o a apoyar sus teorías. En esta forma nos damos cuenta cada vez con más claridad de que Maquiavelo no pretendía ninguna ordenación objetiva de los hechos de acuerdo con su valor intrínseco, y en verdad que no logró este tipo de ordenación. Por el contrario, su aspiración constante fué encontrar en la historia la corroboración de su propio esquema de ideas políticas; y esta no era una tarea muy difícil puesto que él la había derivado de la historia y que no era muy escrupuloso respecto a la exactitud de los detalles. Pasa muy ligeramente sobre el viaje a Italia de Enrique VIII y sobre las numerosas consecuencias que resultan del mismo, y se entrega a una descripción mucho más extensa de las pérfidas estratagemas y artimañas por las cuales los Visconti, y en particular Mateo, obtuvieron la posesión de Milán y expulsaron a los Della Torre. Por su parte da a estos acontecimientos su propio colorido, y en los mismos vuelve a dejar las huellas de los procedimientos empleados por el príncipe aventurero, tema que para él parecía ser inagotable. Más adelante, después de la descripción de otros acontecimientos, Maquiavelo, sin motivo aparente, retrocede de pronto un gran trecho, para describir el origen de Venecia. Después se encuentra con otro personaje que reclama su atención, y éste es el tribuno Cola di Rienzo, que, de haber terminado como empezó, habría sido otro de sus personajes más queridos y admirados. De hecho, habla al principio de él con entusiasmo, pero rápidamente manifiesta desdén por el mismo y prescinde de él, al ver que olvida, sin razón alguna, su gloriosa y prometedora empresa de reconstruir la República romana. Después continúa describiendo los desórdenes de Italia; el cisma de la Iglesia, el traslado de la sede papal a Aviñón y su restauración en Roma; los Concilios de Pisa y de Constanza; los designios ambiciosos de los Visconti, especialmente de Giovanni Galeazzo; las extrañas vicisitudes de Giovanna II de Nápoles; las empresas militares de Sforza, Braccio di Montone, y los otros condotieros italianos

que, desde este momento, como dice Maquiavelo, fueron la destrucción de las armas nacionales.

Finalmente termina lanzando una ojeada a la situación política de Italia al principio del siglo xv. Después de enumerar los diferentes estados y potentados que la tenían dividida, termina con estas palabras: "Todos estos prominentes potentados carecían de fuerzas propias. El duque Felipe, encerrado en sus cámaras privadas, y no admitiendo a nadie a su presencia, llevaba a cabo sus campañas por medio de sus comisarios. Los venecianos, cuando volvieron su atención a la tierra firme, se despojaron de las armas que les habían permitido alcanzar la gloria en el mar, y, siguiendo la tendencia de otros italianos, administraron sus Estados mediante gobiernos de segunda mano. El Papa, que no era absolutamente capaz de llevar armas, a consecuencia de sus hábitos sacerdotales, y la reina Juana de Nápoles por su condición de mujer, tuvieron que hacer por necesidad lo que los demás habían hecho por su libre voluntad. Incluso los florentinos estaban sometidos a las mismas necesidades, porque habiendo extinguido su nobleza a causa de sus disensiones frecuentes, siguieron la norma y la suerte de otros".

"Los ejércitos de Italia, por consiguiente, se habían hecho mercenarios, y confiados a condotieros, que hicieron un negocio de la guerra, y unidos todos con intereses comunes, redujeron la guerra a un juego en el que ninguno resultó victorioso." "Ciertamente que al fin ellos llegaron a tal degradación, que cualquier capitán mediocre dotado de una débil chispa del valor tradicional podía haberlos hecho desgraciados a todos ellos, ante la admiración de toda Italia, que ahora por su propia necedad les tributaba honores a todos. Por consiguiente, de aquellos perezosos príncipes y de aquellos ejércitos despreciables estará llena mi historia; pero antes de llegar a aquella parte de la misma, debo retroceder para describir el origen de Florencia, de acuerdo con la promesa que hice al principio". Y después empieza el libro II, que en realidad es el primero de la historia de Florencia.

Resumiendo: después de haber sido Italia dominada por los bárbaros, debido a la decadencia del Imperio y al crimen de quienes por rivalidades o motivos de odio personal habían reclamado la ayuda de extranjeros, disfrutaron de un breve intervalo de paz y felicidad que el sabio príncipe Teodorico logró unir en un solo Estado.

A su muerte, sin embargo, todo futuro intento fracasó en la aspiración de conservar unido el país, especialmente por culpa de los Papas, que, para aumentar su propio poderío, procuraron tenerlo dividido, y convocaron constantemente nuevas legiones de bárbaros y extranjeros para lacerarlo y pisotearlo. Por la misma causa todos los esfuerzos de las Comunas para liberarlo fueron vanos, como fueron vanos también los esfuerzos hechos por otros príncipes para mantenerlo unido. Finalmente, tanto las comunas como los príncipes cayeron en manos de los ejércitos mercenarios, que provocaron su ruina y la de todo el país, ahora expuesto a los golpes de todos cuantos quisieron golpearlo; por lo cual, con la entrada de Carlos VIII, em-

pezaron de nuevo la serie de invasiones y de calamidades. Tal es la idea del primer libro de la *Storia*, idea que, naturalmente, conduce a otra. El único remedio de estos males es la institución de un ejército nacional bajo el gobierno de un príncipe capaz de organizar y de mandar sus tropas, y de hacer uso de ellas para la defensa y la unidad del país, mermando el poder del papado, emancipando y fortificando el Estado, y dejando a su muerte un legado de buenas leyes e instituciones civiles adecuadas para el establecimiento de la libertad. Quien logre esto merecerá ocupar un lugar entre los dioses.

Ahora llega el momento de conocer lo que Maquiavelo tiene que decirnos de la *Historia de Florencia*, en los tres libros siguientes.

NOTAS AL CAPITULO XXIII

1. *Istoria fiorentina tradotta in volgare*, por Donato Acciapoli, vol. I, pág. 62; Florencia, Le Monnier, tres volúmenes, 1856, 1858, 1860. En 1861, el mismo editor publicó la traducción en forma separada, en un volumen en dozavo de su *Biblioteca Nazionale*.

2. L. Aretino, *Istorie*, lugar citado.

3. Prólogo a las *Istorie Fiorentine, Opere*, vol. I, CLI.

4. La opinión expresada por Gervinus aparece en la página 615 de sus *Historische Schriften*, pág. 165.

5. Respecto al nombre de Blondi Flavii, al que algunos llamaron Biondo Flavio, y otros Flavio Biondo, pueden encontrarse en la obra de Masius antes citada las razones que apoyan el uso de ambas formas.

6. *Opere*, vol. I, pág. 7. Algunas veces incluso las frases más simples de este primer libro nos recuerdan a Biondo.

CAPITULO XXIV

LAS "ISTORIE FIORENTINE". LIBROS II, III Y IV SOBRE LA HISTORIA INTERNA DE FLORENCIA HASTA EL TRIUNFO DE LOS MÉDICIS.

El libro II empieza con la fundación de Florencia, a la que sólo se dedican unas cuantas palabras, y pasando después al año 1215, refiere la tragedia de Buondelmonti, a la que atribuye la división de la ciudad en las facciones de güelfos y gibelinos. Los años que transcurren entre 1215 y 1250 no se mencionan porque, como Aretino, Maquiavelo empieza solamente con una narración consecutiva de la historia de Florencia desde el último de los años mencionados y la continúa, en su libro II, hasta 1348. Así resume en el espacio de 80 páginas todo el extenso período que constituye el tema de las largas crónicas de Giovanni. Hace uso constante de este autor, pero solamente menciona una vez su nombre junto con el de Dante Alighieri. Pero hace uso de él en forma muy distinta de la manera en que trata anteriormente de la obra de Flavio Biondo. Prescinde de las tradiciones fabulosas registradas por Villani sobre el origen de Florencia, de los numerosos capítulos dedicados a la historia general europea, e incluso de aquellos que tratan de las guerras externas de la República. Por otra parte, proporciona relatos detallados de las divisiones, revoluciones y reformas civiles internas, y las ordena según su estilo peculiar. La comparación de las descripciones debidas a los dos autores de la tragedia de Buondelmonti, las revoluciones y las reformas de 1250, 1267 y 1280, las circunstancias relativas a Giano della Bella, y los decretos de justicia de 1293, demuestran palpablemente que Maquiavelo se adhirió siempre a su autoridad original. Esto se comprueba más de una vez con los muchos errores en que incurre, algunas veces por culpa de Villani, otras porque no logró dar una interpretación fiel de la significación de esta última. Absorbido por su nueva idea, y consiguientemente por su proyectada nueva orientación de la historia florentina, procedió con cierta prisa, sin pesar demasiado escrupulosamente la exactitud de detalles minuciosos, extendiéndose mucho sobre acontecimientos que se adaptaban a su idea preconcebida, en tanto que muchas veces prescinde de otras de verdadera importancia. Y comprendiendo en espacio tan reducido los numerosos acontecimientos dispersos en los diferentes capítulos de

la crónica, asigna a veces a un mismo año incidentes que ocurrieron en épocas distintas, y eventualmente aparece impreciso al informar del número de Consejos, de la naturaleza de las instituciones, especialmente en aquellos casos en que Villani emplea una terminología política cuya significación precisa empezaba a perderse en el siglo xvi.

Después de algunas observaciones generales sobre el tema de las colonias, Maquiavelo nos dice que Florencia descendía de la ciudad etrusca de Fiésolo, cuyos comerciantes abandonaron la colina y se establecieron en las riberas del Arno, donde unos colonos romanos ampliaron la ciudad nueva, que después conquistó Fiésolo. Después de decir esto, salta rápidamente al año 1215, y describe la historia de Buondelmonti, el incidente al que, como hemos visto, atribuye el origen de los güelfos y gibelinos en Florencia. Y nunca se dió cuenta de que, en los capítulos anteriores, Villani había descrito una serie de pugnas entre la Comuna florentina y los barones de los distritos rurales de fuera de la ciudad —que terminaron con la sumisión de estos últimos, y con su residencia obligada dentro de la ciudad— que, debido principalmente a los Uberti, condujeron al origen de una guerra civil mucho tiempo antes del año 1215. Pero tan pronto como, después de otro gran salto hasta 1250, Maquiavelo empieza la descripción de acontecimientos menos remotos y oscuros, hace un par de observaciones que arrojan una claridad inesperada sobre la historia de las revoluciones internas de Florencia. Advierte que los gibelinos no eran solamente el partido imperial, sino el partido de los aristócratas y de los hombres de influencia, en tanto que los güelfos eran el partido de la Iglesia y del populacho. En consecuencia, las divisiones y revoluciones de Florencia fueron definidas y reguladas por dos órdenes de causas y efectos distintos, es decir, unos internos y otros externos. Por una parte, las vicisitudes del Imperio y de la Iglesia, de los suevos y angevinos de Nápoles; de otra, las antipatías naturales entre los nobles y el pueblo de las ciudades, y el aumento del trabajo y del comercio que da fuerza al último, mientras que la retirada a cierta distancia y la debilidad del Imperio disminuyó la fuerza de los primeros; estas fueron las causas determinantes de lo partidos y facciones de Florencia. Cuando estaba en ascenso el poderío de Federico II, éste favoreció inmediatamente a los Uberti, jefes de los gibelinos, y los güelfos fueron expulsados. Cuando murió Federico II (1250), los burgueses, que eran güelfos, se hicieron dueños de la ciudad y establecieron un gobierno nuevo y más democrático por medio de la llamada *Costituzione del Primo Popolo*.

Maquiavelo hace una descripción entusiástica de esta Constitución popular, pero al hacerla incurre en muchos errores graves. Cree que la Constitución se había formado mediante un convenio entre los güelfos y los gibelinos, cuando en realidad fué elaborada por los primeros en perjuicio de los últimos, y especialmente de los nobles. Cree que había sido la primera Constitución libre de Florencia, afirmando que los florentinos “creen que ha llegado ya el momento de adoptar una forma de gobierno libre”, y no hace mención alguna del gobierno

anterior a cargo de los cónsules, ni de la institución de un podestá, establecida en 1207, según los cronistas, y en fecha todavía anterior según los documentos de la época. Y lo que es peor: atribuye al mismo año de 1250 la creación de un capitán del pueblo y el de un podestá, y llama a ambos simplemente dos jueces extranjeros para casos civiles y criminales. De hecho, solamente el capitán del pueblo se creó aquel año para defender los intereses populares en oposición al podestá, que era de origen más antiguo, de temperamento apacible, y que se puso de parte de la nobleza. Ambos funcionarios eran algo más que simples jueces; porque tenían funciones políticas y militares; tenían la ayuda de dos Consejos; en el campo de batalla mandaban los ejércitos del pueblo y de la Comuna; y examinando todas las cuestiones como una sola, Maquiavelo atribuye al mismo año la institución del Carroccio florentino, que realmente data de una fecha muy anterior.

Mediante esta Constitución, continúa diciendo Maquiavelo, se estableció la libertad, se armó al pueblo, y la República extendió sus territorios.¹ Pero la subida al poder de Manfredo, a la muerte de Federico II, restauró el valor y la fuerza de los gibelinos, que se insurreccionaron, y aunque al principio fueron derrotados en la ciudad, vencieron a los güelfos en Montaperti (1260), regresaron triunfantes y finalmente se ofrecieron al gobierno, que así fué nuevamente arrancado al pueblo y entregado a la nobleza. Hasta este momento la historia de las facciones florentinas había dependido principalmente del desarrollo general de los acontecimientos en Italia; pero desde entonces en adelante la influencia de causas internas empezó a ser preponderante, y Maquiavelo fué el primer historiador que advirtió esto y registra el principio casi imperceptible de una gran transformación en la sociedad florentina. El partido de los gibelinos se identificaba cada vez más con el de la aristocracia feudal; pero su fuerza menguaba lo mismo que el número de sus componentes ante el rápido crecimiento del pueblo, que entonces se orientaba a engrosar las filas de los güelfos. Los nobles, dándose cuenta de la gravedad de este hecho, trataron de hacer un compromiso; pero esto no hizo sino apresurar su caída, y más tarde produjo un cambio total de los partidos en Florencia. Como consecuencia, los gibelinos, aunque dueños aún del gobierno, intentaron conquistar el favor popular, ayudando a la formación de las Guildas Mayores y Menores. Pero esto no fué suficiente. La ausencia del emperador, la gran disminución de su poder en Italia y el triunfo de los angevinos en Nápoles, produjo finalmente el efecto de entregar enteramente la ciudad a las clases trabajadoras que colocaron a los priores de las Guildas a la cabeza del gobierno en 1282. Villani, que no logró captar la verdadera significación y el valor auténtico de la nueva magistratura, se limita a hacer notar que su título derivaba de aquel pasaje del Evangelio en que Cristo exhorta a los apóstoles diciendo: *Vos estis priores*. Pero Maquiavelo, que trató de penetrar en la raíz de la cuestión, sin discutir el origen de su nombre, hace, por el contrario, la siguiente observación justa: "Esta ma-

gistratura fué la causa, como se advirtió en seguida, de la caída de los nobles, puesto que con varios pretextos ellos continuaron excluidos de la misma por el pueblo, y después fueron implacablemente oprimidos.

Después de pasar por alto la batalla de Campaldino (1280), lo mismo que la de Montaperti, a las que dedica dos o tres palabras, Maquiavelo pasa a examinar las sucesivas revoluciones internas que culminaron con los acontecimientos de 1293, que de hecho fueron su consecuencia lógica. Los gibelinos fueron entonces aplastados por el pueblo hasta tal punto que casi desaparecieron enteramente. "Sin embargo, toda aquella atmósfera cargada de tensión que pesaba en todas las ciudades, provocada por la pugna entre los grandes que trataban de apoderarse del gobierno, y el pueblo que quería vivir de acuerdo con las leyes, era todavía muy densa. Las nuevas facciones no salieron a la luz mientras los gibelinos provocaban alarma; pero tan pronto como estos últimos fueron vencidos, las primeras empezaron en seguida a hacer gala de su fuerza. No pasó día sin que se produjese algún agravio a un hombre del pueblo; y las leyes resultaron insuficientes para vengarlo, porque los *Grandi*, con la ayuda de parientes y amigos, hicieron resistencia a la autoridad de los priores y del capitán. Así la tensión hostil siguió aumentando hasta que Giano della Bella logró el establecimiento de los *Ordinamenti di Giustizia* (1293) por medio de los cuales incluso los *Grandi* quedaron excluidos de la señoría y derrotados. "Después de lo cual el pueblo triunfó en toda la línea, y la ciudad alcanzó un grado notable de prosperidad, con verdaderas legiones de hombres ricos y famosos."

Vemos entonces que los gibelinos llegaron al poder con la ayuda del Imperio, pero que después fueron derrotados por los güelfos, quienes a su vez se dividieron en *Grandi* y *Popolani*, y que esta última facción venció y destruyó a la primera. Todo este periodo de la historia florentina es un progreso lento pero incesante hacia el triunfo final de la democracia.

Pero este triunfo no puso fin, ni mucho menos, a las disensiones; por el contrario, señaló el comienzo de una fase de transición de los líderes de los partidos, de rivalidades personales y de nuevas querellas intestinas, que condujo a la tiranía del duque de Atenas. Este fué realmente un episodio sumamente notable de la historia florentina, y está tratado por Maquiavelo con tal extensión y con tanto cuidado que resulta el tema principal del segundo libro de sus *Storie*. El primero describe el temperamento ambicioso de Corso Donati, el perturbador de la República; después, las guerras contra Ugucione della Faggiuola y Castruccio Castracani, de quien proporciona una descripción más fiel que en su fantástica *Vita de Castruccio*; y finalmente se extiende en detalles sobre la llegada del duque de Atenas (1342), llamado por los florentinos para que los gobernase y para que fuese el jefe de su ejército en la campaña que habían emprendido contra los gibelinos toscanos. Debido a sus disputas incesantes, los ciudadanos habían llegado al extremo de que "resultaban incapaces para conservar la liber-

dad, y no podían tolerar la esclavitud". El duque se convirtió inmediatamente en un tirano armado, en un nuevo *Príncipe*, y como no podía ser menos, Maquiavelo hace una descripción minuciosa de él y da una versión elocuente y dramática de la leyenda bien conocida. Toma los hechos de Villani, pero agrega consideraciones, descripciones y discursos de su propia invención, y por la mayor fuerza y grandiosidad de su estilo, nos damos cuenta en seguida de que el tema le resultaba simpático. En verdad, incluso olvida los límites que le imponían las proporciones generales de su obra y se dejó llevar por su tendencia a entregarse a reflexiones, a inventar discursos, y a contar episodios que aumentarían grandemente la atracción que ejerce el gran cuadro histórico-político que presenta a sus lectores.

En el momento en que el duque queda firmemente establecido como dueño de la ciudad, y cuando ya es evidente que trata de convertirse en tirano absoluto, obteniendo el apoyo popular, Maquiavelo hace aparecer en boca de la Señoría un discurso elocuente y muy singular. "Tratáis —dicen los miembros de la Señoría al duque— de esclavizar a una ciudad que siempre vivió libre. . . ¿Habéis pensado todo lo que esto representa para tal ciudad, la fuerza que tiene en ella la palabra libertad, palabra que no podrá ser vencida por fuerza alguna, ni extinguirse por el transcurso del tiempo, y que ningún mérito podrá contrapesar? . . . En una atmósfera de odio universal no hay seguridad posible, porque no podéis saber de dónde puede venir el peligro y porque quien teme a todo el mundo no puede sentirse seguro de nadie. Y si tratarais de comportaros de tal modo, os sumiríais en una sima profunda y peligrosa, porque entonces el odio de los demás se inflama con más ardor y porque así ellos están mejor preparados para la venganza. Y que es sumamente cierto que el transcurso del tiempo no puede consumir la sed de libertad, se deduce de que frecuentemente sucede en una ciudad que esta sed la experimentan quienes nunca disfrutaron de este beneficio, y que lo estiman solamente por el recuerdo que de él le legaron sus padres. . . Y cuando incluso sus padres no se lo recordaron, los edificios públicos, los palacios de los magistrados, los signos y huellas de instituciones libres, cosas todas conocidas y muy estimadas por los ciudadanos, le traen el recuerdo del mismo. ¿Cuáles de vuestras hazañas pensáis que pueden superar a las dulzuras de la libertad, o hacer que los hombres dejen de ansiarla en la situación actual de las cosas? Ni siquiera podríais someter a toda Toscana a este gobierno y regresar a esta ciudad cada día triunfante de vuestros enemigos; porque tal gloria no sería gloria de la ciudad, sino vuestra propia gloria, y los ciudadanos no tendrían por ella nuevos súbditos, sino compañeros esclavos, por cuyo medio se verían sumidos en una esclavitud más profunda. Y por muy sagrada que pudiera ser vuestra vida, por suaves que fuesen vuestros modales, por justos que fuesen vuestros juicios, todo esto no bastaría para haceros amar. Y si estimaseis que bastan estas virtudes seríais víctima de una ilusión, porque para quien está acostumbrado a vivir sin cadenas, toda cadena es dura y toda sujeción le irrita." Así es como la Señoría in-

formó al duque de que su deseo de establecer una tiranía le conducía a una destrucción segura.

Como es bien sabido, Maquiavelo no fué el primero que interpoló largos discursos en las obras históricas. Imitando a los antiguos, los humanistas habían adoptado durante algún tiempo esta práctica y con frecuencia habían abusado de ella. Pero los historiadores de la antigüedad siguieron siendo elocuentes y veraces, aunque nos proporcionan discursos completamente imaginarios, porque hicieron hablar a griegos y a romanos de acuerdo con su genuino modo de pensar. Los humanistas, por el contrario, mediante el esfuerzo que hicieron para presentar a los italianos de la Edad Media y del siglo xv conversando como conversaban los romanos, no lograron otra cosa que una exhibición de floridos trozos retóricos. El mismo defecto se advierte también en muchos historiadores del quinientos.

Sin embargo, los discursos de Guicciardini y de Maquiavelo requieren una valoración distinta. Los primeros ponen a veces en boca de sus personajes palabras que realmente pronunciaron; pero más frecuentemente les hace explicar las causas reales, proyecciones y consecuencias de los hechos auténticos. Y como consecuencia, sus discursos tienen un valor grande y positivo, aunque no siempre libres de floripondios retóricos. Por otra parte, los personajes de Maquiavelo, que hablan, aunque son igualmente ficticios, revelan los propios sentimientos y reflexiones del autor respecto a determinados acontecimientos históricos, y son por consiguiente siempre profundos, siempre muy elocuentes, aun cuando al recordar a los supuestos personajes que hablan nos sentimos impresionados por la notable cantidad de anacronismos y de afirmaciones inverosímiles. ¿Quién puede creer, por ejemplo, que la Señoría florentina se habría arriesgado a la temeraria aventura de dirigirse al duque soldado, que era ya señor de su ciudad, o a manifestar tan profundo amor hacia la libertad? Pero su discurso resulta extraordinariamente elocuente, porque expresa todo lo que las circunstancias sugirieron e inspiraron a Maquiavelo, que, inflamado por su propia narración, resulta que él mismo es realmente el orador y que habla con profunda pasión.

Después de esto, y siguiendo la orientación de Villani, continúa describiendo la tiranía del duque, el odio que provocó en el pueblo, las tres conspiraciones urdidas simultáneamente por tres clases distintas de ciudadanos, y termina haciendo una descripción sumamente viva del furioso estallido de la ira popular, que primero derrotó al tirano y que después se lanzó contra los partidarios y defensores más leales del mismo, especialmente contra el *conservador* Guglielmo d'Assisi y de su joven hijo de dieciocho años. "Las enemistades parecen más ardientes y las heridas más profundas cuando se recupera la libertad que mientras se defiende ésta. Messer Guglielmo y su hijo estaban rodeados por millares de enemigos y el hijo no había cumplido aún los dieciocho años de edad. Sin embargo, ni la juventud, ni la inocencia, ni la hermosura le salvaron de la furia de la multitud; y quienes no pudieron herir a las víctimas en vida, las apuñalaron después de muertas y, no satisfechos aún de

haberlos atormentado, golpearon los cadáveres con sus armas, y los destrozaron con uñas y dientes. Y para que todos sus sentidos pudieran saciarse de venganza, después de haber escuchado sus gemidos, visto sus heridas y tocado sus carnes laceradas, procedieron a paladearlos, para que hasta sus sentidos internos quedasen igualmente satisfechos que sus órganos externos." Incluso estos detalles definitivos están tomados de Villani con muy pocas alteraciones; pero nadie que no fuera Maquiavelo podía haber descubierto estilo tan excelente, especialmente para expresar el odio hacia la tiranía y el amor a la libertad.

Expulsado el duque, y condenados a muerte sus partidarios más fieles, después de otros complots y tumultos, se pusieron nuevamente en vigor los Decretos de Justicia, y de nuevo los nobles quedaron excluidos totalmente del gobierno, que revertió al pueblo. Después de que en tal forma los nobles fueron completamente aplastados, trataron, cambiando de nombre, de confundirse con el pueblo, contra el que ya no se atrevieron a tomar las armas, "y, en verdad, cada vez se manifestaron más sumisos y más abyectos". Así Florencia no solamente fué despojada de sus fuerzas armadas, sino que lo fué igualmente de toda generosidad. Aquí vale la pena notar que Maquiavelo, que deseaba fervorosamente el triunfo de la democracia, y que odiaba a la aristocracia con toda su alma, vió sin embargo y reconoció con franqueza que la caída de esta última conducía a la decadencia de las virtudes militares de las Comunas de Italia y que, como consecuencia, éstas habrían de descansar en lo sucesivo en capitanes mercenarios, que, como se verá en los libros siguientes, provocaron la ruina de la libertad, de la independencia y de la fuerza de la nación.

Así el segundo libro de las *Istorie* tiene muchas lagunas, muchas imprecisiones; omite toda mención de los asuntos externos de la República, se extiende más de lo necesario sobre determinados acontecimientos internos, y pasa en cambio demasiado ligeramente sobre otros; y como es una compilación tomada de la *Crónica* de Villani, carece enteramente de investigaciones originales; sin embargo, prescindiendo incluso de su episodio más importante, el del duque de Atenas, que está descrito con elocuencia vigorosa y espléndida, este segundo libro es, a pesar de todo, una de las obras maestras de nuestra literatura histórica. Porque en él Maquiavelo, con vista de águila, logra dar unidad a la historia de más de cien años. Acontecimientos que, aunque descritos con claridad, aparecen desconectados en Villani, y dispersos como al azar en sus páginas; la cadena de revoluciones, los continuos desórdenes y nuevas instituciones políticas, que según todos los cronistas, e incluso los historiadores, parecen enteramente a merced de la casualidad, producidos solamente por odios brutales y por pasiones feroces, aparecen aquí presentados en una maravillosa relación lógica y convertidos por primera vez en historia auténtica. Porque Maquiavelo comprendió que todas aquellas revoluciones surgieron de la misma causa, tenían un solo objetivo hacia el cual impulsaron constantemente a la República hasta que ésta alcanzó la meta que le estaba reservada. Se trataba de la lucha sangüinaria entre el pueblo, en cuyas venas corría

sangre latina, contra la aristocracia feudal, alemana de origen, y extranjera en Italia. Esta lucha terminó con la destrucción total, primero de los señores feudales, y después de los nobles conocidos con la denominación de los *Grandi*, que tuvo lugar en 1293, y que se completó después de la expulsión del duque de Atenas. Así, todas las revoluciones e instituciones florentinas no solamente formaron un todo único, sino que se sucedieron una a otra como si resultasen de una misma idea. En esta forma, a través del análisis crítico que hace Maquiavelo, esta historia extraordinariamente confusa e intrincada adquiere de pronto la profunda evidencia de un teorema geométrico. La obscuridad ha desaparecido ante la luz eléctrica de su inteligencia poderosa, y el caos ha dejado paso a un orden maravilloso cuya exposición nos legaron los cronistas. El conjunto secreto de la historia florentina está contenido en este segundo libro. Y aquí puede afirmarse con verdad que nadie ha tenido más éxito que él en este aspecto, y que los diversos autores que incluso años después se manifestaron incapaces de seguir la ruta que él había iniciado, fracasaron siempre en la realización de su objetivo, y cayeron en la confusión y en el desorden.

El tercer libro comprende desde el año 1353 al 1414, y es una compilación de tres autores distintos. Hasta 1378 Maquiavelo hace uso de la *Istoria Fiorentina* de Marchionne di Coppo Stefani, en la misma forma que había utilizado a Villani, es decir, tomando solamente pasajes relativos a las luchas internas de la República y sus reformas políticas. El tema especial de este libro es la exposición de la forma en que la multiplicación de partidos conduce a la disolución del Estado, en cuanto los partidos corrompen la ciudad y porque mediante la destrucción de la libertad se prepara el camino para la tiranía. Consecuentemente, el episodio principal es el de la revuelta de los Ciompi (1378), cuando los excesos populares sembraron el germen del futuro poderío de los Médicis, que por aquella misma razón habían sido quienes ayudaron y fomentaron en secreto aquel gran complot. Maquiavelo se apoya, para describirlo, en la historia contemporánea del acontecimiento escrita por Gino Capponi. Pero, como ésta estaba incompleta, se vió obligado en la parte final a volver de nuevo a Machionne di Coppo Stefani. Más adelante en este libro, se refiere también a otros autores; pero es difícil identificarlos a todos, puesto que en este punto la narración transcurre con mucha rapidez. Es mucho más cauto en la selección de autoridades; sus autores favoritos son siempre los mejores y los más dignos de confianza respecto a los hechos para los cuales se refiere a ellos. Pero esto no siempre le impide hacer uso arbitrario de los mismos, especialmente cuando desea exponer algunas de sus propias ideas o teorías políticas preferidas.

Cada uno de los libros de la historia de Maquiavelo va precedido, a guisa de prólogo, por algunas consideraciones generales. En el primero empieza con algunas observaciones breves sobre las migraciones e incursiones de las tribus germánicas; en el segundo trata del establecimiento de colonias. Los libros III y siguientes llevan prefacios que contienen introducciones adecuadas, cada una de las cuales, en términos

claros y precisos, plantea algún problema histórico-político, cuya demostración se hace en la descripción que sigue. Y estas descripciones son de valor inestimable, no solamente por su valor intrínseco, sino porque nos enseñan cómo, a juicio de Maquiavelo, la historia se transforma en ciencia política. Con frecuencia vemos cómo nace esta ciencia a la vida, por así decir, ante nuestra vista. "Las ciudades se dividen y caen víctimas de convulsiones a causa de enemistades naturales que surgen entre el pueblo y la nobleza", así empieza el libro III. Estas enemistades tuvieron a Roma y a Florencia divididas, aunque en forma distinta; porque mientras en Roma se manifestaron en forma de disputas y se calmaron por medio de una ley concebida en beneficio del interés público, en Florencia, por el contrario, empezaron manifestándose en combates, se intensificaron por el destierro y por la ejecución de muchos ciudadanos, y terminaron mediante algún decreto concebido solamente en beneficio de los vencedores. Las disensiones romanas, poniendo al pueblo en contacto estrecho con los nobles, provocaron el desarrollo del valor militar; las de Florencia extinguieron éste al destruir a los nobles. Todo esto sucedió porque el pueblo romano sólo deseaba compartir con los patricios el gobierno de los asuntos públicos; pero el pueblo de Florencia, por el contrario, se propuso excluir a los nobles para gobernar por sí solo. El deseo del primero de los pueblos citados era justo, y los patricios romanos cedieron; pero el del pueblo florentino era injusto, y la nobleza florentina se vió obligada a ofrecer resistencia. Así se provocó la lucha, que trajo como consecuencia el derramamiento de sangre, el destierro, y las leyes fuerse injustas, parciales y crueles. Los nobles se vieron obligados a cambiar de nombre, sus escudos heráldicos y sus vestidos, y a mezclarse con el pueblo de tal modo que el valor militar y la magnanimidad peculiares de la aristocracia se extinguieron, y no pudieron reavivarse en el pueblo, que no tenía aquellas virtudes; consecuentemente, Florencia se hizo cada vez más abyecta y se humilló cada vez más.³

Esta comparación con la historia de Roma, que tan frecuentemente se repite también en los *Discursos*, resulta indudablemente algo forzada. Maquiavelo prescinde de advertir que la aristocracia florentina era feudal y de origen extranjero, a diferencia de la romana; incurre culpablemente en exageraciones notables cuando dice que en Roma la pugna entre el pueblo y los patricios fué siempre pacífica y olvida que ella condujo a una igualdad que más tarde se convirtió en la base del cesarismo. Porque en realidad establece una comparación entre la historia de Florencia y una historia, en cierto modo fantástica, de Roma, a la que atribuye todas las cualidades que él deseaba descubrir en su ideal político. Sin embargo, todo cuanto dice de Florencia es rigurosamente cierto y resultado de un agudo sentido de observación, y sus consideraciones respecto al paralelo trazado por él son también de gran valor intrínseco. Estas consideraciones se parecen notablemente a lo que desde entonces han afirmado los grandes autores modernos al comparar la historia política de Francia con la de Inglaterra. La aristocracia inglesa, uniéndose a la clase media para el gobierno del país, alcanzó

un nuevo aumento de su vigor y de su vitalidad; la aristocracia francesa, separándose enteramente de la clase media y del pueblo, obtuvo su propia destrucción a manos de la democracia triunfante. Inglaterra, por consiguiente, progresó continuamente, tuvo un gobierno fuerte, liberal y bien organizado, en tanto que Francia fué presa de continuas revoluciones y alcanzó una notable igualdad en la que todas las formas de gobierno resultaron posibles y en la que todas se experimentaron. Este punto de vista no es muy distinto del expresado por Maquiavelo en la parte final de la introducción a su tercer libro cuando dice que "Florenxia ha alcanzado tan alto nivel que un legislador experto puede fácilmente moldear en ella cualquier forma de gobierno".

El duque de Atenas había levantado al populacho y utilizó su apoyo para establecer su tiranía. Consecuentemente, después de su expulsión, las luchas de partidos se complicaron con la introducción de una nueva clase de ciudadanos que resultaron un nuevo elemento de discordia. En realidad, Florenxia fué entonces escenario de un perpetuo conflicto entre el *popolo grasso*, formado por los grandes comerciantes de las Guildas Mayores, el *popolo minuto*, o pequeños comerciantes y artesanos de las Guildas Menores, y el populacho. Habiendo decaído las virtudes militares, tuvieron que hacerse las guerras por medio de compañías de aventureros, que solamente combatían a sueldo. En esta situación, la familia de Albizzi y otros burgueses acomodados empezaron a aparecer en la vida pública y a ganar influencia en la ciudad, no ya por la fuerza ni por la violencia, sino por lo que entonces se conocía con el nombre de procedimientos civiles —*modi civili*—, es decir, obteniendo empleos políticos, y persiguiendo y desterrando a sus adversarios acusados de gibelinos, aunque aquel partido había dejado de existir.

Se produjo gran desorden, en suma, y Maquiavelo, para lograr una descripción mejor y más eficaz interpretación de sus propias consideraciones generales sobre las causas y desarrollo de los partidos, de su pena ante el espectáculo de la decadencia de su país y de la inseguridad de la libertad en Florenxia y en toda Italia, hizo comparecer a algunos ciudadanos ante la Señoría, y pone en su boca las siguientes palabras: "Las ciudades de Italia están llenas de cosas que engendran la corrupción. Los jóvenes son perezosos, los viejos viciosos, y sin distinción de sexos y de edad toda la población se consume por las malas costumbres que las buenas leyes, debilitadas por los abusos, son incapaces de corregir. Consecuentemente, las leyes y decretos se hacen ahora teniendo en cuenta los intereses privados en vez de tomar en consideración los intereses públicos. De aquí que las guerras y los tratados de paz y de alianza se hacen no para la felicidad general, sino para satisfacción de las minorías. Y de todas las ciudades desgarradas por divisiones análogas, la nuestra es indudablemente la peor. De aquí resulta que tan pronto como se expulsa a una facción la división se extingue, pero surge otra; porque cuando una ciudad trata de sostenerse por medio de facciones más que de leyes, apenas una facción ha destruído a las facciones adversarias, necesariamente la secta vencedora cae víctima de su propia división interna. Se creyó, por ejemplo, que

cuando los gibelinos quedaron destruidos, los güelfos continuarían durante mucho tiempo viviendo en la prosperidad; pero no sucedió así, sino que, por el contrario, se dividieron en los *bianchi* y los *neri*. Vencidos los *bianchi*, surgieron nuevas querellas a causa de las disensiones entre el pueblo y los aristócratas. Y, en seguida, para dar a los demás lo que nosotros no sabíamos conservar para nosotros mismos, cedimos nuestra libertad ya al rey Roberto, o a su hermano, después a su hijo, y finalmnete al duque de Atenas. Pero como nosotros jamás nos pusimos de acuerdo ni para vivir en libertad ni para existir como esclavos, expulsamos al duque de Atenas, cuya alma sombría y tiránica había sido incapaz, después de todo, de hacernos prudentes o de enseñarnos a vivir. Porque, de hecho, entre nosotros surgieron más pugnas que antes, hasta que la vieja nobleza fué vencida y tuvimos que quedar a merced del pueblo. Se creyó que ahora que se habían frenado las ambiciones de quienes habían dividido la ciudad con su altivo orgullo, terminarían todos los motivos de perturbación. Se ha visto, por el contrario, hasta qué punto son falaces las esperanzas humanas, porque la altivez y la ambición de la aristocracia no se extinguió, sino que pasó a los plebeyos, que ahora, como suelen hacer los ambiciosos, tratan de obtener los primeros puestos de la República, y revivir las luchas entre güelfos y gibelinos que antes habían quedado liquidadas. Tratan, por consiguiente, de destruir los males que nos corroen, la ira que nos consume, el veneno que nos destruye, frenando las ambiciones de aquellos hombres, anulando decretos que provocan la división, y promulgando otros que son favorables a la verdadera libertad y al orden civil".

La Señoría eligió después cincuenta y seis ciudadanos que habían de encargarse de la reforma de la República; pero solamente logró aumentar la confusión, porque, como Maquiavelo había dicho con frecuencia y repetía ahora, "la mayoría de los hombres son más aptos para conservar un buen gobierno que para descubrir por sí mismos un gobierno de este tipo". Como consecuencia, los Albizzi llegaron a ser más poderosos que antes, y cuando el Papa Gregorio XI declaró en Aviñón la guerra contra Florencia, tomaron la dirección del *popolo grasso*, hicieron todos los preparativos necesarios para la defensa, y dirigieron la campaña con tanta energía, que no sólo lograron rechazar a las fuerzas del Papa, sino que las ciudades sometidas a sus propios Estados se agitaron hasta alzarse en nombre de la libertad. Y los Ocho de Guerra, aunque no tomaron en consideración los interdictos, y aunque despojaron a las iglesias de sus riquezas y obligaron a la clerecía a celebrar los ritos religiosos, gozaron de todo el favor del pueblo, e incluso fueron llamados los Ocho Santos, "siendo así mucho más alta entonces la consideración de aquellos ciudadanos para su país que para su propia alma".³

La adquisición de poder por parte de los Albizzi y de los "burgueses gordos" se debió a que los comerciantes ricos, a la cabeza del gran comercio y de los grandes negocios de Florencia, eran las únicas personas interesadas en llevar adelante las guerras externas de la República.

Porque en esta forma podían aumentar el poder del Estado conservando la libertad de tráfico, gracias a la cual acumularon sus riquezas y las riquezas de su ciudad. Como consecuencia, estuvieron siempre dispuestos a hacer cuantos sacrificios resultaron necesarios. Acumularon impuestos sobre sí mismos así como sobre otros, y no sintieron escrúpulos, en caso de emergencia, para restringir las libertades públicas. Los oficios menores, por el contrario, que ganaban su vida en el ejercicio de la pequeña industria y del pequeño comercio local, deseaban con ansiedad la paz y una ostentosa vida pública, indispensable para su propio bienestar. Descaban menos impuestos, mayores privilegios, y al menos una cierta participación en la administración del Estado. Por consiguiente, pudo verse que el *popolo grasso* triunfaba siempre en tiempo de guerra, y que el *popolo minuto* triunfaba en tiempo de paz. Y así, tan pronto como terminó la guerra contra el Papa, se oyeron quejas contra los gastos que se hicieron y contra las cargas fiscales. Por consiguiente, los Albizzi perdieron el favor público.

El *popolo minuto*, por otra parte, ganó terreno y se dió a la tarea de buscar sus líderes. No tardó en descubrir en Salvestro dei Medici un líder experto que, aunque perteneciente a la clase de los ricos, se convirtió desde aquel momento en el campeón de los intereses del *popolo minuto*, y así, con gran sagacidad, empezó a preparar el camino que había de conducir a alcanzar la supremacía de su propia familia. Maquiavelo fué el primer historiador que situó el origen del gobierno de los Médicis en este remotó momento, y el primero que definió con claridad el carácter de su política sumamente astuta y afortunada.

Al ser elegido gonfaloniero en 1378, Salvestro se opuso a los Albizzi, favoreció a los enemigos de éstos y al *popolo minuto*, y puso en vigor los decretos de justicia que habían caído en desuso. Pero era imposible llevar a cabo todo esto sin complots, y sin que éstos complots produjesen consecuencias inesperadas. "Nadie crea —dice Maquiavelo en este punto— que puede hacer cambio alguno en la ciudad y frenar después a su arbitrio las consecuencias del mismo, o regularlas a su propio capricho". Esta medida, en realidad, resultó ser el principio de la revuelta de los Ciompi, que sirvió de tema a una buena parte del libro III y que Maquiavelo describió extensamente, con la ayuda de Capponi, agregando numerosos discursos y consideraciones de su propia cosecha. Logradas las primeras concesiones por el pueblo y por el populacho, éste y aquél empezaron a manifestarse turbulentos, a urdir conspiraciones y a apremiar constantemente a la Señoría con nuevas exigencias. Apenas obtenían alguna de éstas, planteaban en seguida otras más exorbitantes, y al fin empezaron a saquear y a incendiar las casas de los ciudadanos. Ante esta situación el gonfaloniero Luigi Guicciardini reunió a los jefes de las Guildas y les dijo: "Hemos accedido a cada una de vuestras demandas. Se ha reducido la autoridad de los magistrados, se han frenado las ambiciones de los nobles, han sido desterrados muchos ciudadanos poderosos; hemos perdonado a quienes incendiaron casas y saquearon iglesias. ¿Cuándo terminarán vuestras demandas? ¿No veis que nosotros somos más pacientes en la derrota

que vosotros en la victoria? ¿Cuáles serán para vuestra ciudad las consecuencias de todas vuestras divisiones?"

Y después de poner en boca del gonfaloniero estas palabras, Maquiavelo pone otro discurso en boca del representante del pueblo, que de vez en cuando recuerda el lenguaje que Salustio pone en boca de Catilina, trazando con singular elocuencia el cuadro de las pasiones ardientes de la desenfrenada muchedumbre florentina. Presenta una extraña mezcla de paganismo y cristianismo peculiar del Renacimiento. "Si ahora tuviéramos que decidir sobre si debíamos tomar las armas e incendiar y saquear los hogares de los ciudadanos, tal vez yo votaría también por la pobreza pacífica más bien que por la ganancia que representa peligros. Pero puesto que ya estamos en armas, y puesto que ya se han producido muchos males, debemos ahora continuar espada en mano, y asegurar alguna ventaja de los daños ya producidos. Y si la necesidad no puede enseñarnos otra cosa, nos da al menos una lección. La ciudad está saturada de odio contra nosotros, y se están forjando nuevas armas para combatir. Y la única forma de obtener el perdón de nuestros viejos pecados es cometiendo otros, reconstruyendo los edificios que incendiámos y devolviendo las cosas robadas, y buscando muchos cómplices de ellos, puesto que donde son muchos los que pecan no se castiga a nadie; y las pequeñas faltas son castigadas, pero las grandes y graves suelen ser premiadas. Y cuando son muchos los que sufren, pocos buscan la venganza, porque los agravios generales se soportan con más paciencia que los trastornos privados. Por consiguiente, multiplicando nuestros crímenes resultará sumamente fácil obtener el perdón... Me da pena oír que muchos de vosotros os arrepentís de todo corazón de los hechos de que sois responsables y que pensáis absteneros de realizar otros, porque si esto fuese cierto, es que indudablemente no sois vosotros el tipo de hombres que yo creía que eraís, porque ni la conciencia ni la infamia debe infundiros terror, puesto que los que vencen, no importa en qué forma, no tienen que avergonzarse de su victoria. Y en cuanto a la conciencia, no debe preocuparnos demasiado, porque conociendo el temor del hambre y de la prisión, no puede ni debe tener en nosotros cabida el temor al infierno".

Y ahora, en medio del complot, Maquiavelo observa la figura fantástica de Michele di Lando, que medio desnudo y descalzo subió las escaleras de palacio a la cabeza de la muchedumbre, y fué proclamado gonfaloniero por la voz del pueblo. Después, para demostrarnos que este proletario, a quien su imaginación exaltó, era "sagaz y prudente", y que tenía más que agradecer a la naturaleza que a la suerte", nos cuenta una anécdota de su propia invención. Dice que el Michele di Lando, exaltado por un populacho intoxicado por la victoria y sediento de sangre, resolvió encontrar la forma de dominarlo y de impedir la comisión de mayores excesos. Para ello ordenó la detención de Ser Nuto, que era detestado por una buena parte del pueblo, y que había sido destinado por los adversarios de éste para ocupar el cargo de Bargello. Todos sus compañeros salieron precipitadamente, inflamados de ira, a dar caza a Ser Nuto, y Michele aprovechó la oportuni-

dad. Para inaugurar con un acto de justicia el gobierno que había adquirido por un golpe de suerte, no solamente prohibió que en lo sucesivo se incendiaran las casas, sino que instaló una horca en la plaza, para advertir que sus amenazas se cumplirían. Mientras tanto regresó la muchedumbre, arrastrando a Ser Nuto, que fué colgado de la horca por un pie, y como alguien que estaba cerca de él le golpeó un poco, súbitamente se lanzaron todos contra el mismo, no dejando nada de su cuerpo salvo aquel pie. Según Maquiavelo, Michele di Lando no dió directamente orden alguna para que se asesinase a Ser Nuto, porque en realidad no fué necesario darla. El objeto que perseguía al elegir una víctima tan odiada a la que nadie estimaba ni sería capaz de salvar, era saciar por este medio la furia popular. En realidad había logrado salvar la vida y la prosperidad de muchos ciudadanos y rápidamente restableció el orden y la justicia.

Desgraciadamente, nada de esto se ha corroborado por las fuentes históricas. No aparece mención alguna de la muerte de Ser Nuto en el *Tumulto dei Ciompi* de Capponi, porque la narración se interrumpe antes de llegar a este punto; pero la registran otros historiadores a quienes Maquiavelo hace referencia⁴ y todos la atribuyen a un estallido iracundo y espontáneo de la furia popular, sin que ninguno sugiera que Michele di Lando resultase ni remotamente responsable de ella. El asesinato fué un hecho real, y puede verse también que la furia popular disminuyó después de su realización. Pero las órdenes dadas por Michele al pueblo, y su intención de darlas, no aparecen mencionadas por nadie salvo por Maquiavelo, y son sin duda evidentemente de su propia invención. El estaba tan profundamente persuadido de que quien es capaz de alcanzar gran prominencia en la dirección de las revoluciones o de las cuestiones políticas debe necesariamente tener algunas gotas de la sangre de César Borgia en sus venas, que las descubrió donde no existían. Trató de convertir al sencillo cardador de lana que había conquistado una popularidad pasajera y que aunque hizo realmente más bien que mal, no reveló destello alguno de grandeza, en un político de gran visión y de noble carácter. Le hizo objeto de una admiración sin límites, porque le consideró defensor de los derechos populares y porque supuso que nunca intentaría aprovecharse del éxito personal para establecer una tiranía. Y una vez que empezó a describir la figura de aquel hombre, trató de aumentar la atracción que él ejercía, presentándolo envuelto en aureola que trazó su propia imaginación, con frecuencia demasiado bien dispuesta a ver Borgias en todas partes.

Maquiavelo prosigue su descripción hasta el fin en el mismo tono entusiasta. Cuando la muchedumbre volvió nuevamente a provocar excesos, que ni razonamientos ni amenazas pudieron evitar, Michele corrió precipitado por la ciudad, espada en mano, con numeroso séquito de hombres armados y aplastó la rebelión por la fuerza. Así cesaron al fin los complots gracias al valor del gonfaloniero exclusivamente, que acreditó más valor, prudencia y bondad que cualquier otro ciudadano de aquella época, y que mereció ser contado entre los pocos que proporcionaron beneficios a su país, porque su bondad le prohibió

alimentar, ni siquiera concebir, idea alguna que se opusiese al bien público.

Realmente Michele di Lando no fué solamente un personaje mucho menos significativo, sino que con frecuencia fué instrumento involuntario y torpe en manos de Salvestro, y en ningún caso pudo haber sido capaz de aspirar al gobierno absoluto.

Maquiavelo cae de nuevo sobre Machionne Stefani, y en seguida se vale de Aretino y de otros, para, basado en ellos, continuar la narración hasta 1414. En primer término investiga los primeros resultados políticos de la revuelta, que fueron una reacción contra el poder excesivo del populacho, entonces expulsado del Gobierno, y otro triunfo de los hombres de negocios, en los que, sin embargo, las Guildas Menores prevalecieron sobre las Guildas Mayores. Los enemigos de los Albizzi ascendieron ahora al poder, es decir, hombres tales como Giorgio Scali, y sobre todo Salvestro dei Medici, que después de fomentar y dirigir en secreto la revuelta se aprovechó de la reacción que entonces se estaba produciendo no menos en perjuicio del populacho que de las Guildas Mayores. El, y no Michele di Lando, había sido el político astuto, y sus descendientes recogieron los frutos de esta revolución. Maquiavelo fué el primer historiador que tuvo en cuenta este hecho; pero no pudo admirar una política de meros subterfugios, carente de audacia, que fingiendo apoyar los derechos del pueblo aspiraba solamente a destruir la libertad. En consecuencia exaltó e idealizó al modesto y duro cardador de lana que nunca pensó abusar de sus éxitos.

Pero cuando empezó la prolongada guerra entre los florentinos y Galeazzo Visconti, conde de Virtú, señor de Milán que buscaba la forma de hacerse dueño de toda Italia, el Gobierno de Florencia pasó de nuevo a manos de las Guildas Mayores y de los Albizzi, que, como de costumbre, dirigieron la guerra con admirable energía y patriotismo. Pero una vez más se vieron obligados a aumentar los impuestos, y abatieron a las clases más modestas, en forma tal que el descontento de éstas llegó a niveles relativamente elevados. De aquí que tan pronto como desapareció el peligro y se estableció la paz, las masas se rebelaron y se volvieron hacia messer Vieri dei Medici, que había sucedido a Salvestro, y fueron entonces prácticamente dueñas de la ciudad y persiguieron la misma política expectante.

El libro IV describe la forma en que los Médicis se arreglaron al fin para alcanzar la codiciada meta. Empieza el libro en el año 1420, pasando así por alto varios años, y llega hasta el triunfo de Cosme dei Medici, a su regreso del exilio en 1434. El hecho de que durante los años intermedios ocurriesen escasos acontecimientos dignos de mención no es la única razón que explica este salto. Maquiavelo hace ahora uso frecuente de una nueva autoridad en la materia, las *Istorie Fiorentine*, de Giovanni Cavalcanti, que empieza precisamente en el año 1420.⁵ La falta de valor literario condenó durante mucho tiempo su obra al olvido; sin embargo, como descripción contemporánea, se consideró y es realmente una guía notable. Como consecuencia, Maquiavelo se va-

lió con frecuencia de ella e hizo uso de la misma con mucha mayor extensión que de ninguna otra de las autoridades en que se inspiró. A veces, cambiando simplemente el estilo, lo copia lisa y llanamente.

Los Médicis hacen ahora su primera aparición como personajes poderosos, y Maquiavello manifiesta deseo de apartarse de los asuntos internos de Florencia, y en su lugar se extiende sobre las guerras internas que hasta entonces había desdeñado. Sin embargo, en este cuarto libro no se extiende mucho sobre ellas; solamente en verdad las menciona para hablar mal de los líderes mercenarios, para hacer notar la influencia de las guerras sobre las facciones dentro de los muros de Florencia, y la gran habilidad con que los Médicis lograron aprovecharse incluso de las guerras. Toma la descripción de Cavalcanti de algunas de estas campañas a las que da un colorido concebido por él; pero pasa muchas de ellas en silencio, siguiendo en cambio mucho más de cerca al autor en la descripción de algunos acontecimientos de la ciudad. Con frecuencia se entrega Cavalcanti a consideraciones originales, que se expresan en discursos interminables que pone en boca de sus personajes. Estos discursos son altamente floridos, grandilocuentes, y de muy difícil lectura, pero tienen el valor de contener argumentos que realmente se formularon en Florencia respecto a los acontecimientos que se produjeron día a día. Maquiavello no tuvo escrúpulos, por consiguiente, para imitarlos o copiarlos en su historia; y aquellos estallidos retóricos se convierten en elocuencia genuina al conjuro mágico de su pluma, del mismo modo que las descripciones prolongadas y monótonas del autor anterior a él se transforman en manos de su sucesor en otras más rápidas, más realistas y más vivaces. Y como a esto se agrega la relación lógica de acontecimientos que no se encuentra jamás en Cavalcanti, es fácil comprender por qué este IV libro de las *Historias* debe tener un valor propio especial y considerable, aunque comprenden continuos plagios que sólo pueden advertir quienes han comparado las obras de los dos autores. Tal comparación demostrará del mismo modo la facilidad con que un hombre puede transformar las páginas del peor de los escritores en una excelente obra literaria.

Después de una breve introducción sobre los peligros que puede producir la libertad donde no existen buenas leyes que frenen los excesos de los nobles tendientes a la opresión, o las tendencias del pueblo al libertinaje, Maquiavello hace notar que los antiguos tenían en verdad buenas leyes, pero no así las repúblicas italianas, y que consecuentemente las últimas siempre terminaron requiriendo el gobierno despótico de un solo individuo. "Se ha visto un ejemplo manifiesto de ello en Florencia, donde los partidos que nacieron de las disensiones entre los Albizzi y los Ricci, y que fueron tan escandalosamente resucitados por messer Salvestro dei Medici, no se extinguieron jamás. Los merecimientos de los Albizzi respecto a su país fueron realmente grandes; pero no pasó mucho tiempo sin que la familia se hiciera insolente y en el seno de la misma surgieran envidias entre sus miembros, que se destrozaron entre sí, lo que permitió a los Médicis

la oportunidad de establecer gradualmente su propia autoridad sobre el pueblo. Así, finalmente, con gran alegría de las masas, Giovanni obtuvo el puesto de primer magistrado. Y fué inútil que hombres más inteligentes que los demás, especialmente Niccolò da Uzzano, alzase la voz de alarma denunciando que esto resultaría el principio de una tiranía."

En seguida nos lleva el autor a la guerra contra Filippo María Visconti, que aspiraba a la dominación de Italia. Los Albizzi se pusieron de nuevo a la cabeza del gobierno y de nuevo demostraron gran energía en la dirección de la guerra que, sin embargo, terminó en 1424 con la derrota de Zagonara. Cavalcanti dice que la batalla "fué tremenda y mortal al principio", pero que a causa de la falta de pericia de sus capitanes, los florentinos fueron cercados y puestos en fuga. El comandante en jefe cayó prisionero; Ludovico degli Obbizzi, uno de los capitanes, encontró la muerte y un tercero pereció ahogado. Además el enemigo despojó de sus armas a tres mil doscientos caballeros. Todo esto pudo inducir a la creencia de que al menos varios soldados y capitanes habían sido muertos. Pero Maquiavelo, a pesar de tener ante sí las páginas de Cavalcanti, está ansioso de aprovechar la primera oportunidad para manifestar su desprecio por los ejércitos mercenarios, y sin hacer mención de que se hubiera hecho resistencia, termina diciendo apresuradamente que "en la tremenda derrota que ruidosamente se propaló por toda Italia, nadie pereció, salvo Ludovico degli Obbizzi y dos de sus hombres, que arrojados de sus caballos, se ahogaron en el lodo". Ya veremos que siempre repite la misma afirmación respecto a otras campañas en la que se registraron combates mucho más duros y que el número de los caídos se conoció con más precisión.

El resultado inmediato de la derrota de Zagonara fué la caída de las Guildas Mayores y de los Albizzi del gobierno de Florencia. En todos los lugares públicos se oían execraciones contra su ambición. ¡Ahora habían ellos creado los Diez para aterrorizar a sus enemigos! ¡Ya han socorrido a los Forli y los han arrancado de manos del duque! Ya al fin sus intenciones quedan al descubierto y vemos cuáles eran sus aspiraciones; estaban trabajando, no para defender la libertad, que les es hostil, sino para aumentar su propio poder, que Dios acaba de abatir. No es ésta la única empresa con la que ellos han abrumado a la ciudad porque ha habido muchas otras, y la organizada contra el rey Ladislao se parecía mucho a esta última. ¿A quién pueden ellos volver ahora su atención para reclamar ayuda? ¿Al Papa Martín, que ha visto cómo torturaban a Braccio? ¿A la reina Juana, que con su deserción se vió obligada a echarse en manos del rey de Aragón?"

¿Quién podía creer que este discurso estuviese basado en el escrito anteriormente por Cavalcanti? Pero así es.⁶ Veinte ciudadanos fueron elegidos para el reparto de nuevos impuestos, y naturalmente echaron la carga sobre los *popolani grassi*. Como consecuencia, estos últimos se reunieron en Santo Stefano, donde Rinaldo degli Albizzi pronunció ante ellos un discurso, que Cavalcanti ha recogido en quince

páginas, ahogando sus propuestas en un mar de palabras, mientras Maquiavelo lo ha resumido en unas cuantas frases gráficas. Albizzi declaró que era necesario devolver el gobierno a los *Grandi*, y limitar la influencia de las Guildas Menores reduciendo el número de éstas de catorce a siete. Siguiéron otros discursos que Maquiavelo reproduce copiándolos de Cavalcanti. Finalmente, Albizzi recibió el encargo de ganar para su partido a Giovanni dei Medici; pero él se negó alegando que no le gustaban las innovaciones y que era amigo del pueblo gracias al cual él había alcanzado una mayor influencia en la ciudad. Cavalcanti entonces dedica los capítulos IV y V a las guerras externas que restauraron la fuerza de los Albizzi; pero Maquiavelo prescinde de éstos, respecto a los cuales se limita a describir una o dos anécdotas.

Después de hecha la paz, volvieron a estallar disensiones como de costumbre, y Giovanni dei Medici promulgó la ley del Catastro, que indicando el procedimiento de establecer gravámenes fiscales de acuerdo con la cantidad de ingresos comprobados, lo que hasta entonces se había hecho caprichosa y arbitrariamente, encontró la oposición del *popolo grasso*, pero tuvo el apoyo del *popolo minuto*, y pudo finalmente poner la ley en vigor con la ayuda de Giovanni, que murió poco después (1429). La descripción de su muerte, la exhortación que hizo a sus hijos, e incluso los elogios que hace de él, todo está tomado de la misma pluma experta.⁷ Después, pasando rápidamente sobre otros acontecimientos, Maquiavelo llega a la descripción de la guerra contra Luca, que una vez más sirvió a la causa de los Médicis. Porque aunque proclamada a instancias de Astorre Gianni y de Rinaldo degli Albizzi, que fueron designados comisarios de guerra en el campo de batalla, la guerra produjo la ruina de éstos. Astorre Gianni cometió grandes crueldades en Serravezza, no obstante la entrega sin condiciones de aquella ciudad. Como consecuencia, algunos de sus habitantes se quejaron a Florencia, diciendo: "Este comisario vuestro no tiene de humano más que el aspecto, ni de florentino más que su nombre; es como una peste mortífera, una bestia salvaje, un monstruo horrible que no se parece a nada que autor alguno haya descrito jamás".⁸ Astorre fué llamado al punto, y Albizzi, muy irritado por tener que enfrentarse a la acusación formulada contra él de desfalco en el abastecimiento del ejército y en el botín de guerra, abandonó el campo y renunció su cargo. Después de aquellos episodios, la guerra se precipitó por malos derroteros y los florentinos fueron vencidos cerca del río Serchio.

Después de mencionar brevemente estos acontecimientos militares, que describe minuciosamente Cavalcanti, Maquiavelo presenta al fin en escena a Cosme dei Medici, que tan pacientemente había esperado la ocasión que ahora se le presentaba. Maquiavelo lo describe, elogia su conducta, su prudencia singular, y su gran generosidad hacia sus amigos personales, que resultó tan ventajosa para aumentar su poder. El se había manifestado al principio en favor de la guerra contra Luca, pero ahora que, bajo la mala administración de Albizzi, las

cosas habían tomado mal cariz, Cosme calló y dejó que todo el odio cayese sobre el primero. Barbadori había descubierto su engaño, pero no logró persuadir a Niccolò da Uzzano⁹ para que se uniese a los Albizzi y expulsase a Cosme dei Medici de la ciudad. En la narración de esta visita de Uzzano basada en detalles proporcionados por Cavalcanti, Maquiavelo omite el discurso de Barbadori, pero copia, con las modificaciones acostumbradas, el de Uzzano no agregando más que algunas consideraciones de su propia cuenta. “Y sería beneficioso para ti, para tu casa y para nuestra República que tú y cuantos son de tu opinión tuvieseis voz de plata más que de oro, porque entonces sus consejos, procediendo de cabezas canosas y experimentadas, serían tal vez más discretos y más útiles a cada uno de vosotros.” “Nuestro partido es para vosotros el partido de los nobles; pero si esto fuese así, yo puedo recordaros que en Florencia los nobles fueron siempre vencidos por el pueblo. Y lo que es peor, ahora estamos divididos mientras nuestros adversarios están unidos. Y Cosme ha hecho al pueblo mil beneficios.” “Como consecuencia, es preciso que vosotros deis vuestras razones para expulsarlo, porque él es piadoso, servicial, liberal y querido de todos. ¿Tendríais la amabilidad de decirme qué ley prohíbe o al menos censura y condena la piedad, la libertad y el amor entre los hombres? Y aunque todos éstos pueden ser medios que conducen a los hombres hacia el poder supremo en vertiginosa carrera, sin embargo, la opinión general no los considera tales, y por nuestra parte no podemos hacer que el pueblo lo comprenda así, porque nuestros propios procedimientos nos han privado de la fe. Evidentemente, por difícil que pueda ser expulsar a Cosme, sin embargo, con la ayuda de una Señoría bien dispuesta, puede lograrse. Pero muy pronto retornaría, y todo lo que vosotros habríais ganado sería haber logrado la expulsión de un buen hombre que nos devolveríais al fin convertido en un hombre malo; porque su naturaleza se corrompería en manos de aquellos que le ayudaron a recuperar el poder perdido, y a los que él mismo no podría oponerse a causa de las obligaciones contraídas con ellos”.¹⁰ Esto fué, en realidad, lo que ocurrió, y cualquier hombre sagaz podía haberlo previsto fácilmente. Por lo mismo Maquiavelo ha sido objeto de grandes elogios a causa de esta observación rotunda que, como casi todo el resto del discurso, fué tomada de Cavalcanti.

Niccolò da Uzzano murió, y Rinaldo degli Albizzi y Cosme dei Medici siguieron en conflicto, y ambos con sus respectivos partidarios mantuvieron las divisiones en la ciudad. “Siempre —escribe Maquiavelo, copiando una vez más a Cavalcanti— que un magistrado iba a ser elegido, se declaraba públicamente el número de sus partidarios, y muchos de aquel partido y toda la ciudad fermentaba cada vez que aparecían los nombres de una nueva Señoría. Sin embargo, no se presentaba caso alguno ante los magistrados, por insignificante que fuese, que no se convirtiese en una lucha de partidos; se divulgaban secretos; el bien como el mal estaban a merced del favor; se atacaba a los hombres honestos con la misma violencia que a los malos; ningún

magistrado cumplía su deber".¹¹ Una vez más, cuando Bernardo Guadagni, uno de los amigos de Albizzi, iba a ser elegido gonfaloniero, el último, para impedir que se anulase la elección le proporcionó dinero a fin de que pagase los impuestos que aun no había sido capaz de pagar y le rogó que aprovechase su nuevo cargo para obtener la expulsión de Cosme dei Medici, cuyo poder estaba todavía en ascenso. Incluso al dar cuenta de este discurso, Maquiavelo nos proporciona un resumen fidedigno del relato que aparece en Cavalcanti. "Recordó a Guadagni que si messer Salvestro dei Medici había sido capaz de frenar la fuerza de los güelfos, que tenían derecho al gobierno por el que habían derramado su sangre, él (Guadagni) podía hacer justamente con un hombre lo que había sido hecho injustamente con tantos otros. El no le inspiró temor, puesto que sus amigos le defenderían por la fuerza y Cosme no podría lograr de la muchedumbre, que ahora parecía adorarle, más que lo que había logrado messer Giorgio Scali. No había nada que temer de su riqueza, puesto que, habiéndose apoderado de ella la Señoría, sus bienes caerían del mismo modo en manos de ésta. En resumen, este hecho afianzaría la seguridad de la República y le proporcionaría a él mismo la gloria".¹²

También procede de Cavalcanti todo el relato de la prisión, del exilio y del retorno triunfante de Cosme, no sólo en sus líneas generales, sino incluso en sus menores detalles y expresiones. Muchos incidentes que aparecen en Cavalcanti se encuentran descritos por Maquiavelo, pero apenas se encuentra algo en las obras del último que no se encuentre en las del primero. Las mismas palabras de reproche que al fin de este libro, Albizzi, cuando es condenado al exilio, pronuncia contra el Papa Eugenio IV, proceden de la misma fuente.¹³ Maquiavelo, sin embargo, agregó siempre algo propio, no solamente el estilo maravilloso que provocó el cambio mágico, sino la relación lógica y una profunda intuición de los acontecimientos. Es en sus páginas donde nosotros podemos apreciar a través de qué turbulencias de guerra se elevaron al poder los Albizzi y las Guildas Mayores y cómo las Guildas Menores lo alcanzaron, por el contrario, en época de paz; cómo los Médicis estaban siempre acechando en la emboscada, por así decir, detrás de las Guildas Menores, buscando el favor de las clases más modestas, y siempre fingiendo protegerlas para pisotearlas después. En esta forma ha cambiado la difusa y tediosa narración de Cavalcanti en una historia nueva y original, que pone de manifiesto las artes secretas de los Médicis, porque la primera obra está horriblemente escrita; los acontecimientos más graves y los detalles más insignificantes aparecen tratados en ella en la misma forma, relatados uno después de otro, sin orden ni relación entre sí, y por lo mismo privados de su significación lógica y de su valor histórico. A este efecto es sumamente útil establecer una comparación entre las dos obras, y por nuestra parte nos creemos en el deber de dedicar a la tarea mucho tiempo y espacio.

NOTAS AL CAPITULO XXIV

1. Parece que aunque Maquiavelo consultaba entonces a Villani casi como su única autoridad, no prescindía eventualmente de dar un vistazo a Flavio Biondo. En realidad, al hablar de la nueva Constitución, dice: "Los florentinos fundaron su libertad en aquellas instituciones civiles y militares. No se puede uno imaginar la autoridad y poderío que adquirió Florencia en poco tiempo, y no solamente se convirtió en la principal potencia de Toscana, sino que se contó entre las primeras ciudades de Italia y habría alcanzado las cumbres de la grandeza de no haber sido las desgracias de frecuentes y constantes nuevas divisiones." (*Opere*, vol. I, pág. 70.)

2. Para la mejor comprensión del conjunto de esta introducción, en la que se encuentran pasajes un tanto oscuros, será útil compararla con la parte final del capítulo II del libro I de los *Discursos* de Maquiavelo. (*Opere*, vol. III, págs. 18 y 19.)

3. *Ibid.*, vol. I, página 153. Ya hemos hecho notar que esta expresión, citada en otra ocasión por Guicciardini, fué empleada primeramente por Neri di Gino Capponi. El término "Otto Santi" no se encuentra en Stefani, pero está, sin embargo, repetido por Nardi, *Storia*, vol. I, pág. 7. En esta parte del libro segundo, Maquiavelo sigue las *Istorie Fiorentine* de Marchionne di Coppo Stefani, publicadas en *Delizie degli Eruditi Toscani*, del Padre Ildelfonso di San Luigi, volúmenes VII y siguientes. Esta historia está dividida en varios epígrafes. Para darse cuenta de cómo y en qué medida Maquiavelo hizo uso de ella, pueden compararse los siguientes pasajes entre otros: Maquiavelo, *Opere*, vol. I, págs. 141-142, y Stefani, epígrafe 662; Maquiavelo, pág. 143, y Stefani, epígrafe 665; Maquiavelo, pág. 144, y Stefani, epígrafe 674 y 695, etc.

4. Marchionne di Coppo Stefani lo menciona en el epígrafe 795 y Aretino al principio del libro IX. Para más detalles del *Tumulto dei Ciompi*, véase el interesante trabajo con este título publicado por el profesor Carlo Possati en el vol. I de las *Publicazioni del R. Istituto di Studii Superiori in Firenze* (Sección de Filosofía y Filología), Florencia, Le Monnier. En el capítulo IV, párrafo III, el autor describe el destino de Ser Nuto, de acuerdo con relatos auténticos editados e inéditos, y llega a la misma conclusión que nosotros.

5. Las *Istorie* habían de prolongarse hasta 1450, pero realmente se interrumpieron en 1440. En otro trabajo posterior, titulado por el editor la *Seconda Storia*, Cavalcanti refirió los acontecimientos que acaecieron entre 1440 y 1447. Fué un hombre crédulo y fantástico, que sentía una verdadera pasión por la filosofía platónica, tenía poco talento y era mal escritor. Era un gran admirador de Cosme de Médicis, aunque a veces le censuraba. Las *Istorie Fiorentine* fueron escritas durante la prisión que sufrió por no pagar los impuestos. La obra fué publicada por Filippo Polidori en dos volúmenes, con varios documentos en el apéndice. Florencia, imprenta de Dante, 1838 y 1839. La *Seconda Storia*, que describe los acontecimientos desde 1440 a 1447, es menos importante y está peor escrita. Polidori publicó la mayor parte de ella en un volumen adicional. En el apéndice agregó también algunos fragmentos de otra obra de Cavalcanti, un tratado sobre política, o más bien sobre moral, que carece completamente de valor. La *Seconda Storia* fué escrita fuera de la prisión, según el mismo autor declara al principio de la obra. Pero después de todo es justo agregar que la reprensión de Gervino contribuyó en alguna forma a la publicación en Florencia de una buena edición completa de *Historias* de Cavalcanti.

6. He aquí el discurso, tal como aparece en Cavalcanti: "Saciaos, lobos voraces, que antes habríais reventado si en esta ciudad hubiese habido un poco de calma. Siempre estáis provocando nuevas guerras, riesgos innecesarios y abusos abominables. Incluso empezáis la guerra contra el rey sin tomar para nada en cuenta sus derechos y los beneficios que recibisteis de sus predecesores. Ahora saciaos en nosotros mismos, alimentaos con nuestra carne miserable. No nos habéis dejado otros medios de vida ni para nosotros ni para nuestras familias. Vosotros buscáis siempre querrela, pero tened cuidado de cómo manejaís vuestras discordias. . . ¿A quién recurriréis? ¿Con qué ayuda podréis salvaros de la fuerza de vuestros enemigos? ¿Con qué armas defenderéis vuestra ingrata arrogancia? Ya no existen soberanos

de Apulia. Sólo existe Maddona Giovanella, a quien vosotros habéis obligado a someterse a un pueblo bárbaro, por no silenciar a un aventurero vil. ¿Quién os ayudará ahora? ¿El Papa Martín, a quien vosotros desvergonzadamente dejasteis que fuera insultado por vuestros hijos? ¿No sabéis que ellos cantaban algo parecido a esto: *Papa Martino non vale un quatrino y Braccio valente che vince ogni gente?* Vosotros no pensasteis jamás que necesitariais la ayuda de nadie. Pero está escrito que una vez un león necesitó de un ratón. ¿Adónde huiréis buscando un refugio seguro? Ahora podéis hacer la guerra y crear los Diez y decir que ellos inspiran temor al enemigo. Podéis ahora seguir adelante con vuestros locos planes sin fundamento e irresponsables", etc. (Cavalcanti, vol. I, libro II, cap. XXI, págs. 65-67).

7. *Opere*, vol. I, pág. 225; Cavalcanti, vol. I, libro V, capítulos III-V. He aquí cómo empieza Cavalcanti su descripción de la muerte de Giovanni dei Medici: "Dos ratas, una blanca y otra negra, habían mordisqueado las raíces del árbol frutal que había alimentado a aquel excelente ciudadano que se llamó Giovanni dei Medici: sus ramas empezaron a inclinarse rápidamente hacia la dura tierra. Por esta enfermedad Giovanni supo que su vida deseaba reducir sus humores húmedos y frígidos a agua, dispersar su respiración en el aire y entregar su cuerpo a la tierra, y así convirtió sus partes calientes y secas en fuego." Polidori cree que las ratas blanca y negra significan el día y la noche, es decir, su pasada existencia, o tal vez incluso placer y dolor.

8. *Opere*, vol. I, pág. 235. En Cavalcanti el discurso se atribuye a la multitud florentina, en vez de atribuirle a los ciudadanos de Serravenza, y empieza así: "Nosotros sabíamos que jamás de un lobo nace un cordero; y por consiguiente nosotros debíamos haber supuesto que un hombre que descendía de tan vergonzosa estirpe compartiese la naturaleza de sus progenitores y que fuese sanguinario", etc. (Cavalcanti, libro VI, cap. XI.)

9. Maquiavelo, hablando de esta visita de Barbadori a Uzzano, dice que "fue a buscarle a su propia casa, donde este último pasaba la vida en su estudio absorto en sus pensamientos". (*Opere*, vol. I, pág. 244.) Cavalcanti dice que Niccolo se había retirado de la vida social a la soledad de su estudio; y que su mente estaba paralizada por confusiones sumamente graves... En realidad su mano se había convertido en almohada de su barba y de sus mejillas", etc. (Vol. I, libro VII, cap. VI, pág. 380.)

10. "El se alejará en perfecto estado, y regresará en situación completamente distinta, porque se verá obligado a cambiar su carácter y forma de vida, como consecuencia de la investigación que se haga de los motivos, la cual echaría por tierra toda forma adecuada de la vida política. Y esto menos por sus propias faltas que porque él se vería acosado por las instigaciones de malas gentes; porque él se alejaría como hombre libre y regresaría con obligaciones contraídas para con los miembros de la secta de *arrabbiati*, a quienes, a causa de los beneficios recibidos de ellos, al llamarle para que regrese a su país, se vería obligado, por gratitud, a prometer y a prestar ayuda para la realización de sus iniquidades." (Cavalcanti, vol. I, libro VIII, cap. VIII, pág. 386.)

11. *Opere*, vol. I, pág. 248. Cavalcanti dice: "Y en todo caso, en cada nombramiento que tenía que hacerse de un funcionario principal del Estado, cada ciudadano calculaba cuántos habría de un partido y cuántos de otro... Y ninguna Señoría podía ser elegida sin que toda la ciudad se convirtiese en un torbellino", etc. (Vol. I, pág. 494.) Y no había caso, ya fuese justo o injusto, útil o nocivo, que pudiese ser juzgado por tribunal alguno sin que los dos partidos de los ciudadanos luchasen por obtener el control de la sentencia: "Y fué en esta forma como se gobernaba a nuestra pequeña ciudad." (*Ibid.*, pág. 495.)

12. Y en la obra de Cavalcanti leemos: "Nos proveeremos en secreto de partidarios armados y te advertimos que todos los veteranos políticos te adoran con las manos cruzadas. Ellos llevarán armas ocultas bajo sus capas para la defensa de la justicia". (Vol. I, pág. 504.) "No temas nada, y menos que a nada temas al populacho: porque toda multitud que carece de cabeza está perdida... Sigue el ejemplo de messer Giorgio Scali." (*Ibid.*, pág. 505.) "Además, los ricos no permanecerán sumisos a aquel que los exprime porque ellos se alejarán de él tan pronto

como tú lo tengas en tu poder. . . Tu gloria sonará en toda la ciudad; los escritores cantarán tu gloria y tu fama." (*Ibid.*, pág. 506.)

13. En Maquiavelo (*Opere*, vol. I, pág. 259), Albizzi dice: "Pero yo me culpo a mí mismo más que a nadie, porque creí que vosotros, que habiais sido una vez expulsados de vuestro país, habriais podido evitar que yo fuese expulsado del mio." En Cavalcanti (vol. I, pág. 608), el discurso aparece en estos términos: "Yo me censuro a mí mismo de todo corazón por confiar en las promesas de quien no había sido capaz de ayudarse a sí mismo, porque quien es impotente para defender su propia causa nunca podrá defender la de otro."

CAPITULO XXV

LAS "ISTORIE FIORENTINE". LIBROS V Y VI, O EL TRIUNFO DE LOS MÉDICIS Y LAS GUERRAS ITALIANAS. LIBROS VII Y VIII, O LORENZO DEI MEDICI Y LAS CONSPIRACIONES. LOS "FRAGMENTOS HISTÓRICOS". "EXTRACTOS DE CARTAS A LOS DIEZ DE BALIA". EL ESQUEMA GENERAL DE LAS "HISTORIAS".

Los cuatro libros siguientes constituyen la tercera y última parte de las *Storie* y no están muy bien ordenados. Maquiavelo debería ahora haberse ocupado del despotismo de los Médicis y de la manera en que ellos provocaron la destrucción de la libertad. Pero éste era un tema erizado de dificultades para él. Incluso elogiando sus méritos, debía haber censurado duramente su conducta política y era imposible totalmente hacer esto con la libertad necesaria en una obra dedicada a Clemente VII. El 30 de agosto de 1524 escribió a Guicciardini: "Estoy en el campo trabajando en mi *Historia*, y pagaría diez soldi —no diré más— por consultar con vos; porque he llegado a un punto en que vuestra opinión sería para mí sumamente útil respecto a si mis elogios o mis censuras resultan demasiado ofensivos. Sin embargo, estoy dispuesto a decir la verdad, sin proporcionar motivo alguno de queja." En el quinto y sexto libros se detiene a hablar extensamente de las guerras florentinas y de las italianas en general, y condena todavía con más vigor a los capitanes de aventura, insistiendo en que éstos fueron la causa de la ruina de Italia. De vez en cuando vuelve a referirse a los acontecimientos internos, en relación con los cuales todavía hace uso de Cavalcanti como fuente; pero en seguida abandona éstos para reanudar el tema de la guerra. Y en su descripción se refiere a veces a Flavio Biondo, otras a Gino Capponi y a Simonetta, que fué muchas veces testigo presencial de las batallas en cuestión.

Después de algunas alusiones a sus bien conocidas teorías sobre el ascenso y decadencia de los Estados, observa que en toda sociedad humana los primeros que se hacen famosos son los líderes y las hazañas militares, y después siguen en importancia la filosofía y las letras. Las armas producen la victoria, una victoria apacible, en la cual el vigor mental de los hombres no puede ser más honestamente corrompido que mediante las letras. Del mismo modo Italia pasó por estas vicisitudes y fué feliz y miserable sucesivamente con los etruscos y los romanos. Y aunque desde la ruina del Imperio nada se hizo para

redimirla, ni para ejecutar en su nombre hechos gloriosos bajo el gobierno de un príncipe virtuoso, aunque nunca logró una verdadera unidad, sin embargo, una vez tuvo valor suficiente para resistir a los bárbaros. Después llegaron tiempos de paz sin tranquilidad, y de guerra sin peligro. Porque príncipes y Estados se atacaron con frecuencia entre sí; pero no podemos aplicar el nombre de guerras a querellas en que no murió nadie, en que no se saquearon ciudades y en que no se destruyeron reinos. Estas empresas, en realidad, empezaron sin alarma, se desarrollaron sin peligro y se terminaron sin daño. Y así, el valor militar que se extinguió en otras partes a consecuencia de un largo período de paz, entre nosotros se extinguió en un ambiente de guerra del tipo de las arriba mencionadas, como se demostrará con lo que tenemos que decir de la época comprendida entre 1434 y 1494, cuando se volvió a admitir a los bárbaros y cuando Italia quedó nuevamente aprisionada en sus cadenas. Y si en este relato de los acontecimientos subsecuentes de este bajo mundo no hay más que decir de la bravura de los soldados, de la pericia de los capitanes o del cariño de los ciudadanos a su país, al menos podemos referir los fraudes, tretas y estratagemas mediante los cuales príncipes, soldados y jefes de repúblicas lograron mantener la reputación que no merecían." Esta es la introducción al libro V.

Maquiavelo empieza después a hablar de dos escuelas diferentes del arte militar italiano, una encabezada por Francisco Sforza, la otra por Niccolò Piccinine. Hace una descripción apresurada, incompleta, y muy lejos de ser exacta, de sus empresas en los estados pontificios después del año 1433¹ y siempre con el exclusivo interés de proclamar la mala calidad de tales guerras y de sus efectos ruinosos sobre Italia y para la libertad. Expone estas opiniones esporádicamente, a veces volviendo con apresuramiento a la descripción de los asuntos internos de Florencia, para dejar de interesarse por ellos luego con la misma prisa.

El retorno triunfante de Cosme y las persecuciones que siguieron inmediatamente al mismo inspiran al autor ciertas observaciones que revelan su verdadera opinión de los mismos y los motivos que le indujeron a abstenerse de su narración. "No solamente fueron injuriados entonces los ciudadanos por los partidos odiados, sino que se combinaron también en perjuicio de ellos la riqueza, los vínculos familiares y las enemistades privadas. Y si aquellas proscripciones hubiesen ido acompañadas de derramamiento de sangre, se habrían parecido a las de Octavio de Sila. Pero en todo caso sobre ellas cayeron también manchas de sangre, porque Bernardo Guadagni y algunos otros ciudadanos fueron decapitados". Los magistrados no cambiaron, pero se modificaron sus funciones y se disminuyó su autoridad política. Se ideó que mediante la Balía las nuevas elecciones resultasen favorables a los Médicis; siempre había sido de esta suerte la forma de gobierno puesta en práctica por aquella familia. Este libro V dice poco más de la historia interna de Florencia y nuevamente vuelve a describir las principales guerras italianas.

En realidad, traslada después la escena de Florencia a Nápoles, refiriendo la muerte de Juan II, el reinado de Alfonso de Aragón y la guerra librada por aquel príncipe contra los genoveses que se apoderaron de él y de sus dos hermanos y que los entregaron a Filippo María Visconti, a cuyas órdenes habían combatido. En este punto Cavalcanti inventa una arenga extraña y absurda, que supone pronunció el duque en el momento de libertar a sus prisioneros, abrumándolos con galanterías retóricas, ampulosas y vacías.² Maquiavelo, por el contrario, atribuye un discurso a Alfonso de Aragón, que mediante un razonamiento hábil persuade al duque para que le ponga en libertad. No me doy cuenta de que este discurso tenga algún fundamento en la realidad; pero contiene el verdadero motivo por el cual, a juicio de Maquiavelo, el duque debió haber resuelto poner en libertad a sus prisioneros, como lo hizo. "Representaba más peligros para el duque que para nadie —así debió habérselo dicho el rey— consentir el triunfo de los angevinos en Nápoles con la cautividad de los aragoneses. En esta forma Milán tendría a los franceses tanto al Norte como al Sur, y el duque quedaría a merced de ellos. De aquí que nadie tuviese más interés que él en promover la victoria de los angevinos en Nápoles, a menos que prefiriese la satisfacción de un capricho a la seguridad del Estado".

Después se produjo la rebelión de los genoveses, irritados por haber luchado inútilmente, y obligados a devolver a los aragoneses ya en libertad a bordo de sus propias naves; y después siguió la alianza entre Génova, Florencia y Venecia contra Milán, que fué defendida por las fuerzas de Niccolò Piccinini. En seguida Maquiavelo empieza a hacer uso de los *Commentarii* de Neri Capponi, basándose en ellos incluso para su descripción de las guerras entre Sforza y Piccinini.³ Pasa después a las aventuras del famoso y altivo cardenal Vitelleschi, tomadas de Flavio Biondo, y en seguida procede a describir la batalla de Anghiari, provocada y ganada por los florentinos por medio de sus tropas mercenarias, contra las fuerzas de Piccinini, combatiendo a las órdenes de Visconti. Aquí nuevamente el autor se deja llevar por su deseo de hablar mal de los soldados aventureros. Y aunque se refiere a autores famosos que proporcionan descripciones fieles y detalladas de la batalla, no toma en consideración su testimonio para exagerarse a exageraciones casi increíbles. Aunque se ve obligado a admitir que Piccinini fué derrotado en toda la línea, agrega que "en tan completa derrota y en encuentro tan prolongado, que duró entre veinte y veinticuatro horas, no pereció más que un hombre, que murió, no a causa de sus heridas o de alguna otra enfermedad contraída en la lucha, sino a consecuencia de la caída de su propio caballo". "Los capitanes no podían perseguir al enemigo, liberaron a sus caballeros armados contra la voluntad de los comisarios florentinos, contraviniendo toda buena norma de guerra, y después salieron hacia Arezzo para depositar el botín. Por consiguiente, no puede menos de asombrar que el enemigo se comportase en forma tan cobarde que se dejase derrotar por un ejército de este tipo". Sin embargo, los autores de la época no dicen nada de esto. Cap-

poni, uno de los comisarios de campaña, formula graves quejas contra el ejército; pero declara que el enemigo fué perseguido hasta sus atrinchamientos y que se tomaron mil quinientos cuarenta prisioneros. Después, al hablar del cuidado que los florentinos se vieron obligados a dispensar a sus heridos, nos hace comprender sencillamente que la batalla no había sido totalmente incruenta. Flavio Biondo, que también es una autoridad sumamente buena respecto a este período, habla de sesenta muertos y de cuatrocientos heridos, entre las fuerzas del duque; de doscientos heridos y diez muertos entre las de los florentinos, además de seiscientos caballos de ambos ejércitos que fueron abatidos por la artillería. Agrega además que el capitán Astorre Manfredi fué hecho prisionero después de haber sido herido. Bracciolini dice que el enemigo tuvo cuarenta muertos y muchos heridos.

Después de contar la toma del Casentino, gracias a los esfuerzos del comisario Capponi, y la muerte de Rinaldo degli Albizzi, Maquiavelo termina el libro V, y empieza el VI con una introducción en la que reitera sus lamentaciones sobre la forma en que se llevó la dirección de las guerras. Describe los hechos de armas que tuvieron lugar en Lombardía entre Piccinini, que estaba al servicio del duque, y Sforza, que combatió primero a las órdenes de Venecia y de los florentinos y que después cambió de bando y se puso al servicio del duque contra Piccinini, que también había cambiado su bandera. Después, vuelve súbitamente a ocuparse de los asuntos de Florencia, describiendo cómo Cosme había vivido en la mayor rivalidad y celos respecto a Neri Capponi, y a Baldaccio d'Anghiari, y cómo este último fué traicioneramente ejecutado y arrojado desde las ventanas del palacio. Cavalcanti y Maquiavelo atribuyen toda la culpa de este episodio a los amigos de Cosme; pero Guicciardini declara, y tal vez se aproxima más a la verdad, que el principal instigador del asesinato fué el mismo Cosme, que logró desembarazarse así de un enemigo y debilitar a otro, en forma tal que nadie pudo acusarle de culpa.

Después —porque este libro peca contra la unidad tanto como el anterior— se reanuda la descripción de las guerras lombardas y continúa hasta la muerte del duque, que no dejó herederos; este acontecimiento había sido anticipado mucho tiempo antes por Sforza, su capitán y rival. Maquiavelo se entrega después a hacer disquisiciones en un esbozo de la historia de la República ambrosiana y sobre su error capital de elegir como capitán a un tipo como Sforza, que desvergonzadamente la traicionó, atacándola con las armas alquiladas para su defensa. Teniendo a la vista la historia de Simonetta, presenta a pesar de ello una información arbitraria de la fea leyenda,⁴ solamente por su enemistad con Sforza, el destructor de la República, sin hacer justicia ni siquiera al genio político y militar de aquel líder. Y para hacer más extraña la narración, pone en boca de los representantes de la República traicionada un elocuente discurso que nunca se habrían atrevido a pronunciar ante Sforza, pero que demuestra claramente la opinión de su conducta y el amor a la libertad en que Maquiavelo se inspiró siempre. Se supone que la diputación milanesa, al llegar al cam-

pamento del traidor victorioso, se dirigió a él en los siguientes términos: "Sería inútil que nosotros te suplicásemos, o que te hiciésemos promesas, o amenazas, ya que nada de esto produce efecto alguno en hombres poderosos y crueles. Pero ahora que conocemos tu ambición y crueldad nos limitaremos a recordarte los favores que has recibido de los milaneses, para en tal forma probar tu ingratitud y proporcionarnos al menos el placer de echártela en cara. Te tomamos a nuestro servicio cuando todo el mundo te había abandonado y en seguida empezaste a traicionarnos. Porque no has esperado hasta ahora para poner de manifiesto tu alma inicua, sino que ya revelaste tu verdadero ser la primera vez que tuviste el mando de nuestras fuerzas al aceptar en tu propio nombre la entrega de Pavia. Indudablemente fué un error por nuestra parte confiar en quien tantas veces había sido traidor; pero aun cuando nuestra escasa prudencia pueda acusarnos, ello no excusará tu perfidia, y debes juzgarte tú mismo merecedor del castigo reservado a los parricidas".

Este es el episodio principal de los libros V y VI, y a pesar de su composición desordenada, sirve para destacar el fin que persigue y para darles unidad. En realidad, la carrera de Sforza, y los medios por los cuales se apoderó de la Señoría de Milán, primero minando el poder del duque y después traicionando pérfidamente a la República, proporciona el ejemplo más claro posible de la escasa confianza que puede inspirar un capitán de aventura. Después de esto Maquiavelo describe otras guerras, y así se aproxima al final del libro VI, que termina con un relato de los acontecimientos producidos en el reino de Nápoles hasta la muerte de Alfonso de Aragón y la subida al trono de Fernando.

El libro VII se abre con la presentación de excusas por haberse extendido demasiado en la historia general de Italia, alegando que parecía indispensable para la mejor explicación de la historia de Florencia, a la que ahora recurre brevemente, con algunas nuevas consideraciones, por vía de prólogo, sobre los métodos con los cuales los Médicis encontraron el camino que los condujo al poder absoluto aprovechándose de la confusión provocada por la lucha de los partidos.

"En todas las ciudades los partidos resultan inevitables; pero los líderes de los partidos pueden alcanzar influencia y poder bien por procedimientos públicos o por procedimientos privados. Cuando se ha llevado a feliz término una campaña militar o una misión diplomática, o cuando se prestan servicios útiles a la República, entonces se dice de quien logra de tal modo alcanzar influencia que se eleva por motivos públicos, que presta servicios a su país y como consecuencia encontrará amigos y partidarios. Cuando se conceden favores y honores a individuos privados o se les hacen presentes en forma de dinero o de un puesto, cuando se invita al pueblo a diversiones y a festividades públicas, entonces el individuo en cuestión se eleva por conducto privado y se crea partidarios que forman sectas, las cuales siempre provocan males a su vez. Un legislador inteligente tratará siempre de aplastar las sectas, aun cuando las divisiones no puedan evitarse totalmente. Neri Capponi alcanzó el poder por la vía de las medidas de orden público;

Cosme dei Medici lo alcanzó tanto por conductos públicos como por conductos privados y como consecuencia no solamente ganó amigos, sino también partidarios, que formaron una secta. Esta permaneció más o menos unida desde 1434 a 1455 y durante aquellos veintiún años logró, por medio de la Balía, elevarse no menos de seis veces a la jefatura de las cuestiones públicas. Pero después de la muerte de Capponi (1455) se produjo una división entre los partidarios de los Médicis, algunos de los cuales volvieron a preferir la Balía, y otros deseaban que se realizasen elecciones por votación. Triunfaron los primeros, y la secta se hizo más poderosa y audaz que antes. Este gobierno, que duró ocho años, fué insoportable y violento, porque Cosme, viejo y cansado, dejó que sus partidarios hiciesen lo que les viniera en gana, sin freno, y su amigo Lucca Pitti no pensó en otra cosa sino en construir su palacio y aceptó contribuciones de todo el mundo".

La muerte de Cosme ocurrió en 1464, y Maquiavelo se vió necesariamente obligado a insertar un elogio de él. Dice, en efecto, que Cosme es ejemplo único de poder alcanzado en una ciudad libre sin la violencia, solamente por prudencia y astucia. Logró retener el Estado durante treinta y un años, aprovechándose tanto de las divisiones internas de la ciudad como de las guerras externas, porque dándose cuenta del peligro con mucha anticipación, preparó el remedio con suficiente oportunidad. Maquiavelo alude del mismo modo al mecenazgo que Cosme dispensó a las letras y a las artes; pero incluso en este punto no manifiesta inclinación a ampliar el tema de la nueva cultura que entonces se iniciaba en Florencia y en cuyo desarrollo cabe a los Médicis una buena parte. Después, no siendo capaz ni estando dispuesto a decir todo cuanto pensaba del carácter político de Cosme, termina insertando algunos de sus aforismos, que sin duda proporcionan una idea suficientemente clara de la Madre Patria, incluso en sus aspectos menos relevantes: los Estados no pueden ser gobernados a base de padrenuestros; con dos medidas de tela de color carmesí puede hacerse un hombre de valía. Este último aforismo era una contestación de Cosme a los que le acusaban de admitir a hombres de escaso valor en su palacio y en los puestos públicos. Quería decir que a cualquiera a quien se proporciona tela suficiente para hacer una túnica oficial o *lucca*, se le convertiría, por este solo hecho, en un hombre tan respetable como cualquier otro ciudadano.

Entra después la historia de Maquiavelo en lo que constituye el tema principal de sus dos últimos libros. La sociedad italiana se corrompía cada vez más. En todas partes triunfaba el despotismo. La guerra se llevaba en forma cada vez más escandalosa; las únicas protestas, los únicos signos de energía y de amor a la libertad eran las múltiples conspiraciones incubadas durante aquellos años. Por lo tanto, las conspiraciones y los medios con los cuales los tiranos trataban de defenderse contra sus propios súbditos son los temas principales de la narración. Los acontecimientos a que Maquiavelo tenía que referirse desde entonces en adelante, se encontraban registrados en muchas historias contemporáneas y eran nuevos en la memoria de los hombres.

Por esta razón sería inútil hacer una investigación de sus fuentes. Habló de acontecimientos conocidos y repetidos por todos; a veces estudió las descripciones hechas por otros, e incluso algunos documentos confirmatorios; a veces se confió a su propia memoria. Lo que especialmente atrajo su atención fué el análisis de las pasiones y sentimientos que animaron a los conspiradores, cuyos hechos describe y representa con una elocuencia y una fuerza que hacen de aquellas páginas algunas de las más bellas de su historia. Pero aquí también, para lograr mejor sus designios, no tiene escrúpulos en presentar eventualmente hechos y de inventar discursos a su propio gusto.

Empieza describiendo el fin de Jacopo Piccinini, que, estimulado por Sforza, dejó Milán y salió para Nápoles, donde fué asesinado pérfidamente por Fernando de Aragón. Maquiavelo atribuye sin vacilar este crimen a la traición concertada de dos príncipes italianos que, incluso como sus colegas, “temían que otros tuviesen el valor que ellos no tenían y lo aplastaron hasta tal punto que dejó de existir en todos, lo que más tarde resultó ser la causa de la ruina general”. Guicciardini, por otra parte, es más cauto en sus juicios y hace notar que incluso si el convenio —siempre negado con indignación por Sforza— se hizo en realidad, fué imposible comprobar el hecho con alguna certeza, porque los dos soberanos nunca podrían haberlo establecido en forma que pudiesen advertirlo los demás”.

Después sigue el complot urdido en Florencia contra Piero dei Medici, hombre física y mentalmente débil, pero que en esta ocasión se reveló superior a lo que generalmente se esperaba de él. Sin embargo, Maquiavelo presenta sus hechos con un colorido tal que indudablemente intensifica la prudencia y la rapidez desplegadas por Piero. Este recibió una nota de Ercole Bentivoglio dándole cuenta de que sus enemigos habían reunido tropas y estaban ya en marcha hacia Florencia. En seguida, aunque estaba en el campo y postrado por una enfermedad, Piero envió sin pérdida de tiempo despachos para concentrar a sus partidarios armados con la finalidad de valerse de ellos, y transportado en una litera, fué de nuevo regresado a la ciudad escoltado por sus amigos. Una vez dentro de los muros esta prontitud inesperada le permitió arreglar las cosas directamente. Pero Maquiavelo no se satisface con esta sencilla versión del asunto, y para hacer ver que Piero era mucho más sagaz que lo que parecía, pretendió que, dándose cuenta de que el complot estaba urdido contra él, sólo fingió haber recibido una carta de Bentivoglio como pretexto para tomar las armas súbitamente. Sin embargo, su incredulidad respecto a la historia que habla en favor de la inteligencia de los Médicis no le impide censurar la conducta de Piero y de sus amigos al perseguir a sus adversarios tan encarnizadamente “que parecía como si Dios hubiese entregado esta ciudad como presa en sus manos”. Es imposible suponer que desatinos similares fuesen siempre voluntarios, porque con frecuencia encontramos pruebas de lo contrario. En realidad, poco tiempo después, los desterrados, deseando regresar a Florencia, pidieron permiso a Piero. Entre otros, Angelo Acciaiuoli le escribió desde Siena pidiéndole perdón en tér-

minos algo irónicos y casi ofensivos y Piero contestó negando el perdón, pero en términos corteses y suficientemente dignos. Pero las cartas existen aún y Maquiavelo indudablemente las había visto, porque él proporciona el texto de algunas partes de la misma que cita de memoria, aunque alterando el resto para hacer aparecer a Acciaiuoli más humilde, a Piero más duro y más cínico de lo que realmente era. El último fué realmente un excéntrico, a veces, y en tales casos solamente obedecía al capricho de su imaginación.

De aquí se deduce que Ammirato no está totalmente equivocado cuando, al llegar a este punto en sus *Storie Fiorentine*, pierde la paciencia y después de indicar diversos errores que se advierten en la obra de Maquiavelo, declara que éste cambia los nombres y los años, hace adiciones, sustrae otras partes, disminuye éstas, y lo que es peor, que no siempre lo hace por error, sino con propósito preconcebido y para acentuar la elocuencia de su narración.⁵ En realidad, al describir un poco más tarde la batalla de Molinella, en 1466, entre los venecianos y los florentinos, termina como de costumbre con las palabras siguientes: "llegaron a las manos en una batalla campal, que se desarrolló durante medio día sin que ninguno cediese. Sin embargo, no hubo muertos; sólo unos cuantos caballos fueron heridos, y se tomaron algunos prisioneros de una y otra parte. Ammirato⁶ hace notar con justicia que en esto hubo grandes exageraciones, puesto que todos los escritores de la época hablan de varios centenares de muertos, y Guicciardini dice sin rodeos que la batalla fué un "valiente hecho de armas".

Después de esto, Maquiavelo vuelve a ocuparse del tema de la conspiración. Un desterrado florentino, llamado Bernardo Nardi, acompañado por Diotisalvi Neroni, fué a Prato a provocar la insurrección en aquella plaza contra Florencia y contra Lorenzo y Giuliano dei Medici, que entonces habían sucedido a Piero. Al referir este asunto, Maquiavelo narra una escena que no aparece descrita por ningún otro autor, una escena cuya veracidad parece escasa. Dice que Nardi se apoderó del podestá, y que estaba a punto de colgarlo por el cuello, de las ventanas del palacio, cuando el último, ya con el dogal próximo, pronunció un discurso tan lógico y tan bien razonado, acompañado por tantas promesas, que Nardi fué inducido a ponerlo en libertad. Pero en el momento en que el podestá se encontró libre fracasó la conspiración y rodó la cabeza de Nardi. La verdad fué que la empresa fracasó al principio, porque el pueblo se negó a insurreccionarse y el representante del Gobierno florentino no tuvo dificultad para vencer y castigar a los rebeldes.

Luego de la rebelión, de la entrega y del saqueo más inhumano de Volterra, Maquiavelo llega a la descripción del episodio principal del séptimo libro, es decir, la conspiración que contra Galeazzo Maria Sforza, duque de Milán, estalló en 1476. Está descrita con gran vigor, y su estilo se hace más intenso a medida que se aproxima el final trágico del sangriento drama. Con estilo que recuerda a Tácito, el autor describe los vicios del duque, que ofendía a todo el mundo, que insultaba a todos, jactándose públicamente de las mujeres que había deshonrado,

y registra el odio feroz contra su tiranía que se agitaba en las mentes de sus víctimas. Al componer la narración, Maquiavelo debía sin duda conocer la audaz confesión de Olgiari, después publicada por Corio, y en efecto hace un relato veraz y muy entusiasta del ardor de este joven y de sus dos compañeros y de cómo fueron éstos y aquél inducidos a la conspiración por los autores latinos que habían estudiado con su maestro Niccolò Montano: sus discursos y preparativos preliminares, su celosa instrucción en el arte de asestar golpes rápidos y efectivos con dagas envainadas y sobre todo la extraña mezcla de odio pagano contra la tiranía, con el sentimiento cristiano mediante el cual trataban de justificar aquel odio, todo realizado y presentado ante nosotros con tan poderoso sentido de expresión gráfica que nos permite una percepción animada y precisa de las ideas y sentimientos de la época. En estos aspectos, no hay nada comparable con este pasaje en ningún otro autor, ni antiguo ni moderno. Y Maquiavelo se supera a sí mismo cuando, después del asesinato del duque en la iglesia, describe el fin heroico de Olgiari, único de los conspiradores que sobrevivió a los primeros estallidos de la ira popular. Al ser sometido a tortura, este joven, como aparece incluso en los documentos de su proceso, invocó la ayuda de la Virgen y caminó a grandes zancadas sin vacilar hacia el cadalso, entonando cánticos latinos que elogian la libertad. Evidentemente que ninguna obra italiana en prosa puede apenas proporcionar estilo más vigoroso y elocuente que el que emplea Maquiavelo en este punto.

Sin embargo, Maquiavelo alcanzó todavía niveles más elevados. El libro octavo es una continuación del séptimo y prosigue con el mismo tema. Habiendo ya explicado en los *Discursos* su punto de vista general sobre la conspiración, el autor ahora, sin preámbulo alguno, entra en seguida en la historia del complot Pazzi que estalló en Florencia en el año 1478. Porque este fué el punto central, la culminación de esta serie de hechos oscuros y sangrientos registrados en los dos últimos volúmenes de las *Historias*. Había sido ya narrado por Poliziano y por otros testigos presenciales y era, por lo tanto, bien conocido en toda Florencia. Maquiavelo debe haber interrogado seguramente a más de uno de los que estuvieron presentes en el lugar de los mismos, y leído la confesión de Montesecco, uno de los conspiradores, que se hizo pública cuatro meses después del acontecimiento y que aparece también registrada por Guicciardini. La narración de tan famoso complot no dejó margen para variantes caprichosas; en efecto, no sólo es un relato exacto y fiel, sino que es también una obra maestra de estilo. Una o dos veces el autor se deja llevar por su propia elocuencia y agrega algunos detalles intrascendentes de su propia invención; pero como no cambia los hechos esenciales, aquellas modificaciones sirven solamente para darle tintes más vivos. De vez en cuando la narración viva y realista queda interrumpida por consideraciones breves, pero estos paréntesis fortifican más que debilitan su efecto.

Montesecco, que era un soldado aventurero, se negó a tomar parte en la ejecución del complot al saber que Lorenzo y Giuliano iban a ser

apunñalados en el Duomo en el momento de la elevación de la hostia. No quería agregar el sacrilegio a la traición. Para sustituirlo fueron elegidos apresuradamente otros hombres, y como uno de éstos era un sacerdote, se creyó que tal vez tuviese menos escrúpulos, a causa de su mayor familiaridad con las cosas sagradas. Pero, por el contrario, este hombre fué causa de la ruina de la empresa, porque en asuntos de tal especie más que en ningún otro se necesita una mentalidad grande y resuelta y experta en cuestiones de vida y muerte, en las que sucede con frecuencia que incluso hombres experimentados en la guerra y manchados de sangre no pocas veces carecen de valor. Maquiavelo no tiene rival indudablemente como especialista en la descripción de los conspiradores, que, para asegurar el golpe contra sus dos víctimas predestinadas en el mismo momento, van a buscar a Giuliano y lo escoltan hasta la catedral. "Es verdaderamente digno de notar que odio tan grande y una resolución tan fija para cometer tan monstruoso exceso, pudieran ser tan valerosa y persistentemente ocultados por Francesco (Pazzi) y por Bernardo (Bandini). Porque mientras lo conducían al templo le iban entreteniendo, e incluso ya en la iglesia lo distraían con bromas divertidas y con conversaciones frívolas. Ni siquiera, al fingir acariciarlo, olvidó Francesco presionarle en el brazo, para comprobar si llevaba coraza o acaso alguna otra armadura defensiva".

Después, en el momento calculado, se arrojó sobre él y "lo cosió de heridas; y le atacó con tal resolución, que en la ceguera de la furia, él mismo se causó una lesión grave en una de sus propias piernas". Lorenzo escapó de aquel golpe de los asesinos, y Bandini, viéndolo vivo aún cuando ya Giuliano estaba muerto, se precipitó inútilmente sobre él porque mató a otro que se interpuso entre ambos, y Lorenzo tuvo tiempo de salvarse huyendo a la sacristía. Fué tan grande el tumulto, que parecía que la catedral se venía abajo. La confusión terrible de la multitud, los gritos, los hombres heridos y los charcos de sangre aparecen ante nuestros ojos como un cuadro vivo, y no menos gráfica es la descripción de la carnicería provocada durante los días siguientes por el populacho enfurecido, azuzado por Lorenzo dei Medici, que estaba sediento de tomar venganza de los conspiradores. Francesco dei Pazzi y otros fueron colgados de las ventanas del palacio Vecchio; su anciano pariente, Jacobo, en vano imploró la ayuda del pueblo y en vano invocó también el nombre de la libertad. "El primero ensordeció ante la fortuna y la generosidad de los Médicis; la última era ya desconocida en Florencia... Los miembros de los hombres asesinados se exhibieron clavados en picas, o arrastrados por todas las calles de la ciudad". Jacobo fué capturado cuando trataba de escapar a los montículos vecinos y ni siquiera los campesinos le escucharon cuando les pidió que por piedad le diesen muerte. Condenado a muerte y enterrado en la tumba de familia, su cuerpo fué exhumado después como exco-mulgado y enterrado cerca de los muros para ser de nuevo desenterrado y arrastrado por las calles de Florencia, atado al mismo dogal con el que fué ahorcado. Por último, el cadáver fué arrojado al Arno, donde

durante mucho tiempo se le vió flotando, espectáculo que produjo terror a todos cuantos lo vieron.

Después de este episodio culminante, los libros VIII y último continúan describiendo otras guerras y conspiraciones italianas, hasta la muerte de Lorenzo dei Medici, en 1492, con el que la obra termina. Maquiavelo describe extensamente el carácter de Lorenzo, y tiene mucho que decir en su elogio. Le llama capaz y afortunado en todo, salvo en asuntos de negocios, que le fueron tan mal como a Cosme. Alude en términos generales a las obras públicas realizadas por él, a su patronazgo de las letras y de las artes y a la gran fama que alcanzó entre todos los príncipes contemporáneos. "Esta reputación aumentó cada día su propia sagacidad, porque era elocuente y de agudo ingenio en sus discursos, discreto en sus resoluciones y rápido y valeroso en la acción. No puede achacársele vicio alguno capaz de manchar sus múltiples virtudes, aunque era muy adicto a los placeres sensuales y se deleitaba con la compañía de hombres graciosos y sarcásticos, y las diversiones infantiles le atraían más de lo que parecía conveniente a una persona de su categoría".

Estos elogios, aunque en su mayor parte son merecidos y los reiteran todos los autores, resultan sin embargo sumamente vagos e indefinidos, puesto que expresados o comprendidos sin muchas limitaciones era imposible que Maquiavelo tuviese admiración por un hombre cuyas artes habían logrado la destrucción de las libertades florentinas, y que se había dedicado fervorosamente a proteger a artistas y *literati*, cuando, por el contrario, debería haberse sentido obligado a adiestrar a los hombres para el servicio militar. Pero Guicciardini, que nunca había experimentado un entusiasmo muy ardiente por la República, y que escribió su *Historia Florentina* en su juventud, cuando los Medicis estuvieron en el destierro y nadie preveía la posibilidad de su retorno, fué capaz de hablar de Lorenzo con extraordinaria libertad e independencia mental. En efecto, su retrato de aquel príncipe es mucho más fiel, su juicio sobre el mismo mucho más preciso y definido. Dice que era un tirano, pero que era el más cordial de todos los tiranos. Reconoce y elogia la versatilidad, la elegancia y la originalidad de su intelecto. Como político, lo estima inferior a Cosme, que en circunstancias más difíciles provocó menos peligros, y fundó un Estado que Lorenzo estuvo muchas veces a punto de perder. El último era profundamente orgulloso, gobernaba sobre la base de la desconfianza y del espionaje, exaltaba a hombres de escasos méritos, humillaba a otros de gran autoridad y crédito y fué causa de la corrupción general. Y Guicciardini declara todo esto con la mayor calma, sin descubrir siquiera la menor vehemencia ni en favor ni contra la libertad, ni en pro ni en contra de los Medicis.

En seguida llegamos a los *Fragmentos Históricos*,⁷ simples páginas desconectadas que se escribieron para ser incorporadas a libros que habían de escribirse después y que nunca se terminaron. Al examinar éstos, podemos comprobar fácilmente la forma en que fueron redactados por Maquiavelo, e incluso el procedimiento seguido por él para escribir

el período más reciente de sus *Historias*. Los *Frammentos* comprenden desde el año 1494 a 1499, y se dividen en dos partes; el segundo, que es el peor ordenado de todos, lleva el título de *Estratti di lettere ui Dieci di Balía*. Es sabido que estos magistrados tenían la misión de recibir las comunicaciones de los comisarios de guerra y a los embajadores. Los *Estratti* de Maquiavelo fueron tomados de aquellas cartas y son simplemente memorándum que sirvieron para la composición de sus *Frammenti*, que a su vez son fragmentos desconectados de las *Storie* y generalmente describen las guerras de la República. Los *Frammentos* son de estilo muy desigual; algunos están casi terminados y forman composiciones ya retocadas, en tanto que otros, por el contrario, no son todavía otra cosa que un simple esbozo inicial de borradores. De vez en cuando nos encontramos incluso con una fraseología muy parecida a la de las cartas de las que están tomados. Con mucha frecuencia leemos frases como la siguiente: "Vuestros soldados, vuestros embajadores hicieron o dijeron esto o aquello". En otra parte, aparecen simples notas destinadas a facilitar el uso personal de las mismas por el autor, tales como la siguiente: "Recordar que debo pedir a Francisco Pepi una contestación a esto". Y naturalmente se advierte todavía más la negligencia de un primer esquema en el *Extracto*, a partir de 1497, y que trata principalmente de cuestiones toscanas y de la política interna de la República, aunque apenas está bosquejado por el autor, que advierte que se propone examinarlo más detenidamente en una época posterior. "El día 8 de abril de 1498 murió de apoplejía el rey Carlos y el mismo día se produjo el episodio del fraile, del que debe darse un relato detallado".⁸ En otra parte se refiere a las investigaciones en proyecto entre las cartas y documentos de los archivos: "Una información completa sobre el asunto se encontrará en una carta que se conserva en el archivo. Hay muchas cartas en éste, en las que puede obtenerse información respecto a cómo y cuándo vinieron las fuerzas del enemigo a Marradi".

El procedimiento de redactar historias contemporáneas era entonces muy original.

El *Diario* de Buonaccorsi es totalmente una compilación de cartas oficiales dirigidas a los Diez y a la Señoría; los diarios de Marin Sanuto son también poco más que una gigantesca colección de cartas e informes de embajadores, con adición de muchas otras escritas por individuos particulares. Maquiavelo, sin embargo, estando como Guicciardini dedicado a escribir una historia, no un diario, se vió obligado a ordenar sus materiales y a dedicar una gran atención a su estilo. De aquí que, después de ordenar sus notas, trabajó con mucho cuidado en algunas partes el aspecto narrativo de su obra; después organizó el conjunto de ésta de acuerdo con un plan general, que revisó y redactó varias veces. Incluso sus *Tipos Florentinos*..., *Nature di nomini fiorentini*, no son otra cosa que cuatro retratos ya escritos y revisados, para su inserción ulterior en sus *Historias*, como se demuestra claramente observando su composición, y la de uno o dos de los mismos que ya estaban incorporados en los *Frammentos*.

Pueden encontrarse más de mil pruebas del cuidado extremo con que Maquiavelo retocó su estilo. Entre sus manuscritos aparecen no pocas partes de un esbozo de las *Historias* que parece haber sido objeto de varias revisiones. Se ha publicado recientemente, y si lo comparamos con la versión impresa de la misma obra, revisada posteriormente por el autor, veremos que las correcciones finales fueron simplemente, en general, alteraciones de estilo, y podemos formarnos una idea del principio que las inspiró. Maquiavelo sigue raras veces la moda, entonces tan en boga entre los literatos, de utilizar palabras o frases elegantes para hacer que sus períodos aparezcan más latinizados que el original. Por el contrario, sus correcciones aspiraban a simplificar su estilo, y a acentuar su vigor y fuerza a base de sencillez.⁹ El lenguaje hablado, con toda su frescura nativa, a veces incluso con sus expresiones idiomáticas, no queda nunca totalmente desterrado de las *Historias*, aunque se esfuerza por comunicarle suavidad, fuerza, y por pulirlo, mediante el estudio continuo de los clásicos latinos. La fuerza y originalidad maravillosa de su estilo deriva fundamentalmente de su autocontrol, que le permite expresar con límpida veracidad sus ideas más elevadas y ardientes. Y cuando hace uso de las expresiones más familiares es cuando se deja llevar por el impulso del entusiasmo. Dante Alighieri escribe del mismo modo en forma extraordinariamente clara y espontánea en los más sublimes de los Cantos de la *Divina Comedia* y es por lo mismo el más grande de nuestros poetas, del mismo modo que Maquiavelo es indudablemente el mejor de nuestros prosistas.

Este profundo vigor es la consecuencia de las características inherentes a la mentalidad de Maquiavelo, de su profundo amor por su país y por la libertad de éste. Porque éste es el espíritu que anima el contenido de sus *Historias*, no menos que el de sus escritos políticos. En el historiador no desaparecen nunca el patriota y el filósofo. Como hemos visto, éste es el origen de los méritos y defectos de la obra, y se verá todavía con más claridad al comparar ésta con la *Historia de Italia* de Guicciardini. Esta última no contiene teoría alguna que haya que demostrar, ni nunca se revela en ella que el autor aparezca arrebatado por el entusiasmo, sino que por el contrario siempre se manifiesta calmoso, frío e impasible. Es cierto que eventualmente se deja llevar por un impulso de autoelogio que resulta exagerado e incluso produce la impresión de una desestimación extravagante de sus adversarios políticos. Pero en seguida vence un instinto irresistible de presentar las cosas como realmente son, con sus causas y resultados inmediatos, porque ésta es la peculiaridad distintiva de su talento. En sus *Ricordi* autobiográficos, Guicciardini revela sus propias debilidades, los defectos y vicios de sus antepasados, con una franqueza que parece cinismo, pero que no es otra cosa que una pasión evidente por describir a los hombres en su realidad desnuda.

Y si Guicciardini no siempre logró descubrir la relación racional de la gran multitud de hechos que presenta ante nosotros, nunca trata de establecer entre ellos una relación artificial. Incluso se adhiere demasiado a la forma de anales, que Maquiavelo había descartado ya, y

así se ve continuamente obligado a interrumpir la narración para reanudarla al año siguiente. Esto mismo hace con frecuencia que su obra resulte muy intrincada y laboriosa. La historia de Italia es mucho más compleja que la de Florencia, y está tan llena de acontecimientos que incluso hoy no podemos lograr ordenarlos en una secuencia lógica y con unidad racional. Pero el espacio de tiempo que abarca la obra de Guicciardini es mucho más limitado que el comprendido en la de Maquiavelo. El primero de ambos autores citados se dedica principalmente a describir los acontecimientos contemporáneos, en muchos de los cuales él mismo desempeñó una prominente parte activa: su conocimiento de éstos y de las individualidades que intervinieron en su desarrollo es siempre muy extenso y profundo a la vez. No quedó margen para formular hipótesis ni teorías, ni siquiera para investigar el desarrollo de las grandes leyes de la historia ni las causas remotas de los acontecimientos; sólo se necesitaba un estudio detallado de la realidad y la investigación de la misma. Y en esto ciertamente Guicciardini todavía no tiene rival.¹⁰ Sus investigaciones fueron numerosas y su experiencia grande; nadie pudo superarle en la comprensión y delimitación del carácter de los estadistas y de las intrigas diplomáticas más embrolladas de su tiempo. Nacido y educado en Florencia, entonces foco principal de la actividad política, del talento y de la cultura, fué enviado, en su juventud, a la corte de Fernando el Católico, donde conoció los asuntos de Europa. A su regreso a Italia, ocupó altos puestos al servicio de los papas. Hubo de gobernar extensas provincias en momentos muy difíciles; tuvo una participación importante en los grandes acontecimientos que entonces se desarrollaban en Italia y siempre demostró tener las características de un auténtico estadista. Esta experiencia y aquellas cualidades se advierten muy claramente en su obra.

Los italianos habían aprendido hacía mucho tiempo a escribir admirables historias de los municipios; Guicciardini fué el primero que escribió una historia realmente general de notable mérito. A su penetración florentina, que no tenía rival, unía un conocimiento práctico de la política general de Italia y de toda Europa y una independencia y amplitud de juicio nunca obstruidas por prejuicios locales, que jamás le impulsaban a entregarse a especulaciones temerarias. Todo esto puede observarse en su historia y en sus discursos. Mientras las obras de Maquiavelo parten con frecuencia de una idea general y aunque están consagradas a la demostración de la misma, las de Guicciardini, por el contrario, tratan de exhibir la naturaleza intrínseca y la relación de los hechos con sus causas y con los resultados inmediatos; y solamente se proponen apuntar lo que es preciso hacer o lo que es posible en un momento dado.

El adagio frecuentemente repetido de que el estilo es el hombre, resulta evidentemente demostrado en este caso. La *Storia Fiorentina*, lo mismo que el conjunto de las *Obras inéditas* escritas en su primera juventud o en medio del torbellino de los asuntos, sin pretensiones de mérito literario, son tan gráficas, tienen una elegancia tan espontánea, que es fácil confundir su estilo con el estilo de Maquiavelo, si no fuera

por el ardoroso entusiasmo que anima siempre a éste y que nunca afecta a la serenidad inmóvil del primero. Pero cuando Guicciardini se puso a escribir la *Historia de Italia* y se dispuso a llevar a cabo la tarea con mayor pompa y dignidad, aumentó la fuerza e incluso la elocuencia de su estilo; pero por lo mismo perdió su sencillez pristina y resultó artificial. Su fraseología, muy cuidada, y sus párrafos demasiado ciceronianos resultan penosamente pesados al lector. No hay motivos para afirmar que estos defectos se debieron a falta de tiempo para corregir y revisar su obra. Por el contrario, se debieron a una preocupación por retocarla demasiado, excesivamente preocupado por lograr efecto hasta tal punto que el autor modificó y arruinó su estilo. Advertimos las pruebas más evidentes de este supuesto en sus manuscritos originales, que aparecen corregidos y copiados una y otra vez. Sus cartas e informes, escritos bajo la presión del momento, son, por el contrario, muy sencillos y elegantes. Cuando se proponía elevar sus ideas y presentarlas envueltas en vestiduras más grandiosas y grandilocuentes, no podía evitar expresarlas con el punto de vista de un extraño y llenarlas a la vez de vicios y de artificio. Maquiavelo, por otra parte, encontró sublime cuanto sintió con más profundidad y cuanto era más afín a su mente y por tanto sus ideas preferidas. Era entonces cuando él mismo se superaba y cuando se manifestaba cada vez más natural y sencillo. La llama del patriotismo ardía más intensa y más pura en él que en Guicciardini, y él fué el más notable de los escritores, porque fué el mejor de los dos, no obstante las calumnias de que sus detractores le han hecho víctima.

NOTAS AL CAPITULO XXV

1. Maquiavelo dice que Sforza y Fortebraccio hacían incursiones en los Estados de la Iglesia por su propia cuenta, porque no podían vivir sin hacer la guerra; pero la verdad era que los enviaba allí el comando secreto de Filippo Maria Visconti.

2. Según Cavalcanti, el discurso del duque empezó así: "Oh serenísimos reyes, oh gentilísimos señores, oh ilustrísimos caballeros: vosotros no sois cautivos, sino más bien los captores de nuestro amor", etc. (Vol. II, libro IX, cap. V, pág. 11.)

3. Dejemos que el lector compare los términos en que Maquiavelo (*Opere*, vol. VII, págs. 37-40) refiere la recepción que hizo a Capponi el Senado veneciano, con el relato hecho por Capponi del mismo incidente en sus *Commentarii*. (Muratori, *Rivista Italiana*, vol. XVIII, columnas 188-189). Incluso de la descripción de las diversas rutas que Sforza pudo haber seguido, resulta claro que Maquiavelo se apoya en Capponi. Un poco más adelante, el último (columna 190 D) habla de la derrota de Piccinini por Sforza, cerca de Brescia, y relata cómo el primero huyó a través del campamento a espaldas de un esclavo. Para que la historia resulte más romántica, Maquiavelo nos dice (vol. II, pág. 44) que Piccinini tenía un criado alemán muy fuerte al que persuadió para que le metiera en un saco, y como si fuese cargado como material de guerra, lo transportase a través del campo enemigo, donde no había vigilancia, y así asegurar su fuga. En realidad, el alemán, "cargándolo a la espalda, y disfrazado de cargador, pasó todo el campamento sin dificultad y lo puso a salvo entre sus propios hombres".

4. Sus errores son varios. Por ejemplo, nos dice (*Opere*, vol. II, pág. 98) que el duque de Saboya combatía en favor del duque de Orleans, en tanto que él era un combatiente por su propia cuenta: que Sforza quería cruzar el Adda para atacar el territorio de Brescia, y coloca a Brescia y Caravaggio en los lados opuestos

del río (pág. 99), a pesar de que ambos están situados en la margen izquierda. Y fué Gismondo Malatesta el capitán de los venecianos, no Pandolfo, como asevera Maquiavelo.

5. Ammirato tenía cierta justificación al decir esto: pero exageró, porque no logró ni remotamente apreciar el valor histórico de la obra de Maquiavelo; se limitó a alabar su estilo y censuró todos los demás aspectos de ella, incluso el lenguaje.

6. Este es el relato que proporciona Ammirato (vol. V, libro XXII, pág. 178): "Ambos partidos combatieron con valor increíble hasta la caída de la noche, con un saldo de pérdidas por ambas partes de trescientos hombres en armas y cuatrocientos caballos, si podemos creer al autor de la *Vida de Coglione* (Bartolommeo Colleone). El autor, al referirse a los asuntos de Ferrara, cita la muerte de mil. Algunas memorias que tengo en mi poder dan la cifra de ochocientos, de los cuales la mayor parte eran venecianos. Maquiavelo, con su desdén habitual para las tropas mercenarias, dice que no murió nadie. Sabellico dice que la batalla fué extremadamente sangrienta, aunque no da el número de muertos.

7. *Opere*, vol. I, pág. 277 y siguientes.

8. *Opere*, vol. II, pág. 350. Esta es una alusión a Savonarola, que fué ahorcado y quemado el 23 de aquel mes. El 7 de abril fué el día de la ordalia abortiva por el fuego y después llegaron las noticias de la muerte de Carlos VIII en la misma fecha.

9. Estos fragmentos de esbozo (de los libros II, IV, VI y VII) están publicadas en el volumen I de las *Opere* (P.M.) con el título: *Frammenti autografi delle storie Fiorentine*. Signor Passerini creía al principio haber descubierto una parte del original terminado de la obra; pero al ser advertido de su error, publicó primero las *Historias* y después los esbozos rudimentarios, sin ilación entre ellos. Estos últimos, por lo tanto, resultan casi inútiles, aunque podrían haber servido, con escasas variantes del texto dado en forma de notas, para exhibir el procedimiento de corregir y mejorar su estilo que empleaba Maquiavelo.

10. El ilustre historiador Leopoldo Ranke ha expresado una opinión diferente. Véanse nuestras observaciones relativas a Guicciardini al final del Apéndice III de la edición italiana.

CAPITULO XXVI

MUERTE DE ADRIANO VI. ELECCIÓN DE CLEMENTE VII. BATALLA DE PAVÍA. CONSPIRACIÓN DE MORONE.

Mientras Maquiavelo estaba aún trabajando en sus *Historias* no terminadas, se produjeron acontecimientos que llevaron a un fin súbito sus tareas literarias. Complicaciones políticas serias e imprevistas le llamaron de nuevo a la vida pública, en la que no dejó de participar hasta el fin de su vida, cuyos últimos años están llenos de dolor, puesto que se vió obligado a presenciar la ruina de su país y el fracaso de sus propios esfuerzos para mitigar sus desventuras.

La muerte de Adriano VI acaeció el 14 de septiembre de 1529. La elección que siguió fué de extraordinaria importancia, porque las influencias rivales de Francia y España, que luchaban ya en el exterior de Italia por el dominio de este país, se enfrentaban abiertamente en el conclave. Sería fácil para el nuevo Papa pesar en la balanza las fuerzas de uno y otro bando. Por consiguiente, la lucha se entabló con gran calor. Afluyeron cardenales de todas partes, entre ellos Soderini, que todavía era personaje muy influyente, aunque apenas había sido liberado de la prisión en que Adriano le había encerrado. Al darse cuenta de la rapidez con que Giulio dei Medici ganaba terreno, respaldado por la influencia de los españoles, se unió en seguida a aquel bando, y en esta forma aseguró su propia victoria. En efecto, durante la noche del 18 al 19 de noviembre, Giulio resultó elegido, y tomó en seguida el nombre de Clemente VII. Todo el mundo sabía que había nacido de una unión extramatrimonial, aunque él hizo cuanto pudo para ocultar este hecho. Se dice que la fortuna sonríe a los bastardos; sin embargo, ella le fué tan hostil como había sido favorable a León X, que siempre se vió asistido por ella. Incluso las cuestiones más difíciles resultaban fáciles para aquel pontífice, mientras los proyectos más cuidadosamente elaborados por Clemente VII tuvieron un mal resultado final. Su reino no fué para sí mismo menos fatídico que para Florencia, para Italia y para la Iglesia.

En el momento de ceñirse la tiara, se dijo de Clemente que era un hombre piadoso, de vida virtuosa, de extraordinario y claro talento, trabajador incansable y sumamente conocedor de los asuntos y de las pasiones humanas. Todos creían que había sido el guía de León X

y que tenía una capacidad mucho mayor que la de éste para el gobierno. Pero León X, no obstante su predilección por los placeres y la aversión por la fatiga, había poseído cierto instinto político que le permitía adoptar las resoluciones más graves sin gran vacilación. Había hecho uso del cardenal Giulio solamente para obtener alguna información necesaria, para encomendarle investigaciones también indispensables y para ejecutar sus propias decisiones. Porque este último era un instrumento tan útil que parecía dirigir al gobernante a cuyo servicio estaba. "En esta forma —hace notar Guicciardini— los asuntos manejados por aquellas dos personalidades tan distintas demostraban hasta qué punto resulta conveniente a veces la combinación de dos caracteres opuestos".

Cuando Clemente VII fué llamado para regir bajo su responsabilidad exclusiva los asuntos de la Iglesia, reveló en seguida que carecía absolutamente de las facultades representativas del genio práctico de los estadistas, que les obligan a adoptar resoluciones rápidas, después de valorar en forma casi instintiva los acontecimientos imprevistos. Tímido e irresoluto, se asustaba de toda gran responsabilidad, y esta debilidad de su carácter, que entonces fué fatal para él, aumentó por las características de su mentalidad, que, en los momentos más críticos, se entregaba a prolongadas meditaciones sobre los *pros* y los *contras* de todas las soluciones posibles. Y como si eso no fuera bastante, eligió para sus consejeros a dos hombres de sentimientos opuestos: uno era un italiano, Giovan Battista Giberti; el otro, un alemán, Nicolás Schömberg. El último, que había sido monje en los días de Savonarola y que fué después arzobispo de Capua, era agudo, tenaz, impetuoso y ardiente partidario de una política española; dominó al Papa y casi llegó a hacerse temer de él. Giberti, por el contrario, se conquistó la estimación de su señor, se guió más por el impulso y por la pasión que por el razonamiento frío, de forma que después de ser primero adversario resuelto de Francia, se convirtió posteriormente en un ardiente impulsor de los intereses de aquel país. Es fácil comprender los grandes peligros que representaba ver el trono papal ocupado por un hombre que se asustaba ante tantas situaciones inciertas, ante tantas influencias contradictorias, y que estaba en vísperas de un conflicto gigantesco. cuya solución podía depender en cualquier momento de la política papal.

Los florentinos fueron los primeros que experimentaron los efectos del carácter vacilante del Papa Clemente. No obstante que éste los conocía de antiguo, empezó a interrogar a todos respecto a cómo ellos debían ser gobernados y a quién preferían para el gobierno. La mayoría le contestó que deseaba que se enviase a Florencia a Silvio Passerini, cardenal de Cortona, acompañado de dos jóvenes bastardos, Ippolito y Alessandro dei Medici, y que debería autorizarlos para que gobernasen la ciudad en su nombre. Pero Passerini, hombre de modales extraordinariamente bruscos, era completamente inadecuado para el desempeño de aquel cargo. Se suponía que Ippolito dei Medici era hijo de Giuliano y de una mujer de Pesaro y apenas tenía dieciséis años de edad. Alessandro, más joven aún, era hijo de Lorenzo y de

una esclava negra o mulata y tenía la piel oscura de su madre, labios gruesos y pelo rizado. Estos dos muchachos eran los últimos descendientes de la rama más antigua de los Médicis. Giovanni, ya bien conocido y que no había de tardar en ser famoso como capitán de las Bandas Negras, pertenecía a una rama colateral de la familia, y nunca gozó del favor del Papa.

Algunos ciudadanos sumamente respetables, tales como Jacopo Salviati, Francesco Vettori y Roberto Acciaiuoli, desaprobaron abiertamente la idea de que Florencia fuese gobernada por el cardenal de Cortona, y dijeron claramente al Papa que, respecto a Ippolito y Alessandro, sería mucho mejor enviarlos desde aquel momento a alguna escuela para que fuesen educados como hombres de Estado. ¿Por qué, agregaban, no permitis que los florentinos se gobiernen ellos mismos bajo su protección? ¿Por qué no abrir la sala del Consejo como tantas veces se había hablado? Pero Clemente VII prefirió el consejo de quienes secundaban sus propios deseos, y diciendo que él prefería adoptar el punto de vista de la mayoría, envió a los muchachos y al cardenal a Florencia. Como consecuencia lógica, este último excitó rápidamente el odio general, y su odio se proyectó después contra todos los Médicis y siguió aumentando hasta que al fin culminó en una rebelión abierta.

En otras partes se desarrollaban entonces acontecimientos todavía más importantes. La gran lucha entre españoles y franceses estaba a punto de decidirse por la espada. Los últimos se retiraron de Lombardia, y los primeros avanzaron llenos de una mayor audacia. Ellos tenían capitanes valientes; porque Carlos V no elegía a los líderes, como hacían generalmente los franceses, a instancia de las intrigas e estratagemas femeninas de la corte. Entre aquellos líderes figuraban Antonio de Leiva y el marqués de Pescara, ambos nacidos en Nápoles, pero de ascendencia española, y ambos hombres de gran valor. Allí estaba el famoso condestable de Borbón, cuya desertión de Francia y de su soberano había dado mucho que hablar; y allí estaba el virrey de Nápoles, vizconde de Lannoy, nacido en Flandes. El rey Francisco I, decidido a poner fin a aquella situación de inseguridad, cruzó los Alpes con un ejército de cincuenta mil hombres. El 26 de octubre de 1524 hizo su entrada en Milán; se trasladó después a Pavia, donde Antonio de Leiva estaba cercado con cuatro mil soldados de infantería y donde había de decidirse entonces la gran querrela. Los españoles hicieron cuanto estuvo de su parte para ganar al Papa a su bando, pero éste vacilaba, como de costumbre. No podía desear la victoria de los franceses ni de los españoles, puesto que en todo caso él quedaría a merced de los conquistadores, que, naturalmente, se convertirían en los árbitros de la suerte de Italia. De hecho, los intereses de los Estados Pontificios se identificaban inevitablemente entonces con la independencia nacional italiana; y esto dió gran peso a la política del Papa. Pero ni León X ni Clemente VII se atrevieron jamás a remontarse al nivel elevado hacia el que parecía que los acontecimientos les impulsaban a la fuerza. Aunque los mejores políticos de

Italia, y especialmente Maquiavelo, hicieron mil esfuerzos para estimularlos y espolearlos, nunca se elevaron por encima de los ardides y los subterfugios.

Francisco I estaba fuertemente atrincherado en su campamento, en tanto que las filas del enemigo aumentaban con nuevas fuerzas que afluían. Estaba todavía él a la cabeza de un ejército numeroso, aunque había despachado al duque de Albani con tres mil soldados de infantería y dos mil caballos al sur de Italia; sus tropas de grisones habían ido a defender el castillo de Chiavenna, y sus refuerzos procedentes de Francia se habían esparcido por el camino. Tenía enfrente de sí el principal de los cuerpos del enemigo y a su retaguardia estaba Antonio de Leiva. Este último había hecho ya algunas salidas afortunadas, en una de las cuales el valiente Giovanni dei Medici resultó gravemente herido y como consecuencia *fuera de combate* por algún tiempo. Empezaban a faltar en Pavia las provisiones y el dinero empezaba a escasear igualmente en el campamento imperial. Todo, por consiguiente, demostró tal vez al rey la oportunidad de esperar y de evitar una batalla decisiva; pero Pescara, apremiado por el tiempo, le provocaba diariamente con escaramuzas bien concebidas, de tal modo que al fin llegó a creer que seguirse negando a presentar batalla era una cobardía. En la mañana del 24 de febrero de 1525, Pescara se abrió paso hacia el campamento francés, a través de una brecha abierta durante la noche en el muro del parque que rodeaba el campamento; Leiva hizo una salida desde Pavia; los franceses, que ya estaban preparados, avanzaron en orden de batalla. Al principio la victoria parecía sonreírles; pero después Pescara, a la cabeza de los arcabuceros españoles, logró derrotar a sus caballeros armados. Frundsberg dió pruebas notables de valor con sus lansquenets y Leiva se unió a los otros para el ataque general. Los suizos en Marignano habían empezado ya a perder su prestigio de invencibilidad y ahora en Pavia se sumieron en la confusión y no pasó mucho tiempo antes de que la victoria se declarase en favor de las fuerzas imperiales. Francia perdió en esta batalla sus mejores capitanes. Su valiente ejército fué derrotado y diez mil cadáveres se veían esparcidos en el camino entre Pavia y la Certosa. Pero el golpe decisivo fué la captura de Francisco I en el campo de batalla. Fué en aquella ocasión cuando el rey francés escribió a su madre, la reina regente, aquellas famosas palabras: "Todo se ha perdido, menos el honor y la vida, que se han salvado".¹ Pescara, Leiva y Frundsberg fueron los héroes de esta batalla, más decisiva que cualquiera otra de las que se entablaron durante siglos, porque de ella salió Carlos V convertido en el soberano más poderoso de Europa y en árbitro de Italia, cuya independencia se perdió verdaderamente entonces.

Poco tiempo después de la batalla de Pavia se produjo un extraño incidente que ha sido referido e interpretado en diversas formas por distintos historiadores. Entre otras cosas está demostrado con mucha claridad que los italianos no sólo se dieron cuenta de la situación desesperada en que estaban, sino que suspiraban por salir de ella, y



Francisco I.



Nicolás Maquiavelo, cuadro de autor anónimo.

la idea formulada por Maquiavelo en la exhortación a su *Principe* fué también, aunque en forma vaga y sentida débilmente, la idea de muchos de sus compatriotas. Sin embargo, carecían de las cualidades necesarias para convertirla en realidad. Todos desconfiaban entre sí, buscando y esperando sólo y todo de la ayuda extranjera. No había nadie realmente capaz de asumir la dirección de la gran empresa; y de todos los hombres, el menos apto era Clemente VII, cuyo destino parecía impulsarlo irónicamente y de modo tenaz por la vía de las aspiraciones nacionales más nobles.

El primero de abril de 1525 los imperiales, que, aunque victoriosos, habían agotado su tesoro, hicieron un convenio, obligando a los dos partidos contendientes a defender a Milán contra todo ataque hostil. Los Estados Pontificios, Florencia y los Médicis quedaron bajo la protección del emperador, al que los florentinos —y éste era el punto más importante— debían pagar la suma de cien mil ducados. Pero la insolencia de los vencedores, sus constantes saqueos e imposiciones de multas, no se vieron frenados en forma alguna por este acuerdo, sino que, por el contrario, aumentaron cada día. De aquí que los italianos estaban cada vez más disgustados e irritados viéndose entregados de uno a otro dueño y no podían resignarse a quedar desde entonces en adelante en gran parte a merced de los imperiales que, dominando ya en Nápoles, vencían ahora en Lombardía. Pero este descontento, aunque general, era completamente impotente. Las únicas potencias que estaban en situación de hacer resistencia eran Venecia y el Papa. Pero aquélla sólo luchaba por su comercio y por sus colonias; el Papa no se atrevía ni se decidía a hacer nada.

Entre tanto, el gobierno de Francia estaba en manos de la reina regente, Luisa de Saboya, cuyas órdenes fueron recibidas con quejas unánimes de una nación que ardía en deseos de reanudar la guerra para vengar a su rey y para liberarlo de la cautividad. Esta sed general de venganza, así como el deseo de tomar el desquite más allá de los Alpes, infundió esperanzas a los italianos. Y la regente, dándose cuenta de esto, aprovechó la oportunidad para informar al duque de Milán, por conducto de su hermano, Maximiliano Sforza, y a los venecianos por otros medios, que ella estaba dispuesta a ayudar en cualquier caso de revuelta general contra del gobierno imperial de Italia, a renunciar en nombre de Francia a todas las pretensiones al trono napolitano y a dejar Lombardía al duque. Se hizo la misma propuesta al Papa, quien instantáneamente le dió la bienvenida con mayor ardor que los demás. Ahora, pensaba el, encontrariase la posibilidad de desencadenar una guerra nacional de independencia que con tanta frecuencia se había sugerido y discutido. Muchos habían declarado, y ahora volvieron a repetir ante él, que esta guerra sería la salvación de sus Estados y le otorgarían el glorioso título de Libertador de Italia, que Giulio II había, en algún momento, esperado obtener, y que incluso León X había muchas veces manifestado codiciar. El datario Giovan Matteo Giberti fué quien principalmente estimuló y le apremió en tal sentido. Estaba hasta tal punto infla-

mado por el pensamiento de una guerra nacional que empezó a enviar despachos al nuncio y enviado extraordinario del Papa para estimular el valor de todos los potentados italianos, animándole a no dejar pasar una oportunidad, que era la mejor del mundo, para obtener libertad y para adquirir gloria eterna. Tales fueron las palabras empleadas por él en una carta de 1º de julio de 1525, dirigida a Ennio Filonardi, nuncio papal en Suiza, y el 10 del mismo mes escribió al auditor Girolamo Ghinucci: "Yo creo que el mundo se está rejuveneciendo y que la miseria extrema de Italia se convertirá en prosperidad excelsa". Y a todos escribía en el mismo tono. El genovés Domenico Sauli fué a Milán, en nombre del datario y del Papa, llevando la propuesta de formar una liga italiana con Francia para la liberación de Italia. Poco tiempo después, el Papa envió a Francia propuestas precisas. Eran del tenor siguiente: Milán debía quedar en favor del duque, que podría recibir ayuda de los suizos; Nápoles y Sicilia se entregarían libremente al Papa y quedarían a su disposición. Francia debía proporcionar cincuenta mil ducados por mes, hasta el final de la guerra, y entre tanto debía pagar inmediatamente dos meses de anticipo. Debía también obligarse a proporcionar seiscientas lanzas y seis mil soldados de infantería a sus propias expensas, junto con una cantidad proporcionada de artillería y diez o más galeras, según lo exigieran las circunstancias. Y para mayor seguridad debía darse en matrimonio al duque de Milán una princesa de Francia. Así se establecería una alianza perpetua entre Francia e Italia, y esta última, liberada de los imperiales, enviaría inmediatamente mil lanceros y doce mil infantes a sus propias expensas, para liberar al rey y ayudar a Francia en cualquier caso de emergencia. Francia, por su parte, debía garantizar a Italia la misma ayuda. Todo quedaría listo para comenzar la guerra de este lado de los Alpes en el momento en que Francia se hubiera comprometido en firme, enviando el primer plazo de la suma convenida, y dando órdenes de avanzar a su ejército. Y mientras Giberti hacía cuanto estaba de su parte para llevar adelante aquellas negociaciones con Francia, urgía al mismo tiempo a los potentados italianos para que se aventurasen en la empresa incluso aun cuando no se tuviera ayuda del exterior. Pero Francia, aunque apremiaba con insistencia a Italia para que se levantase y declarara la guerra, no prestó otra ayuda que palabras. Y absorbida por las negociaciones para la liberación del rey, se preveía que su política pudiese cambiar en cualquier momento. Por lo que a los italianos se refiere, no solamente desconfiaban de Francia, sino que desconfiaban unos de otros, sin excepción; y por lo mismo trataban solamente de abrir una vía de escape para el caso de que los demás se volvieran atrás. Consecuentemente todos se esforzaban por dar información más o menos directa de la conspiración a Carlos V, o a sus representantes, para estar en disposición de declararse sus amigos fieles en caso de emergencia. Esto, sin embargo, no impidió la continuación de las negociaciones que habían iniciado, decididos a aprovecharse de ellas si llegaban a buen fin, como se decía entonces,

ad votum. Tal era la política de la época. Carlos V y sus partidarios se comportaron en la misma forma falsa, como veremos en seguida. Los venecianos dieron su aprobación, pero manifestaron que su resolución dependía de la resolución del Papa. Este, que había sido el primero en estimular el convenio secreto, manifestaba ahora gran ansiedad por informar al emperador para que no dejase de vigilar a sus capitanes en Italia.² El duque de Milán dió oídos a las sugerencias francesas; pero él mismo, también, por medio del secretario, Morone, avisó inmediatamente de ellas al virrey, que le aconsejó en el sentido de que continuase las negociaciones, para ver hasta dónde podían conducir. Mientras tanto, Morone, por su parte, trataba de obtener del emperador la investidura del ducado para Sforza.

Al fin llegó Domenico Sauli, el genovés, trayendo de Roma la propuesta definida de establecer una Liga italiana contra los imperialistas. El momento parecía extraordinariamente propicio. Francisco I había pedido ser llevado a España para celebrar una entrevista con Carlos V, y el virrey le había llevado allí sin conocimiento de Borbón ni de Pescara, que eran opuestos a acceder a la solicitud, puesto que por motivos de interés personal preferían retenerlo en Italia. Pescara especialmente se enfureció contra el virrey y le acusó colérico de haber demostrado en Pavia ser un cobarde, puesto que con frecuencia había lanzado el grito de: "Estamos perdidos". Agregó que estaba dispuesto a probar la verdad de su afirmación a punta de espada. Parecía incluso irritado contra el emperador porque creía que él había aprobado la conducta del virrey. Por estas razones, Sauli encontró un oyente bien dispuesto cuando habló a Morone del proyecto de la liga, y en nombre del Papa y del datario sugirió la idea de ofrecer el reino de Nápoles al irritado y descontento Pescara, a condición de que él se adhiciese francamente a la Liga y que se hiciese cargo de la dirección militar de la misma. El secretario de Sforza parecía encantado de la proposición, y desde aquel momento se convirtió en el principal organizador del complot, y en el agitador número uno de los políticos italianos, sin cesar, sin embargo, de apremiar al emperador para que otorgase la investidura del ducado a su propio señor. También él, e incluso más que los demás, estaba ansioso de dejar abierta una vía para la retirada, que en cualquier momento podía ser necesaria. Se arregló para hacer todo esto a su propio modo y de acuerdo con su extraño carácter, con su mentalidad y audacia singulares y con la fidelidad que en él no era menos sospechosa que en todos los demás políticos de la época. El resultado fué un sombrío y tenebroso drama que durante mucho tiempo permaneció en el misterio y que incluso hoy, después de prolongadas investigaciones y del descubrimiento de muchos documentos nuevos, no ha quedado totalmente esclarecido.

Morone era solamente un año más joven que Maquiavelo; había estudiado literatura latina y griega y jurisprudencia. Después, entrando en una carrera política y administrativa, ocupó muchos puestos distintos en calidad de secretario, canceller, etc. Se abrió paso rápidamente en este camino, puesto que además de tener talento, no sola-

mente era audaz y emprendedor, sino que estaba dotado de una gran capacidad de penetración para orientarse en los laberintos de la diplomacia, y en esta forma adquirió rápidamente fama de ser uno de los mayores talentos de Italia. En 1499, cuando Ludovico Sforza se dió a la huida, Morone era su secretario, y arregló los términos de la rendición; y aunque no fueron aceptados por los invasores franceses de Lombardía, entró en seguida al servicio de ellos. Más tarde promovió la elección de Maximiliano, hijo de Ludovico, para el ducado de Milán, y le sirvió fiel, celosa y valerosamente hasta que el joven Sforza, agotado por sus numerosos procesos, se resignó a vivir perpetuamente desterrado en Francia. Después de sufrir otras muchas vicisitudes Morone trabajó incansablemente, cuando la fortuna imperial estaba nuevamente en ascenso en Italia, para procurar el nombramiento de Sforza, el segundo de los hijos de Ludovico, al ducado de Milán. Fué secretario del nuevo príncipe, y negoció en nombre del mismo la investidura del ducado, que primero había sido ofrecido por el emperador en condiciones inadmisibles que después se modificaron y fueron aceptadas. Al mismo tiempo tomó una parte muy activa en la conspiración negociando con el Papa el establecimiento de la Liga italiana con Francia contra el Imperio. Empezó la tarea de ganar a Pescara y había ya puesto manos a la obra con gran celo, manifestándose convencido del éxito y yendo en pos de él con tanto ardor, que durante mucho tiempo se le consideró como el autor original de un designio que, por el contrario, había sido concebido en Roma.

En esta época Pescara estaba considerado como el más famoso de los generales de Europa. Hombre sumamente ambicioso y carente de escrúpulos, estaba ahora irritado por la partida de Francisco I, y por la idea de que el emperador no lo estimaba lo suficiente. Aunque de origen español, y enemigo de los italianos, había nacido en Italia, y no podía suponerse que fuera totalmente insensible al destino de su propio país. En todo caso, la promesa de un gran reino parecía cebo suficiente para atraerle a la causa. Morone tenía confianza ilimitada en su propio talento y elocuencia, y como consecuencia no dudó jamás que podría seducir al ambicioso soldado mediante la perspectiva de una corona real, exacerbando su espíritu ofreciéndole medios de vengarse, de liberar a su país, de establecer su fortuna y de adquirir fama inmortal. Por consiguiente, buscó una entrevista con Pescara y después de pedir y obtener su palabra de honor de soldado honorable de que guardaría el secreto en todo caso, le reveló los propósitos que perseguían sus consocios en la Liga y le expuso los términos de la gran propuesta, invitándole a que aceptase la dirección de la empresa. Le recordó el sufrimiento y la opresión de toda Italia, y la necesidad que el país tenía de encontrar un libertador; trazó un cuadro vivo de la gloria que representaba la liberación del país, la felicidad que la posesión de un reino llevaba consigo, la santidad de una guerra que el pueblo deseaba, a la que Francia daría su ayuda y el Papa su bendición. Se refirió a los ejemplos que ofrece la historia tanto antigua como moderna. Aun cuando con menos elocuencia, de-

bió exponer las mismas ideas expresadas en la conclusión del *Príncipe*. Pero su oyente era un soldado insensible tanto a la elocuencia como a los recuerdos históricos, y despreocupado por todo lo que no fuera el presente y en forma más precisa realidades presentes. Pescara se dió cuenta de la fuerza de las armas imperiales, de la debilidad de las armas italianas, puesto que los naturales del país estaban siempre en desacuerdo y siempre sospechando unos de otros; y él sabía también que la promesa de ayuda dada por Francia tenía poco valor, puesto que si encontraba la oportunidad de liberar a su rey, en cualquier momento tal vez se sometiese aceptando las condiciones que le fuesen propuestas. Además, Pescara padecía una enfermedad que en poco tiempo había de llevarle al sepulcro. En consecuencia no se manifestó inclinado a aceptar proyectos a largo plazo. Pero tampoco era hombre que rechazase decididamente las promesas altamente lisonjeras que le hizo Morone en nombre del Papa y de las demás potencias. Porque, en conclusión, la empresa podía tener éxito, en cuyo caso él estaría dispuesto sin duda a aceptar la oferta, o podía fracasar, e incluso en este caso le convenía fingir que daba su consentimiento y que se hacía cómplice del complot, para aprovecharse de su conocimiento del mismo descubriéndolo ante el emperador. Mientras tanto, además, él podía obtener dinero de los aliados; y su ejército necesitaba apremiantemente este dinero, puesto que carecía de todo. Por lo tanto, después de obligarse a guardar el secreto y de manifestarse dispuesto a conocer los planes que le habían sido proporcionados, no aceptó ni se negó a aceptar la dirección de la empresa, pero se apresuró a señalar las graves dificultades que encontraría la realización de ésta, manifestando que, en primer término, debería tener la seguridad de no verse precisado a violar las reglas del honor que le ligaban al emperador como vasallo y soldado del mismo. El haría que el caso fuese examinado por personas competentes; aconsejaría a Sforza y al Papa que hiciesen lo mismo, aunque naturalmente en términos generales, sin nombrar a nadie, para que no pudiese filtrarse ni un rayo de luz en el secreto precioso. La contestación del Papa y de Sforza no se hizo esperar, aunque la investigación se presentó evidentemente con la apariencia de un pretexto vacío. Los generales de aquella época no se consideraban nunca obligados por vínculos nacionales, y mucho menos podía el napolitano Pescara contraer obligaciones hacia España y hacia el Imperio. El sólo estaba obligado por aquellos deberes como vasallo a los que de hecho había aludido. Pero en seguida se le pidió que recordase que Nápoles era feudo de la Iglesia, y que si estaba dispuesto, podía renunciar en el acto a sus posesiones en España con la finalidad de obtener un reino. Positivamente, de acuerdo con las ideas de la época, no había nada extraordinario en la propuesta que ahora se sometía a su consideración. ¿No habían los Borbones desertado de Francia para entrar al servicio imperial? ¿No había hecho lo mismo el príncipe de Orange y no se había pasado al campo francés Pedro Navarro por resentimiento contra España? Aunque la posteridad estigmatizó a estos hombres como

traidores a sus respectivos países, ambos eran considerados a pesar de ello en aquella época entre los capitanes más estimados y respetados y apenas se estimaba que eran acreedores a una leve censura por haber abandonado a sus gobernantes naturales.³ Seguramente Pescara no presumía de ser más escrupuloso que los demás, y si realmente deseara cambiar de bando, podía haber encontrado fácilmente las razones o pretextos para hacerlo en el descontento, especialmente si el Papa le instigaba en este sentido.⁴

Las negociaciones se desarrollaron activamente; pero Francia no se movió, y no dió más que ayuda verbal. Pescara pidió constantemente más dinero, que fué preciso darle. Y entre tanto se supo, con sorpresa de todos, que de los Alpes estaban afluyendo más lansquenetes. Entonces se repitió por todas partes que el emperador se había ya dado cuenta de la conspiración. En realidad Pescara le había tenido al corriente de todo enviándole despachos con frecuencia, apremiándole para que procurase sin dilación un entendimiento con Francia, porque en Italia todo el mundo estaba contra él, porque todos ansiaban expulsar a su ejército y porque se advertía un odio general ante todo lo español y lo alemán.⁵ Las cartas de Giberti demuestran evidentemente que en Roma se sabía que la conspiración ya no era secreto para nadie y que se hacían conjeturas respecto a que Morone había traicionado, lo mismo que Pescara. Tan pronto como el duque cayó enfermo de gravedad, Morone declaró a Pescara que él prefería entregar el ducado al emperador antes que consentir en la restauración de Maximiliano Sforza, que había demostrado una evidente incapacidad en su gobierno. No se limitó a simples palabras; porque aunque los venecianos y el Papa, con los cuales había conspirado con frecuencia, se habían manifestado absolutamente hostiles a la idea, lo había dispuesto todo para la realización de su plan en caso de la muerte del duque. Nadie, sin embargo, había hecho cálculos a base de la buena fe de Morone y Pescara, sino que todos habían tenido en cuenta el egoísmo y la ambición de ambos. Se pensó que si la conspiración tenía realmente alguna oportunidad de éxito, uno y otro tenían demasiado que ganar para que fuese verosímil que abandonasen la empresa; pero se esperaba también que la traicionasen y que acudiesen al emperador en el momento mismo en que se advirtiesen probabilidades de fracaso. En consecuencia, su principal motivo de ansiedad y de desaliento lo representó la llegada de los lansquenetes, la no llegada de socorros de Francia y la ausencia de toda esperanza de obtenerlos en seguida. Pescara y Morone recelaban uno de otro. El último sabía que era francamente detestado por los españoles, sobre todo por Leiva, que le había amenazado de muerte si caía en sus manos. Conocía bien a Pescara y había dicho a Guicciardini "que no había nadie en Italia más perverso y de más mala fe que él". De todas partes le llegaron advertencias para que permaneciese alerta, si no quería tener mal fin en manos de Pescara. Habló de estos rumores al marqués, pero terminó declarando: "Tengo confianza en vuestra excelencia, como confío en Dios". Y el capitán imperial, en sus cartas

a Carlos V revelando la conspiración y las promesas y discursos que le hiciera Morone, dijo que todavía estaba seguro de manejarlo a su antojo.⁶ En verdad que ambos estaban haciendo un doble juego y que ambos se daban cuenta de ello. Pescara le había dado a entender que no vacilaría en tomar el asunto en su mano si se le diesen seguridades de obtener la corona que se le había prometido, pero que nunca se había hecho ilusiones respecto a la posibilidad de obtenerla. Morone, por el contrario, había sido mucho más ingenuo, aunque en todo caso había sido menos ingenuo de lo que se suponía. No se le ocultaban las dificultades que se encontrarían en la realización de la empresa, y sabía que arriesgaba la cabeza si comprometía indebidamente a Pescara. Pero su conocimiento de los designios secretos de las cartas le ayudaron a darle seguridades, y por otra parte, había hecho ya entender a Pescara que si resultase que no había esperanzas de que la aventura llegase a buen fin, estaría suficientemente bien dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a la causa del emperador. Por estas razones, cuando fué invitado al castillo de Novara para celebrar una conferencia con Pescara, que entonces estaba enfermo, aceptó y se trasladó allí en compañía de Leiva, aunque todos le advirtieron que estaba precipitándose por la vía de su propia destrucción.

El 13 de octubre tuvo una primera entrevista con Pescara, celebró una segunda el 15 y entonces fué hecho prisionero al salir de la misma, y trasladado al castillo de Pavia.⁷ El 24 Pescara vino a interrogarle acompañado por Leiva y por el abate de Nazaria. Había poco que preguntar y poco que contestar, porque Pescara ya sabía todo, y lo sabía de los mismos labios de Morone. Sin embargo, este último redactó su confesión con su propia mano. Después de protestar en ella contra la violencia injusta a que se le había sometido, y contra las violaciones de la buena fe, dijo al general de los imperiales que no podía revelar nada más de lo que tantas veces había dicho y repetido. Después refirió la historia completa de la conspiración, recordando la oferta del reino de Nápoles y las negociaciones para otorgar la investidura de Milán a Sforza, que había manifestado su aceptación de la misma, mientras llevaba adelante sus preparativos para desencadenar una guerra nacional contra el emperador. Esta última declaración fué el pretexto de que se valió Pescara para ir directamente a Milán y tomar posesión de Lombardía.

Y ahora todo el mundo esperaba de un momento a otro la noticia de que Morone hubiese sido ejecutado ya, cuando, con regocijo general, Pescara publicó un decreto con fecha 27 de octubre, en el que se decía que se proponía retener la persona del prisionero bajo su propia custodia, y ordenaba que las posesiones del último fuesen confiscadas, pero dejadas en poder de su esposa e hijos, que debían ser tratados con todo respeto. Después, presintiendo próximo su fin, porque murió el 3 de diciembre de 1525, a la temprana edad de treinta y seis años, otorgó un testamento en el que no solamente recomendaba al emperador que se guardase la vida, sino que también se otorgase la libertad de Morone, implorando de la gracia imperial todo beneficio

posible para el prisionero, "puesto que de otra forma yo mismo me sentiría culpable". El abate de Nazaria y el marqués del Vasto escribieron a toda prisa a Morone para informarle de que Pescara le había recomendado a Carlos V, y agregaban que podía tener confianza en los buenos oficios que ellos pondrían en juego para favorecerle cuanto les fuese posible. E incluso Leiva, que nunca había sentido estimación por él, le escribió desde Milán el 25 de marzo de 1526 en los términos siguientes:

"Se hará todo cuanto sea posible para satisfacer a vuestra excelencia. Así, una vez más os ruego que os conservéis animoso, porque haré por vos cuanto haría por mi mismo, y yo mismo me recomiendo a vos". Sin embargo, Morone fué retenido en prisión a capricho del condestable de Borbón, que se había hecho cargo del mando del ejército imperial, y que le tenía en calidad de rehenes, para obtener dinero, del que tenía necesidad apremiante. Después de obtener muchos miles de ducados de Morone en esta forma y de contraer compromisos por la suma de veinte mil más, con vencimiento el día 1^o de enero de 1527, firmó un decreto en que, aunque le acusaba de conspiración, y de extorsión indebida de dinero en beneficio propio, elogiaba su talento, valor y experiencia y los servicios prestados por él al emperador. Terminaba declarando que en consideración a estos méritos, al dinero que él había facilitado en un momento de necesidad extrema, y en consideración a su propósito definido de ser nuevamente útil al emperador, liberó a Morone y le otorgó un perdón total por todos sus crímenes. Además de esto, poco tiempo después le nombró comisiario general de las fuerzas imperiales. En la realidad encontramos a Morone cumpliendo los menesteres de este cargo bajo los muros de Roma, en la época de la muerte de Borbón. Después vino el saqueo de la Ciudad Eterna, y mientras Clemente VII estaba encerrado en el castillo de Sant Angelo, Morone representaba un papel prominente en las negociaciones llevadas a cabo para la liberación del Papa. Por su talento, energía y experiencia, se elevó cada vez más y más; se convirtió, por así decir, en el espíritu orientador de los males infligidos a Italia por los imperiales, y estaba en el campamento del ejército que sitiaba a Florencia cuando le sorprendió la muerte el 15 de octubre de 1530.

El resultado de todo esto fué el sumir la mentalidad de los hombres en toda clase de dudas, en inseguridades sin cuento respecto a la personalidad de Morone y en la verdadera significación de la conspiración. Y estas dudas e inseguridades alcanzaron proporciones desmedidas cuando se hicieron intentos para descubrir a un gran patriota en un hombre cuya única y permanente aspiración era abrirse paso en la vida y que había cambiado de bando cuantas veces convenía a sus personales intereses. Considerado como patriota, su conducta es tan inexplicable como la de Pescara, como la de Leiva y como la de Borbón. ¿Cómo podía explicarse que Morone, a pesar de la advertencia general, y de la seguridad que tenía de que Pescara estaba de perfecto acuerdo con el emperador, se arriesgase a ponerse a dispo-

sición del primero? Atribuir escrúpulos de conciencia al marqués sería un absurdo inconcebible. Nunca había tenido escrúpulos, y no había razón para que ahora los tuviese, cuando no los había tenido jamás. Todavía sería menos posible suponer que en la conducta de Leiva, de Borbón o de Carlos V hubiera pesado escrúpulo alguno, porque ellos ni habían hecho promesa, ni sido requeridos para manifestar ternuras respecto a un conspirador. Morone nunca fué considerado patriota por los contemporáneos que lo conocían, ni siquiera por quienes le instaron para que se sumase a la conspiración. Guicciardini, en su *Historia de Italia*, se manifiesta incapaz de comprender la ceguera que impulsó a Morone a entregarse en manos de Pescara, cuya crueldad y falsedad conocía tan bien. Pero el mismo historiador, al tener noticia de su prisión, le escribió a Roma en una de sus *Legazioni*: "Temo que como consecuencia de su política inconstante (*girandole*) se las arregle para aconsejar y orientar a los imperiales en perjuicio de los aliados".

Y así sucedió, en efecto.

Pero aunque sus contemporáneos no pudiesen juzgar a Morone sino por su conocimiento personal del mismo, los documentos que han aparecido en nuestra propia época nos permiten ver con más claridad cómo pasaron realmente las cosas. Morone, que había servido a muchos dueños, y que estaba bien dispuesto a servir a otros más, estudiaba ahora la forma de alcanzar mayor fuerza bajo el duque de Milán, cuando desde Roma le comunicaron el plan de la Liga y la oferta a Pescara de la corona de Nápoles. Tanto la liga como la guerra armonizaban con los genuinos intereses de Italia, con una necesidad que, si no vigorosamente sentida, era al menos comprendida en general por los italianos. Si Pescara hubiese realmente promovido la empresa podría haber triunfado en ella, y mediante su éxito, tanto él como Morone, se habrían convertido en personajes muy poderosos. Por consiguiente, se hizo la proposición, que fué aceptada sobre la base del supuesto tácito y recíproco de que si resultaba imposible alcanzar el objetivo deseado, ambos se consagrarían de nuevo a la causa del emperador. Como veremos, Morone había demostrado esto con su conducta cuando el duque parecía estar en trance de muerte. Pescara, que había ido muy lejos del mismo modo, había establecido también su seguridad sobre bases firmes revelando todo a Carlos V. Había permanecido figurando como miembro de la conspiración, haciendo que sus colegas le proporcionasen abastecimientos para el mantenimiento del ejército y había seguido inspirando la creencia de que Morone resultaría un excelente instrumento para la conquista de Italia, manejado por él mismo y por los imperiales, tan pronto como él se diese cuenta también de la imposibilidad de llevar adelante el complot. Además, como los acontecimientos demostraron después, Morone era la persona indicada especialmente para indicar de quién se podría obtener más dinero en Italia, y los imperiales sentían hasta tal punto constantemente la necesidad de obtener fondos que con frecuencia se veían a punto de tener que desbandar sus tropas. Morone era además

sumamente rico y podía proporcionar abastecimientos con su propio dinero, como en efecto después los proporcionó al de Borbón.

En consecuencia, cuando Pescara lo tuvo en sus manos, le sometió a un proceso, aunque sólo para cubrir las apariencias y para sacarle dinero, o para tener pretexto a base del cual apoderarse de Lombardia, con la esperanza de descubrir nuevos detalles. Su benignidad extraordinaria y la recomendación que hizo de él al emperador, le fueron dictadas por el deseo de obtener para la causa imperial la cooperación de quien realmente se había consagrado al servicio de la misma y que podría ser de extraordinaria utilidad.

La conspiración, por consiguiente, nos enseña que la idea de hacer que Italia recuperase su independencia por medio de sus propios recursos, estaba presente en las mentes de muchos y que podía haberse logrado si hubiese surgido algún líder grande y valiente que la llevase a cabo por la fuerza de las armas. Porque, aunque Italia estaba débil, sus enemigos se hallaban en guerra unos con otros, y tan desorganizados, que con frecuencia se veían al borde de la ruina casi sin ser atacados. Pero el líder necesario no llegaba. En momentos decisivos cada uno trataba de actuar por su propia cuenta, y toda combinación adecuada de fuerzas resultaba imposible. Esta idea de la independencia nacional, aunque tantas veces discutida desde los días de Julio II, era entonces acogida con entusiasmo por los italianos, aunque más bien con entusiasmo literario y como bandera para la promoción de intereses personales o locales que porque existiera un sentimiento profundo de la necesidad de tener una patria común. Por lo mismo era imposible que ella condujese a resultados notables y duraderos. Incluso el mismo Maquiavelo no tenía una clara noción de la idea, mientras fué secretario de la República, y en verdad que se manifestó dispuesto a sacrificarlo todo en aras de los intereses de su propia ciudad. Pero una vez que dejó el cargo fué el único hombre que se dió cuenta de esta idea y que la realizó intensamente sin vacilación ni duda. Después la expuso con gran elocuencia y trató de comunicar a otros la misma fe en ella. En consecuencia, desde entonces en adelante gastó sus energías yendo de ilusión en ilusión, de esperanza en esperanza, condenado a observar cómo se disipan los sueños por los que estaba continuamente sugestionado. Pero no tenemos razón para creer que acariciase nunca la menor ilusión respecto a la conducta de Morone, aunque la conspiración podía casi parecer haber sido inspirada por el *Príncipe* y por los *Discursos*. Ninguno de los que participaron en ella tenían ni remotamente el patriotismo enérgico y honesto que Maquiavelo sabía era el requisito esencial para la realización de la gran idea.

NOTAS AL CAPITULO XXVI

1. "Señora, para haceros saber el resto de mi infortunio, todo se ha perdido, menos el honor y la vida, que se han salvado". Estas fueron las palabras precisas escritas por el rey. (*Documentos de Estado del cardenal Granvela*, vol. I, pág. 250.) Aimé Champollion-Figeac: *Captivité du roi François I*: pág. 129. Véase también

Mignet: *Rivalité*, etc., vol. II, pág. 68; de Leva, *Storia di Carlo V*, vol. II, pág. 242. La tradición ha alterado un poco las palabras del rey, al que, en vez de aquéllas, se le atribuyen éstas: "Todo se ha perdido, menos el honor."

2. Guicciardini, *Storia d'Italia*, vol. VIII, libro XVI, pág. 56. Este autor nos dice que el Papa estaba constantemente acosado por la ansiedad y por la sospecha, y consecuentemente "no porque se propusiese traicionar las negociaciones, sino simplemente para preparar un refugio en caso de que éstas fracasasen, prestó al emperador el amable servicio de aconsejarle que tratase de que sus capitanes conservasen buen humor". Estas advertencias fueron transmitidas en un *Memoriale mandato d'ordine del Papa Clemente VII, a monsignor Farnese*. Véase *Papiers d'Etat du Cardinal Granvelle*, vol. I, pág. 295; De Leva, *Storia di Carlo V*, volumen II, pág. 287.

3. Sobre este tema es conveniente referirse al ensayo de Monseñor Ch. Paillard en la *Revue Historique*, año III, vol. VIII (7 de diciembre de 1878), págs. 297-367, *Documentos Relativos a los Proyectos de Evasión de Francisco I, prisionero en Madrid, así como a la situación interior de Francia en 1525, en 1542 y en 1544*. En la página 316 el autor hace notar que no obstante las graves ofensas sufridas por el condestable de Borbón, del rey Francisco I y de la reina regente, ellas no podían excusar un acto de traición que ponía en peligro la seguridad, no sólo de la autoridad real, sino de la nación misma. "Sin embargo, se engañaría notablemente quien pensase que Borbón no fué juzgado por los contemporáneos como lo ha sido por la posteridad, o quien suponga que él mismo no sintió sobre su cabeza el peso ineluctable de la vergüenza, del desprecio, de la reprobación y del odio, de los que en la actualidad todo traidor tiene conciencia plena... En aquella época, la idea de la Patria, hoy tan vigorosa y por decirlo así soberana, apenas existía, o al menos estaba muy oscurecida por la idea feudal, todavía dominante... Sismondi expresó sobre esta cuestión un concepto típico: "Las cartas de los grandes señores de esta época, en las que hace referencia al condestable, no dejan, dice, entrever censuras." En Italia, donde las tradiciones feudales tenían mucho menos poder, y especialmente en Florencia, donde la República había impulsado notablemente el desarrollo de la idea nacional, los historiadores fueron más severos al juzgar a Borbón; sin embargo, incluso ellos hablan generalmente de su traición a su soberano, no a su país. Vettori, después de describir la muerte de Borbón bajo los muros de Roma, agrega: "Un hombre que no merecía muerte tan honorable, después de la traición hecha a su dueño." (*Sommario della Storia d'Italia*, página 379.) Guicciardini (vol. III, libro XVI, pág. 72) dice que aunque en España el Borbón fué recibido con grandes honores y como un cuñado por Carlos V, sin embargo, dice también que los nobles de la corte "le aborrecían como a persona infame, diciendo de él que era un traidor a su propio rey".

4. El 5 de octubre, G. Batta Sanga escribió al embajador francés en Venecia: "*Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus*. Yo creo poder empezar perfectamente de esta manera, puesto que esta resolución anunciada por los franceses hace tantos días, como si fuera el advenimiento del Mesías, de enviar ayuda a Italia, ha resultado ser mucho menor que lo que ellos enviaban a ofrecer por medio de Lorenzo Toscano. Seguramente que ellos no creen que todos los italianos sean tan locos, basándose en el simple supuesto de su buena fe, para que estén decididos a entregarse atados de pies y manos, para mejorar su posición con el César, que, puede sospecharse, es probablemente su objetivo real; esta oferta es generalmente conocida en la corte como si estuviera destinada solamente a inspirar alarma al César." (*Lettere ai Principi*, vol. II, pág. 94.)

5. El datario Giberti escribió a Sanli en una carta de 19 de septiembre de 1525 cómo de muchas partes se había informado al Papa que Morone y Pescara le estaban traicionando, y que muchas personas aludieron a las negociaciones que llevaban a cabo los aliados, y refirieron sus menores detalles, de tal modo que estaba perfectamente claro que todo era ya público. Esto naturalmente dió lugar a las más graves sospechas. Sin embargo, Giberti todavía confiaba o fingía confiar, en Pescara, y todavía más en Morone, no estando dispuesto a creer que ellos pudiesen desconocer las inmensas ventajas que resultarían si la conspiración triunfaba. (*Lettere ai Principi*, vol. II, folios 91 y 92.)

6. Pescara escribió al emperador en su carta del 8 de septiembre de 1525: "Tengo por fe que si el duque muere. Gerónimo Morón hará último de potencia en servicio de Vuestra Majestad, pero en esto trova ruyn todo el posible; es verdad que muestra enteramente fiar de mj y siempre lo traygo a lo que quiero". (*Miscellanea*, etc., vol. III, págs. 422-423.)

7. Guicciardini (ob. cit., pág. 67) y muchos otros historiadores declaran que durante la conversación entre Pescara y Morone, Antonio de Leiva estaba escuchando detrás de los tapices donde el marqués le había escondido. Pero De Leiva (*Storia*, vol. II, pág. 297) niega, nosotros creemos que con razón, crédito a esta leyenda, porque no se encuentra mención de ella ni en el *Rapporto* de Rosso dell' Olmo, 17 de octubre 1925 (en Marin Sanuto, volumen XI, pág. 71), ni en la *Cronica* de Grumello. Porque de hecho ya no había ningún secreto que descubrir, puesto que todo era bien conocido tanto por Leiva como por Pescara.

CAPITULO XXVII

EL AVANCE DEL EJÉRCITO IMPERIAL EN LOMBARDÍA. GUICCIARDINI COMO PRESIDENTE DE ROMAÑA Y COMO TENIENTE EN CAMPAÑA. REGRESO DE MAQUIAVELLO A LA VIDA PÚBLICA. SU VIAJE A ROMA. SU MISIÓN ANTE GUICCIARDINI EN FAENZA. SU VIAJE A VENECIA. SU CORRESPONDENCIA CON GUICCIARDINI. SU NOMBRAMIENTO COMO CANCELLER DE LOS PROCURATORI DELLE MURA. SU FUNCIÓN COMO SUPERINTENDENTE DE LAS OBRAS DE FORTIFICACIÓN DE LA CIUDAD.

El ejército imperial, ahora en posesión del ducado de Milán y mandado por el condestable de Borbón, se preparaba confiado para seguir avanzando cuando resultaron inevitables otros acontecimientos todavía más fatídicos para Italia. La atención de los políticos italianos estaba ahora concentrada sobre estos acontecimientos porque todos, en una o en otra forma, estaban interesados en ellos. Incluso Maquiavello fué arrastrado por el torbellino de los asuntos públicos y frecuentemente enviado a transmitir despachos al campamento de los aliados, donde encontró a Guicciardini establecido como lugarteniente del Papa. Estos dos florentinos desarrollaron toda su energía y su pericia, e hicieron gala, aunque infructuosamente, de los mejores aspectos de sus respectivas personalidades. Pero Maquiavello, que ya era anciano y que veía próximo su fin, ocupando todavía una posición subalterna y al servicio de un Estado dependiente del capricho de un Papa, apenas pudo hacer otra cosa que manifestar la excelencia de sus intenciones, su ardiente patriotismo y su pena por el desventurado destino de su país. Guicciardini, por otra parte, estaba en la flor de la vida e investido de gran autoridad; así que para él ésta resultó ser la fase más brillante de su carrera política. Tenía un representante en Roma en la persona de messer Cesare Colombo, a quien constantemente enviaba despachos cuyo contenido había de comunicarse al Papa y al Sagrado Colegio. Aquellos despachos nos proporcionan una imagen fiel de los acontecimientos de la época, y son un testimonio autorizado de la profunda sagacidad política de Guicciardini y de su excelencia como hombre de Estado.

Desempeñando el puesto de gobernador de Emilia, había conquistado muchos aplausos por su notable energía y su agilidad durante la guerra en aquella parte de Italia. Por lo tanto, en 1524, fué nombrado

presidente de Romaña, con la misión de pacificar una provincia durante tanto tiempo desgarrada por la lucha de partidos, y mancillada por crímenes constantes. Su intención fué primero infundir terror a los responsables mediante la adopción de medidas rigurosas para después gobernarlos con clemencia. Pero después de insistir en la imposición de castigos capitales en el caso de criminales, "sumidos hasta los ojos en el crimen", descubrió que tendría que vencer muchas más dificultades de las que había esperado. Los malhechores apelaron al Papa buscando protección, se entregaron a su gracia y obtuvieron salvoconducto. Esto provocó en seguida un aumento del número de crímenes y debilitó la autoridad del presidente, que se irritó y alarmó. Un tal Bastiano Orsello, que había matado a su abuelo y que fué acusado de haber cometido dieciséis o dieciocho asesinatos durante una conspiración, y responsable igualmente de incontables actos de rapiña, obtuvo la protección tanto de Giovanni dei Medici como del Papa. Y mientras Guicciardini se quejaba de un criminal, se perdonaba a otro, hasta el punto que se vió obligado a exclamar disgustado: "¡Sería mejor poner en libertad a todos los asesinos y rogarles que cometiesen nuevos crímenes! ¡Por Dios, que ha sido éste un bello capricho! Se ha visto en libertad al asesino que había jugado a la pelota con las cabezas de sus víctimas en las plazas públicas de Forlì". Pero fué capaz de sacar ventaja de las preocupaciones sumamente graves que agobiaban al Papa y puso en práctica sus propias medidas en tal forma que al fin del año podía jactarse de haber establecido el orden en Romaña.

Después volvió su atención a los acontecimientos que se estaban produciendo en Romaña, adoptando resoluciones y dando consejos inspirados en tal sentido de justicia y de tal modo realistas que a veces pueden considerarse verdaderas profecías. Poco tiempo antes de la batalla de Pavia declaró que a su juicio dominarían los imperiales. Y cuando sus palabras se vieron convertidas en realidad, agregó: "De ahora en adelante todo resultará desventajoso para nosotros. Los italianos no son suficientemente fuertes para hacer resistencia, y la capitulación nos dejaría sometidos a esclavitud. Este sería el momento para adoptar resoluciones audaces, y por mi parte aplaudiría a quien siguiese un camino que ofreciese las mismas perspectivas esperanzadoras que peligro. Es inútil esperar nada de los franceses, que no se preocupan del mañana y que estarían dispuestos a pasar por todo a cambio de liberar a su rey. Yo comprendí perfectamente que en este momento incluso los hombres inteligentes estén asombrados; pero quien se dé cuenta de que permaneciendo tranquilo será destruído debe preferir arrostrar los mayores peligros antes que sucumbir en una muerte segura". Y al oír hablar de la captura de Morone, en quien nunca tuvo confianza, escribió: "Ahora los imperiales no se retrasarán ya. Tal vez ellos decidan tomar en el acto posesión del ducado de Milán, y probablemente logren hacerlo gracias a la debilidad del duque, o como consecuencia de algún nuevo giro de la conducta de Morone. Y por nuestra parte no tenemos nada que esperar, porque ellos presionarán

todavía más para ocupar los Estados pontificios, o para derrotar al Estado florentino, o para algo peor incluso si la oportunidad se presenta. El emperador quiere ser dueño de Italia y jamás será amigo de nadie que pueda representar un obstáculo para el logro de aquel fin. Es inútil esperar nada de un tratado con Francia, que ahora se encuentra postrada, porque siempre resultaría en perjuicio nuestro. No hay posibilidad de esperar que un tratado perdure sin la liberación del rey, que no puede aceptar condiciones que resulten en su propio perjuicio. La verdad es que César logrará todavía sus fines mientras los demás se duermen; y en tal forma prevalecerá sobre todos, no por acreditar una fuerza superior, sino por el *fatali omnium ignavia*". Estas palabras parecen predecir claramente el progreso de los imperiales en la dirección que condujo al saco de Roma y al sitio de Florencia. Guicciardini tampoco modificó su opinión al saber que un enviado imperial hacía propuestas y que el Papa estaba en tratos con él. "El emperador —escribió— trata de aplastar a Francia y a los venecianos, y debe en primer término, por lo tanto, asegurarse del Papa, y esto lo hará tan pronto como haya terminado el asunto de Milán. En todo caso se convertirá en el árbitro de Italia. El Papa será soberano solamente de nombre y por el momento se burlará de planes que seguramente terminarán en nubes de humo. Pero abrigo graves temores de que adopte alguna resolución absolutamente inadecuada. A quienes temen la guerra debe convencerseles de los peligros que encierra la paz. Un exceso de prudencia es ahora imprudente y ya no es posible emprender empresas mesuradas. Es indispensable acudir a las armas para evitar una paz que nos convierta en esclavos". Y esto incluso resultó una realidad. La guerra se hizo inevitable, y Guicciardini fué llamado a Roma primero para pedirle consejo y después fué enviado al campo de batalla como teniente general. Después confió el gobierno de Romaña a su hermano Jacopo, dejándole largas instrucciones escritas y detalladas que proporcionan nuevas pruebas de su capacidad como gobernante.

Ahora había llegado al fin el momento de la reaparición de Maquiavelo en el escenario político. Todavía le encontramos en la misma situación de ánimo; todavía golpeado por la suerte, ocupando puestos sumamente modestos, exaltado por un entusiasmo vivo que sentía por su patria italiana y esforzándose en vano por salvarla. Siempre dominado y transportado por sus ideales constantes. Aquellos ideales suyos que con tanta frecuencia hicieron que sus contemporáneos lo considerasen como visionario fantástico, nos parecen casi sublimes y proféticos, precisamente porque ellos se ajustan más a nuestra época que a la suya y revelan una intuición penetrante del futuro, más bien que un conocimiento práctico del presente. Guicciardini, por otra parte, cuya virtud principal radicaba en su conocimiento práctico de la actualidad, tuvo mejor suerte y mayor energía. Más frío que Maquiavelo, impassible y calculador, pudo haberse dirigido a su gran contemporáneo con las palabras aplicadas por Dante a Farinata degli Uberti:

*E' par che voi veggiate, se ben odo,
Dinanzi quel che il tempo seco adduce,
E nel presente tenete altro modo.*

Incluso Maquiavelo parece haberse dado cuenta con frecuencia de las situaciones contradictorias de que estaba rodeado, aunque viéndose obligado a creer en sus contemporáneos y en su país, cuyos defectos reconocía con tanta claridad, y a considerarlos mucho mejores de lo que en realidad eran y capaces de resoluciones heroicas. Después, profundamente desalentado, solía dar rienda suelta súbitamente a su temperamento satírico, mordaz y cínico y entregarse a inesperados e irresistibles estallidos. Pero no pasó mucho tiempo sin que volviese a sus teorías ideales, asiéndose a ellas con fe incommovible hasta el último momento de su vida.

En la primera parte de 1525, antes de que la ola de nuevas calamidades alcanzase su climax, lo encontramos meditando sombríamente en las noticias del día y terminando el libro VIII de sus *Historias*, que alcanza hasta la muerte de Lorenzo el Magnífico. Estaba ansioso de presentar personalmente la obra al Papa, a quien estaba dedicada, con la esperanza de obtener alguna ayuda pecuniaria para su continuación. Mencionó el asunto en una carta a Vettori que, sin embargo, apenas le dió aliento. Sin embargo, el 8 de marzo, Vettori escribió desde Roma para decir que el Papa le había interrogado respecto a las *Storie* y que él le constestó que había leído parte de la obra y que a su juicio ésta encontraría buena acogida. Añadió también que había disuadido a Maquiavelo de su propósito de venir a ofrecerla personalmente porque este momento no parecía ser oportuno. La contestación del Papa, sin embargo, fué que "debía venir, porque estoy seguro de que sus libros agradarán y que serán muy leídos." Sin embargo, Vettori, con su frialdad habitual, terminaba su carta diciendo: "Pero no debéis engañaros, porque si venís, os exponéis a quedar con las manos vacías teniendo en cuenta la situación del momento."

Después de muchas vacilaciones, Maquiavelo decidió al fin hacer una visita a Roma, y no solamente encontró al Papa bien dispuesto hacia él, sino que incluso Filippo Strocchi y Jacopo Salviati se manifestaron más dispuestos a proporcionarle ayuda práctica que Vettori, que solamente se manifestó pródigo en palabras. En realidad Salviati se había esforzado por encontrar algún empleo para él; pero no tuvo éxito, porque el Papa no había recibido favorablemente la propuesta.¹ Filippo Strocchi tuvo más suerte. Por conducto de Francesco del Nero, pudo informar a Maquiavelo, que había salido de Roma, de que su Santidad estaba dispuesto a concederle un nuevo subsidio para que pudiese continuar sus *Historias*. De hecho el subsidio le fué concedido después, hasta la suma de otros cien ducados.²

La verdadera razón por la que, no obstante la afabilidad del Papa, Maquiavelo salió de Roma sin arreglar nada en su propio beneficio, e incluso antes de asegurar la suma que se le había prometido para la continuación de las *Historias*, refleja un carácter sumamente digno.

Al llegar a Roma después de la batalla de Pavia, cuando todos los italianos estaban perplejos ante el peligro inminente de que el ejército imperial tomase la ofensiva en cualquier momento, casi inmediatamente se desentendió de toda preocupación por sus propios intereses personales, que dejó encomendados a sus amigos. Habló al Papa solamente de las medidas que sería necesario adoptar, teniendo en cuenta la situación actual de los asuntos, y de cómo fortificar Florencia contra cualquier ataque repentino. Al pontífice, a los cardenales, y a cuantos encontró en la corte, expuso con ansiedad su vieja idea de formar una milicia nacional, tratando de convencer a todos de que el único remedio eficaz ahora sería armar al pueblo y convocarlo para la defensa de su país contra las huestes extranjeras que amenazaban. Y habló con tal calor y elocuencia que al fin logró convencer al Papa y a alguno de quienes le rodeaban. De hecho, en junio del mismo año, fué enviado con un breve ante Guicciardini en Romaña, para exponer su proyecto, y con instrucciones de ponerlo en práctica allí, entre una población bien adiestrada en el empleo de las armas. Jacopo Salviati y Schomberg hablaron del proyecto a Colombo, rogándole también a él que se dirigiese a Guicciardini en el mismo sentido. Este último, que era seguramente el talento más frío y más práctico de los italianos de entonces, escribió la siguiente contestación desde Faenza el 15 de junio de 1525: "Ha llegado a mi conocimiento lo que se dice respecto a la llegada de Maquiavelo. Esperaré a que llegue, para darme cuenta de su intención, antes de opinar sobre ella, pero es un asunto que requiere un examen cuidadoso, y así debéis decirlo también a los demás. Entre tanto investigad cuál es la finalidad que se propone el Papa al hacer esta propuesta, porque si con ella se propone poner remedio a los actuales peligros, debe tenerse en cuenta que la medida no puede llevarse a la práctica en tiempo oportuno".

El 19 escribió que Maquiavelo había llegado y explicado el proyecto de la Ordenanza. "Evidentemente que si ésta pudiese llevarse a cabo en la forma deseada, sería una de las obras más útiles y dignas de elogio de cuantas Su Santidad pudiese emprender. Y por mi parte no temería dar armas al pueblo, porque con unas cuantas reglamentos y una disciplina severa podría arreglarse todo; pero yo no armaría a una población como ésta. Porque Romaña, lacerada como está por crueles enemistades, se halla dividida en dos grandes facciones, conocidas aún con las denominaciones de güelfos y gibelinos, la primera de las cuales está respaldada por Francia, y la última por el Imperio. La Iglesia ya no tiene verdaderos amigos en ninguno de ambos bandos y, por consiguiente, si estallase la guerra con el emperador, tendría que arrostrar un grave peligro, por el hecho de que sus amigos estarían armados, con la esperanza de emplearlos en su propio beneficio. Esta empresa necesitaría estar cimentada en el amor del pueblo, y el pueblo de Romaña no siente la menor devoción por la Iglesia. Aquí no existe garantía de la vida ni de la propiedad y por consiguiente los hombres vuelven su vista hacia príncipes extranjeros, de quienes depende todo en esta provincia. Y la esperanza de

integrar la Ordenanza de la Milicia, de acuerdo con los deseos de Maquiavelo, a base de hombres independientes de ambas facciones, sería igual a no integrarla con nadie. Sin embargo, si la empresa ha de intentarse a todo riesgo, yo me entregaré a ella en cuerpo y alma y lo mismo debe hacer Su Santidad, porque una vez empezada, asumiría proporciones más importantes que ninguna otra". Después seguía diciendo que la idea del Papa de cargar a las ya agotadas Comunas con los gastos del proyecto resultaba extremadamente peligrosa, y que podía preverse con seguridad que, desde el primer momento, las irritaría enfrentándolas a una institución que necesitaba indispensablemente de su simpatía.

El 23 de junio escribió de nuevo para expresar su duda; invitaba a Colombo a comunicar en primer término el contenido de su carta a Schomberg y a Salviati, tomando nota de su consejo y opiniones, y presentarla después al Papa, recomendándole con mucho cuidado que observase "sus palabras y gestos". Sin embargo, mientras él vivía lleno de ansiedad, viendo cómo el Papa se entregaba irreflexiva y débilmente a la realización de un proyecto tan poco preciso, el entusiasmo de Clemente había estallado ya con la rapidez de un montón de paja incendiado, y con más rapidez aún al averiguar que ello representaría gastos de sus propios fondos. Ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Por lo tanto, Maquiavelo, después de esperar inútilmente contestación hasta el 26 de julio, se convenció de que ni Guicciardini ni el Papa tenían valor para armar al pueblo, y no estando dispuesto a perder más tiempo, regresó a Florencia declarando que allí esperaba sus órdenes.

Envió a Guicciardini varias cartas desde Florencia, pero no se dijo nada más respecto a la Ordenanza. La correspondencia estaba dedicada a asuntos privados y contenía bromas mediante las cuales ambos trataban de alejar de su ánimo la idea de las miserias actuales de su país y de los males más graves aún que amenazaban al mismo. Pero era imposible evitar toda mención de aquellos peligros y aludieron a ellos con amarga pena. El 17 de agosto Maquiavelo dijo algo respecto al proyectado matrimonio de una de las hijas de Guicciardini con un rico florentino; expresaba su satisfacción de que su *Mandragola* le hubiese proporcionado a su amigo gran placer hasta el punto de que el mismo proyectase su representación en Florencia durante el Carnaval siguiente, y prometió asistir a la representación. Le envió una medicina, respecto de la cual decía que le había proporcionado muchas veces grandes beneficios, especialmente cuando se sentía agobiado por exceso de trabajo. Agregaba que tal vez tuviese que ir muy pronto a Venecia, en cuyo caso no dudaba que habría de detenerse en Florencia al regreso, para visitar a sus amigos.³

El 19 de agosto, Maquiavelo fué enviado a Venecia para resolver asuntos de escasa importancia, a instancia de los cónsules de la Guilda de la Lana y de los cónsules florentinos en Rumania, conocidos también con el nombre de *Provveditori del Levante*. Algunos comerciantes florentinos que regresaban con mucho dinero del Este, a bordo de un

bergantín veneciano, encontraron al llegar a uno de los puertos de la República que el bajel estaba en poder de un tal G. B. Donati, que acompañaba al orador turco. Este Donati reunió a los comerciantes, y después de tratarlos en forma "demasiado insultante para que pueda describirse, les obligó a pagar un rescate de mil quinientos ducados de oro". Como consecuencia, los cónsules de la Guilda pidieron ahora compensación a la Serena República, fundándose en que Donati era súbdito veneciano. Esta misión fué realizada sin pérdida de tiempo, y los únicos documentos que tenemos relativos a ella son unas credenciales de Maquiavelo, sus cartas conteniendo las instrucciones y los documentos que contienen la explicación del caso. Pero sabemos que circulaba un rumor en Florencia en aquel entonces, según el cual Maquiavelo había intentado fortuna en Venecia, y que "ganó un premio de dos o tres mil ducados a la lotería". Filippo dei Neri le escribió hablándole del tema, agregando también que el nombre de Maquiavelo había sido incluido en la lista de ciudadanos elegibles para los empleos políticos porque al recomendarlo él por conducto de algunas señoras que se manifestaban amables hacia él, los *accoppiatori* habían hecho como que no se enteraban. Y seguía gastando bromas sobre esto, en un tono que no es muy fácil comprender hoy. Pero nos damos cuenta de que Maquiavelo había sido agraciado con algún favor, porque jamás se dieron en él todas las condiciones de elegibilidad exigidas rigurosamente por la ley relativa a la provisión de cargos públicos. Respecto a sus ganancias en la lotería, o fueron sumamente insignificantes o puramente ficticias, porque no encontramos alusión a ellas en ninguna otra parte, y porque dos o tres mil ducados habrían cambiado totalmente la situación de Maquiavelo, puesto que nunca había dispuesto de una suma tan grande. Y aunque Canossa, el embajador en Venecia, le vió dos veces durante su breve estancia allí y le proporcionó noticias suyas para Vettori, no hace alusión al premio de que hablaba el rumor. Solamente escribió que Maquiavelo y él habían hablado de los asuntos públicos, respecto a los cuales no había nada que decir, "salvo que estamos cayendo en la esclavitud, o acaso podríamos decir con más exactitud que estamos comprándola. Todos nos damos cuenta de esto, pero nadie trata de impedirlo".

Al regresar a Florencia, aparentemente sin haber visto a Guicciardini, que estaba entonces en Imola, Maquiavelo encontró a su hijo Bernardo enfermo y una carta de su otro hijo, Ludovico, que le estaba esperando. Ludovico era un joven impetuoso que vivía en Andrinópolis, dedicado a los negocios. En aquella ocasión le escribía desde allí quejándose de un cierto sacerdote, que no quería abandonar una iglesia que pertenecía a la familia de Maquiavelo próxima a Sant Andrea in Percussina. Amenazaba con venir y hacerse justicia por sí mismo, a menos que su padre fuese capaz de poner orden en las cosas sin más dilación: "No acierto a comprender —decía en conclusión— que debemos esperar tanto tiempo. Parece como si fuera imposible desalojar a ese sujeto". A aquellas pequeñas preocupaciones se sumaba una ansiedad sumamente grave respecto a los asuntos públicos. Morone es-

taba en prisión, Pescara avanzaba sobre Milán y el Papa se manifestaba indeciso y vacilante como siempre. Las cartas de Guicciardini y de Maquiavelo fluctúan entre el desaliento y una aparente euforia cínica que con frecuencia no era otra cosa que la carcajada de la desesperación. En una carta sin fecha, Maquiavelo enviaba a su amigo explicaciones de la significación de ciertas frases florentinas contenidas en la *Mandragola*. Prometía componer algunas cancioncillas nuevas que habrían de ser cantadas en los entreactos y enviar a Faenza al famoso Barbera y a su coro. En otra carta, que tampoco lleva fecha y que aparece firmada por *Nicolò Machiavelli, cómico, trágico e historiador*, empezaba hablando extensamente del matrimonio que tanto ansiaba Guicciardini; y después, cambiando repentinamente de tema, seguía diciendo: "Morone ha sido capturado, y el ducado de Milán está en ruinas; y del mismo modo que aquel hombre parecía perder las esperanzas, todos los demás príncipes esperaban lo mismo.⁴ Y no había esperanza de que las cosas cambiasen *Sicdatum desuper. Veggio d'Alagna tornar lo fiordaliso e nel Vicario suo, etc. Nosti versus coetera per te ipsum lege*".⁵ Y después, dando otro viraje súbito, decía: "Que tengáis un feliz carnaval, y buscad alojamiento para los Barbera entre esos frailes, y si no pierden la cabeza yo no cobraré mi sueldo y recomiéndome a la Maliscotta y tenme al corriente de cómo van los preparativos para la representación de la comedia, y cuándo te propones representarla. He obtenido aquel aumento de cien ducados para mi *Historia*. Ahora estoy empezando a escribir de nuevo y doy rienda suelta a mi ira acusando a los príncipes causantes de nuestra situación".

Y la correspondencia continuaba en este tono. Escribiendo el 19 de diciembre, Maquiavelo volvió nuevamente a ocuparse del asunto del matrimonio, y buscando un camino para su realización, sugirió que se obtuviese del Papa una suma para mejorar la dote de la novia. Guicciardini, que era hombre más orgulloso y más práctico, vaciló antes de dirigirse a Clemente VII para tratar con él problemas de este tipo, en momentos en que los Estados pontificios y toda Italia atravesaban una situación sumamente precaria. Pescara había muerto y los potentados italianos parecían dispuestos a permanecer dormidos, aumentando así seriamente el peligro general. Incluso Maquiavelo terminaba su carta diciendo: "Reina ahora una sensación de seguridad general, y creyendo que sobra tiempo, lo que se hace es dar tiempo al enemigo. Y termino afirmando que aquí no pasará jamás nada noble y audaz que nos permita vivir o morir con honor; tan grande es el temor que advierto en estos ciudadanos y tan grande su vileza respecto a quienes pueden devorarnos".

Guicciardini contestó el 26, y empezaba su carta refiriéndose nuevamente a la comedia, "porque a mi juicio éste no puede considerarse en forma alguna el menos importante de los asuntos que tenemos entre manos, y en todo caso se trata de algo práctico, que tenemos a nuestro alcance, porque no se pierde el tiempo pensando en ello, puesto que el recreo es más necesario que nunca entre este torbellino de preocupaciones".

No sabía qué decir sobre los asuntos públicos, viendo que todo el mundo desaprobaba su opinión, que él creía que valía la pena tomar en consideración. "Los perjuicios de la paz se conocerán cuando haya pasado la oportunidad de la guerra. Solamente insistimos en esperar la tormenta que se avecina, y no podremos decir que se nos arrancó el poder, sino que *turpiter elapsa sit de manibus*. Parece que Maquiavelo y Guicciardini no eran los únicos que distraían sus pensamientos divirtiéndose con la representación de comedias, porque todos los italianos, durante aquellos años terribles, procuraban divertirse en las fiestas de carnaval. La compañía Cazzuola en Florencia, que poco tiempo antes había ofrecido representaciones excelentes de la *Mandragola*, estaba ahora, en el carnaval de 1525, representando la *Clizia* en el jardín expresamente establecido para este efecto por Jacopo Fornaciaio, cerca de la puerta de San Frediano. El escenario estaba pintado por Bastiano da Sangallo, que, por su pericia en obras de esta especie, era conocido con el apodo de *Aristóteles*. En esta ocasión se ofrecieron a los nobles, a los burgueses y a la clase trabajadora tantas festividades y banquetes que eran el tema de las conversaciones en toda Italia. Parece que Maquiavelo se entregó a estas diversiones con menos entusiasmo que los demás y que Filippo dei Neri, que sentía escasa estimación por él, aunque aparentaba ser su amigo, le felicitó por su excelente estado de ánimo, aunque ante otras personas declaró que estaba escandalizado por la conducta de Nicolás. Dos compañías privadas en Venecia estaban representando al mismo tiempo la *Mandragola* y la *Menæchmi* de Plauto. Esta última obra fué recibida en cambio con tal frialdad que sus actores invitaron a la otra compañía a su casa para que repitiesen la representación de la comedia moderna.* Y Maquiavelo fué presionado por los comerciantes florentinos que residían en Venecia, para que les enviase otra obra original suya con la finalidad de representarla en el mes de mayo siguiente. La representación organizada en Romaña por Guicciardini para el carnaval de 1526,⁷ parece que nunca se realizó, a causa de que el presidente se vió obligado a hacer apresuradamente un viaje a Roma. Las noticias del tratado establecido entre Francia y España para la liberación del rey, aunque todavía no se sabía en qué condiciones, tuvieron a todos más perplejos que antes, y fué necesario estar preparados para cualquier emergencia.

Las cartas de los dos amigos empezaron ahora a extenderse sobre estas noticias con mayor persistencia. Guicciardini, como hemos visto, había sostenido hacia tiempo la opinión de que el emperador liberaría al rey, pero que en ningún caso este último cumpliría las condiciones convenidas. Maquiavelo, por el contrario, permanecía fiel a la errónea creencia de que el rey no sería liberado, pero que en cualquier caso cumpliría su palabra. E incluso después de que se hizo público el texto del tratado, se resistió a modificar sus equivocados puntos de vista. Escribió a Filippo Strozzi, sobre el tema, y el 15 de marzo lo hizo también a Guicciardini, diciéndole que este tratado le había producido asombro, y repetía que a su juicio el rey no sería libe-

rado o que observaría las condiciones que se le imponían. "Es cierto que en esta forma provocaría la ruina de Italia, y que incluso podía exponerse a la pérdida de su reino; pero como tiene una mentalidad francesa, como vos decís, este temor no le afectaría tanto como podía afectar a otro. Y tanto si fuese liberado como si no lo fuese, en Italia habrá guerra en todo caso. Solamente se nos abren dos caminos: o arrojarnos en manos del vencedor y proporcionarle dinero, o empuñar las armas. El primer camino no es satisfactorio, porque el enemigo podría tomar nuestro dinero en primer término y después tomar también nuestras vidas; como consecuencia, no nos queda otro camino que la lucha". En este punto Maquiavelo se entrega a otra de las ideas audaces tan peculiares suyas.

"Ahora diré algo que os parecerá locura; y sugeriré una idea que consideraréis temeraria o ridícula; sin embargo, los tiempos piden audacia y resolución extraordinarias. Y todo el que sabe razonar se da cuenta de que la gente es mudable y necia; sin embargo, tomándola tal cual es, puede con frecuencia decirse que se hace lo que se debe. Corrían rumores en Florencia, hace algún tiempo, de que signor Giovanni dei Medici estaba formando una compañía de aventureros para hacer la guerra donde le conviniese. Estas noticias me hicieron pensar que el pueblo nos estaba enseñando lo que debíamos hacer. Yo creí que la opinión general indicaba que no hay jefe en Italia a quien los soldados estuvieran más dispuestos a seguir, ni de quien los españoles pudieran tener mayor temor y respeto. Del mismo modo todo el mundo sostiene que signor Giovanni es audaz, impetuoso, lleno de grandes ideas, y decidido a adoptar grandes resoluciones. Por lo tanto, proporcionándole reclutas en secreto y el mayor número posible de caballos y de soldados de infantería, puede ser que él sea capaz de llegar a formar un ejército. Esto podría confundir rápidamente a los españoles y obligarlos a modificar los planes con que confían poder destruir Toscana y la Iglesia sin encontrar obstáculo alguno. En tal forma podía incluso cambiar los proyectos del rey, porque éste vería que tenía que tratar con hombres vivos. Y observad que si el rey no se ve presionado por la fuerza y por una realidad viva cumplirá el tratado y os dejará entregados a vuestra suerte, porque os habéis manifestado contra él con mucha frecuencia, o habéis permanecido como espectadores pasivos, para que él no tema que podéis hacer lo mismo esta vez".

Filippo Strozzi enseñó al Papa la carta que había recibido de Maquiavelo y le habló además de la propuesta contenida en la dirigida a Guicciardini. Pero aquellas ideas eran demasiado atrevidas, demasiado patrióticas para que fuesen aceptadas por Clemente VII, que se asustó con la simple mención de las mismas. Contestó que el rey sería liberado en seguida y observaría con fidelidad lo convenido, en forma tal que Italia quedaría a merced del emperador. Se negó a tomar en consideración la propuesta de armar a Giovanni dei Medici, porque esto equivaldría a declarar abiertamente la guerra al emperador. De hecho, Giovanni dei Medici no podía reclutar un ejército sin dinero, y si tales recursos hubieran sido proporcionados por el Papa, éste se convertiría

por este solo hecho en el jefe virtual de la empresa. Por las mismas razones que nada resultó del asunto de la Ordenanza, el nuevo plan del ex secretario quedó en nada.

Por lo tanto, Maquiavelo se dedicó a estudiar los medios de fortificar los muros de Florencia, tema sobre el cual había tenido una extensa conversación en Roma con el Papa, que le recomendó la construcción de obras de consistencia suficiente para infundir al pueblo la creencia de que podía hacerse resistencia a cualquier ataque. Pero él apremió para que se construyese todo un nuevo círculo de muro del lado de San Miniato, y esto resultaba imposible porque lo impedía el montículo que lleva el mismo nombre. Para que aquella colina quedase comprendida dentro de los muros, sería necesario un circuito demasiado amplio y como consecuencia indefendible. Si, por otra parte, se hubiese tratado de estrechar el circuito ya existente, resultaría que todo un distrito de la ciudad quedaría fuera de las obras de defensa. La demolición de este distrito supondría grandes pérdidas; pero, por otra parte, si el distrito en cuestión no se demolía podría instantáneamente ser capturado y fortificado por el enemigo. Maquiavelo, por consiguiente, después de inspeccionar cuidadosamente las murallas en compañía de Pedro Navarro, redactó un informe detallado y preciso, señalando las obras que era necesario llevar a cabo, insistiendo todavía con más apremio que antes sobre la oportunidad de fortificar solamente los muros existentes mediante la construcción de nuevas torres, fortalezas, zanjas y otras defensas. El 17 de mayo escribió a Guicciardini, que estaba todavía en Roma, diciendo que tenía la cabeza "tan llena de baluartes" que no era capaz de pensar en ninguna otra cosa. Le habló de una ley promulgada en Florencia según la cual había de formarse una nueva junta de magistrados para supervisar las fortificaciones; y que si las cosas iban como se esperaba, él, Maquiavelo, sería el nuevo canciller. Rogaba que se presionase al Papa para que empezase a proporcionar el dinero necesario para el comienzo de las obras. Después de aludir a la información recibida de Francia respecto a los peligros a que el Papa había estado expuesto y a las últimas noticias de Lombardía sobre los desórdenes en el ejército imperial, terminaba haciendo notar que todas estas cosas demostraban claramente "cuán fácil era limpiar a Italia de aquellos miserables. Por Dios, no dejéis escapar esta oportunidad. Recordad que malos consejeros o peores ministros habían encarcelado virtualmente no al rey, sino al Papa, y que éste apenas acaba de ser liberado. Y ahora el emperador, al darse cuenta de que el rey le falla, hará proposiciones a las que no debéis prestar atención. No debemos seguir pensando en fiarlo todo al tiempo y a la suerte, puesto que aquél y ésta son engañosos. Debemos actuar. A vos no es preciso deciros nada más. *Liberate diuturna cura Italiam. Extirpate has immanes belluas, quae omnis fraeter faciem et vocem nihil habent*".

Guicciardini contestó que estaba totalmente de acuerdo con él y que como las cosas estaban ahora tan claras, confiaba en que se adoptarían las medidas necesarias. Pero no sucedió así. Tanto en los grandes asuntos como en las pequeñas cuestiones, el Papa se manifestaba siem-

pre presa de la misma incertidumbre, en forma tal que incluso en la cuestión relativa a la fortificación de los muros de Florencia no se pudo llegar a conclusión alguna. Al fin se asió obstinadamente a su propio proyecto impracticable que todos los demás habían condenado.

El nuevo decreto florentino para la institución de los "Cinco Curadores de las murallas", redactado por el mismo Maquiavelo, fué aprobado por el Consejo de los Ciento el 9 de mayo de 1526; el 18 se eligieron los curadores, los cuales inmediatamente eligieron a Maquiavelo para el cargo de canciller y de *provveditore*.⁸ Al punto, ayudado por uno de sus hijos y por una tercera persona, empezó a dictar cartas y a dar órdenes para empezar las obras. Se comunicaron instrucciones a los alcaldes para que proporcionasen trabajadores que cavasen trincheras; se escribió una carta al Papa pidiéndole dinero, puesto que era imposible imponer nuevas cargas fiscales a los ciudadanos en aquella ocasión. Se le pidió también que apresurase la llegada de Antonio de Sangallo, que había ido ya a Lombardía para estudiar allí las fortificaciones, puesto que no podía ser aconsejable empezar nuevas obras antes de que los ingenieros se pusieran de acuerdo sobre el proyecto de construcción de los baluartes. Pero éste era precisamente el punto que no podía resolverse, puesto que el Papa estaba aún convencido de la bondad de su extraña idea de ampliar el circuito o los muros, con vistas a que quedase incluido dentro de ellos el montículo de San Miniato, y pretendía que el aumento de valor del terreno así agregado a la ciudad produjese un beneficio de ochenta mil ducados. Maquiavelo casi perdió la paciencia, y el 2 de junio despachó tres cartas a Guicciardini, diciendo en conclusión: "Todo esto es una insensatez, y el Papa no sabe lo que dice". Y urgió a Guicciardini con insistencia a que venciese la obstinación del Papa, puesto que en otra forma no podía hacerse otra cosa que debilitar la ciudad y gastar grandes sumas de dinero. El fin de todo esto fué que los asuntos se fueron difiriendo, sin que se terminase ninguna obra importante. Cuando llegó el momento de adoptar medidas de utilidad práctica, el enemigo estaba ya tan próximo que Maquiavelo se vió obligado a hacer varios viajes al campamento para ver a Guicciardini, y por consiguiente a interrumpir y reanudar sus labores con frecuencia. Desde entonces en adelante sólo podía esperarse encontrar algún medio de desviar de Florencia la amenazadora tormenta que se aproximaba a toda prisa, y a la que no podía ofrecerse una resistencia efectiva.

NOTAS AL CAPITULO XXVII

1. Cartas del 3 y del 17 de mayo de 1525, escritas por Salviati a su hijo el cardenal. La primera le habla de un proyecto de enviar a Maquiavelo con él a España: la segunda dice: "No debemos contar con Maquiavelo porque advierto que el Papa acepta con mucha lentitud esta idea". (Desjardins, *Négociations Diplomatiques*, vol. II, págs. 840-841.)

2. Carta de Francesco del Nero, fechada el 27 de julio de 1525. Está entre las *Carte del Machiavelli*, caja V, núm. 45. Véase Apéndice III de la edición italiana, documento XIV.

3. *Opere Inedite*, vol. VIII, pág. 167, carta LVII. Como algunos autores han creído que la muerte de Maquiavelo se produjo por abuso de esta medicina, vale la pena decir que ésta era un purgante suave, y que la ciba, la única droga potente que contiene, se usó en muy pequeña dosis para que pudiera producir algún daño. Monseñor Artaud, autor de *Machiavel, son génie et ses erreurs*, se tomó la molestia de reconstruir el texto original de la prescripción médica, y averiguó que las píldoras son una ayuda suave para la digestión.

4. Esto es, que todos nuestros otros príncipes, esperando pasivamente, llegarán a un final similar.

5. *Veggio in Alagna entrar lo fiordaliso — E nel vicario suo Cristo esser catto.* (Dante, *Purgatorio*, XX, 86-87.)

Como todo el mundo sabe, estos versos aluden a la prisión de Bonifacio VIII. El trato de que este Papa fué objeto por parte de los Colonna en Anagni (Alagna) se parece realmente, como veremos en seguida, a la conducta de la misma familia con Clemente VII en Roma.

6. Véase la carta de Giovanni Mannelli a Maquiavelo, fechada en Venecia el 28 de febrero de 1525, en las *Opere* (P.M.), vol. I, pág. 90. En este caso, también, Passerini cree que el año debe de estar mencionado según el estilo florentino; pero la cuestión al menos es dudosa. Es evidente que cuando estaban fuera de su propio Estado los florentinos a veces computaban los años en su propio estilo, y otras veces según el estilo del lugar donde residían.

7. De las cartas de Maquiavelo resulta notorio que había prometido terminantemente ir, pero que después no fué. El 3 de enero, de 1525-26, escribió: "En todo caso vendré, salvo que alguna enfermedad me lo impida, lo que Dios no quiera; y vendré después que termine este mes, en el momento que usted me indique". Agregaba que la Barbera estaba detenida por ciertos amantes, pero que sin embargo confiaba poderla enviar. *Opere*, vol. VIII, pág. 185, carta LXIII. A esta carta siguió la del 15 de marzo, por la que sabemos que "La Barbera está aquí ahora; si puedes ayudarla en algo, la recomiendo a tus buenos oficios, porque ella me preocupa más que el emperador". Guicciardini estaba en Roma en aquel momento, como sabemos por las *Opere Inedite*. La Barbera había ido allí probablemente para otras representaciones y en busca de aventuras.

8. La minuta del autógrafo de este decreto está en los Archivos florentinos y se publicó en las *Opere* (P. M.), vol. VI, pág. 360. Existe también el registro de la elección de los Cinco *Procuratori*, pero como faltan sus *Atti*, la fecha del nombramiento de Maquiavelo queda incierta. Pero existen todavía algunas cartas oficiales, contenidas en un paquete de dieciséis folios. Estas cartas llegan hasta el 26 de febrero de 1527. Las primeras once son manuscritas de Maquiavelo, pero no así las treinta restantes.

CAPITULO XXVIII

ATAQUE DE LOS COLONNA CONTRA ROMA. TREGUA ENTRE EL PAPA Y EL EMPERADOR. GUICCIARDINI Y MAQUIAVELO EN CAMPAÑA. CREMONA SE RINDE A LA LIGA. GUICCIARDINI RECIBE ÓRDENES DE RETIRARSE ATRAVESANDO EL PO. LAS FUERZAS IMPERIALES AVANZAN SOBRE BOLONIA. INTENTO FRUSTRADO DE ESTABLECER UN CONVENIO ENTRE EL PAPA Y EL EMPERADOR. MAQUIAVELO VUELVE A FLORENCIA. CONSPIRACIÓN EN FLORENCIA. EL SACO DE ROMA. EXPULSIÓN DE LOS MÉDICIS Y RESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA FLORENTINA.

El emperador sólo tenía que hacer avanzar su ejército para convertirse en el dueño absoluto de Italia. Pero carecía totalmente de dinero, y el país, aunque débil y dividido, le era absolutamente hostil. Francisco I estaba una vez más en libertad, y habiendo resuelto no cumplir las condiciones que le fueron impuestas, estaba preparándose para la guerra. Por todas estas razones era de extraordinaria importancia para Carlos V conseguir del Papa la neutralidad, si no era posible la amistad. El cardenal Colonna, mejor soldado que prelado, y enemigo encarnizado de Clemente VII, se había ofrecido para apoderarse de su persona, y el emperador había enviado a don Hugo de Moncada a Roma comisionado primero para gestionar una tregua, y si esto fracasaba, dar permiso a Colonna para hacer lo que creyera conveniente. En realidad, don Hugo no pudo lograr nada, porque Roma se dió cuenta de la situación difícil a que estaban reducidas las fuerzas imperiales. Por lo tanto, partió indignado el 22 de junio, dejando plenos poderes a Colonna, que procedió a actuar sin dilación. A la cabeza de ochocientos caballeros, de tres mil soldados de infantería y de unas cuantas piezas de artillería arrastradas por bueyes, se abrió fuerza con tal ímpetu hasta la Ciudad Eterna, que Clemente VII apenas tuvo tiempo de huir con sus guardias suizos y de refugiarse en el castillo de Sant Angelo. El Vaticano, la basílica de San Pedro y los palacios de los cardenales fueron saqueados, y en pocas horas el botín llegó a alcanzar la suma de trescientos mil ducados. Aquí se ofrecía a la vez un ejemplo fatal dado a los imperiales en el avance desde Lombardía; pero el cardenal deseaba poner en juego el último recurso de echar mano a la persona del pontífice. En su alarma, Clemente apeló a Moncada, que había vuelto a entrar en Roma seguido de los invasores complotistas y que, presen-

tándose como mediador, dictó las siguientes condiciones de paz: una tregua de cuatro meses con el emperador, la retirada de la flota del Papa de Génova, de las fuerzas papales de Lombardia, y completa amnistía para los Colonna. El cardenal, con sus hombres, se retiró a Grottaferrata, frenético de ira, y declarando que todos ellos habían sido traicionados, mientras por su parte el Papa aceptaba los términos que se le imponían por la fuerza, pero decidido a violarlos en la primera oportunidad. Don Hugo se dió perfecta cuenta de esto, pero se contentó con ganar tiempo por el momento. En seguida fué a Nápoles, llevando consigo en calidad de rehén a Filippo Strozzi, pariente de los Médicis. Al mismo tiempo el Papa tuvo que someterse a otra humillación. Para proteger la retaguardia de su ejército en Lombardia, alegó haber enviado a algunas de sus gentes, junto con una multitud del populacho florentino, para derrotar al gobierno de Siena. Pero los sieneses lo obligaron a huir apresurada y vergonzosamente, antes incluso de haber intentado asestarles ni un solo golpe.

Y, como climax del desastre, todas estas diversas noticias, juntamente con la orden de retirarse a través del Po, llegaron al campamento del pontífice en el momento en que, después de tantos reveses, parecía divisarse la aurora de una suerte mejor. Porque hasta entonces las cosas habían ido allí muy mal. Los venecianos, capitaneados por el duque de Urbino, no cruzaron el Adda. Los suizos que se esperaban no llegar y entre tanto el ejército de lansquenets aumentaba en el Tirol, bajo el mando del protestante Frundsberg, que declaró su intención de ir a Roma a colgar al Papa, y que empeñó sus propios estados para pagar a las tropas del emperador. En Milán se había aplastado instantáneamente una revuelta contra los españoles, sin que los aliados se arriesgasen a hacer nada, aunque podían haber enviado veinte mil hombres para apoyar la realización del intento.

Guicciardini era el lugarteniente del pontífice en el campamento y escribía continuamente a Roma para estimular el valor del Papa; hizo cuanto estuvo de su parte para mantener al ejército en orden, para conciliar al duque e inducirlo a la acción; pero todo fué inútil. Una vez convencido de haber persuadido a aquel líder inerte a marchar sobre Milán, le vió desviarse para poner inútilmente cerco a Cremona. Cuando confiaba que el Papa estaba dedicando todas sus energías a la guerra, recibió noticias de las negociaciones de paz. "¡Qué responsabilidad la mía —exclamó entonces—, que vergüenza sentirse desalentado ante las primeras dificultades, cuando además ahora el ejército está intacto, no se ha producido desorden alguno y aun estamos en el país del enemigo!" Este fué el momento de la llegada de Nicolás Maquiavelo al campamento. Consumidos de ansiedad los florentinos por la suerte que pudiera correr su ciudad, le habían enviado para que examinase e informase del desarrollo de los acontecimientos. En el camino había recibido cartas de Vettori proporcionándole detalles del vergonzoso asunto de Siena. "No me cuesta trabajo creer —escribía Vettori— que otros ejércitos hayan sido puestos en fuga por el fuego enemigo; pero ¿hay alguien que haya visto o leído que un ejército huya a la desban-

dada, recorriendo diez millas, sin que nadie le persiga? Ahora todo está en ruinas. Cuando advierto cómo están las cosas en Milán, en Cremona y en Génova, y el fracaso estruendoso de la expedición de Siena, me parece que con esta terrible mala suerte no podemos ni siquiera lograr abrírnos paso en un horno".¹

El 10 de septiembre Maquiavelo fué enviado por Guicciardini al campamento ante Cremona, para observar por sí mismo cómo iban las cosas y que hiciese cuantos esfuerzos estuvieran en su mano para persuadir al *provveditore* veneciano y al duque de Urbino de que si no lograban tomar la ciudad en cinco o seis días sería mejor que levantasen totalmente el cerco y marchasen al ataque de Milán en ayuda de Doria en Génova. Escribió una carta desde Cremona² y después regresó sin dilación para informar que nadie se manifestaba inclinado a abandonar el cerco, que realmente parecía aproximarse a su fin. En efecto, poco tiempo después de esto, Cremona se rindió.

Consecuentemente el ejército quedaba en libertad. Se componía de veinte mil italianos y de trece mil suizos, sin contar con otros tres mil quinientos que esperaban todavía en los Alpes. Estos últimos, sin embargo, eran las tropas reclutadas en forma regular, es decir, las que tenían que pagarse, no aquellas que estaban ya en campaña, muchas de las cuales desertaban y se dispersaban cada día. Sin embargo, el enemigo tenía menos fuerza y carecía de suministros. Por consiguiente, era indudable que podía asestársele algún golpe. Pero en vez de ello, llegaron las asombrosas noticias de la tregua y las órdenes a Guicciardini para que retirase el contingente de las fuerzas papales a través del Po. Quedó estupefacto y escribió al datario: "Preferiría abandonar Italia a vivir en Roma en la forma en que nuestro señor tendrá que vivir allí, si él sigue el camino que usted indica. No debemos rendirnos, sino resistir hasta el último adarme de nuestra fuerza. ¿Cómo puede el cardenal Colonna, con sólo mil hombres, tener fuerza para reducirnos a una situación tan miserable, y para casi dictar condiciones a todo el mundo?" Pero en lo sucesivo ya no recibió ayuda, y no tuvo más remedio que someterse. Giovanni dei Medici era ahora el único general a sueldo del Papa, que todavía quedaba en el campamento. Estaba obligado a mantener un cuerpo de cuatro mil soldados de infantería y con órdenes secretas para continuar la guerra simulando estar pagado por los franceses. Pero como clímax de todos estos infortunios, el valiente jefe estaba absolutamente insatisfecho con el tratamiento de que había sido objeto y amenazó desertar ante el enemigo, a menos que se le concediese un Estado, de acuerdo con las promesas que se le hicieron repetidas veces. "Y es completamente capaz de realizar su amenaza", decía Guicciardini en una carta enviada desde la ciudad de Piacenza.

En cuanto al duque de Urbino, éste se había manifestado demasiado agradecido para abandonar el campo y en seguida fué a casa a ver a su esposa. Mientras tanto la fuerza de lansquenets ya concentrada en Botzen, y ascendiendo a diez o doce mil hombres, aumentaba constantemente y estaba por completo preparada para bajar a Italia.

Maquiavelo volvió entonces a Florencia y escribió un informe sobre el estado de la situación. A su juicio, se habían cometido una serie de desatinos, empezando por la exagerada confianza en el levantamiento de los milaneses que había sido aplastado con tanta rapidez por los imperiales. En seguida enviaron una fuerza demasiado reducida para sitiarse Cremona, y este error había hecho perder mucho tiempo y prestigio. El Papa no se había manifestado dispuesto a aumentar sus fondos mediante el nombramiento de nuevos cardenales, a pesar de que no pudo encontrar dinero por otros medios. "Permaneció en Roma y se dejó capturar con ingenuidad infantil, lo que dió lugar a una situación tan embrollada que nadie pudo desembrollarla, porque incluso había retirado sus soldados del campamento y a messer Francisco Guicciardini también, único este último que podía hacer frente a tamaño desorden. Ahora varios capitanes se querrellaban entre sí con tal violencia que, a falta de un líder, parecían una manada de perros, y, en consecuencia, los asuntos quedaron totalmente abandonados."

La flota española se había hecho a la mar saliendo del puerto de Cartagena, bajo el mando de Lannoy, virrey de Nápoles, para presentar batalla contra Doria; y hacia el mes de noviembre, Frundsberg había entrado ya en la provincia de Brescia, con más de doce mil lansquenetes. Sin embargo, con la ayuda de los galeones franceses, mandados por Pedro Navarro, Doria pudo rechazar al enemigo por mar. No habría sido difícil rechazar a los lansquenetes hasta sus montañas, puesto que todavía estaban a bastante distancia del principal de los cuerpos del ejército imperial, y no tenían artillería, dinero ni provisiones. Pero nadie los molestó, aunque las fuerzas combinadas del duque de Urbino y de Giovanni dei Medici ascendían a 1,600 caballos y 19,000 infantes. Los alemanes avanzaron lentamente y cerca de Mantua se encontraron en mitad de los pantanos y rodeados por tropas hostiles, pero ni siquiera entonces fueron atacados. Todo esto demostró que la esclavitud de Italia resultaba entonces inevitable. Sin embargo, tan mala era la situación de las fuerzas imperiales que con toda probabilidad podrían haberse desbandado incluso sin ser atacadas, de no haber sido la llegada de los inesperados refuerzos. El duque de Ferrara, que poseía la mejor artillería de la época, era el indicado, por el emplazamiento geográfico de sus fuerzas, para decidir el destino de la guerra, y el Papa había cometido la gran locura de ofenderlo, rechazarlo e irritarlo, precisamente cuando era de extraordinaria importancia asegurar su amistad. Como consecuencia, proporcionó a los alemanes dinero y algunas piezas de artillería, que llegaron cuando no se necesitaban. Porque Giovanni dei Medici, cansado de su obligada inacción, empezó a hacer escaramuzas solo con sus propias tropas, y asestó una embestida audaz al enemigo, a quien creía desprovisto de cañones. Pero el segundo disparo hecho por ellos le destrozó la pierna tan gravemente que murió pocos días después. Y así se vió privado el Papa del único eficiente capitán.

La tregua había terminado prácticamente y la guerra había ya comenzado de nuevo. Maquiavelo volvió de prisa al campamento, para

explicar al lugarteniente la miserable situación de Florencia, que, a menos que se le prestase ayuda, se encontraría en la absoluta imposibilidad de hacer resistencia ante el ataque del enemigo. Pero Guicciardini se vió obligado a contestar que las fuerzas de la Liga se encontraban tan dispersas que incluso en caso de emergencia sería imposible que él avanzase con más de seis o siete mil soldados de la infantería papal para prestar ayuda a la ciudad. En consecuencia, los florentinos debían hacer cuantos preparativos estuviesen a su alcance, y en caso de que decidiesen entrar en negociaciones de paz, era mejor que ellos o el Papa tratasen directamente con el virrey, de quien, como representante del emperador, dependían todos los demás. Y después de comunicar sus noticias por carta, Maquiavelo emprendió en seguida el camino de regreso a Florencia.

Mientras tanto, bandas de germanos y de españoles salían constantemente de Milán para unirse a los lansquenets. El condestable de Borbón hizo lo mismo, después de emplear amenazas contra Morone para obtener más dinero del mismo, y nombrándole después su consejero. Así las fuerzas imperiales habían aumentado hasta la cifra de 30,000, y al recibir una segunda provisión de dinero y de municiones del duque de Ferrara, dejó Piacenza y salió hacia Bolonia. En cuanto al Papa, todavía vacilaba entre la paz y la guerra. Los florentinos le prometieron hasta 150,000 ducados si lograba establecer un convenio fijo que liberase a toda Italia del peligro inminente. Pero aunque en seguida empezó a negociar con los imperiales, envió después sus hombres a través de la frontera napolitana para atacar a aquéllos, y en seguida empezó las negociaciones, con el propósito de violar cualquier acuerdo a que pudiera llegarse. Exactamente como Guicciardini había previsto y declarado, el emperador se proponía adormecer al Papa con el fin de ganar tiempo para convertirse en dueño de Italia. Su ejército estaba abriéndose paso lentamente desde el norte, venciendo mil dificultades, por falta de dinero, a causa de continuos desórdenes que estallaban en el campamento y de los rigores del clima. Y no pasó mucho tiempo cuando tuvo, en tal situación, que abrirse paso a través de los aludes de nieve de los Apeninos.

Guicciardini estaba en Parma y escribió varias veces para decir que no había forma de inducir al duque de Urbino a que atacase al enemigo; era un gran traidor, o un gran cobarde. Es posible que fuera ambas cosas. En febrero, Maquiavelo vino a verle a toda prisa,⁴ enviado por tercera vez desde Florencia, para informarle de que no se esperaba nada de las negociaciones; que la ciudad no podía de ninguna manera resistir un sitio, y le pedía ansiosamente que no se la abandonase al enemigo.

Guicciardini le condujo ante el duque en Casal Maggiore, para ver si sus fuerzas unidas podían inducirlo a actuar. Pero sus ruegos fueron inútiles. El duque no quería enfrentarse, ni anticiparse al enemigo; sólo estaba dispuesto a seguirle a cierta distancia. Hay muchas razones para creer que no le frenaba solamente su cobardía, como muchos dijeron y sostuvieron, sino que probablemente obedecía instruc-

ciones secretas de Venecia, que no veía mal, ni mucho menos, la posibilidad de que el Papa fuese humillado y aplastado, a cambio de hacerse ella misma poderosa y representar una amenaza consiguiendo algunas victorias. Es evidente que Guicciardini tenía absoluta razón al escribir: "Aquí no hacemos otra cosa que profetizar y dar por cierto todo peligro posible que se cierne sobre nosotros, e incluso todo proyecto posible de parte del enemigo, que incluso aun cuando fuese capaz de leer nuestros pensamientos, jamás podría concebir la mitad de los proyectos que nosotros le atribuimos". Sin embargo, Guicciardini aseguró también a Maquiavelo que si los imperiales entraban en Toscana, él enviaría las tropas papales adelantándose a aquéllos, para cubrir Florencia, incluso aunque el duque persistiese en permanecer en la retaguardia.

Maquiavelo envió todas estas noticias a los Ocho, y varias veces escribió desde Parma que era imposible adivinar las intenciones de los enemigos, puesto que ellos mismos no parecían conocerlas. Habría sido muy fácil ponerlos en fuga si la confusión de la Liga y la inacción del duque de Urbino no lo hubiesen arruinado todo. Y en marzo escribió desde Bolonia, donde estaba con Guicciardini, para decir que los imperiales se acercaban ya a las murallas, que por segunda vez habían recibido ayuda del duque de Ferrara, que estaba destinado a ser el árbitro de la guerra, y que ellos parecían resueltos a invadir Toscana. El ejército hostil pedía provisiones y deseaba entrar en Bolonia, pero Guicciardini se había limitado a contestar cerrando las puertas, y los imperiales le habían amenazado inútilmente e intentaron emplear medios violentos. El lugarteniente estaba ahora abrumado, no solamente por la peligrosa situación del Papa, sino por el peligro todavía mayor que amenazaba a la ciudad de Florencia. Para inducir al duque de Urbino a que le enviase a tiempo ayuda, había asumido la grave responsabilidad de cederle las tierras de San Leo que los florentinos le habían ya prometido, pero que nunca se las daban. Afortunadamente, el peligro más grave parecía ahora haber pasado, porque las tropas imperiales daban señales de marchar directamente sobre Roma. Entre tanto, en sus filas se producían desórdenes cada vez mayores. Hacia mitad de marzo se produjo un verdadero motín en el campamento que duró varios días y el condestable de Borbón se vió obligado a ocultarse para escapar a la furia de los hombres. Frundsberg, por el contrario, decidió hacerle frente, y el 16 intentó arengar a los lansquenets; pero éstos contestaron arrojándole las puntas de sus alabardas, e insistiendo ferozmente en reclamar el pago inmediato. El valiente capitán estaba tan irritado por esta indignidad que fué víctima de un ataque de apoplejía y murió; pero incluso entonces el duque de Urbino se negó a arriesgar un ataque.

Entre tanto, llegaron noticias de Roma de que se había establecido una tregua entre el rey y el Papa. Este último se vió obligado a devolver las posesiones de los Colonna; a retirar sus tropas de Nápoles; a abandonar aquel reino a Carlos V y Milán a Sforza, y a dar 60,000 ducados al condestable de Borbón, que se retiraría en seguida con su

ejército de los Estados pontificios e incluso de Italia, siempre que Francia y Venecia estuviesen de acuerdo con las condiciones. Los romanos estaban furiosos porque habían ya acudido a las armas. Pero el Papa, que no podía continuar soportando los gastos enormes y que trataba de ahorrar la mayor cantidad de dinero posible, esperaba solamente la firma del tratado por el virrey el 25 de marzo, e inmediatamente después licenció una cantidad considerable de los soldados que tenía destacados en Roma, lo que representó una economía de 30,000 ducados por mes. Como consecuencia, la ciudad quedó sin medios de defensa, y el condestable, que tenía órdenes secretas de continuar su avance, escribió en el acto al virrey diciéndole que sesenta mil ducados era una cantidad demasiado reducida para su ejército, que se negaba a aceptar la tregua y que sería inútil que él o cualquiera otro tratase de detener su avance. De hecho, el 31 de marzo pasó el río Reno cerca Bolonia e inició su marcha hacia el sur.

Guicciardini no sabía ya qué decir, ni qué posición adoptar, y para que su asombro fuese mayor, Morone escribió informándole que, si le entregaba inmediatamente la suma de tres mil ducados que necesitaba para la liberación de uno de sus hijos que estaba retenido en calidad de rehén, estaba dispuesto a traicionar a los imperiales, provocando así entre ellos la mayor confusión.⁸ El lugarteniente lo conocía demasiado bien y creyó que no valía la pena contestar la carta. Pero él escribió a Roma, en tono de la más profunda melancolía, expresando su convicción de que sería un error fatal pensar en una tregua cuando debían estar preparándose para la resistencia. "Yo no sé si la necesidad disipará al fin nuestra incertidumbre. Nuestros enemigos piden a nuestro señor y a nosotros mismos todo cuanto poseemos, y no se limitan a atacar nuestros bienes temporales: destruyen del mismo modo las iglesias, profanan los sacramentos, e introducen la herejía en la fe de Cristo. Y si todas estas cosas no son tomadas en consideración por quien puede y debe tratar de ponerles remedio, yo consideraré a éste culpable de la misma infamia y de la misma ofensa contra Dios." Maquiavelo escribió por entonces a Florencia en el mismo sentido, y después de anunciar que el Papa deseaba hacer que los florentinos desembolsasen los sesenta mil ducados que él había prometido a los imperiales, agregaba: "Y debemos encontrar el dinero y hacer el último esfuerzo para salvar a nuestro país. Si la tregua se estableciese realmente, el dinero nos permitirá ganar tiempo y al fin diferiría nuestra destrucción, y si la tregua no se establece, entonces el dinero nos ayudará a llevar adelante la guerra."

Pero se sabía ya en Florencia que Borbón se había negado a aceptar la tregua. Al contestar que la suma que se le había prometido era demasiado reducida, no dijo qué cantidad exigía. Un mensajero suyo enviado a la ciudad, donde llegó el virrey expresamente para reunirse con él, hizo un convenio por ciento cincuenta mil ducados, prometiendo que el ejército empezaría su retirada tan pronto como se pagasen los primeros ochenta mil ducados. Pero el condestable no había dado aún su consentimiento formal a lo pactado, y por consiguiente

Maquiavello escribió diciendo que ahora sería preferible prepararse para la guerra. "¿En qué condiciones podéis esperar llegar a un acuerdo con los enemigos, quiénes, cuando todavía están del otro lado de las montañas, hallándose todavía nuestras tropas bajo las armas, os piden cien mil ducados en el plazo de tres días y cincuenta mil más en el plazo de diez? Una vez que se encuentren a vuestro alcance os exigirán todo cuanto poseéis. No hay otra solución que la de la resistencia, y por lo tanto es mejor resistir frente a ellos entre las montañas que bajo los muros."

Aunque el avance del ejército se veía obstaculizado por las rocas y por las tormentas de nieve, y aunque todavía se hablaba de condiciones de paz y de las sumas necesarias para llegar a ésta, sumas que cada vez eran mayores, sin embargo, no teniendo nada que hacer en Bolonia, Maquiavello se puso en camino de regreso a Florencia; y el 16 de abril escribió a Vettori desde Forlì: "Si Borbón prosigue su avance, debemos resolvernos por la guerra y descartar toda idea de paz. Si permanece detenido, debemos resueltamente hacer la paz, sin pensar en la guerra. Pero si nos vemos obligados a hacer la guerra, no debemos arrastrar los pies por más tiempo, sino marchar adelante a toda prisa, puesto que no pocas veces la desesperación puede encontrar soluciones que jamás se encontrarían si se buscan por la vía de la reflexión. Yo amo a messer Francesco Guicciardini, amo a mi país, y os digo con la autoridad de la experiencia recogida durante cincuenta años de mi vida, que no creo que haya habido situación más difícil que ésta, cuando la paz es una necesidad, a pesar de que la guerra no puede evitarse, y cuando nos vemos agobiados por un príncipe que no es capaz de decidirse francamente por la paz ni por la guerra".

El 18, desde Brisighella, dirigió otra carta al mismo corresponsal, en tono de mayor incertidumbre todavía, y después continuó su camino a Florencia, donde aun podía servir de algo y donde le esperaba su familia con gran ansiedad. Su esposa e hijos experimentaban gran temor por los lansquenets y por los españoles y habían sacado casi todo de la villa. Maquiavello les había prometido reunirse con ellos en todo oportuno en caso de que el peligro apremiase. El 2 de abril terminaba una carta afectuosa escrita desde Forlì a su hijo Guido, con estas palabras: "Saluda a Monna Marietta y dile que casi día por día he estado a punto de ponerme en camino, y sigo pensando hacer lo mismo ahora, y que nunca tuve tan gran deseo de encontrarme en Florencia; y que no es culpa mía no haber llegado ya. Solamente dile (se refiere a su madre) que cualesquiera que sean las noticias que reciba, conserve la presencia de ánimo, porque yo llegaré antes de que ocurra algo importante."

Su hijo, que era todavía un niño, contestó el 17, diciéndole que su promesa les había producido gran alegría. Pero que debía tomar las medidas necesarias para advertirles tan pronto como se viese que iban a llegar los lansquenets, para que tuviesen tiempo de sacar todo de la casa. Esta carta, escrita con letra grande y casi infantil, la con-

servó Maquiavelo, que regresó para reunirse con su familia, como había prometido.

Los ciudadanos de Florencia habían sido preparados para cualquier sacrificio a fin de evitar el peligro que les amenazaba. Habían recogido y despachado a toda prisa los primeros ochenta mil ducados que el Papa había prometido a Borbón; fundían el oro y la plata de sus iglesias para reunir el resto de la cantidad. Pero sus mensajeros recibieron en el camino la noticia de que no habían sido aceptadas las condiciones, y que apenas tenían tiempo de rescatar su carga preciosa y de regresar con ella a Florencia. Por lo tanto, no podía pensarse en otra cosa que en arbitrar los medios de defensa. Pero había muy pocos soldados en la ciudad, y las obras de fortificación, aunque reclamadas con urgencia y frecuentemente por Maquiavelo, apenas podía decirse que estuviesen realmente empezadas. Los habitantes estaban profundamente descontentos del cardenal Passerini, que no escuchaba a nadie ni hacía nada. "Todo el mal —escribía Guicciardini, que se encontraba también en Florencia en aquel momento— se debe a la ignorancia de ese gran imbécil, que no se preocupa más que de bagatelas y que se desentiende en cambio de cuestiones importantes. No consentirá que otros se ocupen de éstas, a pesar de que él no puede hacer nada. Solamente piensa en proteger la mansión de los Médicis y el palacio. Abandona el gobierno y no se da cuenta de la ruina que está provocando. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué pena produce observar tanta confusión!"

Guicciardini había logrado llevar el ejército de la Liga hasta las proximidades de Florencia, y esto produjo el efecto de que las fuerzas imperiales se decidiesen a continuar su marcha hacia Roma. Pero el primero de ambos ejércitos mencionados, aunque se manifestaba en términos amistosos, no se abstuvo de saquear el territorio, y por lo mismo el descontento de los florentinos era cada vez mayor. Una querrela que se produjo el 26 de abril entre un ciudadano y un soldado bastó para producir una perturbación general, en la que el pueblo amotinado reclamaba armas. Dió la casualidad de que en aquel momento Passerini acababa de montar en su caballo, en compañía de los cardenales Ridolfi, Cibo e Ippolito dei Medici, para ir a encontrarse con el duque de Urbino, que, junto con el *provveditore* y el lugarteniente venecianos, había establecido su cuartel general en una villa a unas cuantas millas de la ciudad. Passerini, decidido a demostrar su desprecio por el complot, siguió cabalgando sin investigar siquiera el objeto ni la gravedad del mismo. Esto dió lugar a un rumor según el cual los Médicis y sus representantes habían huído de la ciudad; a causa de este rumor el palacio fué invadido por una multitud alborotada gritando: *Popolo e libertà!* Muchos ciudadanos influyentes se apresuraron a trasladarse al lugar de los hechos; la perturbación alcanzó graves proporciones; se escucharon gritos insultantes, y hubo más de una puñalada. Lo insurrectos proclamaron finalmente la destitución del gobierno de los Médicis y el restablecimiento de la República. Pero el cardenal, que recibió a tiempo información de lo que

estaba sucediendo, se apresuró a regresar con algunos de los arcabuceros del duque; la Piazza estaba ocupada por la soldadesca; las puertas del palacio cerradas, y los guardias de los Médicis, que se habían ocultado, dejaron sus escondites y trataron de violentar los cerrojos con sus picas. Parecía inminente la insurrección y el derramamiento de sangre; pero los ciudadanos sitiados en el palacio se contentaron con lanzar unas cuantas tejas desde las ventanas, que cayeron a cierta distancia sin producir daño a nadie. Jacopo Nardi demostró entonces cómo la albardilla de la balaustrada podía ser desalojada dejando caer algunas de las piedras sobre los soldados, con lo cual los últimos se alejaron de allí.⁶ Ninguno de ambos bandos tenía gran deseo de combatir encarnizadamente, sino que por el contrario trataban de dar fin rápidamente a aquella situación. Era imposible defender el palacio sin armas, y tampoco era fácil violentar inmediatamente las puertas. Además, si el palacio era tomado por asalto, los ciudadanos morirían sin duda, y esto aumentaría los trastornos en la ciudad. Como consecuencia, Francesco Guicciardini, cuyo hermano, el gonfaloniero, estaba sitiado con los demás, y Federigo da Bozzolo aparecieron al fin con una promesa escrita de conceder amnistía general y todo terminó con la elección de una nueva Señoría. Indudablemente, si los asuntos del Papa no hubiesen ido tan mal, él podría haber tomado en seguida una venganza cruel, pero por el momento no había nada que temer, puesto que estaba absorbido por asuntos graves.

El ejército imperial había continuado su avance hacia Roma, y como de costumbre, iba seguido, a una distancia respetable, por el ejército de la Liga. El duque de Urbino dió la señal para la partida, e hizo desfilar a sus hombres por la ciudad; toda Florencia se asombró de que tropas tan bien instruidas y tan bien armadas no fuesen capaces de enfrentarse al enemigo y de que sólo se manifestasen aptas para asolar los países y saquear las habitaciones de sus aliados. Guicciardini, con gran repugnancia, se vió obligado también a participar en aquel desfile lamentable y vergonzoso. El 8 de mayo, estando en Castello della Pieve, recibió la noticia fatal de que el enemigo, después de unas horas de combate, había tomado por asalto las puertas de la Ciudad Eterna, estaba dedicado al saqueo de la misma, y que el Papa se hallaba sitiado en el castillo de Sant Angelo. Entre tanto, el duque de Urbino había marchado contra Perugia para deponer su gobierno, en vez de perseguir al enemigo. En vano el lugarteniente hizo entonces cuanto estuvo en su poder para inducirle a hacer al menos un último esfuerzo. En vano envió despachos a Passerini apremiándole para que enviase tropas desde Florencia para intentar la liberación del Papa por medio de algún golpe audaz. "Aquel hombre infeliz está confinado en el castillo sin otra esperanza que la de vuestra ayuda, y la implora en términos que harían llorar a las piedras. Pero vos no le contestáis ni una sola palabra. Y os aseguro como hay Dios que preferiría perecer antes que ser testigo de tan gran crueldad. Estáis tan absorbidos por la ansiedad que manifestáis por el palacio y el pueblo de Florencia que os olvidáis de toda otra cosa. Sin embargo, si el Papa se perdiese,

vuestras preocupaciones no servirán de nada, puesto que perdiéndole a él perdemos el alma de nuestro cuerpo”.

Y poco tiempo después escribió diciendo que no había nada más que esperar de nadie; que el Papa llegaría a cualquier clase de acuerdo con sus adversarios y que éstos inevitablemente volverían sus armas contra Florencia. La noticia de la toma y el saqueo de Roma y el peligro consiguiente de la guerra, que estaba trasladándose a Toscana, llegaron a Florencia el 11 de mayo. La primera idea que se le ocurrió a todo el mundo fué desembarazarse del cardenal Passerini, de cuyo gobierno no se esperaba nada bueno. Esta vez se produjo una alteración general del orden, en la que todos los ciudadanos más famosos, incluyendo a Filippo Strozzi, el pariente de los Médicis, tomaron parte. Passerini se convenció en seguida de que no había nada que hacer y se marchó con Ippolito y Alessandro dei Medici. La República se proclamó el 16 de mayo, y entonces se decidió a toda prisa convocar para el 20 del mismo mes tanto al Consejo de los Ocho como al Gran Consejo, para nombrar, solamente por un año, un gonfaloniero, cuyo mandato, sin embargo, podía renovarse. Los muros de partición que se habían levantado en la Sala del Gran Consejo para formar cámaras en las cuales acomodar a los guardias de los Médicis fueron demolidos por los vástagos de las familias más linajudas de Florencia, que se pusieron a trabajar con todo entusiasmo para transportar montones de piedra y de mortero.

El primero de junio el gonfaloniero Nicolás Capponi tomó posesión de su cargo con la nueva Señoría. Los nuevos Ocho de Balía fueron elegidos, y los Ocho de Pratica suprimidos y reemplazados, como en los días de Soderini, por los Diez de Guerra. Todos parecían satisfechos con la restauración de la libertad; pero no había un momento que perder. Debían hacerse en seguida preparativos para la defensa, porque las fuerzas imperiales, después de devastar a Roma, atacarían sin duda a Florencia en su camino hacia el Norte. En uno o en otro caso el Papa llegaría a algún acuerdo con el emperador, y ambos desearían tomar venganza de la resucitada República. Leiva había prometido desde mucho antes a su soldadesca que les dejaría medir los brocados de Florencia con sus picas, y todo su ejército tenía un ansia voraz de botín.

Así los florentinos empezaron a discutir los medios de armar a todos los ciudadanos aptos para la defensa de su país, de procurar capitanes idóneos, y de fortificar los muros de la ciudad, no de acuerdo con los proyectos fantásticos del Papa, sino según los planes de personas competentes. Y antes de que pasara mucho tiempo llegó el proyecto enviado por Miguel Angel Buonarroti, e incluso fué objeto de elogios y de aprobación por parte de los militares. El ardor de los ciudadanos aumentaba de día en día; era evidente que, al fin, estaban realmente dispuestos a hacer esfuerzos desesperados. Todo esto, sin embargo, no era más que el prólogo de un nuevo drama, del que en este momento no podemos ocuparnos; el sitio y la defensa heroica de Florencia caen fuera del alcance de la presente historia.

NOTAS AL CAPITULO XXVIII

1. *Opere*, vol. VIII, págs. 207-215, cartas LXXIII y LXXIV, escritas por Vettori los días 5 y 7 de agosto de 1526. Estando en el campamento recibió Maquiavelo otras cartas de Florencia, entre las que, como si tratasen de evitar que olvidemos su carácter extrañamente contradictorio, hay una del mismo Jacopo Fornaciaio, que había dado una representación de la *Clizia* en su propio jardín. Este Jacopo le escribió hablándole de la actriz Barbera, por quien al parecer Maquiavelo andaba muy preocupado incluso en aquellos días, en la que le decía que ella le escribiría una vez por semana, puesto que él, Maquiavelo, todavía tenía gran interés por su bienestar. (Apéndice III de la edición italiana, documento XVIII.)

2. (*Opere Inedite*, vol. IV, pág. 367.) Guicciardini escribió a Roberto Acciaiuoli diciéndole que había enviado al Papa una carta de Maquiavelo, "que contenía el plano de aquellos atrincheramientos no trazados por la mano de Leonardo de Vinci". Yo solía pensar que no se trataba de un error de imprenta, sino que existe también en el autógrafo. Guicciardini empleaba con frecuencia la palabra no en sentido afirmativo, como lo demuestran las citas siguientes: "Il castello e in pratica di accordo, e non ier l'altro fu a parlamento si stretto, che si tenne per fermo doversi concludere ieri con le condivioni", etc. (Ibid., vol. IX, pág. 46.) "Ma secondo gli avvisi che ho io per due persone, che l'uno parti non ier l'altro, l'altro ieri". (Ibid., pág. 79.) Y es claro que si el plano no hubiese sido trazado por Leonardo, Guicciardini se habría expresado en forma distinta. El dibujo en cuestión debe haber sido hecho en un período anterior, porque Leonardo había muerto ya entonces.

3. Este informe está incluido en la correspondencia impresa de Maquiavelo, bajo el encabezado de "Una carta a un amigo". (*Opere*, vol. VII, págs. 215-219.) Pero por su contenido, por su forma, y por haber sido encontrado, como sus editores hacen notar, sin fecha, sin dirección, y sin firma, entre los documentos de la Segreteria Vecchia de Florencia, creemos que no se trata de una carta privada, sino de un informe oficial.

4. *Opere*, vol. VIII, pág. 231, carta de Forli, 16 de abril de 1527, en los Archivos del Estado de Módena (*Registri ducali*, compartimiento I). Existen copias duplicadas de las cartas de Filippo dei Nerli, que entonces gobernaba Módena en nombre del Papa. Estas cartas hacen también referencia a Maquiavelo, y frecuentemente revelan la escasa estimación que Nerli sentía por él, a quien llamaba "il Machia". El 7 de octubre de 1525, Nerli escribió a Guicciardini lo siguiente: "Camurana, portador de esta carta, complementará el contenido de ésta explicando a Su Señoría que cualquiera de sus órdenes son para mí más estimadas que todo lo que pueda haber escrito Alessandro del Caccia, especialmente cuando el último cita en su carta la autoridad de il Machia". Y el 31 de octubre de 1526 escribió al mismo: "La carta abierta enviada por Su Señoría será enviada a Maquiavelo por el próximo correo que pase, porque, teniéndola que escribir yo mismo esta vez, no quiero que esta conversación haga que el correo se difiera". Estas cartas diversas demuestran que Maquiavelo estaba viajando infatigablemente día y noche, algunas veces solo y otras veces con escolta secreta de una parte a otra entre los dos ejércitos enemigos.

5. Morone no había podido pagar la cantidad total de veinte mil ducados en concepto de rescate. En el momento de su liberación debía aún seis mil ducados, y dejó a su hijo Antonio en prenda de su pago. Más tarde, cuando el ejército imperial se vió muy acosado por falta de dinero, él se las arregló para obtener tres mil ducados más, pero tuvo que dejar a su hijo Giovanni en rehenes como garantía de aquella cantidad. Por esta razón, el condestable puso a Antonio en libertad, y liberó a Morone de su compromiso por los restantes tres mil ducados que él había prometido. Pero su hijo Giovanni estaba todavía en prenda por la suma que Morone buscaba ahora obtener fraudulentamente de Guicciardini, para, tal vez, entregarlo a los imperiales. Véase Dandolo, *Ricordi*, págs. 266-267; *Opere Inedite*, vol. V, pág. 363, carta del 26 de marzo. En la *Storia d'Italia* (vol. IX, libro XVIII, capítulo I, pág. 25), Guicciardini habla también de otras prácticas que Morone "engañoso y fraudulentamente" trató de poner en juego con miembros de la Liga.

6. Una de estas piedras cayó sobre el *David* de Miguel Angel, y rompió el brazo izquierdo de la estatua en tres trozos, que después fueron unidos.

CAPITULO XXIX

MAQUIAVELO ES ENVIADO AL CAMPAMENTO CERCA DE ROMA. SU REGRESO A FLORENCIA. NUEVAS CALAMIDADES Y NUEVAS TRISTEZAS. SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE. SU TESTAMENTO. UN SUEÑO ATRIBUÍDO A MAQUIAVELO.

¿Dónde estaba ahora Maquiavelo, el *provisor murorum* que, aunque con escaso éxito, había trabajado tenazmente para fortificar los muros de su ciudad natal y se había esforzado para salvarla del ataque y saqueo de las fuerzas imperiales y que había viajado tanto por toda Italia? Durante la primera semana de mayo había sido enviado en compañía de Francesco Bandini, con una misión ante Guicciardini, que ahora se encontraba en territorio de los Estados Pontificios y que se acercaba continuamente a Roma, con la vana esperanza de obtener por lo menos la seguridad personal del Papa. Los enviados florentinos iban comisionados para investigar el estado de la situación, para preguntar, en nombre de Passerini y del Gobierno, si podía hacerse algo para ayudar a Su Santidad. Pero, a decir verdad, ni Florencia tenía deseo ni fuerza suficiente para hacer nada. Guicciardini envió en el acto los comisionados a Civita Vecchia, donde Andrea Doria, el almirante de la flota papal, se encontraba entonces tratando de averiguar algo relativo a sus planes para la liberación del Papa. Habían de rogarle también que prestase ayuda al ejército enviando al menos las provisiones ofrecidas, puesto que los soldados morían de hambre y amenazaban con desbandarse de un momento a otro. El 22 de mayo, Maquiavelo y Bandini escribieron que Doria no podía emplear sus barcos para el transporte de provisiones ni para ninguna otra cosa, obligados como estaban a tenerlos listos al servicio del Papa, que podía necesitarlos en cualquier momento, si lograba escapar del castillo. Por consiguiente, el almirante puso solamente a su disposición un bergantín y una galera; pero podían usar ésta y aquél para cualquier fin e incluso para su regreso a Leghorn. Aprobó la idea de que Guicciardini lanzase el repentino ataque proyectado por él para la liberación del Papa, pero parecía tener escasa confianza en su éxito. Y esta es la última carta escrita de puño y letra por Maquiavelo que ha llegado hasta nosotros. Como consecuencia de la revolución y del cambio de gobierno producidos en Florencia, ya no podía seguir actuando con su representación oficial. Por lo tanto, se apresuró a regresar a su ciudad nativa, adonde Guicciardini no tardó en seguirle.

Aquellos dos grandes italianos se encontraban ahora en una situación extraordinariamente difícil. Guicciardini, el adversario del Gobierno popular y unido por vínculos indisolubles con los destinos del Papa y de los Médicis, a quienes habían servido con fidelidad e inteligencia, encontró a Florencia en poder de sus enemigos, se vió obligado a retirarse rápida y voluntariamente al exilio, y se consideró afortunado porque pudo escapar a la confiscación de sus bienes. Pero aunque la situación era grave tenía al menos la ventaja de estar bien definida y de ser decisiva. No pudo hacer otra cosa que confiar y esperar en el regreso de los Médicis, única vía que podía conducir al restablecimiento de sus fortunas. Maquiavelo, por el contrario, se encontraba en situación bien distinta y mucho peor. Aunque republicano sincero, había caído primero en desgracia cuando fué destruída la libertad. Después de muchos infortunios y graves situaciones embarazosas, había obtenido al fin algún empleo insignificante de los Médicis en el momento en que su propio destino se identificaba con el deseo general de salvar al país de la devastación extranjera. Para tal fin había trabajado con vigor casi juvenil, había gastado toda la actividad y energía de sus últimos años, aunque tenía ya casi sesenta de edad y una salud sumamente precaria. Día y noche, en las heladas de invierno y en los calores del verano, amenazado por el peligro de tropas enemigas y expuesto a muchos otros riesgos, nunca se había tomado descanso alguno. Ahora, de pronto, a su regreso a Florencia, involuntaria pero inevitablemente aparecía como enemigo de la libertad, a la que tan apasionadamente había rendido culto, y de la independencia de la ciudad a la que había consagrado sus mejores fuerzas. Porque había regresado allí como sirviente de tiranos que acababan de ser expulsados. ¿Qué podía esperarse entonces?

Como consecuencia, no puede causarnos asombro saber por los relatos contenidos en las cartas de Busini que Maquiavelo, según se decía en todas partes, suspiraba con gran amargura al regresar a Florencia con Pietro Carnesecchi y con la hermana de éste. Indudablemente, sin embargo, sus ansias no eran producidas, como supone Busini con mala intención, porque lamentase la restauración de la libertad, sino, por el contrario, por la pena que le producía ser naturalmente considerado como enemigo de ella. Había llegado el momento de reforzar las fortificaciones, de armar a los habitantes y de estimularlos por medio de instituciones libres a que hicieran el autosacrificio heroico que exigía la defensa de su país. Esto era lo mismo que había predicado siempre Maquiavelo, lo que había siempre deseado y lo que siempre esperó lograr; pero ahora se veía excluído de todas aquellas cosas y considerado como enemigo de todas ellas.

Al llegar advirtió que mientras todos estaban dedicados a reconstituir la República y a preparar la defensa, nadie se refería a él, pero que todos, por el contrario, desconfiaban de él o trataban de evitar encontrarse con él. Los amigos de los Médicis estaban emigrados u ocultos, y de los que habían logrado abandonar su partido a tiempo y de los que pasaban como fervorosos partidarios del nuevo gobierno no podía

esperarse que recordasen a Maquiavelo, que no tenía aptitudes de tribuno, ni para cambiar ostentosamente su librea y su conducta. Todo esto le afligió profundamente; su pena aumentó al recibir una prueba positiva de lo que había previsto. El 10 de junio, abolidos los Ocho de Pratica y reconstruidos los Diez de Guerra, Michelozzi fué destituido de su cargo de secretario y había de nombrarse otro en su lugar. Maquiavelo había desempeñado aquel cargo con toda honorabilidad en la época de Soderini; había supervisado recientemente las fortificaciones de las murallas cuando desempeñaba un cargo similar y era por lo tanto natural esperar que pudiera ahora ser llamado para desempeñarlo de nuevo. Pero mediante un decreto de 10 de junio, un tal Francesco Tarugi fué designado para ocupar la secretaría vacante de los Diez, sin que al parecer nadie conservase el menor recuerdo del antiguo colega de Marcello y de Soderini.¹ Esto le convenció finalmente de que su carrera había terminado. La prohibición de servir a su país, de servir a la causa de la libertad que tan ardientemente amaba y por la que tanto había sufrido; fué un golpe que Nicolás Maquiavelo no pudo soportar.

No podría decirse si este desaliento fué la única causa inmediata de su muerte. Padecía desde mucho tiempo antes una enfermedad del aparato digestivo, pero se sabe con seguridad que el 20 de junio, unos pocos días después del nombramiento de Tarugi, cayó seriamente enfermo. Se aplicó el remedio acostumbrado, pero esta vez no logró alivio alguno; se vió afectado por un violento espasmo del estómago, y se aproximaba su fin con toda rapidez. Su esposa, hijos y amigos se concentraron en torno de su lecho. El 22 de junio dejó de existir. "Consintió confesar sus pecados con Fra Matteo, que permaneció junto a él hasta el último momento". Tal escribió su hijo Piero en una carta a un amigo, que terminaba el breve relato con estas palabras: "Como sabes, nos ha dejado en la más extrema pobreza". No puede sorprendernos que Maquiavelo consintiese en que le viese un confesor, no obstante sus muchas diatribas contra papas, sacerdotes y frailes. Aquello era corriente entonces. Por otra parte, aunque con frecuencia había lanzado invectivas contra la corrupción de la clerecía y contra los males producidos en Italia por la Iglesia, nunca atacó los dogmas de la fe, y nunca los puso siquiera en tela de juicio.

En 1522, Maquiavelo hizo un segundo testamento, nombrando herederos a sus cuatro hijos, Bernardo, Ludovico, Guido y Piero; a su hija Bartolommea o Baccia, casada después con Giovanni, padre de Giuliano dei Ricci, no dejó, según la costumbre, otra cosa que lo necesario para su sostenimiento, a lo que en realidad ella tenía derecho legal. No sabemos si había logrado asegurarle una pequeña dote en el *Monte delle Fanciulle*, aunque su intención de hacerlo aparece mencionada en el testamento. A su esposa, Marietta, se refería en términos de sincero é inalterable afecto, y la nombró albacea y tutora de sus hijos menores.

Pero no obstante su muerte cristiana y el cariño manifestado por él hasta el último momento por su esposa y familia, circularon toda clase

de leyendas más o menos malignas debidas a los detractores de Maquiavelo; que no respetaron ni siquiera los momentos de su muerte. Giovio declaró en su *Elogia* que Maquiavelo había muerto con una mueca de burla en sus labios y a consecuencia de una dosis excesiva de la medicina que él creía que era un remedio específico para toda dolencia. Busini, que había sido también enemigo suyo, dijo escribiendo a Varchi en 1549 que Maquiavelo había muerto en parte de enfermedad natural, pero en parte también de la pena que le produjo la elección de Donato Giannotti para un cargo que él codiciaba para sí; esto, como ya hemos visto, es totalmente incierto. Agregó además que, al caer enfermo, Maquiavelo tomó en seguida las píldoras que acostumbraba tomar y que sintiéndose peor inmediatamente, "contó su famoso sueño a Filippo (Strozzi), a Francisco del Nero, a Jacopo Nardi y a otros, y que en seguida murió, haciendo bromas hasta el fin". Busini, sin embargo, no dice en qué consistía este famoso sueño. Ricci, después de censurar severamente los términos en que Giovio parecía aludir a bromas irrespetuosas para temas religiosos hechas por Maquiavelo en su último momento, declaró que todo el relato era falso y calumnioso. Del mismo modo agregó que la medicina empleada por su abuelo era muy suave y que Maquiavelo había muerto como un buen cristiano, rodeado por su familia y amigos. Ni Marietta, ni ninguno de los hijos, incluyendo a Baccia, la madre de Ricci, habían hecho jamás la menor alusión a estos falsos informes.

Después de todo, a nadie puede extrañar la realidad de su muerte. Era ya de edad avanzada; había tenido que hacer frente a muchas dificultades, viajando de noche y de día con toda clase de climas. Había regresado a Florencia, después de atravesar la campaña romana, en una estación en que el clima empieza a ser sumamente peligroso; durante mucho tiempo se vió acosado por continuos sufrimientos mentales, que en la última época se habían agravado considerablemente. Todo esto era más que suficiente para explicar su muerte, sin necesidad de acudir a ninguna explicación especial, y es imposible suponer que se hubiese encontrado con ánimo para hacer bromas en presencia del confesor y de la esposa e hijos a los que estaba abandonando para siempre.

Sin embargo, el sueño desconocido para quienes estuvieron junto a su lecho de muerte se contaba efectivamente hasta una generación después. Según la versión corriente, Maquiavelo vió en su sueño una multitud de gente hambrienta y miserable. Al preguntarles quiénes eran le replicaron que eran las almas benditas del Paraíso. Apenas había desaparecido aquella imagen de su vista cuando observó una multitud de hombres de aspecto grave discutiendo de asuntos políticos, entre los cuales distinguió a muchos filósofos ilustres de Grecia y de Roma. Eran aquéllas las almas condenadas a sufrir un castigo eterno. Preguntado Maquiavelo respecto a qué compañía prefería, contestó sin vacilar: "Preferiría estar en el infierno y conversar con gente de talento sobre cuestiones de Estado, a vivir en el Paraíso con la muchedumbre que acabo de ver." Es difícil precisar quién fuese el primero que refirió este sueño. Bayle proporciona un largo relato de él en su diccionario, pero cita solamente autores de una fecha muy posterior

a la época de Maquiavelo, y entre ellos al jesuita Binet.² Sin embargo, las palabras de Busini nos demuestran que se había hablado mucho ya del supuesto sueño, aunque todavía en términos sumamente vagos e indefinidos. Más bien que sueño, nos parece que aquel relato debía ser una parodia bastante exacta del espíritu pagano de Maquiavelo. Por ejemplo, podemos citar un discurso del principio del acto IV de la *Mandragola*, donde Calimaco, habiendo perdido la esperanza de tener éxito en su amor ilícito, se dice a sí mismo: "Por otra parte, lo peor que puede sucederte es morir e ir al infierno. Muchos otros murieron antes que tú, y muchos hombres de valía están en el infierno. ¿Por qué, entonces, tienes que avergonzarte de ir allí tú también?" Estas expresiones, y muchas otras de la misma especie contenidas en las *Storie* y en los *Discorsi*, especialmente aquellas que contienen una comparación entre los dogmas paganos y cristianos, pueden tal vez haber dado origen a este sueño ficticio. Tampoco es imposible que en tiempos más felices el mismo Maquiavelo pueda haberlo contado en broma, pero no podemos suponer que lo hubiese hecho en la hora de su muerte. Es cierto que Francesco Ottomano, la más antigua de las autoridades citadas por Bayle, escribió respecto a este sueño en 1580, pero lo hizo simplemente para decir que había leído en otro autor que Maquiavelo había declarado en algún lugar de sus obras que, cuando muriese, preferiría ir al infierno mejor que al Paraíso. Porque en el Paraíso no encontraría más que monjes y apóstoles desgraciados, mientras que en el infierno estaría en compañía de cardenales, papas, príncipes y reyes. Esto tendería a demostrar que el sueño fué inventado por los enemigos de Maquiavelo para censurar determinadas opiniones suyas reputadas como no cristianas.

Los restos de Maquiavelo fueron enterrados en Santa Croce, en la capilla particular de la familia.³ En el transcurso del tiempo esta capilla pasó a ser propiedad de una hermandad religiosa que erigió en ella un altar y en la que se enterraba indiscriminadamente a todos los miembros de la misma, sin que nadie formulase objeciones ante aquella situación.⁴ La familia se extinguió muy pronto, porque de todos los hijos de Maquiavelo solamente Bernardo dejó descendencia masculina; uno de su hijos, Nicolás, fué canónigo, y el otro, Alessandro, murió en 1597⁵ dejando una hija de nueve años, llamada Ippolita, que se casó con un miembro de la familia Ricci. La capilla de Maquiavelo cayó entonces en estado todavía más ruinoso, de tal modo que su situación precisa ya no se volvió a recordar. Sin embargo, por razones explicadas por nosotros en detalle, el nombre de Maquiavelo fué al fin aborrecido por sus conciudadanos. Su fama, a pesar de ello, empezó a extenderse en el siglo XVIII, como lo demuestran las numerosas ediciones de sus obras, publicadas casi simultáneamente.⁶ En 1760, varias de sus obras no publicadas hasta entonces se imprimieron en Luca, y en el año 1767, el preósito Ferdinando Possi publicó un volumen de su *Legationi* que no se había editado hasta entonces. Al fin, en 1782, se publicó la gran edición de sus obras completas en seis volúmenes en cuarto, y teniendo en cuenta su fecha, puede considerar-

se como un monumento digno del gran italiano. La edición fué dedicada a lord Copper,⁷ que junto con el gran duque Pietro Leopoldo había dado ayuda material para la terminación de la misma. Este noble inglés era casi ciudadano de Florencia, donde se comportó como protector celoso de la cultura, y como ardiente admirador de Maquiavelo. En 1787, nuevamente en cooperación con el gran duque, se convirtió en promotor activo y generoso del proyecto elaborado por Alberto Rimbotti para llevar a cabo una suscripción pública destinada a la obtención de fondos para la creación de un monumento a Maquiavelo en Santa Croce. Innocenzo Spinazzi, escultor de relativo mérito en aquella época de decadencia artística, se encargó de la obra y el doctor Ferroni grabó en ella esta inscripción sencilla pero elocuente:

*Tanto nomini nullum par elogium
Nicolaus Machiavelli,
Obit anno a P. V. MDXXVII.*

NOTAS AL CAPITULO XXIX

1. Véase Apéndice a la edición italiana, documento núm. XX. Este demuestra que Donato Giannotti no fué nombrado secretario hasta octubre de 1527, esto es, después de que Tarugi y Maquiavelo habían muerto, y, por lo tanto, no es cierto el rumor de que Maquiavelo hubiese muerto de pena porque Giannotti fuese elegido en su lugar.

2. Esteban Binet, de Dijon (1569-1639). En la página 359 de su obra, *Du Salut d'Origène*, refiere el sueño, sin concederle ninguna autoridad. He aquí sus palabras: "Se llega a este detestable punto de honor al que Maquiavelo llegó al fin de su vida: porque tuvo esta ilusión poco antes de rendir su alma. Vió un montón de pobres gentes como bribones andrajosos, hambrientos, contrahechos, de muy mal aspecto y en número muy reducido; se le dijo que eran los que poblaban el Paraíso, de los cuales estaba escrito: *Beato pauperes, quoniam ipsorum est regnum coelorum*. Habiéndose retirado éstos, aparecieron innumerables personajes llenos de gravedad y de majestad: parecían un Senado donde se trataban asuntos de Estado con mucha seriedad; allí entrevió a Platón, a Séneca, a Plutarco, a Tácito y a otros de la misma categoría. Preguntó quiénes eran aquellos señores tan venerables; se le dijo que eran los condenados, almas reprobadas del cielo. *Sapientia hujus saeculi inimica est Dei*. Después que pasó esto, se le preguntó a qué grupo deseaba pertenecer. Respondió que prefería estar en el infierno con estos notables espíritus, para tratar con ellos asuntos de Estado, a mezclarse con aquellos piosos que se le había hecho ver. Y entre tanto murió y fué a ver cómo están los asuntos de Estado del otro mundo".

3. En el *Libro dei Morti*, de 1457 a 1501, núm. 5, a. c. 288r. En el registro del año 1500 encontramos esta entrada: "Messer Bernardo Maquiavelo, enterrado en Santa Croce dicho día (10 de mayo de 1500)". Y en el *Libro dei Becchini*, núm. 10, a. c. 128, bajo la fecha del 22 de junio de 1527: "Niccolo di... Machiavelli, enterrado en Santa Croce el día 22". Ambos libros se conservan en los Archivos de Florencia. La misma entrada aparece en el *Libro dei Morti*, núm. 9.

4. Ricci menciona esta circunstancia en su *Priorista* (Quartiere S. Spirito, 160). Dice que la capilla estaba al lado del "muro mirando hacia el norte, cerca de la llamada puerta de la Guardi"; y refiere cómo un monje de la iglesia de Santa Croce fué a ver al canónigo Niccolo, hijo de Bernardo di Niccolo Machiavelli, y le informó de que en la capilla de los Maquiavelo se había enterrado a muchas personas que no tenían relación alguna con la familia, y que él creía que esto

era una intromisión ilegal; y que sería justo que pusiese coto a aquello y que restaurase la capilla. Pero el canónigo replicó: "Oh, dejad que las cosas continúen así, porque mi padre gustaba mucho de la sociedad, y cuantos más muertos tenga en su compañía, más contento estará".

5. En la *Priorista*, Ricci, Quartiere S. Spirito, se advierte que en 1581, Bernardo, hijo de Niccolo, a su vez hijo de Bernardo Maquiavelo, tenía más de setenta años de edad, y más bien se aproximaba a los ochenta. El canónigo Niccolo, hijo de este Bernardo, murió de erisipela el 10 de junio de 1597, y su hermano Alessandro murió en 1597, dejando una hija de nueve años llamada Ippolita. Y así se extinguió la familia. El mismo año murió Lorenzino, hijo de Lorenzo di Risotro Machiavelli. Con él se extinguió otra rama de la familia. La tercera y última se extinguió al principio del siglo XVIII.

6. Esta edición va precedida de un prólogo notable escrito por Reginaldo Tanzini. Los editores no han podido utilizar la biblioteca de los Strozzi, que contiene muchos otros de los autógrafos de Maquiavelo. Poco tiempo después, sin embargo, aquella rama de los Strozzi se extinguió, y el Gran Duque compró los manuscritos más valiosos de la biblioteca de la familia. Después se descubrió un códice en la Biblioteca Barberini de Roma, que contenía más escritos inéditos de Maquiavelo. Como consecuencia, en 1796 se empezó una segunda edición de las *Opere*, en ocho volúmenes, que comprendía muchas *Legazioni* y cartas no publicadas hasta entonces. Sin embargo, la edición resultaba incompleta, porque no comprendía ni la correspondencia diplomática ni la privada, y se había ordenado con tanta prisa que en el segundo libro de los *Discorsi* hay una laguna en el texto que comprende desde la mitad del capítulo XXX hasta el final del capítulo XXXIII. Véase el prefacio de Francesco Tassi a la edición de las *Opere*, Italia, 1813 (Florencia, 1826).

7. George Nassau Clavering, tercer marqués Cowper, nacido en 1738, se estableció durante su juventud en Florencia, y en 1775 casó con miss Anna Gore, hija de un caballero de Lincolnshire y gran favorito del Gran Duque. Con excepción de sir Horacio Mann, lord Cowper fué el inglés más popular de Florencia. En 1768 fué elegido miembro de la Academia Della Cruscan. Correspondió al afecto que le demostraron los florentinos, y fué un generoso impulsor de toda idea que contribuyese al embellecimiento de la ciudad. Véase Reumont, *Geschichte Toscanas*. Gotha, Perthes, 1876-1877, vol. II, págs. 360-361.

CONCLUSION

Como hemos visto, Maquiavelo fué un hombre muy de su época. Por lo mismo nuestro juicio respecto de él depende en gran parte de nuestra valoración de la época en que vivió. Vino al mundo en un momento en que la corrupción política era general en toda Europa, pero más que en ninguna otra parte en Italia a causa del mayor número de personas que tomaban parte en la vida pública. De aquí que los malos efectos de esta corrupción infectasen a todos los sectores de la sociedad en nuestro país. Nuestra cultura acentuó la criminalidad de los vicios y defectos de un sistema político que ya no estaba dominado por las pasiones ciegas e incontroladas de la Edad Media, sino por el producto de un cálculo y de una astucia refinados, lleno de crueldad y carente de escrúpulos. Entre nosotros las instituciones medievales decayeron rápidamente, dejando a los miembros integrantes de la comunidad privados de toda orientación, salvo la que le proporcionaban sus propios instintos. En Francia, Inglaterra y España, el feudalismo servía aún como base de la soberanía de aquellos tres grandes estados monárquicos. Pero, como en cada uno de ellos había tradiciones más estables, se vieron obligados a desarrollar una política que, aunque no menos corrompida si se tienen en cuenta sus procedimientos, eran necesariamente más nacionales por sus aspiraciones.

Sin embargo, la corrupción italiana alcanzó proporciones exageradas a juicio de la posteridad. Se había olvidado que esta corrupción dominaba especialmente entre las clases acomodadas de la sociedad, entre los estadistas y *litterati*, sobre los cuales se fija casi exclusivamente la atención de los historiadores. Entre las clases más modestas todavía continuaba más firmemente arraigada la virtud y la moralidad. La prueba concluyente de este supuesto la encontramos en la literatura popular, en la correspondencia familiar y en las vidas de gran número de individualidades oscuras. En muchas partes de Italia la población era mucho más culta y tratable que más allá de los Alpes y cometía menos crímenes. Además, aunque otras naciones manifestaban una gran desconfianza respecto a los políticos italianos y aunque permanecían cuidadosamente alertas contra ellos, revelaron que no desconfiaban totalmente de nuestros comerciantes y banqueros; y muchos extranjeros admitían en sus casas a los médicos, secretarios y preceptores italianos.

A esta divergencia moral entre dos sectores de nuestra sociedad se agregaba —al menos entre las clases acomodadas— una idea contradictoria de la vida en sí misma. Las relaciones privadas se regían por la moral cristiana, o en todo caso se inspiraban en sus preceptos; pero se abandonaba en cambio en la vida pública, respecto a la cual se suponía carente de valor práctico. La buena fe, la lealtad y la bondad cristiana habrían sido seguramente destruidas si algún príncipe o gobierno hubiese obedecido efectivamente sus dictados en cuestiones políticas. El Estado habría caído seguramente presa del enemigo y tal vez se hubiese disuelto en la anarquía. Esta contradicción era patente para todos; pero nadie se atrevía a investigar sus causas, ni pensaba en superarla. La conciencia humana estaba, por así decir, en guerra consigo misma, arrastrada en dos direcciones opuestas. Y una ruta conducía a los cielos y la otra al infierno. Así la conciencia humana se vio a veces obligada a decidir "que cada uno debía amar a su país con preferencia a su alma".

Este estado de cosas tuvo serias consecuencias respecto a la vida y a la literatura. El escepticismo invadió las almas de los hombres; se debilitó el sentimiento religioso; se trató de estudiar el mundo y las realidades tales como eran, prescindiendo de toda otra cosa. Surgió una admiración desproporcionada por la antigüedad clásica, precisamente porque los antiguos hacían volver la atención de los hombres hacia la naturaleza y porque no solamente reconocían las exigencias de la política, sino que exaltaban hasta los cielos a todos cuantos se sometían a ellos en beneficio de la seguridad y prosperidad de su país. La literatura, también, se consagró al estudio de la naturaleza, de la forma y de la belleza material y trataba de hacerse pagana en medio de una sociedad cristiana. Las formas antiguas, sin embargo, se inspiraban gradualmente en un nuevo espíritu, y dieron origen al arte del Renacimiento, que fué creación puramente italiana, y casi un primer paso preliminar hacia la paz entre el paganismo y el cristianismo, entre el espíritu y la naturaleza, entre el cielo y la tierra. Pero en la vida práctica resultó más difícil establecer una reconciliación análoga. Una parte no pequeña de la literatura en sí, de la novela y de la comedia, reflejó, por encima de todo, el caos interno que estaba produciendo asombro en la mentalidad de los italianos. El pensamiento nacional atravesaba una dura lucha en medio de la transformación política, social e intelectual. Buscaba la base de un esquema natural y racional de las ideas morales que, respetando las exigencias vitales históricas, no debería estar en contradicción con la moralidad revelada; ansiaba la independencia de la razón y de la conciencia, sin que la santidad de la fe quedase destruida; y mientras Italia sufría las convulsiones de esta lucha, cuando ya gracias a su propia fuerza intrínseca se divisaba en el horizonte una nueva aurora, toda Europa cayó sobre ella, ahogó primero y menospreció después aquel esfuerzo, dejando a otros la tarea de terminar la propia obra especial de Italia.

Sin que Maquiavelo tuviese una gran cultura, supo antes que nadie apreciar la antigüedad pagana, y expresó una admiración particular

por los romanos. Su formación cultural estaba inspirada en la historia y en la literatura romanas. La naturaleza le había dotado con una inteligencia extraordinariamente clara y penetrante; con un gusto exquisito por la elegancia de la forma; con una imaginación sumamente viva, que aunque insuficiente para hacer de él un poeta, influyó sobre él constantemente; con un espíritu mordaz y satírico que captaba el aspecto cómico de los acontecimientos humanos y que aumentaba la fuerza de su punzante ingenio expresado en aquellas salidas sarcásticas que le crearon tantos enemigos y detractores. Porque era de temperamento amable y no pudo ser acusado de una sola mala acción. Sus modales eran indudablemente descuidados, pero menos de lo que se podía esperar del lenguaje sumamente licencioso, que, según la costumbre de la época, empleaba en sus cartas y en sus comedias. Demostró un afecto entrañable hasta la última hora de su vida para su esposa e hijos. Pero la vida real era para Maquiavelo la base de su vida mental; en esto radica la verdadera fuente de su grandeza. Su característica mental predominante, y en la que superó a todos sus contemporáneos, fué una capacidad especial para penetrar en la esencia de lo hechos históricos y sociales. No fué un investigador paciente de los detalles históricos intrascendentes, ni poseía el genio especulativo necesario para entrar en consideraciones abstractas y metafísicas respecto a la naturaleza humana. Pero no tuvo rival en la tarea de explorar y de esclarecer los orígenes y resultados especiales de las revoluciones políticas o de las transformaciones sociales. Tampoco pudo nadie rivalizar con él en el discernimiento de las cualidades determinadas de la naturaleza de un pueblo o de un Estado. Nadie le igualó tampoco en la capacidad de precisar lo que es característico de cualquier sociedad, o de este o de aquel soberano en particular, ni del soberano, el capitán, la aristocracia o el pueblo en general. Fué en esto en donde se revelaron aquellas cualidades con todo el poder y originalidad de su talento.

Y fué esta facultad predominante la que le dotó de vocación tan irresistible hacia una vida consagrada a los asuntos públicos. Y no es que su carrera le condujera a la riqueza, porque a pesar de su gran aptitud para los negocios, no estaba dotado excepcionalmente de aquella intuición práctica del carácter individual que confiere el poder instintivo de guiar y dominar a los hombres. En este aspecto le superaron muchos de sus contemporáneos, y especialmente Guicciardini. Sin embargo, Maquiavelo encontró en los asuntos públicos un amplio campo para el ejercicio de su capacidad de observación, y para la febril actividad de su mente y, como consecuencia, fué un devoto apasionado de ellos. Desempeñando primero la secretaría de la República fué simplemente un gran funcionario público. Pero la asiduidad que demostró en el cumplimiento de sus deberes, su aptitud para proyectar y concebir nuevos proyectos, le valieron la confianza de Soderini, que en seguida le empleó en el desarrollo de asuntos de gran importancia.

La circunstancia que decidió una vez por todas la orientación de sus estudios futuros, le colocó en el camino que conducía a la meta

para la que estaba naturalmente predestinado y constituyó el principio de su verdadera formación política fué su misión ante la corte del duque de Valentinois. Después advirtió cómo un aventurero de la peor especie y capaz de los actos más inicuos podía sin embargo poseer grandes cualidades de estadista y de general. Por medio de la traición y del derramamiento de sangre el duque logró efectivamente destruir a los tiranos más abominables de Romaña. Fundó un gobierno que restableció el orden y la tranquilidad, y una administración de justicia rápida entre los vigorosos habitantes de aquella provincia, que una vez liberados de la opresión, empezaron a prosperar y concibieron un afecto entrañable por su nuevo gobernante. Si hubiese sido más amable o menos corrompido, o si hubiese demostrado alguna vacilación, su indulgencia, pensaba Maquiavelo, habría sido cruel. La figura de César Borgia se elevaba ante sus ojos como la personificación viva de las contradicciones morales que pesaban sobre la época y le ayudaron a obtener la explicación del enigma. Se dió cuenta con toda claridad de que la política tiene formas y procedimientos de la moralidad privada; que, por el contrario, la moralidad de la vida privada puede a veces frenar a un hombre de Estado a la mitad de su carrera y hacerle vacilante, sin ser bueno ni malo, y que son principalmente las vacilaciones de este tipo las que conducen a la caída de los estados. En esto no debe haber vacilaciones, decía, sino la adopción audaz de medidas adecuadas a la naturaleza de los acontecimientos. Tales medidas estarán siempre justificadas, cuando resultan idóneas para la consecución del fin. Y el fin que debe tomarse en consideración debe ser el bienestar del Estado. El que logra esto, aunque sea un hombre perverso, puede ser condenado por su perversidad, pero a pesar de ello merecerá como príncipe la gloria eterna. Si, por el contrario, produjese la ruina del Estado, ya sea a causa de la ambición privada o debido a vacilaciones producidas por un motivo justo, caerá sobre él la infamia y pasará a la Historia como príncipe perverso o incapaz, incluso aunque como individuo privado se haga acreedor a los mayores elogios. Tal es la verdadera significación de la máxima de Maquiavelo: el fin justifica los medios.

Maquiavelo se adhirió a estas ideas durante toda su vida y ellas formaron la base sobre la cual se elaboraron sus doctrinas políticas. Pero la presión de los acontecimientos en que tomó parte no le dejaron tiempo para seleccionarlas o transcribirlas después de su retorno a Florencia. Sus misiones ante el rey francés y ante el emperador le proporcionaron la oportunidad de investigar la organización especial de Francia y de Alemania, de escribir un relato admirable de todo cuanto había observado. Fué entonces también cuando aprendió a reconocer las grandes ventajas que proporcionan la fuerza nacional y el bienestar general que a su vez se logran con la formación de un gran Estado. Además de esto, el examen que hizo de las instituciones militares de varios países, especialmente de Suiza y Alemania; su experiencia del sitio de Pisa y los ejemplos históricos de Grecia y Roma le enseñaron a desconfiar de las tropas mercenarias y de los ejércitos aventureros,

y despertaron en su mente la imagen ideal de un pueblo armado y libre. Esto fué el origen de su esquema de una Ordenanza Militar, para cuya elaboración hizo tantos estudios y gastó inútilmente tanto trabajo. Pero todas estas ideas que se formaron gradualmente en su conciencia se manifestaban aún en forma fragmentaria. Era imposible que les diese una ordenación sistemática, obligado como estaba a viajar constantemente, dentro y fuera de los territorios de la República, y a escribir gran cantidad de documentos oficiales que generalmente eran de escasa importancia. Eventualmente compuso algunos versos, esbozó algunas comedias; pero estos trabajos de pasatiempo se veían constantemente interrumpidos, y apenas eran otra cosa que distracciones pasajeras. Pero a pesar de todo él continuaba haciendo sus observaciones y aumentando constantemente éstas, especialmente cuando la República hacía esfuerzos por salir de las crisis difíciles y de los graves peligros que de cuando en cuando amenazaban su existencia. Sirvió al gobierno de la República con gran fidelidad y desinterés e hizo todo cuanto estuvo de su parte para impedir su caída, que, sin embargo, no pudo evitarse. Después de catorce años de incansable labor, después de llevar a cabo muchas misiones diplomáticas, y de manejar grandes sumas de dinero para la organización de la milicia y para cubrir los gastos de la guerra, siguió siendo tan pobre como al principio de su carrera.

La caída de la República resultó un infortunio personal, porque como le privó del puesto que desempeñaba, hizo que dejase de ocuparse de los asuntos públicos y le sumió en las más graves dificultades económicas; sin embargo, resultó una bendición disfrazada, puesto que le obligó a pensar y a escribir y así conquistó su inmortalidad. Si hubiera conservado siempre su puesto de secretario, no habría escrito otra cosa que las *Legationi*. Pero al verse condenado a la vida privada, sus ideas empezaron a tomar forma y a ordenarse, y su horizonte mental se amplió. Siendo los Médicis todopoderosos en Roma y en Florencia, era imposible entonces esperar el renacimiento del gobierno popular, y por lo tanto empezó a meditar en la constitución de un estado italiano fuerte. Así concibió su sistema de ideas políticas, que ofrecen un doble carácter. Por una parte, nos proporciona una nueva ciencia política; por otra, aplica constantemente esta ciencia a la Italia de su propia época, y busca procedimientos prácticos que la conviertan en una nación, encaminándola por la ruta que conducía a su auténtica grandeza. Esta doble idea fué expuesta en el *Príncipe*, en los *Discursos* y en *El arte de la guerra* y se revela en forma más o menos evidente en todas las obras de Maquiavelo. Igualmente doble, también, es la base de su sistema, porque éste se funda en la experiencia y en las lecciones de la Historia, y la Historia parece siempre como la base en que se apoyan las conclusiones deducidas de la experiencia.

En las *Historias* advertimos que Maquiavelo se inspira en el mismo espíritu republicano que hemos advertido le domina en medio del torbellino de los asuntos y al cual permaneció constantemente fiel. Al redactar sus *Historias* pensó haber descubierto que todos los grandes asuntos políticos eran invariablemente el resultado de la voluntad y

de la inteligencia audaz de algún gran hombre. Llegó a convencerse de que la ruina de Italia era el resultado directo de las divisiones y de las invasiones extranjeras del país, provocadas principalmente por la codicia papal.

Nuestra Madre Patria italiana —estableció como conclusión— nunca puede ser próspera ni llegará a ser grande hasta que logre su unidad, y su unidad puede resultar solamente como obra de un príncipe reformador. Este príncipe lo concibió Maquiavelo personificado en César Borgia, como voluntad inteligente y poderosa, capaz de organizar y desorganizar, de hacer y deshacer naciones a su capricho. Esta personificación del poder y de la voluntad es casi una fuerza natural, precedente de toda característica personal, del valor individual y moral; se fundió con sus hechos para formar una sola entidad, la cual, juntamente con el objetivo logrado, son las bases sobre las que únicamente puede formarse un juicio cabal de la misma. Y solamente a una voluntad única directora es dado establecer y organizar el Estado. El pueblo puede ser capaz de conservarlo y desarrollarlo, de asegurar su prosperidad, pero en modo alguno puede ser su creador.

En este tono fué concebido y redactado *El príncipe*. Presenta ante nosotros la constitución y organización de un estado por la obra de un hombre que es su personificación viva, pero en quien radica, por así decir, la conciencia individual y privada. El príncipe debe vencer cualquier obstáculo que se oponga al logro de su gran propósito; no debe sentir escrúpulos ni ser frenado por ellos. Fué en esta forma como de la mente de Maquiavelo surgió gradualmente la idea de la unidad orgánica del Estado, y fué en la misma forma como el Estado moderno tomó después forma en la historia real. Esto demuestra el gran valor de su idea, y explica la singular fascinación que la misma ejerció, a pesar de todas las calumnias, en pensadores y políticos. El carácter científico de la obra condujo al autor a examinar con la misma indiferencia al príncipe virtuoso y al perverso y a ofrecer a ambos los consejos convenientes para la consecución de su fin. Estos consejos son el resultado de un profundo estudio de la realidad, de la historia antigua y moderna, sin tener en cuenta ninguna consideración moral. El caso de conciencia, inevitablemente presente en nuestro propio ánimo, parece como si no fuese tomado en consideración por Maquiavelo, que solamente se manifiesta preocupado por la investigación de cuál sea la naturaleza del poder y de cómo ha de establecerse el Estado. Maquiavelo no se plantea jamás la cuestión de si la inmoralidad excesiva de los medios empleados puede, incluso aunque logre de momento el fin deseado, minar los verdaderos fundamentos de la sociedad, hacer imposible a la larga la existencia de todo gobierno bueno y fuerte. Se olvida de investigar si, del mismo modo que existe una moralidad privada, no existe acaso también una moralidad social y política que impone ciertos límites inviolables, y que proporciona normas reguladoras de la conducta del hombre de Estado que, aunque diferentes según las épocas y condiciones sociales, están, sin embargo, igualmente sometidas a determinados principios de justicia. Este es el aspecto débil y falaz

de su doctrina, el que hace que no simpaticemos con el autor, el que nos produce horror, y el que ha sido una fuente constante de acusaciones y calumnias.

Pero cuando, al completar su análisis y su cruel trabajo de vivisección, Maquiavelo procede a extraer sus conclusiones, entonces se ve con claridad el aspecto práctico y el objetivo real de su obra. Se trata de lograr la unidad de su patria italiana y de liberarla del yugo extranjero. Este fué sin duda el más sagrado de los objetivos perseguidos; pero Maquiavelo sabía bien que en la situación en que entonces se encontraban Italia y Europa, la consecución de aquel fin sería imposible sin recurrir a los procedimientos inmorales utilizados por los estadistas de la época. Impulsado por esta idea y dominado por su tema, Maquiavelo no se detuvo a desembrollar el objetivo científico y la aspiración general y permanente de su libro partiendo de la aspiración práctica y de los medios transitorios aparentemente y, acaso, realmente esenciales para su consecución en aquel momento. Es preciso, estableció como conclusión, ser audaz en todo, y no tener escrúpulos a la vista de la grandeza y carácter sagrado del fin. Solamente mediante la formación de una unidad nacional poderosa e independiente puede Italia adquirir libertad, virtud y una auténtica moralidad. Esta es una empresa que sólo puede emprender un príncipe reformador y haciendo uso de los medios sugeridos e impuestos por la experiencia y por la Historia. El pueblo debe después completarla y consolidarla por medio de la libertad, por las armas nacionales, por la virtud pública y privada.

Esta segunda idea es el tema especial de los *Discursos*. Parte esta obra de la misma concepción que el *Príncipe*, a saber: que el fundador del Estado debe ser un hombre que además vaya implacablemente adelante hasta llegar a su meta. La obra pasa después a demostrar cómo el pueblo debe posesionarse del Gobierno, hacerlo fuerte y próspero, y administrarlo por medio de instituciones libres e inspirado en ideas morales. Y aquí, sobre la base de un fondo inagotable de observaciones justas, profundas y prácticas, el autor establece los fundamentos de una nueva ciencia política. Debemos, sin embargo, limitarnos a hacer notar que toda la literatura de los siglos xv y xvi no contiene otras páginas que puedan compararse en modo alguno con las de los *Discursos* en cuanto esta obra hace el elogio de la libertad, en cuanto es modelo de fervor patriótico y de la expresión del sacrificio de todo interés privado ante el bien público. Porque en este aspecto, como en la exhortación que aparece al final del *Príncipe*, el patriotismo de Maquiavelo está dotado de una elocuencia que limita con lo sublime. En tal momento su personalidad se agiganta ante nuestros ojos, su figura adquiere proporciones heroicas, más aún cuando recordamos que el patriotismo no sólo inspiró sus ideas, sino que guió la conducta de toda su vida.

Para disfrutar la libertad, el pueblo debe ser fuerte, y esta idea impulsó a Maquiavelo a escribir su *Arte de la guerra*. Esta obra demuestra que, durante la guerra de Pisa y en sus diversos viajes, se consagró profundamente a la investigación de la forma en que esta-

ban organizados los ejércitos extranjeros, con la exclusiva finalidad de descubrir un medio de regenerar las fuerzas armadas de Italia, y así pudo llegar a conclusiones completamente originales. Porque aquellos estudios no solamente produjeron la idea de su Ordenanza, de la nación armada, sino que le hicieron también reconocer y proclamar que la fuerza genuina de los ejércitos, como de las naciones, radica en la virtud. Sin la virtud, deducía Maquiavelo como conclusión, un pueblo no puede ser fuerte ni libre, ni puede lograr la realización de nada grande. El adiestramiento de los italianos para el manejo de las armas, para estar siempre dispuestos a dar sus vidas y todo su ser en holocausto de su país, es la única base del principio real de su regeneración.

¿Y dónde, podemos repetir una vez más, encontraremos otras obras que exalten la virtud con el calor y el fervor que inspira en forma tan noble y elocuente *El arte de la guerra*?

Pero aquellas alabanzas no fueron simple retórica vacía. Los mejores años de la vida de Maquiavelo, todas sus reservas de energía y de actividad persistente e irreprimible, estuvieron dedicados a la realización de las ideas expuestas en esta obra. No es posible regatearle nuestra admiración cuando le encontramos predicando la necesidad de armar al pueblo, de despertar en él el sentimiento de autosacrificio por la causa de su país, y esforzándose sin cesar para imprimir en Soderini y en la República de Florencia la misma convicción. Y no se contentó sólo con esto. En los días de persecución y de infortunio a manos de los Médicis lo encontramos comenzando de nuevo la misma propaganda entre aquel grupo de jóvenes de los Jardines Oricellarii. Más tarde, ya de edad avanzada y quebrantada su salud, lo volveremos a ver, olvidado de sí mismo y de sus propios intereses privados, esforzándose para convertir a sus ideas incluso a Clemente VII. Y su diligencia para ofrecerse como el iniciador de aquel noble intento, en la época terrible en que las huestes de Carlos V avanzaban ya para dominar y arruinar a Italia, encendió realmente una chispa fugaz de entusiasmo en el alma indecisa del Papa. Estamos por lo mismo obligados a reconocer que Maquiavelo tenía al menos una gran pasión heroica que lo redime, lo eleva y lo hace aparecer como superior a todos sus contemporáneos: un amor ardiente e irresistible por la libertad, por su país e incluso por la virtud. Y al recordar esto, la frente de quien tan persistentemente ha sido estigmatizado como la encarnación del mal y del oscurantismo moral, aparece de pronto coronada con un nimbo de esplendor divino que glorifica su época.

Este fué, pues, el proceso seguido por el pensamiento de Maquiavelo a través de sus diversas obras. Tomadas éstas una a una, perdemos de vista su objetivo, no logramos captar la unidad de todas ellas y se prestan a las más extrañas falsas interpretaciones y calumnias. Pero tomadas en conjunto, no sólo comprendemos su valor, sino que discernimos la senda perseguida por la idea de la nación —la idea de la época— personificada en el gran florentino, para escapar del laberinto de contradicciones en el que la misma aparecía envuelta.

Italia se había hecho incapaz de una reforma religiosa similar a la realizada en Alemania. En lugar de saltar hacia Dios, como Savonarola había predicho, en lugar de buscar fuerza en una nueva idea de la fe, Italia aspiraba a una reconstrucción de la idea del Estado y de la patria. Vió en el sacrificio de todo en aras del bien universal el único camino posible de la redención política y moral. La unidad del país regenerado habría conducido inevitablemente al restablecimiento de la moral, habría reavivado la fe en las virtudes públicas y privadas y habría descubierto el procedimiento para santificar el objetivo de la vida. Esta idea, que muchos concibieron en forma vaga y débil, fué el pensamiento director de Maquiavelo, el altar en que ofreció su existencia entera. Sus ojos agónicos contemplaron el espectáculo de la ruina de Italia. Después su gran pensamiento se prolongó como un sueño, y él mismo fué por lo tanto el menos comprendido y el más calumniado de cuantas personalidades ha conocido la Historia.

En la actualidad, cuando se ha iniciado la redención política de Italia, y cuando la nación está ya constituida de acuerdo con las profecías de Maquiavelo, el momento ha llegado, por fin, de hacerle justicia.